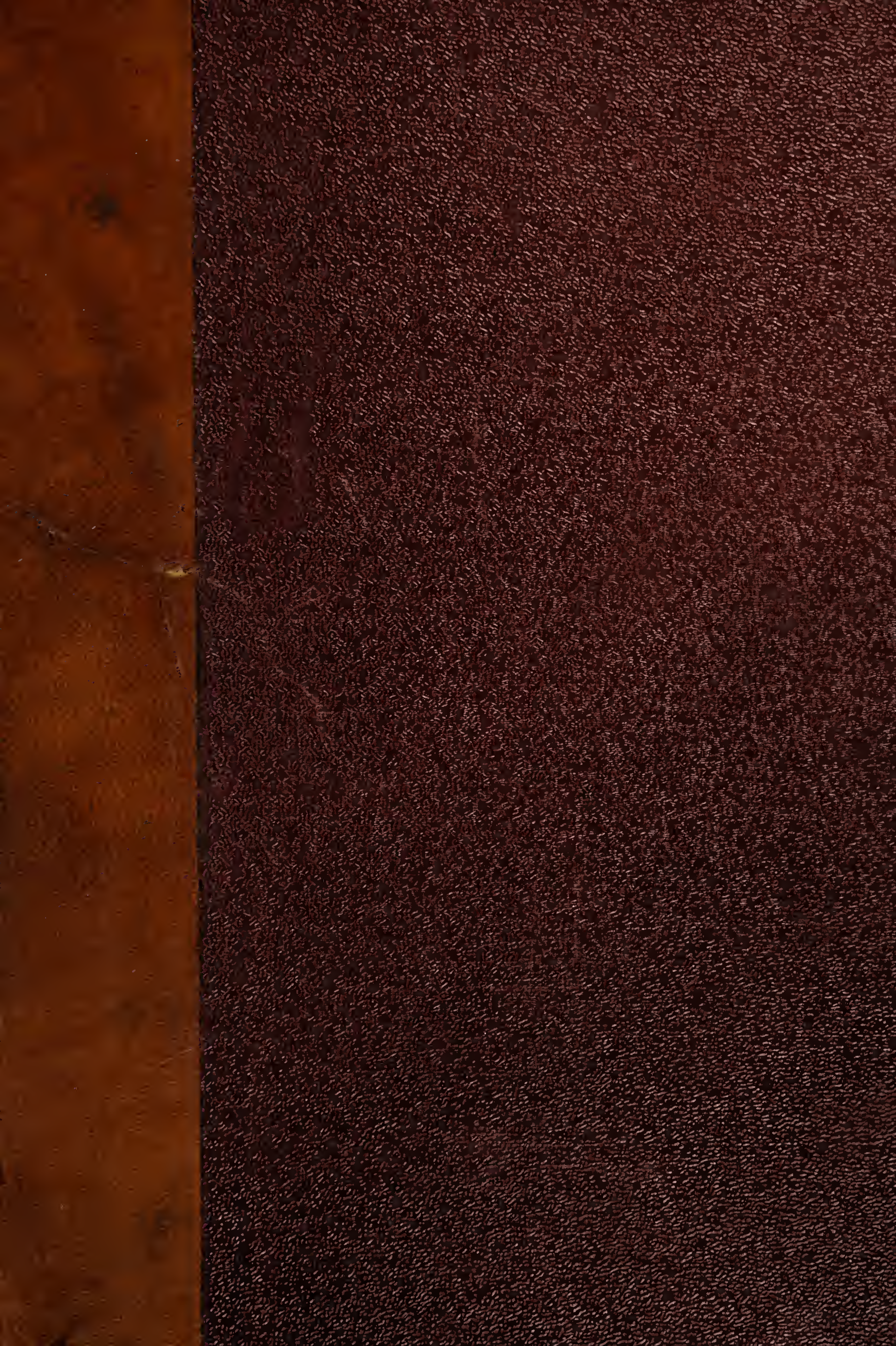




23. LEON, NICOLAS — *Compendio de la Historia General de México* desde los Tiempos Prehistóricos hasta 1900 — México, 1902. lst ed. 8vo.; 578pp. Excellent manual; many text illus. & period bibliog. Fine orig. decorative cloth. 6.00

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA GENERAL DE MÉXICO

DESDE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS HASTA LA ÉPOCA ACTUAL

ESCRITO POR EL

DR. NICOLÁS LEÓN

PROFESOR DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA EN EL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO

SEGUNDA EDICIÓN

Con numerosos grabados en negro y seis magníficas láminas en tricromía



MÉXICO

HERRERO HERMANOS SUCESORES

DESPACHO	ALMACENES
Av. Cinco de Mayo, 39	Plaza Concepción, 7

Imprenta de los editores.—México. 1919.

DEDICATORIA

A la memoria de mi inolvidable abuelo materno el Sr. D. Antonio Calderón, por cuyo empeño seguí carrera literaria, y a la de mis amados padres el

Sr. D. José Sixto de los Dolores León

y señora

Doña Teresa Calderón

El Autor

DIVISIÓN DE LA OBRA

1.ª Parte. Prehistórica.
2.ª » Tradicional, Protohistórica y Precolombina.
3.ª » Postcortesiana y Colonial.
4.ª » Moderna y Contemporánea.



ÍNDICE

DE MATERIAS COMPRENDIDAS EN LA OBRA

Págs.

Págs

Págs.



PRIMERA PARTE

Prehistórica



PRIMERA PARTE

PREHISTÓRICA

CAPÍTULO ÚNICO

Forma del suelo actual de México.—Época de su origen.—Período azoico.—Eras Siluriana, Devoniana y Huroniana.—Sistema Permocarbonífero.—Períodos Carbonífero y Hullero.—Triásico, Jurásico y Cretáceo.—Era Cenozoica; Eoceno, Mioceno y Plioceno.—Volcanismo.—Posterciario.—Cuaternario.—Glacial, Champlain y Reciente.—Flora y Fauna.—Animales fósiles encontrados en México.—Aparición del hombre en el suelo mexicano.—En qué período geológico.—Insuficiencia de los datos existentes en la actualidad respecto a este punto.—Hueso labrado de Tequixquiac.—Huellas de Amanalco.—Capa de fósiles de Tlalmanalco.—Restos humanos y utensilios bajo las lavas del Ajusco.—Pretendidos hombres prehistóricos del Peñón, de la Calera y de Xico.—El Cráneo de Calaveras.—¿Cómo apareció el hombre en México?—Monogenistas, Poligenistas, Evolucionistas y Transformistas.—Prehistoria mexicana.—Hombre neolítico.—División de los artefactos.—Trogloditas.—Kiokenmodingos.—Monumentos megalíticos.—Bibliografía.

Conquista científica de las más gloriosas de nuestro siglo es, sin duda alguna, la Geología, que, descorriendo un tanto el denso velo del pasado, nos manifiesta las primitivas condiciones de la tierra y los cambios y transformaciones en ella efectuados.

Íntimamente ligados esos fenómenos con los seres que la habitan, su puntualización es para la Historia chispas de luz que rompen la obscuridad del pasado.

El suelo del México actual está compuesto de tres partes distintas, que difieren relativamente poco en su extensión superficial: la *primera,* más antigua y menos extensa, está formada de un gran macizo granítico de gneiss y esquisto que ocupa la mayor parte Sur del país; se extiende a lo largo de la costa del Pacífico, formando

una faja angosta interrumpida en algunos tramos, enviando una que otra ramificación hacia la parte media del territorio y a algunos puntos cercanos a su costa oriental.

La *segunda,* la más extensa, es esencialmente sedimentaria, y ocupa las partes septentrional, central, oriental y meridional extrema del país, teniendo algunas ramificaciones al Oeste y al Sudeste.

En ella se han depositado los sedimentos de diversas épocas, desde fines del Paleozoico hasta nuestros días.

Finalmente, la *tercera porción,* cuya superficie casi iguala a la de la anterior, y cuya importancia como parte integrante del territorio no es superada por las otras dos, está compuesta principalmente de rocas eruptivas pertenecientes a la serie moderna, distribuídas todas a lo largo de la cadena de montañas principales del país, denominada *Sierra Madre del Pacífico,* de la cual constituyen la mayor parte de su masa. Se extienden también hacia el Este de la región media y tienen manifestaciones aisladas en las partes Norte, Nordeste y Sudeste.

Estas tres grandes partes constitutivas de la tierra mexicana forman tres grandes divisiones sumamente características, y cuya extensión geográfica está recíprocamente limitada en ellas, salvo los pequeños grupos aislados que como verdaderos islotes se encuentran enclavados respectivamente en las dichas tres grandes secciones.

Según los datos anteriores y otros, todas las probabilidades nos conducen a juzgar que esta parte del continente colombino llamado México ha principiado durante el período *Azoico* por un archipiélago de islas alineadas, o tal vez por una sola faja de tierra, muy larga y estrecha, que se extendía en toda la parte occidental, desde California hasta Tehuantepec y Chiapas.

En las eras *Siluriana* y *Devoniana* sufrió un movimiento ascendente que obligó a la región emergida de las aguas, probablemente desde fines del *Huroniano,* a que fuese constantemente en creciente: los diversos movimientos de los mares, cuya acción no encontraba obstáculos que la moderasen, se cebaban con fuerza irresistible y continuada contra las islas de rocas cristalinas en ellos esparcidas, acumulando así de un modo rápido y a expensas de los gneiss, granitos, etc., etc., de que estaban formadas dichas islas, una parte de los sedimentos sepultados bajo las aguas de los dos océanos. El continente Norteamericano venía a ser en los períodos *Siluriano* y *De-*

voniano una colosal península con dirección Noroeste a Sudeste, sin señales de vida vegetal ni animal.

No hay estudios, ni datos del piso del sistema *Permocarbonífero* en México; mas por los efectuados en otras partes del globo, es de creerse continuaba aquí el movimiento ascendente cual en los períodos anteriores: y en el transcurso de él fué quizá cuando se reunieron los islotes, que, repartidos según una dirección bastante bien definida, llegaron a constituir el esqueleto sobre el cual y en cuyos bordes se empezó a bosquejar el territorio mexicano y se inició el dominio de la vida marina, en la que hoy vemos la marcha progresiva que seguía en su desarrollo.

En el período *Carbonífero* y parte del *Subcarbonífero,* la configuración del suelo fué casi la misma que en los anteriores, salvo la destrucción de las eminencias de rocas primitivas, debida a una muy intensa erosión.

Durante el *Hullero,* toda la parte central y septentrional, en vía de emersión quizá desde el *Cambriano,* fué sometida a un régimen completamente continental: parece que desde entonces quedó definido el sistema continental de México.

Durante el *Triásico* tuvo lugar un hundimiento gradual, que llegó a alcanzar hasta más de 1.000 metros. Existían también grandes lagunas y pantanos, repartidos en las tierras bajas, junto o en las playas de los mares triásicos.

El *Jurásico* está generalmente caracterizado por mares continentales de agua profunda.

El mar, que parecía haberse alejado para siempre del suelo mexicano después del gran período *Jurásico,* lo invade de nuevo a causa de cambios verificados en el anterior período.

A fines del *Triásico,* las regiones de este período, situadas al Noroeste y Sur, se elevaron, quedando en seco las partes pantanosas y bajas, en donde se efectuaron los depósitos triásicos.

Los mares del *Jurásico inferior* y *medio* fueron rechazados hacia el Sur y el Este a causa del levantamiento de las regiones triásicas del Noroeste y del Sur; al terminar la segunda división del *Jurásico* todo el centro y Sur del país se hundía por una especie de movimiento de báscula, y las aguas del *Jurásico superior* invadieron entonces grandes porciones del territorio, desde Coahuila hasta Oaxaca.

El suelo de México estuvo en inmersión continuada durante el

período *Cretáceo,* hasta terminar el *Cretáceo medio;* las aguas se extendieron incesantemente, conquistando el dominio de la tierra firme, que desapareció gradualmente, cubierta por los dos Océanos, que al comenzar el *Cretáceo medio* comunicaban uno con otro y habían cubierto todo el territorio, reduciéndolo a un mar profundo, del que se destacaban numerosos islotes formando un archipiélago.

El *Cretáceo medio* indica una mar más clara, tranquila y profunda que la de la anterior; antes de terminar aquél se inició un levantamiento general, dando por resultado la emersión, a principios del *Cretáceo superior,* de casi toda la superficie que cubrió el *Cretáceo medio,* y fué entonces cuando se retiró el Atlántico, y el continente ensanchó sus dominios.

Al iniciarse la era *Cenozoica* el mar había abandonado por completo todo el centro, con las partes Norte y la totalidad del Oeste del país; no así las Nordeste, Este y Sudeste, cuyos sedimentos nos indican notable levantamiento del suelo submarino y cambio en el régimen de las aguas.

Al comenzar el período *Cenozoico* la configuración del suelo se aproxima bastante a la que debería adquirir en el *Cuaternario*, aunque con diferencias notables, tales como la de afectar la forma de una península triangular cuyo vértice debía quedar en la región que es hoy América Central y ser menor la anchura del territorio a la que actualmente tiene. Costas situadas más al Oeste limitaban al Pacífico, y muy particularmente hacia el Sur y Sudoeste, en donde probablemente se unían con él por algunos puntos situados al Sur de Guatemala.

Las penínsulas de Yucatán y Florida se encontraban cubiertas por las aguas del Atlántico. Durante el *Eoceno,* los avances del continente se extendieron algo más hacia el Este a causa de un levantamiento general del fondo del Atlántico, que ocasionó la retirada de las aguas. Al terminar este período, y por un hundimiento que principió entonces y continuó en casi todo el transcurso del *Mioceno*, las aguas del Atlántico volvieron a invadir en parte las mismas regiones que en el *Eoceno* ocuparon. Las del Pacífico iniciaron la invasión del continente, que antes del fin del *Mioceno* vinieron a formar el Golfo de California, y con esto se produjo la separación del continente de la primera península de nuestro territorio, o sea la Baja California.

A fines del período *Mioceno* principia un nuevo levantamiento en

la región atlántica que, obligando al mar a abandonar una gran parte de sus dominios, había de venir a terminar a principios del *Plioceno* con la emersión de la península de Yucatán y toda la parte Sur del país, que al comenzar la era *Cenozoica* estaba sepultada, según queda dicho, bajo las aguas de los Océanos entonces reunidos.

El acontecimiento que puede considerarse como principal durante el *Mioceno* y una parte de la aurora del *Plioceno,* fué la serie de numerosas erupciones volcánicas que tuvieron su sitio en la región occidental y central del país.

Ellas son las que han venido dando la fisonomía general del relieve de esta parte del continente.

Antes de terminar el *Plioceno,* las aguas del Pacífico comenzaron a retirarse, dando por resultado el abandono por el Golfo de California de las tierras que habían cubierto al Norte, y el ensanche de la península por adiciones a sus costas.

El *Plioceno* y el *Cuaternario* dan la fisonomía de nuestro país; las erupciones volcánicas suministran masas enormes de material volcánico y la activa denudación da abundantes sedimentos que se mezclan con él.

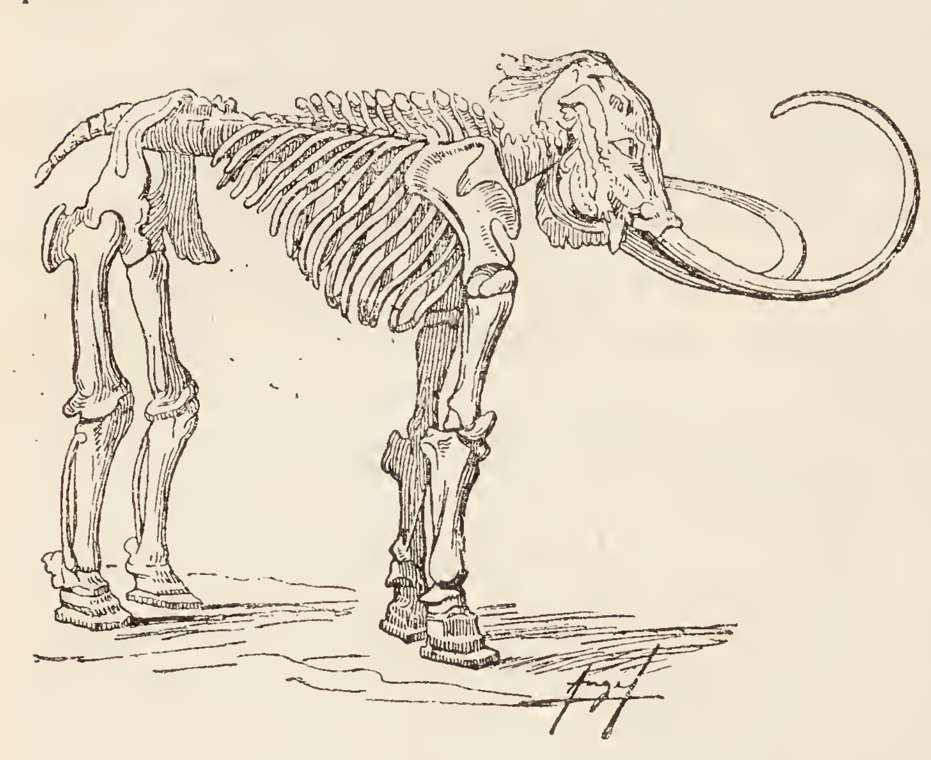
Así es cómo la mesa central casi se llena de numerosos lagos, en los que se desarrollará prodigiosamente la vida vegetal y la de gigantescos vertebrados; la base de las cadenas montañosas dirigidas hacia los Océanos se ensancharán, formando una faja alargada de sedimentos marinos; más tarde se desprenderá Yucatán de las Antillas, y los grandes volcanes mexicanos elevarán sus vértices hasta la región de las nieves perpetuas.

La era *Cuaternaria,* con sus períodos *Glacial, Champlain* y *Reciente,* evolucionó en el suelo mexicano como en el resto del globo: muy poco, y no con exactitud, se sabe tocante al *Glacial* en México; en cambio algo se conoce el *Champlain.*

El período *Reciente* manifiesta haber sido en él muy notable el volcanismo, dando lugar a cambios remarcables en el aspecto de. suelo mexicano y contribuyendo a extinguir sus mamíferos colosales. Provocó también la retirada de las aguas, dejando su superficie con la configuración apropiada para el desarrollo más general de la vida en todos los seres, tal cual los vemos en la actualidad.

La Flora y la Fauna tuvieron numerosos y variados representantes, según las épocas. Para nuestro objeto conviene puntualizar la exis-

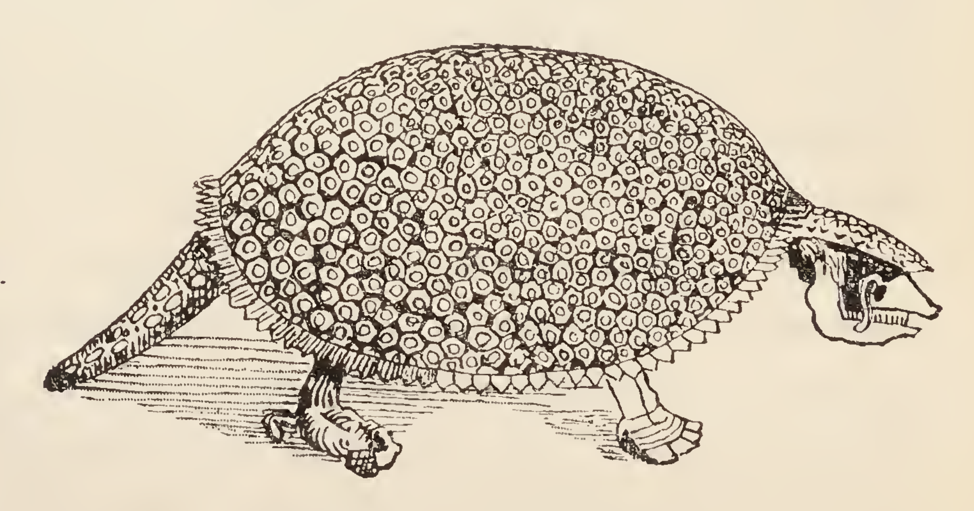
tencia de algunos de éstos en épocas y períodos especiales. En el período *Posterciario* vivían en el suelo de México mamíferos gigantescos, como el *Elephas primigenius* y el *E. Columbi,* cuyos esqueletos son tenidos y denominados hoy día por el vulgo como *huesos de gigantes,* y el tajo de Tequixquiac ha revelado al *Bos priscus, Camellus llama, Sus escrofas, Equus primigenius, Equus asinus* y *Glyptodon,* o sean elefantes, buey, llama, puerco, caballo, asno y armadillo primitivos.



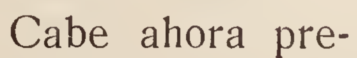
Esqueleto de *Elephas primigenius.*

La vegetación correspondía a las necesidades de tan corpulentos animales, al igual que la temperatura y condiciones hidrográficas del suelo que los sustentaba.

Todos los anteriores datos nos sirven para juzgar de los acontecimientos, que en el transcurso inmenso de los siglos, se han desarrollado para imprimir al suelo patrio la fisonomía característica que tiene, y preparar el teatro que ha de servir a la contemplación de los primeros hombres que poblaron este suelo.



Esqueleto de *Glyptodon.* ¿Sp?



Cabe ahora preguntar: ¿En qué momento de la última etapa geológica ha debido presentarse el hombre en nuestra comarca?

Desgraciadamente nuestros estudios geológicos, no obstante pretensiones en contrario, no están suficientemente adelantados para precisar ese momento. Bástenos por ahora consignar los hechos conquistados y puestos a la luz de la ciencia. Un geólogo mexicano pre-

tende descubrir en los sedimentos de origen volcánico de Tequixquiac *(Postplioceno)* el hueso sacro de una *llama* fósil, con entalladuras ejecutadas por mano humana. En las tobas volcánicas cuaternarias de los alrededores de Amanalco, más allá de las faldas del nevado de Toluca, se encuentran estampadas las pisadas de hombres y niños en la superficie de las rocas que soportan un grupo de sedimentos de más de 50 metros de potencia. En la región volcánica de Tlalmanalco, sobre la capa que contiene huesos fósiles de mamíferos, se descubren utensilios y huesos humanos.



Sacro labrado de llama fósil del Tajo de Tequixquiac.

Estos hechos prueban que el hombre vivió en nuestro suelo en una época en que aun se desarrollaban con gran intensidad los fenómenos volcánicos, cuya actividad ha dismuinuído con sensible rapidez en nuestros días.

Como es bien sabido, nuestros hombres vivieron a la orilla de los lagos, restos de aquellos grandes recipientes cuyos vestigios nos quedan todavía, pero no presenciaron, según parece, y éste es nuestro modo de sentir, la vida de los grandes mamíferos, como del *Elephas* y del *Glyptodon*, aunque encontraron por todas partes sus despojos.

Y es natural pensar así si se atiende a que debió ser más rudo el clima y el régimen poco apropiado a la vida de nuestros primeros hombres. Del hombre que imprime sus pies en el lodo volcánico de Amanalco no tenemos ni vestigios de su industria; queda, pues, fuera del dominio de la historia. Dejemos, por consiguiente, que la ciencia futura nos diga si ese hombre vivió en el Postplioceno, o fué el antecesor de aquel que, viviendo en las orillas de los lagos mexicanos, quedó sepultado, y así se ha encontrado, bajo las ardientes lavas de un volcán aparecido en los flancos del Ajusco.

Los pretendidos hombres prehistóricos del Peñón, de la Calera y Xico carecen, en opinión de los sabios, de las condiciones de auten-

ticidad científica, y les niegan, por lo mismo, antigüedad prehistórica; convienen, sí, en que el hombre es más antiguo en Europa que en América. El *hombre de Calaveras,* pretendido viviente del terciario y en territorio americano, está bien averiguado no corresponde a tal período geológico.

Correlativa a la cuestión supradicha es esta otra: *¿Cómo apareció el hombre en México?* La solución en este particular se complica sin resolverse, más que nada, por cuestión de escuela o de sistema. Pugnan entre sí el *monogenismo* con el *poligenismo* y el *evolucionismo* y *transformismo.* Para los primeros, toda la raza humana desciende de una sola pareja, en un solo centro de creación: del Adán y Eva del relato mosaico. Para los segundos, existieron varias parejas y varios centros de creación, correspondiendo al continente de Colón alguno de ellos, y da, por consecuencia, el *auctoctonismo* de las razas americanas, en su sentido más lato. Para los últimos, la lenta evolución de los seres debió, en el transcurso de siglos incalculables, marcar el paso del animal al hombre, y nos presentan uno que existió en la época terciaria, bautizado con los nombres de *proanthropos* y *anthropopiteco,* es decir, hombre primitivo y hombre mono.

Tiende actualmente la ciencia, desligándose de sistemas apasionados y de credos religiosos, a investigar esta importante cuestión a la luz del método genealógico o evolutivo, y aunque se apoya en la doctrina evolucionista, no es que crea ser la evolución, el sistema definitivo de la representación posible unitaria del cosmos, pero sí afirma que debe utilizarla como instrumento de investigación y como procedimiento lógico de estudio.

Con ese criterio, en mi concepto, debe considerarse esa cuestión.

Bien pocos son los objetos de la industria y uso del hombre primitivo encontrados en nuestro país, y todos ellos no pueden referirse a remota antigüedad.

Las divisiones establecidas en Europa para juzgar de la antigüedad relativa de los hombres, basadas en los perfeccionamientos de su rudimentaria industria, no pueden tener aplicación entre nosotros en el estado actual de nuestros conocimientos. En los albores de nuestra historia, el hombre que pobló este suelo se nos presenta con los caracteres del hombre neolítico, del de la piedra pulida; pero lleva también consigo las manifestaciones de una inteligencia superior que toca los linderos de las primeras civilizaciones históricas del Asia.

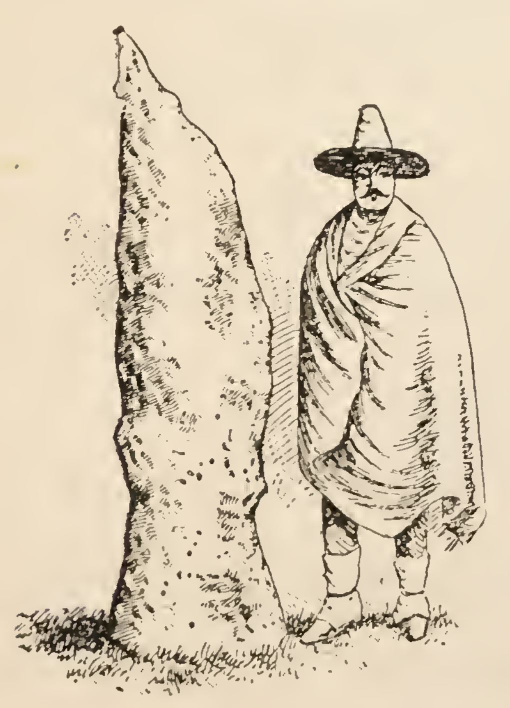
Según la clase de artefactos y método de trabajo, se han hecho estas divisiones: 1.ª, *la del sílex o pedernal;* 2.ª, *la de la obsidiana;* 3.ª, *la de la piedra pulimentada,* 4.ª, *la del cobre.* La percusión y presión se usaron casi exclusivamente en las dos primeras, y en la tercera la frotación y pulimento: la diorita, piroxenita, anfibolita, serpentina, jade, nefrita, pórfidos magnesianos y petrosílex se utilizaban profusamente, ejecutándose en ellas primorosas obras de arte. El cobre, tan abundante en nuestro territorio al estado nativo, fué al principio machacado, y más tarde fundido y vaciado, así como también el oro, la plata y el estaño.



Columnas monolíticas de Mitla.

La existencia de *trogloditas* está bien puntualizada por últimos descubrimientos llevados a cabo en el Estado de Chihuahua.

Con respecto a *Kiokenmodingos, restos de cocina* o *paraderos* y *monumentos megalíticos,* como *Menhires, Dólmenes, Cromlechs* y *Palafitos,* nada se sabe. El *Menhir,* de Chiapas, llamado *Pilar de Been,* pudiera tomarse como prehistórico por su materia, forma y hechura, caso de que el dibujo que conocemos no sea fantástico.



Pilar de Been.
(Dibujo del Dr. H. C. Berendt.)

Aberración sería querer tomar como monumentos prehistóricos las *columnas* de los palacios de Mitla, las *picotas* de Yucatán y las *estelas* mayakichés. Las pirámides, construcciones de adobe y tierra, terraplenes y fortificaciones ciclópeas, pertenecen más bien a la época protohistórica, pues algo nos enseñan las tradiciones respecto al origen de ellas.

Es tal la confusión que en este particular ofrecen los objetos arqueológicos de México, que en un sepulcro tarasco hemos encontrado un cuchillo de piedra bruta, semilunar, verdadero paleolito por su forma y hechura, al lado de unos dijes de latón pertenecientes quizá al arnés de algún hijo del Sol y algunos instrumentos de cobre amartillado, de factura precolombina.

Bibliografía

Aguilera (José G.).—*Sinopsis de Geología Mexicana*. En «Bol. Inst. Geol. de México». Números 4, 5 y 6. México, 1897.

Bárcena (Mariano).—*Tratado de Geología*. México, 1885.

Brinton (Dr. D. G.).—*The American Race*. New York, 1891.

Idem.—*Races and Peoples*. New York, 1890.

Idem.—*The Pillars of Ben*. Philadelphia, 1897.

Dana (J. D.).—*Text Book of Geology*. New York, 1883.

Darwin (Ch.).—*The descent of man*. New York, 1871.

Guyot (A.).—*The Earth and man*. Boston, 1867.

Hamy (E. T.).—*Les premiers habitants du Mexique*. París.

Idem.—*Anthropologie du Méxique*. París.

Hrdlicka (Dr. Ales).—*Skeletal remains suggesting or attributed to early Man in North America*. Washington, 1907.

Herrera (A. L.).—*El hombre prehistórico de México*. México, 1894. En «Memorias de la Sociedad A. Alzate».

Hovelacque et Hervé.—*Précis d'Anthropologie*. París, 1886.

Huxley.—*L'évolution et l'origine des espèces*. París, 1992.

Latham (R. G.).—*Man and his migrations*. London, 1851.

Leyell (Ch.).—*L'ancienneté de l'homme prouvée par la géologie*. París, 1870.

Lubrock (J.).—*Pre-Historic times*. New York, 1872.

Mc Gee (W. J.).—*Paleaeolithic Man in America*, 1888.

Marsh (G. P.).—*Man and Natura*. New York, 1867.

Morselli (Prof. E.).—*Antropologia generale. L'Uomo secondo la teoria dell'evoluzione*. Torino, 1911.

Nadaillac.—*L'Amérique préhistorique*. París, 1883.

Idem.—*Le préhistorique américaine*. Bruxelles, 1893.

Newberry (J. S.).—*Discusión acerca del hombre del Peñón*. «Naturaleza». México, 1885-86. Tomo vii.

Nott (J. C.) y Gliddon (G. R.).—*Indigènous Races of the Earth*. Philadelphia, 1868.

Orozco y Berra (M.).—*Historia antigua y de la conquista de México*. México, 1886. Tomo ii.

Pritchard (J. C.).—*The natural history of man*. London, 1855.

Quatrefages.—*L'espèce humaine*. París, 1886.

Idem.—*Introduction à l'étude des races humaines*. París, 1889.

Idem.—*Unité de l'espèce humaine*. París, 1861.

París (Ch. H.).—*The natural history of the Human species*. London, 1859.

Topinard.—*L'Anthropologie*. París, 1895.

Idem.—*Éléments d'Antropologie générale*. París, 1885.

Tylor. (E. B.).—*Researches into the early history of Mankind*. London, 1870.

Vilanova y Piera (Dr. Juan).—*Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*. Madrid, 1872.

Waits. Th. and G. Gerland.—*Anthropologie der Naturvölker*. Leipzig, 1860.

Wilson (D.).—*Prehistorie Man; researches into the origin of civilisation in the Old and New-World*. London, 1876.

Wood (J. G.).—*Natural History of Man. Africa, America, Asia, Australia*. London, 1868-70.

Zanghi (G.).—*L'uomo e la scimmia*. Catania, 1871.


SEGUNDA PARTE
Tradicional
Protohistórica
y Precolombina



SEGUNDA PARTE

TRADICIONAL, PROTOHISTÓRICA Y PRECOLOMBINA

CAPÍTULO PRIMERO

Origen y época de la aparición del hombre en México.—Estrecho de Behring e islas Aleutianas.—Raza negra.—Cabeza de Hueyapan.—Quinametzín.—Los Hiá-Hiú.—Petroglifos.—Mayas —Chanes y Xiues.—Confederación de Mayapán.—Kukulkán.

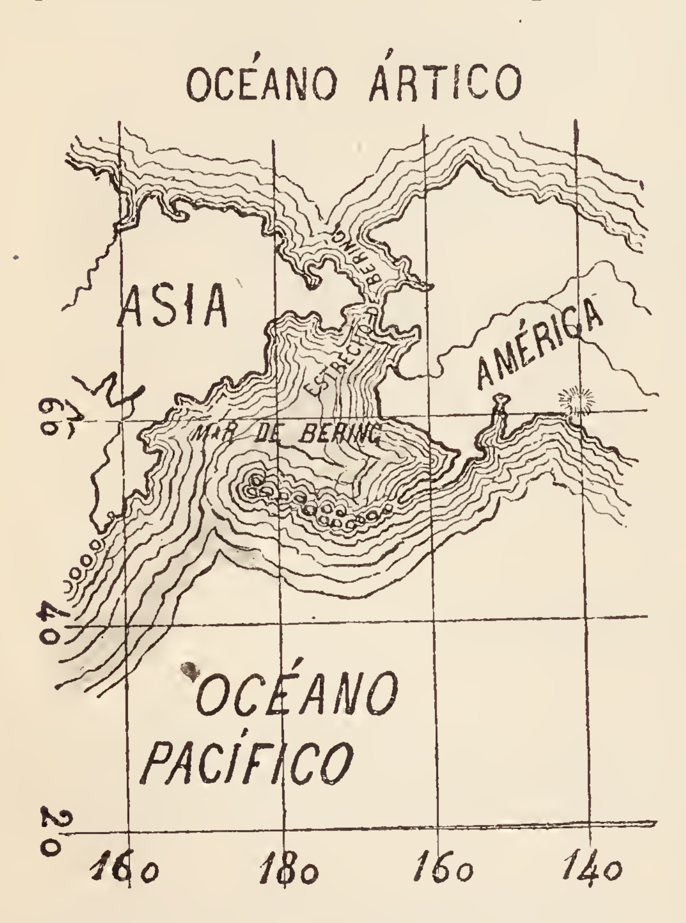
Lo anteriormente expuesto nos conduce a las cuestiones siguientes: ¿*Cuándo, cómo* y de *dónde* llegaron a México los primeros hombres que lo habitaron?

La primera cuestión no es posible resolverla con los actuales datos de la ciencia, aunque parece bien averiguada la existencia del hombre en el suelo mexicano a principios de la época cuaternaria; la segunda no presenta menos dificultades, aunque tocante a ello se tengan algunas noticias más, que la Geología suministra. Basta echar una ojeada al mapa actual de los continentes, para convencerse que ellos estuvieron algún tiempo unidos, y más tarde ligados por medio de islotes escalonados y aun por pequeños continentes. Sabios de alto renombre admiten la unión del Asia y de la América, la continuidad antigua entre la América del Sur y la Australia; y hoy se admite la existencia de la Atlántida, puente de comunicación entre la Europa y la América.

Se cree estuvo ella ubicada entre España, Irlanda y los Estados Unidos, sirviendo para las emigraciones más o menos lentas y numerosas de las plantas y de los animales. Si pues los continentes estu-

vieron unidos o muy aproximados por medio de islotes, la marcha de los inmigrantes sería a pie; más tarde en esquifes, que, por muy imperfectos y ligeros que hayan sido, bastarían para ir en ellos de islote en islote.

Como las inmigraciones al suelo de México, según las tradiciones que hasta nosotros han llegado, vinieron principalmente del Norte, se ha señalado como el camino por ellas seguido desde el Asia el estrecho de Behring y las islas Aleutianas hasta la Península de Alaska; indican también, para explicar las emigraciones del Sur, la Polinesia, puesto que las tradiciones tzendales nos hablan de haber llegado por el Sur los inmigrantes en barcas.



Estrecho de Behring e islas Aleutianas.

La tercera cuestión viene a resolverse por sí misma, como una necesaria consecuencia de lo antes referido, asignando origen asiático a las primitivas razas pobladoras de nuestro suelo. Al ocuparnos en particular de la inmigración de cada una de ellas, marcaremos su éxodo.

El más antiguo habitante de México, según unos, es el hombre *negro*, y, según otros, el *othomí*. La existencia de hombres negros y de gigantes es común creencia en casi todas las razas de nuestro suelo, y en sus varios idiomas tienen palabras para designarlos. Algunos objetos arqueológicos encontrados en varias localidades demuestran la existencia de aquéllos, siendo los más notables la cabeza colosal de granito existente en Hueyapan (Veracruz) y una hacha de lo mismo, de localidad cercana a la citada. En Teotihuacan abundan las cabecitas de tipo etiópico y pintadas de negro, y en Michoacán y Oaxaca también las hemos encontrado. Su extinción casi total en los tiempos de la conquista y el recuerdo de ellos consignado en las tradiciones más antiguas, induce a creer fueron ellos los primitivos habitantes de la tierra mexicana.

Con respecto a la existencia de los gigantes (*Quinametzin* en nahuatl, y *Hauicanime* en tarasco), no obstante el testimonio de

autorizados cronistas que aseguran haber visto sus despojos, es opinión unánime que se equivocaron, tomando por tales los restos de mamíferos gigantescos del período terciario.


Cabeza colosal de Hueyapan.
(De fotografía directa.)

Dejando el extenso e inseguro campo de las conjeturas, algo más concreto y verosímil podemos encontrar volviendo nuestros ojos hacia los othomíes u *Otonca*, cuyo nombre gentilicio es *Hiá-Hiú*. Desde luego su idioma cuasi-monosilábico, su tipo antropológico y sus costumbres nos revelan al hombre más cercano al primitivo. Las tradiciones y los códices nada dicen tocante a su origen, ni cuándo emigró al continente americano; y en este silencio se han fundado algunos historiadores para llamarle *auctóctono de México*.

Hagamos de él un ligero examen: su idioma es pobre de voces, y una misma tiene varios significados, siendo necesario para distinguirla la mímica o el acento. Su indumentaria era un rudimento de vestido; los hombres se rapaban la cabeza, dejándose un solo mechón a manera de los chinos, o se atusaban la mitad de ella dejando crecer por delante el cabello. Con puntas de cortante obsidiana rajaban sus carnes, formando varia labor en los pechos y brazos, que cubrían después con polvo finísimo de color azul, para quedar taraceados.


Frente Perfil
Hacha gigantesca de granito. (Fotografía directa)

Las mujeres tenían gusto por los adornos y relumbrones, y se embijaban con betún amarillo, sobre el cual se dibujaban, con varios colores, figuras diversas; completaban su afeite pintándose los dien-

tes de negro. Usaban el pelo largo y no se lo trenzaban sino hasta después de ser madres; adornándose también piernas y brazos con plumas de colores diversos. Los jeroglíficos nahuas nos pintan a los othomíes viviendo como trogloditas, aunque más tarde los veamos ocupando un vasto territorio comprendido en los actuales Estados de San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán, México, Morelos, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Hidalgo y todo el de Querétaro, teniendo por capital a *Ma-me-ni*, la que después fué *Tóllan*, y esto en el siglo VII de Jesucristo.

Se les tiene como fundadores de una populosa ciudad, en principios de nuestra era, en el mismo sitio que existió Teotihuacán, aunque sin lujo ni esplendor, pues sus casas eran chozas pajizas. Cazadores nómadas en su origen, por muchos años tuvieron vida errante antes de establecerse en las ciudades que les sirvieron de centro de agrupación.

Hay indicios para juzgar que su culto fué enteramente zoolátrico; y un historiador se siente muy inclinado a juzgar como de esta raza al individuo que labró el hueso fósil de Llama encontrado en Tequixquiac, no para adornar su habitación o su persona, sino para tributarle culto.

Como no creían en la inmortalidad del alma, poco o nada cuidaban de los sepulcros de sus muertos.

No ha faltado quien los identifique con los terribles quinames, aunque sobre esto habría mucho que objetar.

Con respecto a su origen y al camino recorrido hasta llegar a posesionarse de la parte central de México, tenemos otros datos: su lengua cuasi-monosilábica y algunos rasgos fisiognómicos los acercan a los chinos; que vinieron del Norte duda no cabe, pues aun quedan allí tribus de la gran familia Athabascana, cuyo idioma tiene grandes afinidades con el othomí, toda vez que los de ambas razas pueden fácilmente entenderse y conversar en sus respectivas lenguas como afirma el cronista Arricivita.

No sería improbable que ellos hubiesen sido los autores de las inscripciones en rocas casi inaccesibles que se encuentran en el Norte, Centro y Sur de México, pues para juzgarlo así induce su estilo primitivo y su ejecución rudimental.

Sufriendo el choque de todas las inmigraciones posteriores, su nivel intelectual y aun su primitivo tipo étnico sufrió notable decadencia, aunque sin perder lo que más caracteriza a una raza, que son el

idioma y las costumbres. Esa impenetrabilidad y resistencia a todo lo extranjero lo vemos en ellos aun hoy día, en que, al cabo de 400 años de conquista y roce con pueblos civilizados, nada han perdido ni ganado; son los mismos othomíes que Sahagún nos pinta en su *Historia*.

El pueblo civilizado más antiguo que se encuentra entre nosotros fué el *maya*, que ocupó toda la Península de Yucatán, con una fracción de Chiapas y Tabasco, en la región llamada *Onohualco*.

Sus *katunes* o fechas históricas dicen que por el año de 162 de Cristo se desprendieron del Norte de América, con rumbo hacia el Sur, de la casa de *Nonoual* en la tierra de *Tulapán*, por los territo-

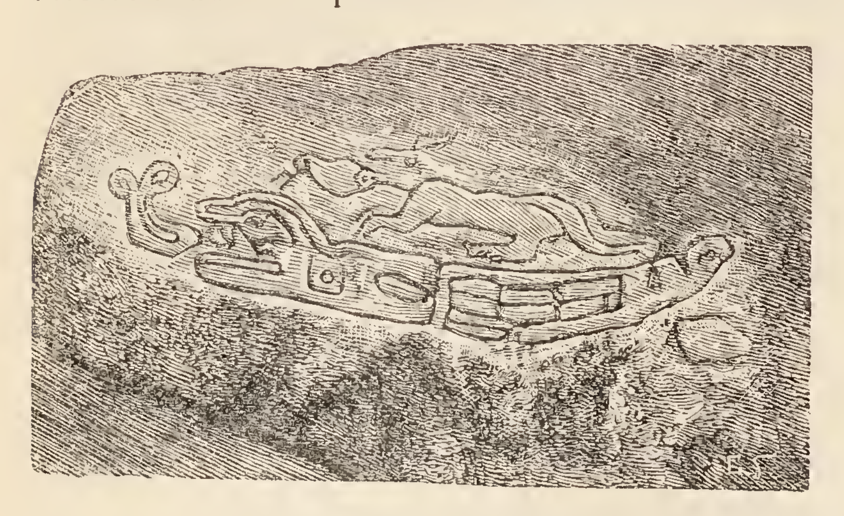


Petroglifo llamado de la Luna
(Fotografía directa de la colección del autor.)

rios que se extienden del Mediodía de México y Honduras, arribando por el Sudeste a Yucatán.

No se sabe con exactitud qué clase de gente sería aquélla; unos la creen tolteca, otros zapoteca, y otros olmeca: fuera de duda está que fué una que absorbió a las posteriores, y que, usando una misma lengua, se denominó más tarde Maya-kiché. El pueblo que vino en esta primera inmigración se denominaba *Chan*, y es muy probable que haya venido del centro de México, y pasando por Tabasco y Chiapas, Guatemala y Honduras, llegó por el Sudeste a Yucatán bajo al mando de *Holon-Chan*. Desde que esta inmigración inició su camino hasta llegar a Chacnovitán, transcurrieron cuatro katunes, es decir, ochenta y un años, puesto que pisó la Península el año 242 de

nuestra era. De este lugar continuó su camino en dirección al Norte, costeando la parte que hoy es Honduras Británicas y partido de los *Chenes* de Campeche. Permaneció en esta región desde el año 242 hasta el 442, fundando y habitando, por período de tiempo, varias ciudades, cuyas ruinas aun hoy subsisten. La falta de agua, las enfermedades por insalubridad de los sitios elegidos para morada, y otros inconvenientes, les obligaron a emprender nuevo camino, hasta encontrar el año 462 el puerto de *Ziyán-Caan* o *Bacalar*, en donde establecieron definitivamente su ciudad capital, y allí permanecieron sesenta años, o sea hasta el año 502 de Cristo. De Bacalar mudaron su capital y, residencia a *Chichén-Itzá*, trayendo consigo al gran sacerdote *Zamná* o *Itzamná*, varón sapientísimo que, según las crónicas, impuso nombre a todos los sitios y lugares de la Península, inventó los primeros caracteres que sirvieron de letras a los indios, y construyó un templo al Dios *Itz-amal-ul* (rocío diario que llega).



Petroglifo de Huetamo.
(De fotografía directa de la colección del autor.)

En tanto que el año 462 se establecían los Chanes en Bacalar, otra inmigración estaba en camino hacia Yucatán, acaudillada por *Ahmekat-Tutul-Xiu*, que viniendo del Sudoeste pasó por Tabasco, Acalan y Campeche, extendiéndose luego por la Península y caminando de Poniente a Oeste.



India othomí (actual).

Llegó el mencionado caudillo a la parte meridional de esta tierra el año 482, habitando primero en la sierra de los *Puc-es*, yendo después a la de los *Uitzes*, donde estableció definitivamente a su pueblo, no sin dejar huellas de su paso con la erección de varias ciudades cuyas ruinas persisten desde Champotón hasta Uxmal.

Chanes y Xiues eran de la misma lengua y raza, aunque de tribu diversa, y vinieron a quedar de vecinos.



Cara de Zamná

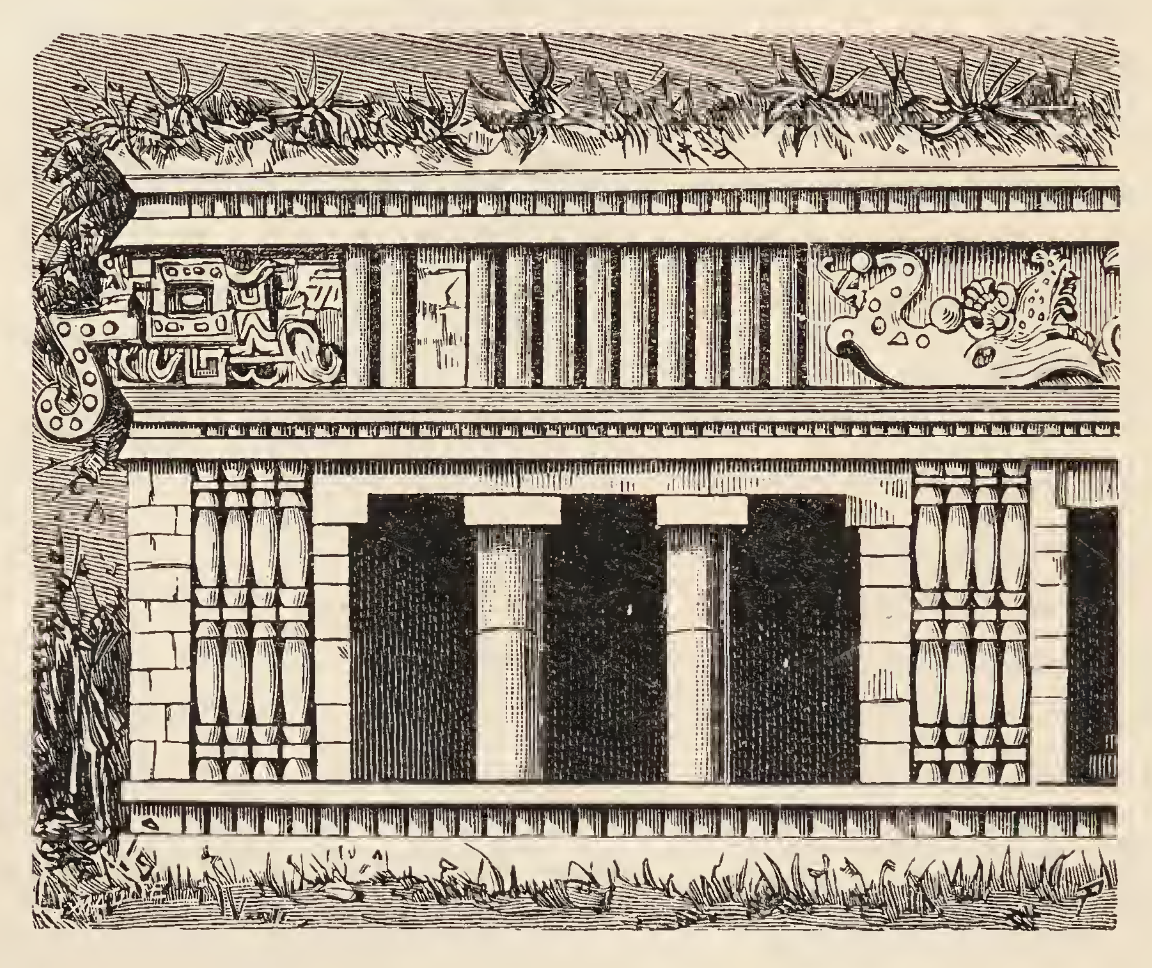
Volvamos a los Chanes establecidos ya en *Chichén-Itzá*, en donde gobernaron de ciento veinte a doscientos años. Se cuenta que tuvieron 13 reyes, y entre ellos tres hermanos que permanecieron célibes y dedicados al sacerdocio, habiendo ordenado la construcción de grandiosos templos, cuyas admirables ruinas hoy contemplamos. Sin causa sabida, uno de ellos se ausentó, y los dos restantes, olvidando las buenas costumbres, se entregaron a los vicios, degenerando en tiranos.

En la misma época de la fundación de Chichén-Itzá otra tribu numerosa de Chanes continuaba caminando hacia el Poniente de Yucatán, en donde establecieron las populosas ciudades de EKBALAM, ITZAMAL, MUTUL y T-HÓ.

La primera lleva el nombre de su fundador y caudillo de la tribu, quien la estableció llenándola de templos y palacios suntuosísimos y extensos. Este caudillo contaba con cuatro subalternos tan hábiles, honrados y valientes como él; así es que la prosperidad llenó a su nación. Su recto y sabio gobierno le granjeó la estimación de propios y extraños, sirviendo ello para extender sus dominios, que ensanchó considerablemente. Subyugado más tarde por la soberbia, se creyó casi un dios y se convirtió en tirano de los suyos, desplegando sobre

ellos cuantas infamias y maldades quiso, en grado tal que, exasperados sus súbditos, estalló una sublevación, dando por resultado la muerte de *Ekbalam* y de sus principales consejeros, después de un reinado de más de cuarenta años.

Vino entonces la anarquía a dislacerar a ese infeliz pueblo, pues todos querían asumir el supremo mando y nadie obedecer. Aprovechando este desorden, los partidarios del rey muerto logran triunfar



Palacio de Zayi (Yucatán)

de las facciones y elevar al trono a *Heb-Lay-Chac*, descendiente directo de *Ekbalam*. Aleccionado aquél con la infausta suerte de su predecesor, se empeñó en captarse la voluntad del pueblo, observando intachable conducta y gobernando con justicia y equidad. Logró su deseo, moralizando a la vez a sus descarriados súbditos. Temoroso de que a su muerte la discordia volviese a hacer su presa en ellos, apeló a un medio bien reprensible para evitarlo y que trajo consigo la introducción de la idolatría en su pueblo, cambiándolo de monoteísta en idólatra.

Reunió a sus hijos, amigos y adeptos, y en sentidas frases les persuadió ser conveniente a la felicidad nacional el que se fabricase una estatua a su imagen, para que así, aun después de muerto él, quedase viva su memoria, y que a esta estatua se le rindiese no sola-

mente los respetos y homenajes de suprema autoridad, sino también culto y adoración como a un dios. Servilmente fué secundado por sus áulicos y parientes, que se apresuraron a fabricar la estatua y la expusieron en el templo a la adoración pública: de ahí se originó que en edificios públicos y en casas particulares pronto se multiplicasen las imágenes de ella ejecutadas en toda clase de materiales.

Reconocidos sus descendientes como hijos de la divinidad, gobernaron en paz hasta la extinción de su dinastía, acaecida en tiempos de la confederación de Mayapán, en que entró a gobernar la familia de los *Cupules*.

Estos habían venido del Oeste, quizá cuando emigraban los Chanes o Itzaes, puesto que adoraban como aquéllos a *Hunab-Kú* y elevaron al rango de dios al sacerdote *Itzamná*.

Algunos capitanes Itzaes, desprendidos de la gran emigración de los Chanes, y que tenían por nombre *Kinich-Kabul*, *Kinich-Kakmó*, *Cit-Ahcutz* y *Cit-Ahcoy*, vinieron a establecerse en el sitio de Izamal, construyendo grandiosos edificios en que más tarde fueron venerados como dioses. Se representó a Kinich-Kabul bajo el símbolo de una mano que sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Kinich-Kakmó era el protector contra la peste y el oráculo que consultaban los pueblos.

Otra fracción de los mismos Itzaes, acaudillada por *Zac-Mutul*, se asentó en el sitio donde después se fundó la ciudad de *Mutul*. Este *Zac-Mutul* era, según las crónicas, un hombre blanco que vino del Oriente; él y sus acompañantes eran monoteístas y creían que el primer hombre, al que llamaban *Anom*, había sido formado de tierra, y una vez creado se le había aparecido una mujer con quien casó, de quien tuvo hijos y de ella salió la humanidad toda.

Esta dinastía duró cuarenta años.

En la misma época de las fundaciones que hemos mencionado, otra fracción de los Chanes, extendiéndose hacia el Poniente de la tierra maya, fundó a *T-hó* en el mismo sitio que hoy ocupa la ciudad de Mérida, acaudillados quizá por *Ah-Chan-Caan*, quien erigió un templo sobre un montículo y en el que más tarde recibió culto.

Los reyes de Chichén-Itzá no lograron dominar en toda la Península ni que su autoridad fuese siempre acatada, no obstante el gran prestigio y poderío que alcanzaron; surgieron entre ellos discordias intestinas, y al fin estalló la guerra civil, viéndose obligados a dejar

su capital y dominios, emigrando a *Chan-Putun* o *Chan-Peten*. Este viaje duró largos años, esto es, desde 642 hasta 682, en que arribaron al punto citado, logrando apoderarse de él, no sin efusión de sangre, el año 702 de nuestra era. Vivieron en él y gobernaron ahí doscientos años, adquiriendo gran desarrollo y autoridad.

Ni el tiempo ni la distancia borraron los recuerdos de Chichén-Itzá, la antigua patria, y así les vemos abandonar a Chan-Peten el año 982 bajo las órdenes de dos intrépidos capitanes, *Kak-u-pacat* y *Bilú-Huh*, con el propósito de recobrar a toda costa el dominio antiguo. Pasando penalidades mil por haber elegido camino extraviado entre los bosques y desiertos del Sur, salieron por la sierra de Yucatán en el lugar llamado Dzan. De aquí se dirigieron al Norte y fundaron la ciudad de Mayapán, comenzando luego a hostilizar a los caciques de Mutul e Izamal, que al fin sucumbieron después de vigorosa resistencia, pues los agresores lograron inclinar a su favor a los Xiues. Mutul fué destruída, y sus habitantes muertos, esclavizados y desterrados.

Inmediatamente después de este triunfo volvieron sus armas contra Izamal, encontrando menor resistencia en sus habitantes, que se entregaron al invasor.

Esto les fué beneficioso, puesto que sus habitantes fueron respetados, quedando solamente sometidos al yugo conquistador.

Triunfantes los Itzaes, reedificaron a su querida ciudad Chichén-Itzá, que volvió a ser la sede soberana de toda la comarca.

Cuando aun vagaban los Itzaes por los bosques, y antes de que erigiesen a Mayapán, *Ahcuitok-Tutul-Xiu* fundó la ciudad de *Uxmal*, exornándola con suntuosos templos y palacios. Dedicó todos sus cuidados a sus súbditos, a quienes instruyó enseñándoles el cultivo de la tierra, vulgarizando la escritura e inventando el calendario.

Rico y con pueblo numeroso levantó edificios magníficos en las diversas ciudades de sus dominios, y para remediar la molesta escasez de agua construyó espaciosos aljibes perfectamente ademados con piedra y mortero.

En el segundo Ahau, o sea en los años 1002 ó 1022 de Jesucristo, se encontraban los caciques de Uxmal en su mayor apogeo y con grande influencia sobre los otros caciques mayas, al grado de haberles convencido y arrastrado a formar una liga o confederación ofensiva y defensiva. Se avinieron a ello los señores de Izamal, Chichén-

Itzá y Mayapán, que, juntamente con el de Uxmal, cambiaron su residencia a Mayapán, dejando en sus respectivos cacicazgos gobernadores que en su nombre los rigiesen. Grande fué el progreso de esta ciudad con motivo de ser el centro y residencia de los señores confederados, pues que a porfía los principales y pudientes de todos los pueblos aliados edificaron en ella casas y jardines.

Una albarrada ancha y doble, que se prolongaba en circuito formando una muralla, resguardaba el centro de la ciudad y era accesible tan sólo por dos puertas angostas y bien guardadas Quedaba así dividida la ciudad en dos recintos: uno aristocrático, llamado *Ichppa*, y otro plebeyo denominado *Tancah*.

Esta confederación subsistió doscientos años, o sea hasta el año 1182. Durante ella vino del Sudoeste, y por el rumbo de Champotón, un celebérrimo sacerdote acompañado de numeroso séquito y que se llamaba *Kukulcán*.

Usaba luenga barba, vestía ropa talar y calzaba sandalias, poseía lenguaje elocuente y persuasivo, y era insinuante y benévolo.

Predicaba la conveniencia de fabricar y adorar ídolos de madera, barro y piedra, a los que deberían tributársele culto y presentarles ofrendas de frutos, plantas y animales; y también sangre humana, corazones de hombres, mujeres y niños; es decir, inculcaba grosera idolatría y sacrificios humanos.

Como político, exhortaba a la paz y unión entre los gobernantes y sus pueblos y a conservar por mutuas concesiones la confederación establecida que algunas desavenencias habían puesto en peligro.

Quiso dejar una memoria de su estancia entre ellos, y para este fin construyó un templo en donde su imagen fuese venerada y permaneciese el recuerdo de su predicación. Después de residir en Yucatán algunos años, continuó su peregrinación volviéndose a Champotón por el mismo camino que había venido; ahí se detuvo algún tiempo e hizo edificar un templo en la playa, semejante al de Mayapán.

Entre los gobernantes de Mayapán durante la referida alianza se distinguió uno, llamado *Cotec-Pan*, bajo cuyo imperio la ciudad llegó a tener 60.000 habitantes.

Ah-Xiu-Pan, rey de los Xiues, se hizo también notable rigiendo desde Mayapán con grande acierto a Uxmal y la Sierra; y se cuenta de él que sabía leer y escribir y la cuenta de los años y días, conocimientos que difundió entre los sacerdotes y nobleza de su pueblo.



CAPÍTULO II

Fin de la confederación de Mayapán.—Los nahuas en Yucatán.—Los cocom.—Los tutalxiu.—Cacicazgos de Yucatán —Dioses mayas.—Su culto.—Templos.—Sacerdotes y sacerdotisas.—Sus prácticas.—Gobierno civil.—Ejército.—Pueblos y sus divisiones.—Administración de justicia.—Delitos y penas.—Clases civiles.—Agricultura.—Costumbres domésticas.

La ausencia de Kukulkán fué ruinosa para la paz de las naciones aliadas, que vino a quebrantarse el año 1182, a causa de los señores de Chichen-Itzá y Mayapán, y con motivo de unas bodas.

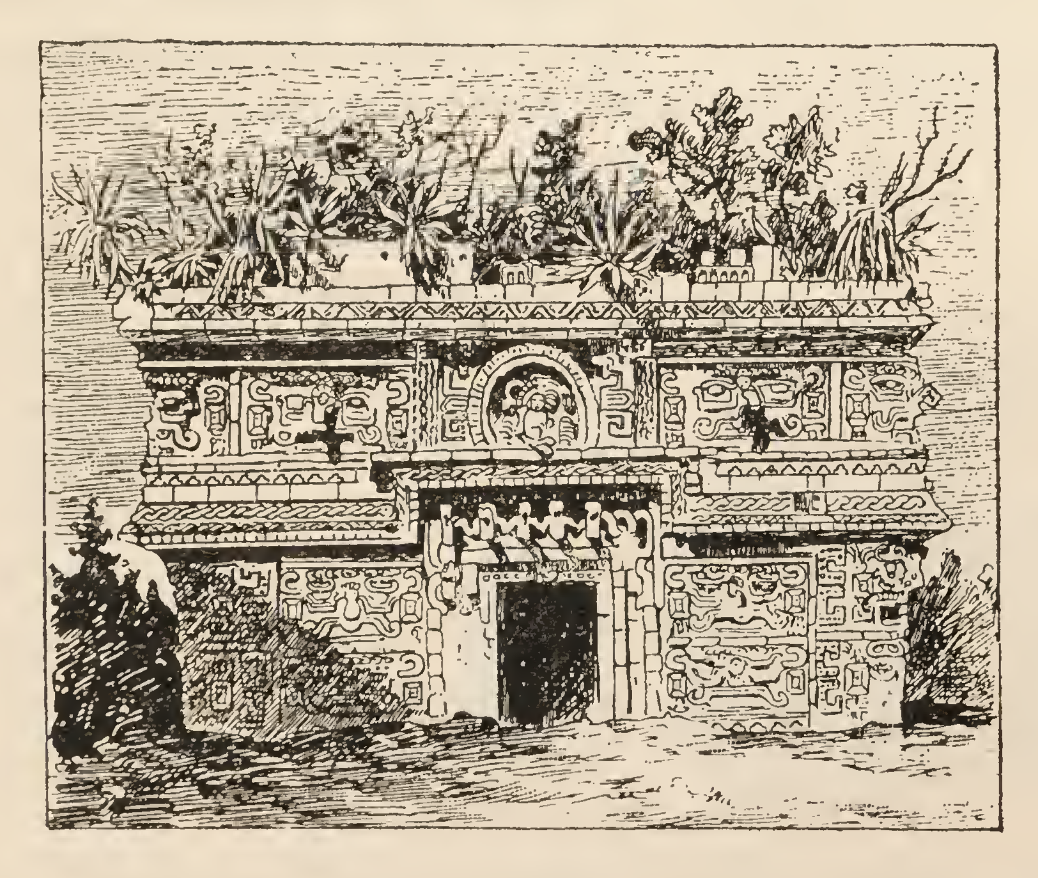
Chac-Xib-Chac, rey de Chichén, debía casarse con una noble y hermosa doncella, de la que estaba perdidamente enamorado *Hunac-Eel,* rey de Mayapán. Desairado éste y preferido aquél, concibió la idea de impedir a todo trance la dicha de su afortunado rival. Ocultando su despecho, vió con aparente indiferencia los aprestos de la boda, que al fin se celebró con todas las ceremonias de estilo en ese pueblo. Cuando, según costumbre, todos estaban ebrios, incluso el rey, *Hunac-Eel,* a la cabeza de numerosos soldados suyos, cayó sobre Chichén, atropellando, matando y ejecutando actos de barbarie sobre aquella turba indefensa, hasta alcanzar llegar adonde se encontraba la desposada trémula y aterrorizada. Sin miramiento alguno la arrebató de su hogar, vestida aún con los atavíos de boda, y la llevó a su palacio. Vuelto a su cabal razón el Rey de Chichén, e informado de su desgracia, ardiendo en ira, convocó a todos sus súbditos e invitó a sus aliados, proclamando guerra y venganza contra el infame señor de Mayapán.

Todos los confederados, excepto los Xiues, ayudaron al afrentado *Chac-Xib-Chac* y se dirigieron sobre el felón *Hunac-Eel.* Temeroso éste de ser vencido, pidió auxilio a los nahuas que guarnecían a Tabasco, haciendo con ellos una alianza, después de ofrecerles tentadoras recompensas.

Fácilmente accedieron a ello los méxica, y enviaron en su auxilio buen número de guerreros, al mando de siete capitanes aguerridos y experimentados.

Con esta ayuda fácilmente triunfó el de Mayapán; siendo el resultado la destrucción de Chichén y la dispersión de sus moradores, pues que los que no sucumbieron emigraron en masa hacia las selvas del Sur, yendo a fundar el cacicazgo de *Peten-Izá,* y otros, en número menor, continuaron llevando una vida miserable y nómada en el Oriente de la Península.

Destruído el rival odiado, volvió sus fuerzas y rencores contra los que le ayudaron. Fortificados éstos en Izamal, fueron al fin vencidos, la ciudad destruída y sus habitantes acuchillados. Con la destrucción de estas dos ciudades, el de Mayapán llegó a dominar casi todo Yucatán, quedando solamente como autónomos los Xiues, que, aunque celosos de su antiguo aliado, no se declaraban como enemigos temerosos de su poder.



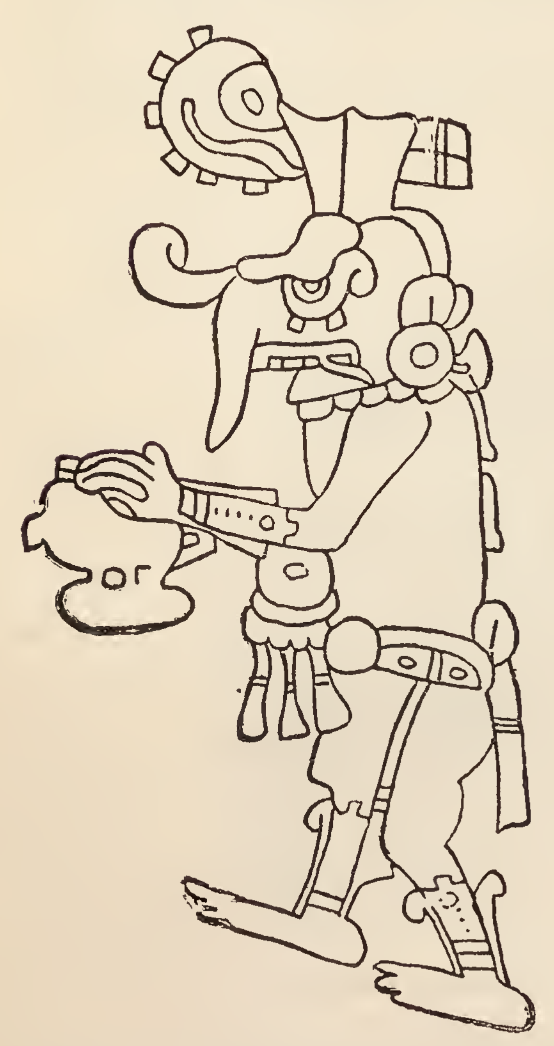
Chichén-Iza. Monumento llamado *Las Monjas* (Yucatán)

A la muerte de Hunac-Eel, entraron a gobernar los *Cocomes* en Mayapán. Eran éstos descendientes de los Itzaes y muy hábiles en el arte de la guerra.

Como base de su futura grandeza y estabilidad política, estrecharon más la alianza con los nahuas y aun solicitaron viniese a su ciudad capital una fuerte guarnición para que les resguardase.

Ensoberbecidos los Cocomes con la alianza extranjera y su preponderancia en toda la comarca, desplegaron una tiranía insufrible, al grado de exasperar con ella a todos sus súbditos y aun a sus aliados los Xiues. Aprovechando este descontento, cautelosamente se salió de Mayapán el cacique *Tutul-Xiu* y enarboló la bandera de la rebelión. Bajo ella se acogieron los tiranizados y los vencidos, entablándose una guerra sin cuartel. Con éxito vario por ambas partes, duró la guerra algún tiempo, hasta que al fin la victoria favoreció a los Xiues, cayendo Mayapán en poder de ellos. La ciudad fué arrasada por completo y muertos todos sus habitantes, incluso los nahuas, logrando escapar solamente *Cocom Cat* con un hijo de Cocom y otros cuantos de los suyos, que fueron a ocupar el pueblo de *Tiabo Tiabo*.

Concurrieron a la ruina de Mayapán y los Cocomes un gran número de pueblos gobernados por diversos caciques, que, aunque durante la lucha reconocieron como jefe a Tutul Xiu, después de ella continuaron independientes, así como los antiguos sujetos Mayapán, quedando el gobierno de la Península dividido en muchos señoríos autónomos.



Itzamna, según el *Códice Troano*.

Pronto renació la paz en la tierra toda y se olvidaron antiguos rencores, al grado que el hijo de Cocom, con algunos de los suyos, fundó en el distrito de Zotuta un pueblo que llamó *Tbu-loon,* en derredor del cual se erigieron otros, y vinieron a formar todos el cacicazgo de *Zotuta*.

Ah-Moo-Chel, sacerdote de Mayapán escapado de su ruina, fundó otro cacicazgo en el distrito de Izamal, llevando consigo muchos libros sagrados que leía y entendía perfectamente. Cambió su nombre por el de *Ah-Kin-Chel* y lo transmitió a su cacicazgo, con su capital *Tcoh,* donde reinó su descendencia por muchos años.

El cacicazgo de *Acanul* lo fundaron nueve hermanos *Canules,* que parece fueron de los aliados nahuas que trajo Cocmo de Tabasco y Xicalanco.

El cacicazgo de *Ceh-Pech* lo erigió un señor de Mayapán, llamado *Noh-Cabal- Pech*, en Motul.

Volvieron los *Capules* al Oriente y gobernaron en Chichén, Ekbalam y otros pueblos.

Los *Xiues* recobraron el cacicazgo de la Sierra y fundaron otra capital llamada *Maní*, dejando abandonada y despoblada a su antigua *Uxmal*.


Kukulkán, según el *Códice Troano*.

Como se ve, Yucatán quedó fraccionado en varios cacicazgos que, lejos de seguir viviendo en mutua paz, se hostilizaban sin cesar; se distinguieron, por sus odios recíprocos, los Cocomes de Zotuta, los Xiues de Maní y los Cheles de Tecoh. Los Peches de Motul hostilizaban a los Cheles, a los Cupules y a los Chikincheles; y los Cochnahes de Tihosuco hacían la guerra a los Chanes de Bacalar.

En tales discordias y divisiones los encontró Cortés; disposición providencial para su más fácil conquista.

Este pueblo maya, con excepciones no muy notables, tenía la


Kin-Ich, según el *Códice de Dresde*

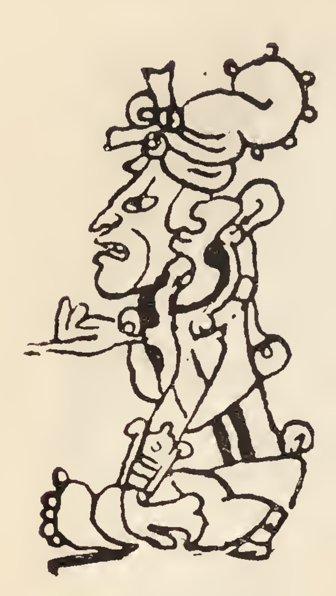

Los cuatro Bacab, según el *Códice Cortesiano.*

misma lengua, costumbres, religión, vida civil y doméstica; dioses, culto, escritura, numeración y calendario, eran casi idénticos.

Aunque politeístas, reconocían y reverenciaban a un sér inmaterial que llamaban *Hunab-Ku,* y no le representaban bajo figura alguna; sus otros dioses eran varones y hembras que agrupaban bajo una base dualista.

Tenían, por esto, dioses de la *vida* y de la *luz,* de la *muerte* y de las *tinieblas;* los enumeraremos en dos grupos:

GRUPO I. — *Itzamná, Kukulkán, Kin-Ich,* los cuatro *Bacabs (Hob-nil, Canzicnal, Zaczi- ni* y *Hozan-Ek), Yum-Chac, Yum-Kaax, Cum-Ahau, Acan, Ek-Chua, Ix-Tub-Tun, Cit-Bolon-Tun, Xoc-Bitum, Ppiz-Lim-Tec, Ix-Chebel-Yax, Ah-Zakik-ual, Tel-Cuzaan,* y las diosas *Zuhuy-Kak, Zuhuy-Dzip, Ix-Tabai, Ah-Kak-Nech, Ah-Ppua, Ah-Dziz,* e *Ix-Chel,* madre de los cuatro *Bacabs* y consorte de *Itzamná.*

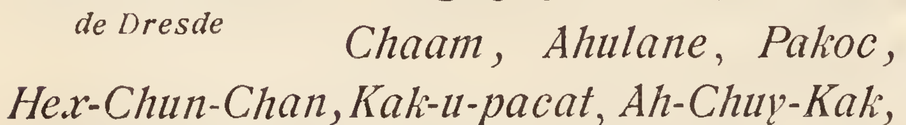


Uac-Lom-Chaam según el *Códice de Dresde*



Ek-Ahau, según el *Códice de Dresde.*

GRUPO II. — *Uac-Lom-Chaam, Ahulane, Pakoc, Hex-Chun-Chan, Kak-u-pacat, Ah-Chuy-Kak, Ah-Cun-Can, Hun-Pic-Tok, Ek-Ahau* y, como jefe de todos éstos, *Zac-Cha-may-Bac,* o dios de la muerte.



A ellos ofrecían frutos de la tierra, alhajas de metal y piedras preciosas, tejidos, plumas, y aromas, sangre y víctimas humanas de toda edad, sexo y condición.



Ah-Puch, según el *Códice de Dresde*

La magnificencia de sus templos puede medirse por los restos de ellos que aun nos quedan. Como muy notables y concurridos en los tiempos precolombinos señalan los cronistas el de *Kabul,* en Izamal, el *pozo* de Chichén y el *adoratorio* de Cozumel. A ellos concurrían los Mayas en grandes peregrinaciones, que se aumentaban con las romerías que de Guatemala, Tabasco y Chiapas venían a las grandes fiestas que en tales sitios se efectuaban. Para facilitarlas, construyeron, rumbo a los cuatro vientos cardinales, cuatro amplias y bien trabajadas calzadas que cruzaban toda la Península. Una de éstas pasaba por Izamal, Chichén y Cobá, y llegaba hasta Ekab, en la costa del mar, frente a Cozumel.

Para servir a tantos dioses y desempeñar el ritual tan complicado

y minucioso de la liturgia maya, tenían un numeroso cuerpo de sacerdotes y sacerdotisas.

Eran ellos la clase más ilustrada, influyente, respetada y temida por el pueblo: a más de sus oficios relativos al culto, se dedicaban a



Templo maya del juego de pelota en Chichén-Itzá.
(Restaurado.)

escribir los *analté* (libros) y a escudriñar los secretos de la Medicina. Su vestido se reducía a una túnica blanca de algodón, y se dejaban crecer el cabello, que en sucios y prolongados mechones caía sobre sus espaldas y rostro, exhalando un olor inmundo, que provenía de la sangre de las víctimas humanas con que se lo untaban en los sacrificios. Los más populares eran los *Chilames,* sortílegos y adivinadores; como auxiliares tenían a los *Chaques* y *Nacones;* todos ellos vivían en castidad y abstinencia y en constante mortificación corporal, siendo de ésta la más cruel el sacrificio de la lengua. Tenían dos piedras en cada templo para inmolar a las víctimas humanas, planas, delgadas y bien pulidas, midiendo de cuatro a cinco palmos; yacían clavadas sobre una base especial y colocadas horizontalmente.



Sacerdotisa maya
según el
Códice de Dresde.

Sobre ellas, y después de complicadísima ceremonia, se sacaba el corazón a la víctima, y otras veces se ataba ésta a un poste que

en el templo había, y así se le flechaba. Después del sacrificio se dividía en varios pedazos el cadáver de la víctima y se repartía entre los concurrentes, reservándose ciertas partes los sacerdotes, para que lo comiesen como manjar bendito.



El sacrificio de la lengua.
Relieve en piedra en la ciudad *Lorillard*

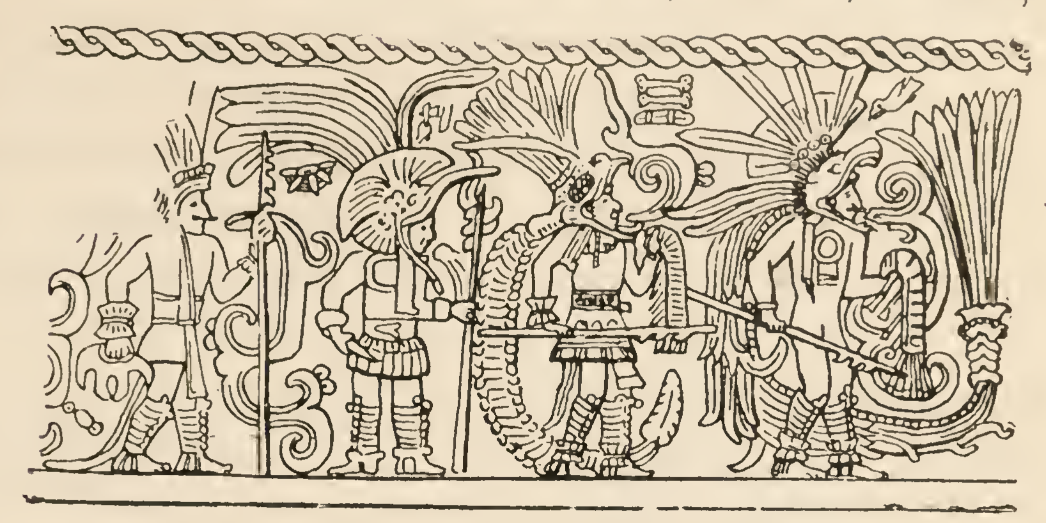
Queda dicho atrás cómo cada fracción independiente era gobernada por un cacique que recibía el nombre de *Batab* o *Batabuinic*, soberano absoluto que alguna vez asumía también el carácter sacerdotal. El cacicazgo era hereditario, entrando al poder solamente los hombres, pues las hembras eran excluídas del mando. Si a la muerte del Soberano el heredero era de menor edad, entraba en su lugar el hermano mayor del difunto, que gobernaba hasta el fin de sus días, aunque el tutoreado llegase a su mayor edad. Si aquél no existía, los nobles y sacerdotes elegían un cacique temporal. Ninguna consideración guardaban a la mujer del rey muerto, y se le daba solamente algunos objetos sagrados y domésticos, relegándola al olvido.



Una ceremonia religiosa maya, según el *Códice de Dresde*.

Para la defensa nacional había ejército permanente al mando de los *Holcanes*, subordinados a dos generales llamados *Kulel* y *Nacón;* el primer cargo hereditario, y el segundo temporal y electivo. El Nacón llevaba una vida igual a la de un monje cristiano, durante los dos años que duraba su cargo.

Como armas ofensivas usaban hondas, arcos, flechas, hachas, espadas y dagas de madera; las defensivas eran rodelas de cañas forradas de piel de venado, sayos de algodón acolchado y rellenos de sal marina. Se atrincheraban en albarradones dobles de piedra y madera, provistos de troneras.



Guerreros maya, según un relieve de los muros del juego de pelota en Chichén-Itzá. (Maudslay.)

El soldado llevaba consigo armas y mantenimientos; por eso sus combates, aunque sangrientos, eran de muy corta duración. El cacique y el pueblo pagaban al soldado que también disfrutaba del botín de la guerra.



Casas y una batalla entre los mayas. Pintura mural del juego de pelota, (Chichén-Itzá.)

Los pueblos estaban distribuídos en secciones; en la central había el templo y a su derredor las casas de los sacerdotes, el palacio del cacique y las personas principales; en la adyacente moraban los nobles y los ricos, y en la más exterior la parte pobre, en chozas pajizas.

En la plaza siempre había un pozo adonde concurrían todos por agua, y allí también estaba la *Popoluá* o casa municipal, a cargo de *Holpop,* que era cantor, maestro de baile y director de orquesta, compuesta ésta del *tunkul,* flautas, trompetas, cascabeles y conchas de tortuga.

Los caciques administraban directamente la justicia, y su sentencia era inapelable. El daño en propiedad ajena se castigaba obligando al culpable a resarcirlo con sus

bienes, entrando en la clase de éstos hasta los de la mujer y los parientes. El adulterio era grave delito, y se dejaba al reo, atado de pies y manos en un poste, a disposición del ofendido, que, o lo perdonaba, o arrojaba sobre su cabeza una gran piedra. La cómplice quedaba solamente infamada. La violación se penaba lapidando al culpable, y al homicida se le aplicaba la pena del talión.



MAPA DE MÉXICO
Principales razas indígenas que lo poblaron.

La esclavitud era la pena del robo, y mientras no restituía el culpable quedaba esclavo; no atenuaban el delito ni la carestía ni el hambre. Al noble no se le esclavizaba, por respeto a su clase; mas, en cambio, se le infamaba taraceándole el rostro. No tenían cárceles ni casas de detención; si el delincuente no era cogido infraganti, casi siempre quedaba impune, y en caso contrario, bien atado y amordazado lo llevaban ante el cacique. Cuando esto no podía efectuarse desde luego, lo encerraban en una jaula de palo y lo tenían a la intemperie hasta poderlo presentar a la autoridad.

Si la sentencia era de muerte, se efectuaba desde luego, o se reservaba al reo para que sirviese de víctima en alguna fiesta religiosa.

Las clases sociales, bien distinguidas, eran: nobles, sacerdotes, plebeyos y esclavos; esta última en la condición más mísera imaginable.

Se les vendía en mercado público, y si algún noble conocía a una esclava se convertía el mismo en esclavo.

Con excepción de los templos y palacios, que eran magníficos, las restantes casas eran de piedra y paja o de sola paja, aunque bien distribuídas y alineadas.

Frutos variados y sabrosos cultivaban en sus jardines y huertos, y también hermosas y bien olientes flores. Sus animales domésticos eran pocos, y los substituían con los que atrapaban en las cacerías.

Dormían en camillas de madera cubiertas con una estera, y no en *hamacas;* el uso de éstas vino de las islas y lo introdujeron los conquistadores.

Trabajaban el campo sembrando maíz, fríjol, calabazas, camote, algodón, etc., etc.; el laboreo era obligatorio y común, repartiéndose los frutos entre el cacique y el dueño. Eran hábiles cazadores, audaces pescadores y buenos explotadores de sal.

Gallardos y bien conformados por naturaleza, se buscaban deformidades por el arte; se aplanaban la cabeza por la frente y occipucio, se horadaban las orejas, se arpaban la ternilla de la nariz y se hacían los ojos bizcos.

Los hombres no usaban barba, y se abrían una coronilla en medio de la cabeza, quemándose el pelo, y con el restante se hacían largas trenzas. El rostro lo traían siempre embijado con tierra bermeja, y ya antes hemos dicho cómo se taraceaban pecho, piernas y brazos; el vestido consistía en tilma, maxtle o ceñidor y alpargatas de piel sin curtir.


Deformación artificial del cráneo entre los mayas, según Nadaillac.

Las mujeres portaban enaguas abiertas por ambos lados y una manta cuadrada que por una abertura encajaba sobre el cuello, cubriendo el pecho y parte del abdomen. Brazos y pechos se los pintaban con finos colores y dibujos vistosos; se aserraban los dientes y cuidaban esmeradamente su bella y abundante cabellera, usando como afeite la grasa que extraían de la semilla del *chachachaaz* o mamey.

Sus ocupaciones eran enteramente domésticas: preparaban el *zá* (atole), el *zu-cuc-nah* (tortilla), el *keyem* (posol), el *kah* (pinole), etc., sirviendo dos comidas diarias; el *balché,* bebida embriagante, ellas también la preparaban.



CAPÍTULO III

Matrimonio — Educación. — Bailes. — Comercio. — Moneda. — Artes. — Medicina y hechiceros. - Comedias. — Panteones. — Vida futura — Fiestas religiosas. — Zaput-Zihil. — Bautismo. — Aritmética. — Escritura. — Analtés. — Calendario.

El matrimonio (*Kamnicté*) era acto importantísimo en la vida de los mayas; los padres eran los que elegían compañera a sus hijos y para ello utilizaban los servicios del *Ahatanzah* (casamentero), que allanaba todos los obstáculos y vencía todas las dificultades. Un sacerdote lo efectuaba en casa del novio, donde se preparaba un gran festín que acababa con borrachera general. El recién casado tenía obligación de permanecer cinco años en la casa del suegro y servirle gratis o como en recompensa de haberle dado a su hija. Los hombres se educaban fuera de la casa y sin cuidado alguno, pasando la mayor parte del tiempo en la ociosidad o entregados al juego de pelota, cañas y dados. Todo lo contrario pasaba con las mujeres, que, siempre en su casa, se criaban con gran recato.

El repudio era cosa corriente y fácil, mas no les era permitida la poligamia simultánea.

Aunque dados a los bailes, con excepción de uno ritual llamado *naual* a que concurrían y participaban los dos sexos, siempre eran separados los unos de los otros.

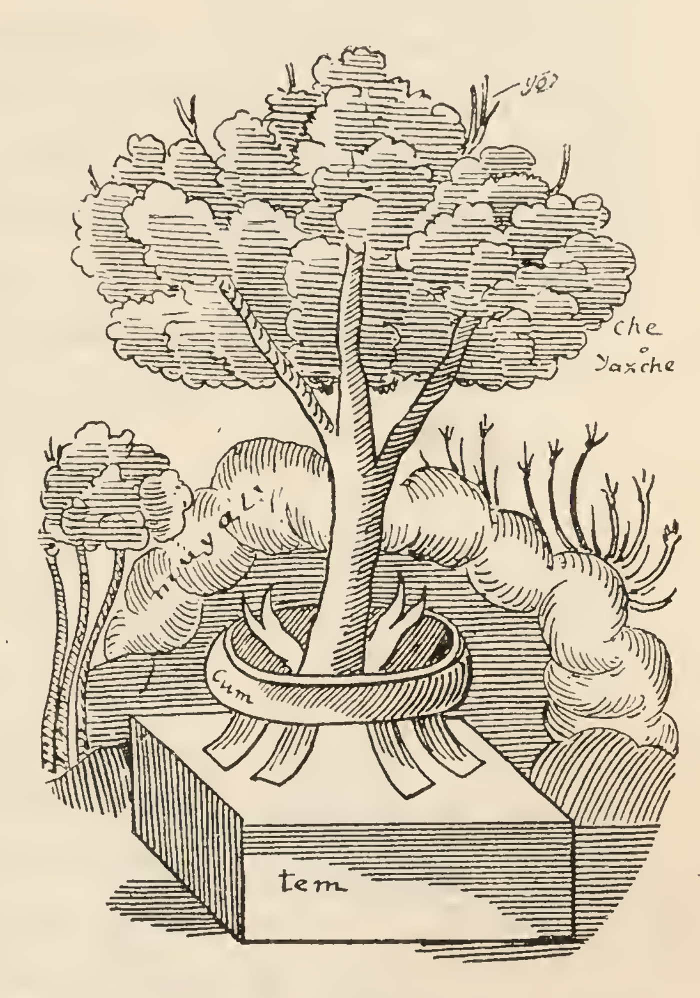
El comercio constituía una de las principales ocupaciones del pueblo, y aunque no contaban con fáciles caminos ni medios de transporte, iban hasta Tabasco, Chiapas, Guatemala por el Sudoeste, y a Ulúa y Honduras por el Sudeste: la uniformidad de la lengua facilitaba mucho este tráfico. A más del cambio mutuo de productos, usaban como moneda fragmentos de conchas marinas.

Ejercitaban varios oficios mecánicos, y eran artistas lapidarios notables, siendo la fabricación de ídolos una de sus más productivas

y estimadas industrias, no obstante la vida cenobítica y las mortificaciones que tenían que imponerse para manufacturarlos.

Ejercían la medicina los hechiceros *(dzac-yah)*, que por lo común curaban con hierbas y ensalmos.

Innumerables eran sus fiestas públicas, que siempre costeaba el cacique, lo mismo que los bailes rituales, entre los que había algunos muy complicados y vistosos, como el llamado *bolomché* y el de *las banderas;* se aumentaba el atractivo de esas fiestas con la representación de *comedias*, que arreglaban con mucho ingenio y gracia.



El árbol de la vida, según el *Chilan Balam de Mani.*

No tenían panteón común, y los cadáveres o se inhumaban en las casas, templos o campos, o se incineraban; sobre el sepulcro de los personajes se levantaba un montículo *(mul)*, y el duelo se prolongaba por varios días, durante los cuales todo era suspirar, gemir y llorar.

Queda dicho atrás lo referente a sus dioses; tocante a sus creencias en la vida futura, admitían que los buenos iban a descansar bajo una frondosa ceiba, que llamaban el *árbol de la vida* (Yaxché), a cuya sombra gozaban de todos los deleites apetecibles.

Los malos caían al infierno *(Metnal)*, donde sufrían todo género de males; para llegar pronto y fácilmente a la frondosa ceiba, se ahorcaban, creyendo que la diosa *Ixtab* los llevaría allá desde luego.

El año maya comenzaba el 16 de julio, y en el transcurso de él se hacían buen número de fiestas en honor de sus dioses.

La primera era la de *año nuevo,* en honor de los Bacabs, y se turnaba y les tocaba a cada uno en el calendario, efectuándose con un ritual complicadísimo.

El 22 de agosto era la fiesta de los sacerdotes, médicos y hechiceros, llamada *Pocam.*

El 1.° de septiembre tocaba a los cazadores; el 21 a los pescadores, y el 4 del mismo era la de las mieles u *Hobnil.*

En primeros días de noviembre se verificaba la de *Chik-Kaban,* celebrada en Mani y en honor de *Kukulkán.*

En diciembre había tres fiestas: una en honor de los dioses llamados *Oloh-Zab-Kam-Yax,* otra de los colmeneros, y la tercera por la fabricación de los ídolos.

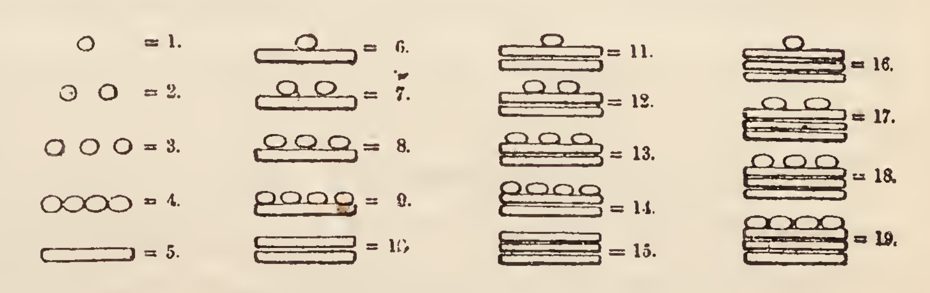
En enero o febrero celebraban a los *Chaques,* y en éste o en marzo volvían los cazadores a tener otra fiesta. Seguía luego la del séptimo *Ajau,* que era movible, y en abril o mayo los ancianos hacían segunda fiesta a los *Chaques,* o dioses de la agricultura. Venía en seguida la de los *Cacahuales,* y era la última la de los guerreros, llamada *Pacumchac,* que caía en mayo o junio.



Bautismo maya, según el *Códice Cortesiano.*

Dos costumbres rituales bien notables observaban los Mayas: el bautismo y la confesión auricular. Dábase al primero el nombre de *Zihil* o *Caput-zihil* (nacer de nuevo) y era precedida de ayunos de los padres y oficiantes durante tres días; después de complicadas ceremonias, el sacerdote recitaba ciertas oraciones y rociaba al neófito con un hisopo empapado en agua bendita. La confesión se hacía con un sacerdote, a quien se le referían las faltas de hecho y éste oraba por el pecador.

La aritmética maya se compone de unidades y veintenas: de aquéllas contiene 19, y una de éstas. Así contaban desde 1 hasta 40; después variaban, introduciendo ciertas partículas, hasta 400; de ahí en adelante decían dos 400, y repitiendo en esta forma de 400 en 400, intercalando números y varias partículas, llegaban a veinte 400 que era *un pic.* Escribían la numeración con puntos y líneas; cada punto valía 1 y cada línea 5, y sus combinaciones daban cantidades más o menos altas.



Numeración maya.—1 a 19.

El uso máximo de los puntos era hasta 4, y lo restante, de 5 en adelante, lo daban las líneas.

Este método gráfico lo vemos usado en la escritura de fechas, en los códices.

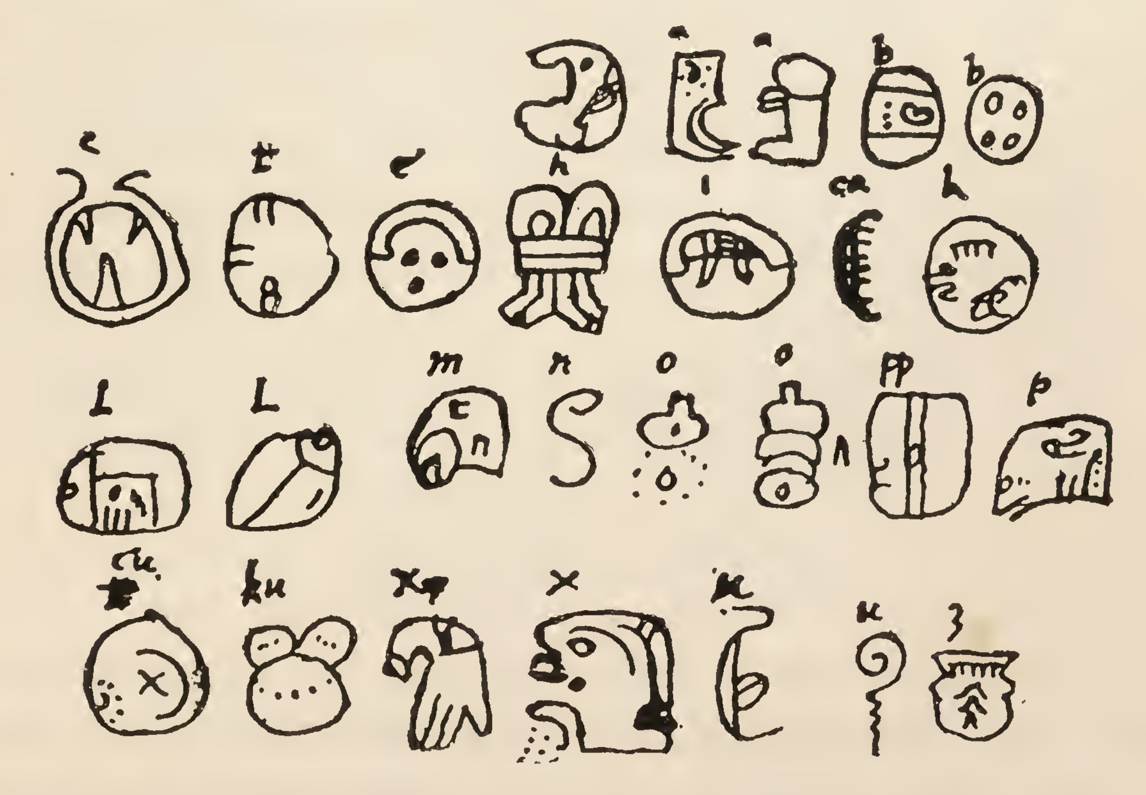
Lo más notable de la civilización maya era su escritura, en la que entraban elementos figurativos, simbólicos, ideográficos y fonéticos, sosteniendo algunos que la conocían y estudiaban en tiempos cercanos a la conquista, que era silábica, pues dicen que «muchas de las letras de su alfabeto representan sílabas».



Signo del 20, según Maudsley.

Véanse ahora tan curioso e interesante alfabeto y la correspondencia de sus signos a los nuestros, tal como Landa la establece:

La aplicación de este alfabeto a los jeroglíficos que aun quedan dió pocos resultados, y de aquí ha nacido gran discrepancia entre los sabios tocante a este punto.



Alfabeto maya, según Landa. (De fotografía.)

Actualmente las opiniones son éstas: *a)* que es ideográfica; *b)* que es fonética; *c)* que es mixta; *d)* que no es ni alfabética, ni silábica, ni mixta, sino representación o pintura y escritura del objeto, es decir, escritura figurativa.

Esta escritura se ha encontrado usada principalmente en los monumentos de piedra, y por eso se le llamó *calculiforme;* los mayas denominaban *Katunes* a estas inscripciones murales, y por eso también se le llama *Katúnica.*

Sus libros o *Analtés* estaban escritos con el auxilio de ella; el arreglo de estos preciosos monumentos de su literatura era bien original. Los hacían de papel fabricado con la corteza de ciertos árboles o de pedazos de cuero de venado adobados y preparados con un barniz de tizar. La forma eran largas tiras plegadas en varias partes a manera de biombos y resguardados por dos tablas lujosamente la boreadas.

Tocante al modo de leerlos y escribirlos, no hay opinión uniforme: unos sostienen que se escribían y podían leer en todos sentidos; otros que solamente se pueden leer de izquierda a derecha, comenzando por su parte superior, salvo el caso de encontrar alguna figura humana, animal o monstruo, en cuyo caso deberá leerse siguiendo la dirección hacia la cual tienda esa o esas figuras. Respecto a lo que esos jeroglíficos guardan, se ha discurrido con verdadera fantasía y loco entusiasmo: quiénes ven en ellos anales históricos, quiénes himnos grandiosos a sus deidades, quiénes secretos raros de artes y oficios, y, al fin de todo, los más juiciosos van descifrando poco a poco que son descarnadas fechas y cifras que norman las fiestas religiosas, los ritos y los cálculos de tiempo.

Solamente tres códices mayas hoy nos restan: son el de Dresde, el Pereziano, el Troano y Cortesiano, que son uno mismo dividido en dos fragmentos.

El *Calendario maya* es también uno de los más interesantes documentos de aquel pueblo, y está íntimamente ligado con los pictógrafos que forman las letras o elementos de su escritura.

El año *(Habil)* comenzaba el 16 de julio y constaba de 360 días *(Kin),* distribuídos en 18 meses *(U)* de a 20 días cada uno, más cinco días complementarios *(Kazilkin)* que no integraban ni eran parte de ningún mes, dando por todo la suma de 365 días. Componíase el año de 28 semanas de a 13 días cada una, y los días del mes no iban en sucesión correlativa de 1 a 20, pues paralelo a él corría la semana. El mes estaba dividido en cuatro grupos y a cada uno de ellos correspondía un signo llamado *Cuch-haab* (cargador de año), pues el año no podía comenzar más que en alguno de estos cuatro signos, cuyos nombres eran: *Kan, Muluc, Ix* y *Cauac.*

Tenemos, por lo tanto, que había año de Kan, año de Muluc, año de Ix y año de Cauac; supongamos que el año 1900 empezó por Kan; el día de año nuevo de 1901 debería ser Muluc, y este signo imponía el nombre a todo el año 1901, que se llamaría año de Muluc; el 1902 caería su primer día en Ix; el 1903 en Cauac y el 1904 volvería a comenzar por Kan, y en esta forma seguirían todos los subsecuentes.

Sucedía esto porque, al terminar el año de 360 días, quedaban los cinco días aciagos que no se aprovechaban en la cuenta del mes,

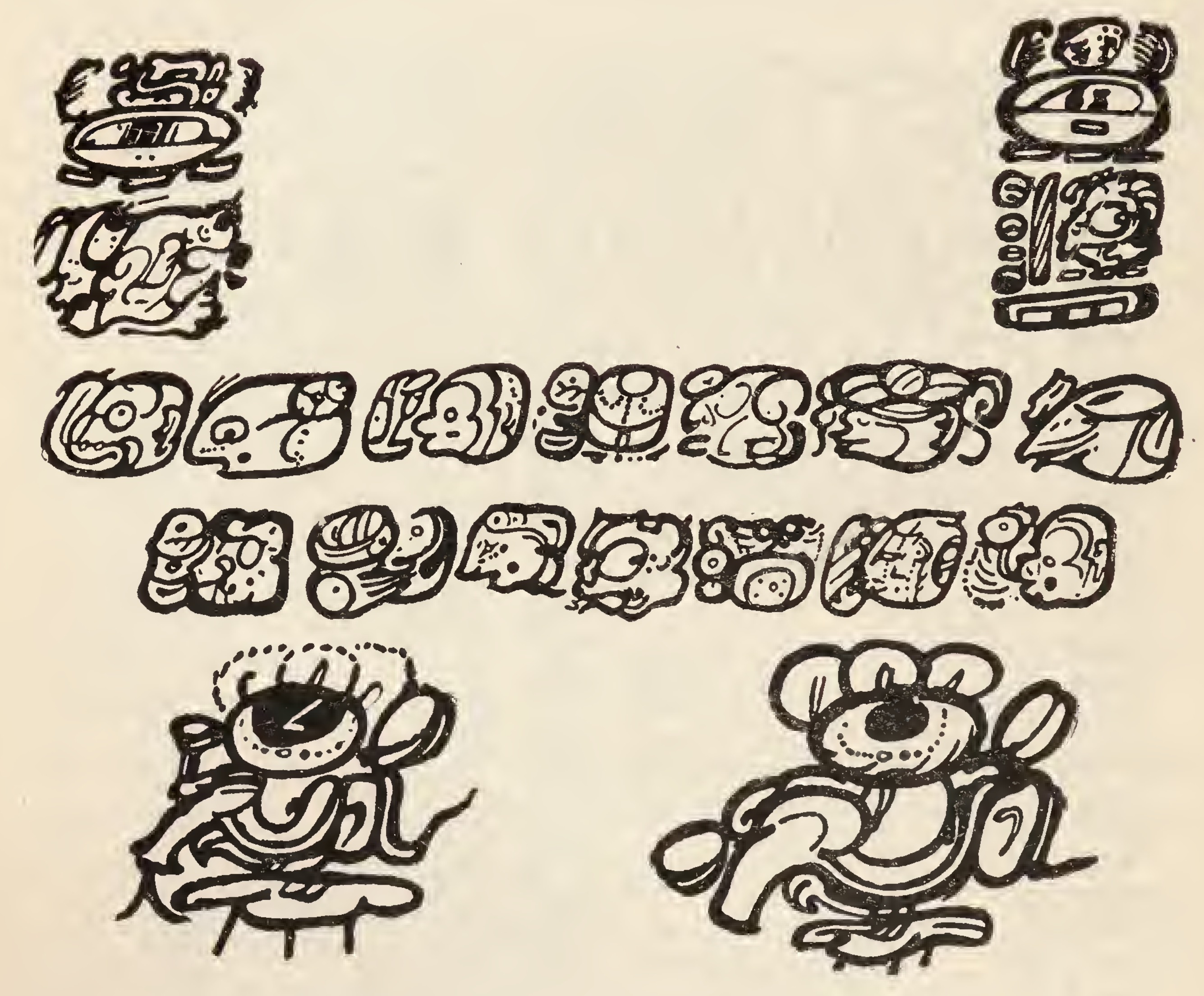


Escritura maya de los Códices.
Fragmento del *Códice Cortesiano.*

pero que completaban el año y correspondían por turno a cada uno de los cuatro grupos de cinco días en que el mes estaba dividido. Si los 360 días del año terminaban en el día Akbal, para completarlo a 365 se necesitaba tomar los cinco días del primer grupo, esto es, a Kan, Chicchan, Cimi, Manik y Lamat, y de ello resultaba que el nuevo año principiaba en Muluk, y así en lo sucesivo.

Si bien es cierto que cada cuatro años el año nuevo caía en un día del mismo nombre, *no caía en un día del mismo número,* porque

no hay que olvidar que los días del mes tenían siempre *nombre* y *número:* nombre, como se ve en el grabado, y número del correspondiente a los 13 números de la semana que le tocaba a cada día del mes en la constante revolución de los días. Para hacer resaltar la diferencia entre el nombre del día y el número del día, deberá recordarse que, en virtud de la combinación de los meses y de las semanas, los días del mes llevaban, además de su nombre, un número que corría de 1 a 13; y así los días del mes se iban clasificando por los nume-

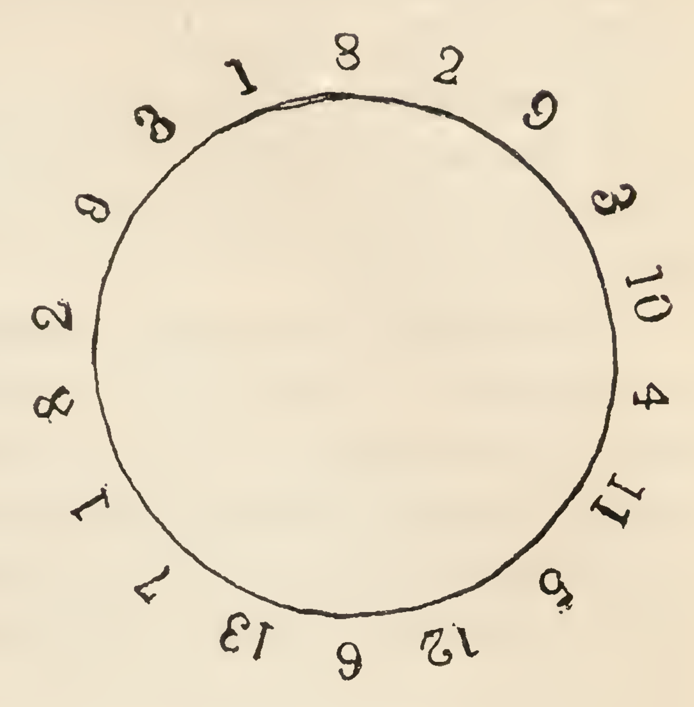


Inscripción maya, sobre una vasija de barro.
(Museo de la Universidad de Pensilvania)

rales de la semana. Decíase primero Kan, segundo Kaban, etc., hasta 13; de manera que, como podía haber un 13 Kan, podía haber un 13 Ak-bal, y lo mismo de los otros días del mes. Siendo 13 los días de la semana, terminaba ésta sin que el mes hubiese concluído, y volvía a empezar la numeración de la semana, cuando el mes aun no terminaba; esto hacía que los días no siguiesen correlativos, sino alternados, según les tocaba en el curso progresivo y paralelo de las semanas y meses.

Desde luego se patentiza que, sabido el día en que caía el primer

día del año, ya se sabía también el nombre del día primero de cada mes, porque el nombre del día del año nuevo era el mismo del día en que comenzaban todos los meses del año.



Hukxoc o computo general.

Para averiguar la coincidencia del nombre y el día con el número, usaban los Mayas otra cuenta llamada *Hukxoc*, que representa el grabado. Esta cuenta se hace así: averiguado el número del primer día del año, para saber el primer día del mes se añade 7, y si el total de esta adición diere un número menor de 13, será ése el número que se busca; pero si excediere de la cifra 13, se restará 13 del número total, y el de la resta será el que se busca.

Encontrado el primer día del segundo mes, se hará con él la misma operación para hallar el número del primer día del tercer mes: así se continuará respecto a los otros meses.

Si, por ejemplo, el primer día del año fuese *1 Kan* y se quisiere saber el número de todos los días, se hará cuenta del *Hukxoc* de este modo: 1 + 7 = 8, y como 8 es menor que 13, quiere decir que el mes empezará con *8 Kan*: 8 + 7 = 15, mas como 15 es mayor que 13, restaremos: 15 — 13 = 2, y *2 Kan* será el número inicial del segundo mes: 2 + 7 = 9, será *9 Kan* el inicial del tercer mes; y así en los demás.

Meses

Días

Meses y días del año maya, según Landa.

A causa de la división en semanas, el año venía a tener 28 semanas más un día, el cual, a los trece años, formaba una nueva semana, un período llamado *Katun de días*, lo que daba lugar a la necesidad de que transcurriese

un período de cincuenta años para que coincidiese, como primer día del año, uno de los cuatro días iniciales (cargadores de los años) bajo el mismo nombre y número.

Resumiendo: cada cuatro años volvía a caer el año nuevo en el mismo día inicial, aunque sin coincidir en números; y cada cincuenta y dos años el día de año nuevo caía en un día del mismo nombre y del mismo número.

Gran división existe entre los americanistas tocante al año bisiesto, dudando si lo conocieron los Mayas; Landa asegura que sí, y señala la intercalación cada cuatro años, en el año de *Cauac* y en uno de los días *Huu-imix*, que los sacerdotes hacían coincidir bajo el mismo signo y número. Como se habrá observado, el número 13 jugaba importantísimo papel en la cronología maya, puesto que trece días formaban la semana, trece años una indicción y trece Katunes un *Ahau-katun*; cuatro indicciones o semanas de años formaban un *ciclo de cincuenta y dos años.*

Además de este ciclo había el *Katun* y el *Ahau-katun*; respecto a éste no están acordes los autores, pues unos lo hacen de veinte años y otros de veinticuatro, y solamente en este último supuesto sale exacta la cuenta del gran ciclo o *Ahau-katun.*

El orden de los *Ahau-katunes* no era directo, sino invertido: contaban hasta 13 *Ahau-katunes*, con los numerales siguientes: 13, 11, 9, 7, 5, 3, 1, 12, 10, 8, 6, 4, 2; y cuando esta numeración se concluía, volvían a empezar de nuevo, siempre retrospectiva y no directamente.



CAPÍTULO IV

Votánides.—Tzequiles.—Chanes.—Nachán.—Dinastía votánide.—Tulhá.—Religión.—Zoolatría.—Naciones pretoltecas.—Ulmeca.—Xicalanca.—Mixteco-Tzapoteca.—Tecos.—Tolteca.—Su origen.—Peregrinación.—Huemac.—Tóllan.—Reyes toltecas.—Su civilización.—Teogonía.—Quetzalcohuatl.—Papantzin.—Xóchitl.—Destrucción del reino tolteca.—Tonalamatl.—Idioma tolteca.

De lengua y civilización análogas a las de los Mayas tenemos a los descendientes de *Votán* que poblaron el Estado de Chiapas y algunas de las tierras adyacentes. Según sus tradiciones, vinieron por el Sur y en barcas, mil años antes de Jesucristo, acaudillados por el gran sacerdote *Votán*. Recorrió éste con ellos primeramente la Península del Yucatán, permaneciendo en algunos lugares de ella por corto tiempo, y al fin la dejaron, siguiendo su marcha por la costa hasta llegar a la laguna de Términos, estableciendo su residencia definitiva en la embocadura del río Usumacinta. Votán había venido por inspiración divina a implantar la civilización en América y a dividir sus tierras, lo que indica existían ya pueblos y naciones a quienes impartir ambos beneficios.

Establecido en el lugar dicho, echó los cimientos de una gran ciudad que situó al pie de los montes de *Tumbalá* y llamó NACHÁN, y se supone fué ella la que hoy conocemos con el nombre de *Palenque*, y cuyas ruinas son admiración del viajero.

Llevaban poco tiempo de establecidos en ese lugar cuando de improviso vieron aparecer sobre las costas de su territorio grandes barcos tripulados por hombres que vestían ropas largas y amplias, por cuyo motivo les llamaron *Tzequiles*. Fueron recibidos de paz y acogidos más tarde cordialmente, y eso fué de gran provecho para los votánides, puesto que los recién venidos los instruyeron en muchas cosas útiles para la vida y enseñaron a Votán la ciencia del buen gobierno.

Con el transcurso del tiempo se enlazaron con las familias del

país, fundiéndose ambas razas en una sola. De esa época data la opulencia y lujosas construcciones de Nachán.

Se cuentan de Votán hechos prodigiosos, y aseguraba él que descendía de la raza de los *Chanes* o *Culebras*, originarios de *Chivín*. Mientras vivió en América hizo cuatro viajes a *Valum-Chivín*, donde vió cosas admirables, y fué iniciado en asociaciones de gran poder sobrenatural.

A su muerte se dividió la monarquía votánide en cuatro reinos, y uno de ellos, según lo dispuso, se dió al jefe de los Tzequiles, teniendo por capital a *Tulhá*, situada junto a la gran ribera del *Tulihá*, uno de los afluentes del río Tabasco y muy cerca de Ocosingo.

En vida de Votán no llegó Nachán al grado de esplendor que después alcanzó; por la inspección de sus actuales ruinas se ve ocupaba un área de siete a ocho leguas y que su situación era de lo más agradable y bello que imaginarse pueda. Colocada de Este a Oeste al pie de las montañas, y descendiendo hasta las orillas del río Michol que bañaba sus muros, abarcaba una latitud de casi tres cuartos de legua. La ciudad propiamente dicha se extendía en forma de anfiteatro sobre la vertiente de la montaña en derredor de la planicie, así es que sus palacios y templos debían presentar un aspecto encantador en la época de las inundaciones pluviales y fluviales.

Periódicamente y por el mes de junio las aguas inundan las tierras adyacentes al cauce del Michol, cuya corriente aumentan con las que bajan de la cordillera. En medio de la planicie que se extiende entre los montes y la margen del río, se levanta majestuosamente sobre una amplia colina artificial el edificio que se cree fué el palacio real, ocupando otras alturas también artificiales los templos, las casas de los sacerdotes y las de la nobleza. Las calles seguían el curso irregular de los arroyuelos, que de distancia en distancia estaban bien encauzados y con sus respectivos puentes. Las ceremonias religiosas y las grandes fiestas populares deben haber tenido en aquella hermosa ciudad un aspecto y conjunto lleno de grandiosidad y poesía.

De los soberanos de la ciudad y pueblo, el calendario Tzendal nos ha conservado los nombres siguientes: *Votan, Chanan* o *Ghanan, Been, Hix, Tziquin, Chabin, Chinax, Cahog* y *Akbol*.

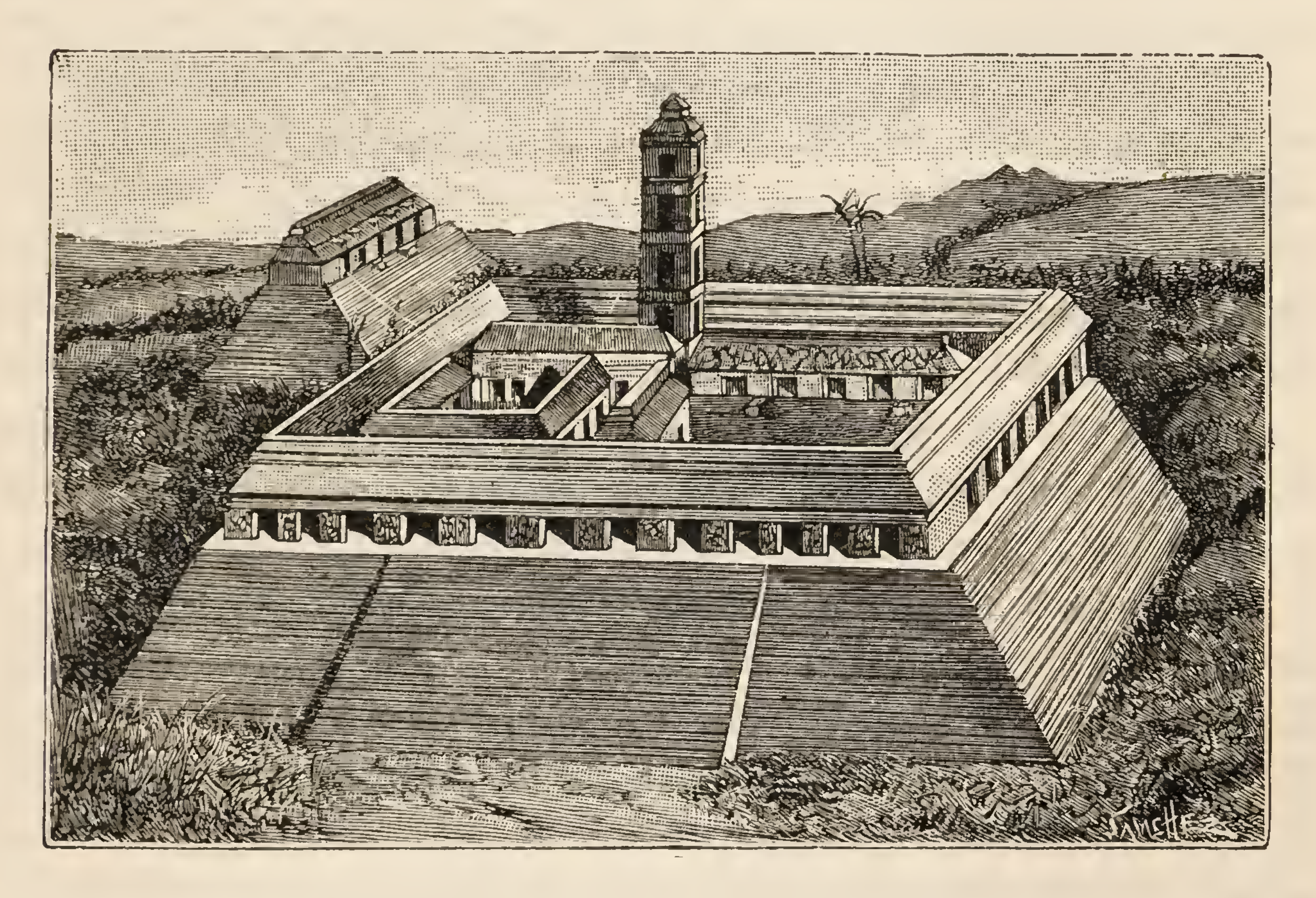
Todos ellos a su muerte fueron deificados.

Creció el poderío de los *Tulihá,* y con el tiempo los votánides fueron súbditos de aquéllos, pasando de señores a ser esclavos.

Empeoró su condición cuando el reino de Tulhá fué conquistado por *Exbalanque,* rey de *Utatlán,* quien puso a gobernarles a su hermano *Hunahpú el joven.*

Aleccionados por tan amarga enseñanza, aprovecharon la primera coyuntura favorable que se les presentó, y lograron sacudir el yugo quiché, recobrando su autonomía al fin de prolongada lucha, encontrándoles así la conquista española.

Su religión y costumbres eran muy parecidas a las de los mayas y su lengua casi idéntica, aunque de formas más arcaicas.



Reconstrucción del Palacio de Palenque.

Su dios principal era *Coslahuatox,* al que pintaban sentado en una silla y con astas en la cabeza; seguían a éste en categoría *C'Yalahau* (negro principal), y luego *Canam-Lum.* Votán recibía también un culto muy especial y el sobrenombre de *Tepanaguaste* (señor del palo hueco), y a su culto estaba destinado un cuerpo de sacerdotisas.

El papel que la mujer representaba en las instituciones religiosas de este pueblo era de gran importancia y trascendencia, cómo se demostró en la insurrección del año 1712 con la llamada *María Candelaria.*

La zoolatría era un complemento o quizá la esencia de su teogonía, y sus animales más venerados el *Tapir* y la culebra llamada *Coralilla.* El *nagualismo,* las hechicerías y otras supersticiones vulgares desempeñaban gran papel en su vida social y doméstica.

Las tradiciones nos presentan con el mismo distintivo de gran antigüedad a los *Ulmecas, Xicalancas, Zapotecas* y *Mixtecas,* que con los pueblos de que ya nos hemos ocupado forman las naciones *pretoltecas.*

Llegaron los Ulmecas, por mar, de *Tamoánchan,* desembarcando en el Pánuco, y de ahí se extendieron y ocuparon el territorio que después fué Tlaxcala y Huexotzinco, siendo *Chollólan* su principal ciudad y asiento. A su llegada a esos lugares los encontraron en poder de los Quinamétzin, quienes los recibieron de paz y permitieron ocupasen las tierras, aunque exigiéndoles un tributo. Con el tiempo llegó éste a ser excesivo, y también las vejaciones para cobrarlo, motivos más que bastantes para excitar y justificar el deseo de sacudir ese yugo. Para conseguirlo prepararon un opíparo banquete en obsequio a los Quinames, y cuando éstos estuvieron ebrios y tirados por tierra, acabaron con todos ellos en un solo día, quedando libres y señores de toda la comarca. Se puntualiza como fecha de tal acontecimiento el año 107 de nuestra era.

Los *Xicalanca* llegaron a esta tierra en la misma época que los antedichos; fundaron y edificaron los pueblos que están al Poniente de Chollólan y Huexotzinco, extendiéndose hasta Coatzacoalcos.

Los *Mixteco-Zapotecas* son también contemporáneos de los antes mencionados, y tienen por patria el mismo *Tamoánchan;* se establecieron en el Estado de Oaxaca y extendieron hasta el istmo de Tehuantepec, aunque compartiendo el territorio con otras tribus; de ellos y de éstas nos ocuparemos más adelante. Hay que colocar al lado de esas tribus a los *Tecos,* que poseían una parte de Michoacán y Guerrero: quizá sean ellos los primeros habitantes de aquel Estado, antecesores de los *Tarascos* o *Quaochpanme.*

Abandonado el enmarañado e inseguro terreno de la tradición, volvamos nuestros ojos hacia épocas que podemos llamar casi históricas, puesto que existen documentos escritos en jeroglíficos, algo descifrados, que de ellas se ocupan.

Hacia el año 583 *(ce acatl)* de nuestra era, hubo en los reinos del Norte algún grave acontecimiento que obligó a sus habitantes a emigrar a otras comarcas. Entre los primeros de esta región venidos se enumera a los *Tolteca,* que habitaban un lugar llamado *Huehuetlapállan,* ubicado en la California y a la parte Norte del *Gila;* conservaban el recuerdo de su origen asiático, de cuyo continente emigraron al de América.

En el reino de *Huehuetlapállan* existió el señorío de *Tlachicaltzin*, gobernado por dos jefes, llamados *Chacaltzin* y *Tlacamiltzin*, que se rebelaron contra el monarca tlapaneca, su señor. Vencidos por éste, tuvieron que huir de esa tierra acompañados de gran número de sus partidarios y por cinco señores más, con sus respectivos súbditos, y cuyos nombres eran: *Ceacatzin-Cohuatzin, Xiuhcóhuatl, Metzatzin, Chalcautzin* y *Tlapalmetzin.* Comenzaron su peregrinación el año 596, y durante todo el camino estuvieron en són de guerra. El año *8 acatl* (603), gozando de relativa quietud, pudieron establecerse en un lugar que eligió Ceacatzin, al cual denominaron *Tlapallanconco*, o sea *pequeña Tlapallan,* en recuerdo de la patria abandonada. Cuatro años después fundaron otra ciudad, y los otros cuatro a Hueyxallan, por haber elegido ese lugar Cohuatzin. En cada una de estas ciudades iban dejando parte de la gente para que las habitase. Ocho años después fundaron a *Xalisco,* luego a *Chimalhuacán Atenco,* de donde pasaron a *Tochpan* por sugestión de Mazatzin el año 627. De aquí fueron a *Quiyahuiztlan-Anáhuac* el *12 calli* (633) por indicaciones de Acamapichitli, y cuentan que allí atravesaron unos brazos de mar y unas islas.

No tuvieron aún asiento definitivo, pues todavía los veremos ir a *Zacatlán* o *Zacatollán,* a *Tutzapán,* a *Tepetla,* a *Mazatepec,* en los llanos de Cuernavaca, y después, pasando al Sur de Tolocan y sin atravesar el Valle de México, a *Xiuhcohuatl*, a *Ixtachhuexuca,* donde residieron veintiséis años. De aquí retrocedieron a *Tollantzinco*, y después de habitar en él diez y seis años mudaron su capital a *Tollán* el año *cecallli* (713 de Cristo), fijando en ella su sede definitiva.

Les acompañaba como jefe religioso el gran sacerdote *Huemac*, varón respetable lleno de virtud y sabiduría, por cuya boca comunicaba la divinidad a los Tolteca todas sus órdenes. La principal de ellas fué que caminasen siempre hacia el Oriente; así es que su camino fué de Norte a Sur hasta Xalisco, y de ahí, pegados a la costa, de Poniente a Oriente.

Se recordará que los Othomíes fundaron a Tollán, y por ello les vemos habitándola y poseyéndola a la llegada de los Tolteca; necesario fué arrancársela a viva fuerza y expulsarlos de ella, sustituyendo su primitivo nombre *Mamení* por el de *Tóllna,* y ellos mismos desde entonces se llaman *Tolteca.*

Al cabo de cuatro años de establecidos en ella, tiempo durante el

cual se gobernaron sin reyes, por consejo del sacerdote Huemac pidieron al emperador chichimeca *Icuauhtzin* uno de sus hijos para que los rigiese, al que llamaron *Chalchiuhtlanetzin,* logrando así tener a aquél por aliado y por amigo. Se estableció entonces que todo rey no podía durar en el gobierno más de cincuenta y dos años, y pasado ese tiempo debería abdicar en su sucesor.

Reinó Chalchiuhtlanetzin del año 719 al 771 en que murió.

Le sucedió *Ixtlecuechahuac,* y a éste, el año 823, su hijo *Huetzin,* hasta 875.

El cuarto fué *Totepeu,* que gobernó hasta el año 927, y el quinto su hijo *Nacaxoc,* que duró hasta 979. Fué *Mitl* el sexto, y gobernó con tanto acierto y beneplácito unánime, que el pueblo en masa le obligó a continuar en el mando hasta su muerte, acaecida el año 1035, habiendo reinado cincuenta y cinco años. La reina viuda participaba de su popularidad, y esto hizo que fuera su sucesora en el poder hasta el año 1039, en que su hijo *Tecpancaltzin* la substituyó, y gobernó los consabidos cincuenta y dos años (1091), al cabo de los cuales fué proclamado rey *Topiltzin*, su hijo bastardo, y con él terminó la dinastía tolteca el año *ce tecpatl,* o 1116.

Durante ese largo período de tiempo hicieron los Tolteca varias excursiones entre sus vecinos, logrando sojuzgar algunas tribus y ensanchar sus dominios; en el reinado de *Tecpancaltzin* llegaron a su mayor apogeo, dominando desde Tóllan hasta Cholóllan, constituyendo un pueblo de más de cuatro millones de individuos y poseyendo hermosas ciudades, tales como Tóllan, Teotihuacán y Cholóllan.

Durante la peregrinación vivió esta nación bajo el régimen teocrático, y luego, después de su asiento definitivo, se rigió por monarcas absolutos. Bien disciplinado y bajo un gobierno sacerdotal severo, tenían siempre un ejército perfectamente organizado, en el que el soldado usaba como armas ofensivas flechas, macanas, porras claveteadas y hondas, y eran las defensivas rodelas de cuero y morriones de madera.

Los vestidos de la plebe eran de telas de algodón y sandalias de iztle, mientras que los nobles tenían por vestimenta tejidos de vistosos colores, entremezclados con plumas ricas, pelo de conejo y otros.

Artistas consumados, pues así lo dice bien la palabra *toltecatl,* fundían hermosas joyas de oro y plata, y labraban las piedras preciosas de bello color, engastándolas en oro.

Agrícolas, mineros, arquitectos y mecánicos, aun hoy admiramos los restos de sus obras arquitectónicas, de irrigación, de zapa y de decoración.

Los Tolteca eran altos, robustos y bien formados; vivían en casas bien distribuídas, construídas con adobe y piedra, techadas de terrado y dispuestas dentro de jardines, con ciertas comodidades que las otras tribus y naciones, sus contemporáneas, entonces no conocían ni usaban.

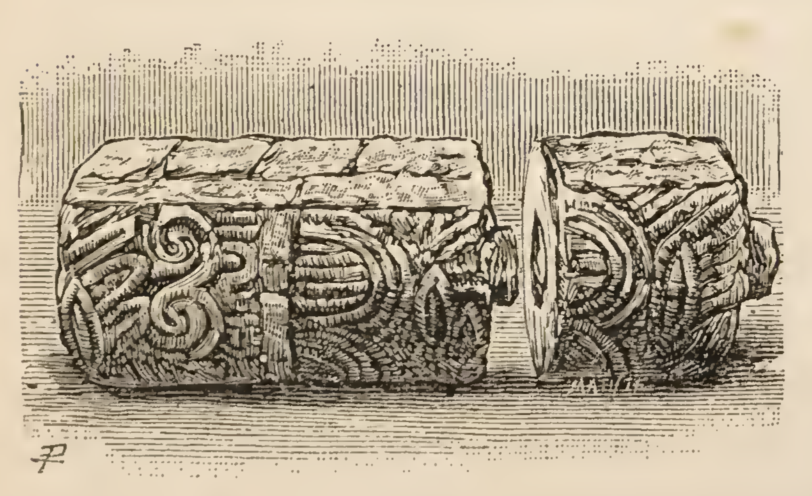


Guerrero tolteca

Tributaban culto a un *Sér Supremo*, inmaterial, que llamaban *Tloque Nahuaque,* y también al *Sol,* a la *Luna* y demás astros; a la lluvia, personificada en el dios *Tlaloc,* y otros muchos dioses de menor categoría, a los que ofrecían víctimas humanas, aunque en corto número.

Uno de los acontecimientos más notables de la historia tolteca es la llegada entre ellos de *Quetzalcohuatl,* personaje fantástico, según unos, representando a la *Estrella de la tarde,* y sér real, según otros, en quien éstos han querido ver al apóstol *Santo Tomás* o a un Obispo cristiano, predicando la doctrina de Cristo en la tierra americana siglos antes de su descubrimiento.

Sin ocuparnos de conjeturas y delirios, veamos lo que dicen las tradiciones de los aborígenes. En el año 922 llegó a Tollantzinco un personaje blanco y barbado, vestido con larga túnica, adornada de cruces rojas, y al que se vió salir por *Cuextan,* pasando el agua sobre un madero. Silencioso, meditabundo y abstraído, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado, sacrificando a los dioses aves y animales pequeños, pues nunca quiso hacerlo con hombres. Enseñó doctrinas y procedimientos en las artes hasta entonces no sabidos,



Columna tolteca

aumentó la ciencia del pueblo tolteca y se atrajo su amor, hasta el grado de ser aclamado por ellos como rey y supremo sacerdote. En el ejercicio de este último cargo modificó el culto de los dioses y exhortaba sin cesar a la humanidad y a la virtud. Contrariados los partidarios de las antiguas creencias, prácticas y costumbres, levantaron contra él una sublevación, obligándole a salir de Tollan desterrado y perseguido. No volvió a renacer la paz y armonía en Tollan



Xóchitl presenta el pulque al rey Tecpancáltzin
(Cuadro de Obregón).

con la expulsión de Quetzalcohuatl, pues quedaron gérmenes de discordias entre ambos partidarios, cuyo punto de principal disidencia eran prácticas religiosas. Esto parece fué el principio de la decadencia de tan poderosa nación, aunque, tocante a ello, existe también la subsecuente leyenda: Bajo el reinado de Tecpancaltzin, un noble tolteca llamado *Papántzin* descubrió y preparó el *pulque* o jugo fermentado de maguey, y como un singular presente, lo ofreció al Monarca, por mano de su hija *Xóchitl,* joven pudorosa y agraciada, de la que el rey se enamoró con locura. Por medio de personas de confianza hizo saber su amor a la doncella, logrando su correspondencia y que se le entregara, siendo el fruto de esta unión un hijo, al que se llamó *Meconetzin,* que significa el hijo del maguey. Presentaba este niño las señales que, según el astrónomo *Hueman,* había de tener aquel bajo cuyo reinado se había de perder Tollan y destruir la nación tolteca.

X Terminado el período de 52 años, pasó el gobierno a *Meconetzin*, que, al inaugurarlo, tomó el nombre de *Topíltzin*. Llevaba cuarenta años de gobierno cuando comenzaron a efectuarse los pronósticos de Hueman, como anuncio de las calamidades ya muy cercanas. En los últimos años de su gobierno, el Rey se había prostituído, y a su ejemplo, los Sacerdotes y el pueblo. Paseando el Rey un día por los jardines, encontró un conejo con grandes cuernos de venado, y un colibrí con un largo espolón, funestos signos que Hueman había predicho.

Un año después cayeron grandes aguaceros con sapos, que acabaron las sementeras; al siguiente no llovió, y al tercero sobrevinieron fortísimas heladas, viniendo a destruir lo poco que habían dejado los rayos y el pedrisco. Apenas comenzaban las plantas a reverdecer, cuando los gusanos, aves y langosta las devoraban, viniendo a colmar todas estas calamidades el desarrollo de la peste. Los régulos de Xalisco, parientes de Topíltzin, se unieron a la parte tolteca, su enemiga, marchando juntos contra Tollan, que, tras reñidos combates, en que peleaban *Tecpancaltzin*, *Topíltzin* y la misma *Xóchitl*, fueron vencidos y muertos, escapando tan sólo *Pochotl*, que huyó a los desiertos de Nonoalco; y más tarde formó parte de la nobleza texcocana y mexicana. Tal fué el triste fin de la monarquía tolteca, cuya destrucción acaeció el año 1116 de nuestra era, después de 449 años de existencia.

El resto de la nación se dispersó, yendo unos a Yucatán y Onohualco (Tabasco), y otros hasta Guatemala.

Fueron los sacerdotes tolteca, personificados en Hueman, los inventores del *Tonalamatl*, libro ritual de doscientos sesenta días, en que se calculaba y expresaba el curso de la estrella *Quelzalcohuatl*, dividido en veinte trecenas; escribieron también en jeroglífico el *Teoamoxtli* o *Libro divino*, en el que consignaron sus peregrinaciones, acontecimientos políticos, descubrimientos artísticos, creencias religiosas y culto de sus dioses.

De la lengua que ellos hablaban nada se sabe con certeza: unos sostienen que era la nahuatl, y por ello niegan sea una nacionalidad histórica, y otros afirman usaban la maya.

Un hecho bien notable, poco ha descubierto, viene a hacer esta cuestión más ardua, y es el haberse encontrado en las ruinas de la antigua Tollan un fragmento de una concha labrada con una inscripción en jeroglíficos mayas.



CAPÍTULO V

Chichimecas.—Origen, emigración y costumbres.—Amaquemecan.—Achcautzin.—Xólotl.—Nepohualco.—Emigración.—Nuevas tribus.—Emigrantes de Teoculhuacan.—Acolhua.—Nopáltzin.—Tlotzin.—Pochotl. Quinantzin.—Protección a los nahua.—Tezcoco ciudad capital.—Techotlalatzin.—Lengua chichimeca.—Ixtlixóchitl.—Tezozomoc.—Sujeción de los alcohua al rey de Atzcapotzalco.—Nezahualcóyotl.—Sus desventuras.—Muerte de Tezozomoc.—Tayautzin.

Sucesores de los Tolteca en el dominio de la parte central de México fueron los Chichimeca, tribu de raza e idioma diferente a los aludidos y de civilización muy inferior a la de ellos. Comparables más bien por sus costumbres a los Othomíes, los mapas *Tlotzin-Quinatzin* nos los representan viviendo en cuevas, llevando vida nómada y sustentándose de la caza, aprovechando en rudimentario vestido los despojos de animales, comiendo mezquites y bebiendo pulque. Los hombres andaban casi desnudos; usaban brazaletes, collares, guirnaldas de roble con plumas de águila y otros adornos, según las circunstancias y épocas. La mujeres vestían un poco mejor, y en materia de dijes y adornos eran más parcas que los hombres. Se casaban éstos con una sola mujer y no había de ser pariente suya. No tenían ídolos ni templos; tributaban culto, al aire libre, al *Sol-padre* y a la *Tierra-madre* a quienes ofrecían las primicias de la caza. Cuando



Costumbre chichimeca, según el *Mapa Tlolzin.*

moría algún jefe lo enterraban en su palacio, y a los demás en sus respectivas casas.

A estos chichimecas primitivos sucedieron otros que con ellos se incorporaron, originarios también del Norte y de un lugar llamado *Amaquemecan*. Según la tradición, tuvieron una monarquía de 13 reyes, con duración de 2.515 años, antes de emprender su peregrinación hacia México.

El año 1115 ocupó el trono de Amaquemecan el rey *Achcautzin*, compartiéndolo con su hermano *Xolotl*; mas éste, por disgustos y ambición de mando, se separó de aquél y emprendió con los suyos una peregrinación en pos de nuevas tierras, arribando a *Tóllan* al cabo de diez y ocho meses de camino.

Desolación y ruinas era ya entonces aquella hermosa ciudad, y quizá por eso presto la abandonó y continuó su caminata por Cempoallan, Oztoc y Teotihuacán hasta asentarse definitivamente en Tenayocan, tres leguas al Norte de México, por haber encontrado allí muchas cuevas para morada de su pueblo. Desde ese lugar se fueron extendiendo por gran espacio de terreno, atrayendo a sí a los restos de la nación tolteca que por esos sitios vagaba, y de ellos recibieron instrucción, cultura, maneras sociales, táctica de buen gobierno, hasta alcanzar el alto grado de ilustración que más tarde veremos poseyeron.

Tenayocan se llamó también *Nepohualco* (numeración o cuenta), pues se dice que allí pasó revista Xolotl a su gente, ordenando que cada uno de ellos arrojase una piedra y al cabo de esto quedaron hacinadas en grandes montones.

Hacia 1192 comenzaron a llegar nuevas tribus, unas salvajes y otras semi civilizadas, y todas se presentaban a Xolotl pidiéndole tierras que éste les concedía bajo especiales condiciones, formándose así una confederación de que formaba el centro y cabeza el Rey chichimeca.

Fueron estas tribus las *Xochimilca, Chalca, Tecpaneca, Colhua, Tlahuica* y *Tlaxcalteca;* los primeros fundaron la ciudad de Xochimilco al Sur del Lago de Chalco; los segundos a Chalco, al Oeste del mismo lago; los terceros a Técpan, los Colhua a Colhuacán; los Tlahuica a Tlahuicán, y los Tlaxcalteca a Poxhautlán, en la margen oriental del lago de Tezcoco.

Pronto organizaron ciudades y señoríos, y presto también surgió

entre ellos la discordia y las rivalidades, al grado que los Tlaxcalteca se retiraron al territorio Tlaxcallán, a la vez que las monarquías colhua y tecpaneca se ensanchaban.

El año 1168 llegaron nuevos inmigrantes, originarios como los anteriores de un lugar llamado *Teoculhuhuacán,* cerca de Amaquemecan, acaudillados por tres capitanes, cuyos nombres eran *Acohualtzin, Chiconcuauhtli* y *Tzontecomatl.* Aunque un poco alarmados, les recibieron de paz los chichimecas y el Rey les hizo buena acogida, al grado de casar a su hija mayor *Cuetlaxochitl* con *Acolhuatzin*, y la menor *Chihuaxochitl* con *Chiconcuauhtli.* De trascendental y benéfica importancia para los chichimecas fueron estos enlaces, pues los recién venidos siendo de muy superior civilización a ellos, acabaron de domar la rusticidad chichimeca, ya algo desbastada por los toltecas, y al fusionarse ambas razas quedó formada la que desde entonces se llamó *Acolhua.*

Los últimos años de Xolotl fueron bastante agitados, por haber tenido que sofocar conspiraciones, reprimir desórdenes y desbaratar maquinaciones contra su propia persona, toda vez que se dió el caso de que un grupo de sus descontentos súbditos atentasen contra su vida inundando para ello el jardín donde dormía al pie de unos corpulentos árboles.

Antes de morir repartió una parte de sus dominios, y por ello *Atzcapotzalco* quedó al príncipe Acolhuetzin, *Xaltocán* a Chiconcuauhtli y *Coatlinchán* a Tzontecomatl. Se asegura que falleció el año 1236, a la edad de ciento ochenta a doscientos años, y después de haber reinado ciento doce.

Nopáltzin, su hijo, le sucedió en el trono, reinando treinta y dos años, al cabo de los cuales murió en Tenayocan, el año 1263. Los más notables acontecimientos de su gobierno fueron la llegada de los *México* a Chapoltepec, una guerra que sostuvo contra el rebelde señor de Tolantzinco, al que venció, y el engrandecimiento de la ciudad de Atzcapotzalco, que tan funesta debía ser a sus herederos.

Ascendió al poder *Tlotzin Pochotl*, su hijo, y murió en 1298. Fué éste un rey pacífico, religioso y buen gobernante; procuró civilizar más y más a su pueblo, inclinándolo a la vida agrícola y combatiendo sus costumbres vagabundas. Logró se dedicaran al cultivo de la tierra la casi generalidad de sus súbditos.

Le sucedió su hijo *Quinantzin*, en cuya coronación por vez pri-

mera se observaron ciertas ceremonias de fausto y lujo, y entre ellas fué la de hacerse llevar en andas hasta Tezcoco. Dispensó bastante protección a los Nahuas, y esto disgustó a sus súbditos, que al fin se rebelaron acaudillados por *Tenancacalzin*, al que la fortuna no favoreció y tuvo que huir al Norte. Como representante suyo en la contienda quedó *Acolhua*, el que alcanzó ventajas y acrecentó sus dominios de Atzcapotzalco, con parte del territorio chichimeca; fué vencido más tarde por Quinantzin, que no solamente recuperó sus perdidos dominios, sino que llegó a ocupar a Atzcapotzalco.

El año 1324 trasladó Quinantzin la capital chichimeca a la ciudad de Tezcoco, sin dejar su predilección por los nahuas y sus cosas, no obstante los pasados contratiempos; volvió por tal motivo a encenderse la guerra civil, que atendió y reprimió esta vez pronta y fácilmente. Estas guerras favorecieron mucho al adelanto de los chichimecas, que al fin olvidaron sus costumbres aventureras y se convirtieron en nación sedentaria y pulcra. Murió Quinantzin en el bosque de Tetzotzinco el año 1357.

Ascendió al poder su hijo *Techotlabatzin*, que siguió la misma política de su padre, y como muy notable disposición suya debemos mencionar el haber ordenado *la supresión de la lengua chichimeca*, como idioma oficial substituyéndola por la *nahua*.

Vemos así cómo al cabo de los años la influencia nahua se sobrepuso, al grado de cambiar idioma, costumbres y aun la capital del reino. Puede considerarse este reinado como el de mayor apogeo bajo la dinastía chichimeca y el que inició también un verdadero servicio público, civil y administrativo. Para ambas cosas fundó el Rey tres Consejos: uno civil, compuesto por la nobleza, para los negocios de Estado; otro militar, de jefes superiores militares, para asuntos de guerra, y un tercero, de hábiles financieros, para la administración de la hacienda pública.

Si la política interior prosperó y dió ópimos frutos, no aconteció lo mismo con la exterior, que no fué bien atendida, pues vemos a los México ensanchar su poderío y a los Tecpaneca hacer lo mismo, hasta el grado de inspirar serios temores al rey chichimeca. Este, no obstante lo dicho, tuvo la poca previsión de fraccionar su monarquía en 47 señoríos; desacertada medida cuyos pésimos resultados pronto veremos.

Al cabo de cincuenta y dos años de mando, murió este rey el año 1409.

Le sucedió su hijo *Ixtlixóchitl,* joven de bellas prendas, que apenas contaba diez y nueve años de edad, y al que tocó recoger el amargo fruto de la poca previsión política de su padre.

El fraccionamiento de la monarquía entre tantos caciques dió por resultado el desarrollo de ambiciones en éstos, y alimentadas ellas por *Tezozomoc,* rey de Atzcapotzalco, pronto dieron su resultado. Comenzaron por negarse a asistir a la coronación del nuevo rey, y a ello siguió la rebelión descarada, que acaudilló Tezozomoc. Tres años duró la contienda, al cabo de los cuales la pericia y disciplina de las tropas acolhuas vencieron la superioridad numérica de los sublevados, viéndose éstos obligados a pedir la paz, que, como veremos más adelante, sirvió tan sólo para que el pérfido señor de Atzcapotzalco alcanzara sus perversas miras.

Ixtlixóchitl fué indulgente y confiado en demasía, concediendo perdón general y gracia de la vida a todos los jefes enemigos, aunque luego sintió los efectos de ello; pues habiendo mandado a *Acatlotli*, uno de sus nobles, a recibir en representación suya el homenaje ofrecido por los feudatarios vencidos, éstos faltando a la fe jurada, le apresaron y llevaron ante Tezozomoc, el que mandó asesinarle vilmente.

Aprovechando el tiempo, marcharon desde luego sobre Tezcoco, constriñéndola con apretado sitio, que resistió durante cincuenta días, y habría podido soportarlo más tiempo si uno de los privados del rey y general de sus ejércitos, llamado Toxpilli, no hubiese traidoramente entregado a los sitiadores uno de los barrios más importantes de la ciudad, con lo cual ésta cayó en manos del enemigo.

En tan angustiada situación envió Ixtlixóchitl a los de Otómpan un mensaje, con su fiel amigo *Coacuecuenotzin,* para que les recordase los beneficios que él les había impartido, les invitase a volver a su obediencia y le auxiliasen en tan terrible aprieto. Con un valor y abnegación espartana cumplió aquel valiente su comisión, presentándose a los de Otómpan en el día de *tianquiztli;* mas aquellos menguados, bien aleccionados por los Tecpanecas, no solamente desoyeron sus razones, sino que tuvieron la cobardía de arrojarse sobre el emisario y despedazarle, no obstante la resistencia con que les rechazó.

Después de tan lamentable suceso se vió obligado el Rey, con su hijo *Nezahualcóyotl* y algunos de sus fieles capitanes, a ocultarse

en la barranca de *Queztlachac,* y hasta allí fueron a perseguirle sus enemigos.

Comprendió Ixtlixóchitl su inevitable captura, y antes que permitirla prefirió salir al encuentro de ellos, teniendo antes el cuidado de ocultar a su hijo entre el follaje de un copudo capulín.

Pronto los encontró y trabó con ellos desigual y temeraria lucha, en la que sucumbió heroicamente el 24 de septiembre de 1418, pasando su corona y reino al señor de Atzcapotzalco.

Era éste hijo de *Acolhua II* y nieto del primero del mismo nombre, fundador del reino de Atzcapotzalco. De carácter ambicioso y muy astuto, empleó cuantos medios tuvo a su alcance para engrandecer la herencia de su abuelo y darle estabilidad. Después de la victoria se hizo coronar rey en medio de grandes fiestas, poniendo a precio la cabeza de Nezahualcóyotl. Henchido de vanidad y soberbia, mandaba a sus verdugos que interrogasen a los niños menores de siete años para que dijesen quién era su rey, y si estos inocentes respondían que *Ixtlixóchitl* o *Nezahualcóyotl*, al punto se les degollaba.

Fraccionó el territorio chichimeca, quedando como su capital Atzcapotzalco, y dió a Tezcoco a los México, sus aliados en la guerra, e impuso a los vencidos humillantes gabelas y onerosos tributos.

Nezahualcóyotl entretanto vagaba por los bosques, afrontando miserias y peligros mil, hasta llegar el caso de que, desfalleciendo por la sed, pidiese un poco de agua a una mujer, y reconociéndole ésta, lo delatase a grandes voces, teniendo que matarla para hacerla callar.

Perseguido incesantemente, cayó al fin en manos de sus enemigos, quienes lo llevaron ante *Teoteozintecutli,* rey de Chalco, y éste le condenó a ser descuartizado vivo en el próximo *tianquiztli.* Crimen tan horrible no llegó a efectuarse gracias a la abnegación de *Quetlalmaca,* que se introdujo en la prisión y cambiando sus vestidos por los del príncipe y ocupando su lugar, facilitó su evasión, sufriendo la pena reservada a su señor.

Todavía vivió errante cuatro años después Nezahualcóyotl, al cabo de los cuales los México se interesaron por él y al presentar al tirano Tezozomoc un cuantioso regalo consiguieron que éste perdonara al proscrito y perseguido, y le concediese, bajo pena de vida, vivir confinado en Tenochtitlán y Tlatelolco. Al cabo de dos años

volvieron los mismos a interesarse por él y obtuvieron se le concediese vivir en uno de sus palacios de Tezcoco llamado *Cilan,* desde donde en aparentes quietud e indiferencia arregló una liga contra Tezozomoc. En aquel tiempo era ya éste muy anciano, al grado de ser necesario tenerlo en una cesta con algodón, pero siempre tan malvado y cruel que desde allí ordenaba iniquidades mil, que sólo terminaron con su muerte acaecida el 24 de marzo de 1427, después de haber reinado ciento ochenta y nueve años.

Dejó de heredero a su segundo hijo, llamado *Tayautzin,* con agravio de *Maxtla,* su primogénito, el que no conforme con ello se apoderó del trono.



CAPÍTULO VI

Maxtla.—Muerte de Tayauizin.—Triste suerte de Chmalpopoca.—Izcoatl.—Alianza con Nezahualcóyotl.—Acciones heroicas de Motecuhzoma y Maxtla —Muerte de éste y fin de su reino. - Coronación de Nezahualcóyotl —Partición del territorio tecpaneca.—Alianza nahoa.—Gobierno de Nezahualcóyotl.—Sus poesías, carácter y muerte.

Era *Maxtla* digno hijo de Tozozomoc, pues a un carácter áspero y duro, reunía una excesiva crueldad.

No pudo *Tayautzin* resignarse con la usurpación de su hermano, y empeñó en su favor a *Chimalpopoca,* rey méxica para lograr matar a Maxtla. Para tal fin mandó edificar un palacio y se convino en invitar a Maxtla para el estreno, y matarle en la fiesta. Por aviso del enano *Tetontli* llegó a noticias de él este complot, y sin inmutarse ni tomar aparentemente precaución ninguna, se presentó de improviso en la fiesta, acompañado de algunos señores tecpanecas, los que asesinaron a Tayautzin. Después de varios ultrajes inferidos al monarca méxica, envió tropas a *Tenochtitlán* a que aprehendiesen a Chimalpopoca, el que, encerrado en una jaula de madera fué transportado a Atzcapotzalco; allí, lleno de rabia y tristeza, puso fin a sus días colgándose con su maxtle de los barrotes del *cuauhcalli* o jaula en que estaba encerrado.

Los México nombraron rey a *Itzcoatl,* y Maxtla se negó a reconocerle, volviendo a su vez a perseguir a Nezahualcóyotl. Por más que el Rey mexicano y el Príncipe tezcocano se viesen con desconfianza y mala voluntad, por el auxilio que los nahuas dieron a Tezozomoc contra Ixtlixochitl, llegaron a ponerse de acuerdo y a formalizar una alianza, mediante la intervención de *Motecuhzoma Ilhuicamina,* general en aquel tiempo de gran prestigio, constituyéndose así la base y principio del gran poder mexicano y tezcocano.

Desde luego se dió principio a las hostilidades contra Maxtla, y fué Cuauhtitlan la primera de sus ciudades que cayó en poder de los aliados, coincidiendo ello con la separación de Atzcapotzalco, de los Acolhuas pacíficos. En persecución de ellos mandó el Rey parte de sus tropas, mas con tan mala suerte, que fueron sorprendidos y muertos a palos todos los que la formaban, generalizándose así una rebelión.

Preparados y deseosos de una batalla decisiva, se avistaron los dos ejércitos muy cerca de la ciudad de México, marchando el ejército tecpaneca al mando de Maxtla y el mexicano a las órdenes de Itzcoatl y Nezahualcóyotl. Se empeñó la acción con denuedo por ambas partes, y al cabo de cierto tiempo, desorganizados los méxica, imploraban ya la clemencia de los tecpaneca, cuando apercibido de ello el indomable Motecuhzoma, se arrojó en medio del enemigo y con tan heroico acto restableció la disciplina de sus tropas, que pusieron en fuga a las contrarias.



Nezahualcóyotl

No menos esforzado Maxtla, imita el ejemplo de su contrario y se pone en primeras filas; Motecuhzoma entónces le acomete y vence después de porfiada resistencia. Cesa desde luego la de las tropas tecpanecas y se declaran en completa derrota.

Sin pérdida de tiempo marchan los aliados sobre Atzapotzalco; y aunque el resto de los ejércitos reales presenta alguna resistencia, presto son derrotados, y el mismo Maxtla se vió obligado a huir y ocultarse dentro de un *temazcalli* de su palacio, de donde es sacado, recibiendo la muerte de manos del mismo Nezahualcóyotl, que vivo le arranca el corazón, y humeante aún lo ofrece a los manes de su infortunado padre Ixtlixóchitl.

Tal fué el trágico y merecido fin del tirano Maxtla acaecido el año de 1428.

Comenzaba el Rey de Tezcoco a disfrutar de su triunfo, cuando muchos tecpanecas y acolhuas, disgustados por la alianza con los México, se le rebelaron, teniendo por caudillo a *Cuecuex,* señor

de Coyohuacan. Necesaria fué una lucha de dos años para sujetarlos, al cabo de los cuales quedó consumada la destrucción del reino de Atzcapotzalco y la restauración del antiguo imperio chichimeca.

Necesario era dar a este definitivo triunfo una sanción pública, y esto se hizo coronando solemnemente en Tenochtitlán, a fines de 1431, al príncipe Nezahualcóyotl, rey de Tezcoco y de todo el reino chichimeco-tecpaneca. Era este ilustre prócer, como ya dijimos, hijo de *Ixtlixóchitl* y de *Matlacihuatzín,* hermana del rey nahua *Huitzilihuitl,* y había nacido en Tezcoco el 4 de Febrero del año 1402.

Las crónicas nos han conservado respecto a él interesantes memorias de su valor, de su talento, de sus infortunios y de los novelescos episodios de su vida toda, comparables en algunos puntos a los que del rey poeta David narran los libros santos.

El territorio chichimeco-tecpaneca se dividió en tres fracciones: con una pequeña parte se erigió el reino de *Tlacópan*, que tocó a *Totoquihuatzín*, nieto de Tezozomoc y enemigo de Maxtla, su tío; otra se agregó a la corona de México, y la mayor parte continuó siendo la monarquía de *Acolhuacán* o *Tezcocana*, formando todas ellas una confederación que subsistió hasta la conquista.

Los pactos de esa alianza daban a Tlacópan la quinta parte del botín de guerra, y de las cuatro quintas partes restantes, una mitad era para Tezcoco y otra para Tenochtitlán, asumiendo también los reyes de Tlacópan y Tezcoco el carácter honorífico de electores en la sucesión real mexicana.

Se destaca Nezahualcóyotl entre todos los personajes de nuestra historia precolombina como un hombre singular, dotado de cualidades mil a cual más apreciables. Recibió la herencia de sus mayores en el mayor estado de destrucción, abandono y abyección, y a su muerte la transmitió en grado de civilización y esplendor incomparables entre sus contemporáneos. Las juntas de justicia, guerra y administración que erigiera su abuelo, él las mejoró y aumentó; creó colegios para educar e instruir a los jóvenes en las ciencias y las artes, astronomía, astrología y otras. Construyó soberbios palacios y magníficos templos, sin olvidar las obras de defensa, canales de irrigación, caminos públicos y puentes. Se cuenta que el palacio que para su habitación mandó construir tenía dos grandes patios, 300 habitaciones hasta de 50 varas en cuadro, jardines y estanques; las paredes estaban cubiertas de jaspes de colores o de hermosos tapices de algodón y

plumería, ocupando todo él un área de 1.234 varas de Oriente a Poniente y 978 de Sur a Norte, habiendo concurrido a su edificación 200.000 operarios.



Jardín de Nezahualcóyotl en Tezcoco.
(Reconstrucción, según Ober)

Formó y promulgó un código de 80 leyes civiles y penales, logrando casi abolir los sacrificios humanos, y dedicó un suntuosísimo templo al *Dios desconocido*.

Dividió la ciudad de Tezcoco en 30 cuarteles y asignó a cada uno de ellos una industria, que con exclusión ejercían. Dado al fausto y al lujo, tenía por trono un asiento de oro macizo llamado *tzinpalpa*, incrustado de piedras preciosas, y junto a él estaban las insignias reales, que eran un carcaj, una calavera humana con una esmeralda engastada en su parte superior, y un penacho de vistosas y ricas plumas; todo esto cubierto por un dosel de plumas, y el piso tapizado con alfombra de hermosas pieles de animales.

La población de Tezcoco en ese tiempo se. calcula en más de 200.000 habitantes en 30.000 casas. Con respecto al gasto de la real casa, se asegura que consumía: 4.900.300 fanegas de maíz; 2.744 de cacao; 3.200 de xitomatl y chili; 1.300 panes de sal: 8.000 guajolotes y otras muy respetables cantidades de fríjol, legumbres, chian, pesca y caza, miel, etc., etc. Si la fama de este rey como hábil legislador y excelente gobernante ha llegado hasta nosotros, no ha sido menos la que de él mismo tenemos como poeta sentido de altos vuelos filosóficos; desgraciadamente, sólo dos composiciones suyas, bien desfiguradas, entre ellas una dedicada a mostrar *la vanidad de las cosas humanas*, y otra sin nombre, han llegado hasta nosotros, ambas traducidas al castellano, y la primera en othomí, sabiéndose apenas el principio de ésta en lengua nahuatl, que dice: *Xóchitl mamani in ahuehuetitlan*...

De la primera insertamos a continuación su traducción literal y versión en metro castellano:

«*Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelen a la duración, al fin un repentino fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece. Siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte: dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora, y económico deshace en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, las despoja de su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan soberbia-*

mente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste pérdida de su trono y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término; porque la más festiva carrera de goces y brillantez, calman sus alientos y se despeñan en el abismo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y entierre.

»*Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos; aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tluloca* (el mar), *y cuando más se acercan a sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando sus urnas melancólicas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes cenizas, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma; ocupando éstos los tronos, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, inventando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna y el poder. Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del* POPOCATEPETL, *sin otros monumentos que recuerden su existencia que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah!*

»*Y si yo os introdujera a los obscuros senos de esos panteones y os preguntara cuáles eran los huesos del poderoso Chalchiuhtlanetzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, de Necaxeomil, reverente cultor de los dioses; si os preguntara dónde está la incomparable belleza de la emperatriz Xiuhtzal y por el pacífico Topíltzin, último monarca del infeliz reino Tolteca; si os preguntara cuáles eran las cenizas de nuestro primer padre Xólotl, y aun por el caliente polvo de mi glorioso, inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlixochitl; si os fuese preguntando por todos nuestros augustos progenitores, ¿qué me responderíais? Lo mismo que yo respondiera;* INDIPOHDI, INDIPOHDI: *nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están confundidos en el barro.*

»*Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es*

lisonjera cuna para el sol, y las funestas sombras brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven a la grandeza del Criador, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la preterición y registrará nuestra posteridad.

«Son las pompas caducas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente,
Que en este suelo, sin igual fecundo,
Sombra y frescura dan; mas de repente
El fuego los devora furibundo,
O de la hacha al poder doblan la frente,
O bien, cuando añosos languidecen,
Barridos por el cierzo desparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa,
Que luce su hermosura por un día,
Mientras guarda la savia substanciosa
El avaro botón; mas luego impía
De Tonatiuh la llama rigorosa,
Agosta su belleza y lozanía
Y, cual llorosa virgen engañada,
Pierde el color, marchita y deshojada.

Es muy breve el reinado de las flores,
Como el reinado del humano mismo;
La que hoy al alba muestra sus primores,
Yace a la tarde en flébil parasismo.
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo;
Es un inmenso panteón la tierra,
Que cuanto alimentó, piadosa entierra,

Los ríos, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamás alcanzan
Volver a dó nacieron sus corrientes,
Y corren más, y mientras más se avanzan
Más ahondan sus tumbas, y dolientes,
Al mar se arrojan, y por fin descansan:
¡Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana!

Llena la fosa está de tristes restos,
Que ayer, de vida y de salud gozando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sabios y nobles con riqueza y mando;
Mas poder y riqueza y altos puestos,
Al soplo fiero y del camino infando,
Pasaron como el humo pestilente
Que el POPOCATEPETL vomita ardiente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca
Y registrad los senos del olvido...
¿Dó está Chalchiuhtlanet el chichimeca?
¿Mitl, el cultor de dioses, dó se ha ido?
De Topíltzin, el último tolteca
Y la hermosa Xiuhtlal, decid, ¿qué ha sido?
¿Dónde Xólotl está rey fortunado?
¿Dó Ixtlixochitl, mi padre desdichado?

¡Ah! Necio afán, inútil diligencia:
¿Quién más sabrá que El que lo sabe todo?
Del lodo los sacó la Omnipotencia,
Y yacen confundidos entre el lodo:
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos, ¡ay! no de otro modo,
Después de haber rendido la jornada,
Serán también el polvo de la nada.

Aspiremos, oh nobles tezcucanos,
A la vida inmortal del alto cielo:
La materia perece entre gusanos,
Pero el alma hacia Dios levanta el vuelo;
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran,
Lámparas son que su palacio alumbran.

Tan bellas cualidades quedan obscurecidas por dos grandes defectos: su incontinencia y desenfrenado lujo. Fruto de lo primero fueron 60 hijos y 57 hijas, y lo segundo las exorbitantes cargas con que oprimió a su pueblo. Al cabo de cuarenta años de reinado, a partir desde su coronación, y a los setenta años de edad, murió este gran rey dejando dividido en feudos o señoríos todo su reino.

CAPÍTULO VII

Nezahualpilli.—Su gobierno.—Huexotzincanzin.—Chalchiuhuenetzin. Guerra contra Tlaxcallan.—Cometa.—Muerte de Nezahualpilli.—Sus herederos.—Disturbios por la herencia del trono. Convenio entre los hermanos. Cacamatzin Azteca.—Aztlán.—Origen y peregrinación.—Vida errante. Achitometl Sacrificio de su hija Fundación de Tenochtitlán.—Tlatelolco.—Acamapipichtli.—Huitzilíhuitl.—Chimalpopoca.—Itzcoatl.—Reyes de Tlaltelolco.

Heredó el trono tezcocano *Nezahualpilli*, hijo del anterior, que apenas contaba ocho años de edad y era el único varón legítimo, quedando por recomendación de su padre, bajo la tutela y protección del rey méxica *Axayacatl*. Aunque sus numerosos hermanos parecieron todos conformes en un principio, más tarde se rebelaron tres de entre ellos, los llamados *Ichantlatoatzín, Xochiquetzaltzín* y *Tlecahuehuetzín*, los que se aliaron con los Chalcas y los Huexotzinca. Presto dió fin con ellos el Rey mexicano, y para mayor seguridad se llevó a Tenochtitlán al Rey niño; mas como a poco tiempo muriese aquél, y se volvió a encender la guerra contra el tezcocano, salió de nuevo su ejército contra los rebeldes y quedó victorioso.

Fué Nezahualpilli en todo el retrato de su ilustre padre, hasta en sus vicios y defectos, distinguiéndose, sobre todo, por una excesiva severidad que le hizo degenerar en cruel y desnaturalizado. Mandó dar muerte a su propio hijo y heredero *Huexotzincatzín*, acusado de haber proferido palabras indecorosas en el recinto del Palacio Real, violando así una ley que bajo pena capital lo prohibía. Inútiles fueron para evitarlo los ruegos de la nobleza y la intervención de *Motecuhzoma*, rey de México. Fué ejemplar también la muerte que mandó dar a su mujer *Chalchiuhuenetzín*, por sus infidelidades.

Fiel aliado de los Méxica, les ayudó en todas sus guerras y asistió a la sangrienta dedicación del templo mayor de México, el año 1487.

Casó con dos princesas mexicanas, hermanas, notables por su belleza; de la mayor tuvo un hijo llamado *Cacamatzín,* y de la otra al malaventurado *Huexotzincatzín,* a *Cohuanacotzín* y a *Ixtlixóchitl.*

Engañado por el Rey de México, emprendió una guerra contra Tlaxcallán, y en ella salió derrotado.

Al cabo de cuarenta y cuatro años de gobierno, y bajo la influencia de funestos presagios, principalmente por la aparición de un cometa, se retiró del mando, dejándolo encomendado a dos de sus Consejeros y se fué a vivir a uno de sus palacios. Entregado allí a la caza y a los estudios de la astronomía, falleció el año 1516, dejando 144 hijos bastardos y cuatro legítimos. Estos fueron *Cacamatzín, Tetlahuehuetzquelitzín* o *Cuicuicatzín, Cohuanacotzín* e *Ixtlixóchitl.*



Las siete tribus nahuatlacas, según el *Códice Ramírez.*

Fué Nezahualpilli muy dado a la astronomía, así como también a las meditaciones filosóficas al grado de olvidar los asuntos de gobierno y administración. Quizá por esto al morir no dejó designado entre sus cuatro hijos legítimos cuál de ellos debería sucederle en el trono. El Consejo electoral, dominado por el Rey de México, eligió a *Cacamatzín,* que era el mayor. Estuvo conforme con ello Cohuanocotzín, príncipe de espíritu apocado, y se opuso Ixtlixóchitl, el más animoso de todos ellos y también el más ambicioso, alegando que su hermano estaba dominado por el rey de México, a quien odiaba por desleal a su padre.

Confirmó su disgusto y oposición retirándose a Meztitlán y esperó allí los acontecimientos. Cacamatzín se fué a México y dejó en su lugar a Cohuanacotzín, coronándose rey en la ciudad dicha el año 1517. Efectuada esta coronación, bajó Ixtlixóchitl de la montaña a la cabeza de sus partidarios, derrotó al ejército méxica y tomó a

Otompan, logrando intimidar a su hermano y entrar en arreglos con él. Resultado de ellos fué la división de la monarquía, tocando a Ixtlixóchitl la montaña, a Cacamatzín Tezcoco, y a Coahuanacotzín, los tributos de 33 pueblos.

Así permanecieron hasta la llegada de los españoles, y tuvieron suerte varia, según en su lugar veremos.

Acababa de hundirse el poderoso imperio de Tóllan y sobre sus ruinas comenzaban a cimentar el suyo los Chichimecas, cuando vemos surgir en el Anáhuac al lado de éstos los *Xochimilcas, Chalcas, Tecpanecas, Tlahuicas, Colhuas, Tlaxcaltecas* y *Aztecas,* todos con una lengua y origen común, aunque distintos a los Chichimecas. Estas tribus se comprenden bajo el nombre de las *siete familias nahuatlacas,* teniendo por patria común a *Aztlán* y *Teoculhuacán.*



Aztlán, según el *Códice Aubin.*

Cuál haya sido la ubicación de *Aztlán*, es uno de los más discutidos e intrincados problemas de nuestra historia, y aceptándose en la actualidad como la más probable opinión la que lo supone a los 22 grados de latitud Norte, al Sur de Chiametla, cerca del mar en la laguna de *Mexticacán,* Estado de Xalisco. Peregrinaron por espacio de casi trescientos años, deteniéndose en el lago de Patzcuaro y otros puntos de Michoacán. En su viaje desde Aztlán iban deteniéndose por algún tiempo en el camino y estableciendo ciudades y sementeras, y cuando las abandonaban, dejaban en ellas a los viejos y a los enfermos. No satisfecho el dios que los guiaba del lugar que habitaban junto al lago de Pátzcuaro, les ordenó que abandonando en él una parte de las tribus continuasen su peregrinación, lo que ejecutaron éstos penetrando en territorio de lo que hoy es el Estado de México, y asentándose a pocas leguas de *Tolócan:* en este punto se desembarazaron de una mala mujer, hermana de su dios *Huitzilopochtli,* llamada *Malinalxochitl,* engañándola y abandonándola.

Siguieron su peregrinación hacia el Norte hasta que llegaron a Tóllan, en donde también se detuvieron nueve años, al cabo de los cuales se dirigieron a Tzompanco. El señor de este lugar, llamado *Tochpanecatl,* los recibió con agrado y casó a su hijo *Ilhuicatl* con la joven *Tlapacatzín.* Siete años habitaron en Tzompanco, y de aquí se dirigieron a Tizayócan, sitio en que dió a luz Tlapacatzín a *Huitzilihuitl;* volvieron de nuevo a caminar, deteniéndose en Tolpectlac y Tepeyacac, donde vivieron veintidós años. En este último asiento les combatieron los Chichimeca, obligándolos a pasarse a *Chapoltepec* el año 1245. Como el oráculo les dijo viviesen apercibidos por los sucesos que tendrían que venir sobre ellos, fortificaron el lugar, arreglaron guardias permanentes que los cuidaran y eligieron para que los dirigiera y gobernase a HUITZILIHUITL, dividiéndose por vez primera el gobierno civil y el religioso, quedando éste en manos de TENOCH. No fué bien visto por los comarcanos ni la fortificación de Chapoltepec ni el incremento del pueblo azteca, y pronto se aliaron en contra de ellos, haciéndoles cruda guerra, en la que les tocó la peor parte, pereciendo en ella el rey Huizilihuitl con su familia.

Abandonaron luego tan infausto sitio, que por espacio de diez y siete años habitaron, y se radicaron en *Acolco,* viviendo allí en chozas de zacate, mal alimentados, peor vestidos y siempre hostilizados, colmando su infortunio la guerra que les declararon los Culhuas, en que fueron vencidos, reducidos a la condición de esclavos y obligados a vivir en Tizapán.

Al cabo de ciertos años tuvieron sus dominadores una guerra con los Xochimilcas, y casi a punto de ser vencidos por éstos, echaron mano de los Aztecas sus esclavos, que no sólo se condujeron con valor, sino también con táctica y astucia de buenos militares, haciendo que la victoria coronase a sus amos. En premio de tal servicio o a causa del horror que a los Culhua inspiró el sacrificio que de cuatro prisioneros xochimilca hicieron a su dios Huitzilopochtli, se les concedió su libertad y fueron a vivir a *Acatzitzintlan.*

Iban pasando en este lugar una vida algo sosegada en plena paz con los de Culhuacán, cuando Huitzilopochtli habló a los sacerdotes diciéndoles necesitaban una mujer que se llamaría *la mujer de la discordia*, que después se llamaría también *su agüela,* y la elegida fué la hija del rey de Culhuacán *Achitometl.*

Ante él fueron con su petición los México, y accedió fácilmente a

su demanda entregándoles a su hija que fué conducida a su morada. Volvió a hablarles el dios, y ordenó que le sacrificaran a esa doncella y que después la despellajaran y vistieran con su piel a un mancebo, poniéndole encima los arreos mujeriles y convidasen al rey su padre para venir a adorar a la diosa su hija y ofrecerle sacrificios. Así se ejecutó, y el convite fué hecho, presentándose después el rey acompañado de su nobleza llevando ricos presentes.

Introducido al templo, que estaba en semiobscuridad, nada vió claramente en un principio, sino fué hasta que, al echar en el *teitmatl*



Fundación de Tenochtitlán.
(Jeroglífico de Durán.)

el *copalli* para hacer la incensación, se dió cuenta del horroroso espectáculo y desgraciado fin de su hija. Loco de dolor y de rabia, salió dando voces excitando a su pueblo contra los Azteca, que fueron atacados sin misericordia, y aunque resistieron con bravura, tuvieron al fin que huir salvándose entre los carrizales del lago.

Después de lo acontecido moraron en *Ixtacalco,* luego en *Nexticpac* (hoy ermita de San Antonio), y al fin en *Mixiuhcán,* en donde una noble señora de su tribu, o la hermana de Huitzilihuitl, tuvo un alumbramiento. Corresponde ese lugar al barrio de San Pablo, en nuestra México actual. Se extendieron más tarde a un sitio cercano, que denominaron *Temazcaltítlan.*

A los pocos años de habitar este último lugar habló el dios a los sacerdotes diciéndoles había llegado ya el día en que deberían escoger su definitiva mansión, recordándoles que sería aquella en que encontraran un águila sobre un nopal devorando a una culebra. Inmediatamente se reunieron los jefes de la tribu, y de entre ellos comisionaron a *Axolohua* y *Cuauhcoatl* para que saliesen a buscar el lugar pro-

metido. Así lo hicieron, metiéndose entre los carrizales y tulares marchando en todas direcciones hasta que dieron con un lugar pequeño de tierra firme y en medio de él un nopal en donde se posó un águila con una culebra en el pico que del cercano lago había cazado y la despedazó con sus garras, elevándose luego majestuosamente y desapareciendo en las alturas.

De los dos enviados, uno desapareció bajo las aguas del hermoso lago que encerraba el islote, y sólo uno, *Axolohua,* volvió sano y salvo a dar la feliz nueva a la tribu. Desde luego se procedió a tomar posesión del lugar señalado por el dios y a que la ciudad quedase definitivamente fundada, verificándose esto el año 1318, e imponiéndole nombre de TENOCHTITLÁN, *Tunal sobre piedra* o *ciudad de Tenoch*, y también MÉXICO, *lugar del dios Mexi*. Eligieron ante todo un altar a su dios, y en derredor de él agruparon sus pobres chozas, que más tarde distribuyeron en cuatro *calpulli* o barrios en que la ciudad fué dividida, imponiendo nombre a cada uno de ellos. El del Sudoeste se llamó *Moyotla* (hoy San Juan); el del Sudeste, actual de San Pablo, *Teopán Zoquipán; Cuepopa,* el situado al Noroeste, hoy Santa María, y *Atzacualco,* San Sebastián, el del Nordeste.

Hacia 1318 se comenzaron a construir casas de adobe y piedra que vinieron a substituir las primitivas de tule.

Pertenecían a los dominios del Rey de Atzcapotzalco los terrenos de la nueva Tenochtitlán; así fué que tuvieron que declararse tributarios de éste los México.

Era poca la parte de tierra firme y el resto lo formaban fango y agua; para utilizarlo según las necesidades de aquel pueblo, formaron extensas estacadas, y en terrenos flotantes o *chinampas* sembraron las semillas y plantas necesarias a su sustento. Trece años después de la fundación de México, por disgustos y agravios se separaron de los Tenochca cuatro capitanes de la tribu con un buen número de individuos de ella, yéndose a establecer al Norte y a corta distancia en un pedazo de tierra firme, llamado TLATELOLCO.

Como acontecimiento notable debe también señalarse una erupción del Popocatepetl el año 1354.

Con alternativas de buena y mala fortuna continuaron los México en su ciudad gobernada por su consejo antiguo, a cuyo frente estaba TENOCH, que por espacio de treinta y nueve años fué su jefe militar, y murió el año 1363; le sucedió *Mexítsin* hasta el 1376 en que cam-

biaron de forma de gobierno; eligieron por primer rey a CAMAPICHTLI (Puñado de cañas). Su elección fué popular y cuando desempeñaba el cargo de Chihuacontl; a ella lo llevó, no obstante ser joven, la prudencia, laboriosidad y valentía. Tomó por mujer a *Ilancueitl*, hija del señor de Culhuacán, y por ser estéril la acompañó con *Ayancihuatl*, hija del de *Coatlinchán*, y con el tiempo llegó a tener hasta 20 mujeres.



Tenoch, según el *Códice Mendocino*.

De entre ellas, *Tecatlamiyahuatzín* fué madre de *Huitzilihuitl*, y una esclava de Atzcapotzalco, la de *Itzcoatl*.

El ensanche de la isla, los trabajos de labranza y el bienestar que a las claras demostraban los tenochca, a la par que la elección de un rey, alarmaron a Tezozomoc, de quien eran tributarios, por lo que decidió abrumarlos con excesivos tributos. Duplicó éstos y a más les pidió una chinampa en que estuviesen sembradas todas las plantas de uso común y en perfecto estado de cultivo. Así lo hicieron los México y ello fué motivo para que al siguiente año les pidiese que en otro huerto flotante fuese una garza y un pato empollando sus huevos, y a tal punto, que al presentárselos deberían salir los polluelos; se cumplió también el deseo del tirano, que no cejó en sus exigencias, pues al siguiente les pidió un venado vivo, y aunque esos animales no los había en la laguna, su dios Huitzilopochtli se los puso en oportuno sitio.



Acamapichtli, según el *Códice Mendocino*.

Acamapichtli emprendió la conquista de algunos pueblecillos cercanos, entre los que se citan a Mizquic, Cuitlahuac, Cuauhnahuac y Xochimilco, con los que aumentó un poco su soberanía, sin dejar de ser un rey humilde. El año 1383 murió la reina Ilancueitl y el 1396 su consorte *Acamapichtli*, primer rey tenochca.

A ejemplo de sus hermanos los México, eligieron también su rey los Tlatelolca el año 1377, nombrando para ello a *Cuacuauhpitzahuac*, hijo del de Atzcapotzalco.

Por elección de la nobleza de los cuatro barrios, y no la popular como en el rey anterior, entró a gobernar HUITZILIHUITL (Pluma de colibrí), hijo de Acamapichtli. Era joven y soltero, por lo que los Tenochca, para captarse la voluntad de Tezozomoc y aligerar sus gabelas, le pidieron una hija para que fuese su reina, uniéndose al

recién electo. Condescendió a ello el tirano, entregándoles a su hija *Ayauhchiuatl,* que con gran acompañamiento fué llevada a México y casada con el rey. De ella nació *Chimalpopoca*, que fué el encanto de su abuelo y por amor a él quitó a los Tenochca los tributos, dejándoles tan sólo, como señal de sumisión, la obligación de entregarle dos patos y otros animales del lago.

Huitzilihuitl, según el *Códice Medocino.*

De otras mujeres tuvo hasta ocho hijos; entre los más notables fueron *Ilhuicamina,* nacido en 1398, y *Tlacaelel*, que tan gran papel representa en la historia méxica.

De la hija de Tezozomoc tuvo otro hijo, llamado *Acolnahuacatl*, que pereció víctima de las iras de su tío materno *Maxtla*, que creía ver en él un futuro competidor al trono tecpaneca. Como la madre de *Ilhuicamina* era hija del Rey de Cuauhnahuac, donde se producía el algodón con abundancia, tuvieron fácilmente esta materia prima y comenzaron a usarla en sus vestidos. Aliados a los de Atzcapotzalco, conquistaron algunos pueblos y se declararon contra Ixtlixochitl, rey de Tezcoco. Después de un reinado de veintidós años, murió *Huitzilihuitl* el de 1417. Subió al trono su hijo CHIMALPOPOCA, mancebo de veinte años, dejando por heredero de su dignidad de Cihuacoatl a su hermano *Tlacaelel*, y contando con el amor de su abuelo Tezozomoc. Consiguió de éste las aguas de Chapultepec y todos los materiales necesarios para llevarlas hasta México, construyéndose la calzada de Tlacopan. Como hechos notables de su corto reinado de diez años, se cuenta una batalla ganada en Tequizquiac y otra perdida en Chalco, y el indulto alcanzado a Nezahualcóyotl.



Chimalpopoca, según el *Códice Mendocino.*

Ya atrás dijimos cómo al fallecimiento de Tezozomoc se adhirió Chimalpopoca a Tayatzín y el trágico fin de éste, heredando aquél todo el odio de Maxtla. Después de sufrir humillaciones mil, entre otras la de recibir como obsequio un vestido de mujer; desesperado por tanto ultraje e impotente para vengarlo, decidió sacrificarse en el ara de su Dios. El rencor de Maxtla no lo consintió, e hizo que numerosa tropa se dirigiese a México, lo tomaran prisionero y lo trajesen a Atzcapotzalco. Después de renovar los antiguos ultrajes, lo



Itzcoatl, según el *Códice Mendocino.*

dejó casi pereciendo de hambre y a la intemperie en el cuauhcali público, y de uno de los barrotes de él se ahorcó con su maxtle el año 1427.

Puestos de acuerdo los nobles, eligieron por rey a ITZCOATL, hijo natural de Acamapichtli y de la esclava tecpaneca, y fué proclamado el 3 de Abril de 1427.

La situación de los México en aquellos momentos era de lo más crítica, por tener sobre sí la desconfianza y las iras de Maxtla, con más la mala voluntad de los Acolhuas.

Necesitados estaban del auxilio ajeno, y éste tan sólo Nezahualcóyotl podía proporcionárselo; y por más que en los últimos años de Tezozomoc el rey Chimalpopoca lo hubiese protegido, no olvidaba la parte importante que los México tuvieron en la muerte de su padre Ixtlixóchitl y en la ruina del reino tezcocano. Las hábiles maniobras políticas de Motecuhzoma, como ya atrás queda consignado, vinieron a zanjar esas diferencias y a poner de acuerdo al Rey mexicano y al príncipe de Acolhuacán. Para llevar a cabo su intento tuvieron que ir a Tezcoco, pasando por en medio de enemigos y corriendo serios y constantes peligros.

Evacuada la comisión con éxito y al regresar a México, tanto Motecuhzoma como dos capitanes, Totopilatzín y Telpoch, cayeron en una celada que les armó Teteotzín, señor de Chalco, quien los puso presos y ordenó los matasen para con ello congraciarse ante Maxtla, de cuya animosidad no se creía seguro por haber abrazado la causa del rey legítimo Tayatzín. Compadecido de ellos el carcelero Cuateotzín, los dejó libres, teniendo él que sufrir la pena decretada contra los presos.

Arreglada la alianza, partió luego a México Nezahualcóyotl, conferenció con Itzcoatl y levantó el ánimo decaído del pueblo tenochca, que ya había resuelto entregarse indefenso a Maxtla. Como resolución pacífica se acordó enviar una embajada al tirano de Atzcapotzalco, y aceptó tan peligrosa comisión el impertérrito Motecuhzoma. Vestido con un lujoso traje de guerra, se presentó a cumplir su encargo ante Maxtla, quien le contestó que hasta el día siguiente que hubiese tomado consejo de los suyos no podía dar respuesta. Llegado el día declaró Maxtla sin ambajes su voluntad de hacer la guerra, la que el enviado aceptó en nombre de su rey, ungiendo luego la cabeza del monarca tecpaneca y armándolo según lo mandaban las instrucciones de Itzcoatl. Listos ambos ejércitos para la batalla, después de

ligeras escaramuzas, atacaron los Tecpaneca a los aliados en las calzadas cercanas a Tenochtitlán, y queda dicho atrás cómo al arrojo del valiente Motecuhzoma se debió la completa victoria de los México y Tezcocanos y el fin desastrado de Maxtla.

Esta victoria fué el principio de la grandeza nahoa; y con sobrada justicia algunos cronistas llaman a Itzcoatl primer emperador de México, toda vez que sus antecesores fueron reyes de nombre, y éste el que dió libertad a su pueblo y elevó a rango de ciudad libre a Tenochtitlán, constituyéndola en señora de los lagos y reina poderosa del Anáhuac.

Despechados los Xochimilca del gran paso dado por los México con la victoria referida, les manifestaron su enemistad y encono de cuantas maneras pudieron, ya negándoles el permiso de sacar piedra para sus construcciones, ya atacando y robando a sus mercaderes, por lo cual les declaró Itzcoatl la guerra, en la que fueron derrotados y vencidos por el famoso Motecuhzoma Ilhuicamina, quedando sujetos al dominio de los Azteca. Todavía se emplearon las armas de éstos contra los de Cuitlahuac, cuyo territorio, así como el de Mizquic, aumentaron el de México.

La envidia no dejaba en paz a los disidentes de Tlatelolco, que para hacer una nueva manifestación de disgusto tomaron por pretexto el haber sido excluídos de la alianza que formaron el rey de Tezcoco, Tlacopán y Tenochtitlán, viniendo a quedar ellos en clase de sujetos a estos últimos. Su rey *Cuauhtlatoa*, tercero en orden desde la separación, pues el primero fué *Cuacuauhpitzahuac* y el segundo *Tlacateotl*, empezó a conspirar y a procurar hacerse de adictos y aliados, mandando secretamente embajadas a los pueblos enemigos de los Tenochca. Algo había logrado en su empresa cuando lo descubrió Itzcoatl, por lo que se apoderó de Tlatelolco e hizo ahorcar a *Cuauhtlatoa*. La sujeción de Tlatelolco a México vino con esto a hacerse más definida, aunque siempre con gobierno propio y cierta soberanía, quedando por rey *Moquihuix*.

Después de haber reinado *Itzcoatl* trece años, afianzado la autonomía de su pueblo, engrandecido y embellecido a Tenoxtitlán, murió el año 1440, a los cuarenta y siete años de edad, dejando tres hijos y dos hijas.

En sentir de Chimalpain, «*fué varón tan excelente que no hay bastante lengua para sus alabanzas*».



CAPÍTULO VIII

Motecuhzoma Ilhuicamina.—Guerra de Chalco.—Templo de Huitzilopochtli.—Ezuauácatl.—Su heroicidad.—Inundación de México, hambre y peste.—Guerra Florida.—Coatequil.—Tonalácatl.—Muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina.—Elección de Tlacaelel.—Su renuncia.—Axayacatl.—Sublevación de Tlaltelolco.—Moquihuix.—Sujeción de Tlaltelolco y fin de su dinastía —Guerra contra los Matlalzinca.—Herida de Azayacatl.—Tlilcuetzpalin.—Piedra del Sol.—Cuauhxicalli.—Guerra contra Mixoacan.—Su desastrado desenlace.—Muerte de Axayacatl.

Unicamente eligió la nobleza por sucesor de Itzcoatl al valiente guerrero y hábil general Motecuhzoma Ilhuicamina, nacido el año 1398, e hijo del rey *Huitzilihuitl* y *Miauaxochitl.*

Las sobresalientes prendas del electo y las muchas pruebas que de su alto valor había dado, tanto en los campos de batalla como en los consejos de gobierno, hicieron que su elección fuese aplaudida por el pueblo todo. No quiso consagrarse desde luego sino hasta después de emprender una campaña, para tener número bastante de prisioneros que ofrecer ante las aras del numen principal de su nación, de *Huitzilopochtli.*



Motecuhzoma Ilhuicamina, según el *Códice Mendocino.*

Los Chalca fueron los señalados para esta expedición y contra ellos volvió las armas Tenochca, que sin gran resistencia tomaron a Chalco, haciendo un gran número de prisioneros. Contentos con esto, dejó pendiente la definitiva conquista de ellos, dedicándose por ochenta días a dirigir las exequias de su antecesor, y al cabo de los cuales, el 19 de agosto de 1440, se posesionó del trono.

Los Reyes de Tezcoco y Tlacópan confirmaron su elección y estuvieron presentes a las magníficas fiestas que en su coronación se hicieron trayéndole ricos presentes.

Se dedicó con empeño al embellecimiento de Tenochtitlán y a edificar un templo a Huitzilopochtli, para lo cual pidió a los Chalca

permitiesen tomar alguna piedra de los cerros de sus dominios. Se negaron éstos a tal petición, y ello fué motivo sobrado para declararles la guerra. Tenaz resistencia pusieron los Chalca y dieron muestras de energía y valor indomables, costando no poca sangre a los México llegar a vencerlos. Sucumbieron al fin, y los invasores llegaron hasta Amecamecan, capital del reino, y la anexaron al Imperio, sojuzgando a la nación entera.

Más de 500 prisioneros chalca fueron sacrificados al dios de la guerra y sus cadáveres arrojados a una hoguera.

Esta guerra tuvo un episodio interesante, y fué el haber caído prisionero con otros México, en manos de los Chalca, un primo de Motecuhzoma, llamado *Ezuauacatl,* jefe de los principales de los Mexicanos. Le ofrecieron la corona de Amecamecan y que fuese el rey de ellos; fingió consentir en ello, y les dijo que antes de coronarse quería despedirse de sus compañeros los México con fiestas y alegría, para lo cual pidió le trajesen un madero de 20 brazas y que sobre él colocaran un tablón en que pudiese bailar. Hiciéronlo así los Chalca. Salió entonces *Ezuauacatl* con los prisioneros y les dijo que al són del *huehuetl* bailasen todos alrededor. Subió al madero, cantó y bailó, y en seguida se arrojó desde lo alto de él, encontrando la muerte al caer.

Burlados así los Chalca, cebaron su rabia flechando a los demás prisioneros. En medio de la prosperidad y grandeza que por todas partes rodeaba al Emperador azteca, una serie de calamidades vinieron a torturarle: el año 1449 fué de abundantísimas lluvias, que, rebosando el nivel de los lagos, inundaron completamente la capital, haciéndola transitable tan sólo en canoas.

Afligido Motecuhzoma, pidió consejo a Nezahualcóyotl, y éste le dió el de hacer una calzada en el lago de Tezcoco para que sirviera de dique a la ciudad. Se efectuó así, concurriendo a la obra desde los nobles hasta el ínfimo plebeyo, lográndose con esto que en muy pocas semanas quedase concluída, no obstante medir nueve millas de largo por 11 brazas de ancho.

Aprovecharon los Chalca el estado de angustia de los México y se les rebelaron, pero fueron de nuevo sometidos por ellos.

Siguieron las calamidades adelante, pues a consecuencia de abundantes nevadas se perdió todo el maíz que estaba en mazorca tierna; el siguiente año de 1450 se perdió también por falta de agua; el

de 1451 casi no hubo semilla que sembrar, y el de 1452 la penuria fué tan grande que no bastaron la liberalidad del Emperador méxica y de sus dos aliados para satisfacer las necesidades de sus pueblos.

Llegaron los Mexicanos a venderse unos a otros por unos cuantos granos de maíz, y esto hizo que el Emperador mandase que tales ventas no fueran válidas sino cuando se hicieran dando 500 mazorcas por un hombre y 400 por una mujer.

Se creyó que aquella serie de calamidades era un castigo de los dioses porque no se les hacían sacrificios, y para que no les faltasen, se estableció la *guerra sagrada,* no obstante la oposición de Nezahualcóyotl, que odiaba los sacrificios humanos. Así se efectuó, saliendo los México contra los Tlaxcalteca y volviendo con gran cantidad de cautivos que fueron sacrificados en aras de sus dioses.

A esta guerra sucedió año abundantísimo, que vino a confirmar las prácticas sangrientas del culto azteca. A las calamidades dichas siguieron un eclipse de sol y dos terremotos, uno en 1460 y otro en 1468.

Numerosas fueron las expediciones militares y conquistas que hizo Motecuhzoma, llevando sus armas victoriosas hasta Oaxaca, sin dejar los Chalca de sentir sus rigores, aunque por esta vez bien merecidos.

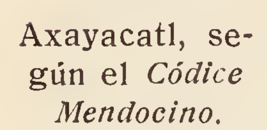
Cazaba en sus tierras *Moxiuhtlacuitlzin,* hijo de Nezahualcóyotl, con algunos nobles tezcocanos; sobre ellos cayeron a traición los Chalca e infamemente los asesinaron, llevando su rencor y crueldad hasta salar el cuerpo del príncipe y colgarlo en una sala para que les sirviese de pedestal, poniendo en sus manos las rajas de ecote encendido con que por la noche se alumbraban. El castigo fué proporcionado al crimen, pues cayeron sobre él las tropas méxica y tezcocanas, y *Axoquetzin* hizo personalmente prisionero a *Contecatl*, general que mandaba a los Chalca.

Por consejo de Nezahualcóyotl se construyó a principios de 1465 el *catequitl* o acueducto que llevó a México el agua de Chapultepec; se embelleció la ciudad con nuevos templos y palacios; se organizó la administración de justicia; se expidieron leyes penales, principalmente contra los adúlteros, los borrachos y los ladrones. La instrucción de la juventud fué atendida, fundándose el *Calmecac* y el *Cuiucacalli*.

Quiso Motecuhzoma perpetuar el recuerdo de la guerra de Atzcapotzalco, y para esto mandó labrar una gran rueda de piedra, que

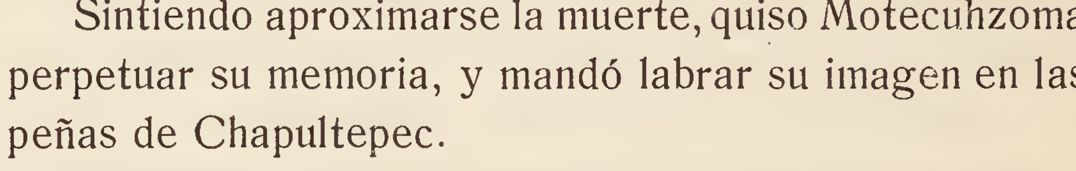
llamó *tonalacatl,* en cuyo derredor se esculpieron con jeroglífico aquellas batallas, y se colocó en el templo. A su estreno concurrieron los pueblos amigos y los aliados y sujetos a la corona de México, habiendo agasajado a los huéspedes el Emperador azteca de una manera espléndida y deslumbradora.

Después de la comida se colocaron los convidados distinguidos en tablados primorosamente adornados, desde donde presenciaron el desfile de los prisioneros destinados al estreno de la piedra sagrada.



Axayacatl, según el *Códice Mendocino.*

Sobre ella comenzó el *sacrificio gladiatorio* y después el desuello de los muertos.



Sintiendo aproximarse la muerte, quiso Motecuhzoma perpetuar su memoria, y mandó labrar su imagen en las peñas de Chapultepec.

Sucumbió poco tiempo después, a fines de Octubre de 1469, habiendo reinado veintinueve años, y dejó varias hijas y un solo hijo, llamado *Iquahuacatzin.*

De una de sus hijas, *Atotoztli,* nacieron *Axayacatl, Tizoc* y *Ahuizotl*, que fueron emperadores de *Tenochtitlan.*

Como el difunto rey no dejara hijo varón legítimo y las mujeres estaban excluídas de la sucesión, debía entrar a sucederle su hermano TLACAELEL o TLACAELTZIN, hombre en ese tiempo ya muy entrado en años. Fué, en efecto, elegido por el Consejo de nobles, pero no quiso aceptar, antes bien indicó e instó para que se le confiriese la dignidad real al joven AXAYACATL, nieto de Motecuhzoma, que entonces contaba quince años de edad. Accedió a ello el Consejo y consintieron igualmente los Reyes de Tezcoco y Tlacópan.

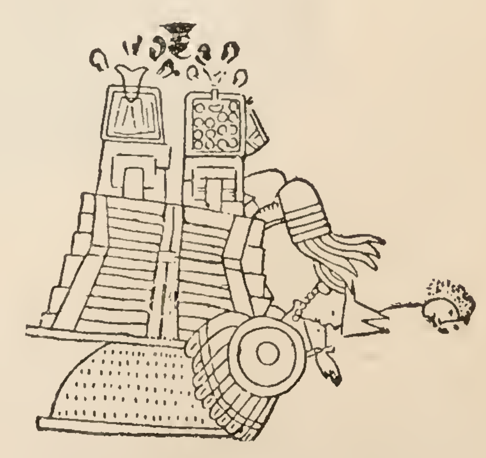
Antes de pasar a ocuparnos del nuevo emperador méxica, creemos deber decir algo tocante a *Tlacaelel.* Era éste hijo ilegítimo de *Huitzilihuitl* y sobrino de *Itzcoatl;* de ánimo esforzado, ambicioso, y de un valor extraordinario y talento superior, había heredado el título de *Cihuacoatl* de su abuelo *Acamapichtli.* Guerrero y sacerdote a la vez, tomó gran parte con su doble encargo en la salvación y grandeza de su patria, brillando como militar al lado de Motecuhzoma en la campaña de Atzcapotzalco. Itzcoatl le nombró *Tlacochcacatl,* y bajo el reinado de su hermano fué la segunda persona del imperio, aunque no igual ni menos superior al *Tecuhtli,* como lo han supuesto antiguos y modernos escritores.

Volviendo al nuevo Emperador, vemos que ascendió desde luego al trono sin ir a esas lejanas y previas campañas que algunos escritores pretenden emprendió para su coronación; pues la muerte de Nezahualcóyotl, la ancianidad de Tlacaelel y su poca edad no se lo permitieron.

Inmediatamente que fué coronado rey lo retó *Moquihuix,* señor de Tlatelolco, a singular combate.

Nada sabemos de la contestación al desafío, pero sí consta que el de Tlatelolco se preparó para la guerra acopiando armas e invitando a unírsele a los pueblos enemigos de los México. Muy adelantado todo este plan, parecieron ceder en sus antiguos rencores los Tlatelolca, a fin de que los México estuviesen descuidados y atacarlos por sorpresa. Por fortuna para Axayacatl, Moquihuix estaba casado con una hermana suya, y ésta le comunicó todos los preparativos que pudo saber.

Conociendo los planes del enemigo, Axayacatl fingió ignorarlos y aparecer descuidado, aunque secretamente preparó a sus guerreros y a los de Cuauhtitlán que vinieron en su ayuda, distribuyendo su gente por la calzada de Chapultepec a la de Nonoalco, para cortar por allí a los Tlatelolca. Celebraban los México por esos días la fiesta de *Tecuhilhuitl* y a ella se entregaron por completo, dando testimonio de tal abandono los espías del de Tlatelolco, que vieron al rey mexicano jugando a la pelota. *Teconal,* jefe de los invasores, distribuyó su tropa convenientemente y a la señal dada a media noche en Tlatelolco penetraron los guerreros de esta parcialidad en Tenochtitlán, con gran alboroto y vocerío; mas los Tenochca estaban listos, y saliendo sobre ellos los atacaron por varias partes, muriendo mucha gente de ambos ejércitos, y quedando vencidos los de Tlatelolco. Al día siguiente mandó Axayacatl una embajada proponiendo la paz, a lo que Moquihuix, mal aconsejado, contestó con palabras de venganza, y al efectuar Cueyátzin el embajador ciertas ceremonias para la formal declaración de guerra, el general tlatelolca *Teconal,* de un tajo con su *macahuitl* le cortó la cabeza y la arrojó a la parte de Tenochtitlán. No esperó más el ejército tenochca y se dirigió contra Tlatelolco, capitaneado por el Rey mismo y dirigido por el anciano Tlacaelel, que desde lo alto del teocalli de México todo lo vigilaba. La



Tríunfo sobre Tlatelolco, según el *Códice Mendocino.*

derrota de los provocadores fué completa, y tanto Teconal como Moquihuix, que estaban en la más culminante parte del teocalli, fueron lanzados al suelo por mano misma de Axayacatl. Desapareció con esto la monarquía tlatelolca y quedó esa parte de tierra como barrio de México, y sus habitantes obligados a pagar un tributo cada ochenta días.

Continuó en guerras con sus vecinos y aun emprendió expediciones lejanas; en la efectuada contra los *Matlatzinca,* de la que salió herido



Piedra del Sol.
(Original en el Museo Nacional de México.)

de una pierna que lo dejó cojo para siempre, aunque victorioso, estuvo a punto de caer prisionero en manos del guerrero *Tlilcuetzpalin.*

Con grandes demostraciones de júbilo y respeto fué recibido a su vuelta a México, y aunque le tenían preparadas suntuosas fiestas, no quiso se celebraran sino hasta después de restablecerse de su herida.

Al efectuarse éstas y a la hora del gran festín, mandó sacar los prisioneros, entre ellos a *Tlilcuetzpalin,* y ordenó que en su presencia y la de los demás invitados los matasen.

Ordenó este rey también la construcción de la *Piedra del Sol* o *Temaláçatl,* el año 1479: es ésta un enorme monolito de traquita preciosamente labrado con peso de 500 quintales, 4 y 1/4 varas en su

longitud mayor, algo más de ancho y una de grueso. Al traerla de Ayotzinco a México se hundió el puente de *Xoloc* quedando sepultada,



Cuaxicalli de Axayacatl.
(Original en el Museo Nacional de México.)

y fué substituída por otra que llegó a México para que fuese labrada.

Mandó labrar igualmente un *cuauhxicalli* para recoger los corazones y la sangre de las víctimas.

Para la dedicación de estas piedras emprendió una guerra contra Michoacán al frente de 24.000 soldados. Se aprestaron los Tarascos a la guerra, poniendo en pie de combate 40.000 hombres; los Méxica tuvieron un momento de duda ante el aspecto formidable que el ejército michoaca presentaba; mas resueltos, al fin, presentaron la batalla, en que fueron derrotados, pereciendo más de 20.000 hombres y viéndose obligado Axayacatl a volver a México con sólo 200 soldados.

Hicieron suntuosas exequias a los muertos y en seguida la consagración de la *Piedra del Sol,* en 1481. A causa del cansancio de haber hecho por su mano tanto sacrificio y por el dolor de la derrota pasada, el rey Axayacatl cayó enfermo. Presintiendo su fin, se hizo retratar en una peña de Chapultepec, junto a Motecuhzoma, y al volver de ver su retrato, murió en el camino el año 1481, a los veintisiete o veintiocho años de edad. Tuvo de su esposa legítima *Azcaxóchitl,* hija de Nezahualcóyotl, dos hijos y una hija, que fueron *Motecuhzoma Xocoyotzin* y *Cuitlahuac*, y la hija *Tlilalcápatl,* madre de *Cuauhtemoc*. Hay quien diga dejó 150 hijos naturales, habiéndole nacido tres en un solo parto.



CAPÍTULO IX

Tizoc.—Reconstrucción grandiosa del Templo de Huitzilopochtli.—Cuauhxicalli con sus campañas.—Muere envenenado.— Ahuizotl.— Terminación y dedicación del templo de Huitzilopochtli.—Espantosa hecatombe.—Campañas guerreras.—Manantial de Acuecuexco.—Tzutzuma.—Inundación de México.—Muerte de Ahuizotl.—Motecuhzoma Xocoyotzin.—Campaña contra los Othomíes.—La flor del Izquixochitl.—Guerra a los Mixteca.—Reformas en la etiqueta y fausto de la corte.—Construcción de suntuosos palacios.—Soberbia y tiranía de este rey.—Expediciones a Tzapotecapán, Tecuantepec y Xoconochco.—Aparicíón de los hombres blancos en el mar.—Cometa de 1516.—Pánico de Motecuhzoma.—Muerte de los hechiceros y adivinos.—Huída del rey.—Regreso a su palacio.

Muy niños eran los hijos de Axayacatl cuando éste murió, y por ello fué elegido rey su hermano Tizoc, después de ocho días de estar vacante el trono, el año 1481 a 30 de Octubre. Antes de coronarse fué a hacer la campaña ritual, que esta vez fué contra los de Meztitlán; mas éstos, aliados a los Huaxteca, derrotaron a los México, que volvieron a Tenochtitlán con un escaso número de prisioneros.

Los reveses anteriores y a más éste, pusieron en quietud a los México, y para servir a los dioses, ya que en la guerra no era posible, determinó Tizoc reconstruir el teocalli de Huitzilopochtli y el *cuauhxicalli* de los guerreros *cuauhtli* y *ocelotl*. El año 1483 comenzó esta fábrica monumental y a ella dedicó casi a todo el pueblo de Tenochtitlán, trabajando hasta los niños. Nuevas insurrecciones de los pueblos conquistados hicieron emprender a Tizoc algunas campañas, cuya memoria queda consignada en el *cuauhxicalli* que mandó labrar y existe en nuestro Museo Nacional. Se ha pintado a Tizoc como rey cobarde, y esto lo desmienten sus expediciones guerreras y las victorias alcanzadas; fundados en eso mismo, rechazamos la especie de que por tal causa los México lo hayan envenenado. Cierto es que de tal manera murió este rey; pero lo ordenó y procuró Techotlala, señor de Itzta-



Tizoc, según el *Códice Mendocino.*

palápan, asociado con Maxtlalon, señor deTlachco, el año 1486. Dejó muchos hijos, aunque ninguno legítimo.

Muy joven aún el heredero de Axayacatl, y sin descendiente legítimo Tizoc, correspondía el trono de México a su hermano AHUIZOTL, para el cual fué designado el 13 de abril de 1486, después de trece días de vacante. Emprendió la campaña de Mazahuacán para tener los prisioneros, que, según rito y costumbre, deberían sacrificarse en su coronación y trajo más de 1.000.



Ahuizotl, según el *Códice Mendocino.*

Activó la construcción del templo mayor de México comenzado por su antecesor, que al fin se terminó, volviendo a emprender otra guerra para tener suficiente número de víctimas con que dedicarlo. Grandes preparativos se hicieron para esa festividad, gastándose los tributos de dos años. A todos rumbos marcharon embajadores recordándoles a los tributarios la obligación que tenían de traer cierto número de prisioneros y un rico presente.

Tenochtitlán, engalanada y deslumbrante, apenas daba cabida a la gente, hormigueando las calles, las plazas, los mercados y las casas mismas con tanta concurrencia. Llegó el día de la fiesta 7 *Acatl* (1487), y desde que salió la luna se dispusieron para el sacrificio que dirigían los reyes *Ahuizotl, Nezahualpilli, Chimalpopoca* y el anciano *Cihuacoatl.* A más de los sacrificados en el templo mayor, se debían hacer sacrificios en los 13 restantes templos de la ciudad. Los prisioneros estaban formados en cuatro prolongadas líneas, siguiendo los cuatro puntos cardinales. Llegado el momento, Ahuizotl comenzó, y sin interrupción le siguieron los demás señores; a éstos los sacerdotes, y substituyéndose cuando ya por el cansancio les era imposible continuar, y así esta faena vino a terminar a la puesta del sol, habiéndose comenzado a su salida. Cuatro días continuados duró aquella espantosa matanza, cuya sola representación



Estreno del teocalli según el *Códice Telleriano Remensis.*

causa pavor y espanto. Hay quien asegura murieron 80.000 cautivos, número imposible; mas el códice Teleriano Remense señala la cifra de 20.000. Tzapotecas, Tlapanecas, Huexotzincas, Atlixcas y Xiuhcoacs, fueron los inmolados.

Emprendió nuevas guerras Ahuizotl, destruyendo Teloloapán, Oztomán, Alahuiztlán, Mictlán, y llegó hasta Tehuantepec. Introdujo en Tenochtitlán el agua del manantial *Acuecuexco* contra el dictamen de *Tzutzuma,* señor de Coyohuacan, quien le advirtió sería ello peligroso, pues podría la ciudad inundarse: tal advertencia le costó la vida.

Lo temido por Tzutzuma se realizó, pagando el Rey su injusticia con un golpe que se dió en la cabeza al huir de las aguas, y de cuyas resultas al fin murió.

En 1502 efectuó otra salida contra Tehuantepec, llegando hasta Quauhtemallán, sin que lograse sujetar a esta última, lo que sí alcanzó con la primera. Poco antes de su muerte se hizo retratar en los peñascos de Chapultepec, bajo la figura del dios Tlaloc, y consumido lentamente a consecuencia del referido golpe, falleció el 9 de septiembre de 1502. Bajo su reinado murió el celebérrimo Tlacaelel, y a poco de la dedicación del gran teocalli se descubrió la América por el inmortal *Cristóbal Colón.*



Motecuhzoma Xocoyótzin, según el *Códice Mendocino.*

Muerto Ahuizotl, correspondía el trono a MOTECUHZOMA XOCOYÓTZIN, hijo mayor de Axayacatl, ya en la edad correspondiente para reinar, puesto que contaba veintisiete años de edad. De arrojo y gran valor, se distinguió en varias batallas, y por eso fué nombrado *Tlacochcacatl,* a la vez que de espíritu profundamente religioso y entregado al servicio de los dioses, llegó al sumo poder en el cargo de *Teotecuhtli.* Los electores, de quienes formaba parte, al ir a participarle su exaltación al trono, lo encontraron barriendo humildemente la pieza donde vivía. El pueblo todo lo veía con respeto y veneración, pues era voz pública que Huitzilopochtli hablaba con él y le comunicaba sus órdenes y deseos. Para las ceremonias de su consagración dispuso una campaña contra los Othomíes de Nopalla é Icpactepec, de la que volvió victorioso y con 5.000 prisioneros, que fueron sacrificados el último día de los cuatro en que se hicieron fiestas.

No se dió descanso, sino que, por el contrario, continuó sus cam-

pañas a Atlixco y la Mixteca; a este punto llevó la guerra tan sólo porque su rey *Malinal* no quiso cederle un árbol de bellísimas y aromáticas flores, llamado *Tlapalizquixochitl*. Intentó más tarde destruir el pacto de la guerra sagrada o *Xochiyaoyotl*, por creer que no era digno de su grandeza.

Su reinado se inició con grandes reformas y novedades: quitó a los viejos servidores de sus antecesores; hizo que el servicio de Palacio y dignidades de cierta importancia los desempeñasen tan sólo nobles; reglamentó el uso de los trajes según las clases; mandó que nadie alzase los ojos para verle, so pena de la vida, ni se le presentase ninguno con vestido lujoso, pies calzados o en actitud que no fuese de humildad profunda; señaló los dictados que debían de darle y la fórmula para dirigirle la palabra, consistiendo ella en hacerle tres profundas reverencias, diciéndole con cortesía: *Tlatoani, Notlatoani, Hueytlatoani*, o, lo que es lo mismo: *Señor*, *mi señor, gran señor*.

Mandó se le construyesen suntuosos palacios, en que los adornos competían con las comodidades. Le servían 3.000 personas; se bañaba y cambiaba de ropas diariamente; la comida era variada y servida en escudillas con un braserillo para mantenerla siempre caliente; la vajilla era de lo más fino, y los vasos y copas eran de oro. Tenía palacios de recreo en Chapultepec, que habitaba en sus duelos, así como también para los reyes aliados y para los nobles. En México tenía una llamada la *Casa de fieras*, en donde se encerraban vivos cuadrúpedos de todas especies. A más de ésta, había la *Casa de aves*, abundando en las clases más ricas de ellas, vistosas y raras, siendo complemento de ella otro palacio más, verdadero *jardín de aclimatación*, en el que se cultivaban plantas raras y medicinales.

Venía a coronar tanto fausto la *Casa de hombres deformes* o notables por alguna particularidad, como los albinos.

Los cuantiosos gastos que su lujo y excentricidades ocasionaban, gravitaban sobre su pueblo y los pobres tributarios.

En medio de aquella soberbia, que lo hacía casi igual a un dios, era Motecuhzoma un fanático muy supersticioso.

Celebró con grandes fiestas el estreno del *Tlillán* que mandó construir, regándolo con abundante sangre, y con no menor esplendor celebró la fiesta del fuego nuevo el año 1507.

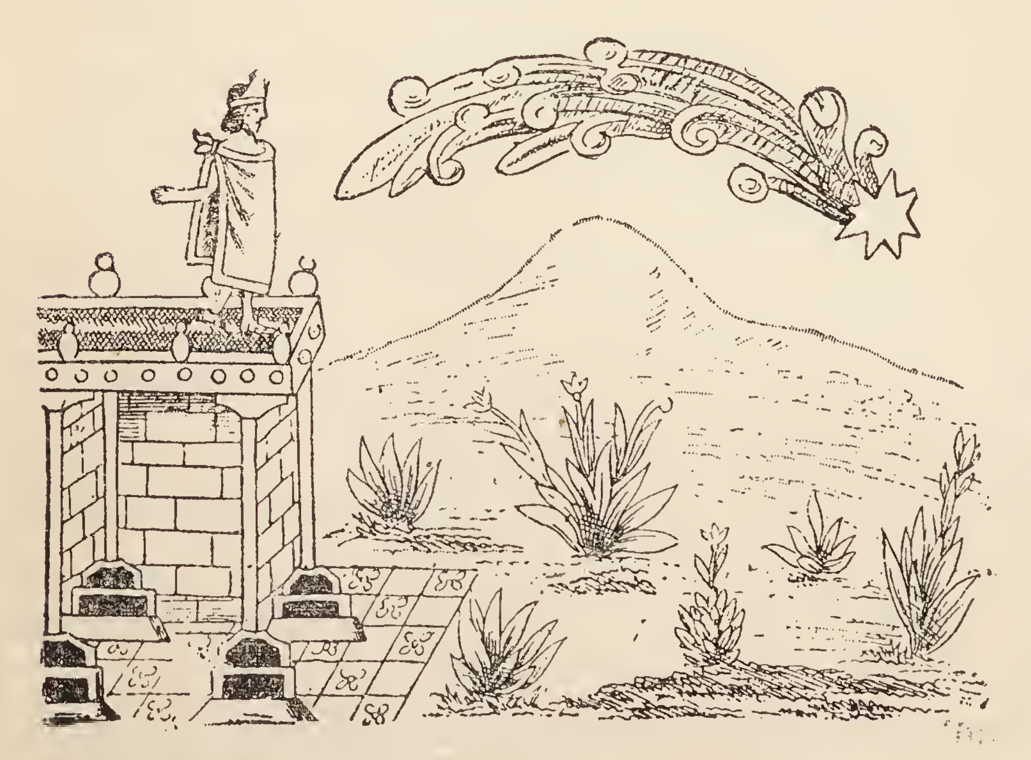
Atendía tanto a la magnificencia y lujo de su corte como al esplendor del culto y al ensanche de sus dominios, llevando sus armas, ya

contra los Tlaxcaltecas, ya hasta Quetzultepec, Tototepec y Yancuitlán, estrellándose tan sólo ante el valor y astucia del rey tzapoteca *Cosijoeza*, acontecimiento que en su respectivo lugar detallaremos.

Los dominios de Motecuhzoma llegaron a extenderse por el N. y P. hasta Michoacán; por el S., abrazando a los Tlahuica, desde Totonacapan hasta el Océano Pacífico, penetrando en Xoconochco, y tal vez en Cuauhtemallán. En estas circunstancias, una aterradora noticia vino a echar por tierra toda la soberbia del Emperador méxica, y fué ella la aparición de hombres extraños por el mar y que venían de Oriente.

Nezahualpilli, que fué el primero en saberlo por los pochteca o comerciantes, pasó a México a hablar con Motecuhzoma y recordarle las antiguas profecías de Quetzalcoatl. Por toda providencia ordenó el Monarca méxica la publicación de la guerra sagrada para proveerse de víctimas y aplacar a los dioses. Muchos Tlaxcaltecas y Huexotzinca fueron los frutos de ella, que sin reserva de uno solo se inmolaron, principalmente en la fiesta y templo de la diosa *Toci*.

Indignados los de Huexotzinco por tan bárbara hecatombe, vinieron cautelosamente e incendiaron el templo de *Toci*, que estaba a extramuros de Tenochtitlán. Gran ira causó tal sacrilegio al Emperador, que comenzó por castigar a los descuidados sacerdotes de la diosa, marchando en seguida contra los Huexotzinca, a quienes casi destruyó en los llanos de Atlixco. Reconstruído el templo, hizo su dedicación y estreno, sacrificándolos a todos con inusitada crueldad.



Motecuhzoma observa desde su palacio el cometa de 1516 (según los jeroglíficos de Durán.)

Con el ánimo lleno de incertidumbres y temores, vino a desconcertar del todo a este Rey fanático la aparición del cometa de 1516, observado primeramente

por el sacerdote Tzocoztli y después por el mismo Motecuhzoma, que a la noche siguiente de su aparición salió a un mirador de su palacio y desde allí lo contempló atónito y aterrorizado.

Inmediatamente mandó convocar a todos sus astrónomos, agoreros, astrólogos, adivinos, hechiceros y encantadores para que le explicasen el prodigio; pero éstos le contestaron que no habían visto el cometa, con lo cual montó el Emperador en tanta cólera, que mandó los enjaulasen, y allí los dejó morir de hambre. Consultó después a Nezahualpilli, y éste le dijo era señal de desgracias y de la ruina de su nación.

Ante pronóstico tan nefasto decayó profundamente el ánimo del Rey, y como para vengarse del destino, mandó matar a todos los astrólogos y adivinos que habían quedado, e hizo saquear sus casas, destruirlas y dar por esclavos a sus hijos y a sus mujeres. Consultó a nuevos adivinos que de fuera hizo venir, y contestes todos, sólo desgracias y ruina le pronosticaban. Llegó a acobardarse tanto, que una noche huyó de la ciudad en una canoa, y se marchó, con sus corcovados y enanos, a esconderse en Tlachtonco; el *tepixtla* del *teocalli* fué en su seguimiento, e increpándole su temor, le hizo volver oculto a la ciudad.

Tal era la situación en que el Monarca más poderoso y el pueblo más potente del territorio mexicano se encontraba cuando ya en el Viejo Mundo se sabía la existencia del Nuevo, y aun algunas de sus costas habían sido visitadas por los europeos.

Mas antes de entrar en la narración de su descubrimiento y de la lógica consecuencia de ello, que fué su conquista, uno de los acontecimientos más trascendentales en la historia de la humanidad, a la vez que una de las más legítimas glorias de la nación española, bueno será decir algo tocante a las otras nacionalidades que formaban la población de lo que hoy colectivamente llamamos México. El reino de Michoacán, la república de Tlaxcalla, los reinos Mixteco, Zapoteco, Mixe, Totonaco, y los extinguidos o sujetos a México, como los Matlaltzica, Tlahuica y otros, formaban la parte mayor de la población americana en tiempo de la conquista.

Ya atrás dijimos de algunos otros todo lo que de ellos hasta hoy se sabe.



CAPÍTULO X

Reino de Michoacán.—Tiempos antiguos.—Lienzo de Xucutacato.—El señor de Nafánjan.—Hireticatame.—Su casamiento y muerte.—Sicuirancha.—Sus dos hijos.—Curátame.—Sus dos hijos.—Tzintzuntzan y Tariyaran.—Xarácuaro y Pacándan.—Curínguaro.—Traición de los de Curínguaro contra los dos señores tarascos.—Zétaco y Áramen.—Tariácuri: Sus aventuras.—Tangaxoán, Hicugaje e Hirípan.—Engrandecimiento del reino tarasco.—Los Pirinda.—Characu.—Guerra con los Méxica.—Zuangua.—Invasión de los Méxica.—Sintzicha Tangaxoán.—Civilización tarasca.—Mitos.—Mosaicos de pluma.—Lengua tarasca.—Calendario y cálculos numéricos.

Era el reino de Michoacán, en los tiempos cercanos a la conquista, el que ocupaba el segundo lugar en categoría, pues el primero lo tenía el de los Nahuas. Nada se sabe de sus habitantes primitivos, toda vez que aquellos a quienes la historia llama *tarascos*, fueron los últimos que a ese lugar llegaron, y en tiempos relativamente modernos.

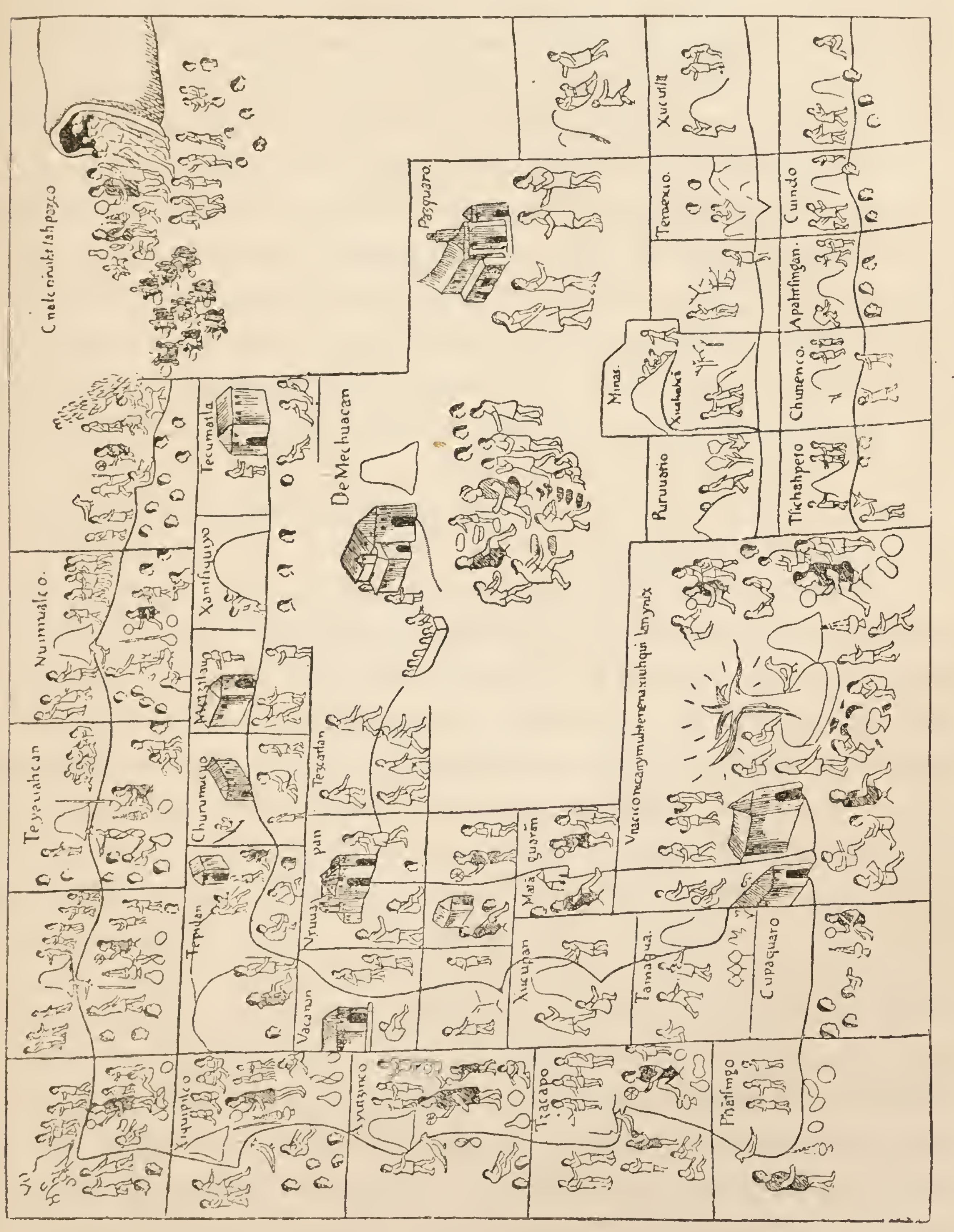
En un lienzo antiguo que se conservaba en *Xucutacato*, y hoy guarda y posee la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, se mira relatada en jeroglífico kieriológico la historia de su origen y las etapas de su viaje.

Textos posthispánicos refieren que a la llegada de los Tarascos a Michoacán gobernaba el rey *Zirzinziracamaro* a los *Zirambanecha*, poseedores entonces del territorio, teniendo por ciudad capital a *Naránjan*, ubicada en lugar próximo a la costa septentrional del Lago de Pátzcuaro.

La tribu que llegaba, y a sí misma se denominaba *Encami* o *Zacapuhireti*, procedía del Norte, capitaneada por su jefe HIRETICATAME, el que traía consigo a su dios *Curicaveri*. Asentaron sus reales en el monte *Viruquarápexo*, cercano al pueblo de *Zacapotacanendan*, y desde luego pidieron al señor de Naránjan leña para los fogones de Curicaveri, o, lo que es lo mismo, le declaraban la guerra. Temieron

los Zizanbanecha a los invasores, y buscaron la paz, mandando el Rey una hermana suya para esposa de Hireticatame. De esta unión nació un hijo, al que llamaron Sicuirancha.

Tribu eminentemente cazadora, dedicaba una buena parte de la caza, como ofrenda, a sus dioses, por lo que se pactó el que, pieza



Lienzo de Xucutacato. (Colección del autor.)

herida por ellos, nunca la tocasen sus vecinos, pues sería motivo de serio disgusto entre sí. Este encargo no fué atendido, y surgió una reyerta en que el jefe tarasco hirió y mató a los parientes de su

esposa, emigrando después a un lugar llamado *Zichuxúquaro.* Al cabo de cierto tiempo, los señores de los varios cacicazgos en que estaba dividido Michoacán, se coligaron en contra de ellos, auxiliados principalmente por *Oresta*, señor de *Cumachén.*

Hireticatame fué sorprendido, cercada su casa y muertos la mayor parte de sus guerreros; pero lleno de valor, sostuvo un reñido combate personal, hasta que, agotadas sus fuerzas y consumidas sus flechas, murió a manos de sus enemigos. Le arrastraron éstos fuera de su casa, a la que pusieron fuego, llevándose consigo el arca santa con el dios Curicaveri. Ausente del lugar del siniestro, y cazando tranquilo en los bosques, se encontraba Sicuirancha, quien al volver a su morada la encontró destruída, y cárdeno y abandonado el cadáver de su padre. Juntó presto a los guerreros dispersos de su nación, y, dando alcance a los alevosos, ejerció sobre ellos justa venganza, rescatando a su dios. Trasladó al poco tiempo su residencia a *Bayámeo* (Santa Fe de la Laguna), donde erigió un templo a Curicaveri, y en ese mismo lugar murió.

Dejó un hijo, PAVÁCUME, que fué su sucesor en el mando, y que continuó viviendo en Bayámeo.

A su muerte, ascendió a jefe de los Tarascos su hijo VÁPEANI, que tampoco abandonó la ciudad fundada por su abuelo, y allí murió, dejando un hijo, llamado CURÁTAME. Reemplazó éste a su padre, y con pretexto de la caza, recorrió, acompañado de sus súbditos, los alrededores todos de su mansión, llegando hasta el señorío de *Curínguaro.* Murió en Bayámeo, y se le inhumó en el *cu* (templo) de Curicaveri. Sus dos hijos, VREVÁPEANI y PAVÁCUME, asumieron el mando, aunque siempre ocupando el primer lugar Vrevápeani. Cambiaron la capital y residencia de la mayor de parte sus súbditos a *Capácurio,* llevando consigo al dios Curicaveri. En este tiempo reinaba en Tzintzuntzan *Tariyarán*, el que tributaba culto esplendoroso a la diosa *Xaratanga,* muy respetada y venerada en toda la comarca. En una de sus fiestas usó irreverentemente de los objetos dedicados a ella, y en castigo, la diosa lo convirtió en culebra, lo mismo que a sus hermanos, que le acompañaron a cometer el sacrilegio, y fueron todos a desaparecer en un lugar cercano al habitado por los Tarascos. Interpretado por éstos aquel acontecimiento como augurio favorable, se prepararon a conquistar todo Michoacán. Cambiaron de residencia, por de pronto, a varios lugares, situados todos en la margen

del lago de Pátzcuaro, y en sus montañas pasaban el tiempo cazando.

Desde la cima de una de éstas, llamada *Atúpen,* contemplaron los dos hermanos un día la hermosa perspectiva del lago, la vistosa isla de *Xarácuaro* y los *cúes* de la de *Pacándan*. En esto se ocupaban cuando distinguieron a un pescador, al que dos señores tarascos hicieron señales de que se les aproximase. Asustado aquél, trató de huir; mas las flechas de éstos lo contuvieron, y acudió. Después de haber conferenciado, prometió traerles una hija suya, y así lo hizo. Casó con ella Pavácume, y por este solo motivo se creía tener derecho al señorío de las islas. Pronto supo lo acontecido el Rey de Xarácuaro, quien, lleno de ira, mandó llamar al pescador, e, increpándole duramente, le preguntó por qué había dado a su hija. Éste le contestó que se la habían robado, resultando por final de conferencia que el cacique mandó llamar a los dos hermanos a Xarácuaro. Llegados que fueron a este lugar, se les recibió con grandes muestras de afecto, y se les dió, a Pavácume, el cargo de sacrificador en Xarácuaro, y a su hermano, en Quácaci Xangática.

En el lugar llamado Curínguaro habitaba una tribu que siempre se distinguió por su odio contra los Tarascos; así es que, al saber ellos los honores y agasajos hechos a los dos hermanos, se indignaron sobremanera y mandaron un embajador al Cacique de Xarácuaro, reclamándole lo que hizo. No dió éste valor ninguno a tal reclamación; mas urgido por una segunda embajada mandó despojar a los hermanos de la insignias del cargo que les había conferido, y a empellones hizo los echaran fuera de sus dominios.

Después de lo acontecido trasladaron su residencia a *Tarimichúndiro*, y de ahí fueron a fundar a *Pátzcuaro,* lugar en que levantaron tres *cúes* y tres casas para los sacerdotes.

No pudieron sufrir los de Curínguaro los avances que los Tarascos hacían de día en día, y les declararon la guerra, resultando heridos en ella Vrevápeani y Pavácume.

No obstante lo ocurrido, los de Curínguaro los invitaron poco tiempo después a la fiesta principal que en honor de sus dioses celebraban; los sacerdotes tarascos vieron en ella un peligro para sus señores, y les aconsejaron no asistiesen; mas ellos porfiaron en ir, y sólo consiguieron que un servidor leal y gran corredor les precédiese, para con tiempo avisarles el peligro.

Los temores de los sacerdotes se confirmaron, pues el explorador

vió a los de Curínguaro ocultos y acechando el paso de los jefes tarascos; ya con eso, aunque habían emprendido el camino, retrocedieron a su morada.

Una segunda invitación vino después, que no obstante lo acontecido, fué aceptada, y se pusieron en camino ambos señores; en el trayecto intermediario a los dos pueblos, cayeron en la emboscada que se les tenía preparada. Vrevápeani fué muerto desde luego, y Pavácume, gracias a su ligereza, pudo escapar herido, y al fin le alcanzaron y flecharon, juntando después ambos cadáveres.

Ocurrieron los sacerdotes a rescatar los cuerpos de sus señores, lográndolo con dificultad, pues los traidores enemigos, colocados en derredor de ellos, los contemplaban complacidos de su muerte.

Después de sustuosos funerales, fueron inhumados en los nuevos cúes de Pátzcuaro. Vrevápeani dejó dos hijos: ZÉTACO y ARÁMEN, y Pavácume uno solo, llamado TARIÁCURI, habido en la hija del pescador de Xarácuaro.

No llegaron a gobernar los dos hijos del primero, aunque ya tenían la mayor edad, y el gobierno quedó en manos de los sacerdotes *Chúpitan, Núreman* y *Tétaco*. Estos recogieron a Tariácuri, que aun era pequeñito, pues Zétaco y Arámen pasaban su vida embriagándose y en continuo desorden; y en toda esta crápula traían consigo a Tariácuri.

Entabló Arámen relaciones amorosas con la esposa del señor de Xarácuaro, el que, sabedor de ello, lo mandó matar; del fin que tuvo Zétaco nada se sabe. El primero dejó un hijo llamado HIRÍPAN, y otro, el segundo, nombrado TANGAXOAN.

Creció TARIÁCURI al lado de los sacerdotes en Pátzcuaro, y cuando estuvo en edad competente, asumió el mando del pueblo tarasco.

Una de sus primeras providencias fué declarar la guerra a los de Curínguaro; mas el señor de éstos, anciano y achacoso, se negó a ella y deseoso de la paz, mandó al Rey tarasco una de sus hijas para que se casase con ella. Esta mujer sirvió de todo lo contrario, pues su desenfrenada incontinencia hizo que Tariácuri la repudiara, tomando en lugar de ella dos hijas de uno de los sacerdotes de Xaratanga. Con tal motivo se declaró la guerra entre ambos pueblos, y la victoria coronó las armas tarascas.

Este triunfo fué principio de otros más, ensanchándose así el prestigio y poder de Tariácuri y el territorio de la nación tarasca.

La mujer adúltera de Curínguaro tuvo un hijo llamado *Curátame*, que la heredó en lo vicioso; entregado a la embriaguez, llegó día en que atentase contra la vida de su padre, que, cansado de sufrirle, le mandó matar, encargando la ejecución de ello a sus sobrinos *Tangaxoan* e *Hirípan*.

Debe considerarse a Tariácuri como el verdadero fundador de la monarquía tarasca, y como a su primer rey, pues los anteriores, errantes y poco afortunados, apenas merecen el nombre de jefes de tribu.

Presintiendo Tariácuri su muerte, dividió el reino tarasco en tres partes: asignó la primera y principal a su hijo HICUGAJE, con la capital *Pátzcuaro;* dió la segunda a TANGAXOAN, con Tzintzuntzan por capital; y la tercera a HIRÍPAN, con asiento en *Cuyácan* o *Coyúcan*. Se cree falleció el año 1400, habiendo nacido en la isla de *Xarácuaro*, fruto de la unión de Pavácume, segundo de este nombre, con la hija del pescador.

Subió HICUGAJE al trono de Pátzcuaro, teniendo en cierta manera como tributarios a los reyes de Tzintzuntzan y Coyúcan; unido con ellos hizo nuevas conquistas y dió mayores auges a su reino. Tuvo varios hijos, entre ellos uno que llevó su mismo nombre, muriendo todos desastrosamente.

Falleció este rey sin descendencia, pasando el trono de Pátzcuaro a Tangaxoan y algunos pueblos a Hirípan.

HIRÍPAN gobernó en Coyúcan, y dejó un hijo llamado *Ticátame*, que, a su vez, procreó a otro nombrado *Tucuruán*, padre de *Paquingata*, que gobernaba en la épca de la conquista.

TANGAXOAN, primero de este nombre, hizo algunas expediciones militares con éxito, y dejó un hijo, al que los cronistas llaman ZIZISPANDÁCUARE.

ZIZISPANDÁCUARE, por otro nombre CHARÁCU, a causa de su elevación al trono siendo aún muy niño, tuvo desde luego que atender a enemigos poderosos, como los *Tecos*, que invadieron su reino. Confinados éstos al valle de Zamora y tierras cercanas, habían conservado su soberanía, a pesar del aumento del poder tarasco. Eran enemigos valientes, y temeroso por eso quizá de su fracaso el Rey tarasco, solicitó el auxilio de los Matlaltzinca, que habitaban el valle de Tulocan. Con su auxilio triunfó de los Tecos, y, en premio de ello, dió a los Matlaltzicas unos pueblos en su Reino, y fueron los que más tarde se conocieron con el nombre de *Pirindas*.

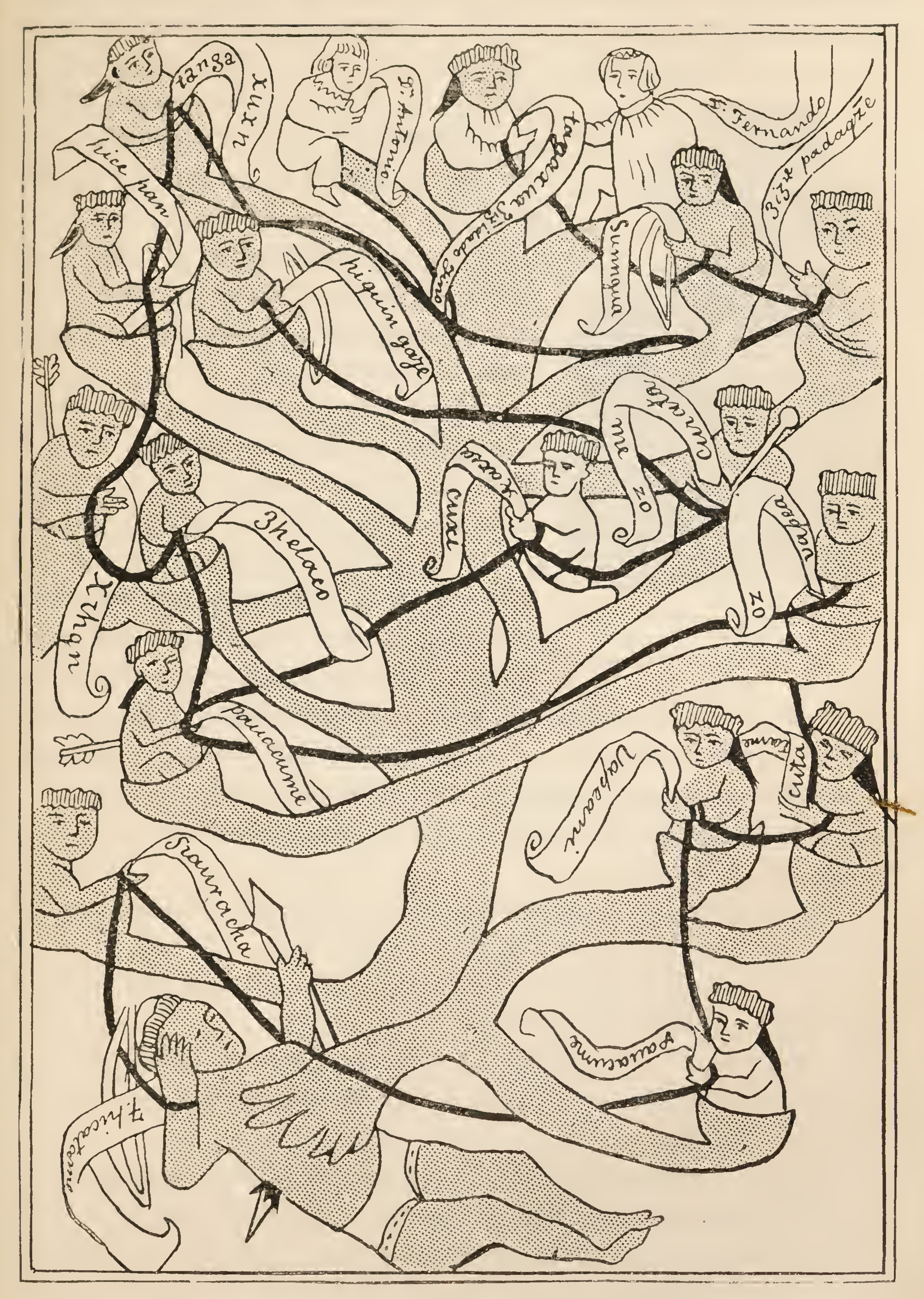
En este tiempo los Nahuas habían adquirido gran poder y preponderancia en todas las tierras mexicanas, así es que no veían con buenos ojos la prosperidad de los Tarascos, y trataron de subyugarlos.

Esta campaña, a la que se le dió por causa la necesidad de proveerse de cautivos para la dedicación de la piedra del Sol, se efectuó bajo el reinado de Axayacatl, a quien los Michoaca llamaban *Hacángari* en su lengua. Queda atrás narrado su fatal desenlace para los México, y él vino a dar a los Tarascos gran importancia y prestigio; fué la época de mayor prosperidad y grandeza del reinado tarasco. Como medida precautoria, se reedificaron las destruídas murallas de Taximaroa, frontera con los Méxica, ampliándolas y reforzándolas.

Murió este rey en *Tzintzuntzan,* dejando un hijo, que fué su sucesor, llamado *Zuangua.* ZUANGUA heredó el espíritu guerrero de su padre, e hizo varias conquistas, aumentando el prestigio de su pueblo. Para vengar la derrota de Axayacatl emprendió Motecuhzoma Xocoyotzin, su sucesor, otra expedición contra Michoacán, al mando del valiente *Tlahuicole,* su prisionero de guerra. Los primeros encuentros fueron favorables a los Méxica, pues lograron internarse hasta *Tzinapécuaro;* mas de allí no pasó, teniendo que regresar a México con algunos prisioneros y ricos despojos. Como esta retirada fué en realidad una verdadera derrota, volvió Motecuhzoma a intentar otra invasión, compuesta de un numeroso y bien equipado ejército. Temieron los Tarascos un fracaso y se propusieron contrarrestar la fuerza con la astucia. Prepararon todos elementos de guerra, y a más una gran cantidad de comestibles y bebidas; los ejércitos se avistaron entre Maravatío y Tzitácuaro, y comenzó la batalla. En un momento convenido empezaron a cejar los Tarascos y desbandarse, cual si se diesen por derrotados; los Méxica los persiguieron, y, de improviso, se encontraron con un gran campamento, en que se veían dispuestos manjares y bebidas como para un banquete. Atraídos por aquello, suspendieron la persecución y se dedicaron a comer y beber. Cuando los Tarascos los vieron entregados a la glotonería y a la bebida, dieron con gran ímpetu sobre ellos, derrotándoles por completo.

No solamente las armas, sino también las artes y las letras, adelantaron bajo el reinado de *Zuangua,* que mandó construir templos,

caminos y palacios, y terminó las fortificaciones de Taximaroa,



Reyes tarascos.—Árbol genealógico. (De un manuscrito del Escorial.)

comenzadas por su padre; gigantesco trabajo que pasmó a los conquistadores. Bajo el gobierno de este rey pisó Hernando Cortés las

playas del Nuevo Mundo, y con este motivo, olvidando antiguos rencores, le envió el emperador Motecuhzoma una solemne embajada, proponiéndole una alianza ofensiva y defensiva. Temió el Tarasco la perfidia del México y desechó la alianza, cerciorándose después y alegrándose del mal que los Españoles hacían a los Mexicanos.



Curicaveri.
(Barro de la colección del autor.)

Una segunda embajada vino a repetir la propuesta alianza; mas ya encontró a Zuangua muerto, a consecuencia del sarampión y las viruelas.

Varios hijos quedaron de este rey; mas heredó el trono el mayor de ellos, que tenía el nombre de SINTZICHA TANGOAXAN II, conocido por CAL-TZÓN-TZIN. Se resistía a recibir el gobierno, quizá por temor a los Españoles o por una falsa humildad, hasta que al fin convino en ello, después de habérselo rogado mucho los ancianos. Uno de sus primeros actos gubernativos fué mandar matar a sus hermanos, instigado por su favorito llamado *Timas* o *Timagé*.

Recibió la segunda embajada de Motecuhzoma, y como venía dirigida a su padre muerto, mandó matar a los embajadores para que fuesen a llevársela.

Los acontecimientos posteriores de su gobierno, relacionados con la conquista, se narrarán en lugar oportuno.

La civilización tarasca se diferenciaba bien poco de la nahuatl, y bajo ciertos puntos le era inferior.

La misma marcha y evolución que tuvo aquélla siguió ésta, y aunque muy poco se sabe de sus instituciones sociales y políticas, se ve eran semejantes.

Los monumentos arquitectónicos, en menor escala, eran muy parecidos, así también las instituciones religiosas, culto y ritualidades. Calculaban el tiempo por procedimientos análogos, y contaban por veintenas, siendo su número mayor 8.000, que servía de base para nuevas combinaciones, con lo que resultaba que la numeración era indefinida.

Su panteón mítico era más reducido que el de los Nahuas, y ellos, en su origen, adoraban tan sólo a *Curicaveri*, que traían consigo a su

llegada a Michuacán y era una lanza de pedernal, aunque más tarde personificaron a este dios. De los pueblos con quienes se relacionaron y más tarde conquistaron, adquirieron nuevas deidades.

La diosa CUERAUÁPERI pertenecía a los primitivos habitantes de *Tzinapécuaro*, donde tenía su principal templo; *Xaratanga*, cuyo culto era antiquísimo en Michuacán, recibía culto de los de *Tzintzuntzan*, donde estaba su templo, y otro en *Araró*, con numeroso personal de sacerdotes, baños, y siempre con juego de pelota.

Los de Curínguaro adoraban a *Hurendequavécara*, en templos pintados siempre de color blanco.

Phunguariecha, especie de Mercurio, protegía a los correos; *Curitacaeri*, con templo en Tzintzuntzan, era el mensajero de los dioses; *Tiripamecuaecha,* hermano del anterior; *Querendangápeti*, con templo en Tzacapu; *Cupánzueri*, *Quihiri Hirepa*, representado en forma de venado; *Sirata Tapezi*, su hijo; *Achúhirepa*, *Turipimecha,* el dios negro, hermano de Curicaveri; *Xaraqua*, el dios Término o lindero; *Manovahpa*, hijo único de Xaratanga; *Turépeme-Xungápeti*, venerado en Pechátaro; *Angamucurancha,* dioses de los montes; *Vasónquare*, *Turesupeme*; *Turepemeturupten*, venerado en Iramuco; *Turépeme Caheri*, adorado en Páreo; los *cuatro Turépeme* eran hermanos de Curicaveri.

Acuitzecatápeme, venerado en Xaráquaro bajo forma de culebra; *Purnipe cuxáreti,* hermana del anterior; *Caroen*, *Chuuncuare*, *Tangachurani*, *Churitirípeme*, venerado en Pacándan; *Unazihirecha* y su hermana *Camaváperi*; *Ziritacherenqua*, *Vacúxecha*, *Mirequajeua*, *Apáriche*, *Sinturópati*, *Mirilixáreni vari*, *Tarex-Upeme*, dios de Cumachen, de quien cuentan que borrachos los dioses del cielo lo echaron a la tierra, y por eso estaba cojo; *Sirundarán*, mensajero de *Querendangápeti*, que usaba cuero de tigre en una pierna, collar de turquesas en la garganta, guirnaldas de hilo de colores en la cabeza y orejeras de oro; *Peuame*, su mujer. Los isleños adoraban a *Caronchanga*, *Nurite*, *Xarauava*, *Varichuvácuere*, *Impiechay*, dios del mar; *Churitipeme*, diosa de la noche; *Abicanime,* tía de los dioses del cielo; el dios de la *cara bermeja, los dioses de la man derecha* o *primogénitos, los dioses de la man izquierda* o *Virabanecha,* dioses de la tierra caliente; *los dioses engendradores del cielo y de la tierra, los dioses de las cuatro partes del mundo, el dios del infierno* y *Tarás*, que menciona Sahagún.

Se dice que tenían idea de un *Sér Supremo* y espiritual, al que llamaban *Tucúpacha* y que moraba en el cielo, *Aguándaro*.

Sobresalieron en los artísticos trabajos de mosaicos de plumas, y en los de metales y cerámica superaron a los Nahuas.

Eran excelentes agricultores, tejedores y arquitectos, y tenían su escritura jeroglífica, aunque inferior a los Nahuas y Mayaquiché.

Su lengua es elegante, suave y melodiosa; la más fácil de todas las americanas para su aprendizaje, escritura y pronunciación, prestándose a la composición de asuntos metafísicos y naturales, como lo prueban los escritos de los frailes que en nuestro poder conservamos.



CAPÍTULO XI

Tzapotecas.—Origen.—Tzapotlan del Valle.—Zaachilayoo.—Liobaa.—Dzahuindanda. —Reyes tzapotecas.— Peláxila.— Cosijoeza.— Cosijopii.— Civilización tzapoteca. —Esc, itura jeroglífica.—Mitología.— Huijatoo.— Circuncisión.— Mogotes.— Calendario.—Orfebrería.—Pecocha.—Los Mixteca.—Su origen.—Reyes mixtecas.—Religión.—Civilización.—Corazón del pueblo.

Después de los Tarascos siguen en importancia los *Tzapotecas*, quienes, según las tradiciones, llegaron al país en la misma época que los Ulmeca y Xicalanca. El nombre de ellos, en su lengua, era *Didjazá*.

Salieron de *Tamoanchan*, y se fueron hasta la costa del mar Pacífico y allí poblaron; de éstos descienden los que después se llamaron *Anahuamixteca*. Con el tiempo ocuparon gran parte del Estado de Oaxaca, donde aun viven sus descendientes.

Se tenían ellos por hijos de tigres, y de árboles corpulentos y de grandes peñascos.

De los primeros tiempos de su gobierno nada se sabe, aunque es de suponer que estuvo en manos de los sacerdotes; la primera ciudad que fundaron, y en donde erigieron un templo a su principal dios, fué en Teotitlán del Valle, y allí también hicieron un suntuoso palacio, que fué la residencia de sus sacerdotes.

En una completa paz vivieron los Tzapoteca durante muchos años en este lugar, multiplicándose extraordinariamente. A la destrucción del reino tolteca emigraron hacia sus tierras un buen número de éstos, que se quedaron entre ellos. Con el tiempo fueron extendiéndose por los lugares vecinos, no sin tener encuentros más o menos serios con los pueblos que eran dueños de esos sitios.

Marca una época culminante de su historia el cambio de capital a *Zaachillayoo* (Teozapotlan) hacia 1386, época en que fué proclamado

rey ZAACHILLA I, siendo éste el primero que asumió tal carácter, gobernando hasta 1415. Le sucedió ZAACHILLA II, que reinó hasta 1454; siguió ZAACHILLA III, hasta 1487. En este año tomó las riendas del gobierno tzapoteca *Cosijoeza*, quien, educado por ilustrados sacerdotes y aleccionado con el ejemplo de sus antepasados, fué un gober-



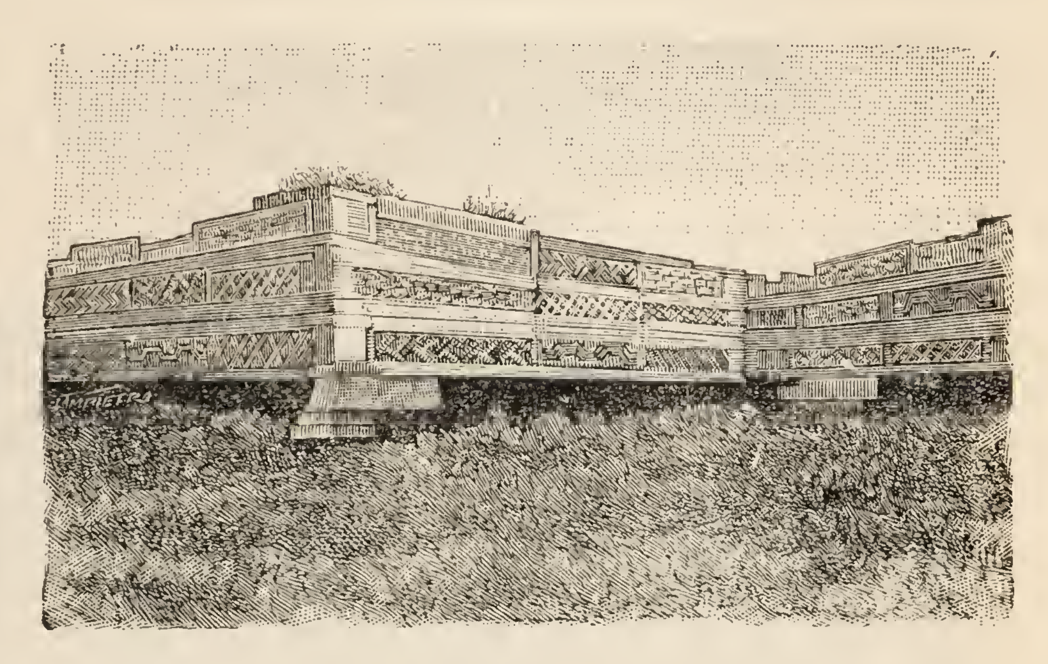
Sala de uno de los palacios de Mitla. (Fotografía directa.)

nante sabio, valiente y justiciero. Bajo el reinado de Ahuitzol, los habitantes de *Liobaa* (Mitla), ciudad sagrada de los Tzapoteca, residencia del sumo sacerdote y panteón de sus reyes y nobles, dieron muerte a varios mercaderes tenochca. Para vengar tal agravio dispone el Rey méxica poderoso ejército, que a su paso por Huaxayacac (ciudad de Oaxaca) la acomete, rinde su fuerte guarnición y la destruye, dirigiéndose luego sobre Mitla. Poca o ninguna resistencia presenta la ciudad sagrada, que es incendiada, y pasados a cuchillo sus habitantes, sin distinción de edad ni de sexo. A su regreso divide el ejército en dos partes, una regresa a México, y otra va a conquistar Tehuantepec y Soconusco.

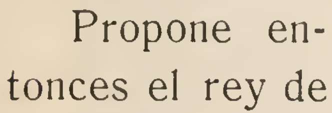
Temeroso *Cosijoeza* de una segunda invasión nahua, concierta

una alianza con *Dzahuindanda,* rey de la *Mixteca,* poniendo los dos en pie de guerra 60.000 soldados. Ambos, al frente de ese ejército, arrasan a las guarniciones méxicas y llegan a Tehuantepec, arrancándolo de la dominación tenochca.

La revancha mexicana era segura, y para aguardarla ordenó se fortificase el Cerro de *Quiengola,* y avituallase con lo necesario, hasta improvisar un lago y poner peces en él. Llega el momento del esperado ataque; se pelea con encarnizamiento por ambas partes, y al fin los México nada consiguen.



Ruinas de los palacios de Mitla.



Propone entonces el rey de México una alianza, y como prenda de ella da en matrimonio a Cosijoeza, una de sus hijas, bellísima princesa, que recibió de los Tzapoteca el nombre de *Peláxila* (copo de algodón).

Con gusto de ambos contrayentes se efectúa el enlace en Tehuantepec, y allí nació en 1498 el primer hijo, fruto de esa unión.

Más tarde volvieron los reyes a Zachilla, en donde les nacieron varios hijos, y entre ellos *Cosijopii,* el 30 de diciembre de 1502.

Al cumplir quince años este Príncipe, le coronó su padre rey de Tehuantepec, verificándose con gran suntuosidad esta ceremonia en Zachilla, y a poco el casamiento con la hermosa *Zeetobaa.*

Cosijoeza continuó la política por él iniciada, procurando excitar rebeliones y dificultades á los México entre los pueblos a ellos sujetos y que eran sus limítrofes.

Hizo alianza ofensiva y defensiva con los Mixteca, para aniquilar el poder nahua en Tzapotecapan, tocando a los Mixteca la peor parte en las contiendas. Desengañados éstos de la falsedad del monarca, vinieron al fin a disgustarse con éste, poniéndole en duros lances y aprietos, hasta el grado de hacerle abandonar su capital y refugiarse a una montaña vecina. Su perfidia alcanzó a dañar a su hijo Cosijopii,

que reinaba tranquilamente en Tehuantepec, pues a instancia de los Mixteca, *Casandoo,* rey de *Tututepec,* invadió las tierras de aquél al frente de respetable ejército.

Por esos tiempos ya el afortunado Cortés estaba en México y casi había dado cima a su obra gigantesca; de todo ello estaban informados los dos reyes tzapoteca, y viéndose en tan apurado lance, pues Cosijopii no podía auxiliar a su padre a causa de las hostilidades del rey de Tututepec, resolvieron ambos pedir auxilio a Cortés, quien luego se lo mandó, comisionando para ello a don Francisco de Orozco.

En su correspondiente lugar narraremos los sucesos posteriores, que propiamente pertenecen a la época de la conquista.

La civilización tzapoteca es una de las más notables del Nuevo Mundo, por más que sea muy poco conocida y todavía más poco estudiada.

Poseían la escritura jeroglífica, aunque análoga a la mexicana, con rasgos propios. Su mitología no era de las más complicadas: *Pitao* era el nombre común a los espíritus, aunque designaba al Espíritu Supremo; *Pitao-Piyexoo* era el Espíritu Increado; *Pitao-Cozaana* era el Creador del Univenso; *Huichanna* era el creador de los hombres y de los peces; *Cozaanatao* era la Providencia.

Subordinados a este gran *Pitao* había dioses o genios inferiores; así *Pitao Cocobi* era el dios de la abundancia; *Pitao Cosiyo,* el dios de las lluvias; *Pitao Xoo*, el de los terremotos, y así otros muchos.

Pezelao (oráculo del cielo) tenía culto especial en Mitla; *Petela* era el Patriarca de los Tzapoteca, y salvado, según ellos, en el diluvio americano; su momia se conservaba en Coatlán. Su culto no era tan sanguinario como el de los Mexicanos, y sus prácticas rituales, aunque sin grande complicación, eran faustuosas. El sumo sacerdote, llamado *Huijatóo*, residía en uno de los palacios de *Liobaa* (Mitla), en perpetuo celibato y casi igual continencia, pues solamente en ciertos días le era permitido tener acceso a mujeres. Había otros sacerdotes llamados *Vijanos,* que vivían a manera de monjes, y se les *retajaba* para dedicarlos a esa vida.

Parece que en el culto tzapoteca no había la inmolación de víctimas humanas.

El *Nahual* y el *Tona* desempeñaban gran papel en la vida social de ese pueblo: el primero era el brujo o hechicero; el segundo, el

animal o genio, bajo cuyo influjo nacían, y que era el compañero de toda la vida.

La poligamia era desconocida entre ellos, y si acaso sólo los grandes señores, por abuso, tenían más de una mujer. El adulterio, la embriaguez, el robo y otros delitos eran castigados con gran severidad. Creían en la inmortalidad del alma, y por eso tenían gran respeto a los difuntos, cuya memoria celebraban con fiesta anual. Los reyes, sacerdotes y nobles tenían su panteón en *Liobaa* (Mitla), y los guerreros y personas distinguidas por algún título, en *Teitipac;* el resto del pueblo se construía panteones particulares, que es lo hoy



Cripta de Xoxo; Oaxaca. (Colección del autor.)

conocido en Oajaca, con el nombre de *mogotes.* Son éstos colinas más o menos elevadas, de forma piramidal o rectangular, conteniendo en su centro una cripta, en donde yacen uno, dos o más cadáveres, provistos de los utensilios propios de su oficio, con vasijas para los alimentos y adornos preciosos de oro, plata y cobre, diorita y otras piedras de valor, de buen aspecto.

Su organización militar difería bien poco de la de los México, y sus armas ofensivas y defensivas eran casi idénticas a las de las demás naciones americanas. De sus fortificaciones queda muestra en *Monte Albán* y en el cerro junto a *Mitla.*

La organización civil y doméstica se encontraban casi en el mismo

caso, y aun el Calendario tenía por base el cálculo nahoa, con ligeras variantes, y sólo cambiaban los nombres.

Tenía 365 días, divididos en 18 veintenas, y a éstos agregaban, para completar el número total, un período menor de cinco días, dándole cada cuatro años, como a nuestro bisiesto, otro más que lo hacía de seis días, y comenzaban el año el 12 de marzo, invariable por la cercanía del equinoccio.

Usaban también el nahoa religioso de 260 días, dividido en 20 trecenas, que llamaban *Cocij o Tobicocij,* subdivididas a su vez en cuatro partes, aplicando cinco a cada uno de los astros; de manera que resultaban cuatro grandes *Cosijos* o *pitaos* de 65 días cada uno, llamado el 1.º *quiachilla,* el 2.º *quialana,* el 3.º *quiangoloo,* y el 4.º *quianguillo,* recibiendo todo el año el nombre de *Pije* o *Piye.*



Filigrana de oro tzapoteca.
(Retrato de cacique.)

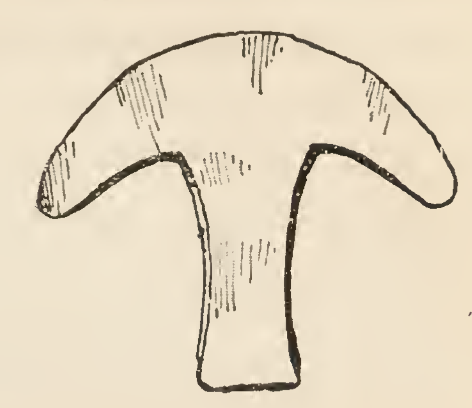
Tejían admirablemente telas vistosísimas de algodón y de una seda silvestre, que aun hoy usan.

Los trabajos en piedras finas son notabilísimos, y en territorio tzapoteca se encuentra el *esmeril,* que ellos usaban en estas labores.

En clase de fundidores y metalurgistas, quizá sean los que tengan la palma, pues entre ellos se quedaron algunos de los mejores artífices tolteca, después de la destrucción de Tollan.

El adjunto grabado es copia de un objeto de oro encontrado en un *mogote* de Cuilapan, y se cree es el retrato del personaje en él inhumado. Se encuentran en abundancia y tamaño variable, hasta muy pequeño, ciertos objetos de cobre, que se dice sirvieron de moneda a los tzapoteca; tanto acerca de este punto, como al de si fueron ellos los constructores de los bellísimos palacios de Mitla, existen dudas muy fundadas.

Para terminar esta breve noticia, diremos algo de un personaje que las tradiciones tzapoteca llaman *Pecocha*. Llegó éste a las playas de Huatulco en el siglo VI de nuestra era, y allí plantó una cruz de madera, que, en 1587, quiso quemar el corsario Candhis, sin lograrlo. Habló con los indios de ese lugar, donde permaneció algunos días, enseñándoles a conocer al verdadero Dios, y el culto y respeto que deberían tener a aquel santo madero.



Pretendida moneda tzapoteca. (De cobre.)

Se volvió por el mismo camino que había andado, y a su paso por el río de la Arena dejó grabado un pie en una peña y otro en el río de la Cruz, próximo a la Boquilla. Apareció después entre los *Chatinos,* a quienes les dejó tres manos pintadas de color rojo, y cuatro o cinco letras, al parecer griegas, en una roca; poco más tarde fué para Teotitlán del Valle, y a su paso sembró los grandes sabinos del Marquesado. Fuése luego entre los *Mixes,* y en la cumbre del *Zempoaltepec* dejó impresos en una peña, cual si fuese blanda cera, los dos pies, en momentos en que, perseguido por los *Mixes,* se arrojó a vista de ellos desde la altura en que se encontraba, sin lastimarse, y desapareció.



Mujer tzapoteca.
Codice Vaticano.

Reaparece entre los *Chontales,* y deja grabada con el dedo una cruz en la tierra; más tarde se le vió en *Tehuantepec,* y en el puerto de *Quitabeñe;* antes de desaparecer, en el *Cerro encantado de la isla de Monopoxtiac,* dejó su retrato en una roca a grande altura, bajo la figura de un religioso con hábito blanco, sentado en una silla, la capilla puesta, la mano en la mejilla, vuelto el rostro al lado derecho, y al izquierdo una india con su traje propio, cubierta la cabeza e hincada de rodillas cual si estuviese confesándose.

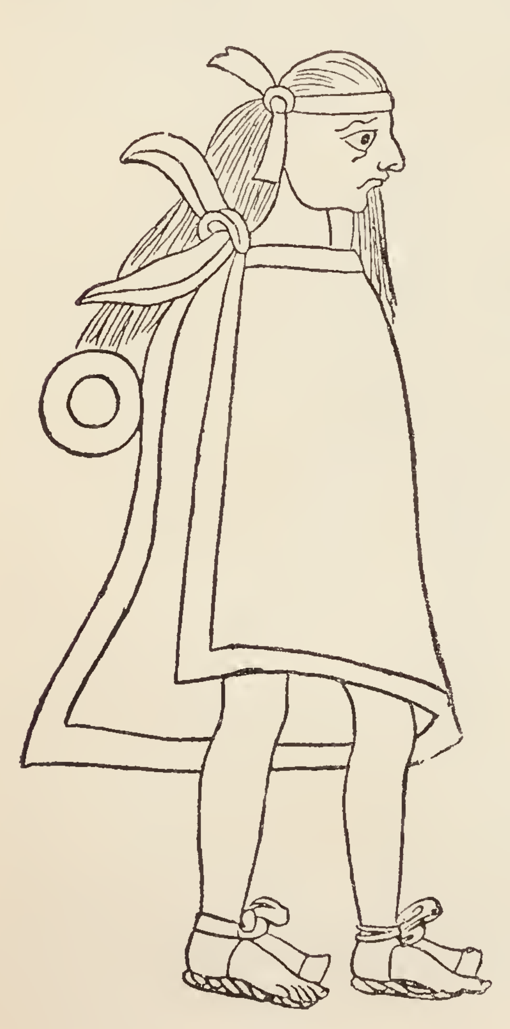
Este retrato concierta en señas con los que del *Pecochea* daban los que le conocieron. Era, decían ellos, un anciano de tez blanca,

frente ancha, ojos grandes, barba luenga, cabellos negros y largos, corpulento, y vestido con larga túnica y amplio manto.

Sin identificarlo con el Quetzalcohuatl, han creído muchos escritores ver en este personaje al apóstol *Santo Tomás,* que vino a predicar el evangelio a este Nuevo Mundo!!

Compartían, en su mayor parte, el territorio del actual Oaxaca, con los Tzapoteca, los *Mixteca,* que es casi seguro pertenecían a la misma familia de aquéllos.

Creían éstos que sus progenitores tuvieron comienzo en dos árboles frondosos, crecidos a la orilla del arroyo, junto al pueblo de *Apuala;* de uno salió un hombre, del otro una mujer, y de su unión la nación mixteca.


Mixteca.—*Códice Vaticano.*

A su llegada al territorio que ocuparon, el país estaba habitado por los *Chuchones.* Su primitivo asiento fué en *Sosola* y después en una llanura entre *Achiutla* y *Tilantongo.*

No se sabe con exactitud el nombre y número de sus reyes, y sólo ha pasado hasta nosotros la memoria de *Dzahuidanda,* uno de sus últimos soberanos, que alcanzó la época de la conquista y que puso en aprietos al ejército de Motecuhzoma Xocoyotzin.

Tenían los reyes mixteca palacios bien construídos y lujosamente amueblados con pieles de animales, y mantas primorosamente tejidas.

Los hombres vestían mantas blancas de algodón, pintadas y matizadas con plumas de aves; usaban sandalias, anillos de oro, pendientes en las orejas, bezotes de cristal de roca o de oro, los cabellos atados con cintas de cuero, y andaban siempre lampiños y se arrancaban las barbas con tenacillas de cobre. Eran muy limpios, y en los estanques que tenían en sus jardines se bañaban mañana y tarde.

Aunque no tomaban en calidad de esposa más que a una sola mujer, practicaban la poligamia. Solamente los hijos legítimos heredaban el trono, y a falta de ellos entraban las hembras.

El adulterio se castigaba por mano del mismo ofendido, que podía matar a entrambos culpables, o sólo cortar la nariz, oreja y labio al adúltero.

Los hijos de los nobles se educaban en el Colegio de los Sacerdotes, en donde duraban un año.

Los sacerdotes eran también médicos y adivinos, y tenían su jerarquía para ir ascendiendo. Cada cuatro años ascendían, y sólo este período de tiempo duraban ejerciendo el cargo, incluso el sumo sacerdote, y todos, agotando los ascensos y cumplido el tiempo, dejaban el ministerio, pasaban al Consejo del rey, y si querían les era permitido casarse.

Su traje en los días comunes era una manta burda, y en las solemnidades camisas sin mangas que les llegaban hasta la rodilla, polainas en las piernas, en los brazos una tira de manta con borla, y sobre todo eso una gran capa con borla, colgada a la espalda, y en la cabeza una mitra de plumas verdes, y en ella pintadas sus principales deidades.

Vivían en perpetuo ayuno y abstinencia carnal; si quebrantaban eso eran muertos a palos.

El ejército tenía buena organización, y peleaban con armas ofensivas y defensivas, iguales a las de los México.

Profundamente religiosos, tenían su templo principal en *Achiutla,* donde se adoraba el dios *Corazón del pueblo,* que era una esmeralda grande, con una avecilla esculpida y una culebra enroscada, una especie de Quetzalcoatl, según se desprende del jeroglífico.

Poseían escritura jeroglífica con caracteres propios, aunque análoga a la nahua, y pintaban sus historias en cortezas de árboles o pieles de venado preparadas.

Su calendario era de 18 meses, de 20 días cada uno, más un mes de cinco días, siendo éste de seis cada cuatro años.

Su lengua es rica y armoniosa, polisilábico-polisintética.



CAPÍTULO XII

Matlaltzinca.—Su origen.—Reyes.—Coltzin.—Guerras.- Calendario.—Los Mixes.—Su origen.— Condoy.—Costumbres.— Zoques.—Huaxtecas.— Tamoachan.— Lavativas de pulque.-Totonaca.— Su origen.—Reyes.— Templos.— Fortalezas —Diosa del maíz.—Cempoallan.—Tlaxcaltecas.—Su origen.—Sus caudillos.—Los Señoríos.— Guerra con los Mexicanos.—Con los Huexotzinca.—Muralla.—Tlahuicolle.—Civilización tlaxcalteca.—Mitos.—El Exquinam.—Templos, sacrificios y juegos.

Los *Matlaltzicas,* por otro nombre *Pirindas,* y en su idioma *Nentámbati* y *Nepintatúhi,* vinieron del Norte en compañía de algunas tribus de filiación nahua, y se asentaron en el Valle de Toluca, extendiéndose más tarde al Oeste hasta Tlaximaloyán. Aunque se encuentran en algunos pueblos de Michoacán, ya dijimos, al hablar de los Tarascos, a qué se debe esto.

Nada se sabe de sus gobernantes, y muy poco de sus costumbres. Adoraban como dios principal a COLTZIN y le ofrecían sacrificios humanos, poniendo la víctima dentro de una red, la cual retorcían hasta que los huesos del infeliz sacrificado salían por entre las mallas, y luego rociaban al ídolo con su sangre.

Queda dicho ya cómo el rey méxica Axayacatl los sujetó, después de una resistencia heroica.

Es tribu interesantísima y que se ha creído de filiación nahua, por más que su idioma creemos debe colocarse al lado del othomí.

Poseían Calendario propio, que ha llegado hasta nosotros, y su sistema es igual al de los Nahoa, cambiando solamente los nombres de los días, y comenzando el 6 de abril.

Los *Mixes* son otra de las tribus de gran importancia histórica en los antiquísimos fastos del Nuevo Mundo. Las crónicas nos los presentan como una tribu poderosa y guerrera, nunca dominada. Confinados en las altas y asperísimas montañas del Estado de Oaxaca,

muchas veces rechazaron a los Tzapotecas y Mixtecas contra ellos coligados, y derrotaron después a los conquistadores.

Los Mixes o mijes poseyeron la mayor parte de los territorios en que más tarde florecieron los reinos de Tehuantepec, Soconochco y Zapotecapan y parte de Tututepec.

Nada dicen ellos de su origen, y sólo cuentan que su paraíso estaba colocado en una alta montaña del pueblo de *Atitlán*, y que allí apareció su caudillo CONDOY en edad perfecta para gobernarlos. No le asignan ascendientes ni descendientes, y refieren tan sólo que se puso al frente del pueblo mije, dedicándose a instruirlo y organizarlo.

Residió siempre en Totontepec, y nadie le venció nunca; antes bien, temerosos de su arrojo, era por todos respetado.

Tal convicción hizo que, aliados los Tzapoteca con los Méxica, reunieran un poderoso ejército para atacarle, llevando como caudillo a Zachilla I. Se situaron los aliados al pie del Zempoaltepec, en cuyas gargantas y desfiladeros tenían su campamento los Mixes.

No obstante el respetable número de las tropas aliadas, temieron acometerles de frente y en sus posiciones; determinaron más bien incendiar los grandes bosques de la montaña, creyendo asegurar así la victoria. La terrible medida guerrera se ejecutó con gran precisión, y el Zempoaltepec fué incendiado desde su base a su cima, en un área de más de 50 leguas. Ello no obstante, ni Condoy ni su ejército fueron vencidos, teniendo los aliados que levantar el asedio, dejando tan sólo una guarnición respetable en Nejapa, para contener la venganza de los Mijes. Con el transcurso del tiempo fué Condoy deificado por los suyos, quienes nunca creyeron que llegó a morir.

De sus prácticas religiosas sabemos solamente que *circuncidaban* a los niños dedicados al sacerdocio.

Poco conocidos son sus artefactos precolombinos, que no carecen de arte y elegancia. Un solo ídolo auténtico de ellos hemos visto, y es de madera, y de seguro de los que actualmente adoran.

Los sepulcros de sus muertos eran subterráneos, a los que se descendía por medio de cuerdas. Elegían para fabricarlos las más altas cumbres, y esto era con objeto de librarlos de un incendio, pues creían que se quemarían sus almas. Los cadáveres se inhumaban siempre de pie o sentados, pero nunca acostados.

Pertenecen a esta misma familia los Zoques de Chiapas.

Bajo el burdo vestido que ellos usan se adivinan las formas de una de las más bellas razas de México; la espesa barba que sombrea el rostro de algunos, anuncia algo superior a sus otros compatriotas.

El aislamiento en que siempre han vivido quita toda idea de que se hayan mezclado con la raza europea. Es éste un pueblo virgen que está esperando al antropologista para revelar uno de los más importantes datos para la historia de las razas de nuestro suelo.

Los *Huaxteca* o *Cuexteca* pertenecen a la familia Maya, y ocupaban la región marítima del Seno Mexicano, comprendiendo parte de los Estados de Veracruz y de San Luis Potosí, en donde aún permanecen sus descendientes. Al territorio se le llamó *Tamoachán* en la antigüedad.

En su lengua se llamaban ellos mismos *Toociome,* y decían tener el mismo origen y ser de la misma raza de los *Totonaca.*

Eran los Cuexteca muy dados a la embriaguez, y de ello el capitán Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial, nos lo testifica con estas palabras: «*Hallamos en la provincia de Pánuco que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientres de vino de lo que entre ellos se hacía, como cuando entre nosotros se echa una melecina; torpedad jamás oída.*» Consecuencia de semejante vicio era el matarse fácilmente haciéndose tajadas y pedazos sus carnes.

Conservaron siempre su independencia, y pelearon contra los Méxica y Tezcocanos, que nunca pudieron sujetarlos.

Los objetos arquelógicos fabricados por ellos y que en estos últimos años se han encontrado, tienen gran parecido con los de origen totonaco.

Los viejos cronistas escriben que los Totonacos fueron unos de los primeros pobladores que a México vinieron, y llegaron al puerto de *Panotlán* (Pánuco) en unos navíos.

Se extendían en el N. de lo que ahora es Estado de Puebla, Estado de Veracruz, confinando con los anteriores y el Golfo de México, desde Tuxpan hasta Chacalaca. Su territorio formaba parte del Tamoachan, y decían ellos haber sido pobladores del país antes que los Chichimeca y los Ulmeca, y que habían construído las pirámides de *Teotihuacán;* su lugar de origen fué el famoso *Chicomoztoc.*

Por causas que se ignoran abandonaron a Teotihuacán, y se diri-

gieron a Atenamitic (Zacatlán, del E. de Puebla), pasando luego a las serranías y de allí hasta el mar, comprendiéndose en esta parte



Pirámides de San Juan de Teotihuacán

a Cempoalla y Quimichtlán, sobre la costa del Golfo. Su ciudad capital fué *Micquihuacán* o *Micquitlán*.

En este lugar los gobernaron nueve señores, cada uno de los cuales reinó ochenta años. El primero fué *Omeácatl,* quien los puso en paz y gran adelanto, no obstante una peste de cuatro años que casi despobló el país.

A los ochenta años de gobernar, estando en el baño de Temaxcalli, desapareció, y por esto decían que no había muerto.

Siguieron por sucesión hereditaria de padres a hijos: *Xatontán, Tenitzli, Panin, Nahuácatl, Itzhualtzintecuhtli, Tlaixchuatemixtli* y *Catóxtan*. A la muerte de éste le sucedieron sus dos hijos, *Nahuacatl* e *Ixcáhuitl,* que entran en guerra destruyéndose mutuamente y dividiendo a su pueblo. De esta anarquía se aprovecharon los Chichimeca, que dieron sobre ellos y los vencieron, poniéndoles por señor a *Xihuitlpopoca,* de quien se cuenta que fué un gran brujo. Le sucedió el chichimeca *Motecuhzoma,* y a éste *Cuauhtlacuana,* bajo cuyo gobierno los México casi los conquistaron, reinando Axayacatl, según se refirió ya.

Eran los Totonaca grandes artistas y hábiles constructores, como nos lo demuestran los restos de sus fortalezas y templos. Contaban con un numeroso cuerpo de sacerdotes, notables por su conocimiento y pericia en la escritura jeroglífica.

Se les describe por los viejos cronistas diciendo tenían cara larga y cabezas chatas; vestían los hombres buenas ropas y maxtli; andaban calzados; usaban joyas y abanicos y espejos.

Las mujeres portaban huipil y cuéyatl de vistosos colores.

Hombres y mujeres eran de color claro, buen rostro y excelentes bailadores.

Acostumbraban los sacrificios humanos, y también los de animales, que solamente ofrecían a la *Diosa del maíz,* en su templo, edificado en una alta montaña.

Una muy particular ceremonia por ellos usada era la *circuncisión,* que se practicaba a los veintiocho días de nacido el niño.

En tiempos cercanos a la conquista, *Cempoalla* era la capital de los Totonaca, situada entre los ríos Chachalaca y Actopan; en ella comenzaron a desarrollarse los primeros episodios del interesante suceso de la conquista de México, entre Hernando Cortés y el Cacique gordo. De ello en su correspondiente lugar hablaremos.

La exploración arqueológica efectuada en 1890 en el sitio de lo que fué Cempoalla, ha dado resultados y descubrimientos de importancia, viniendo a ratificar la exacta descripción que de las cosas totonacas hace el cronista agustiniano fray Jerónimo Román.

Los *Tlaxcaltecas* o *Teochichimeca* pertenecían a las siete tribus, y llegaron del Norte a la tierra mexicana después de los Chichimeca de Xólotl, del rumbo de Cuextlán, pasando por Xilotepec, Tepozotlán y Cuauhtitlán, en donde permanecieron por algún tiempo. De aquí marcharon con rumbo a Tezcoco, y sus habitantes les dieron un lugar para que viviesen, situado entre la ciudad dicha y Chimalhuacán, a orillas del lago. Arrimándose a las faldas de la sierra, y en el sitio llamado Poyauhtlan, asentaron sus moradas el año 1208, y allí permanecieron hasta el 1324. Vistos con malos ojos por sus vecinos los Tepaneca, les hicieron la guerra, y fué ella tan sangrienta, que en su memoria comieron desde entonces los indios un marisco llamado *ezcahuitl,* del lago de Tezcoco, que tiene color de sangre. Para evitar nuevas persecuciones, y no obstante haber salido triunfantes en la contienda, les ordenó su dios *Camaxtli* que abandonasen ese lugar para evitarse futuras guerras. Caminaron acaudillados por *Mixcohual, Hueytlapatli, Pántzin* y *Cocózin,* y al cabo de otras cortas permanencias en algunos lugares, llegaron al cerro de Texcalticpac, y allí fundaron la ciudad que se llamó más tarde *Texcalla,* y por fin

Tlaxcala, no sin tener que batallar con los Ulmeca y Xicalanca que allí habitaban desde el principio del siglo XIII de nuestra era. Posesionados del territorio, levantaron fortificaciones en el Tepecticpac y mandaron varias familias a Xilotepec con objeto de poblar aquellos lugares y tener auxiliares en caso de conflicto, o retirada segura en un fracaso.

Por algunos años vivieron en paz, y a la sombra de ella prosperaron al grado de excitar la envidia y la desconfianza de sus vecinos los



Jeroglíficos de Tlaxcallan y de sus cuatro señoríos. (Lienzo de Tlaxcallan.)

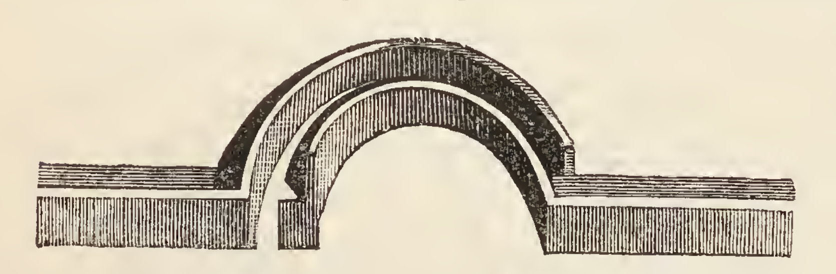
Huexotzinca, los que, temerosos del arrojo y valentía de los Tlaxcaltecas, propusieron una alianza ofensiva contra ellos entre los señores de los Estados vecinos.

Merced al auxilio de los Tezcocanos, pudieron los Tlaxcaltecas resistir la agresión y salir victoriosos.

El resultado de esto fué la fundación de la República, que efectuó *Culhuacateuhtli-Cuanex,* jefe de los Tlaxcalteca, quien dividió su señorío entre sus dos hijos, *Texcalihuehue* y *Cuicuixcat,* dando al primero *Tepeticpac* y al otro *Ocotelulco,* con el mando supremo de cada uno de ellos; para los negocios comunes se instituyó un Consejo compuesto de los caciques más notables por saber y servicios, que presidían ambos jefes. Más tarde se subdividieron estas *cabeceras,* erigiéndose las de *Tizatlán* y la de *Quiahuistlán*, o *Tlalpizahuacán.*

Prosperaron estas parcialidades, salvo un corto trastorno ocurrido en ellas; así, en Ocotelulco, a causa de un movimiento popular que *Tlacomihuac,* predecesor de *Maxicatzin,* promovió contra *Acatentehua,* quinto señor de dicha cabecera, fué éste asesinado, y ocupó su puesto *Tlacohuaca,* y luego sus descendientes; en *Tizatlán*, gobernando *Xayacamachán,* segundo señor de ese lugar, fué depuesto por una sublevación del pueblo, y entró a gobernar otra familia, siendo su primer representante *Zozoc-Aztahuac;* en *Quiahuixtlán* se suscitó un gran motín al elegir el jefe de esa parcialidad, y el Senado dirimió la contienda nombrando a *Zacancantzin.*

El orden de la sucesión en estos señoríos era que heredase el mando el varón primogénito de la familia, excepto en Quiahuixtlán, donde se nombraba al jefe por elección de los caciques.


Puerta de ingreso y recinto de la muralla de Tlaxcala.

Para seguridad del territorio nacional fortificaron los cerros del Sur y Sudoeste; al Oriente levantaron una muralla de seis millas de longitud, en medio de las montañas; por el Norte y Noroeste quedaban resguardados con la cordillera de elevados montes.

No olvidaron los Huexotzinca el fiasco de su alianza, y repugnaron siempre la paz ignominiosa que los Tlaxcalteca les impusieron; así es que siempre buscaban una oportunidad de tomar venganza.

Ninguna más propicia tuvieron que cuando el Emperador de México trató de impedir a la República el comercio con los reinos y señoríos que ellos iban conquistando, y para lo cual situó fuertes guarniciones junto a las fronteras de ella; pues los Tlaxcalteca comerciaban con las provincias marítimas, que les proveían de algodón, cacao y sal.

Mandaron una embajada los Tlaxcalteca pidiendo al tecuhtli méxica la libertad de comercio; pero, ensoberbecido y mal dispuesto por los Huexotzinca, contestó éste que ellos le prestasen obediencia y pagasen tributo, y después vería lo que convendría hacer.



La diosa Xochiquetzal. (Durán)



Camaxtli. (Durán.)

A tan fiera arrogancia respondió la República con dignidad y mesura, siendo el resultado de ello la guerra que desde entonces tuvieron Teochichimecas y Nahuas.

Azuzados y, hasta cierto punto, auxiliados los Huexotzinca por los México, y unidos a los de Cholula y otros puntos, hacían frecuentes irrupciones en territorio de la República, aunque sin conseguir ventaja ninguna, obligando, sin embargo, a los Tlaxcalteca a vivir confinados en su territorio y a carecer de aquellos artículos que antes les daba el tráfico comercial, tales como la sal, llegando a acostumbrarse a comer sin este condimento tan necesario.



Ttaloc.

En tales circunstancias subió al trono de Tenochtitlán Motecuhzoma Xocoyotzin, que desde luego les declaró la guerra y confió a *Tecayahuatzin,* gobernador de Huetzotzingo, el mando de las tropas. Antes de emprenderla trataron de sublevar a los Othomíes y a los habitantes de Hueyotlipa, amigos de los tlaxcaltecas; pero no lo consiguieron.

Se dirigió entonces el capitán Huexotzinca sobre la República, y fué su ataque tan rápido e impetuoso, que casi llegó a la capital.

Lograron los Tlaxcalteca rechazarlos después de grandes esfuerzos y pérdidas, y a continuación se dirigieron por caminos excusados, cayendo sobre Huexotzinco, y causando un estrago formidable. Acudió en auxilio de los vencidos el Rey de México, que mandó un fuerte ejército, al mando de su hijo primogénito; mas los Tlaxcalteca atacaron por retaguardia a ese refuerzo, y lo derrotaron completamente, muriendo en el combate el general en jefe y príncipe heredero.

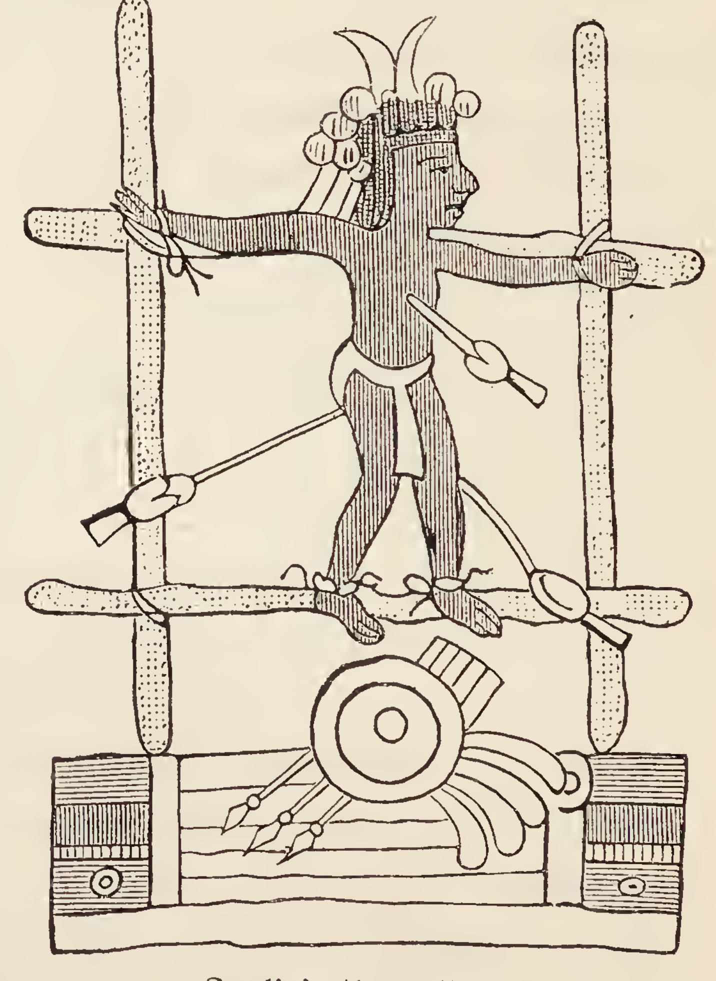


Ometochtli. (Durán.)

La ira de Motecuhzoma fué grande, y se propuso vengar el descalabro; mas ya los Tlaxcalteca estaban preparados y nada definitivo pudo conseguir.

A todo lo antedicho siguieron actos continuos de hostilidad por ambas partes, y en ese estado se encontraban cuando la llegada del conquistador Cortés.

Entre los más notables generales tlaxcaltecas se hizo lugar un hombre del pueblo, llamado *Tlahuicolle,* que en uno de los asaltos que dieron los Huexotzinca a la República fué hecho prisionero y conducido en una jaula a México: prendado Motecuhzoma de la gallarda presencia del prisionero, de su fuerza hercúlea, valor personal y demás prendas, le ofreció su libertad; mas él no quiso aceptarla, pues, según las leyes de la guerra, él debía morir sacrificado.



Suplicio tlaxcalteca.
Códice Telleriano Remensis.

Al cabo de tres años de mantenerlo vivo, y después de haber conducido una expedición a Michoacán, el Emperador accedió a la demanda obstinada del prisionero y fué llevado al ara de Huitzilopochtli,

mediante el sacrificio gladiatorio, en el que mató ocho hombres e hirió más de 20.

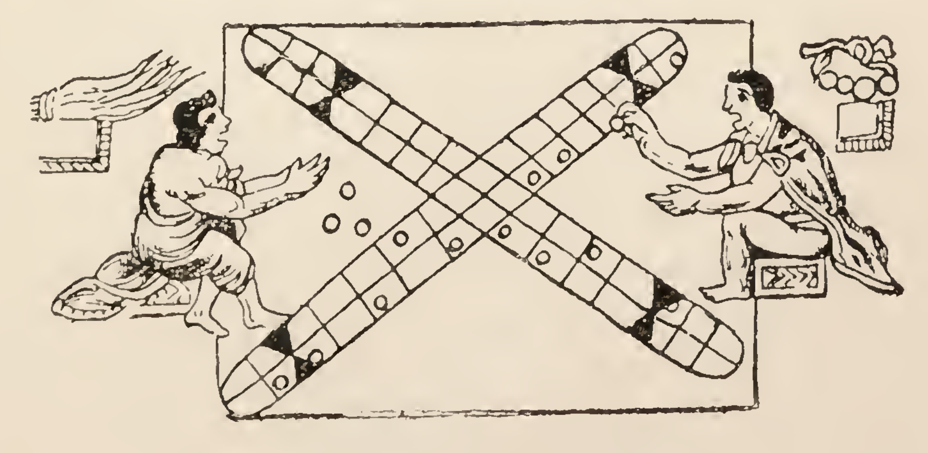
Los Tlaxcalteca tenían una civilización análoga a la de los México; hablaban la lengua nahuatl como ellos, y el calendario era idéntico, salvo en nombres de los meses y otras particularidades.

Usaban la escritura jeroglífica, y a sus sacerdotes llamaban *Papas.* Aunque creían en la existencia de un *Sér inmaterial,* según afirma



El juego de pelota entre los Nahuas.
(Cuadro del pintor mexicano Ibarrazán y Ponce.)

su principal historiador, adoraban a *Camaxtli* como al mayor de sus dioses; a *Xochiquetzal,* diosa de los enamorados; a *Matlacueye,* protectora de hechiceros y adivinadores; a *Xochitecacihuatl,* diosa



Juego de Patolli (Durán.)

de la mezquindad y avaricia; a *Tláloc,* dios de la lluvia; a *Ometochtli,* dios de la embriaguez, y otros más que sería prolijo enumerar.

Una singular costumbre observada por ellos era la promesa que

hacían los que iban a la guerra, consistente en que al primer prisionero que ellos hiciesen le habían de quitar la piel sin romperla a lo largo y vestirse con ella; este rito se llamaba *Exquinam.*

Sus templos eran pirámides, a las que se ascendía por escaleras hasta la cumbre, y allí había una o dos capillas pequeñas. Usaban de los sacrificios humanos y comían las carnes de las víctimas cual los Nahoas.

Tenían leyes severísimas contra la embriaguez, el hurto, la mentira y el adulterio; y uno de los castigos por ellos usados era el que representa el grabado de la página anterior.

Sus principales divertimientos eran el *juego de pelota* llamado *Ulli,* y otro de dados nombrado *Patol.*



CAPÍTULO XIII

Huexotzincas.—Chalcas.—Cohuixcas, Xochimilcas, etc., etc.—Cuadro de la civilización nahua.—Dioses, culto y sacrificios; sacerdotes y prácticas religiosas.

Con respecto a los *Huexotzinca, Chalca, Cohuixcas, Xochimilcas,* etc., etc., todos de la familia nahua, poco se sabe, si no es algunas de las guerras que tuvieron entre sí y con los Méxica, que al fin los sujetaron a su yugo.

No sin justificada razón, los cronistas e historiadores primitivos, y muchos años aún después de ellos los historiadores de Indias, dedicaron todos sus afanes al estudio de las cosas de los Nahuas; pues que éstos, por su carácter emprendedor, por su arrojo y valentía, y sobre todo por el gran carácter expansivo de su raza, introdujeron su civilización en todos los pueblos de México, sin exceptuar a los Mayas mismos. El dictado que por alguno se les dió de «*romanos del Nuevo Mundo*» no puede ser ni más merecido ni mejor aplicado.

Supieron aprovechar todos los productos de la tierra para satisfacer sus necesidades o para halagar sus gustos.

Vestían con telas de algodón primorosamente tejidas y pintadas de varios colores, mezclando en su composición hermosas plumas de aves, joyas de oro, perlas y piedras que ellos juzgaban preciosas. Los nobles usaban un traje formado de tres piezas: una manta cuadrangular que se ataban al cuello o sobre el hombro y llegaba hasta la pantorrilla; el *maxtle* o faja liado a la cintura y caderas y sus extremidades caían por delante y por detrás; *cactli* o zapatos de cuero de venado atados con vistosos cordones; adornos de oro y plata en la cabeza; bezote de oro u otra materia en los labios y ternilla de la nariz; *nacochtli* u orejeras, de lo mismo, en los lóbulos auriculares, y abanicos de ricas plumas.

Las mujeres portaban *huipilli* o camisas sin mangas que caían sobre las piernas, con bordados de hilos de colores que les adornaban mucho; enaguas o *cueitl*, que les cubría hasta los tobillos y *cactli* de pita o cuero muy vistoso, para calzarse.

Los plebeyos usaban las mismas piezas de ropa, aunque sin colores ni adornos, y era de *pita* de maguey o algodón corriente.

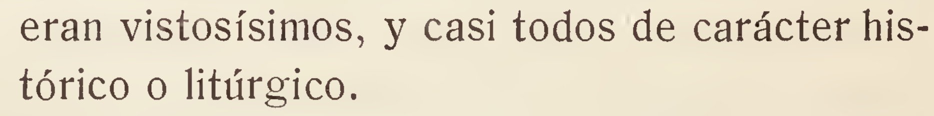
Tocante al vestido, había leyes suntuarias, y de este modo se distinguían las clases, empleos y mérito de los individuos.

Usaban *embijarse*, o sea pintarse el cuerpo de colores y con especiales dibujos, para lo cual se servían de patrones o sellos de madera, hueso o barro.

Eran muy dados, principalmente las mujeres, a los perfumes, y los tenían muy especiales.

En las artes fueron sobresalientes, pues acapararon todas la habilidades de sus vecinos, y hacían venir a Tenochtitlán los artistas más distinguidos de las naciones del continente; v. gr.: fabricantes de mosaicos de plumas, de Michoacán; orfebreros, de Oaxaca; lapidarios y canteros de Tezcoco, y así de los demás.

Tenían para recrearse música compuesta del *huhuetl* (tambor), *teponaxtli*, chirimías, pífanos, caracoles, sonajas, conchas de armadillo, pitos de barro y hueso, etc., etc. Esta música era monótona y triste, aunque adecuada a su estilo de poesía y canto. Sus bailes eran vistosísimos, y casi todos de carácter histórico o litúrgico.



Pochtecatl, según el *Códice Mendocino*.

De las ciencias, las más cultivadas fueron la astronomía, y en este particular puede asegurarse estaban más adelantados que los del Viejo Mundo, pues cuando la conquista, se vió que los Méxica tenían un error de unas cuantas horas respecto al verdadero tiempo, y en Europa se equivocaban, en el mismo asunto, en más de diez días.

Las ciencias naturales les fueron bastante familiares, principalmente la Botánica; y como Mineralogistas no eran atrasados, aunque nunca supieron usar el hierro, y se supone no llegaron a distinguirlo como metal.

Su gran institución y base de toda su prosperidad fué el comer-

cio, profesión muy notable entre ellos y constituída en formal gremio sujeto a muy sabias leyes.

Los comerciantes *(pochteca)* eran verdaderos exploradores de las naciones y países vecinos, hábiles políticos que sabían sacar partido de las disensiones domésticas de los otros pueblos, y, en caso dado, guerrilla avanzada para dar un golpe de mano o facilitar una sorpresa.



Tonacatecuhtli. (Aubin.)

Tenían su dios protector, y ceremonias y prácticas especiales para antes de caminar, para el camino y para el regreso.

El principal comercio era con los del Sur, o sea hasta Xicalanco, en donde cambiaban los productos de la mesa central por los de los maya-quiché y sus adyacentes. Las ventas eran a cambio de objetos o de plumas de aves llenos de granos de oro y también de almendras de cacao.



Huitzilopochtli. (Durán.)

Eran también los embajadores, que concertaban las alianzas o servían para declarar las guerras.

Intimamente unido a los pochteca se encuentra al ejército, el otro brazo poderoso de los México; su organización es bien complicada por la clase de jefes y las funciones que tenían a su cargo. Ya dijimos atrás las armas ofensivas y defensivas que usaron, y de su arrojo y

estrategia buenas pruebas dieron con los muchos pueblos que conquistaron o tuvieron a raya. Estaba dividido en escuadrones o *calpulli* con su jefe o *Telpuchtlato* y sus oficiales de escuadra o *Achcacauhtin.*



Coatlicue. (Original en el Museo Nacional de México.)

Los principales jefes superiores eran: el *Tlacatécatl,* el *Tlacochcalco,* el *Huitznáhuatl* y el *Tecoyahuácatl,* y se cree que el primero era el jefe superior, subordinado tan solo al *Tecuhtli* o Emperador.

El soldado cargaba armas y bastimentos, y aunque los *tamemes* o mozos de carga llevaban bastante repuesto, siempre era insuficiente; por la cual razón las guerras eran de muy corta duración y casi siempre se decidían en el primer encuentro.

Tenían su depósito de armas, víveres y vestidos.

La disciplina en tiempo de guerra era rigurosísima, teniendo que hacer guardia aun el mismo general en jefe o Tlacatécatl. Los principales jefes disfrutaban fuero militar y solamente los juzgaba el *Tlacatecuhtli* en un tribunal llamado *Tecpilcalli*. La educación de la juventud, tanto en establecimientos civiles como en los sacerdotales, era eminentemente militar.

El gobierno civil y militar residía en el Emperador, que gobernaba con un Cosejo o Senado llamado *Tlatocan,* compuesto de las doce dignidades siguientes:



Tezcatlipoca. *Códice Telleriano Remensis.*

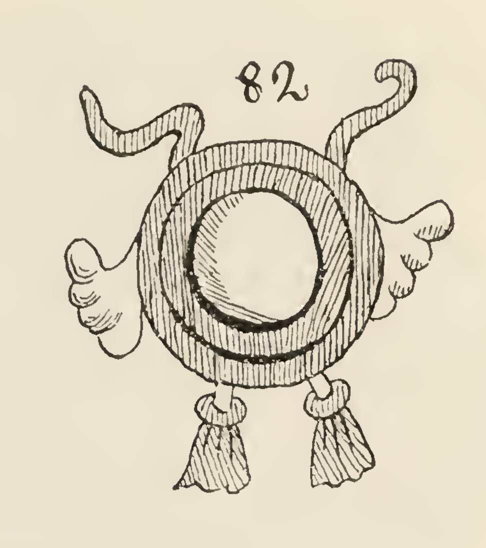
1, *Tlacatécatl;* 2, *Tlacochcálcatl;* 3, *Huitznáhuatl;* 4, *Tecoyahuácatl;* 5, *Tezcacoacatl;* 6, *Tocuiltécatl;* 7, *Atenpanécatl;* 8, *Tillancalqui;* 9, *Cuauh-*

nochtli; 10, *Ezhuahuácatl;* 11, *Acayacacapanécatl;* 12, *Tequixquinahúacatl.*

El Tlatocan estaba dividido en cinco cámaras, formadas cada una por cuatro individuos de los dichos; así tenemos: *Cámara de elec-*



Sol del *Códice Borgiano.*



La luna.

tores, el 1, 2, 8 y 10; *Cámara de jefes de Calpulli,* el 1, 2, 3 y 4; *Cámara de los grandes jefes guerreros,* 2, 4, 5 y 6; *Cámara de*



Quetzalcoatl. *Códice Borgiano.*

Xiuhtecuhtli. *Telleriano-Remensis.*

los grandes ejecutores o ministros, 7, 8, 9 y 10; *Cámara de los grandes jefes,* 4, 10, 11 y 12.

Este Consejo estaba sujeto al rey o emperador, no sólo en lo administrativo, sino también en su oficio de legislar, y sus sentencias

eran apelables ante el Tecuhtli. Intermediario entre éste y el Consejo, había un personaje con carácter mixto, y era el *Cihuacoatl,* allegado a la real persona y también administrador de la hacienda pública.


Centeotl. *Códice Aubin.*

Como no existió nunca entre los Nahuas una verdadera moneda, él veía si lo que se asignaba como tributo estaba justamente representado en los objetos que se daban para pagarlo. Algunos cronistas llamaban también a este personaje *Justicia mayor;* era, pues, encargado de la justicia y observancia de las leyes.

Estas existían y se aplicaban rigurosamente. La poligamia no era permitida sino entre los nobles, aunque sólo a una mujer consideraban como legítima. Estaba prohibido el matrimonio entre ascendientes, descendientes y afines en primer grado; el divorcio era consentido aunque no autorizado; el homicidio se penaba con muerte del actor, lo mismo el adulterio y el aborto provocado.


Mixcoatl. *Códice Aubin.*

La incontinencia, robo, embriaguez, faltas a la moral pública, traición, rebelión, injurias, difamación y otros delitos, también se castigaban cruelmente.

Las penas eran azotes, palos, confiscación de bienes, prisión en el *cuauhcalli* o cárcel pública, destinada más bien ésta para los sen-

tenciados a muerte o en la *teilpiloyan,* y finalmente la pena capital que se aplicaba con demasiada frecuencia.

La esclavitud estaba más repartida y usada entre los pueblos de México que lo que pudiera creerse; se caía en ella por deudas, robo pequeño, y los prisioneros de guerra solían también venderse en mercado público y quedar de esclavos. Recobraban éstos su libertad por devolver el precio de la venta, por fuga del mercado y presentación a los jueces, por tener amores con el amo si era mujer y por manumisión voluntaria de él.



Xipe. (Original en el Museo Nacional de México.)

Una cosa bien notable era que el amo no podía vender al esclavo sin consentimiento de éste, y sólo cuando él era perezoso o de malas costumbres podía hacerlo libremente.

La religión de los México era de lo más complicado y confuso que imaginarse pueda, aun en la representación de sus dioses, pues todos ellos tenían atributos simbólicos y formas extravagantes.

Mictlantecuhtli, según el *Códice Magliatechiano.*

Se cree que en su más remoto origen creían en un *Sér Supremo,* espiritual e incomprensible, al que llamaban *Teotl.* Más tarde fueron cayendo en grosera idolatría, adorando primero a los astros y después a sus caudillos más eminentes.

Las concepciones astronómicas son la base de toda su teogonía, adoraban al *Sol,* bajo el nombre de *Ometecuhtli,* como creador andrógino de todo lo existente; al mismo, teniéndolo como creación de sí mismo, le apellidaban *Tonacatecuhtli,* y le daban por esposa a *Tonacacihuatl,* la Tierra. *Quetzalcoatl,* la Estrella vespertina, y *Tezcatlipoca,* la Luna, nacieron de la unión de los antedichos. Seiscientos años después del nacimiento de los mencio-

nados, los dioses crearon el fuego, y más tarde a una pareja humana, *Cipactli* y *Oxomoco,* tronco y origen de la humanidad, e inventores de los días del calendario llamado *Tonalámatl.*

Al Sol, como astro, le llamaban *Tonatiuh;* al Sol poniente *Tzontemoc,* y *Mictlantecuhtli,* después de su ocaso.

Seguían en orden y categoría estos dioses: *Huitzilopochtli,* dios de la guerra y su divinidad principal, que también se llamaba *Mexitli,* hijo de *Coatlicue,* joven doncella que al barrer el templo de Coatepec, en Tóllan, tropezó con un ovillo de plumas, lo guardó en su seno y por esa causa dió a luz al dios.

Cihuacoatl o *Coatlicue,* madre y señora de los dioses.

Tezcatlipoca, dios creador y conservador.

Tláloc, dios del agua.

Tonatiuh, el sol.

Metztli, la luna.

Quetzalcoatl, dios del aire.

Xiuhteuctli, diosa de la hierba.

Centeotl, diosa del maíz.

Mixcoatl, dios de la caza.

Xipe, dios de los metales.

Xicateuhctli, dios del comercio.

Mictlantecuhtli y *Mictlancihuatl,* dioses de los muertos y del infierno.

Adoraban también a los dioses de los pueblos vencidos y a otros más de inferior categoría, que llamaban *Tepitoton* o dioses pequeños.

Para estos dioses edificaron hasta 300 templos o teocalli y más de 140 santuarios. El principal y más grandioso era el de Huitzilopochtli, que ocupaba una gran extensión de terreno en la parte media de Tenochtitlan, lo circuía un muro cuadrado de piedras labradas en figura de serpientes entrelazadas y se llamaba *Coatepantli,* con cuatro puertas orientadas a los puntos cardinales y en relación con las cuatro grandes calzadas que conducían a la ciudad. Dentro de este cercado estaba la gran pirámide de cuatro pisos, y sobre ella dos capillas, una de Huitzilopochtli y otra de Tezcatlipoca; entre las dos existía el *techcátl,* o piedra de los sacrificios ordinarios.

Al pie había dos grandes braseros en que incesantemente ardía el fuego sagrado, y en lo restante del patio estaban las fuentes,

habitaciones de los sacerdotes y el almacén de guerra, los grandes *Cuauhxicalli* y la *piedra del Sol.*

Frente a las torres estaba el *Tzompantli,* en donde se ensartaban las cabezas de los sacrificados, quedando allí los cráneos, que se reponían a medida que la intemperie los destruía. Un testigo ocular asegura que contó hasta 36.000 calaveras.



Sacrificio ordinario. (Durán.)

Practicaban varias especies de sacrificios: el *ordinario,* que consistía en poner de espaldas sobre el *téchcatl* a la víctima, abrirle el pecho y extraerle el corazón aun palpitante y ofrecerlo a los dioses, recoger la sangre y untarla en los labios de los mismos, arrojando después por las graderías del templo el cuerpo del sacrificado. Cinco de los sacerdotes, llamados *chachalmeca,* sostenían y colocaban al infeliz sacrificado, y el sumo sacerdote o *topiltzin* era el que le arrancaba el corazón.

El sacrificio *gladiatorio:* éste se usaba con los prisioneros de guerra, y consistía en una lucha desigual, atada la víctima de un pie,



Sacrificio gladiatorio. (Durán.)

sobre el *temalacatl,* y al ser vencida se la llevaba al *techcatl,* donde se le sacaba también el corazón.

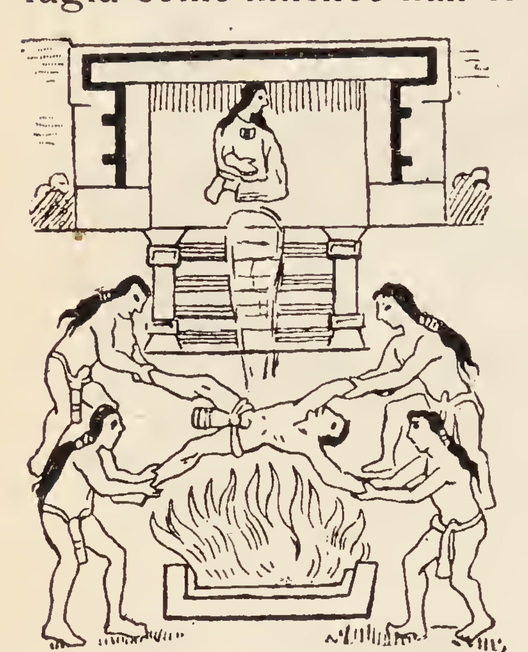
La *decolación:* para éste se llevaba al sacrificado a uno de los cuauhxicalli, donde se le cortaba la cabeza y de allí se le conducía al tajón para ejecutar lo del sacrificio ordinario.

El *asaetamiento:* atado el prisionero, se exponía ante el pueblo,

que disparaba sobre él sus flechas para después sacarle el corazón del modo dicho.

El del *fuego:* se arrojaba a la víctima en un gran fogón y se le sacaba después dicha entraña.

En ciertas fiestas se comía la carne del sacrificado, no por antropofagia como muchos han creído, sino como especie de comunión ritual.



Sacrificio por el fuego. (Durán)

El número de seres humanos de todos sexos y edades que anualmente se inmolaban asciende, según cálculos bien fundados, a 20.000.



Sacrificio de la lengua. *Códice Telleriano Remensis.*

El vestido de los sacerdotes era maxtle, mantos blancos y largos con figuras negras, rostro y cuerpo pintados de negro, cabellera larga y enmarañada impregnada de ulli y sangre humana, lazón de cuero y adornos de papel. Hacían atroces penitencias, tales como horadarse las pantorrillas, lengua, nariz y lóbulos de la oreja con espinas de maguey y pasarse por los agujeros tallos progresivamente más gruesos y cuerdas ásperas. Su vida era muy arreglada, llena de ayunos y desvelos, con graves penas a la menor falta que en su conducta o en el desempeño de sus funciones tuviesen. En cambio de todas esas penalidades, eran muy respetados e influyentes.



Bautismo. *Códice Borgia.*

Afirman algunos cronistas que los México observaban y tuvieron ciertos ritos y ceremonias análogos a los de la religión católica, tales como el *bautismo,* la *penitencia,* la *comunión* y el *agua bendita.*



CAPÍTULO XIV

Conocimientos astronómicos de los Nahuas. — Calendario.— Tonalámatl. — Hechiceros y nahuales.—Numeración.—Agrupación de las razas de México en tres grandes ramas.—Othomí.— Maya-Quiché.—Nahua.—Chichimecas.—Primitivos cronistas.—Historiadores reñícolas.—Evolución de los estudios histórico-mexicanos.— Boturini. — Clavijero. — Brasseur de Bourbourg.—Ramirez. — García Icazbalceta. — Orozco y Berra.—Chavero.—Paso y Troncoso.—Bibliografía.

Como dijimos poco ha, los Nahuas fueron excelentes observadores de los astros, y fundándose en el movimiento, aparición y ocúltación de ellos, basaron el cálculo del calendario, así como la división de las estaciones en la presencia de las hojas y flores en los árboles, y la caída de las lluvias. El cómputo sufrió varias reformas, siendo *tres* las principales, y anteriores a la fundación de México.

El calendario primitivo era de 365 días completos, y comenzaba en el solsticio de invierno; el *ciclo* principiaba por el año una caña *(ce acatl)*, y el *año* por el día del mismo signo. Como *año sideral* que era, se necesitaba el transcurso de 1.461 años para que su principio volviese a caer en el solsticio.

A causa de la diferencia de éste con el *año solar*, los sabios de Huehuetlapan lo modificaron introduciendo un día intercalar cada cuatro años, es decir un bisiesto, y pasaron su principio al solsticio de verano.

Los Tolteca hicieron la tercera reforma, pasando el principio del ciclo al año *tecpatl* que comenzaba por *ce tecpatl* y el primer día del año, al equinoccio de primavera. El antiguo período cíclico se convirtió en uno nuevo de 52 años, formado por la combinación del año solar con el ritual de 270 días. Al ponerse en contacto los Nahuas con los Tolteca, de ellos tomaron el período cíclico de 52 años con su principio en el equinoccio de primavera.

La última corrección la iniciaron el año 1454, y comenzó en 27 de diciembre, fecha en que culminaron las Pléyades.

Comenzaron el ciclo por el año *ce Tochtli;* empezaron el año por el mes *Atlacahualco,* retrasándolo cuatro días para que correspondiese a nuestro 1.° de marzo; pusieron el día inicial y primero del mes, del primer año del ciclo, en *ce Cipactli;* y pasaron el *xiumolpilli* y fiesta del fuego nuevo *(toxiuhmolpilli)* a la noche que mediaba entre el fin del año *ce Tochtli* y el principio del año *ome Atla acatl,* atando en éste los años, y así quedó formado su calendario astronómico.

El método empleado en el calendario vulgar era dividir el ciclo de 1.040 años en ocho períodos de a 130 cada uno, y en cada uno de éstos ir agregando en todos los cuatrienios el intercalar, menos en el último. Por este medio se hace la intercalación cada cuatro años y la supresión cada 130, siendo igual el resultado al que produce suprimir ocho días e intercalar 252 en el gran ciclo de 1.040 años. Previa esta ligera exposición, tenemos que los días quedaron en el orden siguiente:

1. *Cipactli.*	6. *Miquiztli.*	11. *Ozomatli.*	16. *Cozcacuauhtli.*
2. *Ehécatl.*	7. *Mázatl.*	12. *Malinalli.*	17. *Ollin.*
3. *Calli.*	8. *Tochtli.*	13. *Acatl.*	18. *Técpatl.*
4. *Cuetzpállin.*	9. *Atl.*	14. *Océlotl.*	19. *Quiáhuitl.*
5. *Cóhuatl.*	10. *Itzcuintli.*	15. *Cuauhtli.*	20. *Xóchitl.*

Los 20 días del mes méxica, representados de izquierda a derecha.

Estos 20 días en el uso civil se combinaban de cinco en cinco, dedicando el quinto para el mercado o *tianquiztli.* Como los cinco *nemontemi* eran inútiles, resultaban en el año 72 días de mercado, que eran de *descanso* o de *fiesta,* y 288 de trabajo.

El *tianquiztli* se suspendía en los días *nemontemi*, por ser fatales.

Estos 20 días se dividían en *trecenas* en todo el curso de los 360 útiles del año. La *primera trecena* queda así:

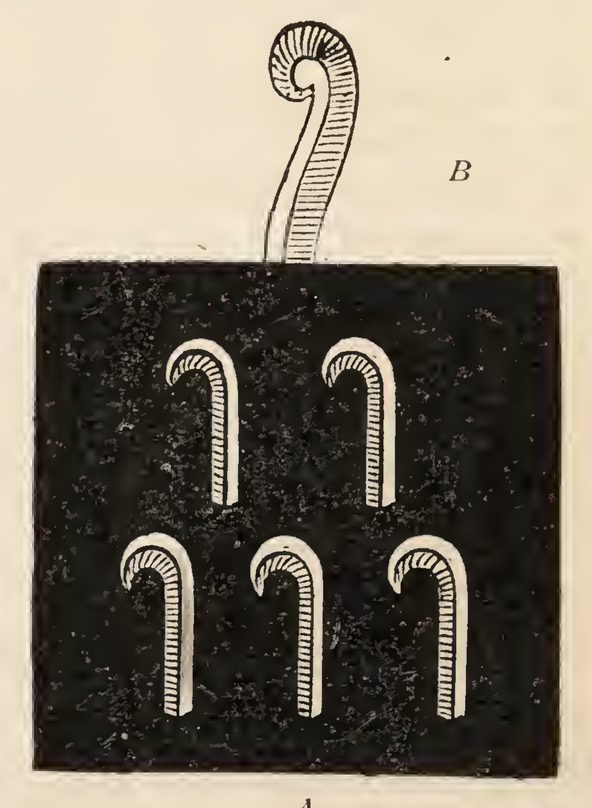
1. *Cipactli.* 5. *Cóhuatl.* 8. *Tochtli.* 11. *Ozomatli.*
2. *Ehécatl.* 6. *Miquiztli.* 9. *Atl.* 12. *Malinalli.*
3. *Calli.* 7. *Mázatl.* 10. *Itzcuintli.* 13. *Acatl.*
4. *Cuetzpállin.*

Los otros siete días volvían a comenzar la numeración, y quedaban así:

1. *Océlotl.* 3. *Cozcacuauhtli.* 5. *Técpatl.* 7. *Xóchitl.*
2. *Cuauhtli.* 4. *Ollin.* 6. *Quiáhuitl.*

Continuaba la numeración de 13 en 13 y los meses de 20 en 20 días; combinación que daba el *Calendario civil.*

Los meses o *veintenas* eran 18: (18 × 20 = 360 + los 5 nemontemi = 365 días), y al principiar el año 5.º, cada cuatro años lo retrogradaban un día, arreglando así el bisiesto, y cada 52 años intercalaban 13 días. Para evitar sobrasen los días por las diferencias de horas y minutos en el año trópico, no intercalaban los 13 días en todos los ciclos, sino que en el período astronómico de 1.040, en vez de agregar 260, intercalaban solamente 252, distribuyendo los ocho suprimidos cada 130 años, o sea 31 ½ días, suprimiendo la intercalación en el último cuatrienio.



Jeroglífico de los cinco nemontemi (*A*) y el bisiesto (*B*), según el *Códice Telleriano Remensis.*

Quedaba formado el período de este modo:

$$1.040 \times 365 + 252 \text{ ó } 130 \times 365 + 31\ \tfrac{1}{2} \times 8 = 379.852 \text{ días.}$$

El nombre de los meses, su orden y equivalencia con los nuestros, es el siguiente:

NOMBRE DEL MES	DÍA INICIAL	EQUIVALENCIA
1. *Atlacahualco*	I cipactli. . .	1.º *de marzo.*
2. *Tlacaxipehualiztli* . . .	VIII cipactli. . .	21 *de marzo.*
3. *Tozoztontli*	II cipactli. . .	10 *de abril.*
4. *Hueytozoztli*.	IX cipactli. . .	30 *de abril.*
5. *Tóxcatl*	III cipactli. . .	20 *de mayo.*
6. *Etzacualiztli*	X cipactli. . .	9 *de junio.*
7. *Tecuhilhuitontli*	IV cipactli. . .	29 *de junio.*
8. *Hueytecuhilhuitl*	XI cipactli. . .	19 *de julio.*
9. *Tlaxochimaco*	V cipactli. . .	8 *de agosto.*
10. *Xocohuetzi*	XII cipactli. . .	28 *de agosto.*
11. *Ochpaniztli*	VI cipactli. . .	17 *de septiembre.*
12. *Teotleco*	XIII cipactli. . .	7 *de octubre.*
13. *Tecpeilhuitl*	VII cipactli. . .	27 *de octubre.*
14. *Quecholli*	I cipactli . .	16 *de noviembre.*
15. *Panquetzaliztli*.	VIII cipactli. . .	6 *de diciembre.*
16. *Atemoztli*.	II cipactli. . .	26 *de diciembre.*
17. *Títitl*	IX cipactli. . .	15 *de enero.*
18. *Itzcalli*.	III cipactli. . .	4 *de febrero.*
Principio de los *nemontemi*.		24 *de febrero.*
Fin de los *nemontemi* y del año		28 *de febrero.*

Interesantísimas y muy significativas eran las fiestas que en estos meses se celebraban, mas su noticia sale de los límites de nuestro libro; bueno será estudiarlas en las obras extensas.

El *Tonalámatl* o *Calendario religioso* era de 260 días; 20 figuras repetidas se distribuían en 20 *trecenas.*

Estos días se contaban de 1 a 13, lo que producía las 20 trecenas, y hacía que un mismo signo no se repitiese con el mismo numeral en los 260 días, y que cada uno de los 20 formara, alternativamente, principio de trecena. Al principio de cada trecena había una fiesta religiosa, y tocaba a cada signo la suya en todo el período del *Tonalámatl.*

Esto se comprende mejor en la subsecuente:

TABLA DE LOS DÍAS TRECENALES

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
Cipactli	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Ehécatl	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Calli	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Cuetzpállin. . . .	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Cóhuatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Miquiztli.	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Mázatl.	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Tochtli	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1
Atl.	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2
Itzcuintli	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3
Ozomatli.	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4
Malinalli.	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5
Acatl	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Océlotl	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Cuauhtli.	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Cozcacuauhtli. . .	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Ollin	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Técpatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Quiáhuitl.	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Xóchitl	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13

Cada una de las trecenas estaba dedicada a la deidad especial que la presidía. Ellas se miran en el cuadro superior de la izquierda en cada una de las 20 hojas, o trecenas, de que se compone el pictógrafo.

El otro cuadro superior lo ocupan hacia la derecha los cuatro primeros signos de la trecena en casillas cuadradas; en seguida en otras casillas los cuatro acompañados; después otros cuatro signos y cuatro aves que servían para los agüeros, formando todo un cuadrado con 16 casillas. Los otros nueve signos están en la parte inferior de la página en sus casillas, y sobre ellos otras tres hileras de éstas con sus acompañados y agüeros.

Las deidades de las trecenas son:

I. *Quetzalcoatl* y *Chalchiuhtlicue.*

II. *Tezcatlipoca* en su forma de luna y en figura de *Titlahuacán.*

III. El mismo *Tezcatlipoca* con *Tlatocaocélotl* o *Teotlamacazqui.*
IV. *Macuilxóchitl.*
V. *Chalchicueye* con *Tlazolteotl.*
VI. *Piltzintecuhtli* e *Ixcozauhqui* o *Tezauhteotl.*
VII. *Hueytlaloc* y *Chalchiuhtlicue* o *Xopancallihueytlaloc.*



Los cuatro primeros días de una trecena del Tonalámatl con acompañados y agüeros.

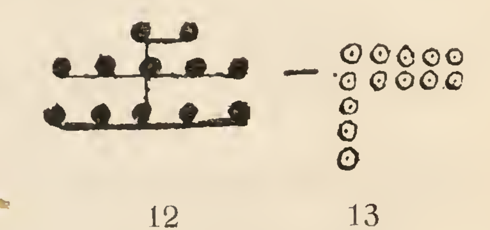
VIII. *Ometochtli* y *Xochimeichpochtli*, dioses del pulque.
IX. *Quetzalcoatl* y *Quetzalma.*
X. *Mictlantecuhtli* y *Teotlamacazqui.*
XI. *Tonatiuh* con *Tlatocaocélotl* y *Tlatocaxólotl.*
XII. *Teonexquimilli Tlazolteotl* con *Tlaltecuhtli.*
XIII. *Teoiztactlachpanqui* y *Quetzalhuexolocuauhtli.*
XIV. *Nahui Ollin, Chicuey Malinalli* y *Piltzintecuhtli*
XV. *Teoyotlatohua Huitzilopochtli* y *Teoyaomiqui.*
XVI. *Ollin Tonatiuh, Tlaloc Ollinemeztli* y *Citlalcueye.*
XVII. *Ahuilteotl* y *Quetzalhuexocuauhtli.*
XVIII. *Piltzintecuhtli, Tlazolteotl* y *Xochiquetzalli.*
XIX. *Tlatocaocélotl* y *Xochiquetzalli.*

XX. *Tezauhteotl Huitzilopochtli* con el signo *Teotecpatl.*

Otro de los elementos de este calendario eran los llamados *Dueños, Señores* o *Acompañados de la noche,* en número de nueve, y éstos sus nombres y orden:

1.	*Xiuhtecutli Tletl.*	4.	*Centnotl.*	7.	*Tlazolteotl.*
2.	*Técpatl.*	5.	*Miquiztli.*	8.	*Tepeyolotli.*
3.	*Xóchitl.*	6.	*Atl.*	9.	*Tlaloc Quiáhuitl.*

Todos los acompañados se expresan en la pintura por cabezas humanas con los atributos y adornos especiales de cada divinidad, mas cambiando continuamente de colores, según el significado o influencia que se les atribuía.



Numeración con puntos.

Su principal objeto fué que al repetirse en el año de 365 días los del Tonalamatl de 260, no se confundiesen y se distinguieran por sus diferentes acompañados.

Para el uso de ellos y sus relaciones, el Sr. Orozco y Berra calculó una Tabla general, y a ella enviamos a nuestros lectores.

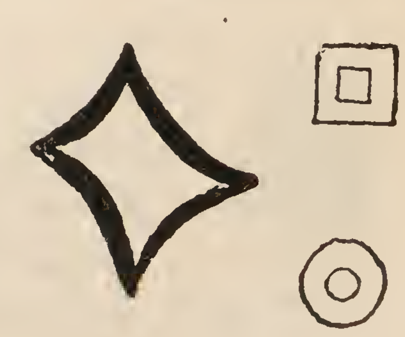
Este calendario era ritual, astrológico y adivinatorio, y lo usaban solamente los sacerdotes y los agoreros. Las personas dedicadas a su estudio y práctica se llamaban *Tonalpouhque.*

1. 1. 8.
Numeración digital.

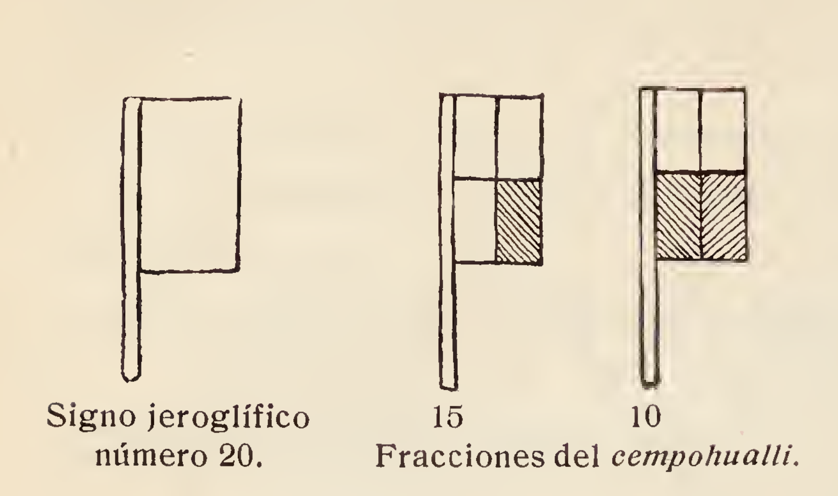
Complemento lógico de lo referente al calendario es dar a conocer la divisiones usuales del día natural.

Distinguían día y noche *(tonalli* y *yohualli),* el día solar repartido en mañana y tarde *(yohuatzinco* y *teotlac),* llamándose el medio día *nepantlatonatiuh* y la media noche *yohualnepantla:* la mañana se dividía en dos períodos, en otros dos la tarde, en otros dos desde la puesta del sol hasta la media noche, y en otros dos desde la media noche hasta la salida del sol; subdividiéndose estos nueve períodos por mitad, en ocho horas, llamémoslas así, de noventa de nuestros minutos aproximadamente para el día y otras ocho para la

Representación jeroglífica del número 5.


Signos jeroglíficos del número 10.

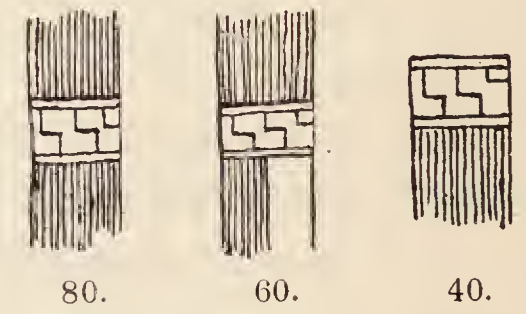
noche, siendo ésta la división civil y de que usaba el pueblo; finalmente, había la subdivisión astronómica en medias horas y cuartos de hora, quedando diez y seis de las primeras para el día y otras diez y seis para la noche, y de la misma manera treinta y dos de los segundos.



Signo jeroglífico número 20. — Fracciones del *cempohualli.*

Putualizaban también los *Vientos cardinales* y las *estaciones,* para todo lo cual tenían nombres propios y representación jeroglífica.

Para todos esos cálculos se necesitaban caracteres numéricos, y los Nahuas los inventaron y tenían muy ingeniosos.



El número 80 y sus fracciones.

Los dedujeron del cómputo del número de los dedos de una mano, y así se obtuvo el núm. 5; computaron los de la otra mano, y alcanzaron el núm. 10, y contando los de los dos pies y manos llegaron al 20.

Nombres simples tienen los 4 primeros números:

1. *Ce.* 2. *Ome.* 3. *Yei.* 4. *Nahui.* 5. *Macuilli,* mano empuñada, es nombre compuesto, y los demás que siguen:

6. *Chicuace.*
7. *Chicome.*
8. *Chicuei.*
9. *Chiconahui.*
10. *Matlactli.*
11. *Matlactlionce.*
12. *Matlactliomome.*
13. *Matlactliomei.*
14. *Matlactlionnahui.*
15. *Caxtolli.*
16. *Caxtollionce.*
17. *Caxtolliomome.*
18. *Caxtolliomei.*
19. *Caxtollionnahui.*
20. *Cempohualli,* una cuenta.

Jeroglífico del número 80

Este es el número mexicano por excelencia; es el *yo,* el individuo compuesto de cuatro partes, los *pies* y las *manos* con sus cinco *dedos.*

21. *Cempohuallionce,* veinte más uno.
22. *Cempoahualliomome,* veinte más dos.
23. *Cempohualliomei,* veinte más tres.
24. *Cempohuallionnahui,* veinte más cuatro.
25. *Cempohuallionmacuilli,* veinte más cinco.

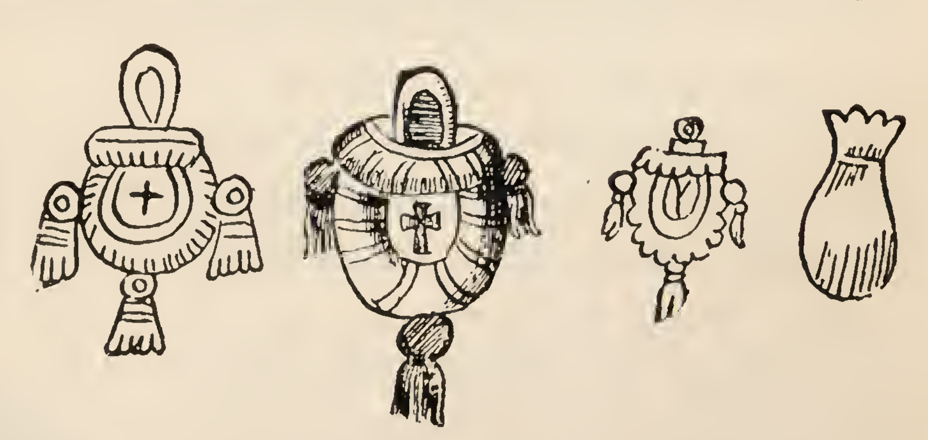
26. *Cempohuallionchicuace,* veinte más seis.
27. *Cempohuallionchicome,* veinte más siete.
28. *Cempohuallionchicuei,* veinte más ocho.



Representación de las centenas

29. *Cempohuallionchiconahui,* veinte más nueve.
30. *Cempohuallionmatlactli,* veinte más diez.
31. *Cempohuallionmatlactlionce,* veinte más once.
32. *Cempohuallionmatlactliomome,* veinte más doce.
33. *Cempohuallionmatlactliomei,* veinte más trece.
34. *Cempohuallionmatlactlionnahui,* veinte más catorce.
35. *Cempohuallioncaxtolli,* veinte más quince.
36. *Cempohuallioncaxtollionce,* veinte más diez y seis.
37. *Cempohuallioncaxtolliomome,* veinte más diez y siete.
38. *Cempohuallioncaxtolliomei,* veinte más diez y ocho.
39. *Cempohuallioncaxtollionnahui,* veinte más diez y nueve.
40. *Ompohualli,* dos veces veinte.

Haciendo a *ompohualli* las mismas adiciones hechas a *cempohualli,* obtenían los números hasta el 59. El 60 es *yeipohualli* o tres veces 20. *Yeipohualli,* con las adiciones sucesivas usadas en las dos series anteriores, forma hasta el 79. El 80 es *nauhpohualli* o cuatro veces veinte, y así los demás hasta llegar a *Cetzontli,* 400, que expresa multitud, abundancia. Si a *tzontli* se le siguen anteponiendo los veinte numerales de la primera serie que lo multiplican, resulta una tercera que llega a 8.000. *Cetzontli, omtzontli,* etc., hasta *caxtollionnauhtzontli* y *xiquipilli,* que es el nombre que se da al numeral ocho mil.


Signos del xiquipilli o número 8.000


Representación del número 4.000 ó medio xiquipilli.

Así como los números intermedios de la segunda serie se forman agregándoles los veinte numerales primeros ligados por la partícula *on,* los de la tercera se componen añadiéndoles los de las

dos anteriores, usando de la voz *ipan* para las cifras de la segunda serie. Aquí terminaba la numeración tolteco-mexicana y ya se encuentra nuevo nombre para el número perfecto de otra serie; pero con anteposición de los otros numerales, podían llegar a números tan avanzados que no habían de necesitarse mayores, tales son:



D. Lorenzo Boturini.
(1746.)

Cetzonxiquipilli, 400 × 8.000 = 3.200,000.

Cexiquipilxiquipilli, 8.000 × 8.000 = 64.000.000.

Puntualizada ya la numeración, veamos la representación jeroglífica de los números.

Encontramos primero la unidad significada por un punto, una raya o un dedo. Se expresaba cualquiera cantidad con el número de puntos o rayas correspondientes, ya pintándolos, labrándolos en los monumentos de piedra o haciéndolos con un taladro.

En el códice Mendocino hay hasta el núm. 8 expresado con ocho dedos; pero generalmente no se usaba de los puntos o líneas sino para los números de 1 al 19; entonces, siguiendo la división numeral de cinco en cinco, se marcaba la separación de los puntos en fracciones de a cinco. Esta regla era general, pero no absoluta, pues varias veces los puntos se dividían simétricamente por el buen parecer del dibujo.



P. Francisco Xavier Clavijero.
(Del original existente en el Museo Nacional de México.)

Pero el número 5, como primer período de la serie de 20, debía tener representación propia, y ésta era una mano abierta. Usóse poco, sin embargo, porque era más fácil poner los cinco puntos. Lo mismo sucedía con el número 10, sin embargo de que tenía figura especial. Era ésta

un cuadrado grande con otro pequeño dentro o dos círculos concéntricos, o más comúnmente un cuadrado puesto con uno de los ángulos hacia arriba y con los lados rectilíneos o curvilíneos.

El número 20 tenía representación propia y muy usada; era una especie de pequeña bandera. Con ésta y los puntos se usaba escribir todos los números hasta 80, repitiendo una bandera por cada 20 y un punto por cada unidad. Así, para representar 72 ponían tres banderas y doce puntos.

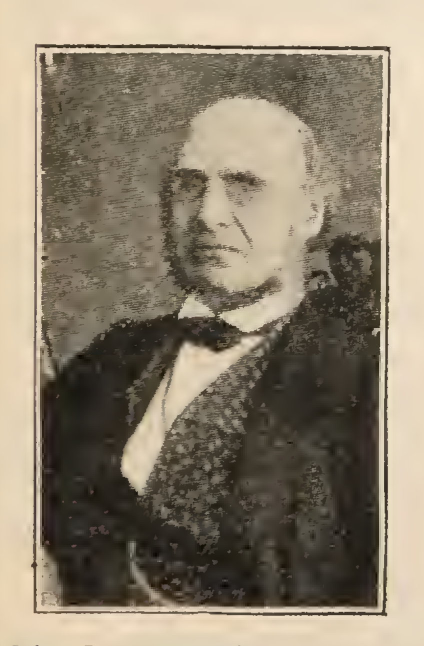


Abate Carlos Brasseur de Bourbourg. (1868.)

Pero como el número 20 lo habían formado con cuatro períodos menores de a 5, dividieron la bandera en cuatro partes que cada una representaba 5 también.

Si la bandera no tenía división, significaba 20 siempre; si la dejaban con tres partes blancas y una de color o señalada como si estuviese separada del resto, expresaba el número 15, y si esta división era por mitad, daba el número 10.

El número 80 se representaba por un atado de hierbas, su mitad en 40 y las tres cuartas partes 60; también se figuraba la cifra 80 con una turquesa adornada de hierbas en su parte superior.



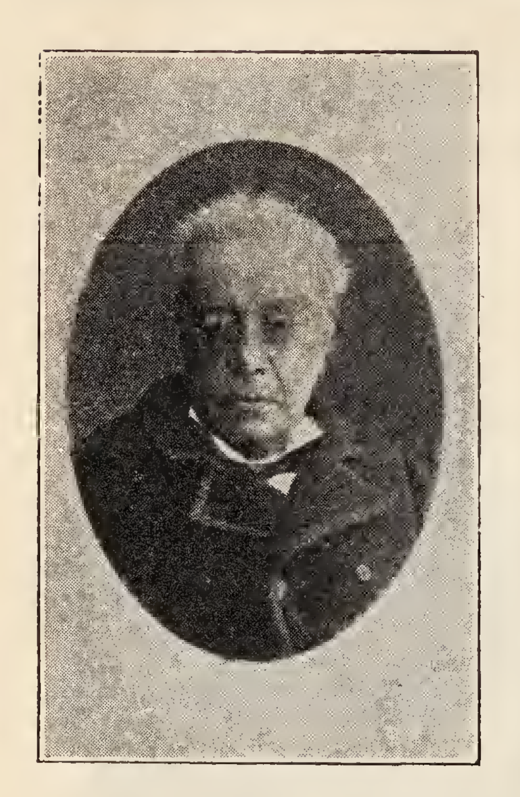
Lic. J. Fernando Ramírez. (1867.)

Para significar el *tzontli* ó 400, usóse la parte barbada de una pluma, que da buena idea de la cabellera, y así como habían dividido el *pantli* del 20 en cuatro partes, pintaban sólo tres cuartas de la pluma para demostrar el número 300, la mitad para el 200 y una cuarta parte para el 100.

El *xiquipilli* se significaba con una bolsa así llamada; muy rara vez es de cuero con la boca amarrada, y se conoce un signo que representa media bolsa ó 4.000.

Los pueblos civilizados de México, casi todos, con excepción de los de la familla maya-quiché, tuvieron civilización análoga á la que

acabamos de bosquejar, con los cambios naturales de nombres que el idioma propio de cada cual requería.



Lic. D. Manuel Orozco y Berra (1880.)

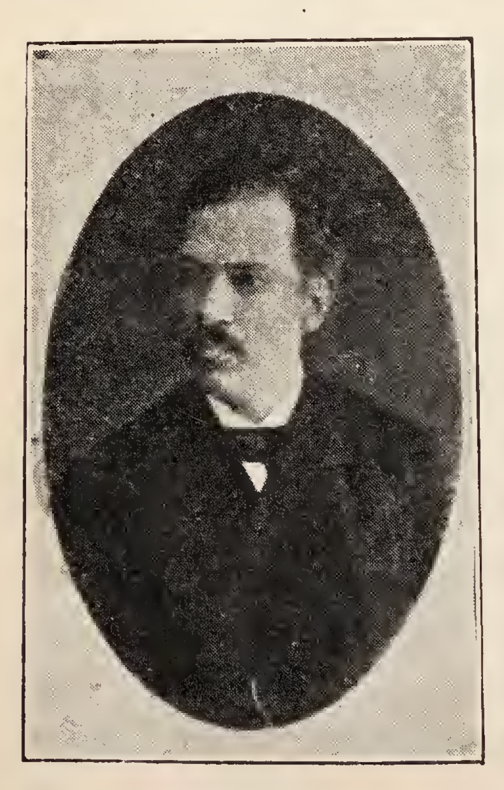
Cálculo del tiempo, numeración, escritura jeroglífica, mitología, culto, etc., etc., todo fué modificado e influenciado por la poderosa raza de los méxica.

En vista de estas analogías y otras que no es posible detallar en este libro, ocurre la idea de simplificar o relacionar a un corto número de familias las numerosas razas y tribus de nuestro suelo.

Los modernos estudios antropológicos, principalmente los folklóricos y etnoógicos, parece que en algo han resuelto la cuestión, dando como origen de todas ellas a *tres* grupos: el *Maya-Quiché,* el *Otho-Mixteco-Tzapoteca* y el *Nahua.*



Lic. Alfredo Chavero.. (1880.)



Profesor D. Francisco del Paso y Troncoso. (1892.)

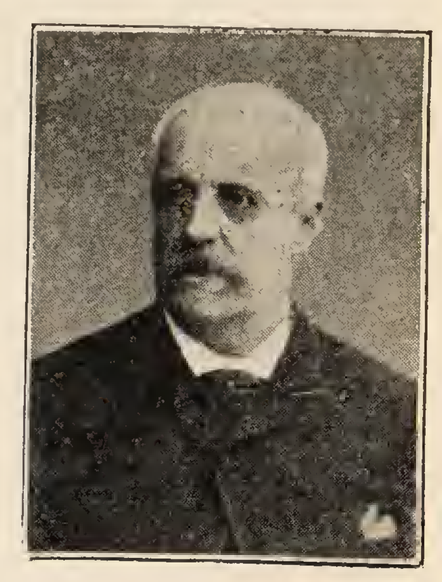
Los estudios históricos de México están actualmente en plena época de reconstrucción; nada se puede afirmar, nada se puede negar; hoy aparece un documento, mañana otro, y, por lo mismo, ninguna teoría tiene base sólida.

Los primitivos cronistas todo lo creyeron con la mejor buena fe; los escritores indios todo lo alteraron según su amor propio y sus intereses patrióticos y personales.

No desdeñamos por eso sus trabajos; nos lamentamos, sí, de sus contradicciones, sus anacronismos y su casi ninguna crítica. No sabemos qué decir del Omar méxica, *Izcoatl,* y de sus imitadores; admiramos la inmensa

labor del caballero *D. Lorenzo Boturini*, a quien se deben los pocos documentos originales que existen de nuestra historia, y que con tanto empeño como trabajo recogió.

Satisface a nuestro amor patrio la tentativa de fundar la historia crítica de México, intentada con tanto éxito por el ilustre *Clavijero;* y no podemos menos que consagrar un recuerdo al investigador de la historia precolombina de México, al sabio abate *Carlos Brasseur de Bourbourg,* no obstante sus fantaseos y exageraciones.



D. Joaquín García Icazbalceta. (1894.)

Recogiendo lo bueno de los antiguos historiadores; corrigiendo los errores y desvaríos de los modernos; imponiendo ideas y criterio propio que han encarrilado en buena senda a la historia mexicana, e imponiéndose como autoridad entre nacionales y extranjeros, tenemos a los señores *Lic. D. José Fernando Ramírez, D. Joaquín García Icazbalceta, Ingeniero D. Manuel Orozco y Berra, Lic. D. Alfredo Chavero* y *Profesor D. Francisco del Paso y Troncoso,* quienes con sus escritos y enseñanzas han fundado una escuela histórico-mexicana genuinamente nacional.

Bibliografía.

ABADIANO (D.).—*Estudio arqueológico y jeroglífico del Calendario o gran libro astronómico, etc.* México, 1889.

ANALES DE CUAUHTITLAN. — *Noticias históricas de México y sus contornos.* México, 1885.

ANTIGÜEDADES MEXICANAS, *publicadas por la Junta Colombina de México, en el cuarto Centenario del descubrimiento de América.* México, 1892. 2 vols.

ANTÓN (M.).—*Antropología de los pueblos de América anteriores al descubrimiento.* Madrid, 1892.

BALDWIN (J.). –*Ancient America.* New York, 1871.

BANCROFT (H. H.). — *Works.* San Francisco de California, 1883-93. 40 vols.

BANDELIER (A. F.).—*On the distribution and tenure of lands, and the*

customs with respect to inhabitance, among the ancient Mexicans. Sin lugar ni año.

BOTURINI BENADUCI (L.).—*Idea de una nueva historia general de la América Septentrional.* Madrid, 1746.

BRASSEUR DE BOURBOURG (C.).—*Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale.* París, 1857. 4 vols.

— *Manuscrit Troano. Études sur le système graphique et la langue des Mayas.* París, 1869-70. 2 vols.

BRINTON (D. G.).—*The Toltecs and their fabulouse empire.* En «Essays of an Americanist». Philadelphia, 1890.

— *María Candelaria. An historic drama from American aboriginal life.* Philadelphia, 1897.

— *Ancient Nahuatl Poetry.* Philadelphia, 1890.

— *The Maya Chronicles.* Philadelphia, 1882.

— *The American Race.* New York, 1891.

— *Primer of the Maya Hieroglyphics.* Philadelphia, 1895.

— *The Native Calendar of Central America and Mexico.* Philadelphia, 1893.

BASALENGAL (FR. D.).—*Arte y Diccionario doble en lengua Matlaltzinca.* Año de 1640. Manuscrito autógrafo e inédito. En mi poder.

BURGOA (FR. F.).—*Palestra historial de virtudes y exemplos Apostólicos y Geographica Descripcion de la Parte Septentrional del Polo Artico de la América, y nueva iglesia de las Indias Occidentales, y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca, etc., etc.* México, 1670-74. 3 vols.

CARRIEDO (J. B.).—*Estudios históricos y estadísticos del Estado oaxaqueño.* Tomo I. Oaxaca, 1849.

CLAVIJERO (F. X.).—*Historia antigua de México, traducida por el Dr. F. P. Vázquez.* Méjico, 1853.

CÓDICE AUBIN.—*Histoire de la nation mexicaine depuis le départ d'Aztlan jusqu'à l'arrivée des Conquérants espagnols et au delà.* 1607, París, 1893.

CÓDICE BARANDA.—En «Antigüedades Mexicanas».

CÓDICE BORBÓNICO. - París, 1891.

CÓDICE BORGIANO.—En «Kingsborough's Antiquities».

CÓDICE COLOMBINO.—En «Antigüedades Mexicanas».

CÓDICE DEHESA.—En ídem ídem.

CÓDICE DRESDENSIS.—En «Kingsborough's Antiquities».

CÓDICE MAYA, denominado CORTESIANO. Madrid, 1892.

CÓDICE MENDOCINO.—En «Kingsborough's Antiquities».

CÓDICE PORFIRIO DÍAZ.—En «Antigüedades Mexicanas».

CÓDICE RAMÍREZ.—En «Crónica de Tezozomoc».

CÓDICE VATICANO.—En «Kingsborough's Antiquities».

CÓDICE ZELIA NUTTALL.

CÓDICE TELLERIANO REMENSIS.—En «Kingsborough's Antiquities».

CÓDICE MAGLIABECHIANO.

CÓDICE LAUD.

CÓDICE MARIANO JIMÉNEZ.—México, 1904.

CÓDICE SIERRA.—México, 1906.

COGOLLUDO (FR. D. L. DE).—*Historia de Yucatán*. Mérida, 1867; tercera edición. 2 vols.

CONGRES INTERNATIONAL DES AMÉRICANISTES.—*Compte rendu de la 1.e, 2.e, 3.e, 4.e, 5.e, 7.e, 8.e, 9.e, 10.e y 11.e sessions*. 12 vols.

CORDILLERA *de los pueblos que antes de la conquista pagaban tributo a el Emperador Mutezuma y en qué especie y cantidad*. En «Cartas de H. Cortés», edición Lorenzana. México, 1770.

CHARANCEY (CONDE DE).—*L'historien Sahagun et las immigrations mexicaines*. Alençon, 1898.

CHARNAY (D.).—*Les Tolteques au Tabasco et dans le Yucatan*. París, 1885.

— *La civilisation tolteque*. París, 1885.

CHAVERO (A.).—*Historia antigua de México*. En «México a través de los siglos». Barcelona, 1877.

DALLY (M. E.).—*Sur les races indigènes et sur l'archéologie du Mexique*. París, 1862.

DELORME SALTO (R.).—*Los aborígenes de América*. Madrid, 1894.

DURÁN (FR. D.).—*Historia de las Indias de Nueva España*. México, 1867-80. 2 vols. y un Atlas.

GALINDO Y VILLA (J.).—*Don Joaquín García Icazbalceta. Noticia biográfica y bibliográfica*. México, 1889.

GARCÍA (FR. G.—*Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. Madrid, 1729.

GERSTE (A.).—*Archéologie et Bibliographie Mexicaine*. Bruxelles, 1888.

— *La langue des chichiméques*. Bruxelles, 1891.

GOODMAN.—*The Archaic Maya Inscriptions*. London, 1897.

GRANADOS Y GÁLVEZ (FR. J.).—*Tardes Americanas*. México, 1778.

HOLMES (W. H.).—*Archeological Studies among the ancient cities of Mexico*. Partes I y II. Chicago, 1897-98.

— *Evidences of the antiquity of man on the city of Mexico*. Washington, 1885.

IXTLIXOCHITL (F. DE A.).—*Obras históricas. Relaciones e Historia Chichimeca*. México, 1892. 2 vols.

KINGSBOROUGH (LORD).—*Antiquities of Mexico*. London, 1831-48. 9 vols. En esta espléndida obra se encuentran casi todos los Códices jeroglíficos mexicanos conocidos.

LANDA (FR. D. DE).—*Relación de las cosas de Yucatán*. París. Sin año.

LEÓN (N.).—*Anales del Museo Michoacano*. Morelia, 1888-90. 3 vols.

LEÓN (N.).—*Los Tarascos*. México, 1904-6.

ID (ÍD.).—*Familias Lingüísticas de México*. México, 1902.

ID (ÍD.).—*Los Popolocas*. México, 1905.

MAPA DE TEPECHPAN.—*Historia sincrónica y señorial de Tepechpan y México*. En «Anales del Museo Nacional». México, 1886. Tomo III.

MAPA TLOTZIN.—*Historia de los reyes y de los Estados soberanos de Acolhuacan*. En «Anales del Museo Nacional». Tomo III. México, 1886.

MAPA QUINATZIN.—*Cuadro histórico de la civilización de Tetzcuco.* En «Anales del Museo Nacional». TOMO III. México, 1886.

MASSON (O. T.).—*Migration and the food quest: a study in the peopling of America.* Washington, 1896.

MAUDSLAY (A. P. &.).—*Anne Cary Maudslay.—A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America.* London, 1899.

MAYER (B.).—*Mexico, as it was and as it is.* Philadelphia, 1847.

MOLINA SOLÍS (J. F.).—*Historia del descubrimiento y conquista del Yucatán, con una Reseña de su historia antigua.* Mérida de Yucatán, 1896.

MORGAN (L. H.).—*Ancient Society.* New York, 1878.

MUÑOZ CAMARGO (D.).—*Historia de Tlaxcala.* México, 1892.

NADAILLAC (MARQUIS DE).—*L'Amérique préhistorique.* París, 1883.

— *L'homme.* París, 1892.

NUTTALL (Z.).—*Note on the ancient mexican calendar system.* Stockholm, 1894.

OBER (F. A.).—*Travels in Mexico and life among the mexicains.* Boston, 1887.

OROZCO Y BERRA (M.).—*El Tonalamatl.* En «Anales del Museo Nacional». Tomo IV. México, 1887.

—*Historia antigua y de la conquista de México.* México, 1880. 3 vols. y Atlas.

ORRIO (F. X. A. DE).—*Solución al gran problema acerca de la población de las Américas.* México, 1763.

PARRY (F.).—*The sacred maya stone of Mexico and its symbolim.* London, 1893.

PASO Y TRONCOSO (F. DEL).—Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México. Madrid, 1892-93. 2 vols.

PLONGEON (A. LE).—*Queen Moo and the Egyptian Sphinx.* Chicago.

POMAR (J. B.).—*Relación de Tezcoco*, escrita el año 1582. En «Icazbalceta: Nueva colección de documentos». México, 1891. Tomo II.

PUTNAM (F. W.).—*Notes on Copper implements from Mexico.* Worcester, 1882.

RELACIÓN *de las ceremonias y ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Mechuacan, etc.* En «Colección de documentos inéditos para la historia de España». Tomo LIII. Madrid, 1869.

REVEILLE (A.).—*Les religions du Mexique, de l'Amérique Centrale et du Perou.* Paris, 1885.

SAHAGÚN (FR. B. DE).—*Historia general de las cosas de Nueva España.* México, 1829. 3 vols.

— *Inic matlactetl o mune amoxtli itechpatlatua in quenin muchiuh ian iotl in nican ipan altepetl México.* Copia manuscrita del Códice de la Biblioteca Laurenzio-Medicea, de Florencia, con 131 figuras intercaladas en el texto.

SELLER (E.).—*Zur mexicanischen Chronologie, mit besonderer Berücksichtïngung des Zapotekischen Kalenders.* Berlín. Sin año.

SENTENACH (N.).—*Ensayo sobre la América precolombina*. Toledo, 1898.

SPENCER (H.).—*Los antiguos mexicanos*. Traducción de G. García y D. García. México, 1896.

TEZOZOMOC (H. A.).—*Crónica Mexicana*. México, 1878.

THOMAS (C.).—*Introduction to the study of North American Archeology*. Cincinnati, 1898.

TORQUEMADA (FR. JUAN DE).—Veintiún libros rituales y *Monarchia Indiana*. Madrid, 1723. 3 vols.

VALENTINI (P. H. J. J.).—*The Olmecas and Tultecas*. Worcester, 1882.

— *The Landa Alphabet; A Spanish fabrication*. Worcester, 1880.

WINSOR (JUSTIN).—*Narrative and Critical History of America*. Boston and New York, 1889.

ZURITA (A. DE).—*Breve y sumaria relación de los Señores de la Nueva España*. En «Icazbalceta: Nueva Colección de documentos». Tomo III. México, 1891.


TERCERA PARTE
Postcortesiana
y Colonial



TERCERA PARTE

POSTCORTESIANA Y COLONIAL

CAPÍTULO PRIMERO

Ideas de los antiguos filósofos sobre la forma de la Tierra.—Expediciones fenicias.—La Atlántida.—Convicciones de existir tierras incógnitas en el Océano.—Viajes de los escandinavos y noruegos.—Huitramanlandia.—Viajes de los hermanos Zeno.—San Brandano.—Globo de Behaim.—Cristóbal Colón.—Patria y primeros estudios.—Sus viajes.—Su matrimonio.—Estudios especiales.—El piloto Alonso Sánchez.—Ofertas a Génova, Venecia y Portugal.—Llegada de Colón a Palos.—La Rábida.—Amigos de Colón.—Gestiones en Sevilla y en la Corte.—Junta de doctores.—Guerra contra los moros.—Nuevas ofertas del Rey de Portugal.—El Rey de Francia.—El Rey de Inglaterra.—Colón segunda vez en la Rábida.—Empeño de sus amigos para que no fuese a Francia.—Colón en Granada.—Nuevo desengaño.—Se dirige a Francia y se le devuelve del camino.—Arreglo satisfactorio con la reina Isabel.—Tercera vez Colón en la Rábida.—Regocijo de sus amigos.—Disposiciones preliminares para el viaje en pos de nuevas tierras.

Los sabios de la antigüedad parece que nunca tuvieron la más remota idea o indicio de las tierras llamadas hoy americanas; dependiendo esto, principalmente, de la falsa concepción que de la forma de nuestro globo se forjaron.

Las cosmogonías más antiguas suponían que la tierra descansaba sobre el lomo de gigantesco elefante, conducido a su vez por una inmensa tortuga, que paseaba su carga sobre un mar sin límites; creían otros que nuestro globo era semejante a una flor de loto y abría su corola sobre las aguas, o que el gigante Atlas sostenía la Tierra sobre sus robustos hombros.

Los helenos, con Homero, la figuraban como un disco cóncavo

orlado de montañas en su circunferencia y rodeado por el misterioso Océano.

Seis siglos antes de nuestra era, Tales de Mileto señala el primero la esfericidad de la Tierra y predice los eclipses; y Platón, más tarde, enseña la existencia de los antípodas, como necesaria consecuencia de la esfericidad de la Tierra, y Sócrates proclama que la porción del globo desde el recóndito Phasis hasta el estrecho de Hércules no es más que una corta porción de aquél.

Aristóteles, más que ningún otro, vulgariza los conocimientos y enseñanzas tocante a la Tierra, aunque con ideas erróneas respecto a su medida y habitabilidad. Eratóstenes, Hiparco y Posidonio hacen notables avances en la ciencia geográfica, y con Ptolomeo e Hiparco se llega al apogeo de la geografía de los antiguos, en sus conceptos de matemática y gráfica.

Las exploraciones de Necos, encomendadas a navegantes fenicios; las conquistas de Alejandro Magno y las de los romanos, influyen grandemente en los adelantos y descubrimientos geográficos.

Ptolomeo cierra la época de la geografía antigua; viene después la Edad Media, en que toda la ciencia se ofusca y se ve próxima a morir.

En el siglo XV empieza el renacimiento de la geografía, y a los portugueses, más que a ninguno, se les deben los mejores adelantos y los más trascendentales descubrimientos.

Los viajes de los comerciantes genoveses y venecianos son los únicos elementos con que cuenta la geografía al fin casi de esa edad para ensanchar la esfera de sus conocimientos, y la proximidad a que llegaron del Ecuador sirvió para ir poco a poco modificando entre algunos las ideas que sobre la zona tórrida tenía la generalidad.

No podía la humanidad, ni menos los filósofos, conformarse con la idea del Océano deshabitado y sin límites; bajo la influencia, pues, de esa inconformidad, algunos marinos intrépidos se aventuraron a hacer atrevidos viajes para arrancar su secreto al tempestuoso Océano.

Mil años antes de Cristo los fenicios traspasaron las columnas de Hércules y emprendieron viajes a lo largo de la costa africana por su parte occidental, y es casi seguro que conocieron las islas Canarias. A mediados del siglo VI, antes de Cristo, salió de Cartago una gran expedición colonizadora al mando de Hanon, con más de 30.000 per-

sonas de ambos sexos. Pytheas, comerciante de Massilia (Marsella) emprendió un viaje por mar el año 340 antes de Cristo, que lo llevó hasta la misteriosa Thyle o Thule, y al mismo tiempo su compatriota Euthymenes navegaba a lo largo de la costa de Africa hasta el Senegal.

La narración hecha a Sertorio, 80 años antes de Cristo, tocante a las islas Atlántidas, por los marinos desterrados de España, tuvo gran resonancia.

A todo lo dicho se agrega el acontecimiento efectuado en las costas alemanas, entre los ríos Weser y Elba, de haber sido arrojado allí un bote tripulado por hombres pertenecientes a una raza desconocida.

Este conjunto de sucesos arraigó en el ánimo de todos los sabios de la antigüedad la convicción de que existían tierras incógnitas allende el Atlántico, creencia de la cual son genuina expresión los versos que Séneca pone en boca de los coros en su *Medea:*

Venient annis saecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

(Siglos de más ventura
Vendrán en la remota edad futura,
En que el inmenso Océano, los lazos
Que hoy atan la materia, hará pedazos.
De sus senos profundos
Sacará nuevo Fifis nuevos mundos;
Y ensanchando sus límites la tierra
Dejará de ser Thule (la remota
Isla que el mar septentrional azota)
El último confín que el Orbe encierra.)

(Montesdeoca)

No obstante tan arraigada convicción, es indudable que ningún pueblo de la antigüedad abordó las costas del Nuevo Mundo, y aun los pretendidos viajes de la Edad Media hay que tomarlos con mucha reserva.

Los chinos cuentan que el año 499 de Cristo, el sacerdote budista Hoei-Shin volvió a China desde el país de Fusang, tierra que se ha creído estaba situada en el Nuevo Mundo y era el México actual.

Más verosímil que lo antes narrado son las casi comprobadas tra-

Madera fué arrojado por los vientos a una isla desconocida en el lejano Occidente. A su vuelta lo recogió Colón, llevándole muy enfermo a su casa, y en ella murió, haciendo antes importantes revelaciones. Tal aseveración, según las modernas investigaciones, está muy lejos de ser exacta.

Fruto de sus estudios, de las conversaciones con los marineros y no de las pretendidas confidencias de Sánchez, nació en el ánimo de Colón la idea de buscar un camino para la India, navegando con rumbo a Occidente, y descubrir nuevas tierras.

Procedió luego a poner en práctica sus convicciones, ofreciendo, al decir de algunos, sus servicios a Génova, su patria, luego a Venecia y finalmente a Portugal.

Las dos primeras naciones no le hicieron caso, y sólo el rey D. Juan II le dió acogida, mandando que una junta de sabios y nobles examinaran el proyecto.

Estos dictaminaron, diciendo que Colón era un loco presuntuoso y visionario, desechando, en consecuencia, sus proposiciones; ello no obstante, le pidió el Rey mayores datos y aun sus planos y derroteros para examinarlos, y simulando una expedición para llevar víveres al Africa, hizo que salieran de Lisboa unas naves con encargo de seguir los derroteros trazados por Colón.

Temerosos los navegantes portugueses de algún fracaso, y sin ánimo ni conocimientos suficientes para llevar a cabo tal empresa, regresaron bien pronto diciendo que eran del todo falsas las teorías del genovés.

Sabido que fué por Colón tan innoble proceder, lleno de indignación abandonó a Portugal, hacia 1484, partiendo para España decepcionado y pobre, con su pequeño hijo Diego, pues ya su esposa había muerto.

De Portugal se dirigió Colón a Sevilla acogiéndose con Juan Berardi, su paisano, al que de tiempos atrás le unían relaciones de amistad. Este, por sí o por medio de otra persona de suposición consiguió introducirlo ante el Duque de Medinasidonia, D. Enrique de Guzmán, mas no logró interesarle a este personaje ni el proyecto ni la persona de Colón.

En compensación de este desengaño tuvo en D. Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, un admirador entusiasta y un protector generoso que aun llegó a pensar tomar a su cargo la ejecución del proyectado descubrimiento.

Reflexionando después con un poco de detenimiento en aquello comprendió que era empresa más de un gobierno que de un particular y se resolvió entonces ofrecérsela a la reina Isabel, encomiándole la trascendental importancia de ella. Acogió la reina con entusiasmo el proyecto y quiso oir de los labios de Colón mismo las razones y fundamentos en que lo apoyaba.

Bajo la protección del de Medinaceli partió Colón para Córdoba, lugar en que se encontraban los Reyes Católicos, a principios del año 1486 y allí ayudado por el Arzobispo de Toledo, D. Pedro González de Mendoza, logró ser recibido y escuchado por los Reyes, el 20 de enero de 1486. El rey Fernando acogió con desconfianza el proyecto de Colón no obstante las recomendaciones y entusiasmo con que recomendaban a su autor elevados personajes de la corte como Santángel, Quintanilla, la marquesa de Moya y su esposo Andrés Cabrera, doña Juana de la Torre, Gricio, Rafael Sánchez, el Dr. Chanca, el Padre Gorricio y Fr. Antonio de Marchena.



Isabel la Católica.

Ya sea para aquilatar las ideas de Colón o para despedirle sin contrariar a la reina Isabel que se mostraba partidaria del proyecto del genovés, el rey Fernando comisionó a su confesor Fr. Hernando de Talavera para que éste lo eximinase y discutiese como mejor le pareciere.

Preocupado Fr. Hernando con sus ideas de reconquista y expulsión de la morisma, de España, no recibió bien el proyecto de Colón que tendía a distraer elementos nacionales.

Bajo esta idea reunió un Consejo en Córdoba a principios del año 1486 en el que se resolvió: «Que en la opinión de la Junta, el propuesto proyecto era vano e imposible, y que no convenía a tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento.»

Atenuaron los reyes tan áspera y desconsoladora respuesta aplazando para más tarde «volver a la materia, cuando más desocupados Sus Altezas se vieran de lo que se veían entonces por las atenciones de la guerra».

Entre los partidarios de Colón figuraba en primer término Fray Diego de Deza, Prior del convento de Dominicanos de Salamanca y hombre de gran ciencia. De acuerdo éste con los amigos y partidarios de Colón se propusieron oponer al Consejo de Córdoba unas conferencias sobre el mismo asunto en la Universidad de Salamanca. Todo esto acontecía en los últimos meses del año 1486 y las conferencias se celebraron en un salón del convento de San Esteban.

Resultado de estas conferencias fué disipar las malas impresiones del Consejo de Córdoba, dar realce a la personalidad de Colón y que éste comenzara a percibir emolumentos, mercedes, distinciones y auxilio de todos géneros. El 5 de mayo de 1487 ya Colón recibía un sueldo que se le sostuvo hasta las capitulaciones de Santa Fe.

Permaneció Colón en Córdoba todo el tiempo de la campaña de Vélez-Málaga y de Málaga y entonces fué cuando se relacionó con D.ª Beatriz Enríquez.

Abierta la campaña contra los moros la siguió Colón para estar cerca de los reyes tratando siempre de su proyecto. Tres años duró en esta brega sin alcanzar nada definitivo; aburrido y desesperado por ello, abandonó la corte dirigiéndose a Portugal.

A su paso por Palos de Moguer visitó el convento de Santa María de la Rábida, del cual era guardián Fr. Juan Pérez, quien informado del proyecto, trabajos, desengaños y resolución de Colón, después de conferenciar largamente con el físico García Hernández resolvió escribir una carta a la reina Isabel rogándole no dejara a España sin la gloria de realizar esa empresa y cediese en algo a las pretensiones del autor de la misma.

A los catorce días contestó la reina al P. Fr. Juan Pérez «agradeciéndole su buen propósito, mandándole se presentase en la

corte ante S. A., y que dejase a Colón en seguridad de esperanza hasta que S. A. le escribiese».

Resultado de lo dicho fué que Colón recibiera, juntamente con la orden de volver a la corte, 20.000 maravedíes de oro en florines.

Llegó a la corte y allí le recibió con alegría su amigo Santángel y entonces la reina ordenó a su secretario Juan de Coloma que extendiese todos los despachos y redactase la capitulación para dejar definitivamente terminado ese asunto.

Cincuenta y seis años de edad contaba entonces Colón, y habían pasado diez y ocho años desde que concibiera su grandioso proyecto, hasta el día en que se le facilitaban los medios de realizarlo.



CAPÍTULO II

Dificultades para emprender el viaje.—Martín Alonso Pinzón.—Viajes de Colón.—Sus infortunios y muerte.—Origen del nombre América.

En 17 de abril de 1492 firmó Colón sus capitulaciones y contrato con los Reyes Católicos en el real de Santa Fe, y se apresuró a ejecutarlo, embargando algunos barcos que estaban en el puerto de Palos y convocando gente para el viaje. A punto estuvo de fracasar esta empresa, pues no encontraba gente que quisiese acompañarle, temerosa de los peligros desconocidos en aquella inusitada navegación. Todo ello se venció al fin mediante la influencia de un marino de Palos llamado Martín Alonso Pinzón, ayudado por sus dos hermanos, al grado que en principios de agosto había en el puerto tres carabelas a la orden del ilustre navegante. Colón mandaba la mayor de éstas, llamada *Santa María;* la segunda, la *Pinta,* iba a la orden de Martín Alonso Pinzón, y la tercera, la *Niña,* la regía Vicente Yáñez Pinzón hermano del anterior.

Memorable fecha es el viernes 3 de agosto del año 1492, en cuyo día, después de haberse dispuesto como buenos católicos el Almirante y toda la tripulación, salieron de junto a Palos las tres carabelas para realizar uno de los más notables y asombrosos acontecimientos que en la historia de la humanidad se narran.

Tres días después de haberse hecho a la vela (*dice un notable escritor*), arribó Colón a las Canarias, viéndose obligado a detenerse un mes en estas islas para reparar los muchos desperfectos o averías que habían sufrido las naos, que estaban en tal estado que se consideraba difícil, ya que no imposible, pudiesen resistir una navegación que, a no dudarlo, debía ser tan larga como peligrosa. El 6 de Septiembre, después de haber embarcado provisiones frescas,

emprendió verdaderamente Colón el viaje para descubrir el Nuevo Mundo, haciendo vela al Oeste, abandonando todos los derroteros seguidos hasta entonces por los navegantes, y metiéndose en un mar desconocido.



Partida de Cristóbal Colón del puerto de Palos (España)

Las peripecias de este viaje de todos conocidas, los numerosos peligros que se corrieron, entre los cuales no fué el menor la ignorancia y pusilanimidad de los tripulantes, dan a la figura de Colón una grandeza extraordinaria.

Esperanzas y desalientos, abnegación y conatos de rebelión se sucedían unos a otros imponiéndose la firmeza de Colón en todos ellos.

Narrar los incidentes de esa navegación sale de los límites de esta obra y de ello diré tan sólo que la grandeza de la empresa estaba al nivel de la excelsitud de los que la acometieron.

Se habían recorrido ya mucho más de las 750 leguas que se calcularon eran necesarias para llegar a ella, sin que se distinguiese ninguna ribera. Al fin, a las diez de la noche del 11 de Octubre, Colón, que estaba sobre el castillo de proa, observó a cierta distancia, e hizo observar a sus compañeros, una luz que estaba en movimiento

como si fuese llevada de una parte a otra. ¡Humilde faro que anunciaba la presencia de un nuevo continente!

A las dos de la madrugada del 12, Rodrigo de Triana, marino de la *Pinta*, que navegaba siempre a la cabeza de la pequeña flota, dió el ansiado grito de *¡tierra, tierra!*, sin que se le diese mucho crédito a causa de haber sido engañados ya muchas veces por las apariencias. Esperóse la llegada del día con la agitación que producen la inquietud y la impaciencia, y al rayar la aurora se distinguió claramente a dos leguas al Norte una isla resplandeciente de verdura. Entonóse el *Te-Déum* por la tropa, que, con lágrimas de gozo y con todas las señales del arrepentimiento más sincero, se postró ante Colón pidiendo les perdonase su ignorancia, su incredulidad y su insolencia.

Al salir el sol se echaron al agua las chalupas, y Colón, vestido de gala, empuñando con una de sus manos el estandarte real y con la



Desembarco de Cristóbal Colón en América

otra su espada, desembarcó el primero, se arrodilló y besó la tierra, de la que tomó posesión en nombre de la corona de Castilla y de León. Los naturales, llenos de temor a la vez que de asombro, miraban en silencio todas aquellas para ellos ininteligibles ceremonias,

sin prever lo que desde aquel momento había comenzado para su país.

Les obsequió Colón con cuentas de vidrio, bonetes colorados y otras bujerías, y ellos correspondieron llevando a los navíos papagayos, hilo y algodón y azagayas. Preguntados por si tenían oro, respondieron que «yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, allí había un rey que tenía grandes vasos de ello y tenía muy mucho».

Colón dió a esta isla el nombre de *San Salvador,* aunque es más conocida con el de *Guanahaní* que le dieron los naturales: era una de las Lucayas, rodeada de las innumerables islas del banco de Bahama que Colón pensaba eran las 7.488 indicadas por Marco Polo. Siguiendo las indicaciones de los isleños, determinó dirigir su rumbo hacia el Sur, no dudando encontrar el país del oro y de las especias, la India, su constante preocupación. Descubrió varias islas, tomando tierra en tres de ellas, a las cuales dió los nombres de *Santa María de la Concepción, Fernando* e *Isabel;* en ellas se le indicó por los insulares que el oro lo traían igualmente del Sur. Siguiendo de nuevo esa dirección, descubrió muy pronto un país tan extenso que dudó si sería continente o isla; los habitantes de San Salvador, que iban a bordo de sus buques, le dijeron llamarse *Cuba,* y Colón le dió el nombre de *Juana.* Su magnífica vegetación, sus flores, sus frutos y sus aves de brillantes colores hirieron tan vivamente su imaginación, que le llevaron hasta el punto de asegurar a los Reyes Católicos que era aquél el país más hermoso que jamás vieron los ojos humanos, en el que quisiera vivir eternamente, y en el que no se concebía ni el dolor ni la muerte. Reconocido lo interior del país por los españoles, observaron que el terreno estaba cultivado en muchos puntos y con más perfección que en las islas hasta entonces descubiertas; encontraron muchas chozas esparcidas, y además una población en la que moraban más de mil habitantes, que si bien iban desnudos como los de San Salvador, y los recibieron con el respeto y temor que aquéllos, parecían tener bastante más inteligencia. Hicieron entender a Colón que el oro que les servía de adornos se encontraba en *Cubanacán,* o sea el interior de Cuba, lo que dió lugar a que aquél, ignorante de su idioma, poco acostumbrado a su pronunciación, y sobre todo alucinado por la idea que tenía formada sobre la situación de las Indias, supusiera que le hablaban del *gran Kan,* y que por lo mismo no debía distar mucho el reino de *Cathay* descrito por Marco Polo.

No se halló tampoco en la isla de Cuba oro en cantidad bastante a satisfacer la codicia de los españoles, indicando a éstos los cubanos, como punto en que abundaba tan precioso metal, otra isla, situada al Este, que designaron con el nombre de *Haití*. Preparábase Colón a hacerse a la vela hacia este punto, cuando Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, el más velero de los buques de la escuadra, separóse de ésta al objeto de tomar antes que otro posesión de tan rico país. Dirigiéndose Colón hacia el Sudeste, arribó el 6 de diciembre a Haití, una de las más bellas islas del mundo. Diósele el nombre de *Española,* y sus habitantes, que se asemejaban mucho a los de Guanahaní y Cuba por su desnudez, su ignorancia y su simplicidad, eran tan afables, tan crédulos, tan hospitalarios, y tomaron los españoles tal ascendiente sobre ellos, que Colón escribía a los Reyes: «Si VV. AA. mandasen prenderlos a todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada sería más fácil que conseguirlo.» Tenían mucho oro que recibían de sus vecinos y que entregaron a los españoles en cambio de cascabeles, abalorios, alfileres y otros objetos de ningún valor. No satisfacía esto a Colón y sus compañeros, que querían saber dónde estaban situadas las minas del precioso metal, preguntándoselo a todos los naturales del país con quienes pudieron tener comunicación: éstos les señalaron un país montañoso, llamado *Cibao,* algo distante y situado al Este. Creyó que el país descubierto estaba próximo a las comarcas más orientales del Asia, y que el de Cibao no era otro que el de *Cipango,* nombre dado por Marco Polo y otros viajeros a las islas del Japón.

En 24 de diciembre dirigió Colón la proa hacia el punto indicado, y por haber dejado el piloto el gobernalle a un grumete inexperto, la *Santa María,* arrastrada por una corriente, fué a dar contra una roca y se abrió por cerca de la quilla. Gracias a la serenidad y pericia de Colón, a quien despertó el choque, al socorro que le prestaron las chalupas de la *Niña,* y a los auxilios de los naturales, se salvó no sólo la tripulación, sí que también el cargamento.

Colón estaba desconsolado: de los tres buques de que se componía su pequeña flota sólo le quedaba la *Niña,* pues se recordará que Pinzón había desaparecido con la *Pinta,* creyendo que había tomado la vuelta de Europa a fin de adelantársele y atribuirse la gloria de la expedición; y aunque tenía vivos deseos de regresar a España para anunciar su triunfo, no le era posible embarcar en una sola carabela

la tripulación de dos. Pensó entonces dejar parte de su gente en la isla para que aprendiesen la lengua de sus naturales, recorriesen el país y tratasen de descubrir las minas, al propio tiempo que servirían de base a una colonia que en aquel punto proyectaba fundar, para asegurar las grandes ventajas que de su descubrimiento se prometía. Cuando propuso este plan a su tropa, fué aceptado con entusiasmo, siendo 38 los que se ofrecieron voluntariamente para quedarse en la Española, a cuya cabeza puso a Diego de Aranda, investido de los mismos poderes que él había recibido de los Reyes Católicos. Obtuvo también el consentimiento del cacique para dejar su gente en la isla, a pretexto de defenderle contra los ataques de los caribes o antropófagos, y de levantar un fuerte, que se terminó en diez días, gracias al auxilio de los pobres isleños que forjaron por sí mismos el primer eslabón de la cadena que tan firmemente debía sujetar la América a la España.

Después de recomendar a su gente la mayor unión y disciplina, así como que cuidasen de evitar todo motivo de queja con los naturales del país, cultivando su amistad, sin que por eso fiaran en ellos ciegamente, y de haberles prometido volver pronto con refuerzos, abandonó Colón la naciente colonia el 4 de enero de 1493, llevando consigo algunos naturales de las islas que había descubierto, todo el oro en ellas recogido, una pequeña cantidad de todas las producciones que podían llegar a ser materias de comercio, aves desconocidas y otras curiosidades propias para excitar la admiración de los europeos. Navegando hacia el Este, recorrió las costas del Norte de la isla, y el 6 divisó a la *Pinta*, con la que Pinzón había explorado, durante las seis semanas que había durado su desaparición, la costa septentrional de Haití, sin que hiciera descubrimiento alguno de importancia. Emprendió con éste la vuelta a España, siendo feliz el viaje hasta el 14 de febrero, en que una deshecha tempestad los separó de nuevo. Durante los quince días que duró la tempestad, ¡cuántas y cuán mortales angustias sufrió Colón, que después de ver realizado el deseo de toda su vida y cuando traía a Europa un nuevo mundo, y con él la más elocuente refutación a los que le habían tratado de visionario, y la justificación del éxito a los que le patrocinaron, veía segura e inevitable su pérdida, sin dejar detrás de sí más que la fama de un aventurero imprudente! Para que esto no sucediese, escribió algunas abreviadas relaciones de sus descubri-

mientos, las metió en bolas de cera y éstas en barrriles, que arrojó al mar, con la esperanza de que las olas, que tan contrarias se le habían mostrado, las llevasen a las playas de algún país civilizado.

Pero al fin cedió el viento, se calmó la mar, y pudo arribar a las Azores, donde los portugueses le acogieron de una manera vil, aprisionando la mitad de su tripulación, a causa de haber mandado el Rey de Portugal que se apoderasen de Colón donde fuese hallado, por haberle arrebatado un descubrimiento que se le ofreció y no quiso admitir, o haberle usurpado posesiones que le habían sido concedidas por el Papa.

Sin embargo, cuando llegó a Lisboa, fué recibido con todas las demostraciones de distinción que se debían al descubridor del Nuevo Mundo.

Por último, el 15 de marzo Colón desembarcó en Palos, en donde al conocer el feliz éxito de la expedición, fué tan general la alegría, que se echaron a volar las campanas, se hicieron salvas de artillería, se cerraron las tiendas, corriendo todos a estrechar en fuerte abrazo a los que consideraban perdidos, y a venerar como un hombre extraordinario al mismo que siete meses antes les había servido de burla.

En la tarde del mismo día llegó Pinzón, que esperaba que el Almirante hubiera muerto, pero que, al ver defraudadas sus esperanzas y el triunfo de Colón, murió de pena algunos días después.

Apresuróse Colón a poner en noticia de los Reyes su llegada y sus descubrimientos: Fernando e Isabel, que estaban entonces en Barcelona, le previnieron que pasase inmediatamente a esta ciudad, pues querían oir de sus labios los pormenores de su expedición. Su viaje fué una continua ovación, un verdadero triunfo, entrando en Barcelona con gran solemnidad. Los Reyes le recibieron sentados sobre su trono y le hicieron sentar en su presencia, no como un grande hombre, sino como un grande de España.

La relación hecha por Colón y sus compañeros de los nuevos países descubiertos, a los que erróneamente se dió el nombre de INDIAS OCCIDENTALES, que aun conservan, y sobre todo las muestras traídas de su fertilidad y riqueza, despertaron tanto entusiasmo, infundieron tan brillantes esperanzas que, cegados los españoles, incluso el circunspecto Fernando, por la codicia y la ambición, se pensó desde luego en llevar más adelante las conquistas y descubri-

mientos, haciéndose los preparativos para el segundo viaje con una celeridad inusitada. Este nuevo armamento se componía de 17 naves, algunas de gran porte, en las que se embarcaron 1.500 personas, entre las que figuraban muchos hidalgos y clérigos, y los víveres, instrumentos científicos y artísticos, semillas, caballos y otros animales domésticos que se creía podrían prosperar en el clima de las Indias.

Pero el papa Martín V había concedido al Rey de Portugal todos los países que descubriesen desde el cabo Bojador y el de Non hasta las Indias, y la España, al hacer suyos los países descubiertos por Colón, violaba los derechos de Portugal, cuyo Rey envió una escuadra para ocuparlos. Antes de salir la flota necesitaban los Reyes Católicos asegurarse la propiedad y posesión de los nuevos países; por lo que, siguiendo el ejemplo de los portugueses, acudieron a Roma, desde donde el pontífice Alejandro VI concedió a España las islas y tierra firme descubiertas o por descubrir en el Océano occidental, invistiendo a la Corona de Castilla de un derecho sobre vastas regiones de las que ignoraba su situación y hasta su existencia. Convenía, sin embargo, respetar la concesión hecha a Portugal, y por otra bula de 4 de mayo de 1493 el Papa supuso trazada una línea de polo a polo, a la distancia de cien leguas al Oeste de las islas Azores, concediendo a los portugueses todo lo que estaba al Este de dicha línea, y a los españoles todos los países situados al Oeste de la misma.

Dueños ya de este título, nada podía retardar la salida de la flota, que levó anclas en 25 de septiembre. Tocó Colón en Canarias, donde los expedicionarios tomaron semillas de naranjo y de limón, bergamota y otras frutas, terneras, cabras, carneros y cerdos, que se propagaron después extraordinariamente en el nuevo continente. Dirigió el rumbo al Sur, e impelido constantemente por los vientos alisios, al vigésimosexto día de su salida de la Gomera (Canarias), tomó tierra en una de las islas del grupo de las Caribes, situadas a una gran distancia al Este de las descubiertas en su primer viaje. Descubrió sucesivamente la Dominica, Mari-Galante, Guadalupe, Monserrat Antigua, San Juan de Puerto Rico y otras muchas que encontró en su derrotero avanzando hacia el Norte, habitadas todas por los caníbales que en sus correrías llegaban hasta las Lucayas.

Sin detenerse Colón en ninguna de las nuevas islas descubiertas, continuó su marcha hacia la Española, a cuya colonia llegó el 22 de noviembre. Nadie vino a su encuentro, y al desembarcar, inquieto

por la suerte que habría cabido a los españoles, encontró el fuerte enteramente demolido y la guarnición exterminada. Olvidando las sabias y prudentes instrucciones del Almirante, los españoles que allí quedaron abusaron de la hospitalidad de los caciques, apoderándose violentamente de su oro, sus mujeres y sus provisiones; las víctimas habían atacado a sus opresores, diseminados en pequeños pelotones por toda la isla, y el número había vencido a las armas de fuego. Colón se alejó de esta playa manchada de sangre, y en vez de dedicarse a vengar esta injuria, cual le aconsejaban sus oficiales, adoptó las precauciones necesarias para evitar se reprodujese en lo futuro, trazando al efecto, en un llano próximo a una ancha bahía, el plano de una población, que levantó en poco tiempo, obligando a trabajar en ella a todos los españoles, y a la que dió el nombre de *Isabela*, en honor de su protectora la Reina de Castilla. Fué la primera que los europeos fundaron en el Nuevo Mundo.

Mientras Colón luchaba contra las dificultades que origina siempre el establecimiento de una colonia en un país inculto, sus gentes, que habían concebido la quimérica esperanza de que bastaba llegar a las Indias para recoger en abundancia y sin fatiga el oro que codiciaban, cayeron en el más profundo abatimiento, que muy luego se convirtió en desesperación. Generalizóse el descontento, cundió el espíritu de indisciplina y se llegó a tramar una conspiración, que pudo ser fatal al Almirante y a la colonia. Descubierta por Colón, la reprimió con energía, condenando a muerte a sus jefes y mandando presos a España a sus cómplices, al mismo tiempo que enviaba 12 de las naves de transporte que le habían acompañado con las muestras del oro extraído de las minas de Cibao, en donde abundaba, y pedía un refuerzo de hombres y provisiones.

Los descontentos, los envidiosos, a la cabeza de los cuales figuraba el padre Boyle, primer misionero, y Pedro Margarite, regresaron a España calumniando al Almirante, a quien acusaron de ambición y crueldad. Nombrado por los Reyes para dirigir los descubrimientos Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, y después patriarca de las Indias, tomó pretexto de las hablillas del padre Boyle para entorpecer las empresas de Colón e imputarle gravísimas culpas; entonces, aprovechando la ocasión para cercenarle las amplias concesiones que se le habían otorgado en el tratado de Santa Fe, se autorizó por los Reyes a todos sus súbditos para esta-

blecerse en la Española y para que emprendiesen nuevos descubrimientos (10 de abril de 1495).

Durante este tiempo Colón fortificó a Isabela, dejó el gobierno de la isla a su hermano Bartolomé, auxiliado por un consejo de oficiales, y se hizo a la vela, sin que durante los cinco meses que duró su viaje hiciese más descubrimiento importante que el de la Jamaica.

Costeando el Sur de Cuba, se halló metido en un laberinto formado por un infinito número de pequeñas islas, a las que dió el nombre de Jardín de la Reina, a causa de la riqueza y de los perfumes de su vegetación.

Cuando Colón volvió a Isabela (1498) encontró a los indios exacerbados contra los que en un principio habían acogido y venerado como hijos del Sol. Y no les faltaba motivo para ello; después de la partida del Almirante, los soldados que había dejado a las órdenes de Alonso de Ojeda, sacudiendo el yugo de la disciplina y de la subordinación, se desbandaron por toda la isla e indignaron a los indios, a quienes trataban con la mayor insolencia y con todos los excesos de la tiranía militar.

El caribe *Caonabo,* cacique poderoso e influyente entre los de la isla, presintiendo los males que a ésta habían de sobrevenir por la ocupación extranjera, se opuso a ella con todas sus fuerzas, y estrechó la alianza de los caciques. Comprendió Colón que era de todo punto indispensable recurrir a las armas contra los indios para asegurar el ascendiente y dominación de los españoles, y se apresuró en reunir a sus tropas y atacar a los indios, que fueron fácilmente vencidos, haciendo prisionero al mismo *Caonabo,* al temido cacique de la casa de oro, que, indómito hasta en la prisión, murió al ser conducido a España con otros muchos habitantes de la isla, destinados a ser vendidos como esclavos.

En esta guerra fueron temibles auxiliares de los españoles los perros, que, enseñados a acometer en España a los moros, se ensañaron cruelmente contra los indios, gente desnuda y tímida.

Algunos meses bastaron a Colón para recorrer toda la isla, someterla sin resistencia e imponer un tributo a los indios mayores de catorce años, que debían satisfacer en oro unos y en algodón otros, según se producía éste o aquél en los distritos que habitaban. Este pesado tributo se exigía con tan excesivo rigor, que los defensores de Colón, para excusar su inhumano proceder, dicen que él se vió

obligado a adoptarlo como único medio de sostener su crédito e imponer silencio a sus contrarios, satisfaciendo la avaricia de los Reyes y comprometiéndoles a continuar los descubrimientos. ¡Pobres e inmorales excusas que nunca han sido estimadas como bastantes a justificar tan grande iniquidad!

Los enemigos de Colón, con una constancia digna de mejor causa, trabajaban en España para arrebatarle la gloria y las recompensas a que se había hecho acreedor por sus servicios, consiguiendo al fin que por la Corte se nombrase un comisario que fuese a la Española a informarse de las acusaciones de que era objeto su conducta. Para tan importante cargo se nombró a Juan Aguado, ayuda de cámara del Rey, el cual abusó de sus poderes, gozándose en atormentar a un grande hombre, agravando los males que aquejaban a Colón. Éste, enfermo y melancólico, conociendo lo crítico de su situación, juzgó necesario volver a España para justificarse personalmente ante los Reyes. Partió, pues, el 10 de marzo de 1496, después de entregar la administración de la colonia a su hermano Bartolomé, y de nombrar presidente del Tribunal de Justicia a Francisco Roldán; y cuando llegó a España se presentó en Burgos a la Reina, triste, cabizbajo, y como un suplicante de genio que iba a pedir perdón de su gloria, según la feliz expresión de Lamartine. Su presencia produjo en el ánimo de la Reina una tierna compasión, y, después de haberle oído, tomó su defensa. No sin haber luchado Colón por espacio de dos años contra toda suerte de intrigas, pudo conseguir que se ultimasen los preparativos de una *tercera expedición* sostenida por Isabel, que, a pesar de todos, conservaba al Almirante su respetuoso favor. No se encontraron españoles que quisiesen ir a establecerse en un país cuyo clima había sido tan funesto a un gran número de sus compatriotas, por lo que Colón propuso cargar las naves de delincuentes, que, en vez de ir a la horca o a galeras, fuesen a poblar la Española. Y esta proposición, cuyas consecuencias debían ser fatalmente funestas, fué adoptada desde luego por la Corte, y más tarde por las demás naciones europeas.

El 30 de mayo de 1498 partió Colón para su *tercer viaje,* con seis bajeles de mediano porte; y después de tocar en las Canarias, de donde despachó tres de sus navíos para llevar socorros a la Española, se dirigió hacia la línea, persuadido como sus contemporáneos de que las tierras más cálidas encerraban mayores riquezas minera-

les. Al llegar a los cinco grados de la línea, fué detenido por la espantosa calma del Ecuador, y cediendo a las instancias de sus gentes, que temían que los barcos se incendiasen, mudó de rumbo para dirigirse al Noroeste y tocar en alguna de las Caribes, al objeto de reparar su salud, quebrantada por la fatiga, y tomar algunas provisiones. El 1.º de agosto se dió por el marinero que estaba de guardia sobre la cofa el grito de *tierra*, y se descubrió una isla grande, a la que el Almirante dió el nombre de *La Trinidad*, que aun conserva. Costeando la isla en busca de punto para anclar, descubrió al Sur una tierra baja que se prolongaba más allá de donde podía alcanzar la vista, y, a lo largo de la costa, la embocadura de un gran río, cuyas impetuosas aguas penetraban tres leguas dentro del Océano, sin que se mezclaran con las de éste. Conjeturó con mucha exactitud que un río tan caudaloso debía atravesar un vasto continente. No se engañaba: el Orinoco, con sus cincuenta bocas, sus numerosos brazos y su curso de 2.200 kilómetros, baña un país inmenso; sus crecidas son terribles, y en sus desbordamientos se extiende a cien kilómetros de sus riberas. Aquella tierra baja, del centro de la cual vió desembocar el río en el Océano, era la costa de Colombia, el continente del Nuevo Mundo que Colón creyó ser la prolongación de la costa oriental del Asia, ignorando, como todos sus contemporáneos, la semejanza fisonómica que tienen entre sí todas las producciones del clima de las palmas. Navegó en dirección al Oeste, a lo largo de la costa de las que fueron después provincias de Paria y Cumaná; tomó tierra en varios puntos y entró en relaciones con los naturales, observando que sus semblantes y costumbres guardaban la mayor semejanza con los indios de la Española, si bien parecían tener más inteligencia y valor. La gran cantidad de oro y el gran número de hermosísimas perlas que obtuvo de los habitantes de la costa, en cambio de mercaderías de escaso valor; la belleza y la fertilidad del país; la riqueza de sus producciones vegetales; la variedad de aves de brillantes colores, y la creencia en que estaba de que era aquello la parte más alta del globo, en donde, según Juan de Mandeville, debía estar situado el paraíso, fueron circunstancias que le indujeron a creer que había descubierto el paraíso terrenal, consignándolo así en la relación de este viaje y pretendiendo demostrar que el Orinoco es el famoso río que nace en el Edén.

El mal estado de las naves, sus enfermedades y la impaciencia de

las tripulaciones, le obligaron a alejarse con sentimiento de tan encantador país, prometiéndose, sin embargo, volver cuanto antes a proseguir sus importantes descubrimientos. Al dirigirse a la Española, adonde llegó el 30 de agosto, descubrió las islas de *Cubagua* y de *Margarita*, que llegaron a ser célebres por la pesca de las perlas.

En la colonia, a pesar de la prudencia de su hermano Bartolomé, reinaba la más espantosa anarquía: Roldán, nombrado por Colón presidente del Tribunal de Justicia, se había sublevado desconociendo la autoridad de aquél e incitando a los indios a sacudir el yugo que sobre ellos pesaba. Comprendió Colón, en vista de la gravedad de las circunstancias, que era necesario usar de la mayor prudencia para restablecer la paz y la tranquilidad, y trató, no de combatir a los sublevados, sino de negociar con ellos, y principalmente con sus jefes, para reducirlos a la obediencia. En su consecuencia, se reconcilió con Roldán, y con esto consiguió desunir y debilitar a los amotinados, pero no extirpar de la isla el germen de la discordia, siendo muchos los disidentes que continuaron armados, rehusando someterse a su autoridad; por lo que el Almirante y sus hermanos veíanse obligados a estar continuamente en campaña, ya para impedir sus excursiones, ya para castigar sus violencias. Mientras Colón procuraba con éxito pacificar la isla, regularizar su gobierno, y tomaba sabias medidas para hacer beneficiar las minas y cultivar el país, Fernando e Isabel, dando oído a las acusaciones que proferían los descontentos de su administración, mandaron a Francisco de Bobadilla con ilimitada autoridad para que se informase de lo que ocurría en la colonia. Éste, que era hombre de carácter despótico y violento, después de escuchar las quejas de los ambiciosos y depredadores, y los gritos de la inquieta envidia, hizo arrestar brutalmente a Colón, confiscó todos sus bienes y le envió a España cargado de cadenas.

Cuando los Reyes supieron que el Almirante era traído preso, se avergonzaron, y no sin motivo, de su propia conducta, sublevándose la opinión pública al ver llegar, cargado de cadenas, al hombre a quien España debía todo un mundo. Apresuráronse los Reyes a mandar ponerle en libertad y destituir a Bobadilla; pero no reintegraron a Colón en los derechos y privilegios anejos al título de virrey de los países que había descubierto, y, en su lugar, fué enviado de gobernador a la Española Nicolás Ovando, con una magnífica escuadra de 32 naves, a bordo de las cuales se embarcaron 2.500 personas.

Colón, no obstante la reconocida grandeza de su alma, no pudo soportar con paciencia esta nueva muestra de bajeza y desprecio; a todas partes donde iba llevaba consigo, como monumento de la ingratitud de los hombres, aquellas cadenas con las que le cargaron para atravesar el Atlántico, que él el primero había abierto a la ingrata Europa. «Yo (*dice su hijo*) las vi siempre colgadas en su gabinete, y quiso que fuesen con él sepultadas.»

No le abatió la ingratitud, y preocupado en llevar a cabo su proyecto favorito, el de abrir un nuevo camino para las Indias Orientales, se ofreció con el entusiasmo de un joven aventurero, a emprender un nuevo viaje, con tanto mayor motivo cuanto que Vasco de Gama había llegado a la India por otro camino y Cabral había descubierto el Brasil.

No pudo, sin embargo, obtener más que cuatro carabelas, la mayor de las cuales no excedía de 70 toneladas, y con ellas salió de España, en 1502, acompañado de su hermano Bartolomé y de su hijo Fernando, para dar la vuelta al globo, a la avanzada edad de sesenta y seis años. A causa del mal estado de sus naves se vió obligado a dirigirse a la Española, en donde no quisieron recibirle ni atender sus advertencias respecto a una tormenta que pronosticó, lo que fué causa de que se perdieran las naves, cargadas de las mal adquiridas riquezas que llevaban a España Bobadilla y Roldán, que perecieron juntamente con la mayor parte de sus más encarnizados enemigos. Tuvo, pues, que dirigirse a Cuba a recomponer sus abiertas naves. En este su *cuarto y último viaje* añadió a sus numerosos descubrimientos los de la *Martinica* y toda la costa del continente, desde el cabo *Gracias a Dios* hasta la ensenada de *Porto Bello,* creyendo siempre que a lo largo del istmo de Darien hallaría un estrecho por donde podría pasar a los mares orientales, lo que le alejó de México (despreciando las indicaciones de los habitantes de la costa de Honduras), cuyo descubrimiento hubiera cubierto de nueva gloria sus ya tristes días.

Obligado a abandonar sus exploraciones, después de perder dos naves, naufragó en la costa de Jamaica, en cuya isla pasó un año enfermo de cuerpo y de espíritu, atacado por los indígenas, entre sus marineros sublevados y pidiendo en vano pan y socorros a la Española; y no pereció con su gente, gracias a los comestibles que consiguió de los naturales prediciéndoles un eclipse de luna.

Por fin volvió a tomar el camino de España, adonde llegó el día 7 de noviembre de 1504, enfermo y abatido. Isabel, la que un día fué su protectora, murió a poco tiempo. Fernando, después de reiteradas instancias, le permitió que fuese a verle, y le acogió con frías protestas de estimación y reconocimiento. Sus justas reclamaciones para que se le restituyesen los privilegios que se le habían otorgado en el Tratado de 1492 no fueron atendidas, y lastimado por tanta ingratitud, aniquilado en fuerza de las fatigas y penas que había experimentado, debilitado por las enfermedades y sumido en la miseria, murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, a la edad de setenta años. Su muerte, al arrebatarle, impidió que oyera dar al Nuevo Mundo, por él descubierto, el nombre de Américo Vespucio, piloto que le había acompañado en uno de sus viajes.

La injusticia e ingratitud con que se le trató en vida, le siguió después de la muerte, y hasta hoy día vemos que se le ha llegado a negar toda gloria y grandeza. Al lado de sus detractores y envidiosos, se han levantado partidarios apasionados que, con más buena voluntad que criterio y juicio, han querido sublimar todos sus actos y elevarlo en los altares del culto católico. Ven en él un profeta, un elegido de Dios, un mártir de la religión, en una palabra, *un santo*.



Cristóbal Colón.
(De un retrato atribuído a Antonio del Rincón)

Historiadores distinguidos, reputados escritores, imputan a Colón gravísimos cargos. Acúsanle por su constante preocupación en adquirir el oro, por su injusticia para con los inocentes y confiados habitantes de América, por su carencia de sentimientos humanitarios y por su nulidad política. Tales cargos, incontestables a primera vista, demuestran, por un lado, que los que así han juzgado a

Colón, si no desconocían, echaban cuando menos en olvido el espíritu religioso, o si se quiere, la intolerancia y el fanatismo que dominaba a su siglo, que creía de buena fe que los herejes y los idólatras estaban fuera de las leyes de la humanidad y que sin ninguna debían ser tratados; y, por otra parte, que no tuvieron tampoco en cuenta que si Colón buscó con avidez el oro, debido era esto, más que a sus propios sentimientos y deseos, a la sórdida avaricia del Rey Fernando y a la codicia de sus gentes. El único cargo que podemos admitir como fundado, es el de que no supo Colón dar orden a sus descubrimientos, y que obligado a satisfacer los incesantes pedidos de oro, no pensó en las ventajas mucho más positivas que de las colonias podían obtenerse.

Colón (según lo describen los que le conocieron y trataron, y su pretendido biógrafo e hijo D. Fernando) «era alto y bien formado, frente ancha y nariz aguileña, ojos pequeños y garzos, tez blanca, cabello rubio, aunque la vida de movimiento y de exposición continua a la intemperie había atezado su rostro y encanecido sus cabellos antes de los treinta años. Dignidad y majestad en su presencia, afluencia en el decir, afabilidad y mesura en sus modales, aunque a veces solía excitarle la viveza de su imaginación y la fe en sus altos designios y proyectos; nada aficionado a diversiones y pasatiempos, porque tenían siempre embargado su espíritu los graves negocios a que consagró su vida.»



Américo Vespucio.

La tierra que él descubrió se la llamó en un principio con el nombre de Indias Occidentales, y no fué sino hasta tres años después de la muerte de Colón cuando a la parte continental ya más conocida se la empezó a dar el de América.

Entre las personas que los viajes de Colón entusiasmaron había uno llamado Américo Vespucio, mercader florentino de antigua y distinguida familia, buen geógrafo y buen marino, aunque dedicado

en España al comercio. Acompañó al almirante en alguno de sus viajes; después a Ojeda, y efectuó otros por cuenta de los Reyes de España y Portugal. Vespucio escribió muchas cartas, referentes a sus viajes, a varios personajes italianos, y de ellas algunas fueron impresas desde luego, y otras más tarde. Una de estas cartas, dirigida al cardenal Lorenzo P. de Médicis, vió la luz pública en París, impresa en latín por Juan Lambert el año 1503, llamando sobremanera la atención por afirmar su autor que había surcado la cuarta parte del mundo y descubierto países desconocidos que deberían ser considerados como un nuevo mundo. Se multiplicaron bien pronto las ediciones latinas, y el mismo año de 1503 apareció en Nuremberg una en alemán, y así fué como el gran descubrimiento efectuado por Colón se vulgarizó, aunque Vespucio para nada habla de ello.

La carta impresa de Colón narrando el descubrimiento de nuevas tierras circuló bien poco; no así las del florentino, que fueron bastante vulgarizadas.

Así fué que la errónea creencia de que Colón había sido sólo el descubridor de algunas islas, y que Vespucio lo era de todo el continente, se extendió mediante esas cartas, al grado que el año 1507 se propuso dar el nombre de América al Nuevo Mundo en honor del supuesto descubridor. Fué el autor de dicha proposición el alemán Martín Waltzemuller en la obra publicada en Saint-Dié el año 1507, e intitulada *Cosmographiae Introductio*.

En el capítulo IX de esta obra escribió lo que adjunto reproducimos, texto que dice en castellano:

«Verdaderamente que ahora que estas regiones han sido exploradas más extensamente, y ha sido descubierta por Americus Vespucius otra parte del mundo, como puede verse por las adjuntas cartas, no veo ningún motivo para que no se llame a ésta con justicia AMERIGEN, es decir, la tierra de Américus, o América, por su descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia han recibido el nombre de mujeres.»

Nüc vo & hę partes sunt latius lustratæ/& alia quarta pars per Americũ Vesputiũ(vt in sequenti bus audietur)inuenta est/quã non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore sagacis ingenij vi-
Ameri- ro Amerigen quasi Americi terrã / siue Americam
ca dicendã: cũ & Europa & Asia a mulieribus sua sortita sint nomina. Eius sitũ & gentis mores ex bis binis Americi nauigationibus quæ sequunt liquide intelligi datur.

Facsimile del párrafo de la *Cosmographiæ Introductio* en que se estampa por primera vez el nombre de América.

La idea y nombre fueron bien acogidos, y ya en 1509 se ve el nombre de América, en un *Globus Mundi*, impreso en Strasburgo, y

en cartas y obras geográficas de 1511, 12, 21 y 26, contribuyendo a difundirlo y autorizarlo las grandes obras de Stobnicza, Ortelius y Mercator.

En estos últimos años el difunto profesor J. Marcou trató de probar el origen indio de la voz América, como propio de idioma, tribu y lugar de la América Central, tarea en que le ayudaba un inteligente escritor nativo de esas tierras; se ha pretendido también explicarlo y encontrarlo en la lengua maya o de Yucatán, aunque todo ello se ha rechazado por los sabios.



CAPÍTULO III

Descubrimientos y viajes posteriores a Colón.—Hernán Cortés.—Francisco Hernández de Córdoba: su expedición.—Expedición de Juan de Grijalva.—Expedición de Hernán Cortés.—Llegada a Cozumel.—Jerónimo de Aguilar.—Llegada a Tabasco. —La célebre Marina.—Arribo a Ulúa.—Desembarque en Chalchiuhcuécan.

Al descubrimiento de Colón siguieron otras exploraciones llevadas a cabo tanto por particulares como por cuenta de los Gobiernos europeos, inaugurándose así una verdadera época de *viajes de descubrimientos,* a los que más tarde siguieron las *empresas de conquista.*

Rompió la marcha Alonso de Ojeda, acompañado de Vespucio, el año 1499, y arribó a Tierra Firme. Le siguieron Pedro Alonso Niño, Diego Lepe, Rodrigo de Bastida y Juan de la Cosa.

En 1467 Juan y Sebastián Cabot visitaron el Labrador; el portugués Pedro Alvarez Cabral, en 1500, descubre el Brasil; Juan Ponce de León, buscando la fuente de la juventud eterna, toca en 1512 la Florida, y en 1513, Vasco Núñez de Balboa llega al Océano Pacífico, y con su conocimiento abre un campo nuevo y extensísimo a los viajes y exploraciones.

El Gobierno de Ovando en la Española, llevado con hábil y política mano, dió excelentes resultados a los colonos, aunque pésimos a los nativos, pues aquéllos encontraron protección y garantías prosperando en sus negocios, y éstos, tratados con sumo rigor y tiranía, pronto concluyeron. Natural era que al lado del explorador fuese el colono, y éstos, cuando fácilmente no podían poseer la tierra descubierta, tenían que transformarse en conquistadores. Los soberanos europeos, que de esas empresas recibían pingües utilidades, empezaron a conceder permisos de exploraciones y conquistas, con privilegios para los aventureros y audaces que lo intentasen.

Hemos visto hasta aquí cómo los europeos se limitaron a ser exploradores que se aventuraban solamente a lo largo de las costas y al alcance de sus naves. Desde ese momento empieza una nueva raza, la de los *conquistadores,* que empleando unas veces la fuerza de las armas, otras la astucia y la traición, se arrojan sobre los pueblos americanos, a los que saquean, esclavizan y casi destruyen.

Esta nueva raza aparece con HERNÁN CORTÉS, hombre de cualidades extraordinarias y sin disputa uno de los más notables hombres de la humanidad, de su patria y de su época.

Antes de ocuparnos de su empresa y asombrosos hechos, veamos cómo llegó a estar en aptitud de comenzarlos.

Diego Velázquez, compañero del almirante Colón y más tarde criado de su hijo D. Diego, se estableció en la isla Española, donde ascendió, tanto bajo el gobierno de Colón como bajo el de Ovando, y en 1511, época de la conquista de Cuba, fué nombrado gobernador de ella. Sometida la isla, comenzaron a afluir a ella numerosos aventureros pretendiendo licencia de Velázquez para explorar y descubrir las tierras cercanas.

En 1517 *Francisco Hernández de Córdoba* organizó una expedición a las Lucayas por orden del Gobernador, y se hizo a la vela con tres barcos. Empujado por los vientos llegó él y los suyos hasta la península maya, tocando al cabo *Catoche* y en la isla de las Mujeres. Invitados por los mayas a acercarse, quienes en su idioma les decían *conexc otoch* (venid a nuestras casas), fué origen de la palabra *Catoche* con que bautizaron al cabo. Con bastantes precauciones que no fueron inútiles, bajaron de las naos, y ya en tierra, fueron batidos por los indios, a los que rechazaron, llevándose a los navíos dos de ellos de prisioneros, los cuales, bautizados, tomaron los nombres de Julián y Melchor. Durante la pelea el clérigo González tomó los ídolos y objetos de oro que en un templo cercano había. Después de este incidente siguió la expedición por la costa occidental de Yucatán hasta llegar a Campeche (*Kim Pech*), donde fueron bien recibidos aunque sin ir a tierra, a causa de ver grandes escuadrones de indios que en la costa estaban. Dejaron ese lugar, y al cabo de seis días una fuerte tempestad y las corrientes los llevaron a Champotón, en donde se bajaron a buscar agua. Ocupados en esto, los atacaron los indios perdiendo los españoles 50 soldados, uno prisionero, y todos, cuál más cuál menos, quedaron heridos, entre ellos

el capitán Hernández de Córdoba, que sacó 12 flechazos, y tres el cronista Bernal Díaz, que con él iba.

Al cabo de tres días saltaron a tierra para hacer aguada en un lugar de la laguna de Términos, que llamaron *Estero de los lagartos*, regresando al fin a Cuba después de otros no menores contratiempos.



Bernal Díaz del Castillo.
(Original en el Ayuntamiento de Guatemala.)

Los ídolos de oro, con las narraciones de Julián y Melchor, hicieron que Velázquez arreglase una segunda expedición, nombrando jefe de ella a su sobrino *Juan de Grijalva y Cuéllar,* joven apto y emprendedor.

El día 1.° de mayo de 1518 se hizo a la mar la escuadrilla, llevando 240 hombres; el día 3 descubrieron la isla de *Cozumel,* tomando posesión de ella a nombre de la Reina, y el día 6, después de colocar en lo alto del *Ku* el estandarte real, dijo la primera misa, celebrada en territorio del actual México, el presbítero *Juan Díaz.* El día 7 abandonaron Cozumel, llegando el 15 a Campeche, donde desembarcaron el 16 unos 200 hombres y tres piezas de artillería. Al día siguiente les atacaron los indios y fueron rechazados, aunque costando las vidas de algunos españoles y a Grijalva dos flechazos y dos dientes. Abandonaron ese lugar y llegaron después a *Puerto Deseado,* y finalmente al río de Tabasco, que se nombró *Grijalva.*



Juan de Grijalva.
(*Décadas* de Herrera.)

Siguieron la exploración costeando, y cruzaron el Papaloapam hasta arribar a una isleta que llamaron *San Juan de Ulúa*

(de Cúlhua), regresando después de varios incidentes a la isla de Cuba.

Mal pagó Velázquez el celo de su sobrino, pues que con desabrimiento le recibió y con ira le reprochó el no haber fundado una colonia en las tierras que pisara.

Entusiasmado Velázquez por los descubrimientos antedichos, y excitada en alto grado su codicia por los objetos de oro que los expedicionarios le llevaron, preparó una tercera expedición, intentando en ella, ya no simple exploración o descubrimiento, sino verdadera conquista.

Arregló todo lo conveniente con los PP. Jerónimos que residían en Santo Domingo; mandó su capellán a España con el oro del Rey y noticias de lo sucedido, y antes de recibir respuesta comenzó los arreglos de la armada.

No siéndole posible efectuar lo que se proponía yendo él en persona, trató de encomendarlo a alguno de sus amigos. Después de mucho pensarlo y vacilar entre varias personas, se decidió por Hernán Cortés, su secretario, gracias a la influencia de Amador de Lares y de Andrés del Duero.

Era Cortés natural de Medellín (Extremadura), lugar en que nació el año 1485, y fueron sus padres D. Martín Cortés y D.ª Catalina Pizarro, cortos de bienes aunque de sangre noble. Pasó a estudiar a Salamanca cuando contaba catorce años de edad, y abandonó las aulas dos años después, en 1501, cuando apenas había aprendido algo de latinidad. Intentó seguir la carrera de las armas alistándose primero con el Gran Capitán, y después con Ovando para ir a las Indias; ambos proyectos no se realizaron a causa de una caída que dió escalando un muro por cuestión de galanterías.

Hasta el año 1504 no pudo realizar su proyecto y venir a la isla Española, en la que principalmente ocupó su tiempo en galanteos y busca de dineros, hasta que Velázquez lo llevó consigo en la época de la pacificación de ella, y en esa empresa se distinguió por su valor. En recompensa le dió Ovando la escribanía de la villa de Auza y algunos indios de Daiguaó. Ocupado en estas granjerías permaneció hasta el año 1511, en que lo llevó Velázquez a la conquista de Cuba en calidad de secretario particular, haciéndole más tarde su confidente y favorito.

Cuestiones de amoríos pusieron en pugna al Gobernador y al Secretario, que fué por orden de aquél varias veces preso, logrando

escapar de sus prisiones, hasta que los ruegos de sus amigos ante Velázquez, y su casamiento con D.ª Catalina Xuárez, causa principal de todo, arreglaron las desavenencias.

Después de su matrimonio se avecindó en Santiago con el nombramiento de alcalde ordinario, y tuvo servicio de indios, encompadrando más tarde con Velázquez, que fué padrino de su primer hijo.

En la época de su nombramiento para aquella expedición tenía Cortés treinta y tres años de edad. De estatura más que regular, era esbelto, de ancho pecho y miembros musculosos y bien proporcionados; sus obscuros ojos y la palidez de su semblante daban cierta gravedad a su rostro. De carácter abierto y jovial, poseía a la par una voluntad firme y cierta noble altivez que inspiraba respeto. Con un espíritu reflexivo y claro talento, sabía ser prudente o arrebatado según lo requerían las circunstancias y las personas.


Hernando Cortés al emprender la conquista de México.
(De una medalla del siglo XVI.)

Era muy ágil y ducho en toda clase de ejercicios corporales, y poseía buena salud para soportar todo género de luchas y privaciones, sabiendo entusiasmar de tal modo con su ejemplo y brillante palabra a sus compañeros en la hora del peligro, que los aguijoneaba a realizar las más temerarias empresas.

Recibidas que fueron las instrucciones de Velázquez en 23 de octubre de 1518, y modificadas después por el arribo de Grijalva, se dió todo entero Cortés a reunir gente.

Gastó para ello cuanto poseía y aun se echó deudas, alzando banderas para la recluta.

La bandera de Cortés era de unos fuegos blancos y azules, con una cruz roja en medio y al derredor el lema siguiente: *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus vere in hoc signo vincemus.*

Sólo en Santiago se alistaron hasta 300 hombres, y entre ellos Diego de Ordaz.

Por envidias y maledicencias contra Cortés, cambió bien pronto Velázquez su buena voluntad y entusiasmo en desconfianza, llegando hasta a pensar quitarle el mando. Apercibido de ello Cortés, activó sus preparativos y anticipó la fecha de su salida, haciendo embarcar las municiones y soldados sigilosamente y por la noche. Informado el Gobernador de aquello, se levanta, y presuroso acude a la playa, reconviniendo a Cortés lo brusco de su salida y la falta de aviso para ello; éste se excusó del paso dado alegando la necesidad y conveniencia de ejecutar cuanto antes empresas de aquella índole, y entre quejas y disculpas, en presencia de Velázquez mismo, se dió a la vela el 18 de noviembre de 1518.



El Capitán Diego de Ordaz, del reino de León.
(De las *Décalas* de Herrera.)

De Santiago de Cuba, lugar de partida, se dirigió Cortés a Macaca, y allí estuvo ocho días proveyéndose de víveres, para luego dirigirse a la Trinidad, donde estableció nuevo enganche. Allí se le reunieron muchos soldados de Grijalva, Cristóbal de Olid, los hermanos de Alvarado, y vinieron de Sancti-Spíritu Gonzalo de Sandoval, Alonso Hernández Portocarrero, Juan Velázquez de León, Rodrigo Rangel y los hermanos Jimena.

En estas circunstancias, llegó a la Trinidad Francisco Verdugo con cartas de Velázquez, ordenando al Alcalde Mayor de ella que detuviese la salida de Cortés por haberlo destituído. No surtió efecto esta medida; al contrario, sólo sirvió para que Cortés escribiese a Velázquez protestas de lealtad y quejas de su desconfianza y apresurase el darse a la vela a principios de 1519. Unos por tierra y otros por mar, llegaron a la Habana, donde se hicieron nuevos enganches y se acabaron de proveer los buques de lo que necesitaban, recu-

rriendo para ello hasta tomar medidas violentas y vejatorias, «cual un gentil corsario», como después contaba Cortés.

Nuevamente intentó Velázquez impedir la partida de la armada, mandando a Pedro Barba y a otros que apresasen a Cortés; pero éste precipitó su marcha y repitió otra carta a su superior con las mismas protestas y quejas que la anterior.

Dispuesto todo, levó anclas con rumbo a Yucatán, el 10 de febrero de 1519, teniendo bajo sus órdenes 11 barcos, los dos intérpretes Julián y Melchor, 109 marineros para servicio de ellos, 508 soldados, entre ellos 32 ballesteros, 13 mosqueteros, 10 artilleros, cuatro falconetes y 16 caballos. Como cargadores iban 200 indios, bastantes indias para los servicios de a bordo y algunos negros. El principal piloto era Antón de Alaminos, compañero de Colón, y capitanes respectivamente de las naves: el capitán general Hernando Cortés; el maestre de campo Cristóbal de Olid y Francisco de Saucedo; Pedro de Alvarado, en cuya nave iba el famoso Bernal Díaz; Alonso Hernández Portocarrero, Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, Alonso de Ávila, Francisco de Morla, Juan de Escalante, Francisco de Montejo, Francisco de Saucedo, y mandando la artillería Francisco de Orozco.

De San Antón zarparon las naves, invocando Cortés a su patrón San Antonio, y aunque batidos por el mal tiempo, llegaron a Cozumel, en donde estaba ya la nave de Alvarado desde tres días antes.

Este rapaz capitán no había perdido el tiempo, puesto que se apoderó de un templo luego que llegó; cometió otros robos y desmanes en la isla, siendo causa de que toda la gente de ella hubiese huído al interior. Reprendió Cortés a Alvarado, y mandó poner preso a Camacho el piloto, tranquilizando a los despavoridos indios.

Por los de Cozumel supo D. Hernando que en el Catoche vivían dos españoles, que con otros varios habían naufragado en aquellas costas; mandó luego a Ordaz que fuese en su busca, y entretanto, a la vez que se informaba del país, destruyó los ídolos de un templo, colocando en su lugar una imagen de la Virgen Santísima y una cruz (*la famosa de Cozumel*), ante la cual dijo misa el clérigo Juan Díaz.

Ordaz volvió sin traer a ninguno de los náufragos, y disgustado con esto Cortés, el 5 de marzo hizo rumbo a la isla de Mujeres, en que tomara tierra el día siguiente, que fué Carnestolendas. Vol-

vieron a navegar el mismo día, y como hiciese agua la nave de Escalante, fué preciso que todos volviesen a Cozumel.

El 13 de marzo y en momentos de partir llegó en una canoa *Jerónimo de Aguilar,* diácono, que había vivido entre los Mayas en unión de su compañero *Gonzalo Guerrero,* transformado entonces en indio, por lo que ya no quiso volver con sus compatriotas. Conocía Aguilar la lengua maya, sin haber olvidado la castellana, así es que fué un grande y precioso auxiliar para Cortés.

Partió por fin la expedición rumbo a Tabasco, llegando al río Grijalva el 22 de marzo. Al día siguiente varias canoas con algunos indios se dirigieron a las naos intimando a Cortés a que dejase la tierra; contestó éste por medio de su escribano Diego de Godoy, requiriéndoles para que se diesen por vasallos del Rey de España. Como a las diez de la mañana se situó frente la población, y mandó que Ávila, por la vereda, marchase con 200 infantes y 10 ballesteros.

Pronto se trabó un reñido combate en que los cañones dieron buena cuenta de las débiles canoas; mas como los tabasqueños hiciesen resistencia en la orilla del río, fué preciso desembarcar y pelear en medio del agua y del lodo, en el que dejó Cortés un zapato, y seguir a pie sobre las albarradas del pueblo, tras las cuales se refugiaban los nativos, siguiendo después por las calles, hasta que Alonso de Ávila, alcanzándoles con sus peones por las espaldas, les obligó a retirarse, aunque en buen orden y batiéndose. Terminada la acción, se aposentó Cortés con los suyos en el patio del templo y tomó posesión en toda forma de las tierras en nombre de su señor y rey.

El siguiente día 25 se volvió a entablar nueva pelea, pues el intérprete Melchor desertó e informó a sus compatriotas del escaso número de los españoles, alentándoles así a atacarlos.

Salióles el bravo capitán español al encuentro, acercándose hasta un pueblo llamado *Centla,* y allí se empeñó un recio encuentro en que se vieron bien apurados los conquistadores, debiendo el triunfo principalmente a los cañones. Se habla del auxilio prestado en esa acción por un sér sobrenatural y misterioso, que al decir de los mismos españoles fué el Apóstol Santiago, y según Cortés fué su patrón San Pedro, aunque Bernal Díaz dice, con la sinceridad y buena fe que le distingue: «É yo, como pecador, no fuese digno de verles, lo que yo entonces ví y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo castaño.»

Quedaron muertos tres soldados y heridos 65, más ocho caballos.

Poco después se presentaron varios caciques trayendo regalos y solicitando la paz, que fué concertada. Repoblóse el pueblo, y entonces se comenzó un catequismo hecho por Fray Bartolomé de Olmedo, por boca del diácono Aguilar; se formó una cruz en una gran ceiba y se hizo un altar donde fué colocada una imagen de la Virgen María, ante la que se celebró una suntuosa misa conmemorando el Domingo de Palmas; pues en este día tuvo efecto la función religiosa, todo lo cual terminó imponiéndole a la villa india de Centla el nombre de *Santa María de la Victoria,* en memoria de la obtenida por los españoles.



Fray Bartolomé de Olmedo, Capellán de Hernán Cortés.

Entre los varios presentes que el cacique vencido hizo a Cortés, había unas 20 esclavas y era de este número la célebre *Marina,* conocida vulgarmente por la *Malinche.*

Era hija del cacique de Oluta, lugar situado en Coatzacualco, y que murió dejándola pequeñita. Contrajo su madre segundas nupcias,



Primera misa celebrada en el *continente* por Fray Bartolomé de Olmedo, el 25 de Marzo de 1519.

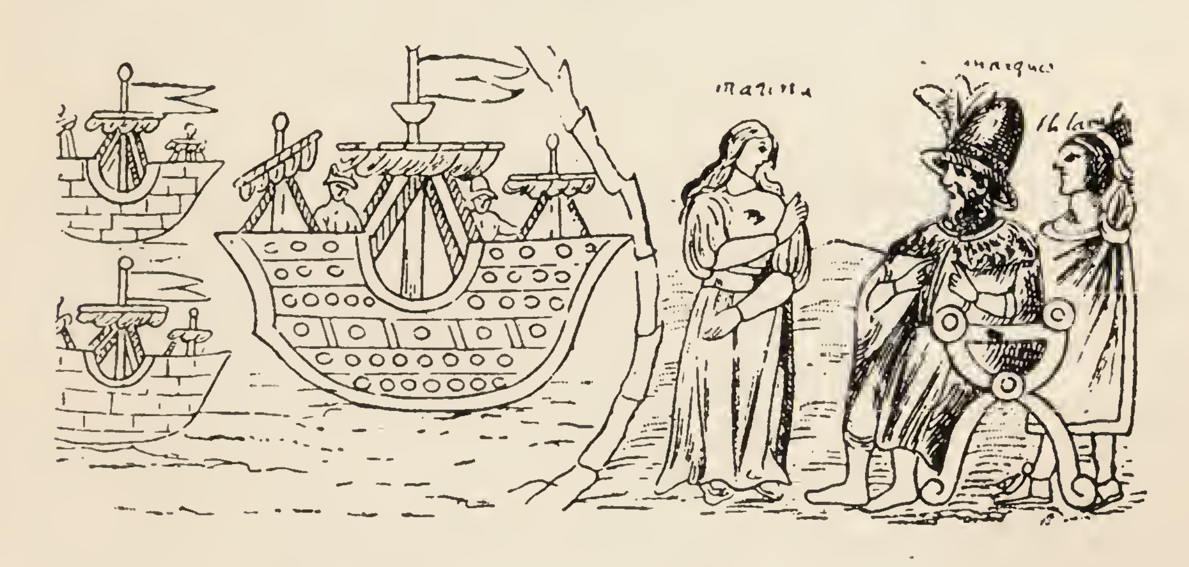
y para que el nuevo marido heredase el cacicazgo determinaron deshacerse de la pobre niña, haciéndola pasar por muerta, después

de darla a unos mercaderes del Xicalanco, quienes la vendieron a otros de Potonchán.

Parece que su nombre fué *Mallinalli Tenépal,* que por corrupción degeneró en Malinche, influyendo quizá también el nombre de *Marina* que al bautizarla se le impuso. Conocía su lengua nativa, que era el nahuatl, y había aprendido en el cautiverio la de sus amos, que era el maya, y hay cronistas que aseguran que muy pronto aprendió y habló la lengua castellana.

Repartió Cortés aquellas esclavas entre sus capitanes, tocándole Marina a Portocarrero, aunque en realidad la poseía Cortes. Siguieron los conquistadores su ruta sin detenerse más hasta anclar en Ulúa el Jueves Santo, 12 de abril, después de medio día.

Queda dicho cómo Motecuhzoma, sobrecogido de terror, abandonó su palacio y no volvió a tranquilizarse hasta que las naves de



Arribo de la Armada de Cortés. (Durán.)

Hernández primero, y después las de Grijalva, abandonaron las costas de México, creyendo que en ellas había venido Quetzalcohuatl a recobrar su reino, según lo había dicho.

Temiendo volviese, ordenó a los Tecutli de la costa, y con especialidad a los de Cuetlaxtlan, vigilasen el regreso y les diesen todo lo necesario a los que él creía dioses.

Pronto llegó a México la noticia del desembarque de Cortés en Tabasco, y al punto mandó el Emperador se arreglase un presente de plumería, joyas de oro, piedras preciosas y ricas telas, y las insignias de los dioses *Quetzalcoatl, Tezcatlipoca* y *Tlaloc.* Apenas tocó Cortés las costas de Ulúa, cuando se desprendieron de Chalchiuhcuécan dos canoas rumbo a la nao capitana, haciendo entender

por señas, desde ellas, el motivo y objeto de su misión. Los recibió Cortés vestido de sus mejores ropas y sentado en un trono que se le arregló en el alcázar de popa, hospedándolos luego en el castillo de proa. Les dió algunas bujerías e hizo que sus soldados disparasen la artillería en su presencia, con lo que se fueron amedrentados los embajadores.

Al día siguiente, Viernes Santo y 22 de abril, desembarcó en la costa arenosa de Chalchiuhcuécan, asentando en ella su real.



CAPÍTULO IV

División geográfica del territorio de México en tiempos de la conquista.—Fundación de la Villa Rica de la Veracruz.—Embajada e informaciones de los señores de Axapochco.—Nombramiento de Cortés por el Ayuntamiento de la Villa Rica.—Cortés en Cempualla.—Llegada de Francisco de Salcedo.—Destrucción de las naves.—El cacique temblón.—Embajada a Tlaxcallan.—Diversas batallas.—Entrada a Tlaxcallan.—Ascensión de Ordaz al Popocatepetl.—Cortés en Chalollan.—Terrible matanza.—Camino rumbo a México.—Llegada de Cortés y su ejército a México.—Recepción que le hizo Motecuhzoma.

Al desembarcar Cortés en la costa de Chalchiuhcuécan, el territorio del México actual se encontraba dividido del modo siguiente:

Toda la tierra recibía el nombre general de *Cemanahuac;* las tierras cercanas a las costas del mar del Sur se llamaban *Anahuac Ayotlán,* y las comarcas del litoral del golfo, *Anahuac Xicalanco,* es decir, la provincias de Coatzacoalcos y Tabasco.

A lo largo del mismo golfo, de Norte a Nordeste, se encontraban: *Cuextlán* o *Huaxtecapán, Nauhtlán, Totonacapán*, *Chalchiuhcuécan, Cuetlachtlán;* seguía después el *Anahuac Xicalanco, Onohualco* o *Mayapán, Teochiapán* y *Xoconochco.* Siguiendo la parte Sur o costa del mar Pacífico, tropezamos con el *Anahuac Ayotlán,* y subiendo rumbo al Poniente, se venía a dar a las tierras de los *Yoppi, Tlapaneca*, *Cuitlateca* y *Zacatollán,* para terminar en *Coliman.*

La parte Norte estaba ocupada por los *Chichimeca* bárbaros y algunos *Othomíes* errantes.

En el interior del país existían los reinos de *Michoacán, Matlaltzinco*, *Tlahuicas, Tlaxcallan*, *Tlacopán, Acolhuacán, Tenochtitlán, Metztitlán* y *Huexotzinco.* Cargados al Sur vemos a *Mixtecapán, Zapotecapán,* con los *Mixes* y *Chinantlán,* y al Sudoeste los *Cohuixca.*

Los *Popoloca, Chololllán* y *Mazatlán* ocupan lugar intermedio entre los del Centro y Sur. Se llamó *Xicayán* a la parte del territorio ocupada por los *Yoppi.*

Disfrutaban de autonomía los reinos de *Tlacopán*, *Acolhuacán, Michoacán, Chololllán*, *Huexotzinco,* la República de *Tlaxcallán,*



el señorío de *Metztitlán, Coliman, Mayapán, Mixtecapán, Zapotecapán,* los *Chichimeca* bárbaros y muchos pequeños cacicazgos en los territorios de *Xalisco* y *Teochiapán.*

El más extenso, floreciente y poderoso de todos ellos era el

Imperio Mexicano, que se comprendía entre 20° 30′ y 15″ latitud Norte, confinando por este rumbo con los mencionados Chichimecas bárbaros; al Oeste limitaba con el reino de Tlacopán y el de Michoacán, y venía a terminar en la desembocadura del río Zacatollán; al Sudoeste y al Sur le pertenecían las costa del Pacífico hasta la provincia de Xoconochco, cerca de los 7° longitud Este; al Nordeste y Este le correspondían las playas del Golfo desde una fracción del *Huaxtecapán,* hasta la desembocadura del Coatzacoalcos; finalmente, al Este le servía de lindero el mismo *Coatzacoalcos,* y abrazando *Teochiapán,* iba a terminar en el *Xoconochco.* Los pequeños señoríos que subsistían independientes a los lados del coloso, debían su vida, más que a sus esfuerzos, a la complacencia de éste y a la necesidad de tomar de entre ellos, con las prescripciones rituales, las víctimas para inmolarlas a sus dioses.

Tan luego como Cortés desembarcó en la costa de Chalchuihcuécan acordó establecer en ella una colonia, a la que impuso el nombre de *Villa Rica de la Veracruz,* instalando un Cuerpo municipal ante el cual hizo dimisión de los poderes e instrucciones que había recibido del gobernador Velázquez, declarando el Ayuntamiento que estos habían cesado.

Se procedió entonces por los mismos a nombrar, en representación del Rey, un capitán del ejército y justicia mayor, quedando Cortés designado para esos puestos; éste aparentó rehusar, mas al fin aceptó, quedando así desligado para con Velázquez.

En uno de esos días recibió una segunda embajada de Motecuhzoma, que encabezaba Teuhtlilli, y después otra de Ixtlilxóchitl, pretendiente al trono de Tezcoco, y finalmente conferenció con los caciques Tlamapanátzin y Atonaletzin, señores de Axapochco y Tepeyahualco, que se les ofrecieron por aliados, y se habían deslizado entre los embajadores del Rey de México.

Esta conferencia fué de gran importancia para Cortés y trascendentalísima para sus posteriores determinaciones.

Aceptada la oferta, le mostraron los antiguos libros y pinturas jeroglíficas que predecían la venida de los hombres blancos, su triunfo y el fin de las tiranías de Motecuhzoma, añadiendo también detallada noticia del imperio mexicano, su poder, extensión y riqueza, así como también lo mucho que los Nahuas eran odiados, los enemigos que tenían y la división en que se encontraba la tierra toda.

Pudo desde luego calcular Cortés las ventajas y los inconvenientes que le traería emprender la conquista de tan vasto imperio, fundando desde luego sus resoluciones y mandatos en base sólida.

¡Cuán lejos está, después de puntualizado esto, de merecer D. Hernando el dictado de aventurero audaz e ignorante, con que se le ha motejado por muchos!

Después de este suceso tomó la resolución de quitarse la comisión de Velázquez, y ya vimos el resultado.

Fundada la nueva ciudad, establecido su Ayuntamiento y uniformadas las opiniones, emprendió camino con rumbo a Quiahuiztlan, recibiendo en el camino una embajada del Cacique de Cempoalla, quien le invitaba a pasar a su pueblo. Con las debidas precauciones se dirigieron a Cempoalla, que era una ciudad de más de 25.000 habitantes y treinta y tantos pueblos tributarios; fueron recibidos y aposentados en el teocalli cual si fuesen dioses. Allí los recibió y obsequió el Cacique, que era un hombre de gordura extremada, por lo que, en lo sucesivo, se le llamó por los conquistadores el *Cacique gordo*, siendo *Tlacochcálcatl* su nombre indio, que después cambió por el de Pedro. Al día siguiente marchó a Quiahuiztlan, adonde llegó al medio día del otro, y aunque por de pronto huyeron los habitantes, presto se calmaron y regresaron. Conferenciaba D. Hernando con el Cacique de este pueblo del Cempoallán, cuando se presentaron los recaudadores del tributo de Motecuhzoma, a quienes temblando y presurosos, salieron a recibir los dos caciques. Reprendieron ásperamente a éstos por haber recibido a los extranjeros; mas, sabedor de ello Cortés, les aconsejó prendiesen a los enviados ofreciendo apoyarlos.

Así lo hicieron, y aun pretendían matarlos, cuando el capitán español los hizo que escapasen por mar, fingiéndose amigo de Motecuhzoma.

Este hecho trajo la amistad de los Totonaca a Cortés y una alianza y servicio de hombres y vituallas.

En los varios días que permaneció el ejército español en Cempoallán volvió a presentarse otra embajada del Emperador de México, agradecido y quejoso por lo ocurrido con los Totonaca y sus emisarios, quejándose principalmente de su resistencia a pagar el tributo. Cambiados regalos mutuos, y los de los Nahuas fueron espléndidos, les declaró Cortés que, siendo ya los Totonaca súbditos del Rey de España, solamente a él deberían pagar tributo.

Sobrevino en esos mismos días una guerra entre los Cempoalteca y los de Tizapantzinco, y en ella intervino D. Hernando, arreglando las diferencias de los dos pueblos, y a su vuelta a la ciudad hizo que arrojaran del teocalli a sus ídolos, substituyéndolos con una imagen de la Virgen; dijo misa el P. Olmedo, y se bautizaron ocho hijas de caciques.

Al volver a la Villa Rica encontró que había fondeado un buque con 60 soldados y 10 caballos al mando de Francisco Salcedo, y noticias de que Velázquez estaba nombrado con facultades de rescatar y poblar las nuevas tierras. Surgieron de nuevo los descontentos, y tuvo que ejecutar en ellos severos castigos, previo proceso, el justicia mayor Cortés; y para quitar estorbos y afirmar su autoridad, mandó la nao capitana con Portocarrero y Montejo en calidad de procuradores, a España, y una carta del Ayuntamiento de Veracruz al Rey con todo lo de valor que se había adquirido.

Para quitar toda esperanza de regreso a Cuba hizo que le diesen un informe respecto al estado de las naos, diciendo estaban en mal estado, y basado en él, mandó que, con excepción de los bateles destinados a la pesca, diesen con ellas a través, mandando recogiesen cables, anclas y velas, constituyendo a Escalante por capitán del pueblo, y dejando por guarnición 150 hombres de los menos útiles.

Arreglado lo referido, volvió a Cempoallán y recibió del Cacique gordo un cuerpo auxiliar de ejército, 200 tamemes y 50 guías escogidos entre los principales guerreros.

Salió Cortés de Cempoallán o la Nueva Sevilla para México, el día 16 de agosto, con 400 peones, 16 caballos, 1.300 Totonaca al mando de tres de sus jefes, y seis piezas de artillería.

Tomaron camino de las montañas, pasando por Xalapan, Xicochimilco, Ixhuacán; bajaron de las sierras al valle y a Xocotla, lugar próximo a Tlaxcallan, donde descansaron, agasajados por *Olintel* (el cacique temblón). Desde allí mandó Cortés una embajada a los señores de Tlaxcallan y un obsequio.

Ya dijimos quiénes eran los entonces supremos magistrados de esta República, quienes recibieron y discutieron el asunto dividiéndose los pareceres.

Maxixcatzin se inclina a aceptar las proposiciones de Cortés; Xicoténcatl el viejo, a que se les hiciese la guerra, y Tlehuexolotzin optaba por el término medio, es decir, que aparentemente se les

recibiese de paz, pero que, en silencio, se les azuzara a los aliados Othomíes, para que en caso de una derrota, sobre ellos cayera la responsabilidad, y la república quedase a salvo.

Como durase mucho el debate y nada se le hiciese saber al capitán español, resolvió éste, impaciente por la tardanza, salir de Ixtacamaxtitlán, llevando 300 guerreros del lugar, y marchó con rumbo a Tlaxcallan. Atravesó la *gran muralla,* que encontró abandonada, el día 31 de agosto, formado en orden de guerra. Algunos Cempoalteca se habían adelantado buscando víveres, y así llegaron a Tecoac, cuyo cacique les recibió mal, efectuándose después un encuentro entre los de su pueblo y los españoles que quedaron vencedores.

Este acontecimiento desató las dificultades de los Tlaxcalteca, que al punto mandaron contra D. Hernando un fuerte ejército mandado por Xicoténcatl el joven. Avanzaba el ejército hispano en orden de batalla en la madrugada del día 2 de septiembre, cuando un perro descubrió al enemigo. Se acometieron con denuedo por ambas partes, peleando todo el día, y hasta la puesta del sol lograron los Españoles guarecerse en el teocalli llamado Tzompantzinco, quedando indeciso el éxito de la jornada. En escaramuzas diarias, tanto de día como de noche, pues llegaron a creer los indios que sólo bajo las sombras de la noche serían vencidos los llamados hijos del Sol, se pasaron diez o doce días, al cabo de los cuales, a despecho del joven y valiente Xicoténcatl, se ajustó la paz por ambas partes.

Según los cómputos más exactos, la entrada de Cortés en Tlaxcallan se verificó el domingo 18 de septiembre, en medio de grandes regocijos, y saliendo a recibirle los cuatro señores, vestidos con las insignias de su alto grado.

Admirado quedó Cortés con lo bien arreglado y populoso de la ciudad, su buen abastecimiento de víveres y el aspecto de los campos cultivados; permaneció en ella varios días, que ocupó principalmente en arreglar una alianza con los Tlaxcalteca, y aprestar un buen contingente militar para su expedición. Muchos fueron los regalos que se le hicieron y entre ellos 300 hermosas doncellas para sus soldados, y el viejo Xicoténcatl dió a Cortés una hija suya.

No se olvidó de la cuestión religiosa, que prudentemente expuso por medio de Marina, y aun mandó colocar una gran cruz con toda solemnidad y utilizar un teocalli nuevo para el culto de la Virgen. En él bautizó el P. Díaz a cinco de las principales jóvenes indias.

En aquellos días, el capitán Diego de Ordaz, con algunos españoles e indios, hizo una ascensión al cráter del Popocatepetl, quedando éstos a medio camino; hecho que aumentó el renombre de los blancos, haciendo que el señorío de Huexotzinco se le uniese, y que Ixtlixochitl, pretendiente del trono de Tezcoco, se volviese a ofrecer como aliado.

Después de una permanencia de más de veinte días en Tlaxcallan, hacia el 12 de octubre salió Cortés con rumbo a Cholollán con su ejército reforzado en más de 6.000 soldados Tlaxcaltecas.

Con grandes muestras de cordialidad y aun de alegría fué D. Hernando recibido, y solamente le suplicaron no permitiese entraran a la ciudad los Tlaxcalteca, por ser enemigos, y así fué que se les dió alojamiento fuera de ella.

Nueva embajada de Motecuhzoma llegó a Cholollán con presentes, y procurando, como siempre, alejar al conquistador. Parece que entonces se arregló definitivamente una emboscada contra los españoles, que ya de antemano estaba concertándose, trama que poco a poco fueron descubriendo éstos por torpeza de los Cholulteca, y también por la de uno de los sacerdotes. So pretexto de pedir unos tamemes, y previa consulta con sus capitanes, mandó



Marcha de Cortés. (Durán.)

Cortés reunir a todos los nobles y sacerdotes en el atrio de un teocalli, y estando éste lleno, y dada la señal convenida de un tiro de arcabuz, se precipitaron sobre aquella masa inerme y la acuchillaron sin piedad.

A la vez que esto pasaba, entraron los Tlaxcalteca en la ciudad,

y asesinaban, robaban e incendiaban por doquier, sin encontrar resistencia alguna. Dos días duró esta horrorosa escena de barbarie, al cabo de los cuales yacían abandonados 6.000 cadáveres, y la ciudad santa, antes tan bella, era un negro montón de ruinas.

Difícil es saber a punto fijo si aquello fué el fruto de la malignidad tlaxcalteca o el castigo de una traición, llevado a una altura injustificable; los cronistas primitivos se contradicen o callan, y sólo sí podrá decirse, con uno de nuestros historiadores más reputados, que «la matanza de ChololLán fué más inhumanidad que valentía», quedando ese indeleble borrón a la memoria de Cortés, aunque las balas dumdum de los ingleses, empleadas contra los boers, pueden, en pleno fin de siglo XIX, justificarlo todo.

Pidieron misericordia los sacerdotes, y la matanza cesó, descargando su enojo Cortés sobre los embajadores de Motecuhzoma, a quienes echó en cara la traición de su amo, mandando a uno de ellos que se lo hiciese saber y le anunciara su próxima llegada a Tenochtitlán. Al cabo de seis días volvió nueva embajada con regalos ricos y disculpas, y nueva insistencia para frustrar el viaje; sin hacer caso alguno de ello, y con nuevo refuerzo de 1.000 Tlaxcalteca, salió Cortés de Chololán el 1.º de noviembre para México.

Pernoctó en Calpan, y siguió el camino entre el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, haciendo alto en una elevada meseta desde donde él y todo su ejército contemplaron el admirable panorama que presentaba la reina de los lagos, la incomparable Tenochtitlán.

Presentóse allí nueva embajada, prometiendo que con tal de que no fuese el jefe español a México, darían lo que quisiesen y mandarían cada año cuanto se les pidiese hasta el mar o lugar que se les señalase; contestó el aludido que por mandato de su rey debería ir hasta presencia de Motecuhzoma, y que si, después de verle, no le quería tener en su compañía, se volvería.

El 3 de noviembre llegó el ejército a Amaquemecan, recibiéndosele con agrado y obsequios; el señor del lugar, unido a los de Tlalmanalco y Chalco, se quejaron de la tiranía de Motecuhzoma y se ofrecieron como aliados.

El 5 de noviembre salieron de Amaquemecan, pasaron por Tlalmanalco y rindieron la jornada en Ayotzinco, junto a Chalco: al ponerse en camino el día siguiente llegó Cacama todavía insistiéndole, de parte del Rey de México, en que no le visitase; Cortés

insistió, y salió casi tras los embajadores. Tomó por el dique, llegó a Cuitláhuac, continuó por entre los lagos de Chalco y Xochimilco, hasta Ixtapalapa, en donde los aposentó y les agasajó Cuitláhuac.

El lunes 7 de noviembre atravesó el ejército la calzada de Ixtapalapa, llevando todo bien dispuesto y apto para el combate; componíase aquél de 400 españoles y 7.000 aliados. Marcharon por el dique Sur, que venía a desembocar al templo de la diosa Toci, en donde ya le esperaba Motecuhzoma, que había venido en lujosas andas y en hombros de cuatro grandes señores.



Encuentro de Cortés y Motecuhzoma.
(*Códice de Sahagún*, en la Laurentiana.)

Al punto que vió a Cortés, descendió de ellas, y bajo lujoso palio se adelantó a recibirle, visto lo cual por aquél, echó pie a tierra y se dirigió a encontrar al emperador, y quiso abrazarle, cosa que los nobles no le permitieron.

Cambiados los primeros saludos, el Emperador mismo les condujo al alojamiento, que fué el palacio de Axayacatl, donde los dejó instalados, retirándose luego.

Por la tarde volvió a verles, trayendo ricos obsequios; y sentando cerca de sí a Cortés, le dijo reconocerle como enviado de Quetzacoatl, y que él cediendo a la voluntad de los dioses, se le sometía y al Rey de España, su señor.

¡A tal grado de envilecimiento llegó un monarca tan temido y respetado, de antecedentes guerreros tan gloriosos y en la plenitud de la vida y el poder! ¡Tales son los frutos del fanatismo, de la molicie y de la tiranía!



CAPÍTULO V

Cómo era Motecuhzoma.—Aspecto de Tenochtitlán.—Su población.—Tianquiztli de Tlatelolco.—Tesoro de Axayácatl.—Prisión de Motecuhzoma.—Suplicio de Cuauhpopoca.—Rapacidad de Cortés.—Expediciones a Pánuco y Coatzacoalco.—Profanación del gran Teocalli.—Altar a la Virgen María.—Noticia de la llegada de Narváez a Veracruz.

Era Motecuhzoma, según Bernal Díaz, de edad hasta de cuarenta años, de buena estatura y bien proporcionado, cenceño y de pocas carnes, de color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y tenía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, pocas barbas, prietas, bien fuertes y ralas, el rostro algo largo y alegre, los ojos de buena manera, y mostraba en el mirar por un cabo amor, y cuando era menester, gravedad. Era muy limpio y diariamente se bañaba.

De su fausto, esplendidez y demás cualidades nos hemos ocupado en la segunda parte de este libro.

Al día siguiente de su llegada a México, pasó Cortés a corresponder la visita a Motecuhzoma, acompañado de sus capitanes, y entre las varias cosas de que habló con el Emperador fué de lo tocante a la religión, aunque sin resultado: tanto él como los suyos al despedirse recibieron buenos presentes de oro, joyas y ropa fina.

Convenía a D. Hernando conocer la localidad, y por eso fué que, recabado permiso del Emperador, se dió a recorrerla, yendo a caballo acompañado de sus capitanes y más esforzados peones.

La Tenochtitlán de aquel tiempo era una Venecia india y tenía su principal asiento en una pequeña isla rodeada toda por el lago; solo tenía comunicación con la tierra firme por medio de algunos diques o calzadas, interrumpidas de trecho en trecho para permitir el curso de las aguas, y comunicadas en estos puntos por puentes

movibles. La ciudad, que se extendía en la forma de un tablero de ajedrez, tenía muchas calles, pocas largas y anchas, cortas y estrechas en su mayoría. Grandes canales o acequias la cortaban en todas direcciones, y por ellos cruzaban diariamente numerosas canoas (30.000 al diario) conduciendo víveres y pasajeros.

Resaltaban de entre las construcciones los palacios del Soberano, y ocupaba el centro de todas ellas el gran Teocalli y el palacio en que vivía Motecuhzoma. Cuatro grandes calzadas dividían la ciudad en los cuatro vientos cardinales: la que condujo a los españoles a Tenochtitlán guiaba en dirección Sur al fuerte de Xoloc, dividiéndose allí en dos brazos que iban a parar a Iztapalapán y Cuyoacán; otra conducía al Norte hasta el Tepeyac; una tercera en dirección Poniente a la ciudad de Tlacopán, y la cuarta hacia el Poniente. Da una idea bastante justa del conjunto de Tenochtitlán, a vista de pájaro, el plano que ilustra las cartas de Cortés, impresas en Nuremberga el año 1524; lo mismo que el de la «Relación» del conquistador anónimo.



Motecuhzoma.

Respecto a la población de ella hay opiniones, asegurándose que tenía 120.000 casas con un total de 200.000 almas cuando menos. Dirigieron los españoles sus primeros pasos al gran mercado o *Tianquiztli de Tlatelolco,* situado en la parte Noroeste de la ciudad, quedando asombrados, primero, de la gente que al diario acudía, pues pasarían de 60.000 personas, y después de la inmensa variedad de objetos que en él se expendían. Cada mercancía tenía su lugar señalado para evitar confusiones. La plaza mercado estaba circundada por varias galerías de columnas y en el centro de ella se elevaba un bello edificio en que residían los jueces para revisar las mercancías y dirimir todas las cuestiones que se presentasen entre mercaderes y compradores.

Se vendía por número y medida, pues no dice el cronista Bernal Díaz que se usasen pesos; el pago era a cambio de objetos, aunque

se tenían como monedas calculadas los granos o semillas de cacao, las plumas ricas, ciertas mantas tejidas y tubos de plumas de aves con pepitas de oro. Largo sería enumerar los comestibles que en su estado natural y condimentados se vendían, ni las bebidas, telas, vasijas, muebles, sogas, madera labrada, metales, mosaicos de



Plano de la ciudad de Tenochtitlán.
(De un grabado en madera de la edición de las cartas de Cortés al emperador Carlos V, impresa en Nuremberga en 1524.)

pluma, así como también plantas, macanas, flechas, dardos, porras, ichcahuipiles, rodelas y demás pertrechos guerreros. Ungüentos, pomadas, aguas y hierbas medicinales, animales vivos, redes y todo lo de caza y pesca, allí también se encontraba, sin faltar barberos, ni cargadores para transportar los objetos comprados.

Dejando el animado y pintoresco mercado, se volvieron por el mismo camino andando hasta el gran Teocalli, a cuya entrada les

esperaba Motecuhzoma: desde su principal y más alta plataforma contemplaron el bello panorama de la ciudad azteca, y debió también calcular Cortés todo lo peligroso y difícil que sería abandonarla en caso de fuga o derrota.



Plano de la antigua ciudad de México, en la «Relación» del Conquistador anónimo.

Parece que en él quiso volver a tratar con el Emperador la cuestión de religión, a lo que rotundamente y con energía éste se negó, y sólo permitió que los españoles erigieran en su alojamiento un altar, y allí se dijo misa hasta que concluyó el vino. Al hacer esa obra se descubrió una puerta tapiada, y por ella dieron con el tesoro de Axayacatl, del que dispusieron los españoles sin ningún escrúpulo.



Mercado de Tlatelolco. (Armin.)

Por esos días, o un poco antes, sucedió que resistiéndose los zempoalteca a pagar el ordinario tributo a Motecuhzoma, penetró en su territorio en són de guerra Cuauhpopoca, señor de Nautlán, y, como acudiese en ayuda de aquéllos el capitán Juan de Escalante, se trabó un serio combate en que el cacique inva-

sor fué derrotado, costando la victoria la vida de Escalante.

Comprendiendo Cortés la difícil posición en que estaba colocado y el ningún fruto que hasta entonces había obtenido y sí los grandes peligros a que estaba expuesto, no obstante las promesas de alianza de los enemigos de Motecuhzoma, reunió entonces en consejo a los capitanes Alvarado, Sandoval, Velázquez de León, Ordaz y 12 soldados distinguidos, entre los que iba Bernal Díaz, para determinar lo que había de hacerse en el porvenir. Después de vacilaciones y opiniones encontradas, se resolvió prender a Motecuhzoma y llevarlo al alojamiento de ellos.



Templo mayor de México y sus anexos. (Armin.)

Temeraria era la empresa y de no fácil ejecución, ni menos de buenos y seguros resultados, por más que entre la residencia de éste y la de aquéllos no mediase más que el ancho de una calle.

Se tomó por pretexto el ir a quejarse de la muerte de Escalante, y quedando el ejército sobre las armas, listos los caballos y a punto la artillería, se dirigieron a palacio acompañados por D.ª Marina, como intérprete.

Desde luego fueron recibidos, y expuesta la queja, agregando que aquello, según se decía, se había ejecutado por orden del mismo Emperador, éste, para sincerarse, les dijo haría venir a Cuauhpopoca y lo castigaría, haciendo al efecto entrega a uno de sus súbditos del sello real para que viniese el cacique a su llamada. Mostrándose conformes en parte, Cortés pidió al Emperador, como una prueba de lealtad y garantía a sus personas, que fuese a vivir con ellos a su alojamiento hasta tanto aquel castigo no se efectuase: indignado Motecuhzoma rechazó desde luego la petición, y esto ocasionó una discusión acalorada de los españoles entre sí, al grado que, irritado y con semblante feroz, propuso Alvarado matar allí mismo a estocadas al Emperador.

El terrible ceño y ademanes del capitán Alvarado, unido a la

comunicación que de sus frases le hizo Marina, aterraron tanto al infeliz Motecuhzoma, que viéndose solo y sin defensa posible, accedió a la pretensión, y ordenando el pronto arreglo de su litera, siguió a los españoles, ingresando con ellos en su cuartel.

La noticia del suceso cundió rápidamente por la ciudad, y aunque ya mediaba la tarde, el pueblo comenzó a alborotarse, teniendo el Emperador que ordenar se calmase, asegurándoles que por su voluntad, y siguiendo órdenes de los dioses, había dado aquel paso. Cerca de las habitaciones de D. Hernando se arreglaron las de Motecuhzoma con toda magnificencia, trayéndole sus hijos, mujeres y los grandes de su servidumbre. En nada alteró sus costumbres, y siguió mandando y disponiendo cual si aun fuese emperador de México. Con la apariencia de tributarle honores dispuso Cortés una hábil y rigurosa guardia en su derredor, así es que todo intento de fuga o liberación era imposible.

A principios de diciembre llegó Cuauhpopoca a México en unión de su hijo, 15 nobles guerreros y de los tres españoles que acompañaron a los enviados de Montecuhzoma; respondió con altivez y nobleza a las interrogaciones del jefe español, y éste sin estimar en nada la nobleza del cacique, mandó quemarlo vivo con su hijo y acompañantes frente al Teocalli, ordenando a la vez que se le pusieran grillos a Motecuhzoma, diciendo hacía aquello con él por haber confesado el reo que todo lo había hecho por su mandato.

No puede menos que censurarse tan vil conducta de Cortés, pues todo lo que le engrandece el hábil y valiente acto de prender al apocado monarca, lo deprime y degrada el horrible suplicio del leal Cuauhpopoca y el de sus irresponsables compañeros, a la par que la inútil humillación de Motecuhzoma.

Se dedicó luego después Cortés a reunir la mayor cantidad de oro posible, y para este fin comenzó por mandar a fines de diciembre a Tezcoco una parte de sus tropas, al mando de los hijos de Nezahualpilli, y ya en camino, un enviado del Emperador habló aparte al príncipe Nezahualpilli recomendándole de parte de Motecuhzoma el buen trato de los blancos; éstos interpretaron aquello como una traición, y sin averiguar nada le dieron de palos al joven Príncipe y le volvieron ante Cortés, que sin otra razón ni averiguación, lo hizo ahorcar en el acto.

Mandó luego exploradores por todo el país para que buscasen oro, y especialmente a la Chinantla, Tochtepec y Tamazolapán, y

con el auxilio del mismo Motecuhzoma arregló dos expediciones, una a Pánuco y otra a Coatzacoalcos, aprovechándolas para formar alianzas con los señores de aquellas tierras, enemigos de México. Creció la arrogancia de Cortés con todas estas condescendencias del Monarca, ayudado por la impasibilidad de sus súbditos; pues si bien es cierto que los Reyes de Tlacopán y Tezcoco se alejaron de Motecuhzoma disgustados por su apocamiento y con ánimo de libertarle, luego les mandó llamar éste y entregándolos a Cortés fueron puestos en *la cadena grande*, a la que también se agregaron otros muchos principales de México y de los señoríos del Valle. So pretexto de reunir el tributo para el Rey de España, mandó D. Hernando varios de los suyos, acompañados del calpixque de México, a que recogiesen oro, cometiendo con este pretexto infamias y depredaciones. Alvarado marchó a Tezcoco, y aunque ya se había traído el tesoro de Nezahualcóyotl, se pidió más a Cuicuitzcatzín, quien dió por valor de unos 10.000 castellanos, y como no pudiese dar más, aquél le ató a un palo de pies y manos y le quemó el abdomen con brea derretida.

Producto de estas rapiñas fueron más de lo equivalente a $ 3.000.000 oro de nuestra moneda; de él se sacó «el quinto del Rey» y con el resto hizo Cortés *el repàrto del León*, al grado que a los pobres soldados vino apenas a tocar a cada uno cien pesos de oro.

No contento todavía Cortés con eso, y quizá no satisfecho de las condescendencias del infeliz Emperador, quiso que públicamente y con las fórmulas legales declarara Motecuhzoma sumisión al Monarca de Castilla; para ello reunió a todos los nobles que tenía presos, y en una sala de Palacio exigió ante ellos y los capitanes de su tropa la declaración de vasallaje, que hizo ante el escribano Pedro Fernández, y éste extendió el testimonio correspondiente.

Subieron a más las pretensiones de Cortés, que se resolvió entonces a hacer una demostración de su poder derrocando los ídolos y substituyéndolos por la cruz cristiana: al efecto, se dirigió un día al gran Teocalli, y subiendo con los suyos al Tlillán, con una barra de hierro comenzó a romper los muchos ídolos que allí había. Pronto llegó a noticias de Motecuhzoma el sacrilegio y pidiendo permiso, se dirigió al lugar del atentado; allí conferenció con Cortés y consintió en que se convirtiese aquella parte del Teocalli en templo cristiano, colocándose allí una imágen de la Virgen María y otra de San Cristóbal, pero que se le entregasen sus dioses.

Aquel paso innecesario y muy imprudente de Cortés estuvo a punto de sublevar a los méxica, y de ello se le avisó al Emperador, quien le aconsejó que, puesto que había ya obtenido el reconocimiento al Rey de España, saliese de la ciudad con su ejército para evitar el peligro.

Contestó Cortés serle imposible por falta de navíos, y entonces Motecuhzoma le proporcionó obreros que marcharon a la costa a trabajar bajo la dirección de los carpinteros de ribera Martín López y Andrés Núñez.

Ocho días llevaban de haber salido los carpinteros cuando Motecuhzoma avisó a Cortés el arribo de unos navíos con españoles: la primera impresión de esta noticia fué de gozo y alegría, creyendo serían los refuerzos conseguidos por los procuradores; veremos luego cuán distinta fué la posterior noticia.



CAPÍTULO VI

Objeto que tenía la expedición de Narváez.—Sale contra él Cortés.—Resultado de ello. —Conducta de Alvarado en México.—Matanza del gran Teocalli.—Sublevación del pueblo de México.—Ataque al cuartel español.—Llegada de Cortés a México. —Asaltos y combates.—Motecuhzoma herido por Cuauhtemoc.—Muerte de Motecuhzoma.

Gonzalo de Sandoval, que substituyó al desgraciado Escalante, escribió luego a Cortés diciéndole que los recién llegados eran enviados de Velázquez, con orden de separarle del mando y mandarle preso a Cuba.

Y así lo era en verdad, pues que despechado Velázquez de la violenta partida de Cortés, y no habiendo podido apresar la nave de los procuradores de él, alzó una nueva armada para venir en persona a tomar posesión de lo que él juzgaba suyo y le había defraudado Cortés. Sabedora la Audiencia de Santo Domingo de tal determinación, y temiendo las graves consecuencias que ello podía traer, nombró en comisión a Lucas Vázquez de Ayllón para que fuese a Cuba, con amplios poderes e instrucciones. Este no logró más sino que Velázquez substituyera su lugar con Pánfilo de Narváez, ordenándole requiriese pacíficamente a Cortés, y en caso de resistencia, fuese la nueva armada a poblar otras tierras.

Constaba esta armada de 19 naves, 1.400 soldados, de los cuales eran 80 de a caballo, 90 ballesteros y 60 arcabuceros; 20 piezas de artillería y 1.000 indios de Cuba para el servicio. Se hizo a la vela a principios de marzo de 1520, y después de haber recorrido el mismo camino que Cortés, llegó a la costa a principios de abril.

Contra la opinión del comisionado Ayllón, desembarcó Narváez y fundó luego una villa; a ella llegaron emisarios de Motecuhzoma con presentes, y a éstos les hizo saber el recién venido que su misión

era castigar a Cortés. A poco llegaron los españoles Cervantes, Escalona y Hernández, que regresaban de la Chinantla, los que pusieron al tanto de todo lo hasta entonces acaecido al delegado Ayllón, y se unieron a Narváez sirviéndole de intérpretes.

La situación de los tres personajes de este interesante episodio de la historia mexicana llegó a ser difícil y comprometedora: Motecuhzoma sintió renacer en su pecho la esperanza, y de seguro comenzó a pensar en los medios de acabar con los españoles; Cortés, con su tropa dividida, encerrado en una ciudad enemiga, sin fuerzas para dominarla y al mismo tiempo obligado a batir a las más poderosas de Narváez que se le presentaban, sintió quizá flaquear su ánimo; Narváez, que pudo, aprovechando el tiempo, marchar inmediatamente sobre México, lo perdió esperando a Velázquez de León e intimando obediencia a Sandoval.

Este, activo e inteligente, tomó presos a los Embajadores, y metiéndolos en hamacas de red, a espaldas de indios, y custodiados por el alguacil Pedro de Solís y 20 soldados españoles, los envió a Cortés, marchando estos infelices como cargas, sin descanso ni de día ni de noche, durante cuatro días, hasta llegar a la ciudad de México.

Pudo entonces Cortés obtener de ellos datos y noticias más precisas, y después, con su afable y buen trato, los inclinó a su favor: en cartas y envío mutuo de correos se pasó casi un mes, que supo aprovechar Cortés para sí, ayudándose con regalos y presentes en oro a algunos de los principales jefes de Narváez. Con éste nada pudieron las conferencias habidas con el P. Olmedo, y sí día a día perdía el prestigio en su tropa, rematando su inacción tan pésima conducta; de la costa pasó a Cempoallán, donde se situó.

Cortés, viendo la torpeza de su contrario, y con noticias de que ya estaba minado su ejército, decidió marchar sobre él. Dejó parte de los soldados en México al mando de Pedro de Alvarado, al que los españoles llamaban *Tonatiuh* por ser rubio, le encargó sobremanera el impedir se le escapase Motecuhzoma y demás presos, y a éste le recomendó no faltasen los víveres y se respetase la capilla del Teocalli.

Salió Cortés por la calzada de Iztapalapan con 80 soldados, y el Emperador, custodiado por Alvarado, le acompañó hasta las orillas de la ciudad; en Chololián le esperaban Velázquez de León y Rangel

con sus fuerzas, y en Tlaxcallán recibió un auxilio de tropa con tres jefes. Tomó por las llanuras de Tepeaca, pasó a Quecholac, de allí a Ahuilitzapán (Orizaba), y tomando por veredas, hasta Huatusco, en



Generales aztecas.

donde se le presentaron emisarios de Narváez proponiéndole dejase la tierra, pudiendo sacar cuanto habían adquirido él y los suyos.

En Tampanequita se le unió Gonzalo de Sandoval con 60 hombres, y desde allí mandó al P. Olmedo con cartas para Narváez y bastante oro para corromper su tropa, lo que efectuó hábilmente el bendito fraile.

En este tiempo pudo adelantarse y llegar a Mictlancuauhtla, donde se le reunió Trevilla, presentándole 300 picas de cobre duro de la Chinantla.

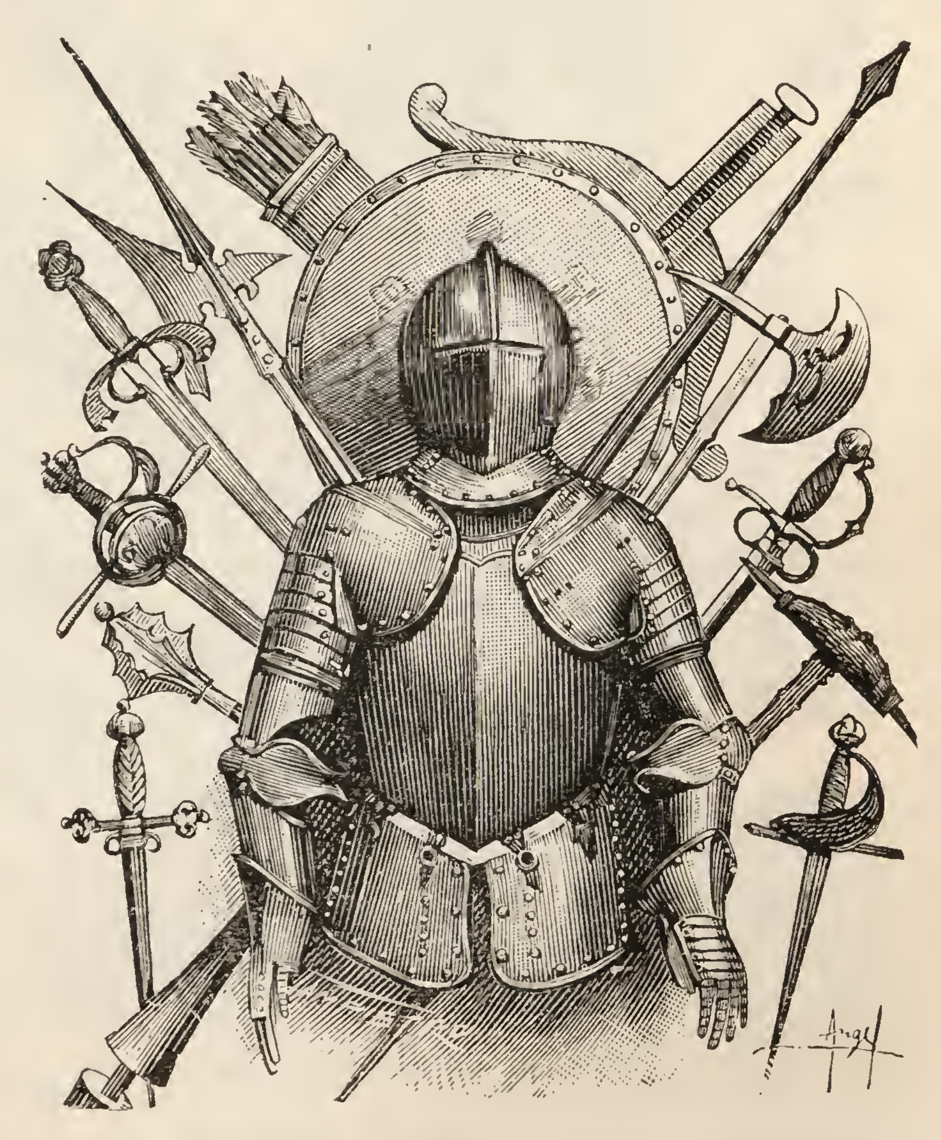
Hizo alarde y se encontró con que tenía 320 peones, cinco caballos, dos artilleros y los indios aliados. Para distraer a Narváez mandó a Velázquez de León fuese a Cempoallán, y dos horas después puso en marcha su ejército, llegando a acampar cerca de Cempoallán, al caer la tarde del lunes 28 de mayo.

En vano, sufriendo una fuerte lluvia, esperó Narváez a Cortés toda la tarde, y ya de noche, se recogió a la ciudad. Cuando más descuidado estaba, llegó Cortés con los suyos, y después de corto,

pero reñido combate, fué vencido Narváez, que en la contienda perdió un ojo. Tan memorable jornada acaeció el martes 29 de mayo de 1520.

Pocas fueron las pérdidas por ambas partes, y los vencidos, después de entregárseles lo que les pertenecía, ingresaron en el ejército de Cortés, que de este modo duplicó su gente y contó con las naves en que ellos habían venido. En lo mejor de su victoria, y dando órdenes para explorar y guarnecer algunos puntos de la costa se encontraba D. Hernando, cuando llegó una carta de Alvarado en que le pedía socorro, pues los méxica habían quemado los bergantines, quitado los víveres y alzados en guerra atacaban el cuartel.

Veamos la causa de ello. Mal se portó Alvarado desde la salida de Cortés, tratando con suma dureza a Motecuhzoma. En estas circunstancias llegó la fiesta Tóxcatl, que era solemnísima para los méxica y caía en 20 de mayo: tanto Alvarado como los Tlaxcalteca recelaban un alzamiento en la celebración de ella; así es que estaban desconfiados y asustadizos. Llegó el día de ésta, y cuando los méxica habían comenzado la ceremonia y estaban bailando unos 400 señores y como 3.000 personas contemplándolos, se presentó Alvarado en el patio del Teocalli, llevando la mitad de su fuerza y algunos aliados. Aquéllos los colocó, de 10 en 10, en cada una de las puertas, quedando él con otros pocos dentro; a una señal dada se arrojaron los que dentro estaban, espada en mano, sobre los indios



Armas ofensivas y defensivas de los españoles.

inermes que, tratando de escapar, se encontraban con las picas de los que guardaban las puertas, o con los dardos de los Tlaxcalteca y de los ballesteros que cuidaban las cercas. Fué aquello una terrible carnicería en que perecieron hombres, mujeres y niños, quedando el extensísimo patio inundado de sangre y lleno de muertos «que ponía espanto».

Después de aquella negra y cobarde acción, tuvieron los españoles calma bastante para recoger las joyas que llevaban los danzantes.

Apenas hubo tiempo de efectuar la rapiña, pues vinieron sobre ellos los méxica hasta obligarlos a entrarse en su cuartel; a él llegó Alvarado con la cabeza rota de una pedrada; un soldado fué muerto y otros heridos. A toda prisa se amurallaron los españoles rechazando a los asaltantes, principalmente con los fuegos de arcabuces y cañones, y hasta con piedras, que desde las azoteas les arrojaban los Tlaxcalteca.



Armas ofensivas y defensivas de los aztecas

El siguiente día aflojó el ataque a causa de estar dedicados los méxica a los funerales de sus muertos; mas al tercero volvieron con gran ímpetu sobre el cuartel, que incendiaron por varios puntos, derribando una parte y poniendo en tal aprieto a los españoles y aliados, que fué preciso subir a Motecuhzoma a la azotea, para que con su presencia desde allí excitase a la paz a sus súbditos. Respetaron a su Emperador y acataron su mandato, cesando en acometer

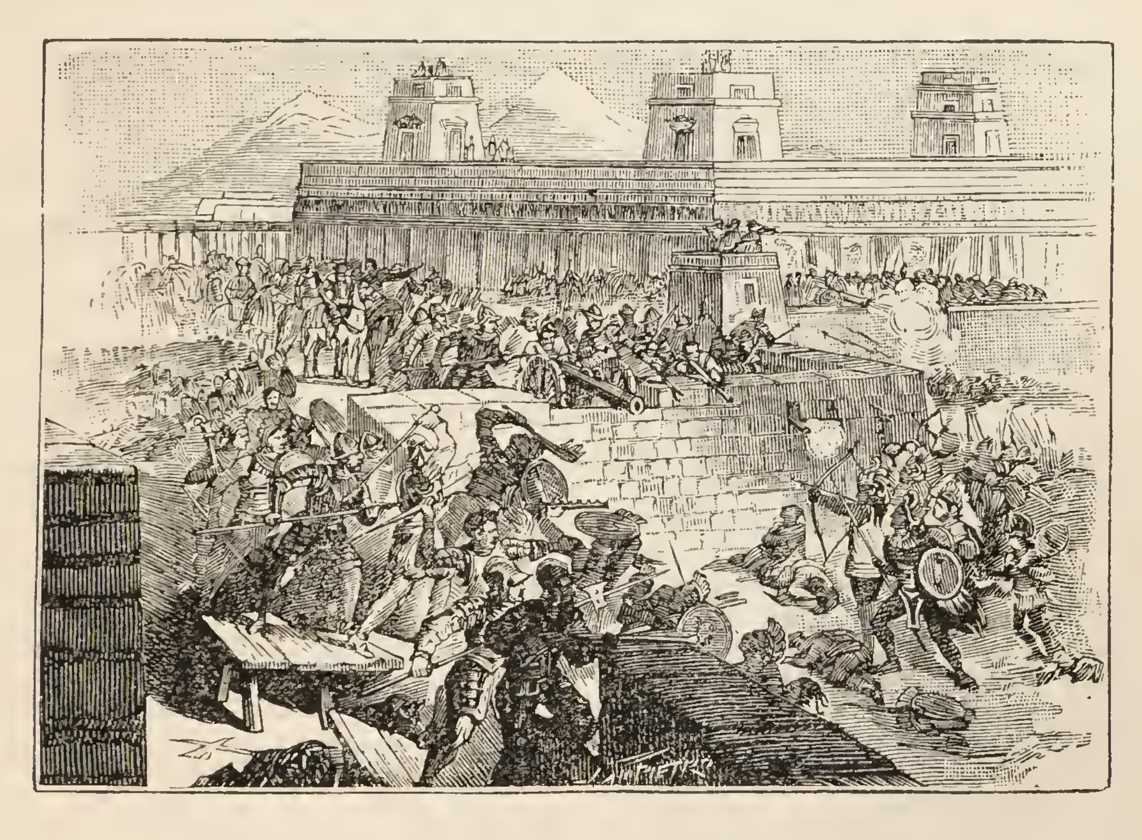
a los españoles, aunque sin permitirles pasasen agua ni darles víveres. En estas circunstancias llegó la noticia del triunfo de Cortés sobre Narváez, con la que aflojó más el cerco y los alzados Nahuas se fueron retirando, quemando los bergantines previamente.

Sabedor de todo ello Cortés, precipitó su marcha, llegando a Tlaxcallán el 17 de junio, de donde salió al frente de 6.000 hombres.

Pasó por los llanos de Apanapán, tocó a Tezcoco el día 22, y al siguiente 23, a Tepeyac, y el domingo 24, a mediodía, entró por Tlatelolco, hasta su antiguo alojamiento.

¡Cuán diversa fué esta su entrada a la primera: las calles estaban desiertas y nadie salió a cumplimentarlo!

Al siguiente día 25 las calles amanecieron cortadas por acequias, los puentes rotos y el mercado desierto; Cortés mandó a Mote-



Ataque de los méxica al cuartel de los españoles.
(Armin.)

cuhzoma ordenase se abriese el mercado, y éste dijo sería aquello factible, caso de que se permitiese ir a su hermano *Cuitlahuac,* que con él estaba preso, a que en persona lo mandase.

Condescendió Cortés, obrando con sobrada torpeza, pues así dió al pueblo un caudillo.

Los mexicanos tenían a su cabeza al tecuhtli de Tlatelolco *Cuauhtémoc,* y entonces ya contaron con un nuevo jefe, el *tlacochcálcatl Cuitlahuac.*

Desde luego notó la gran diferencia que había entre el apocado Motecuhzoma y su altivo y valiente hermano, que al día siguiente, 23 de junio, se presentó con numeroso y ordenado ejército, que situó impidiendo la completa comunicación con el exterior a los españoles. Contra ellos salió Ordaz, y sólo consiguió volver bien maltratado y replegarse a su cuartel con gran trabajo. A Cortés, que fué en su auxilio, se le rechazó e hirió. Siguió el ataque sobre el cuartel, y duró todo el día sin conseguir ventaja alguna y sí tener pérdidas de importancia.

Los españoles tenían 80 heridos, muchas brechas en sus fortificaciones y la prueba de que sus contrarios no eran enemigos despreciables. Intentó Cortés al subsiguiente día una salida, y fué rechazado sin valerle el medio que más tarde excogitó, que fué mandar hacer unas máquinas para proteger a sus soldados y facilitar el fuego de los cañones.



Los españoles arrojan fuera de su alojamiento el cadáver de Motecuhzoma. (*Códice de Sahagún*, en la Laurentiana.)

El 27 cargaron sobre ellos los méxica con tal tesón y furor, que Cortés se creyó perdido, y mandó rogar a Motecuhzoma que arengase a los asaltantes; éste, siempre débil, accedió, vistiéndose para ello con todas las insignias de su elevado puesto; subió a la azotea y se acercó al pretil, teniendo a su lado dos rodeleros que le resguardasen y a Marina para que oyese la plática.

Cuando el pueblo le vió depuso las armas y permaneció en respetuoso silencio, que aprovechó éste y les dijo que se retirasen, pues no estaba preso, sino por su voluntad, y que los españoles estaban dispuestos a dejar la ciudad.

Contra lo esperado, y faltando por vez primera al tradicional respeto a sus Reyes, el joven Cuauhtémoc excitó a los guerreros a no obedecer, y apostrofando a Motecuhzoma con denigrante epíteto,

«le tiró y acertó tal pedrada, que lo derribó bañado en sangre»; la pelea siguió todo el día más encarnizada y terrible.

Siguieron los asaltos y salidas sin gran resultado para los españoles, que se atrevieron hasta atacar y tomar el Teocalli, de donde también fueron desalojados.

No quedaba más recurso que salir o sucumbir, y se decidió por este último extremo: como hubiesen observado que cuando moría un personaje se suspendía el ataque para hacerle sus funerales, decidió Cortés y los suyos matar al infortunado Motecuhzoma, en unión de Cacamatzin, Itzcohuatzin y Totoquihuatzin, señores respectivamente de Tezcoco, Tlatelolco y Tlacopam.



Conducción del cadáver de Motecuhzoma.

Así se efectuó el 29 de junio, y el cadáver, cubierto con las regias vestiduras, fué enviado, diciendo había muerto a consecuencia de las pedradas. Sahagún escribe que fué arrojado sobre una tortuga de piedra que había cerca del cuartel español, y la pintura jeroglífica lo ratifica.

Así acabó este ilustre méxica, digno de mejor suerte, a los cincuenta y dos años de edad, después de gobernar diez y ocho o diez y nueve. Se negaron sus súbditos a hacerle exequias ni funerales; no quisieron tampoco darle sepultura, y tuvo que andar peregrinando en hombros de su fiel mayordomo *Apanecatl,* hasta que al fin fué incinerado e inhumado sin ceremonias ni pompa alguna.



CAPÍTULO VII

Cortés sale de México.—La Noche Triste.—Salto de Alvarado.—Batalla de Otompan. —Cuitlahuac.—Cortés en Tlaxcallan.—Fundación de Segura de la Frontera.— Expedición por el valle de México y pueblos adyacentes.—La viruela.—Muerte de Cuitlahuac.—Cuauhtémoc.—Marcha Cortés sobre México.—Embajada a Zuangua, rey de Michoacán.—Otra embajada al mismo.

Con la muerte de Motecuhzoma acabó toda la defensa moral que los españoles tenían, y comprendieron, más que nunca, la necesidad de una pronta salida de Tenochtitlán. El 30 de junio se pasó en preparativos, tales como arreglar un puente portátil para pasar las cortaduras, llenar éstas con los escombros de las casas incendiadas, y reparar las máquinas o ingenios destrozados en las anteriores salidas.

Era la media noche. Los guerreros méxica dormían; el cielo estaba obscuro y llovía con fuerza. Se hizo la repartición del oro, separado el quinto del Rey, y entonces el ejército salió recatado y silencioso, ayudado por el lodo, que impedía el ruido, y la negra obscuridad apagaba el brillo de las armas. El astrólogo Botello había predicho que solamente en esa noche y bajo tales condiciones sería posible y feliz la salida.

Marchaba a la vanguardia Gonzalo de Sandoval, con 200 peones y 20 jinetes; tras ellos iban 400 tlaxcaltecas llevando el puente, y 50 rodeleros. Cortés estaba en el centro con la artillería, los tlameme, caballos con el oro, las mujeres, Teucichpoch, la hija de Motecuhzoma, con la mujer de éste y otros prisioneros, 300 aliados, 30 españoles y unos 3.000 tlaxcaltecas; cerraban la retaguardia Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, con el resto de peones y jinetes, más los de Narváez y otra fuerte sección de tlaxcaltecas. Sería un total de 8.000 hombres.

Tomaron por las calles hoy llamadas de Santa Clara, San Andrés,

y llegaron hasta la parte llamada Tecpantzinco, del canal occidental, que era donde hoy comienza la Mariscala. Una vieja que salía por agua dió la voz de alarma, y al punto cundió por toda la ciudad, pues que los sacerdotes tañeron sus caracoles y trompetas, y el sacerdote que velaba tocó el *teohuehuetl* o «*atambor infernal*», cuyo ronco son, como grito de guerra, despertó la ciudad.



Se sorprende la huída de los españoles de México. (*Códice de Sahagún*, en la Laurentiana de Florencia.)

La confusión que esto produjo en la columna hispana fué indescriptible: los méxica se apoderaron del puente, la retaguardia se desorganizó, pasando parte adelante, y otra retrocedió al cuartel. Cortés al frente de unos pocos, y pasando sobre las cortaduras llenas con los muertos, hacía prodigios de valor. Pedro de Alvarado, que fué herido y su caballo muerto, se vió obligado a pasar la cortadura llamada *Toltecaacalotlipán* sobre una viga, subiendo por el otro lado a las ancas del caballo de Gamboa, caballerizo de Cortés, sin haber efectuado el famoso *salto* que la leyenda ha traído hasta nosotros. Persiguieron los méxica sin descanso a los fugitivos hasta que entraron a Tlacopam, sin que éstos se hayan detenido ni un momento en su marcha; así es que no hubo tiempo para que Cortés *llorase* al pie del sabino de Popotla. En Tlacopam casi no descansaron, pues los de Atzcapotzalco les atacaron, teniendo que replegarse a un cerro próximo y fortificarse en un teocalli, sobre el cual más tarde se construyó el santuario de la Virgen de los Remedios, al decir de algunos. Aquel terrible desastre se consigna en la historia con el nombre de *La Noche Triste*.



Arbol de la Noche Triste,

Se salvó D.ª Marina, Luisa la hija de Xicotencatl, Aguilar, casi todos los capitanes y el carpintero López; las pérdidas más lamentables fueron Velázquez de León, Salcedo y Morla; el astrólogo Botello pereció también, y de los soldados de Narváez casi no quedó uno. Restaron a Cortés 24 caballos y algunos arcabuces y ballestas. Del



La Noche Triste. (Lienzo de Tlaxcalla.)

Teocalli salió al día siguiente el diezmado ejército a Cuauhximalpan, peleando durante el camino y siguiendo así todo el día; eso no obstante, pudieron curar sus heridas y tener un relativo descanso.

Los que en la refriega se volvieron al cuartel de México fueron después atacados, y aunque se defendieron con bravura, tuvieron al fin que sucumbir, y los mexicanos hicieron fiesta con ellos y sus cadáveres, sacrificándolos a Huitzilopochtli, sin perdonar ni a los caballos que perecieron en el Cuauhxicalli.

Del lugar dicho, y siempre acometido, emprendió Cortés el camino para Tlaxcallán, siguiendo con rumbo al Norte, llegando el día 3 de julio a Tepozotlán, el 5 a Aychcualco, el 6 a Aztaquemecan, donde se refugió; y no creyéndose seguro, pernoctó en Tonanixpan. El día siguiente, 7 de julio, llegó a las alturas que dominan el valle de Otompan (Otumba): había andado media legua el ejército, cuando se apercibió de la presencia de grandes escuadrones de indios tendidos por todos aquellos campos, metiendo un ruido ensordecedor con sus voces e instrumentos bélicos. En un momento quedaron rodeados y envueltos los españoles por aquella avalancha de hombres; la táctica de Cortés se redujo a abrirse paso entre ellos, cuidando más de defenderse que de atacar. Cuando ya les faltaba el ánimo y las fuerzas, alcanzó D. Hernando a ver sobre una altura a un jefe que, puesto en

andas, empuñaba un estandarte, en cuya punta colgaba una red de oro: verlo y dirigirse sobre él con gran denuedo, fué cosa simultánea, logrando con aquella brusca embestida echarlo al suelo y allí lo remataron. Desconcertados los indios con la muerte de su jefe, comenzaron a aflojar y luego a huir, aumentando su desmoralización cuando Cortés destacó sobre ellos la caballería. Las pérdidas por ambas partes fueron numerosas, y este combate que duró más de cuatro horas, es el llamado «Batalla de Otumba», por más que no se libró en ese lugar, sino en *Temalacatitlán*.

Sin dejar de ser perseguida, penetró la hueste aliada en tierras de Tlaxcallán el domingo 8 de julio, y al llegar a la ciudad, después de tres días de descanso, fueron perfectamente recibidos. Cortés traía la cabeza herida y la mano izquierda, de la que perdió al fin dos dedos; aumentaron sus penas al saber el desastrado fin de Yuste y los tesoros recogidos en Cempoallan, pues, ignorante éste de la derrota de México, allá se dirigía, y fué muerto en unión de toda su gente, perdiéndose el oro que llevaba.

Aunque CUITLAHUAC fué elevado al trono a raíz de la muerte de Motecuhzoma, no pudo celebrar desde luego las fiestas de su coronación, ocupado en desalojar de su cuartel a los españoles, y después en perseguirlos. Reconstruída en parte la ciudad y mejoradas sus fortificaciones, trató de aliarse con todos los pueblos cercanos a México, y para este fin les mandó embajadas que nada alcanzaron. Mandó entonces a las naciones cercanas, como Michoacán y Tlaxcallán, recibiendo subterfugios de la primera y negativa rotunda de la segunda.



Cuitláhuac, según el mapa de Tepechpan.

Cortés, con hábil política, había ya asegurado la alianza de la República, y por eso nada consiguieron los méxica.

La coronación solemne se efectuó el 7 de septiembre de 1520; y aunque no faltaron las fiestas de costumbre, éstas estuvieron impregnadas de malestar y tristeza: se repusieron también en el trono de Tlacopán y Atzcapotzalco a los herederos legítimos Coanacotzin y Totoquihuatzin.

Los pueblos amigos de los México enviaron a Cuitlahuactzin algunos refuerzos; mas avisado Cortés, los atacó y desbarató en el camino mismo: repuesto un poco de los desastres anteriores, se propuso expedicionar por los principales señoríos y pueblos que

rodeaban al valle de México, para aislar por completo a la ciudad y tener seguras las espaldas.

Pidió refuerzos a la Villa Rica, y de allá le llegó Francisco Hernández, recién desembarcado con toda su gente, munición de artillería y acopio de caballos. Al empezar agosto dejó a Tlaxcallán, marchando sobre Quecholac y Acatzinco; mas, observado por los encargados del Emperador méxica este movimiento, destacaron sobre Cortés un ejército que situaron sobre su camino en Zacatepec, emboscado en unos maizales. Grande fué la sorpresa, y el resultado del combate, aunque adverso para los méxica, hizo bastante mal al ejército aliado.

Dieron al día siguiente sobre los pueblos de Quecholac y Acatzinco, que saquearon e incendiaron, llegando por fin a Tepeacac, que, después de heroica resistencia, tomaron a sangre y fuego. Fundó en seguida Cortés en aquel lugar una ciudad, que llamó *Segura de la Frontera,* y desde ella escribió en 30 de octubre su carta a Carlos V.

En aquellos días le llegaron varios refuerzos: el de Pedro Barba, Rodrigo Morejón de Lobera, Diego Camargo, Miguel de Auza y Ramírez; todos con gente, armas y municiones de guerra, y a todos los cuales venció y convenció D. Hernando con su hábil política.



Cuauhtemoc, según el mapa de Tepechpan.

Con estos buenos elementos continuó desarrollando su idea y plan primitivos; por eso lo vemos caer sobre Tecamachalco, Cuauhtinchan, Tepexic y, finalmente, en Cuauhquechollán e Itzocan. En posesión de estos pueblos y algunos otros comarcanos de ellos, logró Cortés aislar a los méxica y mantener su vasallaje por medio de sus aliados, puesto que él desde Segura de la Frontera lo regía todo. De allí mandó también a la costa a varios de sus capitanes, que lograron dominar todos los pueblos de ella, volviendo con rico botín.

En tanto que esto sucedía, los infelices méxica eran presa de calamidad horrible: una gran peste de viruela, traída por un soldado de Narváez, se había desarrollado en todo el valle de México, de la que morían viejos, jóvenes y niños en gran número; siendo el colmo de la desgracia el que llegase hasta el mismo Emperador, que murió de ella el día 26 de noviembre del año 1520, a la edad de cuarenta y

cuatro años y ochenta días de reinado. Subió a substituirle en el trono, como undécimo y último emperador, el noble y valiente *Teotecuhtli*-Cuauhtémoc, hijo de Ahuizotl.

Era de edad como de veinticinco años, de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones, la cara algo larga y alegre; el color tiraba más a blanco que al color y matiz de indio; los ojos parecían cuando miraban que eran graves y halagüeños, y no había falta en ellos. Dió pruebas de tal entereza de ánimo y valentía, que todos los suyos temblaban delante de él. Estaba casado con *Tecuichpoch,* hija de Motecuhzoma II.



Cuauhtémoc. (Pintura del siglo XVI.)

Retardó cuatro veintenas su coronación, que al fin se efectuó el día *6 cipactli* del mes *Atlacahualco,* principio del año *yei Calli,* que corresponde al 1.° de marzo de 1521. Los primeros actos de su gobierno fueron purgar la ciudad de México de todos aquellos que se inclinaban a la paz o se mostraban adictos a los españoles, y mandar matar a *Axopacatzin,* hijo único de Motecuhzoma que sobrevivía, pues a su sombra se comenzaba a levantar un partido que le era hostil.

El jefe español entretanto no perdía tiempo, arreglando y disponiendo todo lo conducente al asedio de México, para lo cual volvió a Tlaxcallán a mediados de Diciembre de 1520, encontrando que su amigo Maxicatzin había muerto de las viruelas. El 26 de diciembre hizo alarde de las fuerzas en la plaza del Teocalli mayor de Tlaxcallán, y encontró que tenía 550 peones, 40 caballos y nueve piezas

de artillería: la fuerza aliada pasó también su revista, y se vió la formaban 110.000 hombres, de los que marcharon tan sólo 80.000, quedando el resto para cuidar los bergantines y llevarlos cuando Cortés los pidiese.

El camino que siguió esta vez D. Hernando no fué ninguno de los dos que antes había recorrido, sino que, atravesando las montañas, cayó directamente sobre Tezcoco al tercer día de haber partido de Tlaxcallán. Recibió una embajada en que los de Tezcoco se daban por amigos, y en tal virtud entraron en la ciudad sin encontrar resistencia alguna, pero sí vieron las calles desiertas, y supieron que el Rey y muchos de sus súbditos habían huído a México. En venganza de ello, la ciudad fué entregada al incendio y al pillaje, pereciendo entonces los archivos que guardaban las historias de los pueblos nahuas, escritas en jeroglíficos.

Más que nunca procuró Cuauhtémoc fortificar a Tenochtitlán, y viendo que sus empeños en procurarse alianzas con los señores del Valle eran inútiles, mandó una segunda embajada a Michoacán, proponiendo una liga ofensiva y defensiva. Mandó el rey *Zuangua* capitanes de los suyos para que viesen si era tal como contaban los méxica el modo de pelear de los españoles, y para que sobre el terreno mismo les explicasen el plan de ataque que, unidos, deberían desarrollar; volvieron los mensajeros confirmándolo y explicándolo todo, y después de oirlo resolvió no auxiliar a los méxica. Instó nuevamente el Emperador mexicano mandando nueva embajada; mas al llegar ésta, ya el rey tarasco había fallecido de viruelas y reinaba su hijo *Tsinsicha,* que por toda respuesta los mandó sacrificar, para que fuesen a donde moraba su padre a llevarle el mensaje.



CAPÍTULO VIII

Aprestos militares de Cortés contra México.—Ataque a los pueblos de las cercanías de él.— Conspiración contra la vida de Cortés.—Distribución de las fuerzas españolas y aliadas.—Sitio de México.—Episodios de él.—Españoles sacrificados y embajada de los sacerdotes a los aliados y pueblos vecinos.—Repetidos asaltos. —Rendición de México.—Prisión de Cuauhtémoc.—Carácter de Motecuhzoma, Cuauhtémoc y Cortés.—Juicio sobre la conquista.

Instalado ya Cortés en Tezcoco, arreglado su gobierno bajo la dirección de *Tecocóltzin* por muerte de *Cuicuicatzin,* comenzó a moverse sobre los pueblos litorales de México, de Norte a Sur, a fin de ocupar toda la parte occidental del valle. Dió primero sobre Ixtapalapa, donde cayó en una celada que le tendieron los méxica, escapando con gran trabajo, aunque destruyeron el pueblo; siguieron sobre Chalco y Mixquic apoderándose de aquél. Los méxica a su vez invadían el campamento español y organizaban expediciones sobre las tierras adictas a los invasores o conquistadas por D. Hernando. Los bergantines estaban bastante adelantados, al grado que salieron en febrero a traerlos a Tezcoco varios capitanes de Cortés auxiliados por gran cantidad de tlaxcaltecas; 8.000 indios cargaban la tablazón y piezas de los bergantines y otros más traían los accesorios, cubriendo la marcha y protegiéndola 20.000 guerreros tlaxcaltecas.

Mientras se armaban y alistaban, volvió Cortés a merodear por los pueblos circunvecinos a Tenochtitlán, dando sobre Xaltocan, Tlacopan y Popotla, que fueron tomados e incendiados, volviéndose el ejército a Tezcoco al cabo de doce días.

El 5 de abril hizo otra salida sobre Chalco y Cuauhnahuac, que con grandes pérdidas y trabajos alcanzó a vencer, quitando con ello a los méxica el eficaz y poderoso auxilio de los Tlahuica; volteó por las faldas del Axocho, y el día 15 del dicho mes se presentó frente a

Xochimilco. Tuvo allí Cortés un terrible combate en que estuvo a punto de caer prisionero, pues falto de su caballo y herido en la cabeza, ya se habían apoderado de él unos guerreros méxica, que por su afán de sacrificarlo ante Huitzilopochtli, dieron tiempo a que acudiesen en su socorro.

Al día siguiente resistió el empuje y ataque de los méxica, que le hicieron retroceder, pudiendo guarecerse y descansar en Xochimilco, que incendiaron al retirarse, huyendo por Coyoacán, siempre hostigados, hasta Tlacopan para venir a rendir la jornada en Cuauhtitlán, y dos días después, lunes 22, volvieron a entrar en Tlaxcallán.

En esos días se fraguó en el campamento español, y por los españoles, una conspiración contra la vida de Cortés, que descubierta a tiempo fué sofocada, y su principal agente, el soldado Antonio de Villafaña, fué ahorcado en una ventana de su aposento. Siguió D. Hernando ocupándose de aumentar el armamento y municiones, haciendo para ello traer todas las más que fué posible de la Villa Rica, y sobre todo tres piezas gruesas de hierro llegadas de Jamaica.

El domingo 28 de abril, después de oir misa y comulgar, formado el ejército a orilla del lago, el P. Bartolomé de Olmedo bendijo las naves, y en medio de vivas y un solemne *Te-Déum* desplegaron sus velas. Resultó de la revista que se hizo entonces que había: 86 de a caballo, 118 ballesteros y arcabuceros, 700 peones de espada y rodela, tres cañones de hierro, 15 pequeños de bronce, 10 quintales de pólvora y bastantes repuestos para las ballestas; los aliados, al mando de Alonso de Ojeda, eran 180.000.

Distribuyó D. Hernando su ejército de esta manera: dió a *Pedro de Alvarado* la primera división, compuesta de 150 infantes, 18 ballesteros, 30 caballos, 25.000 aliados y dos cañones, mandándole a establecer su cuartel en *Tlacopan*.

A *Cristóbal de Olid* encomendó la segunda división, formada con 160 infantes, 18 ballesteros, 33 jinetes, 20.000 aliados y dos piezas de artillería, yendo a situarse en *Coyoacán*.

Gonzalo de Sandoval fué mandado a *Ixtapalapam*, con 24 de a caballo, cuatro arcabuceros, 13 ballesteros, 150 peones y 30.000 aliados, y ésta era la tercera división. Cada una de ellas estaba dividida en tres compañías y en el orden enunciado las mandaban: Jorge de Alvarado, Andrés de Monjaras y Gutierre de Badajoz; Francisco

de Lugo, Andrés de Tapia y Francisco Verdugo; Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ircio. Cortés se reservó el mando especial de los 13 bergantines.

El 21 de mayo debería haber sido la marcha de los tlaxcaltecas, y entonces se notó la desaparición de *Xicoténcatl* y se supo regresaba a Tlaxcallán; mandó Cortés a Ojeda que lo alcanzase y lo ahorcara como desertor, y ambas cosas fueron efectuadas, aprobando tal procedimiento los señores tlaxcaltecas.

Así pudo al fin Cortés vengar el desvío con que siempre este ilustre tlaxcalteca había visto a los blancos.

Del 22 al 31 de mayo se situaron en su respectivo lugar, de antemano acordado, los tres jefes con sus tres divisiones, habiendo interrumpido el día 26 el caño de agua de Chapultepec; en la toma de Ixtapalapa auxilió Cortés con los bergantines a la división de Sandoval, y aunque sobre ellos se destacó una flotilla de 500 canoas, al soplar el viento marcharon sobre ella los navíos y las echaron casi todas a pique. Siguió a eso la toma del fuerte Xóloc en que se instalaron los cañones más grandes y con ellos se hicieron pedazos los parapetos y alturas cercanas; desde este día 20 de mayo de 1521, comenzó el sitio.

Comprendió perfectamente Cuauhtémoc lo difícil de su situación y quiso que el Tlatocan decidiera de los destinos de la ciudad eligiendo la paz o la guerra. El ilustre cuerpo resolvió *ser más conveniente morir que ser esclavos de los españoles.* Se proveyeron de víveres en la mayor cantidad posible y fueron armadas cuantas personas se encontraron aptas, sin distinción de clase ni condiciones; la cifra más verosímil del número de los defensores de México es la de 40.000 hombres, atacados por 65.000 aliados. Si al ataque del ejército de Cortés se le ha llamado *glorioso,* a la resistencia del caudillo de México debe llamarse *heroica.*

Abandonando la antigua táctica, ordenó Cuauhtémoc se desamparasen los Teocalli, se aumentaran las cortaduras haciéndolas bien anchas y profundas y se destruyeran las calzadas; arregló una flotilla de canoas protegidas por una especie de bandas e hizo construir grandes estacadas debajo del agua para que varasen los bergantines; completando las defensas con zanjas que se hicieron paralelamente a los edificios, por donde las canoas pasaban fácilmente y los caballos no podían moverse.

Cortés sentó sus reales en Coyoacán y Tlacopan, mandando más tarde a Sandoval a Tepeyacac; así colocado, por medio de la caballería tenía constante comunicación con todos los capitanes para auxiliarse mutuamente, impidiendo a la vez llegasen toda clase de víveres y agua a la ciudad.

El primer golpe de mano que dió Cortés fué la toma del fuerte Xóloc, que abrió camino para penetrar al interior de la ciudad, y a esto siguió la toma del gran Teocalli, efectuada el 16 de junio, a la vez que Alvarado y Sandoval lograban avanzar por el rumbo de Tlacopan. Al cabo de varios días de sangrientos combates, obligaron a los méxica a refugiarse en Tlatelolco, abandonando la parte Sur de la ciudad. Poco a poco fueron estrechando el sitio, después de no pocos combates, aunque por ambas partes sobraban el denuedo y la valentía; los méxica, que no habían calculado tan larga la prolongación del sitio, empezaron a carecer de lo necesario y a sufrir los horrores de la sed, hambre y peste. Aprovechando estas malas condiciones de los méxica, creyó Cortés conveniente dar un nuevo ataque general, y eligió para ello el aniversario de la *Noche triste*.

Salieron de Xóloc siete bergatines y 300 canoas con los aliados; Cortés penetró en la ciudad con 25 jinetes, todos los peones de su campo y escuadrones auxiliares, más la artillería; le seguía Alderete con gran número de aliados cubriendo la retaguardia, el cual marchó por las hoy calles de Santo Domingo, y por las de Manrique, Esclavo y Pila Seca llegaron Tapia y Jorge de Alvarado, que venían a cuidar el flanco de la de Alderete. Penetró resueltamente Cortés hasta el canal del Norte, venciendo cuanto a su paso se presentó; pasaba ya el canal de Tlatelolco cuando el ronco y terrible sonido del caracol de Cuauhtémoc, unido al lúgubre tañido del *Teohuehuetl,* espantosa gritería y atronadores alaridos, le hicieron detenerse: era que Alderete, olvidando cegar los pozos que a retaguardia dejaba, había sido envuelto: desorden, confusión y pánico se apoderó de las tropas agresoras, que en desorden huyeron, habiendo Cortés caído en manos de cuatro soldados tlatelolca, que forcejeaban por meterlo en una canoa para llevarlo vivo y sacrificarlo a Huitzilopochtli; mas a tiempo llegó Cristóbal de Olid, que de un tajo cortó la mano del que le tenía agarrado y le desembarazó de una vieja que estaba a punto de estrangularle.

El desastre fué completo, y en él perecieron capitanes de impor-

tancia, perdiéndose lo ganado, pues los méxica recobraron la ciudad, volvieron a abrir las cortaduras y levantar parapetos.

Los sacerdotes nahuas enviaron embajadores a los aliados y a los pueblos vecinos, llevando las cabezas de los españoles sacrificados, mandándoles decir que su dios Huitzilopochtli les había dicho que pronto acabarían con los hispanos y que para la fiesta *Hueytecuhilhuitl* los sacrificarían sin quedar uno.

Algunos de los aliados lo creyeron; así fué que dejaron el campamento la mayor parte de ellos, quedando solamente los Acolhua y Tlaxcalteca; mas Cortés les mandó decir esperasen el tiempo señalado por el dios de México, y así lo hicieron.

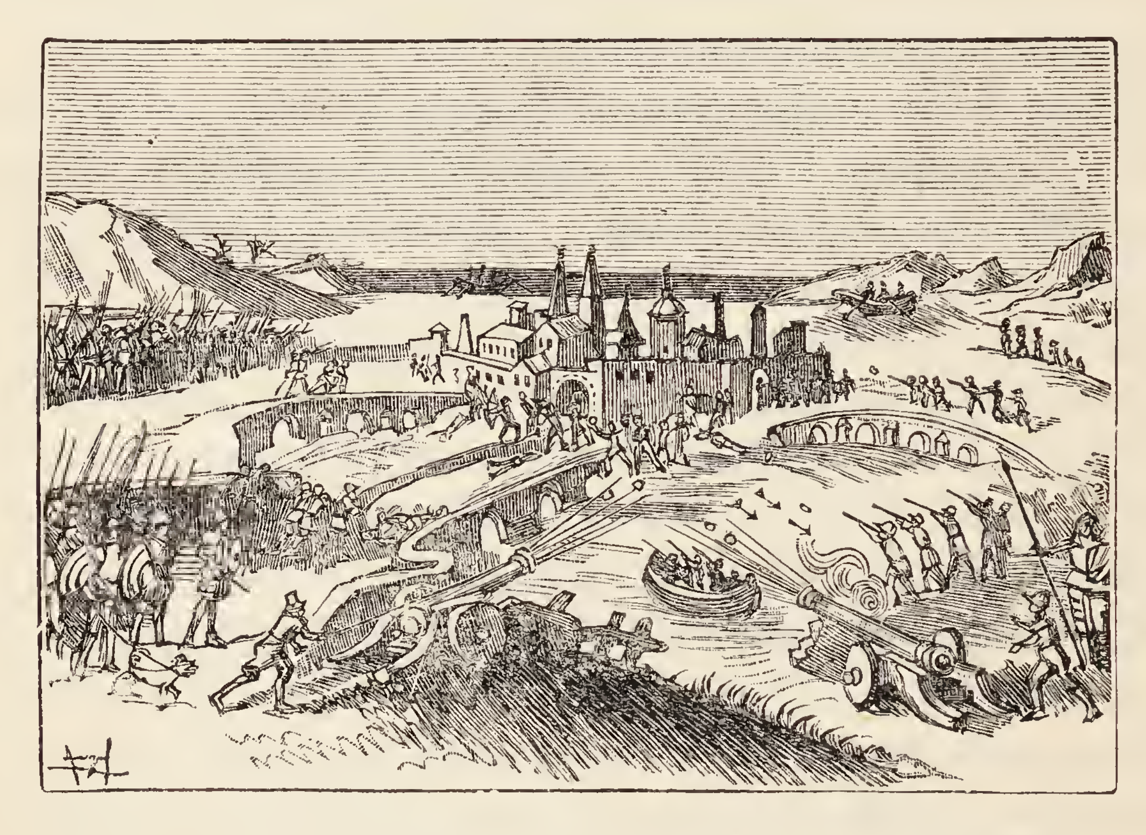
Como el fuerte Xóloc permanecía en poder de Cortés, bien provisto y defendido, desde él siguió hostilizando a los méxica, y ellos no podían nada contra él; Alvarado conservaba también sus posiciones de la calzada de Tlacopan, llegando poco a poco a dominar hasta donde hoy es calle de la Mariscala: en estas circunstancias recibió Cortés nuevo auxilio de Ixtlixochitl con numeroso ejército acolhua.

Pasaron los diez y ocho primeros días de julio en hacer ver la falsedad del pronóstico de los sacerdotes de Huitzilopochtli, rechazando ataques que ya no tenían importancia alguna, pues tal era el grado de peste y hambre que tenían sobre sí los míseros sitiados. Llegó a la sazón un barco de los de Ponce de León con gente y municiones, y ambas cosas se le remitieron luego a Cortés. Decididos los aliados a prestar su auxilio a éste, pues vieron lo falso de la profecía del dios nahua, se aprestaron a un nuevo ataque, no sin que antes D. Hernando propusiese otra vez más la rendición y la paz, que rechazó el indomable Cuauhtémoc.

El 20 de julio penetró Cortés por la calzada de Ixtapalapan; llegó al gran Teocalli, destruyendo e incendiando todo lo que pudo a su paso; tres días duró en esta faena, y en el último una carga de caballería que hizo dar sobre los pobres tenochca, produjo víctimas sin cuento. En esta jornada Ixtlixochitl hizo prisionero a su hermano *Coanacóchtzin* y tuvo la villanía de entregarlo a D. Hernando.

El 24 de julio penetraron los españoles y aliados hasta la actual calle de Tacuba, y entonces se pudo comunicar Cortés con Alvarado, y siguió la devastación hasta el canal de Tlatelolco. Por este rumbo, Sandoval poseía la parte oriental de él y Alvarado avan-

zaba para allá cuanto podía; el 27 forzó éste el paso del canal del Poniente y tomó el teocalli de Tlatelolco, obligando a los méxica a retraerse al centro de este barrio, o sea al sitio que actualmente ocupa la iglesia de Santa Ana, hacinándose en el corto espacio de tierra que hay de Santa Ana a Santa Catarina (de Norte a Sur) y



Sitio de la ciudad de México por Cortés. (Tomado de las Décadas de Herrera.)

en la extensión que va del Carmen a la Calzada de Santa María la Redonda (de Oeste a Poniente), como unas 60.000 personas enfermas y hambrientas.

En relativo descanso se pasaron los días que corren del 29 de julio al 6 de agosto; el día 7 se dió un nuevo asalto, al que ya casi no contestaron los méxica y en el que murieron como 12.000 de ellos.

El viernes 9 un guerrero, vestido con las insignias de Ahuizotl, tomó sólo tres prisioneros españoles, que fueron sacrificados a Huitzilopochtli; el domingo 11 y el 12 se pasaron esperando la llegada de Cuauhtémoc, a quien invitó Cortés a conferenciar, y no llegó. Esto ocasionó gran irritación en D. Hernando, y ordenó se diese un asalto, en el que perecieron muchos sitiados: ese día debería haber concluído todo si D. Hernando no hubiera mandado retirar la fuerza aliada, por no aguantarse la pestilencia de tanto cuerpo muerto.

Quedaron reducidos los desventurados méxica a un espacio bien corto de tierra, que estaba inundado por el agua de los lagos y la de

las lluvias torrenciales, en que nadaban los cuerpos de los muertos cubiertos de gusanos. Llegó, por fin, el día 31 de agosto del año 1521, en que el calendario romano celebraba al mártir San Hipólito, y correspondía al *Ce Coatl* de la veintena *Tlaxochimaco* del año *Yei Calli,* fecha en que se completaban setenta y cinco días de sitio; marchó Sandoval al amanecer a ocupar la laguneta con los bergantines; Alvarado se dirigió al mercado, y Cortés salió del real con los tres cañones de guerra; en su camino encontró millares de hombres moribundos, mujeres macilentas y niños enflaquecidos que marchaban hacia el campamento español; ordenó Cortés que no se les hiciese daño, pero los aliados los robaron y dieron muerte a más de 15.000 personas.

Solamente quedaron en los templos, sobre las azoteas de las casas y en las canoas los sacerdotes y guerreros armados y vestidos

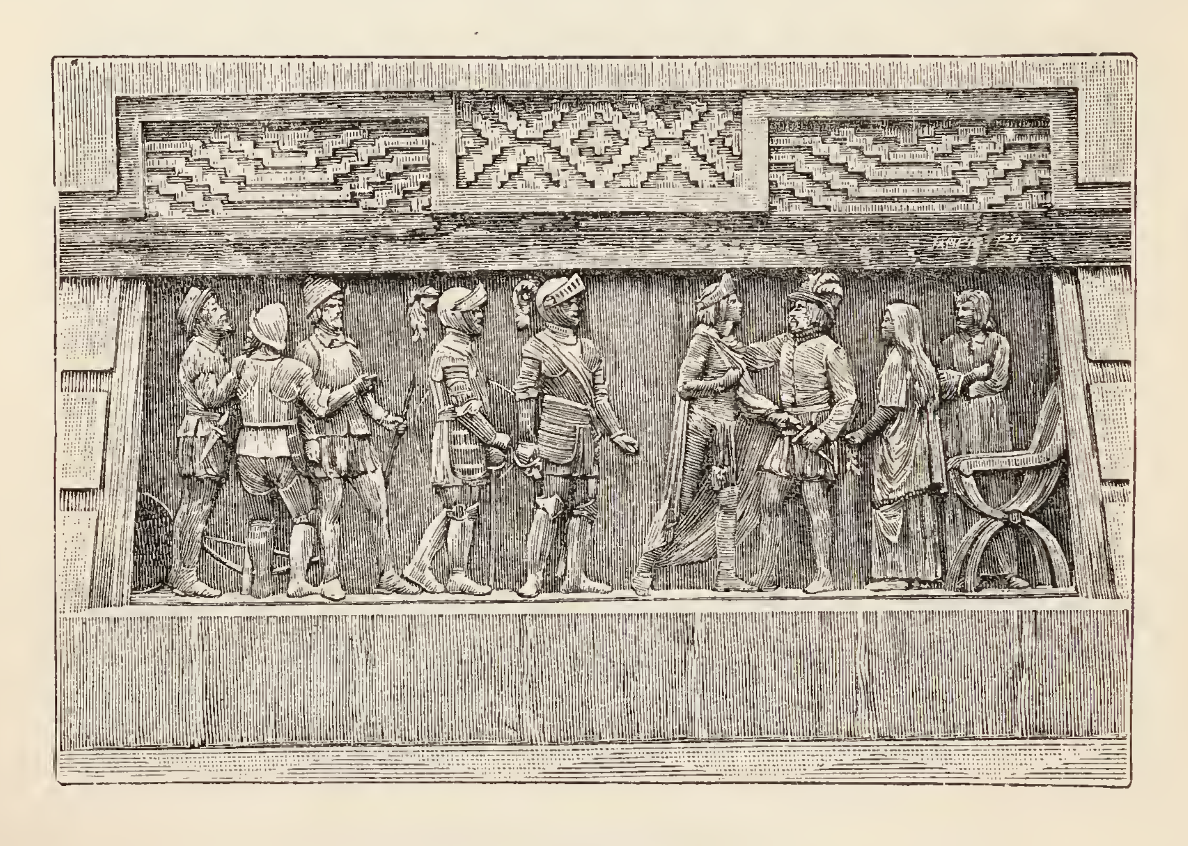


Prisión de Cuauhtémoc.
(Armin.)

con sus insignias, esperando la muerte impasibles, aunque flacos por el hambre y los trabajos. Volvió a ofrecérseles la paz, y después de conferenciar con su Emperador volvieron a decir que no la aceptaban; mandó entonces Cortés romper el fuego de los cañones; y serían como las tres de la tarde; los méxica se precipitaron por el Oriente y Sur sobre los bergantines, aprovechando Cuauhtémoc aquella última escaramuza para salir en una canoa por la zanja de Santa Ana, que iba a desembocar al canal de Occidente, ganar a todo remo el lago y refugiarse en el Cuauhtlálpan.

Observado por García de Olguín el movimiento de las canoas fugitivas, tendió las velas de su bergantín, poniéndose en su alcance; ya los tenía a tiro, y ballesteros y arcabuceros iban a disparar por la proa, cuando Cuauhtémoc se puso en pie y dijo: «*No me tiréis, que yo soy el rey de México y de esta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues a mi mujer, ni a mis hijos, ni a ninguna mujer, ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malinche.*»

Todos fueron trasladados al bergantín con grandes consideraciones y respetos, virando de bordo para la isla. En el camino se encontró con el que montaba Sandoval, quien como jefe de la armada exigía que se le entregase al real prisionero, a lo que se resistía García de Olguín, emprendiéndose larga y enojosa disputa entre



Cuauhtémoc prisionero ante Cortés.
Bajorrelieve de la estatua del héroe azteca en el paseo de la Reforma.

ambos. Lo supo Cortés por otro bergantín que se adelantó a pedir albricias, y entonces despachó a los capitanes Luis Marín y Francisco de Lugo para que sin tardanzas le trajesen al prisionero, ofreciendo dirimir después en justicia la contienda.

Cortés se encontraba en la azotea de una casa del barrio de Amaxac, e hizo que inmediatamente se aderezase un estrado para recibir al imperial cautivo. Allí le esperó, acompañado de Marina, Aguilar, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid.

Al aproximarse Cuauhtémoc, levantóse de su asiento Cortés, y con noble respeto del vencedor al héroe desgraciado le abrazó con ternura: Llenáronse a éste de lágrimas los ojos, y poniendo la mano en el mango del puñal del conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un rey con su raza, con su patria y con sus dioses: «*Señor Malinche: yo ya he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cintura, y mátame luego con él.*»

Respondió Cortés por medio de Marina, elogiando su valentía y constancia y ofreciéndole descansase en su amistad.

Llegaron después la reina y el resto de los prisioneros, a todos los cuales se les sirvió comida, dirigiéndose luego a Coyohuacán, donde quedaron instalados al lado de D. Hernando.

Llegaba el sol a su ocaso, y al extinguirse, se desató una terrible tormenta que duró hasta la media noche. ¡Así se despedían de México la libertad y autonomía!!

Las pérdidas de los méxica se calculaban en 140.000 personas, de las que 50.000 murieron de la peste; el número de españoles muertos fué corto, y el de los auxiliares cerca de 30.000.

¡¡No sin justicia compara este sitio Bernal Díaz al de la «destruición de Jerusalén»!!

Después del acontecimiento extraordinario que hemos narrado, no podemos menos que decir, aunque sea con brevedad, lo que en nuestro concepto fueron los tres grandes personajes de la tragedia llamada conquista y del pretendido derecho que para justificarla se ha alegado.

MOTECUHZOMA, CUAUHTÉMOC y CORTÉS son personajes que aparecen en el momento histórico fijado por la Providencia para caracterizar a la humanidad en uno de sus grandes triunfos, y también en uno de sus grandes dolores.

Fué Motecuhzoma un guerrero intrépido, valiente y denodado, digno bajo todos aspectos de regir un pueblo tan sufrido y perseverante como lo fué el méxica; degeneró de su carácter y ofuscó sus altos méritos dominado por dos grandes defectos: la superstición y la soberbia.

Con el primero perdió su carácter varonil, y con el segundo borró sus relevantes méritos, haciendo desgraciado a su pueblo y asumiendo él una actitud infeliz, digna más del desprecio que de la conmiseración.

Cuauhtémoc, espíritu elevado, lleno de digna altivez y de abnegación, sabe sacrificarse por su pueblo y para su pueblo; inmola su juventud en aras de la patria; prueba, sin jactancia, todas sus nobles cualidades, poseyendo la resolución tranquila en el cumplimiento del deber y el desprecio sereno y profundo del destino. Cuauhtémoc, como ha dicho el sabio escritor que ha sido nuestro guía, «era un mancebo que sólo abrigaba en el alma la más grande de las esperanzas, porque en ella no hay nada que esperar: hundirse con su pueblo, sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro». México y su rey eran dignos el uno del otro, heroicos hasta la sublimidad; y no un pueblo bárbaro, como ligeros escritores lo han dicho.

Cortés es todo un carácter, un hombre no común que en los actos de su arriesgada empresa se muestra a la altura de ellos; y si bien le faltan rasgos de sensibilidad y conmiseración, que en sus circunstancias hubieran sido imprudencias imperdonables, sabe mostrarse blando cuando lo cree necesario a su intento. No de otro modo habría podido dar cima a una empresa que ningún genio militar puede igualarle.



Cortés al terminar la conquista.

El *derecho de conquista,* admitido en aquellos tiempos, no es más que uno de los grandes errores de la humanidad, puesto que jamás se podrá justificar, ni ante la *religión,* ni la necesidad de *civilización* y *progreso,* el quitar a otro lo que es suyo, ni imponer a la fuerza lo que solamente la persuasión puede alcanzar.

La colonización de las Antillas, la trata de indios, su esclavitud, la infamante marca y otras iniquidades, no podrán sincerarse ni ante la idea de ganar almas a Dios ni bajo el pretexto de la cultura.

La conquista fué una *iniquidad;* sus procedimientos, una *infamia;* el subterfugio del «*concorda tempora,* etc.», es sutileza de espíritus acomodaticios, y en los cuales se ha borrado, *tal parece,* las innatas y santas nociones de la justicia.



CAPÍTULO IX

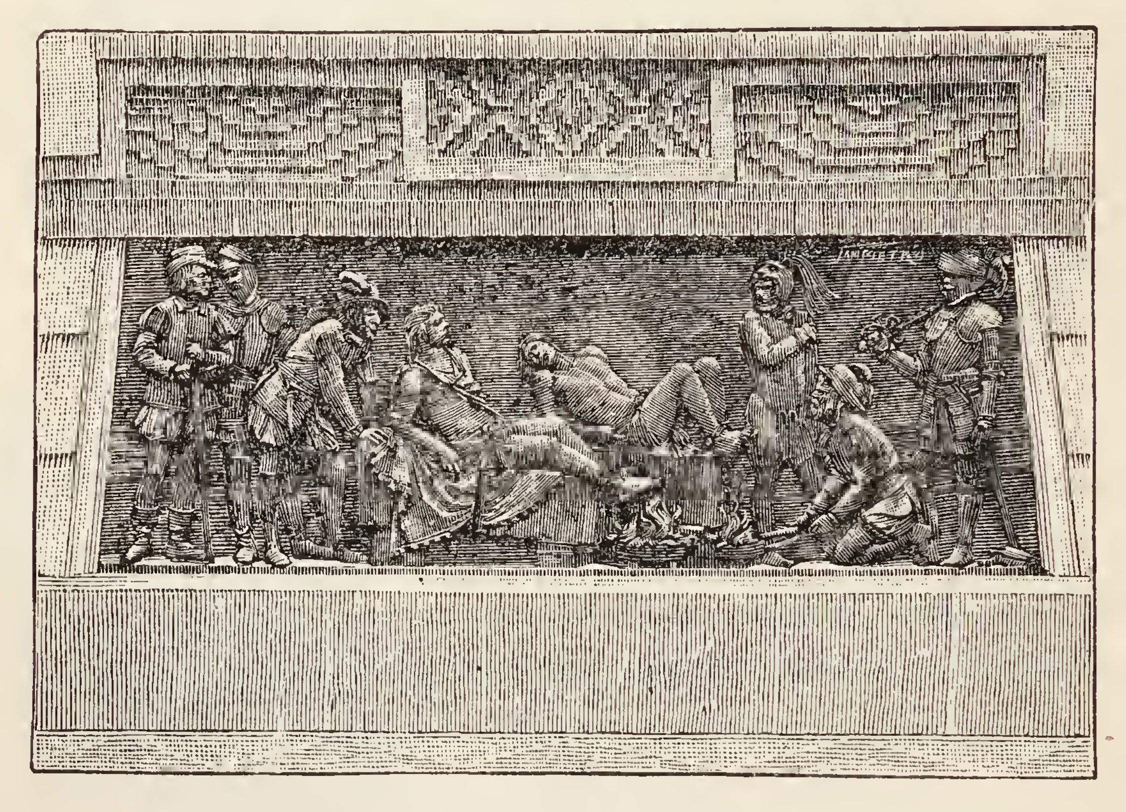
Estado de la ciudad de México al terminar el sitio.—Orgías y desórdenes.—Tormento de Cuauhtémoc.—Embajada del Rey de Michoacán.—Visita Tzintzicha a Cortés.—Fundación de Medellín.—Reconstrucción de Tenochtitlán y nombramiento de sus autoridades.—Cristóbal de Tapia.—Conspiración de los indios.—Sandoval en Huatuxco y Coatzacoalco.—Doña Catalina Xuárez y su muerte.—Cristóbal de Olid en Michoacán.—Encomiendas y carta al Emperador.—Cortés nombrado capitán general de Nueva España.—Expedición a las Hibueras y triste fin de Olid.—Muerte de Cuauhtémoc.

El sol del día 14 de agosto del año 1521 brilló en el horizonte de Tenochtitlán, saludando a los nuevos señores de la reina de los lagos, convertida entonces en un montón de ruinas, de las que aun salía el humo del incendio, la corrupción de los cadáveres de sus denodados defensores, y los lastimeros ayes de los moribundos y heridos.

Mandó Cortés que se procediese desde luego a limpiar la ciudad, a enterrar los muertos, ocupándose él mismo en repartir maíz y otras provisiones, que hizo venir de varias partes, a los infelices méxica. Salieron a los pueblos cercanos a México todos los habitantes de la ciudad, a petición de Cuauhtémoc, y Cortés dispuso se hicieran ciertos actos religiosos en acción de gracias por la victoria alcanzada, coronándolos con un banquete que ofreció en Coyoacán a sus capitanes y soldados, en el que abundó el vino de Castilla y sabrosos puercos de Cuba. El regocijo de la victoria y las abundantes libaciones lo hicieron degenerar en orgía, al grado de escandalizar a Fr. Bartolomé de Olmedo, que sugestionado por Cortés, para aquietarse, hizo a los pocos días de ello una procesión y solemne misa, en que comulgaron muchos de los soldados y Cortés y Alvarado. Asumió desde luego D. Hernando el gobierno y mando del país conquistado, representando en él a su rey y señor D. Carlos I de España y V de Alemania.

Vimos ya cómo Cortés ofreció a Cuauhtémoc toda clase de consideraciones y garantías, en relación con su rango e infortunio; pero como los conquistadores estaban dominados por la insaciable sed de oro, no encontrándolo después de su triunfo sino en cantidad insignificante, empezaron a murmurar al recibir lo que en el reparto les tocaba, al grado de que muchos no quisieron tomar lo que se les asignó.

En algo bien averiguado fundaban ellos su disgusto, pues ya Cortés en alguna otra vez vió la manera de escamotear para sí cuanto más oro pudo; así fué que se formó un verdadero altercado, en que se echaron mutuamente la culpa Tlatelolcas y Méxicas, al



Tormento de Cuauhtémoc.
Bajorrelieve de la estatua del héroe en el paseo de la Reforma.

grado de tener que intervenir el joven Emperador y decir con seriedad que no había más oro que el que a la vista estaba. Se hizo eco de aquellas hablillas y de otra más seria, en que se aseguraba que Cortés, puesto de acuerdo con Cuauhtémoc, había ocultado el tesoro, el conquistador Juan de Alderete, tesorero del Rey. Para libertarse Cortés de tal cargo excitó todas las sospechas contra el infortunado Monarca, asegurando que él lo había escondido; pidióle entonces tumultuosamente toda la soldadesca, con los jefes, que le diese tormento para que dijera dónde había ocultado su tesoro.

Poco resistió Cortés a ello, y mandó untar aceite en los pies y manos de Cuauhtémoc, Tletepanquétzal, rey de Tlacopam, y otro noble privado, colocándoles sobre una hoguera.

Sufrió el Emperador méxica con inaudita firmeza los horribles dolores de las quemaduras, y cuando Tletepanquétzal volvió hacia él sus ojos suplicantes, como para pedirle confesar la verdad o suplicarle que él lo hiciese, fijóle airadamente la vista Cuauhtémoc, y con voz seca le dijo estas palabras: «¿Estoy yo acaso en algún deleite?» Sin proferir palabra ni dar muestra de pena alguna, el otro noble había muerto, por lo que, horrorizado Cortés y viendo que tal crueldad era inútil, mandó quitar de la hoguera a los dos restantes. Quedó Cuauhtémoc lisiado para siempre de los pies, sin bastar a curarle los cuidados que le impartió el cirujano Cristóbal de Ojeda.

No paró aquí el infame procedimiento, pues se siguió ejecutando sobre otros muchos indios, sin dar resultados de importancia. Inteligentes escritores han pretendido disculpar a Cortés, cuando menos por tan atroz acción; tarea inútil y aun perjudicial, pues con ella avivan más y más los resplandores de la hoguera que con sus destellos forma una aureola de gloria, para los mártires de la codicia, y con su obscuro humo una densa sombra que envuelve a sus verdugos.

Mientras que se llevaba a cabo la remoción de las ruinas de Tenochtitlán vivió Cortés en Coyoacán, pueblecillo situado junto a ella, adonde se había trasladado de un modo definitivo cuatro días después de la toma de la ciudad, es decir, el día 17 de agosto de 1521, pues en los días anteriores había estado viniendo a México con motivo de la busca de los tesoros.

Con gran actividad se procedió a limpiar y reconstruir la ciudad, comenzando por dejar en corriente el caño del agua de Chapultepec.

Descontentos los conquistadores por no adquirir tanto oro como deseaban, empezó Cortés a extorsionar a sus amigos los Tlaxcaltecas y a mandar expediciones a varios puntos del país, para que, entretenidos en su conquista, lo dejasen en paz. Tenemos así que envió a Gonzalo de Sandoval, con 35 caballos, 200 infantes y gran número de auxiliares a sujetar Tontepec, Huatusco y Aulicaba; el Jefe superior de Segura de la Frontera marchó a Huaxyacac (Oaxaca), al frente de 12 caballos, 80 infantes y buen número de aliados: ambas expediciones salieron de Coyoacán el 30 de octubre de 1521.

Entre las naciones independientes del Imperio mexicano, una de

las que más se impresionó con la caída de éste fué la de Michoacán, cuyo Rey mandó en el mes de septiembre una solemne embajada a Cortés ofreciéndole su alianza. Cuatro días permanecieron en Coyoacán los emisarios tarascos, tiempo que aprovechó hábilmente el conquistador para amedrentarlos y darles idea de su poder. Hizo escaramucear ante ellos parte de su ejército y disparar las armas de fuego, quedando asombrados los enviados de ambas cosas; agasajándoles después y despidiéndoles con buenas palabras, en unión de dos españoles que con ellos mandó con el ostensible objeto de descubrir la mar del Sur, pero que en realidad iban a imponerse de las circunstancias del reino tarasco y a buscar oro.

Un soldado, de nombre Montaño, era el jefe de aquella expedición, la que, llegado que hubo a Tzintzuntzan, se presentó al rey *Tzintzicha Tangaxoan*, o *Calzontzin*, que era el que entonces reinaba. Nada cariñosa fué la acogida que se les dispensó a los enviados extranjeros, que estuvieron a punto de ser sacrificados; y solamente al cabo de algunos días les dijo estaría dispuesto al siguiente a salir con ellos para Coyoacán.

Cumplió Tzintzicha su promesa marchando con ricos presentes y un séquito de 1.000 personas, que en alineadas filas y en perfecto orden les precedían y seguían.

Con grandes muestras de cordialidad les recibió Cortés, y durante los cinco días que él permaneció en Coyoacán le agasajó y sirvió a la europea, sin olvidar hacer alarde de la pericia de sus tropas y de los formidables estragos de su armamento. Colmado de presentes vistosos, aunque sin valor alguno, regresó el Rey tarasco a sus dominios.

Los expedicionarios Sandoval y Tapia tuvieron éxito feliz en sus empresas, quedando sujeta la Mixteca, parte de los Mijes, que voluntariamente se sometieron, y el valle de Oaxaca. Por orden de Cortés fundó en esa vez Sandoval, a principio de 1522, la villa de Medellín, sobre la costa del Norte. Entretanto esos acontecimientos se desarrollaban en lejanas tierras, mandó D. Hernando que se reuniesen en México todos los pueblos comarcanos, y que bajo la dirección de *Ixtlilxóchitl* se comenzara la reconstrucción de la ciudad: cumpliose así lo que los denodados méxica decían a los aliados.

Se nombraron también regidores y alcaldes; se repartieron solares a los conquistadores y a los indios que quisieron avecindarse en

México, y se formó la *traza,* o sea la división de la ciudad en población española e india, fortificándola para defenderla en caso de ataque.

Pronto renació de sus cenizas la vieja Tenochtitlán, hermosa y grande, con múltiples y suntuosos edificios, distinguiéndose los que para sí mandó edificar Cortés, quien se olvidó de hacer iglesia, no obstante su ferviente piedad, y sólo habilitó para ello un salón de su regia morada.

Los operarios indios lo hicieron todo en medio de mil vejaciones y cruel tratamiento.

Disponía Cortés en el mes de diciembre de 1521 una nueva expedición a Pánuco, cuando recibió noticia de haber desembarcado en Veracruz *Cristóbal de Tapia,* veedor de la isla de Santo Domingo y grande amigo de Diego Velázquez, que, con provisiones del obispo de Burgos D. Juan Rodríguez de Fonseca, venía a encargarse del gobierno de la Nueva España. Mostradas que fueron las provisiones al teniente de Veracruz Gonzalo de Alvarado, éste las acató, según el formulismo de la época, pero se negó a obedecerle hasta no recibir instrucciones de D. Hernando. Las autoridades municipales de México notificaron a Cortés que no saliese él de la ciudad, sino que en su representación irían comisionados. Fueron éstos Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, Valdenebro y Diego de Soto, con Fray Pedro Melgarejo de Urrea. Se encontraron éstos con Tapia cerca de Cempoallán, y habiéndolo hecho regresar a ese lugar, entraron en explicaciones; y aunque demostraron gran respeto a la Real orden, se negaron a obedecerla, sin que bastara a poner de su parte a los comisionados los pliegos en blanco con firma de Fonseca, que les mostró y ofreció. Algunos tejuelos de oro y otros presentes calmaron a Tapia que se volvió a la isla de Santo Domingo.



Aperreamiento de indios, según un jeroglífico del siglo XVI.

Irritados los mexicanos en sumo grado por el tormento dado a Cuauhtémoc, tramaron una conspiración que, denunciada por Ixtlixóchitl, fué severamente castigada, sentenciando a los principales conjurados a *ser aperreados.*

Mandó Cortés a Sandoval que continuase la conquista de Huatusco y de Coatzacoalcos, en la que caminó sin grandes dificultades, llegando hasta tierras de los Zoques, y fundó la villa de Espíritu Santo. Se encontraba Sandoval en Medellín cuando supo había arribado a un lugar quince leguas distante de Coatzacoalcos D.ª Catalina Xuárez la Marcaida, esposa de D. Hernando; salió presto a su encuentro y llevándola a la villa con grandes honores en todos los pueblos del trayecto, la acompañó hasta México.

No cayó bien a Cortés la presencia de su consorte, no obstante los regocijos y fiestas de cañas que hizo en su obsequio, y al cabo de pocos meses de residencia en Coyoacán, murió una noche repentinamente D.ª Catalina.

La opinión pública acusó a Cortés de haberla asesinado para procurarse un enlace más ventajoso.

Continuó el conquistador enviando expediciones a los pueblos lejanos, tales como Zacatula y Colima: en este último tuvo mala suerte Alonso de Ávalos, que fué completamente derrotado. En su auxilio fué Cristóbal de Olid con 70 caballos, 200 peones, muchos auxiliares y unas piezas de artillería. Debería a su paso por Michoacán poblar la ciudad capital y pedir auxilios y oro. Con grandes muestras de regocijo fué recibido por el Rey tarasco, quien les regaló 3.000 marcos de plata ligada y hasta 5.000 pesos de oro, ropas de algodón y otros objetos de primorosa hechura. No contento con ello, promovió alborotos para saquear la ciudad y los templos, apaciguándose con las joyas de los ídolos que mandó el Rey se les entregasen. Con buen número de auxiliares tarascos prosiguieron el viaje hasta Zacatula, llegando con felicidad; mas al penetrar en la tierra insurreccionada sufrieron una completa derrota, perdiendo gran número de los aliados y tres españoles. Siguieron las expediciones militares, tales como enviar a Pedro de Alvarado en auxilio de los de Tehuantepec contra los de Tutepec, y durante ella este capitán fundó otro Segura de la Frontera, habiendo estado a punto de perecer a manos de los suyos por negarse a repartir el botín de guerra.

Cortés, entretanto, aprovechaba el tiempo organizando la colonia de una manera regular y estable: usaba para ello de la autoridad de que por sí y ante sí estaba investido, toda vez que los procuradores que había mandado a España desde 26 de julio de 1519 nada habían obtenido en su favor.

Comenzó por repartir las tierras a los conquistadores, dándoselas en *encomienda,* y exigiendo que los casados trajesen a sus mujeres; invitó a pasar a México de España y de las islas a todos cuantos quisiesen; hizo traer ganados y semillas, así como armas para los soldados; fundió piezas de artillería y fabricó pólvora, ordenando otra expedición al Popocatepetl, en la que el soldado Montaño entró a tomar el azufre necesario hasta una gran profundidad del cráter, amarrado y suspendido con una cuerda.

Escribió también el 15 de mayo de 1522 una larga carta al Emperador, en la que le dió cuenta de sus expediciones, certificada por los oficiales reales.

Esta carta, con el quinto del botín, gran acopio de joyas preciosas y *huesos de gigante,* se envió a España con los procuradores Antonio de Quiñones y Alonso de Avila, conducto que aprovecharon los conquistadores para mandar igualmente algunos regalos a sus familias, y Cortés una regular suma a su padre D. Martín, con su secretario. Mala ventura tuvieron los comisionados, pues en las Azores murió Quiñones de resultas de una herida, y a poca distancia de ellas asaltó a las naves el corsario francés Juan Florián, quedando en su poder el tesoro, y prisionero Avila.

Tuvieron mejor suerte las cartas, que llegaron a manos del padre de Cortés y de los procuradores, quienes las enviaron directamente hasta Flandes al Emperador.

Por 16 de julio desembarcó Carlos V en Santander, y ya en España, trabajó el Duque de Béjar con tanto empeño por Cortés, que alcanzó del Emperador ordenase que un tribunal *ad hoc* conociera de las querellas de los dos bandos. Fué el resultado el triunfo completo de la causa de D. Hernando y su nombramiento de gobernador y capitán general de la Nueva España, con una asignación pecuniaria decente. Los despachos se expidieron en Valladolid el 15 de octubre, con más una carta de Carlos V en que reconocía sus buenos servicios, le daba las gracias y nombraba oficiales reales, esto es, tesorero, contador, factor, fundidor y marcador de minas.

En tanto que en España pasaban esas cosas, Cortés se ocupaba en sofocar nuevos alzamientos de los naturales por Tuxtepec, Meztitlán y villa del Espíritu Santo, habiendo pasado la ciudad y su residencia a México en el espacio de tiempo que corre de agosto de 1523 a marzo de 1524.

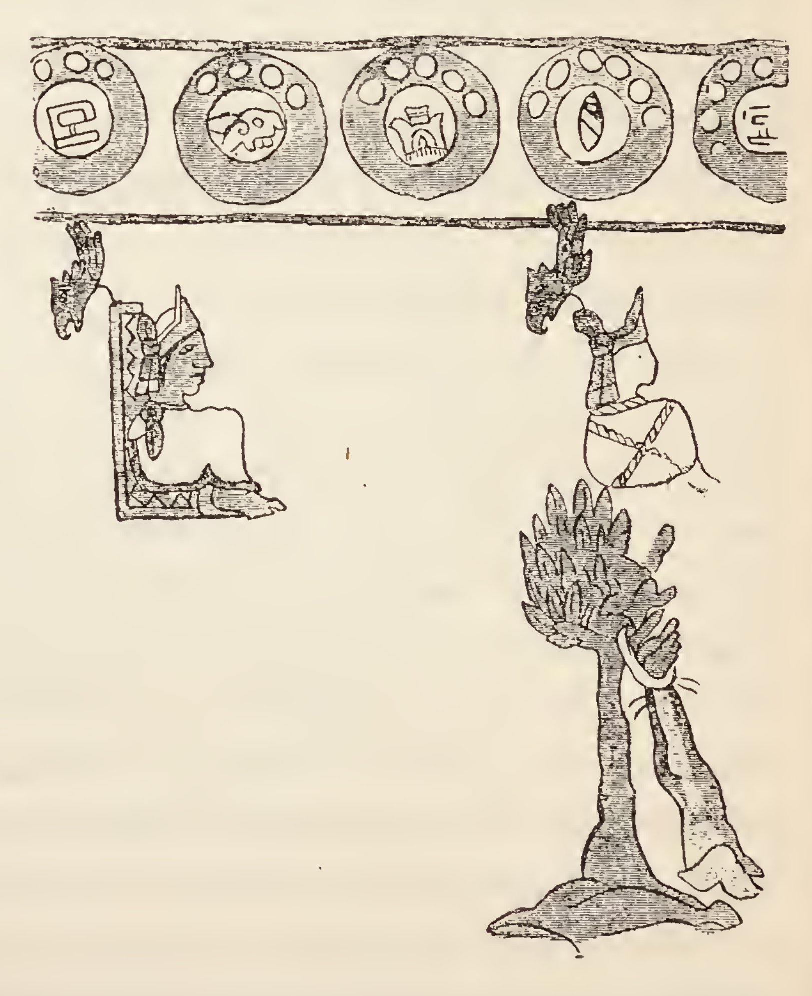
En 1523 mandó a Cristóbal de Olid con unos buques a conquistar las Hibueras; mas sobornado éste por los partidarios de Velázquez a su paso por Cuba, se rebeló contra Cortés e hizo lo que éste con Velázquez. En principio de octubre de 1524 mandó contra Olid a Francisco de las Casas, y fué derrotado. No obstante ello, se organizaron los partidarios de D. Hernando y fraguaron una conspiración, sorprendiendo a Olid en la villa de Naco y le dieron de puñaladas; logró escapar éste mal herido, y encontrado que fué, le cortaron la cabeza. Regresó Casas después a México, dejando fundada la villa de Trujillo.



Cristóbal de Olid.
(*Décadas* de Herrera, 2.ª edición)

No satisfecho Cortés con la salida de Casas, quiso él mismo ir a castigar al traidor, y para este objeto formó un ejército de 120 caballos, 300 infantes y 40 000 aliados de México y Tezcoco, abandonando la capital el 12 de octubre de 1524, llevando consigo a los reyes de México, Acolhuacán y Tlacópam, dos franciscanos, Fecto y Ayora, y quedando de gobernador de México Diego Soto el de Toro.

Enderezó su ruta hacia Coatzacoalcos; pasó a territorio de Tabasco; de allí a Itztapán, siguiendo para Honduras por terrenos pantanosos, cortados por caudalosos ríos, y rodeados de montañas elevadas.


Mapa de Tepechpan.—Ejecución de Cuauhtémoc

Terribles fueron los trabajos que en todo el camino pasó Cortés con su ejército, aumentados con la falta de víveres y la resistencia

de algunas naciones indias. No se ha podido averiguar si, cansado Cortés de llevar consigo y vigilar a sus reyes prisioneros, o éstos exasperados de las miserias y humillaciones que sufrieron, trataron de sublevar a sus antiguos súbditos, que formaban parte del ejército expedicionario: el hecho es que, al llegar a *Izancanac,* les mandó avisar se preparasen para morir, pues que todos habían recibido el bautismo y daban muestra de ser fervientes cristianos.

El infortunado Cuauhtémoc protestó de su inocencia, amenazando a Cortés con la justicia de Dios, aunque sin manifestarse débil o cobarde.

Sin formalidades legales se ejecutó la atroz sentencia, haciéndoles ahorcar en una frondosa ceiba el martes de Carnaval, 25 de febrero de 1525.

La pintura jeroglífica llamada «Mapa de Tepechpan» señala la muerte de Cuauhtémoc, y en ella aparece el desventurado Emperador azteca colgado de un árbol de los pies, lo que indica que tal suplicio le fué aplicado.

Nuevo e inútil crimen de D. Hernando, que aumenta más y más la sombra que sobre su nombre pesará mientras haya justicia sobre la tierra. Sabedor Carlos V de ello, reprobó el hecho y reprendió a Cortés por cédula del 2 de octubre de 1525.



CAPÍTULO X

Desordenes en México durante la ausencia de Cortés.—Entredicho.—Sublevaciones.—Introducción del Cristianismo en la Nueva España.—Martín Dorantes.—Licenciado Luis Ponce de León.—Regreso de Cortés a México.—Fr. Julián Garcés.—Viaje de Cortés a España.—Primera Audiencia.—Fray Juan de Zumárraga.—Abusos de la Audiencia.

En tanto que Cortés se encontraba en las Hibueras, graves acontecimientos pasaban en la capital, México. Los que en su nombre dejó gobernando, que fueron el licenciado Alonso Zuazo, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, pronto se disgustaron, estallando la disensión entre los dos últimos a causa del nombramiento de un alguacil, y llegando al incalificable extremo de requerir las espadas. Supo Cortés lo acontecido cuando se hallaba en Coatzacoalcos, y mandó para remediarlo al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Pedro Almíndez Chirino, preceptuándoles separasen del gobierno a los díscolos si persistían en su disgusto, o que se asociasen a ellos y que gobernasen los cinco en común.

Se presentó esta orden de D. Hernando en el cabildo verificado el 29 de diciembre de 1524, y fué acatada, quedando separados Estrada y Albornoz, y el factor y veedor reconocidos como autoridades.

La provisión de Cortés en que ordenaba gobernasen todos juntos no fué exhibida, pero sí se supo de su existencia. Los depuestos lograron hacer de su partido a Rodrigo de Paz, pariente y administrador del conquistador, que imprudentemente se presentó en el cabildo después de haber sido reconocido como alguacil mayor, denunciando a Salazar y Chirino de que gobernasen solos cuando, según la provisión, deberían hacerlo asociados con Estrada y Albornoz. Reclamaron éstos ante el Ayuntamiento, y resistieron los otros,

quedando nombrado árbitro en esa disputa el licenciado Zuazo, que era neutral. Como era natural, éste aprobó lo preceptuado por Cortés; pero Salazar y Chirino, que estaban aferrados en quedarse con el gobierno, no sólo no acataron la resolución del árbitro, sino que mandaron pregonar pena de muerte y confiscación de bienes a toda autoridad que sostuviese o aprobase lo que Zuazo había determinado.

A pesar de todo esto, Estrada y Albornoz se presentaron al Ayuntamiento y continuó una sorda pero intensa discordia. Empezaron las intrigas, que encabezaba Salazar, hombre astuto y audaz, al grado que convenció a sus compañeros ser necesario firmar un decreto de prisión contra Paz, señalándole por cárcel la casa donde Salazar vivía. Ya en ella, le hizo creer que Estrada y Albornoz eran sus enemigos y que aliado con el factor y veedor, llegaría a anular a aquéllos y gobernar de acuerdo con él.

Fué el resultado de esto que en cabildo del 19 de abril de 1525 hiciera Paz que Salazar, Chirino y Zuazo, con exclusión de Albornoz y Estrada, fuesen reconocidos como gobernadores, armando para este efecto, después de la declaración, un motín popular.

Zuazo se negó a sostener tal acuerdo, y aun comenzó a levantar un proceso para remitirlo al Rey, y esto le valió que en el mes de marzo fuese preso, y después conducido a Veracruz, para deportarlo a Cuba.

Pretextando Estrada y Albornoz que iban a conducir a Medellín el oro y las joyas para el Rey, salieron de México y pernoctaron en Tlalmanalco; mas a media noche fueron sorprendidos y presos por Chirino, que los volvió a México. Dirigieron entonces todos sus tiros contra el alguacil Rodrigo de Paz, valiéndose de la noticia, real o fingida, que decían tener de haber muerto Hernán Cortés; y como Paz la negase, le exigieron, como prueba de que estaban bien seguros de ello, que les entregase, además de 60.000 pesos, que decían tenía Cortés pertenecientes al Rey, un tesoro oculto que éste poseía de más de 300.000 castellanos.

Negóse el alguacil a tal entrega, y los gobernadores dieron órdenes de prisión contra él, armándose por ello un tumulto serio, pues Paz se fortificó en las casas de Cortés (hoy Monte de piedad).

Se arregló todo merced a la intervención de unos frailes franciscanos, y Paz abrió las puertas. Entraron a saco los gobernadores la

casa de Cortés, y pusieron en un calabozo a su administrador Rodrigo de Paz. Cansados de interrogarle, y éste persistente en negar, procedieron a darle tormento, usando del mismo procedimiento que con el infortunado Cuauhtémoc, prolongándolo hasta carbonizarle ambos pies. Casi expirante fué retirado del fuego, y luego sentenciado a ser ahorcado en la plaza pública, en donde se efectuó tan inicua sentencia sin miramiento alguno.

Decretaron luego estos tiranos unas suntuosas honras fúnebres por el alma del conquistador, asistiendo a ellas vestidos de riguroso luto, y ¡ay de aquel que osare decir no era cierta la muerte de Cortés!

Sin freno de ninguna clase, y dominando por el terror, cometieron innumerables arbitrariedades, haciéndose ambos declarar gobernadores y mandando sus procuradores a España. Trataron de aprehender a Francisco de las Casas y Gil González de Avila, logrando escapar el primero; y el segundo, aunque estuvo a punto de morir en el patíbulo, se salvó merced a las súplicas de los vecinos de México. Muchos que temían ser víctimas de atentados semejantes se refugiaron en el convento de San Francisco, y desde allí hacían la guerra a Salazar y Chirino. Cansados de tolerar esto, se dirigieron con fuerza armada al monasterio, y sin respeto a la santidad del lugar, ni a su venerable superior fray Martín de Valencia, sacaron de allí a todos los retraídos.

Quejóse Fr. Martín de tan inaudito procedimiento, y no le hicieron caso, viéndose entonces obligado el santo religioso a recoger todos los vasos y paramentos sagrados retirándose luego a Tlaxcala, no sin fulminar antes *entredicho* en la ciudad.

El escándalo y alboroto que eso produjo en México fué grande, y se vió que algo serio podía resultar, atento a lo cual hicieron volver a Fr. Martín y le entregaron todos los presos.

Se levantó el entredicho, y los gobernadores fueron reconciliados solemnemente con la Iglesia, no sin que durante la ceremonia Salazar hubiese dado muestras del desprecio con que miraba aquel acto.

Aprovecharon los conquistados todo aquel desorden y se sublevaron en varias partes, Pánuco, Oaxaca, Coatzacoalcos y Michoacán, costando vidas de españoles y aliados.

Para reprimir y castigar a los revoltosos de Oaxaca fué comisionado Chirino, que partió para ese lugar al frente de 200 infantes y 100 jinetes españoles.

Mas antes de pasar adelante refiriendo los difíciles y desordenados principios del gobierno hispano en México, volvamos nuestros ojos a la suave y pacífica introducción del cristianismo en la Nueva España.

Como ministros de la ley de paz y amor vinieron con Cortés Fr. Bartolomé de Olmedo, mercenario, y el clérigo Juan Díaz; a Tezcoco llegó Fr. Pedro Melgarejo de Urrea, el año 1521, trayendo bulas de composición; se sabe también de un bachiller Martín; del clérigo Juan Ruiz de Guevara; de otro llamado Villagrán; de Juan Godínez, que acompañaba a Garay, y de Fr. Juan de Varillas, compañero del licenciado Zuazo. De todos éstos parece que solamente Fr. Bartolomé de Olmedo cumplía con sus deberes sacerdotales.

Si los codiciosos y mundanos recibieron con júbilo la noticia de la conquista de México, con no menor placer la celebraron los que ansiaban mies mayor para el reino de Cristo: de este número fueron Fr. Francisco de los Angeles o Quiñones y Fr. Juan Glapión, franciscanos, quienes impetraron del Sumo Pontífice León X las facultades necesarias para ir a predicar a la Nueva España. Por bula de 25 de abril de 1521 se les concedió lo pedido, dándoles privilegios, facultades y preeminencias amplísimas. Disponíanse al viaje cuando murió el sobredicho Pontífice y fué electo comisario general Fr. Francisco de los Angeles, falleciendo a poco en Valladolid, el año 1522, Fr. Juan Glapión.

El nuevo jefe de la Iglesia católica, Adriano VI, a instancias del rey de España Carlos V, le concedió por una amplísima bula llamada «omnímoda», la facultad de enviar ministros eclesiásticos a las Indias, y confirmaba también en ella los privilegios de la expedida por León X.

Se dirigió en seguida el Rey al General de los franciscanos pidiéndole nombrase individuos de su Orden, y éste delegó en el Emperador sus facultades para que mandase a todos los que voluntariamente quisieren ir.

En virtud de ambas facultades, envió desde luego a *Fr. Juan de Toic* o *Tecto,* a *Fr. Juan de Ahora* o *Ayora,* y al lego *Fr. Pedro de Mura* o *Gante,* los cuales llegaron a Tlaxcala el año 1522, ocupándose principalmente en aprender la lengua nahuatl y adoctrinar a los pequeñuelos, para cuyo fin abrieron escuelas.

En 1523 fué electo general de la Orden franciscana el P. Fr. Fran-

cisco de los Angeles, y unidos Carlos V y él, arreglaron una misión compuesta de 12 sujetos, bajo el mandato y dirección de Fr. Martín de Valencia; fueron 19 sacerdotes, un diácono y dos legos, a saber: Fr. Francisco de Soto, Fr. Martín de la Coruña, Fr. José de la Coruña, Fr. Juan Juárez, Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Ribas, Fr. Francisco Jiménez diácono, Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Bernardino de la Torre; este último, por no creérsele digno, se le dejó en España, y también a Fr. José de la Coruña, a causa de ser necesaria su presencia en la Corte, siendo reemplazado aquél por Fr. Juan de Palos. Recibidas las correspondientes instrucciones, se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda el martes 25 de enero de 1524, desembarcando en Veracruz el 13 de mayo, y dirigiéndose a pie y descalzos desde ese lugar hasta Tlaxcala, donde descansaron unos días.

Al llegar a esta ciudad encontraron en ella al P. Tecto; y extrañando no hubiesen hecho él y sus compañeros grandes progresos en la predicación, le preguntó Fr. Martín la causa de ello y lo que habían hecho. *Aprender*—contestó el P. Tecto—*una teología que ignoró San Agustín, y es la lengua de estos indios*. Siguieron con rumbo a México, y al llegar a sus puertas salió Cortés a recibirles a la cabeza de sus capitanes y principales vecinos, arrodillándose todos ante ellos y besándoles las manos. Esta memorable entrada se efectuó el 23 de junio de 1524.

Espectáculo sorprendente y conmovedor fué para los indios el contraste que ofrecieron el fausto y lujo de los conquistadores con el humilde aspecto de los frailes y las manifestaciones de respeto con que aquéllos les acogieron.

Aposentados por Cortés en su misma casa, se dedicaron desde luego con gran tesón a su ministerio, y cuando ya se creyeron instruídos lo bastante en el idioma del país, reunidos a los tres primeros, erigieron la *Custodia del Santo Evangelio*, dividiéndola en cuatro casas: una en Tezcoco, otra en Tlaxcala, otra en Huetxotzinco, y la otra en México, donde quedó el custodio Fr. Martín con tres compañeros, y a las otras fueron cuatro.

Se les dió para su primera morada unas casas situadas en la hoy calle de Santa Teresa, acera que mira al Sur, y cerca de la esquina de la calle del Relox.

Tras los franciscanos vinieron los dominicos, el año 1526, en la misma nao que el Lic. Ponce de León, y fueron 11, a saber: Fr. Tomás Ortiz, vicario general; Fr. Vicente de Santa Ana, fray Diego de Sotomayor, Fr. Pedro de Santa María, Fr. Justo de Santo Domingo, Fr. Pedro Zambrano, Fr. Gonzalo Lucero, diácono, Fr. Domingo de Betanzos, Fr. Diego Ramírez, Fr. Bartolomé de Calzadilla, lego, y Fr. Vicente de las Casas, novicio. Acogidos con amor y caridad por los franciscanos, no prosperaron mucho en la tierra, pues algunos murieron y otros se volvieron a España, quedando como principal sostén de ellos el P. Betanzos, que con tesón y constancia hizo prosperar y engrandecer su instituto en pocos años.

En 1533 llegaron los agustinos en número de siete, siendo sus calidades y nombres los siguientes: Fr. Francisco de la Cruz, superior; Fr. Agustín de la Coruña, Fr. Jerónimo Jiménez de San Esteban, Fr. Juan de San Román, Fr. Juan de Oceguera, Fr. Jorge Dávila y Fr. Alonso de Soria.

En los principios todos trabajaron de consuno en la gran obra de catequizar a los indios, siendo ellos modelos acabados de virtud evangélica, corroborando con sus hechos la bondad de su doctrina.

A muy pocos años, y con especialidad los dominicos, comenzaron a fabricar monasterios e iglesias suntuosísimas y extensas, cargando con este trabajo y los costos casi todos de ello a los infelices indios.

Ello no obstante, fueron siempre sus defensores, sus maestros y sus amigos, alcanzando la primacía en influencia los franciscanos, contrarrestada un poco por los dominicos en Oaxaca, Chiapas y Guatemala.

La historia de su evolución, auge y decadencia irá notándose a medida que nuestra narración avance.

Reanudemos, entretanto, la relación de los sucesos políticos.

Marchó Chirino para Oaxaca, quedando Salazar de gobernador, y los asilados de San Francisco conjurando contra él sin mucho disimulo.

Estos hicieron llegar a manos de Cortés, que estaba en Honduras, algunas cartas, que, unidas a otras que de Cuba le escribió Zuazo, le impusieron de la desordenada marcha de las cosas en la capital, y para remediarlo mandó con poderes e instrucciones a Martín Dorantes. Unido a los munícipes y eficazmente secundado por Andrés de Tapia, dieron sobre Salazar, al que después de sangrienta escaramuza

tomaron prisionero y fué encerrado en una fuerte jaula de madera. Avisado Chirino de todo lo sucedido, abandonó Oaxaca y se retrajo en el convento de San Francisco de Tlaxcala, de donde fué sacado y llevado a México para que en otra jaula acompañara a su colega. Los desórdenes siguieron, hasta que el 31 de mayo se recibió una carta de Cortés en que avisaba su arribo a Veracruz. El camino de ese lugar a México fué una constante ovación a D. Hernando, extremándose en ello los de Tlaxcala y Tezcoco.

Regocijos públicos y funciones religiosas tuvieron lugar en México por su regreso, y el 21 de junio recibió el mando.

Empezaba apenas a informarse de las atrocidades cometidas por Salazar y Chirino cuando recibió carta de Veracruz en que se le avisaba había llegado el *Licenciado Luis Ponce de León,* con encargo del Emperador de residenciarlo.

Los enemigos de Cortés, ayudados poderosamente en España por el implacable obispo Fonseca, habían predispuesto el ánimo de Carlos V contra él, al grado de haber nombrado a D. Diego de Colón gobernador de Nueva España, con orden de aprehender a Cortés, y en caso de resistencia matarle. Tan terrible acuerdo consiguió modificarlo el Duque de Béjar cambiándolo en la visita del Licenciado Ponce de León, que salió de España el 2 de febrero de 1526 y llegó a México el 2 de julio del mismo año.

Lo agasajó Cortés y aun le dió un espléndido banquete en Ixtapalapa, de resultas del cual enfermó y murió el 20 del citado julio, delegando sus poderes en el Licenciado Marcos de Aguilar, que con él había venido de España. Era el substituto hombre entrado en años, y por lo mismo sin energía ni carácter; así es que nada hizo de provecho y sólo sí se le aceleró con las fatigas del gobierno el fin de sus días, pues falleció el 1.° de marzo de 1527.

La cuestión de quién o quiénes debían gobernar se suscitó nuevamente, trayendo desazones y desórdenes, hasta que por común acuerdo se encargaron del poder Alonso de Estrada y Gonzalo de Sandoval, acuerdo que confirmó el Rey por Real provisión de 22 de agosto de 1527.

Estrada ya en el poder, se manifestó abiertamente enemigo de Cortés, que con el Ayuntamiento se retiró a su palacio de Cuernavaca.

Hasta allí le persiguieron las iras de Estrada, que no contento con ello, firmó una orden desterrando a D. Hernando de la Nueva España.

Profundamente agraviado con aquello, salió Cortés de México hasta Tlaxcala, desde donde arregló su viaje a España. En estos tiempos y circunstancias llegó Fray Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, y procuró calmar los ánimos, mediando entre Cortés y Estrada, aunque sin resultado.

Pregonó Cortés su viaje a España, prometiendo llevar por su cuenta a todo el que quisiere acompañarle; llevó también consigo frutas y aves de la tierra, indios juglares, maderas preciosas, perfumes y artefactos curiosos de oro, plata y piedra, y mosaicos de ricas plumas.



Ilmo. Sr. Fr. Juan de Zumárraga.

En Veracruz tuvo que detenerse por haber recibido noticias de la muerte de su padre, mandándole hacer suntuosas honras funerales, embarcándose después en compañía de Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia y otras personas que quisieron acompañarle, y dejando por su apoderado al Licenciado Juan Altamirano, su pariente.

Para remediar los males de México y normalizar la administración, el emperador Carlos V, por cédula de 13 de diciembre de 1527, ordenó que se estableciese en la ciudad de México una AUDIENCIA, compuesta de cuatro oidores y un presidente. Era este tribunal netamente jurídico, y por lo mismo compuesto de jurisconsultos, que más bien agitarían que calmarían la tierra.

Compusieron la primera Audiencia: D. Nuño Beltrán de Guzmán,

como presidente, y los licenciados Juan Ortiz de Matienzo, Diego Delgadillo, Alonso de Parada y Francisco Maldonado, como oidores.

Llegaron ellos a Veracruz el 6 de diciembre del año 1528, y los acompañaba el *Ilmo. D. Fr. Juan de Zumárraga,* nombrado primer Obispo de México en 12 de diciembre de 1527, y que ya residía en la Nueva España, varón de altas virtudes, natural de Durango y religioso franciscano, guardián del convento del Abrojo.

A una ardiente caridad evangélica aunaba este varón una indomable energía e inquebrantable amor a la justicia; por eso es que, a más de su encargo episcopal, traía el nombramiento de *protector general de los indios.* Cuando este ilustrísimo señor arribó a México, aun no estaba consagrado, y sólo ejercía sus funciones como electo.

Dejó Nuño de Guzmán su gobernación de Pánuco, y vino a reunirse con sus colegas, que fueron perfectamente recibidos en la ciudad de México, aunque a poco tiempo de haber llegado murieron Maldonado y Parada, quedando el más joven y el más viejo de ellos bajo la terrible férula de D. Nuño. Los enemigos de Cortés procuraron captarse la buena voluntad del Presidente y lo consiguieron, comenzando una serie de abusos y venganzas que pusieron en seria conmoción la tierra toda.

Vanos eran los esfuerzos del protector de los indios contra los desmanes de los Oidores, que repartían millares de indígenas, herraban esclavos, vendían la justicia, perseguían a los amigos de Cortés y amenazaban a los religiosos, impidiéndoles toda comunicación con la corte.

Obligó Guzmán al rey Tzintzicha, señor de Michoacán, a que se le presentase cargado de ricos obsequios, y en premio de ello le tuvo dos meses como encarcelado hasta que le sacó más oro. Angustiados los indios, recurrieron al Obispo electo y éste en plena función de iglesia, presente el Obispo de Tlaxcala y los Oidores, hizo que el predicador les amonestase.

Furioso Delgadillo por aquella pública censura, mandó que un alguacil bajase al predicador del púlpito, armándose un terrible desorden dentro del templo y echando a rodar al predicador por las gradas del púlpito. Medió el señor Zumárraga y todo se arregló, calmándose un poco los ánimos.



CAPÍTULO XI

Residencia de Cortés.—Conflictos entre el Ilmo. Zumárraga y la Audiencia.—Nuño de Guzmán sale contra los Chichimecas.—Cortés en España.—Su regreso a México. —Hazañas de Nuño de Guzmán. — Suplicio del Rey de Michoacán.—Fundación de Guadalajara.—Triste fin de D. Nuño.—Segunda Audiencia.—D. Vasco de Quiroga. —Fray Toribio de Benavente o Motolinía y la fundación de Puebla.—El oidor Quiroga en Michoacán.—El cacique D. Nicolás de San Luis Montañés.—Conquista de Querétaro.—Conquista de Yucatán.

En 11 de febrero de 1529 se pregonó en México la residencia de Cortés, procurando los Oidores señalar como testigos a los más desafectos a D. Hernando. Entre 120 procesos que por cargos se le hicieron a éste, dos causaron grande escándalo: el de Narváez, que le acusó de su derrota, y el de los parientes de su primera mujer, Catalina Xuárez Marcayda, que sostenían la había asesinado. Dieron los Oidores sobre los bienes de Cortés, despojándolo y cometiendo arbitrariedad sobre arbitrariedad, sin que bastasen los esfuerzos de su apoderado Altamirano, emprendiendo después otra serie de atentados contra Pedro de Alvarado, que de regreso de España llegó a México, nombrado adelantado y confirmado en la gobernación de Guatemala el año 1528.

Las rencillas entre la Audiencia, el Obispo y los religiosos continuaron a más y mejor, llegando a estallar por causa fútil. Fué ésta el saber los Oidores que de ellos hablaban mal el clérigo Cristóbal de Angulo y el apoderado de Cortés, García de Llerena; contra ellos dió orden de prisión la Audiencia; mas antes se asilaron en San Francisco, de donde fueron extraídos la noche del 4 de marzo de 1530.

Reclamaron los franciscanos pretendiendo volviesen a su asilo los encarcelados, y se negó la Audiencia; ocurrieron entonces en solemne procesión los frailes por ellos, y se suscitó un alboroto en que Delgadillo acometió a los religiosos, dirigiendo un bote de lanza al

Ilmo. Zumárraga, con el que le atravesó el hábito por debajo del brazo, aumentando así el disgusto y el escándalo. Después de esto, Angulo y Llerena fueron ejecutados, ahorcándose al primero, y azotando y cortando un pie al segundo.

El Prelado por este atentado declaró a la ciudad en entredicho, saliendo todo el clero para Tezcoco el 7 de marzo, y allí permaneció hasta el 14, día en que se levantó la pena canónica por ser Domingo de Pascua. Tanto el Sr. Zumárraga como muchos particulares, burlando la vigilancia de la Audiencia, hicieron llegar a manos del Rey largas cartas de quejas, y entonces se resolvió crear el virreinato, y mientras se elegía persona apta se nombró una segunda Audiencia.



Gonzalo de Sandoval, de Medellín.

Esto y la noticia de que Cortés regresaba triunfante, hizo que Nuño de Guzmán abandonase el gobierno en manos de sus colegas y emprendiese la conquista de los Chichimecas, tomando, contra prohibición expresa, 9.000 pesos de las cajas reales.

Feneciendo el año 1530 salió de México con un ejército de 200 peones, 150 jinetes, 12 piezas de artillería, 8.000 indios aliados y grande acopio de municiones y víveres.

¿Qué había pasado entretanto con Cortés? Su llegada produjo en España verdadera sorpresa al Emperador y a la Corte, desmintiendo así la calumnia de que *trataba de alzarse con la tierra.*

Desembarcó en Palos en Mayo de 1528; se hospedó en el memorable convento de la Rábida, y allí conversó con Francisco Pizarro, que marchaba al Perú, teniendo también la pena de que allí muriese su leal amigo y compañero Gonzalo de Sandoval. Por todo el camino que desde allí hizo hasta Toledo, donde se encontraba la Corte, fué objeto de la más ardiente curiosidad y de las más entusiastas manifestaciones de aprecio y consideración.

Llegado a Toledo, le recibió inmediatamente Carlos V, y ante él enumeró D. Hernando sus servicios y expuso sus quejas, poniendo un memorial de todo ello en las reales manos.

A más de distinciones honrosísimas, se le concedió un título de *Don* y un escudo de armas, por cédula de 7 de marzo de 1525. Enfermó gravemente Cortés, y Carlos V luego fué a visitarle a su alojamiento, distinción altísima que mucho estimó D. Hernando. A las mercedes dichas añadió el Rey, en 1529, el título del MARQUÉS DEL VALLE DE OAXACA, con señorío de 22 villas y 23.000 vasallos, y otras concesiones más que sería prolijo enumerar. El papa Clemente VII le agració igualmente, dándole el patronato perpetuo del hospital de la Purísima Concepción, que aquél fundó casi a raíz de la conquista.

Coronó su buena suerte casándose con D.ª Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Béjar.

Después de dos años de residencia en España, dispuso su regreso a México, trayendo a su madre, a unas beatas franciscanas y a fray Juan de Leguízamo, mercenario, con doce religiosos de su Orden, desembarcando en Veracruz el 15 de julio de 1530.

No llegó luego a México, sino que se detuvo en Tlaxcala y Tezcoco, en donde recibió manifestación de aprecio, pues como en romería iban a verle.

La Audiencia se disgustó mucho de esto y lo prohibió, entablándose de nuevo la lucha entre ella y el conquistador, recibiendo éste vejación tras de vejación.

Antes de pasar adelante, bueno será no perder de vista a Nuño de Guzmán en su conquista de los Chichimecas. De México pasó a Xilotepec, de allí, por Taximaroa, a Michoacán, llegando hasta Tzintzuntzán; en esta ciudad le exigió a Tzintzicha, su rey, un ejército auxiliar de 10.000 hombres, víveres y cuanto oro tuviese, aunque otros cronistas dicen que ya llevaba preso desde México al rey tarasco, a quien con anticipación había llamado. Salió de Tzintzuntzán a Puruándiro, luego a Conguripo, y al pasar el río de la Purificación mandó dar tormento al Rey de Michoacán y a otros caciques tarascos, pidiéndoles siempre oro y más oro.

Al día siguiente de esto, envuelto en una estera, le hizo atar a la cola de un caballo para que lo arrastrase, coronando su infamia con ordenar que, ya moribundo, lo quemasen a fuego lento y que arrojasen al río sus cenizas.

Penetró en seguida en el actual territorio de Jalisco, siendo generalmente recibido de paz.

Siguió adelante Nuño de Guzmán, pasando por el peligro de haber

sido derrotado en la batalla de Tetlán, y tocó en Etzatlán y otros puntos, habiendo sufrido una espantosa inundación en Acaponeta. Los indios que le acompañaban ya no querían seguirlo; y como no lograsen el volver a sus hogares, muchísimos se suicidaron, ahorcándose de diez en diez, colgándose de los árboles como racimos de uvas.

Dividió su ejército y penetró con una parte de él hasta Culiacán, regresando luego a Tepic y Jalisco.

Juan de Oñate, su compañero, que había quedado en la mesa de Nochistlán, fundó, por halagarle, frente al peñón de ese nombre, donde se habían fortificado los naturales, en 3 de septiembre de 1530, una ciudad que llamó Guadalajara, en memoria de la patria de don Nuño. No agradó a éste el sitio de la nueva ciudad, y mandó se trasladase a Tlacotán, el año 1533.

Por capital de toda la tierra conquistada fundó Nuño de Guzmán, en 1535, la ciudad de Santiago de Compostela, nombrando a todo lo conquistado *Castilla la Nueva*.

Entretanto esos sucesos se desarrollaban, comenzó la segunda Audiencia a formar el juicio de residencia de Guzmán y a preguntar a las personas caracterizadas si había de seguirse la conquista, y si D. Nuño era a propósito para ello: convinieron los interrogados lo primero, y fueron de parecer unánime que no se prosiguiese por él.

Continuó el proceso de residencia contra Nuño de Guzmán, y salió D. Luis de Castilla, con encargo de la Audiencia y poderes de Cortés, a fundar una villa en límites de la provincia de Colima, y Guzmán no lo permitió, llegando hasta poner preso y querer matar al comisionado.

Continuó sus conquistas, ya por sí, ya por medio de comisionados, como fué la de Zacatecas, hostilizando a Cortés de una muy directa y especial manera, hasta el grado de apoderarse de un navío de éste, que había mandado al descubrimiento del mar del Sur. No fué muy diligente la segunda Audiencia en residenciar a Guzmán, por lo cual, disgustado el Rey, nombró el 17 de marzo de 1536 al licenciado Diego Perez de la Torre, gobernador de Nueva Galicia y juez de residencia del mencionado Nuño. En primeros días del año 1537 fué reducido a prisión en la ciudad de México, encarcelado en las Atarazanas, donde permaneció hasta el 19 de enero, y de allí mandado a España, fijando su residencia en Torrejón de Velasco, donde pobre y mal querido, sin lograr ver el fin de su proceso, le encontró la muerte el año 1544. Se

dice, sin fundamento ninguno, que Cortés procuró auxiliarle y favorecerle, constando por documentos lo contrario.

La SEGUNDA AUDIENCIA, compuesta por los oidores Licenciados Juan de Salmerón, Alonso de Maldonado, Francisco Ceinos y Vasco de Quiroga, bajo la presidencia del obispo de la Española D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, con excepción de éste, llegaron a Veracruz en los primeros del año 1531, y el Presidente el 23 de septiembre del mismo año.

Establecieron su residencia en uno de los palacios de Cortés, que trataron de comprar, y por no haberse convenido en precio la cambiaron a otro del mismo, que es, por cierto, el que sirve hoy de Palacio Nacional.

Recta y severa se portó la Audiencia en el cumplimiento de su encargo, trabajando especialmente en arreglar lo de las encomiendas restringiéndolas y ordenándolas, y evitando también el abuso de herrar a los indios.

El recuento de los vasallos de Cortés fué un motivo de serios disgustos entre éste y la Audiencia, así como también el moderar el celo poco prudente del obispo Zumárraga en ejercer su cargo de protector de indios.

La agricultura en general ganó mucho con sus benéficas disposiciones, que tendieron a aumentar la introducción del ganado caballar, lanar y vacuno, aclimatando diferentes plantas, entre ellas el plátano, que trajo de las islas, y que más tarde el oidor Quiroga, en uno de sus viajes de allí, también tomó y aclimató en Tziracuaretiro, pueblo de Michoacán.

Fray Toribio de Benavente o Motolinía, encantado de la fertilidad del valle de Cuitlaxtoapán, proyectó y llevó a cabo la fundación de una ciudad en él, en 16 de abril de 1531, imponiéndole por nombre *Puebla de los Ángeles,* y a la que se le concedió el título de ciudad y escudo de armas, por cédula de 20 de mayo de 1538.

El reino de Michoacán, a consecuencia de las tiranías de sus encomenderos y de la trágica muerte de su rey Tzinzicha, se había revolucionado al grado que los primeros misioneros franciscanos que a esa ciudad capital habían ido, tuvieron que volverse varias veces decepcionados y cansados de sus inútiles esfuerzos en pro de la conversión y civilización de aquellas gentes. Para arreglar tan importante región comisionó la Audiencia al oidor Vasco de Quiroga, que ya en el pue-

blecillo de Santa Fe, cercano a México, había dado prueba de su amor a los indios y de su política atrayente para con ellos, en el hospital que fundó en dicho pueblo para adoctrinarlos.

Partió a Michoacán a cumplir su encargo, y después de permanecer algún tiempo en Tzintzuntzán, y de arreglar la ciudad en su parte



La capital del reino tarasco, *Tzintzuntzán*, y sus alrededores en el primer tercio del siglo XVI.

material y moral, volvió a México presentando a sus colegas buenas cuentas y dejando fundado el hospital de Santa Fe de la Laguna.

El gobierno de la segunda Audiencia puede considerarse como el más práctico para la paz de México y el desarrollo de la conquista de los pueblos independientes del trono nahuatl.

El 19 de septiembre de 1526 fundó el pueblo de Acámbaro el cacique de Jilotepec, D. Nicolás de San Luis Montañés, conquistador de Querétaro. En este lugar había hecho su primera entrada en 25 de julio de 1522, y después de varios encuentros con los Chichimecas, sus pobladores, terminaron sus hostilidades mutuas haciendo un com-

bate entre indios y españoles en que pelearon ambos «a puñetes, a patadas y a mordidas, como gallos,» quedando vencedores los cristianos.

Hasta 1531 no se consolidó la conquista y la fundación de Querétaro en el sitio que hoy ocupa, y fué entonces cuando, según la tradición, se apareció el apóstol Santiago y una cruz resplandeciente en el cielo, en memoria de lo cual se erigió la cruz de piedra que aun subsiste.

Cansado el obispo Fuenleal de los trabajos del gobierno, solicitó del Rey su relevo, que le fué concedido el año 1534, concediéndosele el obispado de Cuenca.

A la lejana Península de Yucatán partió de España en 1526 Francisco de Montejo, natural de Salamanca, nombrado gobernador y adelantado de ella, marchando con 400 españoles a dominar el país que se le había confiado.

Era Montejo de estatura mediana, bien musculado y fuerte, con ánimo intrépido, sereno juicio y carácter alegre y franco.

A fines de septiembre de 1527 avistó la armada la isla de Cozumel, y allí desembarcó, siendo recibida de paz por Naum Pat, su cacique; sufrió su gente desde luego los horrores del clima y aun trató de sublevarse, trabajando no poco en calmarla.

Imitando a Cortés, hizo varar sus naves, obligando así a toda su gente a seguirlo, y fundó la ciudad de Salamanca. Siguieron tierra adentro por Belmá, Coní, Caachí, hasta Chauahá, donde sufrió una fuerte embestida de los Mayas, pasando luego a Aké, donde se repitió otra más poderosa acometida de los indios, costándole el triunfar de ellos más de 120 españoles. Su compañero Alonso Dávila fundó poco tiempo después a Villa Real, siguiendo las batallas con los indios y las enfermedades propias del clima ardiente de Yucatán, al grado que, en 1527, tuvo que abandonar Montejo la Península, al frente de unos cuantos soldados, retirándose a México bajo los auspicios de su buen amigo el conquistador Cortés.

Organizada una segunda expedición, al mando de su hijo Francisco Montejo y de su sobrino del mismo nombre, penetró por Tabasco y Champotón, venciendo resistencias de propios y extraños, y fundó a Mérida en el sitio del pueblo T-hó, el año 1542, y en el anterior la villa de Campeche.

La guerra con los nativos se prolongó por varios años, y casi a

su conclusión empezó a recibir la tierra los beneficios de la predicación evangélica, pues no eran bastantes para ellos los PP. Francisco Hernández, compañero de Montejo, Morcillos y Martín de Alarcón.

El P. Fr. Toribio Motolinía, unido a 12 compañeros, marchó a Guatemala por orden del venerable P. Fr. Jacobo de Testera, y de éstos, cuatro fueron destinados a Yucatán, Fr. Luis de Villalpando, Fr. Lorenzo de Bienvenida, Fr. Melchor de Benavente y Fr. Juan de Herrera, verificándose su arribo a Mérida por el año de 1545. Pronto aprendieron la lengua maya, sobresaliendo en su conocimiento el P. Villalpando, y así pudieron doctrinar perfectamente a los indios, y ayudar a Montejo a cimentar la conquista.

En 1547 se erigió la Sede episcopal de Yucatán, antes anexa a Chiapas, y fué su primer obispo Fr. Juan de San Francisco, que por humildad no quiso aceptar, y hasta 1552, en que se nombró a Fr. Juan de la Puerta, permaneció vacante. No contento el Rey con la residencia que el Licenciado Rojel había hecho al conquistador Montejo, comisionó al oidor de la Audiencia de México, Lic. Francisco de Herrera, encargándola él a su vez al Lic. Domingo de Santillán, quien vino a ello desde España y desembarcó en Campeche el año 1550. Llegado que hubo a Mérida, publicó la residencia y se encargó del gobierno el 16 de junio del mismo año; y terminada, remitió al adelantado Montejo, con el expediente, a España.

Allí pobre, viejo, enfermo y lleno de desengaños, falleció en el primer tercio del año 1553. Queda, como monumento y recuerdo de su nombre, la casa que fabricó en el lado Sur de la plaza Mayor de Mérida.



CAPÍTULO XII

El virrey D. Antonio de Mendoza.— Introducción de la imprenta en México. — Erección de Obispados y fundación de colegios.—Sublevación de los indios de Jalisco.— Muerte de Alvarado.—Sale para Jalisco el Virrey.—Resultado de la expedición.— Fundación de Valladolid de Michoacán. — El P. Las Casas. — El visitador Tello de Sandoval. — La peste. — Muerte del ilustrísimo Zumárraga. — Muerte de Cortés.— Primeras noticias de Filipinas. — Parte al Perú el virrey Mendoza. — El falso visitador Vena.

La colonia de Nueva España abre un nuevo período con la llegada de su primer virrey D. ANTONIO DE MENDOZA, comendador de Socuéllanos y caballero de la Orden de Santiago, a quien el Rey nombró virrey en 1530 y presidente de la Audiencia de México. Llegó en 1535, y trajo aquel encargo por tiempo ilimitado y con sueldo de 8.000 ducados anuales, equivalentes a $ 67.000 de nuestra moneda.

Lleno de buena voluntad y con una honradez intachable, entró de lleno a desempeñar sus cargos, favoreciendo sobremanera a los indios, cuya condición social mejoró en mucho. Procuró arreglar la defensa de la ciudad de México, así como también la del puerto de Veracruz; ambas tan necesarias para la tranquilidad de propios y extraños. Pocos meses tenía en México cuando llegaron Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Fr. Marcos de Niza, Andrés Dorantes y el negro Estebanico, náufragos de una expedición a la Florida y que contaban extraordinarias aventuras y afirmaban que existía un país maravillosamente rico y populoso. Se entusiasmaron todos los aventureros, y aun el Virrey, a pesar de su prudencia, sintió deseos de entrar en la conquista de aquella región. Para este efecto, comisionó a Fr. Marcos de Niza como explorador, y de las fábulas de este buen religioso, que a su regreso contó, salió la leyenda de Cíbola y Quivira y de las siete ciudades, que tanto influyó en las desavenencias de Mendoza y Cortés. Éste no se encontraba en México cuando llegó el Virrey, pues había partido a explorar el mar del Sur y había descubierto la California; inquieta la Marquesa

por su larga ausencia, suplicó y obtuvo de Mendoza que enviase dos naves en su busca, con las que regresó el conquistador a poco tiempo.



D. Antonio de Mendoza, primer virrey.

El recuento de los vasallos de D. Hernando y las expediciones para los descubrimientos pusieron en desacuerdo a ambos personajes, obligando al primero a que pasase a dirimirlos ante el Rey, para lo cual partió de Nueva España en 1540.

Se ha afirmado que por esos tiempos, unidos en intención el virrey Mendoza y el Ilmo. Sr. Zumárraga, trajeron a México la imprenta. No se ha encontrado documento que claramente lo compruebe, sobre todo para el primero y sí consta que Juan Pablos, dependiente del impresor Juan Cromberger, de Sevilla, partió para México con oficiales y útiles de imprenta en junio de 1539 y en fines de diciembre del siguiente año terminaba la impresión del «Manual de Adultos».

Respecto a la publicación de la traducción castellana de la «Escala espiritual» de S. Juan Clímaco, hecha por Fr. Juan de la Magdalena o Estrada, en 1535, nadie ha visto hasta hoy ejemplar alguno. En todo caso tal impresión no podría haber salido de las prensas de Juan Pablos y esto ha hecho nacer la idea de que antes de la venida de éste a México ya había funcionado otra imprenta, propiedad de *Esteban Martín*, que vino a la Nueva España por los años de 1533 a 1534.

Si ello fuere exacto la «Escala Espiritual» sería el primer libro impreso en México y por lo mismo en todo el continente americano. En el mismo año estableció una casa de moneda para acuñar plata, pues la que antes se hizo de cobre disgustó tanto a los mexicanos, que casi toda la arrojaron a la laguna.

Las monedas de plata representaban los valores de un peso, cuatro reales, tres reales, dos reales, un real y medio real: la ninguna costumbre de los indios en usar moneda traía frecuentes confusiones y

herror y dlos idolos lee dl herror dlos idolos. En la ho. xxviij
fa. j. rẽ. xvij. do dize Se entiẽda dello la fe salua: lee por parẽthe
sis Que se entiẽda dicho la fe salua: rẽ. xxij. dõde dize En esse lee
en este. En la misma ẽla faz. ij. rẽ. j. dõde dize el Misterio Jor-
dã: lee el misterio dl Jordan. rẽ. xiiij. dõde dize No ppria suya
specie: lee no propria specie suya. rẽ. xxix. donde dize Aqste ql
ppheta afirma ser ppheta: lee aqsto ql ppheta y mas q pphe
ta. En el mismo rẽ. dõde dize Demãdado lo lee dmandãdolo.
En la hoja. xxx. faz. j. a. iiij. rẽ. donde dize de la Resurrectiõ: lee
de resurreciõ. Y enl. rẽ. xij. donde dize Tambiẽ vaca y esta sup
fluo. En la hoja. xxxj. faz. ij. rẽ. xxj. Donde dize y los colocã: lee
y los coloca. Y enl rẽ. final donde dize Le penetra: lee lo pene
tra. En la hoja. xxxij. faz. ij. rẽ. xj. y. xij. donde dize. Y el mũdo la
hazaña: lee y la hazaña. Y enl rẽ. xxxij. donde dize Dia no pe-
qña: lee dia y no peqña. En la hoja. xxxiij. faz. j. rẽ. j. donde dize
Le pdono: lee y le perdono. En la hoja. xxxvj. faz. j. rẽ. iiij. don
de dize. En el dilatar: lee en lo dilatar.

¶ Imprimiose este Manual de Adultos en la grã ciudad d
Mexico por mãdado dlos Reuerẽdissimos Señores Obis
pos dla nueua España y a sus expẽsas: en casa d Juã Crom-
berger. Año dl nacimiẽto d nuestro señor Jesu Christo d mill
y quiniẽtos y quarẽta. A. xiij. dias dl mes d Deziẽbre.

Última hoja (fe de erratas) y colofón del más antiguo
libro, hoy conocido, impreso en México a 13 de Diciembre de 1540.

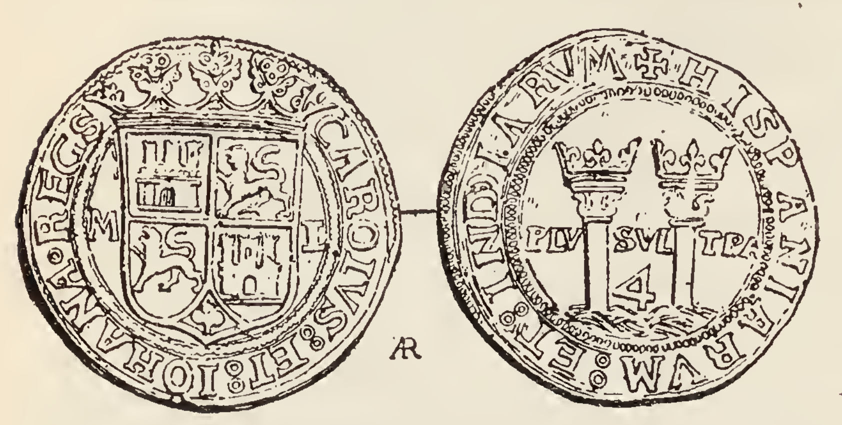
disgustos, sobre todo con las piezas de tres reales, razón por la cual el Virrey las suprimió.

Otro acontecimiento importante del año 1536 fué la erección del Obispado de Michoacán y el nombramiento hecho para ocuparlo en la persona del oidor D. Vasco de Quiroga, que, cual San Ambrosio, pasó de la toga a la mitra, ascendido desde la tonsura hasta la plenitud sacerdotal.

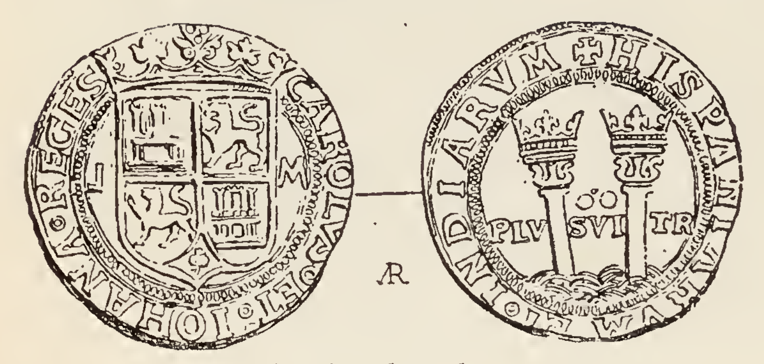
Los buenos informes que de los indios y sus aptitudes había dado la segunda Audiencia trajeron por resultado el que el Rey diese una orden para que se fundase un colegio para ellos en Santiago Tlaltelolco, obra benéfica que apoyó Mendoza y llevó a cabo, confiándola a

los religiosos franciscanos. En otro orden de adelantos cuidó de fomentar la cría de ganado caballar, e introdujo la morera y el gusano de seda, principalmente en Huexotzinco, Cholula y Tlaxcala.

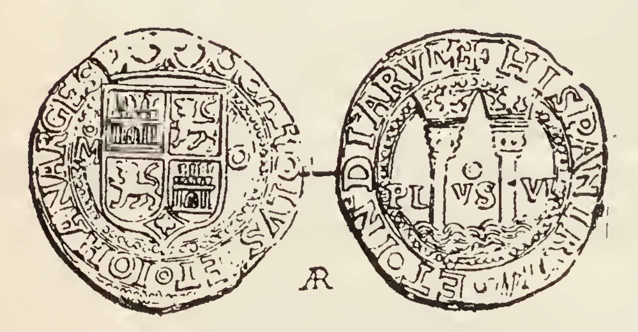
Introducidos en México por Real permiso, del que se abusó, la importación y comercio de negros, llegaron a ser en tan crecido número, que trataron de rebelarse contra los españoles, fraguando una conspiración; por denuncia de uno de ellos lo supo el Virrey el 24 de septiembre de 1537, y procediendo con actividad, aprehendió a los principales y a los más notables de entre ellos, mandándolos matar a todos.



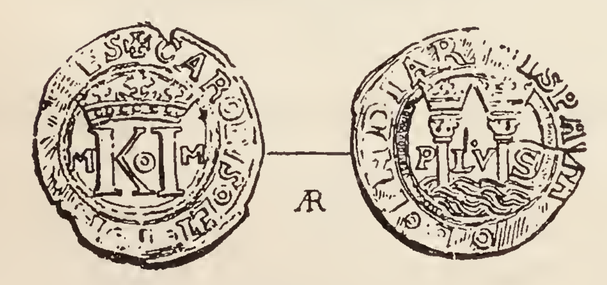
Reales de a cuatro



Reales de a dos.



Reales sencillos.



Medio Real.

Monedas de plata mandadas acuñar por el Virrey Mendoza. (Tamaño natural.)

Gobernaba la Nueva Galicia, en substitución de Nuño de Guzmán, el Licenciado Pérez de la Torre, cuando a fines del año 1538 el cacique de Xochitepec, llamado *Coaxicari,* unido a otros convecinos suyos, se insurreccionó. A ponerles en paz y someterles al orden salió con un fuerte ejército el gobernador De la Torre, teniendo un encuentro con los conjurados en la barranca de Mochiltic, del que con grandes trabajos logró salir vencedor, aunque recibiendo una herida que a pocos días le llevó al sepulcro.

Le reemplazó en la gobernación Cristóbal de Oñate, que procuró calmar el ánimo de los sublevados, y aun creía haberlo conseguido, cuando dos años después estalló una nueva rebelión, tomando un carác-

ter más alarmante que la primera. Posesionados los indios del cerro de *Michtón,* derrotaron a los españoles, y de allí se dirigieron a los pueblos donde había encomenderos, haciéndoles abandonarlos; llegando, en una palabra, a reducir a los extranjeros todos a la sola ciudad de Guadalajara.

Se pidió socorro a México; y como éste no llegase tan pronto como era necesario, se recibió con gran júbilo la noticia de que el Adelantado de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, había llegado al puerto de Navidad; se le pidió auxilio, y él sin tardanza lo dió, mandando refuerzos a Autlán, Etzatlán, Chapala y Tonalán, dirigiéndose en persona con cien soldados a Guadalajara, que estaba ya casi en estado de verdadero sitio.


El Adelantado D. Pedro de Alvarado, de Badajoz.

Llegó Alvarado a la ciudad el 12 de junio de 1541, y sin permitir que nadie le acompañase, se dirigió contra los sublevados, a los que llamaba «cuatro gatos encaramados en los riscos».

Sin oir las prudentes reflexiones del Gobernador, ni aun siquiera esperar el resto de su tropa, marchó sobre el cerro de *Toc* o peñón de *Nochixtlán,* donde, tras un fuerte recinto amurallado con cercas de piedra, se encontraban los sublevados. Echó Alvarado pie a tierra y al frente de sus soldados subió, espada en mano, y comenzó a abrir brecha, teniendo que retroceder a poco por la cantidad de indios que sobre él se arrojaron y el ímpetu con que lo hicieron.

Como tres leguas bregaron con ellos en medio de un terreno pantanoso, y cuando subían una cuesta y los indios comenzaban a retirarse, Alvarado, que ocupaba la retaguardia por ser el lugar de más peligro, alcanzó a ver un soldado que huía, y tenía por nombre Baltasar de Montoya, y dirigiéndose a él le dijo: «Sosegaos, Montoya, que los indios parece nos han dejado.» Sin hacer caso éste de la amonestación, siguió espoleando al fatigado rocín, que en una de las vueltas de la cuesta resbaló, y dando tumbos cayó sobre Alvarado, arrastrándolo hasta el fondo de una barranca.

Al punto acudieron los soldados en su auxilio, aunque inútilmente, pues la gravedad de sus heridas era tal, que con trabajo se le trasladó a Atenguillo y después a Guadalajara, donde falleció el 4 de julio, habiendo sucedido el infausto accidente el 24 de junio de 1541.

Con la muerte de Alvarado empeoró la situación de Oñate y aumentó la soberbia de los sublevados, que en número de 30.000, pusieron en 15 de septiembre de 1541 un verdadero sitio a Guadalajara. El Gobernador, haciendo un esfuerzo sobrehumano y después de sangrienta lucha de catorce días, hizo una salida que obligó a los indios a levantar el cerco y retirarse a sus montañas. En recuerdo de ello, y atribuyendo el éxito a la clara protección de la Providencia, se declaró patrono de la ciudad a San Miguel Arcángel, acordándose también trasladar la ciudad al valle de Atemaxac para que estuviese más segura y libre de las barrancas que la circundaban.

Noticioso D. Antonio de Mendoza de lo que en Guadalajara ocurría, acordó salir en persona con escogida tropa para reconquistar la Nueva Galicia. Con 600 españoles y crecido número de aliados salió el Virrey de la ciudad de México el 1.° de octubre de 1541, pasando por Toluca, Taximaroa, Acámbaro, Michoacán, internándose en la Nueva Galicia por Tolotlán. Desde este lugar comenzaron los combates con los sublevados, y siguieron sin interrupción desde el valle de Coinán hasta la fortaleza del Mixtón. Frente a ella acamparon los españoles, y casi al intentar el asalto consultó el Virrey a los teólogos que le acompañaban sobre si debía o no proceder a ello desde luego. Fray Antonio de Segovia, Fr. Miguel de Bolonia, Fr. Francisco de Villafuerte, Fr. Francisco de Salamanca, Fr. Marcos de Niza y don Pedro Gómez de Maraver, deán de Oaxaca, contestaron debería hacerse la guerra, pero después de que se les hubiese *requerido* por tres veces y no se sometiesen.

Era el *requerimiento* una fórmula para dar a la conquista un carácter legal, y consistía en que un pregonero les dijese, *en lengua castellana,* lo que era la religión católica y sus principales fundamentos, y que en virtud de la autorización del Papa, representante de Jesucristo, el Rey de España era el dueño y señor de aquellas tierras, estando ellos obligados a sometérsele.

Ya se comprenderá el efecto que esto haría, tanto por lo que se alegaba a los indios como por hacerlo en lengua para ellos desconocida.

El requerimiento no dió resultado ninguno, y se rompieron las hostilidades, entablándose sangrientas luchas por ambas partes. Más de veinte días duraron los encuentros, que empezaban a la salida del sol y terminaban con su ocaso; ya se pensaba levantar el sitio cuando unos traidores revelaron la angustiada situación de los sublevados, acosados por la sed y el hambre, animándose con esto el Virrey para continuar el sitio.



Toma del Michtón según el *Códice Telleriano Remensis.*

Horrorizados los PP. Segovia y Bolonia de la espantosa carnicería ejecutada sobre aquellos infelices, suplicaron al Virrey les permitiese exhortar a los sublevados a una capitulación; así lo hicieron, logrando se sometiesen 6.000 guerreros, retirándose los demás con su jefe *Tenamaxtl* a la sierra del Nayarit.

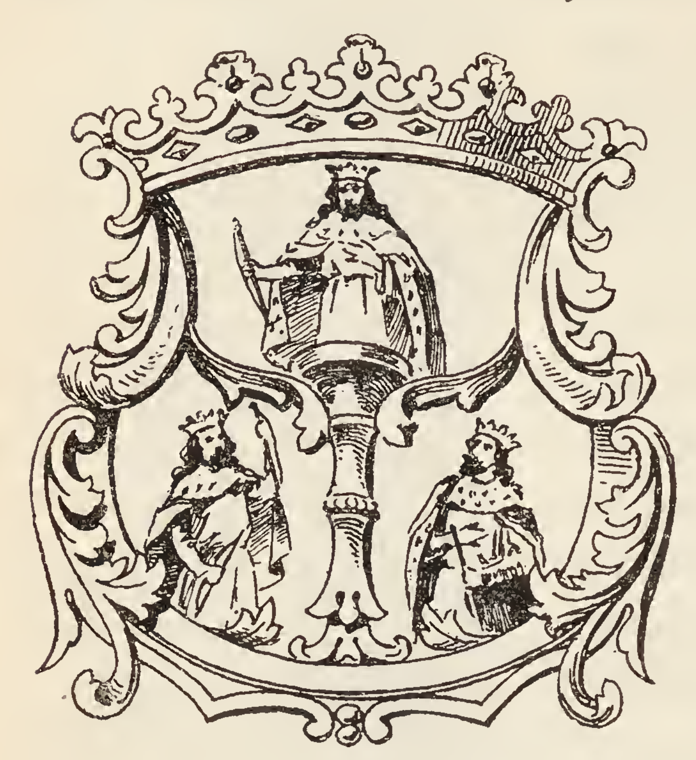
Después de este triunfo pasó Mendoza por Tequila, Ameca y Etzatlán, dejando arreglado el nuevo emplazamiento de la ciudad de Guadalajara en Atemaxac (que es el que ahora conserva) en 5 de febrero de 1542.

Regresó luego a México por el mismo camino, y a su paso por el valle de Guayángareo, en Michoacán, ratificó la orden tocante a la fundación en este sitio de la ciudad de Valladolid (hoy *Morelia*), dada a su paso para Jalisco el 23 de abril de 1541; idea feliz que dió origen a una de las más hermosas ciudades de México, y que fué bien acogida, como lo prueba el habérsele concedido en 19 de septiembre de 1553 escudo de armas y título de ciudad.

Los abusos y crueldades de los españoles sobre los pobres indios provocaron las quejas de muchos hombres apostólicos, entre los que se distinguió el ilustre obispo de Chiapas *D. Fr. Bartolomé de las Casas,* que con este motivo escribió al Rey y al Consejo vehementísimos y muy extensos memoriales, haciendo repetidos viajes a la corte para defender sus opiniones y a sus amados indios. Como es de suponer, se echó encima todo el odio de los conquistadores y encomenderos, y aun la animosidad de sus hermanos religiosos, distinguiéndose en este particular el desafecto y poco miramiento con

que le veía y juzgaba, el por otros motivos muy estimable Fr. Toribio de Benavente o Motolinía.

Resultado de los trabajos de Las Casas fué la expedición en 1542 de las llamadas *Nuevas Leyes:* eran éstas un código en que se preceptuaba el evitar pleitos entre los indios, y cuando no fuese posible, que se tramitasen sumariamente; que por ningún motivo, ni aun en la guerra, se hiciesen esclavos, y que los que en tal calidad existían, si sus dueños no probaban su adquisición legítima, se pusiesen en libertad; que se vigilara el buen trato de los indios; que, a proporción que fuesen muriendo los encomenderos, quedasen libres los indios, sin poder volver a ser encomendados; con otras muchas benéficas disposiciones.



Escudo de armas de Morelia. (Michoacán.)

Para establecer y vigilar la ejecución de estas leyes en México fué nombrado visitador D. Francisco Tello de Sandoval, inquisidor de Toledo, quien llegó a México el 8 de marzo de 1544, y procuró desde luego reunir una Junta de personas notables.

Concurrió a ella, llamado por el Visitador, el ilustrísimo Casas, y trabajó más que nunca en que fuesen promulgadas.

Los encomenderos, unidos, representaron ante Tello los inconvenientes que se seguirían con la aplicación de esas leyes, y por lo mismo manifestaron que suplicaban ante Su Majestad tocante a ellas.

Después de tumultuosas discusiones en que logró Las Casas que sus colegas los obispos de Michoacán, México, Tlaxcala, Oaxaca y Guatemala, y los prelados de las Ordenes religiosas aprobaran su «Formulario de Confesores», el visitador Tello declaró impracticables las leyes, y se volvió a España a dar cuenta de todo lo acontecido.

Como sucesos notables para la colonia en los subsecuentes años del gobierno de Mendoza, señalaremos los siguientes:

En 13 de febrero de 1548 se creó la Audiencia de la Nueva

Galicia, con residencia en Compostela, y se erigió la Sede episcopal de la misma.

En principios del año 1545 se declaró una terrible peste, que duró siete meses, difundiéndose por todo el país y cebándose con especialidad en los indios, que sucumbieron en número de casi un millón.

Las buenas prendas del Virrey y su acendrada caridad, manifestada en estas circunstancias, le valió el nombre de *Padre de los pobres*, y los religiosos, que sin excepción se dedicaron a cuidar a los apestados, aumentaron mucho el afecto de los indios hacia ellos.

El obispado de México fué elevado al rango de arzobispado el 11 de febrero de 1546, dándole por sufragáneos los obispados entonces existentes y nombrando por su primer arzobispo al mismo Ilmo. Sr. Zumárraga. Este venerable varón se encontraba viejo y muy enfermo; así es que al recibir la noticia de su nueva exaltación se agravaron sus achaques y murió en la ciudad de México el 3 de junio de 1548, sin llegar a vestir el sacro palio y en medio de las lágrimas de todos, pues que en él veían un padre desinteresado, amante y sincero.

Fué el Ilmo. Zumárraga varón de santa vida, lleno de caridad y amor a sus semejantes, amante de las ciencias, celoso de la honra de Dios, caritativo, humilde y manso.

Injustamente acusado por modernos escritores de haber destruído *todos* los monumentos de la civilización india, la crítica moderna, serena y sensata, ha demostrado lo exagerado e infundado del cargo. Su celo religioso lo llevó a cometer algunos errores, disculpables todos ellos por el modo de ser social de su tiempo y las necesidades del ejercicio de su ministerio.

Pocos meses antes que el Ilmo. Sr. Zumárraga, murió en Castilleja de la Cuesta, el 2 de diciembre de 1547, el conquistador de México y Marqués del Valle de Oaxaca, D. Hernando Cortés: ya dijimos atrás cómo fué que, puesto en completo desacuerdo con el virrey Mendoza, se dirigió por segunda vez a España, en donde no sólo fué recibido con desdén, sino hasta con marcadas muestras de disgusto. Inútiles fueron todas sus gestiones en la Corte, y aun el haber seguido a Carlos V a la conquista de Argel, pues allí recibió la más inequívoca prueba de la poca estima en que se le tenía, dejándole el Rey sin lugar ni consulta en el Consejo de guerra que convocó frente a aquella plaza. Triste, desalentado, viejo y enfermo se

encontraba y sentía el conquistador de Nueva España, y por lo mismo comenzó a arreglar su regreso a México; ya en disposición de efectuarlo, le atacó una aguda disentería que le hizo sucumbir en el lugar y día atrás señalados.



Hernán Cortés,
Marqués del Valle de Oaxaca,
poco antes de su fallecimiento.

Así terminó aquel grande hombre, abrumado por la ingratitud de aquel a quien dió un reino de los más grandes y ricos del Nuevo Mundo.

Su estado moral poco tiempo antes de su muerte, nos lo revela su aspecto físico en un retrato de su persona mal atribuído a Velázquez y pintado poco tiempo antes de su fallecimiento.

A principios de 1549 enfermó el Virrey de una afección que le abatió considerablemente y aun le obligó a abandonar por algún tiempo el despacho de los negocios.

En 1542 había mandado Mendoza los restos de la flota de Pedro de Alvarado en busca de las islas del Poniente, bajo el mando de Rui López de Villalobos, siendo ellos los primeros que dieron noticias exactas de las islas de Filipinas.



Hospital de indios fundado por Fr. Juan de San Miguel en Uruapan el siglo XVI; estado actual.

Una conjuración de españoles y dos insurrecciones de indios en la provincia de Oaxaca, turbaron los últimos años del gobierno de Mendoza; ambas fueron afortunadamente sofocadas, pagando con la vida los promotores.

Los desórdenes del Perú llamaron fuertemente la atención del Gobierno de España, y recordando el acierto y prudencia con que D. Antonio de Mendoza había gobernado la nueva España, dispuso el Emperador, en el año 1550, que pasase a gobernar aquellas tierras, dejándole en libertad de aceptar o no, aunque comprometiéndole a ello.

Aceptó Mendoza y partió para Lima, donde falleció el 21 de julio de 1552.

Un mes antes de que el nuevo Virrey llegase a México se presentó, en clase de visitador, un individuo que decía llamarse el licenciado Vena; sorprendiendo al virrey Mendoza y a los oidores, se posesionó del cargo y funcionó por algunos días, al cabo de los cuales se descubrió el engaño y fué sentenciado a sufrir 400 azotes y ser paseado por toda la ciudad en una bestia de albarda, y el pregonero publicando sus delitos, con más diez años de galeras, cosas todas que se llevaron a efecto.



CAPÍTULO XIII

Don Luis de Velasco. —Apertura de la Universidad.—Inundación de México.—El arzobispo Montúfar. —Primer Concilio mexicano. —Segundo Concilio mexicano.—Muerte del Ilmo. Sr. Quiroga.—Conjuración de los hijos de Hernán Cortés.—Don Gastón de Peralta.—El visitador Muñoz.—Don Martín Enríquez de Almansa.—La Inquisición.—El matlazaguatl.—Don Lorenzo Suárez de Mendoza.—Don Pedro Moya de Contreras. —Tercer Concilio mexicano.—Don Alvaro Manrique de Zúñiga.

El 25 de noviembre de 1550 hizo su entrada solemne en la ciudad de México el virrey D. Luis de Velasco, siendo recibido con extraordinaria pompa. Con instrucciones reales tan extensas y detalladas como las que recibió su antecesor vino él, siendo el punto capital la protección a los indios, la ayuda a los religiosos y el fomento a la agricultura. Empezó por obligar a los dueños de minas a que diesen libres a los que como esclavos trabajaban en ellas, y cuyo número ascendió a 150.000, sin contar sus mujeres e hijos. Procuró la seguridad de los caminos, que estaban infestados de bandoleros, estableciendo la Santa Hermandad que con el tiempo se le llamó *Acordada*.

En 21 de enero de 1553 tuvo lugar la solemne apertura de la Universidad de México, cuya creación se hizo por Real cédula de 21 de septiembre de 1551, y contó desde luego entre sus profesores al insigne agustiniano Fr. Alonso de la Veracruz. Fué este varón erudito en toda ciencia y el primero que trajo copiosa librería a la Nueva España, habiendo fundado en su provincia de Michoacán y en el pueblo de Tiripitio una casa de estudios para novicios de la orden, y en ella educó a D. Antonio de Huitziméngari Mendoza y Caltzontzin, hijo del último Rey de Michoacán y ahijado de bautismo del virrey Mendoza.

En 1553 se inundó por vez primera después de la conquista la ciudad de México, que merced a la actividad del Virrey pronto quedó

libre de las aguas. Como resultado de ello quizá, se desarrolló una terrible peste, que se cebó, como la anterior, con preferencia en los pobres indios.

Para dar seguridad a los viandantes que morían a manos de los indios errantes llamados Chichimecas, y favorecer el tráfico, ya importante, con Zacatecas, fundó los pueblos de San Felipe de Ixtlahuaca y San Miguel el Grande. Temeroso de una nueva inundación, dispuso, de acuerdo con el Ayuntamiento, que se construyese una albarrada para resguardar a la ciudad del agua de los lagos.



Fr. Alonso de la Veracruz.

A poco de haber llegado Velasco a México vino el segundo prelado de la Archidiócesis, D. Fr. Alonso de Montúfar, natural de Lieja y de la Orden de Santo Domingo, quien encontró no poco que atender en la Administración, a causa de discordias con las Ordenes religiosas, tanto entre sí como con los obispos.



D. Antonio de Huitziméngari Mendoza y Caltzontzin.

Para remediar esos males convocó un Concilio provincial, que se reunió en la ciudad de México el año de 1555; asistieron a él los Obispos de Michoacán, Tlaxcala, Chiapas y Oaxaca, con los representantes de los Cabildos y Comunidades religiosas. Benéficas y sabias fueron todas las disposiciones en él decretadas, y para su observancia se imprimieron en la ciudad de México, el 10 de febrero de 1556, por Juan Pablos.

A fines de 1556 recibió Velasco la noticia de haber abdicado Carlos V la Corona de España en su hijo Felipe II, quien fué jurado en México, el 6 de junio de 1557, con gran-

des fiestas y solemne pompa. Persiguiendo siempre la idea de conquistar a la Florida, se formó una expedición al mando de D. Tristán de Luna y Arellano, que salió de Veracruz el 11 de junio de 1559 y tuvo un fin desastroso.

Sujetó el Rey, por intrigas de los encomenderos, bajo cierto modo, al Virrey a la Audiencia, disposición que produjo disgustos y tropiezos sin cuento; se quejó de ello Velasco, y para ver lo que en aquello aconteciese, mandó de visitador Felipe II al licenciado Jerónimo Valderrama.

Vino éste tan sólo a aumentar los males, pues su codicia lo hizo todo de parte de los encomenderos, cargando más y más gabelas, al grado de ser unánimemente designado con el epíteto del «azote de los indios».

Agobiado por la edad y los disgustos que le ocasionó Valderrama, murió D. Luis de Velasco en la ciudad de México, el 31 de julio de 1564, en medio de general sentimiento, proclamándole la multitud, entre sollozos, como a *padre de la patria.*

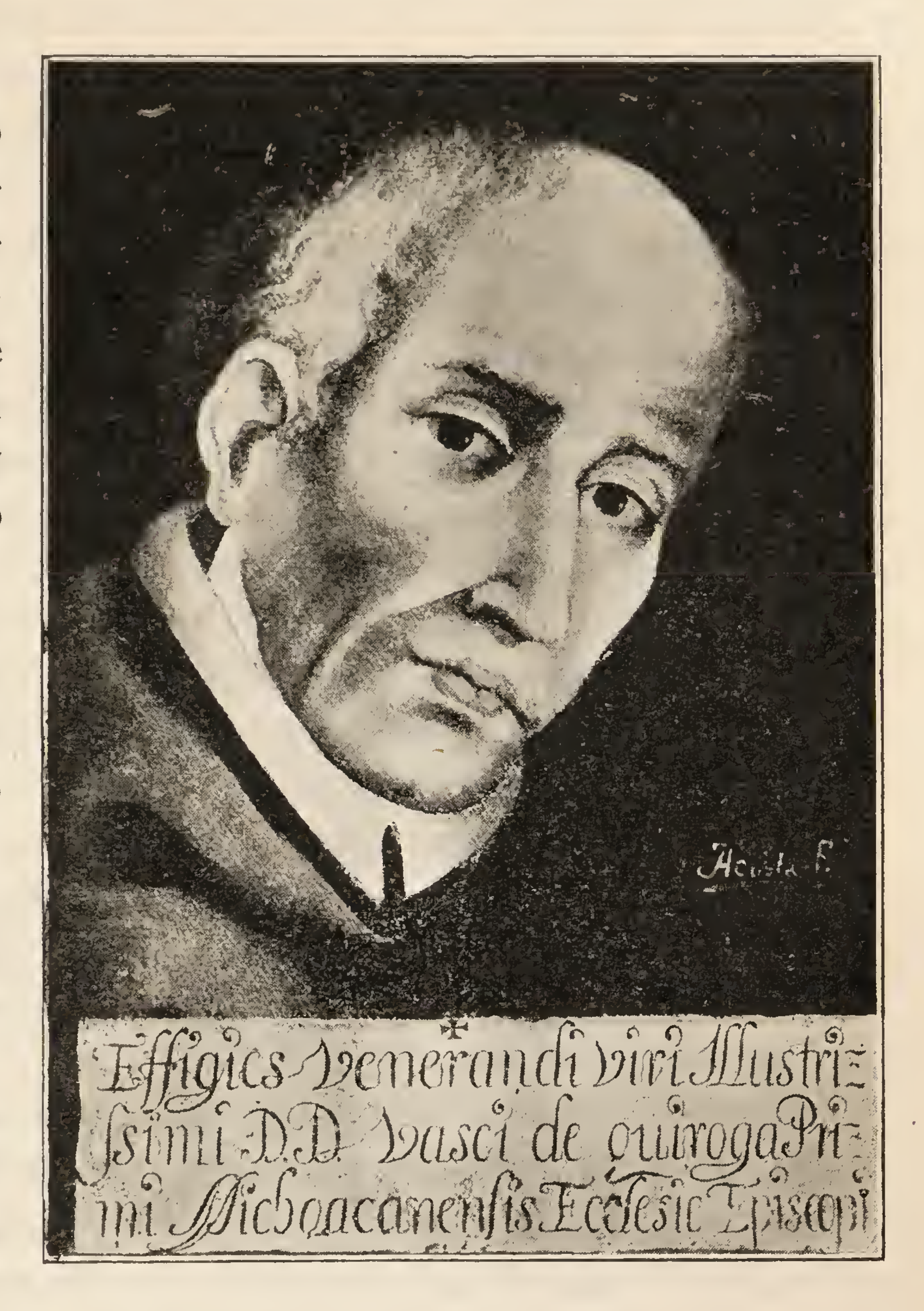
Entró después a gobernar la Audiencia, compuesta de los oidores Ceynos, Villalobos y Orozco, teniendo luego que atender a la sublevación de los naturales de Oaxaca, que se habían levantado a causa de la prisión de su destronado monarca *Cosijopii,* llevada a cabo en Tehuantepec, dando por motivo el haberle encontrado en el ejercicio del antiguo culto idolátrico.

Pusieron después sus cuidados en arreglar la expedición que había comenzado a preparar el Virrey difunto, por orden de Felipe II, para que fuese a explorar la mar del Sur, ofreciéndole el mando de ella a Fr. Andrés de Urdaneta, religioso agustiniano y gran marino. Rehusó éste el mando, aunque comprometiéndose a acompañar a los expedicionarios, que al fin partieron bajo las órdenes de D. Miguel López de Legazpi, saliendo del puerto de Navidad el 21 de noviembre de 1564. Pronto dieron con un grupo de islas que llamaron de Poniente, y más tarde se conocieron por *Filipinas,* estableciendo en ellas una capitanía, con su capital, en la ciudad de Manila, perteneciente a la isla de Luzón.

De orden del Rey, comunicada por Valderrama, se reunió en la ciudad de México, el año 1565, un segundo Concilio provincial, con objeto exclusivo de adoptar las constituciones del Concilio general de Trento.

Asistieron a él el Arzobispo de México, el Obispo de Chiapas, el

de Tlaxcala, el de Yucatán, el de Nueva Galicia y el de Oaxaca, quedando representado el de Michoacán por un procurador, a causa del fallecimiento del ilustrísimo Sr. Quiroga, y completado con los oficiales reales, cabildos y superiores de las religiones. El 14 de marzo de 1565, a la edad de noventa y cinco años, falleció en el pueblo de Uruapan (Michoacán), y al emprender una visita pastoral, el Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga quien, durante su episcopado todo, trabajó sin descanso en la civilización y bienestar de los indios tarascos, para cuya enseñanza fundó en Pátzcuaro un colegio, bajo la advocación de San Nicolás, obispo, y para alivio de sus dolencias, los hospitales de Santa Marta y Santa Fe del Río. Infatigable en su ministerio, recorrió varias veces su vasta diócesis hasta en sus confines más lejanos. Fué amado en grado sumo por todos los Tarascos que hasta hoy le recuerdan, rindiendo un ferviente culto a su memoria, y cuando a él se refieren, siempre lo hacen dándole el tierno y cariñoso nombre de *Tatá Don Vasco* (mi padre D. Vasco).



Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga.

En el corto gobierno de la Audiencia ocurrió uno de los episodios más famosos en la historia de la dominación española en México, y fué la conjuración de los hijos de Hernán Cortés.

Había regresado a México el año 1563, el segundo marqués del Valle, D. Martín Cortés, en unión de sus dos hermanos bastardos D. Luis y D. Martín.

Educados todos en España y llenos de la satisfacción que produce el ser hijos de un hombre de la talla del conquistador de México, tenían la arrogancia y fausto que ambas cosas producen, y con ello herían el ánimo de los Oidores, produciendo frecuentemente estas rivalidades serios y escandalosos disgustos.

Vinieron a aumentar éstos con motivo de la fiesta que para solemnizar el bautizo de unos gemelos que le nacieron hizo D. Martín Cortés, en que se recordaron por medio de comparsas las hazañas del conquistador y se dió un espléndido banquete en que abundaron los brindis indiscretos. Alarmada la Audiencia por aquello, y con la denuncia de que se preparaba una conspiración para romper la dependencia de España, hizo llamar al Marqués del Valle a la sala de sus acuerdos, en 16 de julio de 1566, en unión de todos sus amigos, so pretexto de manifestarle unas Reales cédulas.

Ya en la sala de la Audiencia, el oidor Ceynos intimó a D. Martín orden de prisión por traidor a su Rey, y sin poder éste soportarlo, echó mano a su espada, diciendo: «Yo no soy traidor al Rey, ni los ha habido en mi linaje», siendo al punto rodeado por numerosa guardia, que estaba preparada para ello.

Casi al mismo tiempo se aprehendía a sus dos hermanos y a los encomenderos Luis, Alonso y Gil González de Ávila, al deán D. Juan Chico de Molina, a D. Luis de Castilla, y a su hijo D. Pedro Lorenzo de Castilla, Hernán Gutiérrez Altamirano, Alonso de Estrada, Don Lope de Sosa y otros muchos. Violentamente se les formó un proceso, y el 3 de agosto del mismo año de 1566 fueron decapitados Alonso y Gil González de Ávila, dando a los demás penas diversas.

Tal ejecución causó profundo disgusto, y los Oidores llegaron a temer un serio alzamiento de la tierra.

Otro acontecimiento bien triste para los naturales de la Nueva España fué la muerte de su defensor infatigable, del ilustre Las Casas, acaecida en Madrid el 31 de julio de 1566.

Todo el espacio de esta obra no bastaría para hacer el debido elogio de varón tan benemérito; sírvale de homenaje este breve recuerdo.

Entretanto en México se desarrollaba la sangrienta tragedia referida, desembarcaba en Veracruz el 17 de septiembre de 1566 el nuevo

virrey D. Gastón de Peralta, marqués de Falces, quien ya estaba informado de todos los acontecimientos de México, y temeroso de una sublevación, vino haciendo cortas jornadas, al grado de no entrar en la ciudad de México hasta el 19 de octubre.

Ordenó desde luego que la-Audiencia suspendiese el proceso contra D. Luis Cortés, y se revisasen las causas de los demás conjurados, oponiéndose terminantemente contra la confiscación del estado y haciendas del Marqués del Valle, que al fin marchó a España a continuar su proceso.

Disgustada la Audiencia en alto grado por haberle arrancado de entre las manos víctima tan ilustre, le acusaron ante el Rey, calumniándole de cuantas maneras fué posible, logrando alarmar al suspicaz Felipe II, que nombró un tribunal de jueces visitadores revestidos de omnímodas facultades.

Fueron los escogidos el Lic. Alonso de Muñoz, el doctor Luis Carrillo y el Lic. Jarava. Éste murió durante la navegación y solamente llegaron a México, a principios de Octubre de 1567, los dos restantes.

Muñoz, hombre déspota y sanguinario, fácilmente dominó a Carrillo, que era de carácter débil. Quedó por lo mismo gobernando solo el feroz Muñoz, que presto llenó de presos las cárceles y de sangre los patíbulos, comenzando las ejecuciones con Gómez de Victoria y Cristóbal de Oñate, y siguió al otro día, 9 de enero de 1568, con la de los hermanos D. Pedro y D. Baltasar de Quesada. Mandó dar el tormento del agua a D. Martín Cortés el bastardo, sin lograr arrancarle confesión alguna; depuso al Virrey y produjo tanta inquietud y espanto en la colonia, que nunca más que entonces estuvo en peligro de perderse, aumentando el general disgusto la sentencia dada contra el Marqués del Valle, que fué la de perpetuo destierro de las Indias y fuerte multa pecuniaria.

Se abrieron paso hasta el Rey las repetidas quejas contra Muñoz, y para remediar aquella mala medida política nombró a los oidores Puga y Villanueva, que residían en España.

Con gran sigilo llegaron éstos a México el Martes Santo del año 1568, y sin dilación ninguna presentaron la orden del Rey a Muñoz en su celda del convento de Santo Domingo, adonde se había retirado durante los días santos, ordenándole que en el término de tres horas abandonase la ciudad.

Así lo hizo, acompañado del Dr. Carrillo, saliendo a pie y por calles extraviadas, hasta pocas leguas de la ciudad, donde consiguió cabalgaduras.

En la misma nave que para la Península salió, marcharon Muñoz y el Marqués de Falces, siendo éste recibido con gran aprecio y distinción por Felipe II, en tanto que al segundo no permitió ni aun que le saludara, volviéndole la espalda, y con el más acre tono de reconvención, le dijo: «Te envié a las Indias a gobernar, y no a destruir»; lo que le produjo tanto pesar y humilló tanto su soberbia, que a la mañana siguiente le encontraron muerto en su aposento, sentado en un sillón y con el rostro apoyado en la palma de la mano derecha.

Entró la Audiencia a gobernar y duró en el ejercicio del poder pocos meses, pues el 5 de noviembre de 1568 tomó posesión del virreinato D. Martín Enríquez de Almanza, quien, antes de pisar a Veracruz, hizo desalojar a unos piratas ingleses la isla de Sacrificios, de que se habían apoderado.

Para dar mayor seguridad a los viandantes del camino de Zacatecas, mandó establecer presidios, y en los sitios más peligrosos fundó los pueblos de Ojuelos, Portezuelo y San Felipe, saliendo después contra los *Huachichiles,* el año 1570.

En 1571 se estableció la Inquisición en Nueva España, habiendo llegado en ese mismo año D. Pedro Moya de Contreras con el cargo de inquisidor mayor, aunque ya en tiempos atrás los frailes también habían ejercido cargos de este tribunal.

Con tal carácter mandó quemar el Ilmo. Sr. D. Juan de Zumárraga, por un sacrificio humano hecho a sus antiguas deidades, a un nieto del Rey de Tezcoco, Nezahualpilli. En 25 de septiembre de 1572 llegaron a México los *jesuítas,* en número de 15, bajo las órdenes del P. Pedro Sánchez, no obstante que desde años atrás solicitó su venida el ilustrísimo Sr. Quiroga.

No bastando para las exigencias del culto la iglesia metropolitana, se proyectó la construcción de una más amplia, poniendo su primera piedra el arzobispo Moya y Contreras, el año 1573. Este señor, de inquisidor pasó a Arzobispo por fallecimiento del Sr. Montúfar, en el mismo año de 73.

Durante la primavera del de 1576 se desarrolló una horrible peste, a la que los indios llamaron *matlazahuatl,* y que por las descripciones que de ellas nos quedan parece fué una fiebre tifoidea.

Murieron infinidad de indios, sin que bastasen a contenerlos los hospitales que el Virrey y el Arzobispo establecieron y los auxilios que los particulares ricos y comunidades religiosas impartieron; se hizo ascender el número de víctimas a más de 2.000.000 de indios. A la peste siguió el hambre; y a ésta, en 1580, abundantísimas lluvias que inundaron la ciudad de México; y entonces fué cuando unidos el Virrey y el Ayuntamiento, dispusieron hacer un desagüe por el punto llamado Huehuetoca, proyecto que por entonces no se realizó, a causa quizá de haber sido promovido el Sr. Enríquez al virreinato del Perú.

El 4 de octubre de 1580 tomó posesión del gobierno de México D. Lorenzo Suárez de Mendoza, conde de la Coruña, hombre de edad avanzada, y que falleció el 19 de junio de 1583, señalándose como acontecimiento notable de su gobierno el establecimiento del *Tribunal del Consulado,* cuya misión era entenderse con las cosas de comercio, y extendía su jurisdicción a toda la Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Guatemala, Soconusco y Yucatán.

Como de costumbre, entró a gobernar la Audiencia, compuesta de D. Pedro Farfán, el licenciado Sánchez Paredes, D. Francisco de Sande y el Dr. Robles, ejerciendo desde 19 de junio de 1583 a 25 de septiembre de 1584, día en que tomó el mando el arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, que desde 1583 tenía el cargo de visitador. El nuevo Virrey se manifestó, a la par que enérgico, prudente, tomando grande empeño en reunir en poblaciones a los indios dispersos, idea de que prescindió atendiendo a razones de justicia que los frailes le expusieron.

Marca de un modo notable el gobierno de este gobernante, Arzobispo, Visitador y Virrey, la convocación del tercer Concilio provincial mexicano, que reunió en la capital de la Nueva España el año 1585.

Asistieron a él los Obispos de Guatemala, Michoacán, Tlaxcala, Yucatán, Nueva Galicia, Oaxaca, faltando solamente el de Filipinas, por su lejanía, y el de Chiapas, que en el camino se fracturó una pierna; ambos nombraron su representante.

Se clausuró esta reunión el 14 de septiembre de 1585, y casi a raíz de ello entró en la ciudad de México, el 18 de octubre del mismo año, D. Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique, nombrado Virrey de Nueva España, marchando a España el Arzobispo-Virrey, que había sido designado presidente del *Consejo de Indias.*



CAPÍTULO XIV

Los corsarios Drake y Cavendish. — La Audiencia de Nueva Galicia se subleva.—Don Luis de Velasco, el segundo. — Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo. — Muerte de Felipe II.—Felipe III.—Fin del siglo XVI. — Carácter de la época. — Hombres notables.—Razas y castas.—Don Juan de Mendoza y Luna. – El desagüe. — Inundación de la ciudad de México. — Don Luis de Velasco, el segundo. — Sublevación de los negros.—Islas Filipinas.—Fray García Guerra.—La Audiencia.

Agitado fué el corto período de gobierno de este Virrey, principalmente por las cuestiones de secularización de curatos desempeñados por los religiosos.

Los corsarios Francisco Drake y Thomas Cavendish cometieron algunas depredaciones en las costas del virreinato, y aun uno de éstos, Drake, apresó el galeón *Santa Ana,* que con rico cargamento venía de Filipinas: esto ocasionó profundo disgusto y fuertes censuras contra el Virrey.

Vino a aumentarse éste a causa de un ruidoso litigio que tuvo con la Audiencia de Guadalajara o Nueva Galicia, y que estuvo a punto de tener muy serias consecuencias.

Fué el motivo haberse casado D. Juan Núñez de Villavicencio con una hija de Juan de Lomas, residente en el distrito en que él ejercía su cargo, caso prohibido por la ley bajo pena de destitución de empleo. Quiso el Virrey ejecutar la pena, y la Audiencia de Guadalajara le negó jurisdicción, llegando el caso, después de agrias disputas, de que el Sr. de Villamanrique mandase una fuerza de 500 hombres sobre los Oidores rebeldes. La Audiencia en este trance se creyó con derecho a repeler la fuerza con la fuerza, alistando una sección de milicia para su defensa. Ambas milicias se encontraron en el pueblo de Analco, muy cerca de Guadalajara, y listos ya para el combate, se presentó el obispo D. Fr. Domingo de Arzola, vestido de pontifical,

con el Santísimo Sacramento en las manos y acompañado de su Cabildo, quien medió entre los combatientes, logrando evitar la lucha.

Elevó hasta el Rey sus quejas la Audiencia, logrando excitar fácilmente el desconfiado carácter de Felipe II, quien ordenó se presentase el Virrey de México en España a darle cuenta del suceso, y nombró desde luego el substituto, terminando en su cargo el 25 de Enero de 1590.

En la fecha antedicha tomó posesión del virreinato D. LUIS DE VELASCO, segundo de este nombre e hijo de uno de los anteriores virreyes, nacido en Carrión de los Condes (España), y no en la ciudad de México o Atzcapotzalco, como se ha escrito. Los más notables acontecimientos del período de su gobierno fueron: la apertura de obrajes o fábricas de tejidos de lana; la fundación de pueblos para contener las irrupciones de las tribus errantes, llamadas chichimecas, entre aquellos San Luis de la Paz; el establecimiento de colonias de indios Tlaxcaltecas en Jalisco, Guanajuato, Zacatecas y San Luis de Potosí; la reglamentación del tributo a los indios, consistente en pagar el peso que se les tenía asignado, dando siete reales y una gallina; y el haberse empeñado con el Ayuntamiento en que señalara un lugar para paseo público. Fué éste el que hasta hoy se llama Alameda, que para el efecto se plantó de un considerable número de álamos. Se trabajó también con actividad en la fortaleza de San Juan de Ulúa, bajo la dirección del ingeniero Bautista Antonelli. Concertó una expedición a Nuevo México con Juan de Oñate, firmándose las capitulaciones en 21 de octubre de 1595.

Gozando del favor y confianza del Rey a la vez que de la estimación de sus gobernados, fué promovido al virreinato del Perú, arreglando antes las cosas de Filipinas, tierras que desde entonces quedaron sujetas al virreinato de México. Cesó en el mando el 5 de noviembre de 1595.

Fué su sucesor D. GASPAR DE ZÚÑIGA Y ACEVEDO, conde de Monterrey, que entró en la capital de Nueva España en 5 de noviembre de 1595 y gobernó hasta 27 de octubre de 1603, por haber sido promovido al virreinato del Perú.

Tuvo especial empeño en cambiar todo lo que su antecesor tan sabiamente había establecido, ocasionando con esto no pocos males y disgustos.

Envió a Oñate a la proyectada expedición a Nuevo México;

Sebastián Vizcayno exploró toda la costa de California, dando el nombre de Monterrey a la bahía, en recuerdo del Virrey; este mismo nombre tomó también la capital del nuevo reino de León, que primero se llamó Nueva Extremadura.

Las continuas quejas que el Soberano español había recibido de los vecinos de Veracruz por la insalubridad del clima y sus condiciones antihigiénicas, hicieron que éste ordenara su traslación al sitio que hoy ocupa y de ejecutarlo se encargó el Virrey.

Los naturales de Topia, desesperados por los malos tratamientos que se les daba en las minas, acabaron por rebelarse, y sólo se pusieron en paz merced a la intervención del ilustrísimo Sr. D. Alonso de la Mota, Obispo de Guadalajara, que, en prendas de paz, les remitió su mitra y anillo pastoral.

A principios de 1599 se recibió en México la noticia de haber fallecido el rey Felipe II el año anterior y de haberse jurado como su sucesor al joven Felipe III; por ambas cosas hubo en la ciudad de



La oración del *Padrenuestro* en jeroglífico.

México y las principales del país solemnes honras fúnebres y después alegres festejos.

Clausuró su gobierno el Conde de Monterrey disponiendo y mandando una expedición al descubrimiento y conquista de la California el año 1602.

El siglo XVI fué para la colonia de Nueva España una época de transformación y lucha, en que se echaron los cimientos de su futura

vida social y política. Tanto bajo el aspecto social como moral, puede llamarse *época de conquista*, en que trabajaron, tanto los soldados sujetando naciones y conquistando tierras, como los frailes convirtiendo y doctrinando indios. La buena voluntad de éstos y la actividad de aquéllos dieron opimos y abundantes frutos. Son de admirar tanto al indio que adaptaba sus medios mnemónicos para retener las enseñanzas de los frailes, como éstos inventando métodos objetivos para adoctrinarlos.



Predicación a los indios ayudada de pinturas.

Las doctrinas cristianas en jeroglíficos y la enseñanza por medio de cuadros murales son la prueba de los esfuerzos de maestros y discípulos.

Entre los frailes doctrinarios más eminentes deben figurar el lego *Fr. Pedro de Gante,* introductor de las bellas artes; *Fr. Alonso de Molina,* maestro de la lengua mexicana; *Fr. Andrés de Olmos* y *Fr. Bernardino de Sahagún; Fr. Maturino Gilberti, Fr. Juan B. de Lagunas* y *Fr. Juan de Medina Plaza,* maestros de la lengua tarasca; *Fr. Juan de Córdoba,* eminente en el idioma zapoteco: *Fray Pedro de Alvarado,* gran lengua mixteca; *Fr. Melchor de Vargas,* consumado en el idioma othomí; *Fr. Luis de Villalpando,* gran conocedor de la lengua maya, y otros muchos que sería prolijo enumerar. Los estudios filosóficos reconocerán por su príncipe y maestro a *Fr. Alonso de la Veracruz,* y la teología a *Fr. Juan de Gaona* y *Fr. Jacobo Daciano.*



Fr. Andrés de Olmos.

La gaya ciencia y el arte del buen decir tuvieron sus dignos

representantes en *Bernardo de Balbuena, Cervantes Salazar, González de Eslava, Saavedra Guzmán, Francisco de Terrazas* y otros más. La arquitectura e ingeniería no se desdeñarán del humilde *Fr. Francisco Tembleque*, constructor del acueducto de Cempoalla.



Fr. Bernardino de Sahagún.
(Original en el Museo Nacional.)

Los benéficos resultados de la enseñanza de los frailes impartida a los indios, principalmente en la escuela del padre Gante y en el colegio de Tlatelolco, los vemos representados en *Hernando de Rivas, Juan Berardo, Diego Adriano, Juan Bautista de Contreras, Esteban Bravo, Pedro de Gante, Agustín de la Fuente, D. Antonio Valeriano,* gran latino, y otros más que por brevedad omito.

Médicos notables que vinieron a impartir sus cuidados y enseñanzas en la Nueva España son el *Dr. Bravo, López de Hinojosos, Farfán, Cárdenas* y el protomédico *Francisco Hernández,* que, comisionado por Felipe II, exploró la tierra y estudió sus producciones naturales, los remedios indígenas y las antigüedades, escribiendo una obra monumental, que pereció en el incendio del Escorial, el año 1671.

El bello arte de la pintura tuvo como primer maestro a *Rodrigo de Sifuentes,* que llegó a México el año 1523, dejando por discípulos notables a *Andrés de Concha* y *Baltasar de Echave,* el viejo, sobresaliendo también los indios *Marcos de Aquino,* el *Crespillo* y otros.

La sociedad y las leyes dividían y distinguían a la población de la colonia en *razas* y *castas,* enumerándose en las primeras a los *españoles, indios* y *negros* y resultando las segundas del *cruzamiento* de aquéllas, en esta forma: *criollo,* hijo de española nacido en México; *mestizo,* el que provenía de español e india; *mulato,* al de español y negra; *zambo,* al de negro e india; *tente en el aire,* los que, teniendo en su sangre mezcladas las tres primeras razas, se mantenían por enlaces sucesivos, a la misma distancia del tronco negro; *salto-atrás,* los que retrocedían al tronco dicho. Venían después los *coyotes, cuarterones, castizos, tercerones, moriscos,*

zambos, chinos, gíbaro, albarrazado, cambujo, y *no-te-entiendo.* Estas distinciones ocasionaban no pocos males en las administraciones civiles y eclesiásticas, y también conflictos sociales y domésticos.

Por ser punto importante de nuestra historia, detallaré un poco el establecimiento del tribunal de la Inquisición o *Santo Oficio* en la Nueva España.

Su verdadero principio adolece de cierta obscuridad: Fr. Martín de Valencia, que vino a México el año 1524, recibió de Fr. Pedro de Córdoba, dominico, la autorización de conocer *ad ínterim,* y con ciertas taxativas, cosas pertenecientes al Santo Oficio.

En 1526 llegó a México Fr. Tomás Ortiz con el nombramiento de comisario de la Inquisición, quedando en lugar de él cuando regresó a España, Fr. Domingo de Betanzos. En 1528 desempeñó este mismo cargo Fr. Vicente de Santa María, superior de los dominicos.

Parece que todos los prelados de las diversas Ordenes religiosas existentes en México se creían investidos con el cargo de inquisidores, pues ejercían actos anexos a él; sabemos que el P. Valencia y el agustino de la Coruña se daban título de inquisidores, llegando el primero hasta relajar y entregar al brazo secular a tres reos que fueron ejecutados.

Fray Juan de Zumárraga fué investido por el inquisidor general Manrique, el 27 de junio de 1535, con el título de inquisidor y amplias facultades, encargándole estableciese en México el tribunal del Santo Oficio.

Queda relatado atrás el uso que hizo de tal poder.

En 1543 fué nombrado inquisidor el visitador D. Francisco Tello de Sandoval, que llegó a México en 1544; en ese mismo año arribó el arzobispo Montúfar, quien se posesionó de este mismo cargo, aunque sin título, y quizá por su calidad de dominico y prelado secular. En 12 de septiembre del año 1571 se estableció en México el temible tribunal de la Inquisición, siendo el primer inquisidor el Dr. D. Pedro Moya de Contreras, por haber muerto el Lic. D. Juan de Cervantes que venía con tal nombramiento.

En toda la centuria XVI se celebraron en la ciudad de México *once autos públicos de fe,* siendo el primero el año 1574 y el undécimo en 1600.

El Ayuntamiento de la ciudad, con recursos suyos mandó construir *el quemadero* hacia el Poniente de la actual Alameda, frente a San Diego, el año 1596.

El 27 de octubre de 1603 tomó posesión del virreinato D. JUAN DE MENDOZA Y LUNA, marqués de Montes Claros, quien acometió dos grandes empresas de la mayor importancia para México, cuales fueron el desagüe de la ciudad y del valle y la construcción de un acueducto para proveer de agua potable a la capital de la colonia.

Consultado el primero en junta de propietarios, Ayuntamiento y Cabildo eclesiástico, personas notables y peritos, se resolvió hacer un reconocimiento del terreno y cálculo del importe de la obra. Pérez de Toledo y Pérez Rebelto, comisionados para ello, informaron ser necesario un canal de 25.000 varas de longitud por ocho de latitud, trabajando en él diariamente 15.000 indios durante seis meses, y su costo aproximado creían sería 468.487 pesos.

Consultado el licenciado Espinosa, fiscal de la Audiencia, se opuso a ello, alegando la pérdida de vidas que aquello ocasionaría y los males que para la agricultura e industrias sobrevendrían por falta de los brazos que ese trabajo absorbiera, y las órdenes especiales del Rey, que terminantemente decían que «más que todas las riquezas de Indias quería la conservación de un indio».

En vista de lo dicho, se prescindió de la empresa, y solamente ordenó el Virrey se reparasen y limpiaran los diques y canales ya existentes.

En 1604 se verificó otra inundación de la ciudad de México, y vistos los inconvenientes para efectuar el desagüe, se pensó trasladar la ciudad a Tacubaya; mas a ello se opusieron los cuantiosos intereses de los propietarios de fincas.

En el siguiente año se juró al Príncipe de Asturias, y llegó el visitador Diego de Landeros, que depuso y remitió a España a los oidores Azoca y Guerrero.

En 1606 se comenzaron los trabajos del acueducto para conducir las aguas de Chapultepec, obra que no tuvo el gusto de ver terminada su iniciador, pues fué removido al virreinato del Perú embarcándose en Acapulco el 2 de agosto de 1607.

El designado para sucederle fué D. LUIS DE VELASCO, el segundo, que ya antes había gobernado, y habiendo vuelto del Perú, vivía retirado en su encomienda de Atzcapotzalco. Tomó posesión de su encargo el 2 de julio de 1607, encontrándose con la amenaza de una seria inundación de la ciudad por el excesivo crecimiento de los lagos circunvecinos. Se volvió a tratar la cuestión del desagüe en

vista de lo poco útil de las obras hechas en los canales y diques, y después de reconocer personalmente el Virrey el lugar propuesto para ejecutar el canal, se decidió su ejecución.

En 28 de noviembre de 1607 se empezaron los trabajos, dando el primer golpe de azada el virrey Velasco, y quedaron encargados de la dirección de la obra el P. Juan Sánchez, de la Compañía de Jesús, y el célebre cosmógrafo Enrico Martín, o Martínez, francés de nación, empleándose en este trabajo 471.154 jornaleros.

Con gran aplauso de los vecinos todos de la colonia se recibió la noticia de que el Rey había hecho la merced al señor Velasco del título de *Marqués de Salinas*.

El bienestar y contento que bajo el paternal gobierno del anciano Virrey se disfrutaban, vino a turbarse a causa de la sublevación de los negros que trabajaban en las haciendas de la Tierra caliente, huyendo en masa a las selvas de los alrededores de Orizaba, y allí nombraron un rey o caudillo, llamado *Yanga,* y un general o jefe de armas, negro de Angola, nombrado Francisco de la Matosa. Salió en persecución de ellos el capitán Pedro González de Herrera con suficiente tropa, quien los derrotó e hizo se rindieran, fundando con el resto de ellos el pueblo de San Lorenzo de los Negros. El año 1611 envió Velasco una expedición en demanda de las llamadas *Islas Ricas,* confiando su dirección a Sebastián Vizcaíno, y con el carácter de embajador a Fr. Pedro Bautista. Llegaron al Japón sin tocar las Filipinas, y fueron muy bien recibidos; mas llegando a sospecharse su principal intento, cambió de ánimo el Emperador y les retiró sus favores, viéndose por esta causa bien apurados, sin recursos y faltos de víveres. Hubieran perecido todos los de la expedición a no ser por Mazamoney, rey de Ox, que mediante contrato les proporcionó un navío bien aparejado y provisto. Se hicieron en él a la vela, y después de sufrir graves tormentas desembarcaron en Zacatula el 20 de enero de 1614, sin resultado ninguno y aun con la contrariedad de no estar en el gobierno el Sr. Velasco, que había marchado a España el 10 de junio de 1611, a posesionarse del cargo de presidente del Consejo de Indias.

Entró a gobernar el Ilmo. Sr. D. Fr. García Guerra, arzobispo de México, el 19 de junio de 1611, permaneciendo con este carácter hasta el 22 de febrero de 1612, en que murió a consecuencia de un golpe. En su corto gobierno dió tan sólo un informe al Rey,

tocante a la obra del desagüe, y nada favorable, por cierto, al benemérito Enrico Martínez.

Del 22 de febrero al 28 de octubre de 1612 gobernó la Audiencia, que, como siempre, se hizo notable por actos de crueldad y poco seso.

Los temores de la conjuración de los negros, en vez de disminuir, aumentaron, al grado de correr, como cosa bien averiguada, que el Jueves Santo de aquel año debería estallar la insurrección. Temerosos los vecinos de México, se encerraron en sus casas y se suspendieron los oficios divinos y demás ceremonias.

Aconteció que en el silencio de la noche se introdujo en la ciudad una piara de cerdos, y el ruido que formaron se tomó por muchos como producido por los insurrectos.

No obstante el desengaño que se tuvo y de no haberse encontrado prueba ninguna de la pretendida conspiración, comenzó la Audiencia a poner presos a muchos desgraciados negros; y sin tener dato ninguno de que fuesen delincuentes, tan sólo por intimidar a los pobres africanos y devolver la tranquilidad a la ciudad, mandó ahorcar a 29 negros y cuatro negras, a quienes después se les cortaron las cabezas y fueron puestas en escarpias en la plaza principal.



CAPÍTULO XV

Don Diego Fernández de Córdoba.—Adrián Boot y Enrico Martínez.—Muerte de Felipe III. — D. Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel.—Felipe IV.—Imprudencias del Virrey e inundación de México.—El obispo D. Juan Pérez de la Serna.—Disgustos entre ambas autoridades.—Motín en México.—Gobierno de la Audiencia.—Informe de D. Martín Carrillo.—D. Rodrigo Pacheco y Osorio.—Corsarios holandeses.—Inundación de la ciudad de México.—D. Lope Díez de Armendáriz. —D. Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla.—Ilustrísimo D. Juan de Palafox y Mendoza.—Es nombrado virrey.—Cuestión con los jesuítas.

El 28 de octubre de 1612 se hizo cargo del virreinato D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar.

Los principales acontecimientos de su gobierno pueden reducirse a esto: vigilar y examinar todo lo correspondiente al desagüe, que pasó de manos de Enrico Martínez a las de Adrián Boot, que se contrató y trajo de Francia para ese objeto; la rebelión de los indios tepehuanes de Sinaloa y Durango en 16 de noviembre de 1616, en la que perecieron los jesuítas Tovar, Cisneros y Gutierréz, logrando sujetarlos al Gobernador de Nueva Vizcaya, D. Gaspar Alvear. A consecuencia de la falta de lluvias se perdieron los sembrados de maíz y otros, y sobrevino una gran carestía en el mismo año de 1616. Fundó



México y sus alrededores en 1618.

este Virrey el año 1613, en honor del Duque de Lerma, la ciudad que hoy conserva este nombre, y en 26 de abril de 1618 se erigió la villa de *Córdoba* para honrar el suyo. Tuvo también fin, bajo su gobierno, la construcción de la arquería que conduce el agua de Santa Fe a la caja repartidora de ella, importando esta obra más de 150.000 pesos.

Destinado al gobierno del Perú, salió de la ciudad de México el 14 de marzo de 1621, dejando encargada a la Audiencia del gobierno.

Durante el tiempo que administró ésta la colonia, murió el rey Felipe III.

En 12 de septiembre de 1621 se posesionó del virreinato D. DIEGO CARRILLO DE MENDOZA Y PIMENTEL, marqués de Gelves y conde de Priego, el que inició su gobierno haciendo la solemne jura de Felipe IV.

Sus dotes de gobernante enérgico y justiciero las dió a conocer persiguiendo a los malhechores que infestaban los caminos públicos y ejecutándolos en gran número, así como también poniéndose de parte de los pobres y de los débiles contra los abusos de los poderosos y de los ricos.

Tenía graves defectos de carácter, entre ellos el ser duro y arrebatado, lo que le condujo a ejecutar cosas reprensibles, y otras perjudiciales para él. Una de ellas fué juzgar inútiles las obras del desagüe, que mandó suspender, atreviéndose hasta ordenar se rompiese uno de los diques, con lo que bastó para que en la estación de lluvias, y principalmente por el mes de diciembre de 1622, se inundase la ciudad.

Esto le trajo gran descrédito, que, unido a la mala voluntad de todos aquellos en quienes puso su mano justiciera, le ocasionaron fuertes disgustos.

En 1623 subió mucho el precio de las semillas, poniéndose fuera del alcance de los pobres; y como sucediera que un amigo suyo, D. Pedro de Mejía, monopolizó los granos, se llegó a creer estaba en ese negocio en compañía con él, aumentándose así el disgusto en su contra y robusteciéndose las calumnias de sus émulos.

En circunstancias tan desfavorables para su persona, y sin contar con más fuerza para su respeto y defensa que el prestigio de su autoridad, ocurrió en los últimos días de noviembre de 1623 un suceso que produjo terrible motín.

Gobernaba la iglesia de México, cuando el Sr. Gelve ejercía la

autoridad de Virrey, el Ilmo. Sr. D. Juan Pérez de la Serna, quien poseía un carácter idéntico al del Marqués; la Audiencia se encontraba disgustada con el Arzobispo, y aun éste había sido amonestado por el Rey a causa de las quejas de aquélla; así fué que pronto el Virrey tuvo querellas de los enemigos del Arzobispo.

Quiso el de Gelves que aquello no pasase adelante, y con la mayor imprudencia y buena intención advirtió al Sr. Pérez de la Serna lo que de él se hablaba; de aquella confidencia hizo base de agravios el Arzobispo, que desde entonces se convirtió en su implacable enemigo.

Las cosas en tal estado, hubo necesidad de seguir un proceso contra D. Melchor Pérez de Varaiz, caballero del hábito de Santiago, que tenía por cárcel la habitación de un particular. Llegó el momento de ponerle en la cárcel pública o exigirle una fianza, cosas ambas que no convenían a Varaiz, y al ir a notificárselas, con espada en mano y seguido de algunos criados, atropelló a la justicia y se asiló en el convento de Santo Domingo.

A petición de los interesados, y para evitar que el preso se escapase, se le pusieron guardias dentro del mismo convento, y de este hecho tomó pretexto el Arzobispo para excomulgar a los jueces; quejáronse éstos a la Audiencia, y lograron les fuese levantada la censura, aunque exigiendo el Sr. de la Serna la remisión de los autos. Se le negaron éstos, y entonces mandó el Arzobispo a su notario que en la Audiencia misma le notificara al escribano Osorio se los remitiese, so pena de excomunión. Volvió éste a negarse, y se formó un escándalo en la Audiencia, por lo que el Virrey mandó poner preso al notario y llevado a San Juan de Uúla.

Emprendió entonces, ya sin reserva alguna, el Arzobispo la campaña contra el Virrey, excomulgándole. Apeló éste al Legado pontificio, que era el Obispo de Puebla, alegando no podía ser excomulgado por representar al Rey, y la censura se le levantó contra la voluntad del Sr. de la Serna. Siguió a esto una serie de escándalos por ambas partes, excediéndose, y con mucho, el Arzobispo, que fulminó un entredicho general, tañendo sin cesar las campanas de todas las iglesias. El jueves 11 de enero de 1624 se presentó el Sr. de la Serna a la Audiencia en demanda de justicia, y como no se resolviese en el sentido que él quería, manifestó que permanecería allí hasta conseguirlo; se le ordenó se retirase, y no lo hizo; reiteró la Audien-

cia su orden y como no obedeciese, mandó en el acto al capitán Diego de Armenteros que lo condujese preso a San Juan de Ulúa, para que de allí saliera desterrado del país.

Un verdadero tumulto de más de 6.000 personas siguió hasta Guadalupe la carroza del arzobispo, el que pernoctó en Teotihüacán, y en ese lugar permaneció hasta el día 14, lanzando excomuniones a diestro y siniestro.

Reiterada la orden de destierro y al ir los encargados de su custodia a sacarle de su alojamiento, que era el convento de franciscanos, le encontraron en la iglesia revestido de capa y con el Santísimo Sacramento en las manos. Por respeto al Sacramento no ejercieron violencia ninguna sobre él, y cada vez que se le amenazaba o querían acercársele, tomaba en sus manos una forma consagrada y ordenaba se retirasen. Esta escena se repitió durante varios días.

Reiteró desde allí el Arzobispo su excomunión contra el Virrey, y también el auto mandando poner en entredicho la ciudad.

En tanto que esto acontecía en Teotihuacán, en México seguía el desorden y efervescencia populares en aumento: temerosos los Oidores de lo que el pueblo hiciese, revocaron la orden de destierro del Arzobispo, y por esto el Virrey les puso presos.

Todos estos sucesos hicieron que el populacho, excitado por los enemigos del Virrey, se amotinara el 15 de enero y saliese gritando: ¡Viva Cristo! ¡Viva su Iglesia! ¡Muera el hereje! ¡Muera el excomulgado!

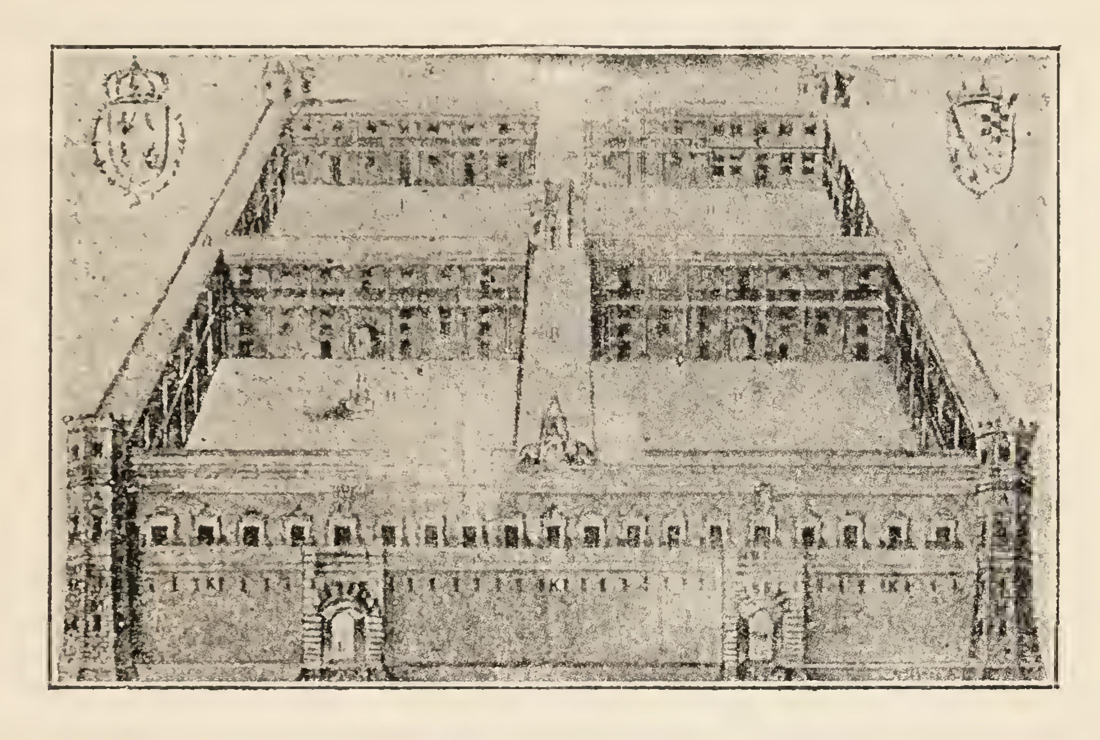
Quiso el Virrey calmar aquel motín con los pocos soldados de que disponía, y no logró más que empeorarlo, teniendo que izar uno de los soldados la bandera real en uno de los balcones de palacio, de donde un fraile, Salazar, la bajó y arrojó a la multitud.

Por más de cuatro veces ese mismo día se logró calmar a la plebe, y otras tantas los partidarios del Arzobispo volvieron a excitarla, hasta que a las cuatro de la tarde dieron sobre el palacio virreinal, prendiéndole fuego y atacándolo por varias partes.

Imposibilitado el Virrey de resistir a la muchedumbre, logró salir disfrazado y acogerse al convento de San Francisco. El Arzobispo, que estaba al tanto de todo y que tenía ya permiso de regresar a México, llegó a la ciudad entre once y doce de la noche del día citado.

Entró a gobernar la Audiencia desde las cinco de la tarde del día 15 de enero de 1624, y duró en el mando hasta el 3 de noviembre del mismo.

Sabido que fué en España lo acontecido en México, se mandó a que levantase una averiguación tocante a ello al inquisidor de



Palacio antiguo de los Virreyes de México en los siglos XVI y XVII, quemado en el motín del año 1624.

A. Los cubos de las esquinas.—B. Las azoteas.—C. La cárcel.—D. Patio de las audiencias.—E. Puertas de comunicación.—F. Patio de oficinas.—H. Patio principal del palacio.—I. La torre para la pólvora.—K. Las troneras de los entresuelos para la mosquetería.—L. Las puertas principales.—M. Las troneras para pedreros para defensa de los lienzos y cortinas.

Valladolid, D. Martín Carrillo, que entre lo que informa puntualiza tres verdades de gran trascendencia: primera, que el clero era el autor del tumulto; segunda, que si se averiguase la cosa a fondo, habría que castigar a la mayor parte de la población por ser culpable; tercera, que el odio a los españoles entre el pueblo había influído mucho en aquel desorden.

Dos años duró esta averiguación, y al cabo de ellos fueron condenados algunos de los principales culpables, y entre ellos el fraile Salazar, a trabajos forzados, y decapitados cuatro de los jefes del motín y depuestos dos Oidores. El Arzobispo fué reprendido severamente y depuesto del arzobispado, nombrándose en su lugar a D. Francisco de Manso y Zúñiga. Respecto al Virrey, fué aprobada su conducta, aunque sin permitirle volver a México.

En compañía del visitador Carrillo llegó a México el 3 de noviembre de 1624 el nuevo virrey D. Rodrigo Pacheco y Osorio,

marqués de Cerralvo, siendo ambos recibidos con gran regocijo, tras el que se ocultaba el temor.

Vino a calmar los ánimos y distraer la atención sobre los pasados acontecimientos la llegada de la escuadra holandesa, al mando del príncipe de Nassau, a Acapulco, adonde entraron sin encontrar resistencia, pues la guarnición del castillo de San Diego abandonó la plaza. Se preparaba el Virrey a combatirlos, cuando recibió la noticia de que habían dejado el puerto; el mismo año se presentó en ese lugar otra flota holandesa mandada por Spilberg, y a poco tiempo, Pedro Hein, de la misma nacionalidad, capturaba en el canal de Bahama unos 31 navíos que solamente en dinero llevaban 12 millones de pesos; todo ello a consecuencia de la guerra entre España y Holanda.

Tanto Enrico Martínez como el Ayuntamiento se quejaban del abandono en que se encontraban las obras del canal del desagüe y así lo representaron al Virrey, el que se contentó con mandar se practicase una visita para ver el estado de él. En 1627 se temió una inundación por haberse roto el dique del río de Cuautitlán y haber subido el agua dos palmos ($0^{m},419$) en algunas calles de la ciudad. Se dictaron entonces algunas providencias y se celebraron juntas de peritos, aunque sus resoluciones no se pusieron en práctica. En 1629 se comenzó a limpiar el túnel hecho por Enrico Martínez, y al terminar la obra, la boca de ese desagüe se encontró tapada, y llenándose el lago de Zumpango, se hizo inminente el peligro de inundarse la ciudad.

Se creyó culpable de ello a Enrico, que al momento fué preso y mandado encausar, resultando en esta averiguación sin ninguna culpabilidad. El 21 de septiembre del dicho año de 1629 fué puesto en libertad, y al día siguiente invadieron las aguas la ciudad, subiendo en algunas calles hasta dos metros. Ya se deja comprender los males que esto acarrearía, principalmente entre la clase desvalida, de la que murieron por hambre y a causa de los derrumbes de habitaciones, más de 30.000; siguió la inundación hasta el año 1631, emigrando mucha gente a la ciudad de Puebla.

Informado de todo lo acontecido el rey Felipe IV, ordenó se trasladase la ciudad al lugar llamado Sanctorum, entre Tacuba y Tacubaya; mas los vecinos se opusieron, alegando la pérdida tan grande por el abandono de los edificios.

Volvió a alterarse la paz entre el Virrey y las autoridades eclesiásticas a causa de la ejecución de la Real cédula que ordenaba la extinción de doctrinas de frailes, dando en esta vez el Virrey pruebas de gran cordura y obteniendo que el arzobispo Manso y Zúñiga fuese trasladado.

Para la seguridad del Gobierno ordenó se levantasen en México tres compañías de infantería, lo que fué muy mal recibido por los *criollos* de abolengo.

Bajo el gobierno de este Virrey se dió la orden de que los funcionarios de este cargo durasen solamente tres años en él, disposición ilusoria que se vulneraba según había más o menos valimiento en la corte: prueba de ello es que este Virrey duró once años a pesar de ella y de ser tan reciente.

El 16 de septiembre de 1635 le substituyó el Marqués de Cadereyta, D. LOPE DÍEZ DE ARMENDÁRIZ, que duró gobernando hasta 28 de agosto de 1640. Para contener los ataques de los piratas holandeses, que en 1633 llegaron hasta apoderarse de la ciudad de Campeche, mandó se reforzase la armada de Barlovento y se reparase el castillo de Ulúa; activó el laboreo de las minas; siguió la exploración de la California, y finalmente, fundó la villa de *Cadereyta*.

El 24 de junio del año 1640 desembarcaron en Veracruz el nuevo virrey D. DIEGO LÓPEZ PACHECO CABRERA Y BOBADILLA, duque de Escalona y marqués de Villena, y el *Ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza,* obispo de Puebla, visitador general de la Audiencia y encargado de ejecutar el juicio de residencia de los dos últimos virreyes. Procuró el Virrey auxiliar con dinero al Rey de España, y para este fin no se paró en medios, produciendo sus disposiciones atrasos en algunas industrias y el natural disgusto por ello. Ordenó se hiciese una exploración más en la California, en que iban bastantes jesuítas misioneros; reforzó la armada de Barlovento, y procedió, unido con el Sr. Palafox, a la extinción de las doctrinas. En su trato personal era el Virrey muy fastuoso y sin la prudencia que su delicado encargo requería, uniéndose a esto un carácter fogoso, entusiasta e irreflexivo.

Por el asunto de doctrinas, en el que el Sr. Palafox fué muy exigente, llegó a tener serios disgustos, acarreándose la animadversión del Visitador, que si bien tenía grandes dotes intelectuales y valer moral, poseía un carácter enérgico e inflexible en que para nada entraba la prudencia y sí mucho la impetuosidad.

Dados estos antecedentes acerca de los dos personajes que en la

colonia tenían la autoridad en sus manos, vino a reagravar la situación el haberse declarado la guerra entre Portugal y España el año 1640; y como el Virrey descendiese de familia portuguesa, fácilmente pudo el Sr. Palafox, según dicen algunos escritores, excitar sobre él la desconfianza del Rey de España. Sea lo que fuere de ello, el señor Palafox recibió el nombramiento de virrey, y sin notificarlo prudentemente al Sr. de Escalona, lo depuso el día 10 de junio de 1642, ejerciendo sobre sus bienes atropellos e injusticias. Después de permanecer el Virrey depuesto en Texmelucán unos tres meses, se embarcó para España, y allí consiguió sincerarse, al grado de ordenar el Rey su reposición en el gobierno de México, cargo que él no quiso aceptar, admitiendo mejor el de Sicilia.



Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza.

El 10 de junio de 1642 ocupó el cargo de virrey el Ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla, y lo ejerció hasta el 23 de Noviembre del mismo año. Dió, en el corto tiempo de su gobierno, bastantes pruebas de su carácter intolerante, haciendo reformas en todos los ramos del gobierno. Emprendió, tanto en el ramo administrativo como en el judicial y militar, muchos cambios; reorganizó la Universidad, reparó las fortalezas y tenía en proyecto otras cosas más, cuando llegó su sucesor el Conde de Salvatierra, cesando por ello en el gobierno el 23 de noviembre del mismo año 1642.

Aunque el Sr. Palafox fué nombrado arzobispo de México, nunca llegó a ejercerlo, y volvió a Puebla con su carácter de obispo de ese lugar. En él trabó una terrible cuestión con los jesuítas, extremándose por ambas partes las injusticias, desórdenes y escándalos que la Historia nos relata y que los cortos límites de esta obra nos impiden reproducir; creemos, sí, que escándalo mayor que éste no se ha dado en lo que fué colonia y hoy nación mexicana por personas que en su carácter y deberes estaban llamados a obrar de otra manera.



CAPÍTULO XVI

D. García Sarmiento de Sotomayor. — Representación del Ayuntamiento de México tocante a conventos y clérigos.—D. Guillén de Lampart.—D. Marcos de Torres y Rueda. — Gobierno de la Audiencia. — D. Luis Enríquez de Guzmán. — La monja alférez. — D. Francisco Fernández de la Cueva. — Dedicación de la catedral de México. — Intenta asesinarle Manuel de Ledesma. — D. Juan de Leyva y de la Cerda. — Lance desagradable entre su hijo y el Conde de Santiago. — D. Diego Osorio de Escobar y Llamas. — D. Antonio Sebastián de Toledo. — Muerte de Felipe IV. — D. Pedro Nuño Colón de Portugal. — D. Fr. Payo Enríquez de Ribera. —Se acuña por vez primera en México moneda de oro. — Carlos II *el Hechizado*.— El Duende de Palacio.

D. García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra y marqués de Sobroso, se posesionó del virreinato el 23 de noviembre de 1642, ocupándose desde luego en fundar establecimientos en la costa de California para proteger las naves de China.

Notable es el manifiesto que en 1644 hizo el Ayuntamiento de México al rey Felipe IV, tocante a que ya no se fundasen más conventos de monjas y de frailes en la colonia, pues los bienes que estos sujetos llevaban a los claustros eran la mitad de la propiedad del país, y así ésta pronto caería en poder de las comunidades religiosas; pedían también que suspendiese las ordenaciones, por haber más de 6.000 sacerdotes sin ocupación ninguna, y que se suprimiesen días de fiesta, pues que no había semana que no trajese dos días festivos, y con ello se daba pábulo a la ociosidad.

En 1645 volvió a inundarse México, y a los dos años fundó el Virrey el pueblo de *Salvatierra* en el ameno y rico valle de *Guatzindeo.*

Tocó a este Virrey presenciar el poco edificante disgusto entre Palafox y los jesuítas y al que ha poco nos referimos.

En el corto gobierno del anterior Virrey descubrió la Inquisición la conjuración tramada y dirigida por un irlandés llamado *D. Guillén de*

Lampart o *de Lombardo,* persona erudita, de buen origen y perfectamente educado. Era su propósito levantarse con el reino, hacerse rey de él y declararlo independiente.

A punto estuvo de empezar a realizar su proyecto, que, de seguro, bien manejado, habría dado resultados funestos para España. Logró fugarse de las cárceles secretas del Santo Oficio, y en vez de aprovechar su libertad para procurar la salida del país, se ocupó en pegar pasquines contra los inquisidores y el Arzobispo. Pocas semanas después fué reaprehendido y al fin quemado vivo el miércoles 19 de noviembre de 1659, en el auto de fe celebrado en esta fecha.

Promovido al virreinato del Perú el Conde de Salvatierra, dejó el gobierno el 13 de mayo de 1648, entrando a substituirlo en esa misma fecha el Ilmo. Sr. D. Marcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatán.

Duró este Prelado en el gobierno menos de un año, por haber fallecido el 22 de abril de 1649, habiéndose verificado en su época un solemne auto de fe el 11 de abril.

Moribundo aún el Virrey, se apoderó la Audiencia del gobierno, cometiendo desde luego atropellos, como fué el embargar los bienes del agonizante, dando como causa el que el Ilmo. Sr. dejaba el despacho de todos los negocios a su cuñado y secretario Juan de Salazar, y éste especulaba con nombramientos, justicia y demás, al grado de haber reunido en tan limitado tiempo más de 400.000 pesos.

Apeló su albacea de estos atropellos ante el Rey, el que revocó lo dispuesto por la Audiencia, y mandó reparar públicamente la fama del Arzobispo.

El 3 de julio de 1650 vino a quitar el poder a la Audiencia D. Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Aliste.

Inició su gobierno remitiendo fuertes cantidades de dinero al Monarca español, y tuvo que atender a sofocar la sublevación de los indios tarahumaras de Chihuahua, acaudillados por sus caciques Diego de Barrasa y Luis de Yaguanaque y Teporroca, quienes dieron muerte a varios misioneros jesuítas, siendo al cabo de dos años reducidos y ahorcados los jefes.

La península de Yucatán fué también teatro de acontecimientos desagradables, a consecuencia de la falta de maíz, dando por resultado final el asesinato del Gobernador, Conde de Peñalva, la noche del 1.º de agosto del año 1652.

En 1650 murió en Cuitaxtla la célebre *monja alférez,* DOÑA CATALINA DE ERAZU, que se ocupaba en ejercer el oficio de la arriería.

La historia de esta extraordinaria mujer es, brevemente referida, como sigue: nació en San Sebastián de Guipúzcoa, descendiendo de familia distinguida y acomodada, el 10 de febrero de 1585; a los cuatro años de edad entró en el convento de San Sebastián el Antiguo, y allí permaneció en clase de novicia, pues no llegó a profesar, hasta los quince de edad:. a causa de una disputa con una monja o connovicia huyó del convento, viviendo algunos años en la península Ibérica, sirviendo de paje, arriero y dependiente, hasta que se embarcó para el Perú. Tuvo allí una pendencia, en que hirió a dos hombres, y fué castigada por la justicia; pasó después a Lima, sentó plaza de soldado, y sin saberlo, mató en desafío al alférez de su cuerpo, Miguel de Erazu, que era su hermano. En el asalto de Valdivia peleó con gran valentía contra los indios, y obtuvo el grado de alférez. Por su carácter pendenciero tuvo que emigrar a varias partes, perseguida por la justicia.



La Monja Alférez.
(Del cuadro pintado por Pacheco el año 1630.)

En el Perú ocasionó un grande escándalo en una casa de juego, en donde fué mal herida, y al fin la justicia, con quien tenía cuentas pendientes de bastante gravedad, logró aprehenderla, no sin haber hecho ésta frente a los alguaciles, matando a uno e hiriendo a varios.

Fué condenada a muerte, y entonces descubrió el secreto de su sexo, y gracias a ello, sus servicios militares y la protección del Obispo de Cuzco, volvió a España con traje de monja. Desembarcó en Cádiz, fué a Sevilla y causó gran curiosidad, visitando luego al Rey y después al Papa, que le permitió usar el traje de hombre.

El Monarca español le señaló una pensión de 500 pesos anuales sobre las cajas reales de Manila, México o Perú.

Regresó a México cuando gobernaba el Marqués de Cerralvo (1624-35), y se dedicó a ejercer la arriería, en cuyo ejercicio sucumbió en el año y lugar atrás apuntado.

Terminados los tres años de gobierno, pasó el Conde de Alba de Aliste al Perú, entregando el poder el día 15 de agosto de 1653 a don FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA, duque de Alburquerque y grande de España.

Atendió éste al buen gobierno y seguridad de las vías públicas, que estaban infestadas de malhechores; auxilió, por orden del Rey, a los habitantes de Jamaica, sorprendida por los ingleses, y a los de San Agustín de la Florida. Celebró el natalicio de Felipe Próspero con gran magnificencia, e inclinó al Ayuntamiento de México a que, so pretexto de mantillas, hiciese al recién nacido un donativo de 250.000 pesos anuales, por espacio de quince años.

El primero de febrero de 1656 se dedicó la catedral de México, aun no concluída, y en su capilla de la Virgen de la Soledad estuvo a punto de morir asesinado: fué el caso que el 12 de marzo de 1660, después de haber visitado las obras del templo, se retiró el Virrey a orar a la capilla dicha, como lo tenía de costumbre, y allí fué acometido por el joven Manuel de Ledesma y Robles, con la espada desenvainada, dándole un cintarazo. Pudo, merced a esto, salir ileso, y el agresor, que de seguro estaba loco, después de un corto proceso fué ahorcado.

Procuró el Duque de Alburquerque durante su gobierno honrar y proteger a los literatos y hombres de ciencia, haciendo de su palacio una verdadera academia.

A principios del año 1660 fundó la villa de *Alburquerque* en Nuevo México, y el 16 de septiembre del mismo año dejó el virreinato y regresó a España.

D. Juan de Leyva y de la Cerda, conde de Baños y marqués de Leyva y de Ladrada, gobernó de 16 de Septiembre de 1660 a 29 de junio de 1664, en que se volvió a la Península.

Pocos días después de su llegada a México, y encontrándose en Chapultepec D. Pedro, su hijo mayor, habló en términos inconvenientes de los nacidos en la colonia, y le fué a la mano el Conde de Santiago, persona distinguida y altamente apreciada en la ciudad. Consecuencia de ese altercado fué que el hijo del Virrey saliese una noche armado y con sus criados, dirigiéndose a la casa del Conde de Santiago, y al bajar éste prevenido para el lance que se esperaba, al abrir la puerta uno de sus criados, fué muerto de un pistoletazo que le disparó D. Pedro, creyendo era el Sr. Altamirano. Cargó éste sobre el agresor infame, logrando ponerlo en fuga, y aunque el hecho fué sabido por todos, quedó sin castigo.

A esta alevosía, que trajo sobre el Virrey la mala voluntad de todos los criollos, se unía la conducta liviana de la Virreina y las especulaciones que con los destinos públicos hacía.

En ese tiempo ocurrió una sublevación de los indios de Tehuantepec, a causa de las extorsiones de su alcalde mayor D. Juan Arellano, que llegó a tener bastante importancia, siendo al fin sofocada, merced a la intervención del ilustrísimo Sr. D. Alonso de Cuevas Dávalos, obispo de Antequera. El carácter altanero del Virrey y las insoportables pretensiones de su familia hicieron que chocara con el Obispo D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, principalmente a causa de las exequias de D. Francisco Castrejón, persona altamente estimada en México, y a quien el Virrey había procesado.

En febrero de 1663 desembarcaron los ingleses en Yucatán, y de allí fueron lanzados por el capitán Maldonado, cuando ya el Virrey se disponía a partir en persona a auxiliar la Península.

Por cuantas maneras pudo hostilizó al Obispo, obligándole a retirarse a San Ángel, temoroso de un atentado contra su persona. Llegó la audacia de este gobernante hasta haber interceptado por seis veces las cédulas en que nombraban virrey al Obispo, siguiendo en el gobierno cual si lo ignorase.

Pudo al fin llegar a manos del Ilmo. Sr. Escobar y Llamas una de ellas, y acatada por la Audiencia, cesó el Conde de Baños en el mando, y al retirarse de Palacio fué silbado y apedreado por la plebe.

Estando en España murió su esposa, ingresando él a poco tiempo en un convento de religiosos del Carmen, donde profesó y cantó su primera misa el 27 de octubre de 1676.

D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, electo arzobispo de México, asumió el mando de la colonia el 29 de junio de 1664, y permaneció en él hasta el 16 de octubre del mismo. No obstante su corto gobierno, dictó disposiciones benéficas, como fué la de ordenar se entregasen todas las cartas que venían a México dirigidas a particulares y que de años atrás se revisaban, y según parecía conveniente se mandaban o no a sus dueños.

Acudió con buenos auxilios para la isla de Cuba, y se empeñó en dotar convenientemente a la armada de Barlovento.

Renunció la mitra de México, que recayó en D. Alonso de Cuevas Dávalos, obispo de Oaxaca, que fué el primer criollo que iba a ceñirla, pues murió antes de recibir las Bulas.

Le sucedió en el virreinato D. Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, que hizo su entrada solemne en la ciudad de México el 15 de octubre de 1664, quedando el Sr. Osorio como

gobernador del arzobispado hasta el 15 de noviembre, en que tomó posesión el Sr. Cuevas y Dávalos, restituyéndose aquél a su obispado de Puebla.

Tuvo desde luego el Virrey que atender a la defensa de las costas por estar el mar infestado de piratas, siendo el más temible de ellos el famoso Juan Morgán.

A principios del año 1666 llegó la noticia de haber muerto Felipe IV, quedando su esposa como gobernadora de la Monarquía durante la menor edad de su hijo Carlos II. La muerte y jura de ambos monarcas fué celebrada con magnificencia. La poca experiencia de la Reina gobernadora, las intrigas del P. Nithard y la predilección por D. Fernando de Valenzuela trajeron serios desequilibrios en la corte y complicaciones financieras en la Nueva España, pues tenía que atender a los constantes pedidos de dinero para España y a las necesidades de la colonia.

Se opuso con todas sus fuerzas el señor de Mancera a la contrata que hizo la Reina para el tráfico de negros en Nueva España; mandó otra exploración a la California al mando de D. Francisco de Lucenilla y Torres, y atendió con gran caridad a los pobres, que sufrieron mucho por la pérdida de las cosechas el año 1673.

El 3 de febrero de 1668 se hizo nueva dedicación de la catedral, y se celebró un auto de fe, siendo también notable acontecimiento la erupción del Popocatepetl acaecida el año 1665.

Cansado el Virrey de luchar con las exigencias y desaciertos de la Corte, renunció el virreinato, saliendo para España el día 2 de abril de 1674, habiendo tenido la desgracia de perder en Tepeaca a su esposa D.ª Leonor de Carreto.

En 8 de diciembre del año 1673 entró a gobernar D. Pedro Nuño Colón de Portugal, duque de Veragua y descendiente del ilustre Cristóbal Colón, persona muy recomendable por sus buenos sentimientos. Procuró desde luego aliviar la mísera condición de los indios, mandando bajar el precio a las semillas. Como existía guerra entre España y Francia, ordenó se defendiesen las costas y los puertos, iniciando antes prudentes medidas en los días que permaneció en Veracruz.

Viejo y achacoso era el Virrey, y las fatigas del viaje aumentaron sus dolencias al grado de que, a los cinco días de estar en el gobierno, murió a las cinco de la mañana del 13 del mes y año citados.

Se le hicieron suntuosas honras fúnebres en la catedral, y su cadáver fué más tarde transportado a España.

El pliego de mortaja, que guardaba el inquisidor D. Juan de Ortega, se abrió luego en presencia de la Audiencia, y en él venía nombrado el ILMO. SR. D. FR. PAYO ENRÍQUEZ DE RIBERA, arzobispo de México, que en el acto tomó posesión.

En el período de su gobierno se acuñó por vez primera moneda de oro en la Casa de Moneda de México (1675), y en 25 de noviembre de ese mismo año entró a gobernar el reino de España Carlos II, llamado *el Hechizado*. Procuró el Virrey el embellecimiento de la ciudad y el arreglo del santuario de la Virgen de Guadalupe, teniendo el dolor de presenciar el terrible incendio de la iglesia de San Agustín, que ardió durante tres días.

El saqueo de Campeche por los piratas ingleses, efectuado el año 1680; la sublevación de los indios de Nuevo México en el mismo año, y la de algunas tribus indias de Chihuahua, afligieron bastante al buen Virrey-Arzobispo.

En 1678 llegó a México el favorito de la reina madre, D. Fernando de Valenzuela, alias *el Duende de Palacio,* de paso para su destierro en Filipinas; a su regreso quedó viviendo en esta ciudad y falleció el 7 de enero de 1692.

Cansado el Sr. Payo de Ribera con las molestias del gobierno, renunció el empleo, y en 1680 se le promovió a la presidencia del Consejo de Indias y al obispado de Cuenca; pero al pisar las playas hispanas renunció ambas cosas, retirándose al monasterio del Risco, donde acabó sus días el 8 de abril de 1684.



CAPÍTULO XVII

D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragón. — El pirata Lorencillo. — El visitador Marqués de San Vicente, alias *el Tapado*. — El pirata Dampier. — Los jesuítas Kino y Salvatierra. — D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega. — D. Gaspar de la Cerda Silva y Mendoza. — Motín en México. — Salva los libros de cabildo D. Carlos de Sigüenza y Góngora. — Sor Juana Inés de la Cruz. - D. Juan Ortega y Montañés. — Motín de los estudiantes. — Muerte de la reina María Ana de Austria.

Substituyó en el virreinato al anterior D. Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de la Laguna, que tomó posesión el 30 de noviembre de 1680.

Penoso y lleno de contrariedades fué su gobierno, iniciándolo con saber la pérdida del Nuevo México, la insurrección de Tehuantepec y, lo que fué más grave, la toma de la ciudad de Veracruz por el pirata Nicolás Agramont, conducido por el mulato Lorenzo Jácome, alias *Lorencillo*. El lunes 17 de mayo de 1683 se avistaron dos navíos de alto bordo por barlovento, y como a dos leguas del puerto; se creyó serían pertenecientes a la flota que se estaba esperando, y fué por ese motivo de gusto su presencia.

La noche de ese mismo día desembarcaron los piratas, y a las cuatro de la mañana del siguiente se precipitaron sobre las habitaciones, haciendo descargas de armas de fuego y matando sin compasión a cuantos encontraban a su paso.

Forzadas todas las puertas de las habitaciones, obligaron a los vecinos a que, medio desnudos, marchasen a la iglesia, que convirtieron en prisión, al grado que ya a las seis de la mañana había 6.000 personas hacinadas en ella.

Dueños los piratas de la ciudad la saquearon a su completo antojo, llevándose los caudales y joyas que estaban depositadas esperando la llegada de la flota.

Pronto el calor y el hambre empezó a hacer víctimas entre los prisioneros, y esto, unido al terror que a cada momento les infundían los piratas diciéndoles les iban a volar con pólvora, aumentó el número de muertos. Las mujeres que eran del gusto de los piratas eran extraídas de la iglesia y en ellas saciaban sus brutales pasiones los bandidos; muchos de los más ricos de la ciudad sufrieron tormentos de sangre y fuego para obligarles a decir dónde encerraban sus tesoros.

Cinco días permanecieron aquellas infelices gentes reducidas en la iglesia, saliendo cargados los ladrones de un rico botín el sábado 22, llevando consigo a personas principales del puerto, por quienes exigieron cuantiosos rescates, abandonándoles luego después de haber recibido 140.000 pesos en la desierta isla de Sacrificios. Murieron más de 300 personas, se perdieron cerca de cuatro millones de pesos y se llevaron consigo, entre negros, mulatos y niños esclavos, 3.000 personas.

La noticia de tan espantosa catástrofe no llegó a México hasta el día 21, y al punto el Virrey mandó al Conde de Santiago y al mayorazgo de Urrutia de Vergara, al frente de casi 3.000 hombres, contra los piratas, aunque inútilmente, pues ya ellos, que pasaban de 1.000 personas, se habían marchado.

El Virrey salió a Veracruz el 17 de julio, y procesó al Gobernador de la plaza, condenándole a la pena capital, de que apeló y fué remitido a España.

A pocos días llegó la flota de Zaldívar, que alcanzó a ver los navíos de los piratas en la isla de Sacrificios, mas no pudo perseguirlos.

Por este tiempo se presentó en México, con el carácter de visitador, D. Antonio Benavides, marqués de San Vicente, que fué recibido con grandes muestras de respeto y estimación; mas al llegar a Puebla se le redujo a prisión por orden de la Audiencia y fué conducido preso a la ciudad de México el 4 de junio en la noche.

Se le siguió un misterioso proceso, y después de un año de prisión, el 10 de julio de 1684 fué condenado a muerte y ejecutado el 14 del mismo.

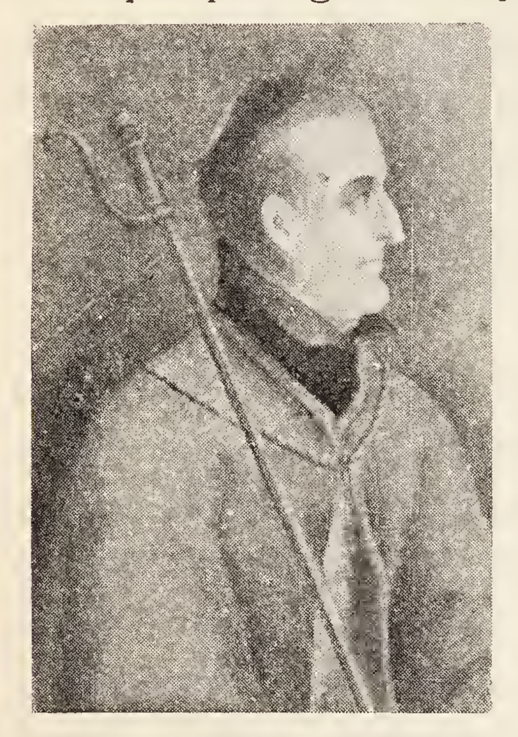
Ahorcáronle y le cortaron la cabeza y las manos; una se clavó en la horca, y la otra, con la cabeza, se mandó a Puebla. En los momentos de su ejecución acaeció un eclipse total de sol que espantó a toda

la muchedumbre que presenciaba su muerte, dejando desierta la plaza Mayor.

Nada se supo respecto a la causa de la muerte de ese sujeto, a quien el vulgo llamó *el Tapado*.

Los piratas siguieron cometiendo depredaciones en las costas; y así vemos a Guillermo de Dampier desembarcar en Acapulco, de donde fué rechazado; a Lorencillo apoderarse de Campeche en 1685, y el puerto de Tampico fué también visitado por ellos.

De 1686 data el proyecto de construir la muralla de Campeche, idea que protegió el Rey decretando impuesto de medio real por cada fanega de sal que del puerto se exportase, dándose principio a la obra con 15.500 pesos reunidos por suscripción entre los vecinos de la ciudad.


P. Juan María de Salvatierra.

Ordenó el Conde de Paredes se hiciese otra expedicíón más a California, que salió al mando de D. Isidro Otondo y con ella los celébres jesuítas Kino y Salvatierra, aunque sin dar los resultados apetecidos.

El 16 de noviembre de 1686 dejó este Virrey el gobierno y regresó a España.

Le sucedió D. MELCHOR PORTOCARRERO LASO DE LA VEGA, conde de Monclova, conocido con el sobrenombre de *Brazo de Plata* o *Brazo de Hierro,* porque tenía de metal el derecho, que había perdido en una batalla. Atendió desde luego a investigar si era exacto se había establecido una colonia de franceses en las costas del seno mexicano, enviando para ello varias expediciones; procuró igualmente la reconquista del Nuevo México y también la de la California, tocándole la sublevación de los indios *tábaris* en Sonora, y de los *conchos* y *tarahumares* de Chihuahua.

Para beneficio de la ciudad de México construyó una cañería que llevaba el agua de Chapultepec al Salto del Agua, prosiguió la obra del desagüe y fundó en Coahuila una ciudad que en su honor se llamó *Monclova.*

Dejó el gobierno a 20 de noviembre de 1688, pasando al virreinato del Perú.

Le substituyó D. GASPAR DE LA CERDA SILVA Y MENDOZA, conde de Galve, que entró a gobernar el día 29 de noviembre de 1688. Desde luego se ocupó en la reconquista, tantas veces intentada y otras tantas fracasada, del Nuevo México, haciendo varias entradas las tropas españolas, ya al mando de D. Pedro Girón, ya al de D. Diego Vargas Zapata, ocupándose en ella desde 1690 hasta 1696.

En 1698 se volvieron a explorar las costas del golfo, buscando siempre la colonia francesa, y llevó la expedición por jefe a D. Alonso León, encontrándose con que los indios habían dado muerte a los colonos. Siguió la exploración, y entonces se fundó la colonia de Texas, trabajando en ello con gran empeño el P. Damián Masanet.

Para tener a salvo de la invasión de los franceses la costa de la Florida, se fundó un fuerte en Panzacola y nombró para ello virrey a D. Andrés de Paz, que, unido al célebre cosmógrafo D. Carlos de Sigüenza y Góngora, ejecutaron lo mandado. Es digna de señalarse también la misión del P. Eusebio Kino en la Pimeria Alta, y la expulsión de los piratas ingleses de la laguna de Términos. Se puso el Virrey al frente de la armada de Barlovento y desembarcó en la isla de Santo Domingo, de la que se habían apoderado los franceses, y a pesar de su resolución fueron derrotados e incendiado el puerto de Guarico. Esta jornada se llamó de «La Limonada».

En 1691 se perdieron por completo en México las cosechas, ocasionando tal desastre los efectos consiguientes.

Ciertas medidas que tomó el Virrey para saber la existencia de semillas ocultas, se creyeron eran para monopolizarlas; exasperada la plebe por ello, se armó un motín el día 8 de junio de 1692, llevando el cadáver de una india que se dijo que un mulato había matado a palos a consecuencia de un altercado sobre el precio del maíz. Recurrieron al Virrey y al Arzobispo, que no les dieron audiencia, antes sí las tropas cargaron sobre la muchedumbre, pretendiendo se dispersaran. Todo ello hizo que, exasperados los ánimos, comenzaran los amotinados a tirar piedras sobre el palacio, prendiéndole fuego. Ardieron, entre otras, las casas de Cabildo, y los archivos comenzaban a prenderse, cuando D. Carlos de Sigüenza y Góngora llegó a aquel lugar, acompañado de algunos amigos, y con ellos y con gente, a la que pagó generosamente, pudo conseguir, trayendo escaleras, llegar al piso superior del edificio, romper las

puertas de los balcones y salvar por allí gran parte del Archivo y, sobre todo, los libros capitulares.

Cesó todo a las nueve de la noche, quedando tranquilo y sin resultados mayores, pagando sí muchos con la vida aquella asonada.

El ejemplo de México fué imitado en las provincias, pues que Tlaxcala y Guadalajara tuvieron motines semejantes.

Mal aspecto tomaban los negocios de la colonia, y era inminente una sublevación general, que vino a calmarse con las abundantes cosechas del subsecuente año. El 23 de agosto de 1691 ocurrió un eclipse total de sol, a las nueve de la mañana, al grado de verse las estrellas, y eso ocasionó una espantosa alarma. Pasó también a mejor vida el 17 de abril de 1695 la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo, nacida en San Miguel Nepantla el 12 de noviembre de 1651, del matrimonio de D. Manuel de Asbaje y de doña Isabel Ramírez de Cantillana.



Sor Juana Inés de la Cruz

Dotada de prodigioso talento y viva imaginación, aprendió a leer a los tres años de edad, y a los siete componía versos y loas al Santísimo Sacramento. Con una cara hechicera y atractivo irresistible, lució mucho en la corte mexicana como dama de D.ª Leonor de Carreto, mujer del Virrey marqués de Mancera. Causas desconocidas la hacen encerrarse en un claustro y profesa de monja en el convento de San Jerónimo el 24 de febrero de 1669.

Su inteligencia, su instrucción y sus versos le merecieron el nombre de «Décima musa», volando su fama por el orbe y siendo citada por sus contemporáneos como un asombro de la Naturaleza.

Tanto las ciencias sagradas como las profanas le eran familiares, y a su muerte los más insignes literatos honraron su memoria dedicándole los elogios fúnebres más encomiásticos.

Tan azoroso Gobierno disgustó mucho al Conde de Galve, que lo

renunció, y después de haber insistido mucho, logró que se le nombrase sucesor en el Ilmo. Sr. D. Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, quien no aceptó. Se abrió por la Audiencia el pliego respectivo y reservado para estos casos, encontrándose designado para el virreinato el Obispo de Michoacán.

El Ilmo. Sr. D. Juan de Ortega y Montañés, obispo de Michoacán, entró a gobernar el 27 de febrero de 1696 y duró hasta el 2 de febrero de 1697.

En marzo de 1696 hubo un motín en la plaza Mayor, ocasionado por unos estudiantes, siendo quemada la picota. Alarma grande causó aquel desorden, pues estaba fresca la memoria del tumulto de 1692. La escasez de víveres continuó, y con ella los temores de una sublevación general.

Aumentaron las zozobras con la noticia de haber aparecido en el mar de las Antillas una poderosa escuadra francesa, que estaba en acecho de la flota de Nueva España, que pudo salvarse de caer en sus manos.

El 6 de octubre de 1696 llegó la noticia de la muerte de la reina D.ª María Ana de Austria, a la que se le celebraron suntuosas exequias en la catedral de México el 24 de noviembre.

Concedió permiso el Obispo-Virrey a los jesuítas para emprender la reducción de la California, y en su tiempo comenzó a prepararse aquella empresa, que no llegó a ver realizada por haber dejado el mando en la fecha antes apuntada.

CAPÍTULO XVIII

D. José Sarmiento Valladares.— Inundación de la ciudad de México.— Canonización de San Juan de Dios.—Muerte de Carlos II *el Hechizado*.—Felipe V.— Fin del siglo XVII.—Carácter de la época. -Hombres notables.—Desarrollo del comercio e industria. — Gachupines y criollos.— La Inquisición.— D. Juan Ortega y Montañés.—Navíos franceses en Veracruz.—Flota de D. Manuel de Velasco.—Su lamentable fin. — D. Francisco Fernández de la Cueva Enríquez.— El tribunal de la Acordada.— Cambio de indumentaria en la colonia. — D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva.— Fray Antonio de Jesús Margil.— Peste en México.— D. Baltasar de Zúñiga.—Sumisión del Nayarit.—Incendio del coliseo. -D. Juan de Acuña. —Expedición contra Walix o Belice.—Abdicación de Felipe V.—Luis I.—Muere de viruelas.—Primer periódico de México. -Segundo periódico de México.

D. JOSÉ SARMIENTO VALLADARES, conde de Motecuhzoma y Tula, casado con la cuarta nieta del Emperador de México de ese nombre, entró a gobernar la colonia el 2 de febrero de 1697, y duró en ello hasta el 4 de noviembre de 1701, en que regresó a España.

Notables acontecimientos en su época fueron: un tumulto acaecido en 12 de mayo de 1697 por falta y carestía de semillas, y la erupción del Popocatepetl, verificada siete meses después.

A consecuencia de recias lluvias sufrió la ciudad de México una inundación, y padecieron con ella mucho las gentes del pueblo.

Reedificado el palacio virreinal en su mayor parte, fué a habitarlo el Virrey el 25 de mayo de 1699.

La canonización de San Juan de Dios, efectuada al terminarse el siglo XVII, dió origen a suntuosas fiestas en la ciudad de México, y también a un lance desagradable, que mucho se comentó: volvía el Sr. Conde de Motecuhzoma de los toros, a la vez que el Conde de Santiago; éste no esperó a que pasara el coche de los pajes del Virrey, sino que atravesó luego que hubo pasado el gobernante. Notó éste lo acontecido, y se siguió un altercado, en que salieron a

relucir las espadas, y el Conde de Santiago fué desterrado a San Agustín de las Cuevas.

Favoreció este Virrey la empresa del P. Salvatierra, relativa a la conquista de la California, dándose las licencias necesarias y algunos auxilios para ello. Fué entonces cuando se descubrió que aquella región era una península y no una isla, compartiendo la gloria de tal descubrimiento los Padres Kino y Salvatierra, pues ambos lo hicieron el año 1701.

Activó la persecución contra los bandoleros de camino real, hizo abundantes provisiones de granos en la alhóndiga de México y reforzó la armada de Barlovento.

Comenzaba el siglo XVIII cuando por 6 de marzo de 1701 llegó correo de Veracruz a México, anunciando la muerte de Carlos II *el Hechizado*, que por falta de sucesión dejaba la corona al Duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, bajo el nombre de Felipe V de España.

Se pregonaron los lutos y se hicieron el 16 de marzo suntuosísimas honras fúnebres en la catedral y en todos los conventos de la ciudad.

La jura del nuevo monarca tuvo lugar el 4 de abril del mismo año, con gran pompa, entregando a pocos meses el gobierno a su sucesor.

Si al siglo XVI le hemos llamado el de *la conquista*, al XVII creemos deberá imponérsele el nombre de el de *la civilización*. En él se acabó de cimentar la administración pública, se crearon establecimientos de instrucción tan notables como la Universidad, y llegaron a su apogeo las órdenes religiosas, sobresaliendo entre ellas los jesuítas. La imprenta ensanchó sus horizontes, y la vemos establecida en Puebla entre 1639 a 1640, por vez primera, y al terminar la centuria, cuando menos, doce establecimientos de este género trabajaban allí.

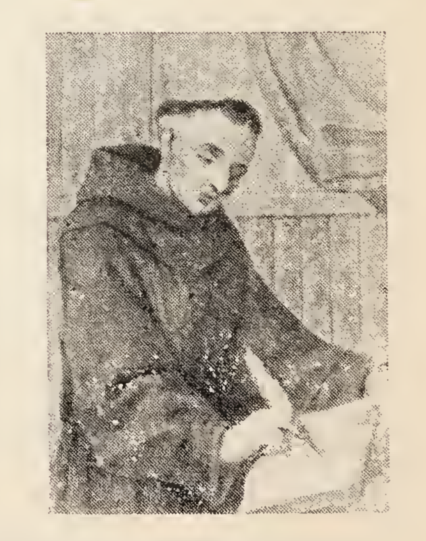
La religión impartió sus benéficos auxilios a todas las clases de la sociedad, fundando hospitales, escuelas y colegios a la vez que los obispos regularizaron su clero, ayudando todos a la obra de la civilización. El Poder real y la autoridad episcopal más de una vez se encontraron de frente, faltando en ésta la prudencia, tan necesaria para su prestigio, y cuyos pésimos resultados le veremos sufrir en la próxima centuria.

El adelanto de las ciencias fué notable, y puede decirse que fué el *siglo de oro* de las ciencias en México.

El doctor Diego de Cisneros, médico y naturalista; D. Carlos de Sigüenza y Góngora, astrónomo, matemático, anticuario e historiador; Fr. Antonio de la Ascensión, Fray Jerónimo de Zárate Salmerón, el P. Eusebio Kino, el P. Fr. Juan María de Salvatierra, exploradores y viajeros; Fr. Juan de Torquemada, Fr. Juan González de la Puente, Fray Diego de Basalenque, Fr. Francisco Burgoa, Fr. Juan Grijalva, el padre Francisco de Florencia, Fr. Agustín de Vetancurt, Fr. Alonso de la Rea y otros que sería prolijo enumerar, sacan la palma como historiadores y cronistas; D. Juan Cano y Aguiar y Acuña ilustraron el foro; el P. Juan de Tovar, el púlpito; la poesía sor Juana Inés de la Cruz y D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza; Fr. Juan de Valencia, autor del poema *Theresiada,* escrito en versos latinos retrógr ados; Pedro López de Avilés, Gaspar de Villagrá, Eusebio Vela, Juan Ortiz de Torres, Jerónimo Becerra, Alonso Ramírez Vargas y Agustín Salazar y Torres se distinguieron como autores dramáticos, los hermanos Juárez, Baltasar de Echave, el viejo, Sebastián de Arteaga y Juan Herrera *el Divino,* fueron gloria de la pintura.



Dr. Carlos de Sigüenza y Góngora



Fr. Juan de Torquemada

El comercio y la minería sufrieron mucho con los ataques de los piratas, resintiéndose también la agricultura por los muy seguidos malos temporales, siendo igualmente causa de su poco adelanto y desarrollo el estar las mejores haciendas en manos de las comunidades religiosas.

La ganadería se desarrolló espontáneamente y en sumo grado perdiendo con la falta de cuidado todas las cualidades de raza y degenerando de un modo lastimoso.

Ningún dinero bastaba para contentar las exigencias del Poder real, y de aquí provenían contribuciones y gabelas que arruinaban las industrias y el comercio.

El Santo Oficio, aunque no ejerció su misión con el encarnizamiento que en la madre España, no dejó de hacer sus víctimas, principalmente entre judíos y protestantes que, no en poco número de los primeros, existían en México. Con el transcurso de los años había aumentado su poder, y fijó su residencia en el edificio de la actual Escuela de Medicina, que los hermanos Guerrero habían donado a los dominicos y éstos cedieron al Santo Oficio al posesionarse de su convento nuevo.



Fray Diego de Basalenque.
(71 años.)

El número de *autos de fe* públicos y solemnes, efectuados en la centuria XVII, tanto generales como particulares, fueron como 33.

El odio entre criollos y europeos se había aumentado mucho, teniéndose ambos gran desconfianza y antipatía mal disimuladas; los primeros llamaban *gachupines* a los segundos.

Fr. Alonso La Rea.
(67 años.)

Ni los claustros estaban exentos de esos odios de raza, pues cuando se estableció la alternativa en el gobierno de las provincias entre nativos y europeos, si el superior era de aquéllos cerraba el noviciado para éstos, y viceversa.

El año 1697 abrigó México al ilustrado viajero italiano Gemelli Careri.

Substituyó al Sr. Sarmiento Valladares el ILMO. SR. D. JUAN ORTEGA MONTAÑÉS, a la sazón arzobispo de México, entrando al gobierno por segunda vez el 4 de noviembre de 1701.

Corto fué el tiempo de su mando, pero lleno de inquietudes y

zozobras, por temerse las invasiones de ingleses y holandeses en los puertos, y las sublevaciones de los pocos partidarios que el Archiduque de Austria tenía en Nueva España. Austria, Holanda e Inglaterra se habían coligado contra España y Francia, a fin de evitar la coronación de Felipe V. Como se supiese en España que una armada de navíos ingleses y holandeses se dirigía sobre Veracruz, dispuso Luis XIV, para auxiliar a su nieto, que dos escuadras francesas saliesen a fortificar a Veracruz y dar auxilio en lo que fuese necesario.


Ruiz de Alarcón y Mendoza
(Poeta, año 1650.)

En 26 de diciembre de 1701 llegaron a Veracruz tres navíos franceses con órdenes de que la flota de Velasco fuese unida a la escuadra del Conde de Coctiglion, que debería servirle de resguardo hasta Cádiz. La escuadra francesa se acuarteló en la Habana, y desde allí dijo al Virrey que estaba esperando la flota para convoyarla.


Dr. G. F. Gemelli Careri.
(48 años.)

Se dividió la opinión entre si debería o no confiarse a la armada francesa el convoy de Nueva España, y entretanto nadie se movió de Veracruz.

A principios de mayo de 1703 llegó al puerto *Château-Regnaud* con sus navíos de guerra, y en 12 de junio se dió a la vela la flota de D. Manuel de Velasco, embarcándose en ella el ex Virrey, y llevando más de 50 millones de pesos en dinero y valores.

Los marinos ingleses y holandeses, que tuvieron noticia de la salida de esa flota, se situaron en su acecho cerca del puerto de Cádiz, y sabido esto por Velasco, detuvo el convoy en el puerto de Vigo, en Galicia, adonde llegó el 22 de septiembre.

Se quiso hacer allí la descarga, pero el comercio de Cádiz se opuso, entablando pleito tocante a ello.

Supo entretanto la flota enemiga el lugar donde se encontraba el rico convoy español, y allá se dirigió, llegando a Vigo el 22 de octubre. Sin pérdida de tiempo desembarcaron parte de su tropa y se

inició un sangriento combate en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor, venciendo al fin la flota aliada, que era superior en número. Las naves españolas y francesas se perdieron casi todas, porque las que no cayeron en poder del enemigo se destruyeron por el fuego; todo el dinero que conducían hizo Velasco que fuese arrojado al mar, prefiriendo se perdiese a que cayera en manos de los aliados; más de 2.000 personas de ambas partes perecieron en la refriega.

De lamentables consecuencias fué este fracaso, debido a la poca prudencia del Gobierno, provocando en la colonia conflictos y dificultades que el arruinado comercio e industria decadente pagaban las más veces.

El 6 de octubre de 1702 llegó a Veracruz el nuevo virrey D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA ENRÍQUEZ, duque de Alburquerque, segundo de este título, quien tomó posesión en 27 de noviembre del mismo año, día en que terminó el mando el Ilmo. Señor Ortega Montañés.

Atendió desde luego a la defensa de las costas, a la persecución de los piratas, a la fortificación de los puertos y a la pacificación de las Californias, auxiliando a los beneméritos padres Ugarte, Salvatierra y Kino.

No sin gran repugnancia del clero tomó para el Gobierno la décima parte de sus rentas el año 1703. Para contener las invasiones de los indios rebeldes de Tamaulipas se fundó en 1701 la villa de San Mateo del Pilón, hoy Montemorelos. En 1709 se dedicó la iglesia Colegiata de Guadalupe, y en 1710 se estableció el Tribunal de la Acordada, destinado a perseguir a los bandoleros.

En 1711 falleció el P. Francisco Eusebio Kino, uno de los apóstoles de la California.

Fué dicho Virrey muy dado al lujo y a la ostentación, dando ese mal ejemplo a sus gobernados; se debe a él haberse cambiado los usos indumentarios de la antigua España y la adopción de la moda francesa.

Difícil fué el gobierno del Duque de Alburquerque, y pudo salir avante gracias a su energía, adunada a un bello carácter.

El 15 de enero de 1711 entregó el mando a su sucesor D. FERNANDO DE ALENCASTRE NOROÑA Y SILVA, duque de Linares y marqués de Valdefuentes. Encontró éste la colonia en gran decadencia

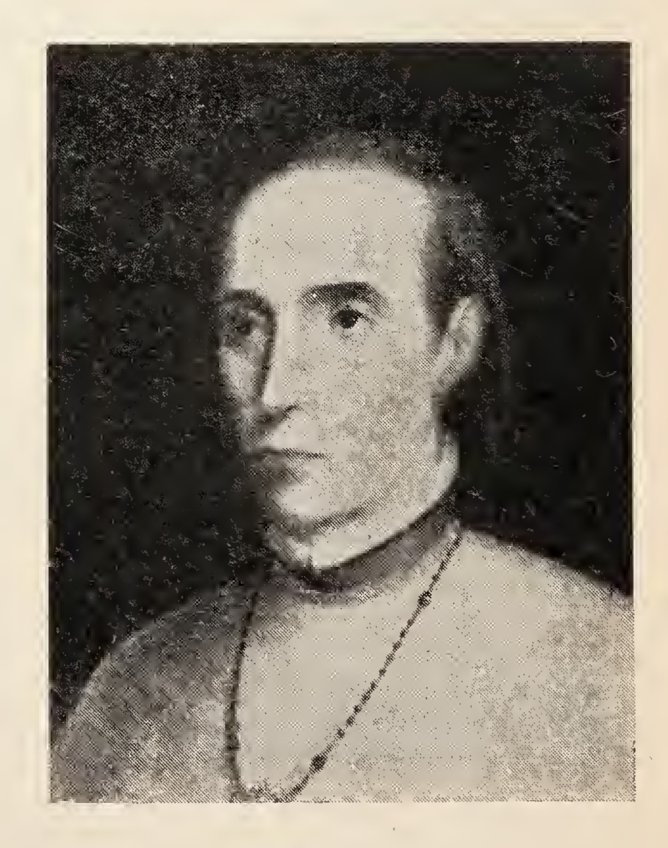
moral y material, como él mismo lo dice en las *Instrucciones* a su sucesor, invadiendo la corrupción y libertinaje no solamente al pueblo sino hasta los santuarios de Dios y los de la Ley.

Fr. Antonio de Jesús Margil

En el Nayarit, insurreccionado, se hicieron inútiles esfuerzos para la pacificación por los religiosos *De propaganda fide*, bajo la dirección del venerable Fray Antonio de Jesús Margil.

El 16 de agosto de 1711 tuvo lugar un terremoto en la ciudad de México, que derribó muchos edificios, inutilizó otros, siendo el movimiento de la tierra tan fuerte que las campanas se tocaron solas.

En 1714 hubo gran escasez de víveres, que trajo como inseparable e imprescindible compañera la peste. El Virrey proveyó en cuanto pudo a las necesidades del pueblo, dando ejemplo de noble caridad.



Dr. Juan Ignacio María de Castorena y Ursúa.

En su honor se dió el nombre de *San Felipe de Linares* a una colonia fundada en Nuevo León.

Terminó su gobierno el 16 de agosto de 1716 y continuó residiendo en México, donde falleció el 3 de agosto de 1717.

Le sucedió D. BALTASAR DE ZÚÑIGA, marqués de Valero y duque de Arión, que desembarcó en Veracruz en julio de 1716 e hizo su entrada solemne en México el 16 de agosto del mismo.

Los más notables acontecimientos de su gobierno fueron la sumisión de los indios del Nayarit, erupciones del Popocatepetl, la fundación del convento de *Corpus Christi* para indias caciques, el incen-

dio del teatro de la ciudad de México, con la notable coincidencia de haber sucedido después de la representación del drama *Ruina e incendio de Jerusalén,* y cuando se iba a representar otro titulado *Aquí fué Troya.*

Num. 1.

GACETA DE MEXICO

Y noticias de Nueva España, que ſe imprimirán cada mes, y comiençan deſde primero de Henero de 1722.

LA Nobiliſsima Mexico, cabeza de la Nueva-Eſpaña, y coraçõ de la America, celebró los dos Siglos cumplidos de ſu Conquiſta el dia de el glorioſo Martyr S. Hipolyto ſu Patron à 13. de Agoſto de el año paſſado, con feſtivas demonſtraciones de luminarias, maſcaras, y colgaduras, y con paſſeo la viſpera, y dia, montados a cavallo, el Exc. Señor Virrey, Real Audiencia, Tribunales, Ciudad, y Cavalleria: Sacó el Eſtandarte Real el Conde de el Valle de Orizaba ſu Regidor; ſe ſolemnizó por tres dias, y el dia 15. de la Aſſumpcion de N. Señora Titular de eſta Santa Igleſia Metropolitana, q̃ coronó ſu hermoſo Templo de Gallardetes, luzes, y con los mas ricos Ornamentos colocó en ſu Altar Mayor la Belliſsima Imagen de Oro de la Reyna de los Angeles; Predicó de Pontifical vna Eloquentiſsima Oracion Panegyrica Moral el Illmo. y Rmo. Señor M. D. Fr. Joſeph Lanciego, y Eguilaz ſu Arçobiſpo. La feliz duracion de eſta Corte eſtrena ſu tercer Siglo, con el qual comiença à dar a las prenſas ſus memorias dignas de mayor manifeſtacion, apuntadas en eſtas *Gazetas*, pues imprimirlas es politica tan racional, como authorizada de todas las Cortes de la Europa, dando à la Eſtampa las noticias que ocurren en el breve tiempo de ſiete dias, por el diſtrito, capaz de ſus dominios; Difuſſa eſta coſtumbre ha llegado haſta la Imperial Lima, Corte celebre del Perú, y practicando eſta plauſible diligencia, imprime cada mes ſus acaecimientos; y no ſiendo menos la Muy Illuſtre Mexico, Corona de eſtos Reynos, comiença à plantear eſta politica con las licencias de el Exmo. Señor Marqués de Valero, haziendo con eſto mas memorables los aciertos de ſu govierno, è introduciendo para lo venidero eſte vrbano eſtylo, que hechaban menos los Curiales de Mexico, para mayor authoridad de ſu Ciudad, y conocimiento de ſu grandeza. No carece de vtilidad, pues à mas de el general motivo de las Gacetas, ſiendo eſtas vna fideliſsima Relacion de lo que acaece en eſtas dilatadas Regiones, puede ſin trabajo qualquier diſcreto, con la diligencia de juntarlas, formar vnos Anales en lo futuro, en que ſin el cuydado de examinarlos, logre el aplauſo de eſcrevirlos, y los correſpondientes, el de complacer à los que de la Europa piden noticias de la America, para enriquezer con novedad ſus Hiſtorias. No tengo eſcrupulo de que ſe me fiſcalizen algunas individualidades, que ſi por viſtas en eſta Ciudad continuamente, no ſon novedad a los preſentes, ſerán admiracion à los que las oyen diſtantes, y credito de Mexico en todo el Vniverſo.

Es coſtumbre de Madrid poner cada Corte ſeparada, y por eſſo ſe pone aqui en la Ciudad dividida, en las que ſon Capitales de Obiſpados, Provincias, y Pueſtos, para q̃ con eſta diſtincion ſe lean, con mayor commodidad.

Mexico Henero de 1722.

EL dia primero, aſsiſtió ſu Exc. à la Caſſa Profeſſa de la Sagrada Compañia de JESVS, donde en memoria de ſu nombre, celebra la de la Circumciſion. El Aviſo

[illegible]

En 1718 expulsaron a los ingleses de la isla de Tris, hoy del Carmen, replegándose a Belice y Jamaica, de donde regresaron con buen número de tropas sobre la isla de que habían sido desalojados.

El gobernador de ella, don Alonso Felipe de Andrade, despreciando las amenazas y superioridad numérica del enemigo, los combatió con brío, logrando derrotarlos y ponerlos en fuga, aunque pereció en el combate tan valiente y abnegado jefe.

El 15 de octubre de 1722 entregó este Virrey el mando a su sucesor, y regresó a España.

COMPENDIO
DE NOTICIAS MEXICANAS
CON INDICE GENERAL DE TODAS,
EN LA IMPRESSION
DE LAS GAZETAS DE MEXICO,
QUE A IMITACION DE LAS CORTES
DE LA EUROPA
SE IMPRIMEN CADA MES;
Y ESTAS CORRESPONDEN
deſde el año de 1728. 729. y 730.
PARA QUE
Con mas facilidad, y certidumbre, puedan formarſe las Chronicas, è Hiſtorias de todas las Provincias de eſte Reyno.
SU AUTHOR
D. JUAN FRANCISCO SAHAGUM DE Arevalo, Ladron de Guevara.
DEDICADAS
AL ILL.mo Sr. Dr. D. JUAN ANTONIO DE VIZARRON, Y EGUIARRETA, Arzediano de la Santa Igleſia Patriarchal Metropolitana de Sevilla, Sumiller de Cortina de ſu Mageſtad, de ſu Conſejo, Digniſsimo Arzobiſpo de Mexico, &c.

D. JUAN DE ACUÑA, marqués de Casafuerte, natural de Lima, tomó posesión del gobierno, que le entregó el anterior Virrey el día 15 de octubre de 1722, y permaneció al frente de él hasta el 16 de marzo de 1734, en que falleció.

Los acontecimientos militares más notables de su gobierno fueron: la expedición contra la colonia inglesa de Walix o Belice, y su completa destrucción, llevada a cabo por el mariscal D. Antonio de Figueroa, gobernador de Yucatán, y las expediciones a Texas bajo la orden del Marqués de San Miguel de Aguayo.

Felipe V abdicó la corona en su hijo Luis I el año 1724, y su jura

en México se hizo con gran solemnidad, así como sus exequias, a causa de haber muerto de viruelas el 13 de agosto del mismo año y después de seis meses de reinado.

Un gran acontecimiento literario fué la publicación en México del primer periódico regularizado, hecha por el Sr. Dr. D. Juan Ignacio María de Castorena y Ursúa, chantre de la catedral de México y después obispo de Yucatán.

Comenzó la publicación el año 1722 en el mes de enero, y continuó con regularidad hasta junio, en que se suspendió; se le llamó primero *Gaceta de México* y desde el número 4 en adelante se le añadió *y Florilegio Historial*, etc.

Acerbas e injustas críticas de los zoilos envidiosos, algunas de las cuales existen manuscritas en nuestro poder, desanimaron al Sr. Castorena, que dejó tal empresa. En 1728 volvió a aparecer esta interesante publicación periódica en manos del presbítero D. Juan Francisco Sahagún de Arévalo Ladrón de Guevara, dando a la luz pública el primer número en el mes de enero; duró con vida esta obra hasta fines de noviembre de 1739, y fué substituído por otro periódico del mismo autor intitulado *Mercurio de México*, que perduró hasta septiembre de 1742.

Fabricó el Marqués de Casafuerte la Casa de Moneda, la de la Aduana, y mejoró notablemente la Alameda y la calzada de San Cristóbal, mandando ejecutar otras mejoras materiales de trascendental importancia.

Queda consignada la fecha de su muerte, y su inhumación tuvo lugar en la iglesia de San Cosme.



CAPÍTULO XIX

D. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta. — Colegio de Medicina. — Matlazahuatl. — D. Pedro de Castro y Figueroa.—Gobierno de la Audiencia.—D. Pedro Cebrián y Agustín. — D. Lorenzo Boturini Benaduci. — Conquista de Sierra Gorda. — Don Francisco de Güemes y Horcasitas. — Muerte de Felipe V. — Fernando VI. — D. Agustín de Ahumada y Villalón.—Gobierno de la Audiencia.—D. Francisco Cagigal de la Vega. — D. Joaquín de Montserrat. —Jura de Carlos III.— Toma de la Habana. — Primer ejército de Nueva España. — El visitador D. José de Gálvez. — D. Carlos Francisco de Croix. — Ingresos y egresos de la colonia. — Extinción de los jesuítas.—Trastornos a causa de ello.

El pliego de mortaja designaba en caso de accidente, como virrey, al Ilmo. Sr. D. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, arzobispo de México, quien entró a gobernar el 16 de mayo de 1734.

En 1735 pretendieron los médicos existentes entonces en la ciudad de México fundar un Colegio de Medicina, y comisionaron para que arreglase todo lo conducente a ello al Dr. D. José Mercado; solicitó éste del Rey tal permiso, mas habiendo pedido su parecer a la Universidad, ésta no estuvo conforme, y se denegó la licencia.

El Marqués del Valle y después Duque de Monteleone, descendiente de Cortés, se adhirió a los alemanes en el reino de Nápoles, por cuyo motivo recibió el Sr. Vizarrón la orden de confiscar sus bienes.

Los desórdenes y atentados contra la propiedad llegaron a ser insufribles y escandalosos, al grado de haberse intentado robar las cajas reales que estaban dentro de palacio.

A fines de 1736 se desarrolló en los obrajes de Tacuba una terrible epidemia a la que se llamó *Matlazahuatl* y que cundió con una rapidez espantosa por todo el país; de ella solamente en la ciudad de México murieron 50.000 personas. Por esta causa se declaró a la Virgen de Guadalupe patrona del país contra la peste.

Los indios de las misiones de Sonora y California se sublevaron, poniendo en peligro de perderse todo lo ganado, encargando el Virrey su reducción al Gobernador de Sinaloa.

Construyó el palacio de Tacubaya, y entregó el mando de la Nueva España a D. PEDRO DE CASTRO Y FIGUEROA, duque de la Conquista y marqués de Gracia Real, el día 17 de agosto de 1740.

En el transcurso de su viaje por mar fué perseguido por dos buques ingleses, y apenas pudo salvarse en una balandra, abandonando su equipaje valuado en más de 100.000 pesos, y con él todos sus papeles, razón por la cual se presentó en México sin documentos que lo acreditaran como virrey.

Con motivo del ataque de que fué víctima, creyó conveniente estar preparado, y con ese fin mandó fortificar el castillo de San Juan de Ulúa, resguardo del puerto de Veracruz.

Quiso presenciar los trabajos emprendidos al efecto, y estando en dicha ciudad enfermó y murió el día 22 de agosto de 1741.

Tocante a la causa de su muerte hay dos versiones: unos dicen que fué a consecuencia de la fiebre amarilla que le atacó, y otros a causa del inmenso disgusto que le produjo una carta que le dirigió Felipe V reprendiéndole por haberse ocupado de preferencia, al asaltarle los ingleses, de salvar un perrillo faldero, abandonando los documentos de importancia que traía consigo.

No existiendo pliego de mortaja, entró a gobernar la Audiencia, presidida por D. Pedro Malo de Villavicencio, que se ocupó con preferencia en que se vigilasen las costas y se fortificara el puerto de Acapulco, pues se temía intentara en él un desembarco el almirante Anson, que andaba a caza de los galeones de Filipinas.

El 3 de noviembre de 1742 tomó las riendas del gobierno de la colonia D. PEDRO CEBRIÁN Y AGUSTÍN, conde de Fuenclara, que desde luego tuvo que conocer el proceso instruído al célebre caballero italiano *D. Lorenzo Boturini Benaduci,* que había venido a México y con fin piadoso recogía documentos referentes a la historia del país, naciéndole después la idea de colectar fondos para hacer una corona a Nuestra Señora de Guadalupe, y ofrecerla con las ritualidades de estilo como a imagen insigne en milagros.

Algunos actos no muy meditados de este señor suscitaron la suspicacia del Virrey, y entonces se descubrió que no tenía permiso del Consejo de Indias para visitar y permanecer en la tierra, y que al

Breve pontificio que para su piadosa empresa había alcanzado le faltaba *el pase* de aquel Consejo, por todo lo cual se le puso preso y se embargaron sus papeles y preciosidades históricas que en gran número y con indecibles afanes había coleccionado.

La pérdida que con semejante procedimiento tuvo la historia nacional es incalculable y será un eterno padrón de infamia para tal Virrey y tal Gobierno.

El 20 de junio de 1743 el almirante Anson se apoderó del galeón *Nuestra Señora de Covadonga*, que salió de Acapulco con rumbo a Manila, causando gran perjuicio a los comerciantes y llevándose más de dos millones y medio de pesos y 300 prisioneros de todas clases.

El coronel D. José de Escandón emprendió el año 1744 la conquista de la *Sierra Gorda*, fundando las colonias del *Nuevo Santander*, en Tamaulipas.

El Virrey se dedicó a procurar el envío de gruesas sumas de dinero a España, afanándose también por embellecer la ciudad de México, pues hizo empedrar algunas calles, componer la calzada de San Antonio y reparar el acueducto del Salto del Agua. Cansado de bregar con abusos y malas costumbres, y no obstante habérsele aumentado el sueldo hasta 40.000 pesos anuales, renunció el virreinato, que entregó el 9 de julio de 1746.

Con esta fecha tomó posesión del mando colonial D. FRANCISCO DE GÜEMES Y HORCASITAS, conde de Revillagigedo.

Coincidió su toma de posesión con la muerte del rey Felipe V, que en su largo período de gobierno estuvo siempre acosado por sangrientas guerras que estorbaron el progreso de España y debilitaron y atrasaron a la colonia.

La jura de su sucesor Fernando VI se efectuó en México el año 1747, con las solemnidades acostumbradas.

Tuvo que luchar con las exigencias de la Corte de España, insaciable en pedir dinero, y con la carestía y hambre que se presentaron en algunas provincias, particularmente en Zacatecas. Encargó la conquista de Tamaulipas a D. José de Escandón, que tan buenas cuentas dió con la de Sierra Gorda, y procuró contener los avances de los franceses por la provincia de Texas, y de los ingleses por Belice.

Uno de los mayores empeños de Revillagigedo fué el arreglo de la Real Hacienda, y mucho consiguió en ello a pesar de las trabas que le ponía la Audiencia.

El 13 de mayo de 1752 se verificó un eclipse de sol, después una erupción del volcán de Colima, y finalmente el incendio de la iglesia de Santa Clara, en México.

Llevando un cuantioso caudal se marchó a España este Virrey, el día 10 de noviembre de 1755.

En ese mismo día entró a sucederle en el gobierno D. AGUSTÍN DE AHUMADA Y VILLALÓN, marqués de las Amarillas, quien siguió los pasos de su antecesor, dedicándose con empeño a mejorar la Hacienda pública.

En su época ocurrió el interesantísimo fenómeno geológico de la formación del volcán de *Xorullo*, en 1758, en terrenos de Michoacán y en medio de una fértil planicie.

El Marqués de las Amarillas gobernó la Nueva España hasta el 5 de febrero de 1760, en que falleció de una apoplejía cerebral.

Entró a gobernar la Audiencia, presidida por D. Francisco Antonio de Chavarria, mientras llegaba el designado en el pliego de mortaja, que a la sazón residía en la Habana con el cargo de gobernador de ella.

D. FRANCISCO CAJIGAL DE LA VEGA, gobernador de la Habana, tomó posesión del virreinato el día 28 de abril de 1760, y lo dejó el 6 de octubre del mismo año.

D. JOAQUÍN DE MONTSERRAT, marqués de Cruilles, fué el sucesor, y tomó posesión del gobierno, que el anterior le entregó en Otumba, el 6 de octubre de 1760.

Al siguiente año hizo la solemne jura de Carlos III, que ascendió al trono español por muerte de su medio hermano Fernando VI, acaecida en Madrid el 10 de agosto de 1759.

El 13 de agosto de 1762, y a consecuencia de la guerra entre España e Inglaterra, la Habana fué tomada por sorpresa, y esto produjo gran alarma en México.

Con toda premura hizo el Virrey se reforzaran las defensas del castillo de Ulúa y del puerto de Veracruz, levantando a la vez cuerpos militares y fabricando armas y municiones de guerra.

El resultado de ese movimiento fué la formación del primer ejército que tuvo la Nueva España. Firmada la paz entre España e Inglaterra en 1763, creyó el Virrey deberían subsistir las compañías militares que había levantado, y para este fin pidió al Rey autorización, armamento y buenos oficiales. Accediendo a su solicitud, desembarcó en

Veracruz el 1.º de noviembre de 1765 el teniente D. Juan de Villalba, con cinco mariscales de campo, muchos oficiales y 2.000 soldados walones y suizos.

Se inició luego el arreglo de un verdadero ejército nacional, entrando unos por grado y otros por fuerza a servir en las filas.

Llegó en 1761 el visitador *D. José de Gálvez,* persona dotada de gran actividad, talento, buen juicio y energía, armado de poderes omnímodos y con autoridad independiente de la del Virrey.

Procedió inmediatamente que tocó las playas mexicanas contra todos los que no marchaban por la senda del deber, y dedicándose con tesón y empeño al cuidado de la organización de la colonia, no dejó ramo ni oficina que no examinara, modificara y arreglara según lo creyó conveniente, dedicando atención especial al *estanco de tabacos* y a *las alcabalas.*

El Virrey no pudo tolerar eso, y comenzó a hostilizar al Visitador, siendo causa esto, y las medidas de justicia que aquél dictaba, de frecuentes alborotos y motines en los pueblos, que el de Gálvez reprimió y castigó con severidad.

Informado de todo el Rey, vió la necesidad de substituir con otra persona más apropiada, para que aquellas reformas prosperaran, al Marqués de Cruilles, y recayó el nombramiento en D. CARLOS FRANCISCO DE CROIX, marqués de Croix, que recibió en Otumba el gobierno a 23 de agosto de 1766.

De este virrey escribió uno de sus contemporáneos este honroso juicio: «Desde luego se echó de ver la integridad de que era adornado, pues no se pudo conseguir que aun recibiera aquellos regalos que se hacían a los virreyes recién llegados. Este modo de proceder tan desinteresado mantuvo por el tiempo de su gobernación.»

Los ingresos y egresos de la Administración colonial estaban arreglados, y entonces consistían en lo siguiente:

INGRESOS ANUALES

Ramo de estanco de tabacos	$ 5.000.000
Pólvora	380.000
Naipes.	120.000
Nieve	40.000
Asiento de gallos	60.000
Quinto de metales y casa de moneda	5.500.000
Derecho de importación y exportación.	800.000

Alcabalas interiores	$ 4.000.000
Capitación a razón de dos reales	1.800.000
Pulquerías	912.000
Papel sellado	87.500
Derecho de lanzas	10.000
Mesada eclesiástica y media anata	100.000
Correos	270.000
Bula de la Cruzada	40.000
Arrendamiento de salinas	40.000
Lotería	100.000
Oficios vendibles, multas, novenos eclesiásticos, producto vario, representaba todo lo señalado una cantidad mayor de	20.000.000

EGRESOS ANUALES

Remisión a la Tesorería Real de Madrid	$ 7.000.000
A las Antillas y otras	3.000.000
Administración de la colonia	10.000.000
Estos 10.000.000 se distribuían así:	
Gastos de Guerra	4.000.000
Sueldos de empleados	2.300.000
Cárceles y hospitales	400.000
Pensiones	250.000
Gastos varios	3.000.000

Tuvo desde luego que atender al recién formado ejército, que estaba bastante desmoralizado, siéndole necesario reprimir motines y sublevaciones que ocasionaron el sorteo y reformas en los jornales de minas. El más serio fué el ocurrido en Pachuca contra D. Pedro Terreros, en el cual mataron al alcalde mayor D. Ramón de Coca.

El 18 de junio de 1768 llegaron a Veracruz tropas españolas y armamento que había pedido el Virrey, tanto para la defensa de las costas como para garantizar la paz de la colonia, que comenzaba a agitarse, acariciando ideas de independencia.

Por motivos que no son del caso referir en esta obra, el rey Carlos III obtuvo del Sumo Pontífice un Breve extinguiendo el instituto religioso llamado *Compañía de Jesús,* resolviendo además expulsar a todos los miembros de ella de sus vastos dominios.

Comisionó para la ejecución de esto al Conde de Aranda, quien con sigilo impenetrable dispuso que a una misma hora fuesen aprehendidos todos ellos y al punto desterrados.

En España se designó la noche del 31 de marzo al 1.° de abril de 1767, y en México la del 25 de junio de ese mismo año.

Comunicó el Virrey las órdenes a todas las autoridades en pliego cerrado, con orden de no abrirlas sino hasta la media noche del día señalado.

Al amanecer, el 26 de junio, se encontraron los moradores de las poblaciones donde había comunidades de jesuítas con esa novedad, ocasionándoles tal medida profundo disgusto, pues los hijos de San Ignacio eran generalmente queridos, estimados y respetados en la Nueva España.

En San Luis Potosí, Guanajuato, San Luis de la Paz, Valladolid, Uruapam y Pátzcuaro, se levantó airado el pueblo e hizo volver a su residencia a los padres, y aquello habría tomado grandes proporciones si el Virrey no hubiese mandado fuerzas competentes que amedrentaran a los sublevados, procediendo con sumo rigor en los castigos, llegando hasta el de la pena capital, que sufrieron más de 90 personas.

Todos los expulsados fueron conducidos a Veracruz, y embarcados rumbo a Génova y sus bienes secuestrados, aplicándose al fondo que se llamó de *temporalidades*.

En la mañana misma que se ejecutó la providencia contra los jesuítas, publicó el Virrey un bando en que prohibía toda conversación, murmuración o comentario sobre el particular, concluyendo con decir... «de una vez para lo venidero deben saber los vasallos del gran Monarca que ocupa el Trono de España que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno».

CAPÍTULO XX

Fray Junípero Serra.—El Ilmo. Sr. D Antonio de Lorenzana y Butrón.—Cuarto Concilio mexicano.—Alteración de la ley de la moneda.—D. Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa.—Primer periódico médico.—Fundación del Montepío.—Honradez del Virrey.—Gobierno de la Audiencia.—D. Martín de Mayorga.—Fundación de la Academia de San Carlos.—Epidemia de viruelas.—D. Matías de Gálvez.—Paz entre España, Francia e Inglaterra.—La *Gaceta de México*.—Dictamen del Conde de Aranda.—Gobierno de la Audiencia.—D Bernardo de Gálvez.—Año del hambre.—Indulto de reos.—Noble rasgo del Ayuntamiento con la viuda de este Virrey.—Gobierno de la Audiencia. — Establecimiento de intendencias.—D. Alonso Núñez de Haro y Peralta.

Si haya sido o no justa la supresión y expulsión de los jesuítas de los dominios españoles, es cuestión difusa y de no fácil dilucidación; duda no cabe, en verdad, de que el modo en que ello se efectuó estuvo muy lejos de lo que pide la razón y manda la justicia. Quizá por esto el pueblo de la Nueva España se sintió poseído de grande indignación, que procuró desahogar por medio de pasquines y libelos que corrían manuscritos de mano en mano.



Fray Junípero Serra.

Tranquilizada la colonia, se dedicó el Virrey al arreglo de la hacienda pública y a la buena organización del ejército, temeroso como estaba de la actitud que iba tomando la colonia y de la amenaza de guerra con los ingleses.

Las colonias de Sonora y Sinaloa de día en día se alteraban más

y más, por lo que resolvió el visitador Gálvez, previa consulta con una junta de personas caracterizadas, salir en persona a su pacificación, y así lo ejecutó partiendo el 21 de mayo de 1768 del puerto de San Blas, y llegó a California a principios de julio. Tuvo eficaz colaboración en su empresa Fray Junípero Serra, religioso franciscano a cuyo cuidado habían quedado las misiones de California que tenían los jesuítas.



Ilmo. Dr. Antonio de Lorenzana y Butrón.

El Virrey, entretanto, hizo se construyese el castillo de Perote, y procuró se regularizara el clero según las instrucciones del Rey, cuidando también de embellecer la ciudad.

Durante el gobierno del Sr. Croix ocupó la sede arzobispal de México el *Ilustrísimo Sr. D. Antonio de Lorenzana y Butrón,* uno de los prelados más distinguidos de la Iglesia mexicana, y que hizo grandes beneficios a todas las clases sociales.

En 1767 estableció *la casa de cuna,* publicó las *Cartas de Hernán Cortés,* los *Concilios provinciales,* y celebró el *cuarto Concilio provincial mexicano,* que comenzó el 13 de enero de 1771, y cuyas interesantes disposiciones no han visto la luz pública hasta el año 1898, merced a mi empeño y a la munificencia de mi amado y venerable amigo, el *Ilmo. Sr. D. Rafael Sabas Camacho,* tercer obispo de Querétaro.

El 18 de mayo de 1771 vino una Real orden *reservada,* en la que se mandaba que se redujese la ley de la moneda de 11 a 10 dineros 20 granos, pero sin que el público lo supiese, estafándole así un 7,12 por 100.

Fastidiado el Virrey del gobierno, lo renunció, y volvió a España, teniendo la satisfacción de que lo substituyera la persona que él había indicado.

Don Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa, bailío de la orden de San Juan, recibió del señor de Croix el gobierno de Nueva España en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de septiembre de 1771, y lo conservó hasta el 9 de abril de 1779, en que murió.

Acontecimientos agradables y benéficos fueron todos los del gobierno de este Virrey, que fué muy estimado y querido.

Enumeraremos desde luego la publicación del primer periódico de medicina en México, fundado por el *Dr. D. José Ignacio Bartolache,* con el título de *Mercurio Volante,* y que aparecía cada semana.

En 1774 se abrió el hospicio de pobres; al siguiente se fundó el *Montepío,* merced a la munificencia de D. Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, quien dió 300.000 pesos para ello, y de cuya caridad aun hoy día cubren los indigentes sus apuros; el 20 de enero de 1777 se abrió un edificio para dementes, construído por el Consulado, a moción del Virrey; en el mismo mes y año se estableció el tribunal de Minería, se construyó el castillo de Acapulco, se embelleció la Alameda e hicieron otras obras importantes.

Quiso el Virrey establecer un capital de fondo para el giro de la Casa de Moneda; mas como se encontraba sin recursos, acudió a los particulares, que sin más garantía que la honorabilidad del solicitante, le facilitaron 2.800.000 pesos, sin interés ni garantía.

Correspondió el Sr. Bucareli pagando con religiosidad, y logró dejar a la expresada Casa de Moneda un fondo de más de dos millones de pesos.

Se sometió a su consideración una nueva división política y administrativa de la Nueva España, en la que se estableció el sistema de *intendencias;* y aunque el visitador Gálvez se inclinaba a que tal proyecto se adoptara, el Sr. Bucareli lo desechó después de estudiarlo y consultarlo con personas competentes.

Atacado de grave y violenta enfermedad, falleció en la fecha señalada atrás, y fué inhumado en la iglesia Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe.

Ocupó el gobiernno el regente de la Audiencia, D. Francisco Romá y Rosell, y abierto el pliego de mortaja se encontró nombrado el presidente de la Audiencia de Guatemala.

El ministro de Indias, D. José de Gálvez, se había propuesto tener así abocado a su hermano D. Matías; mas como ocurriese la muerte del Virrey antes de que aquél llegase a Guatemala, vino

en su lugar el que entonces la ocupaba, que era D. MARTÍN DE MAYORGA.

El 29 de agosto de 1779 se hizo este señor cargo del gobierno, tocándole una época agitada y penosa.

Inglaterra y España volvieron a entrar en guerra, y en consecuencia de ello vinieron los sufrimientos para la colonia; fortificó la playa de Veracruz, y por su orden se hizo una excursión a Walis (Belice), en la que se tomaron bastantes prisioneros y se apoderaron de algunas embarcaciones las tropas de Yucatán, que mandaba D. Roberto Rivas.

Promovió este Virrey el establecimiento de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, y la abrió al público el 4 de noviembre de 1781.

Como tenía sobre sí la mala voluntad del Ministro de Indias, cuyos planes sin quererlo ni saberlo había desconcertado, tuvo que sufrir muchas contrariedades y disgustos.



GAZETAS
DE MEXICO,
COMPENDIO DE NOTICIAS
DE NUEVA ESPAÑA
Desde principios del año de 1784.
DEDICADAS
AL EXCMÔ. SEÑOR
D. MATIAS DE GALVEZ
Virrey, Gobernador y Capitan general de la misma &c. &c. &c.
POR D. MANUEL ANTONIO VALDES.

CON LICENCIA Y PRIVILEGIO
MEXICO:
Por D. Felipe de Zuñiga y Ontiveros, Calle del Espiritu Santo.

Vinieron a aumentar éstos la espantosa epidemia de viruelas que asoló al país, haciendo innumerables víctimas, que los hospitales no alcanzaban a contener.

Después de repetidas instancias se le nombró sucesor, a quien entregó el mando en San Cristóbal de Ecatepec el 28 de abril de 1783, y de allí marchó a España, muriendo al entrar en el puerto de Cádiz.

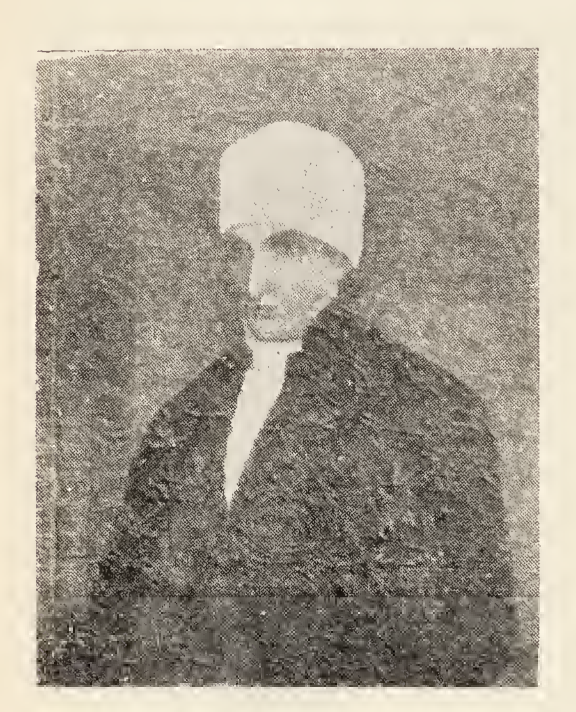
Le sucedió D. MATÍAS DE GÁLVEZ, que fué recibido en México con grandes festejos, iniciando su administración con la fausta noticia de la paz celebrada entre España, Francia e Inglaterra.

Cuidó este Virrey de fomentar la naciente Academia de San Carlos; mandó recoger libros, manuscritos y pinturas relativas a la historia de Nueva España; cuidó de la administración de la Hacienda, introduciendo orden y economía en sus trabajos.

Durante su gobierno murió en el presidio de San Carlos de la Nueva California el benemérito Fr. Junípero Serra, a 28 de agosto de 1784; en ese mismo año volvió a publicarse la *Gaceta de México,* que sin interrupción continuó hasta el año 1821, siendo su editor D. Manuel

Antonio Valdés, persona emprendedora y hábil en los negocios.

Con motivo del tratado de paz de que hemos hecho referencia, el ministro Conde de Aranda dió al rey Carlos III un dictamen reservado referente a la independencia de las colonias, tomando por tema la protección que España había dado a la colonia de la América del Norte, para sacudir el yugo de Inglaterra: es tal su importancia, que creemos deber nuestro transcribir algo de él. «Esta república federativa, dice refiriéndose a los Estados Unidos, ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el sér dos potencias poderosas, como son España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerse independiente; mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución; y después un coloso irresistible en aquellas regiones: en ese estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias, y no pensará más que en su engrandecimiento. La libertad de religión, la facilidad de establecer las gentes en terrenos inmensos y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas naciones, porque el hombre va a donde piensa mejorar de fortuna, y dentro de pocos años veremos con el mayor sentimiento levantado el coloso que he indicado. Engrandecida dicha potencia angloamericana, debemos creer que sus primeras miras se dirigirán a la posesión entera de la Florida para dominar el seno mexicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con el reino de México siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio.» Propone luego las medidas conducentes a precaver el peligro con la fundación de varios reinos, gobernados por príncipes de la familia real de España, dependientes con el pago de un tributo a la antigua metrópoli.



D. Manuel Antonio Valdés.

De nada aprovechó advertencia tan útil, y ya hoy vemos confirmados los pronósticos.

La ambición de nuestros *primos* no tiene límite; bastante se apropiaron a mano armada setenta y cinco años después, y hoy con *la conquista* pacífica están en vía de absorbérselo todo.

El 3 de noviembre de 1784 falleció el señor de Gálvez, y fué inhumado en la iglesia del Colegio apostólico de San Fernando.

Como no había pliego de mortaja, entró luego a gobernar la Audiencia, representada por su regente D. Vicente Herreras, y en ese tiempo, 19 de noviembre, se incendió por cuarta vez, en el espacio de seis años, la fábrica de pólvora de Santa Fe.

D. BERNARDO DE GÁLVEZ, conde de Gálvez, hijo del anterior Virrey y sobrino del Ministro de Indias, fué el sucesor nombrado, recibiendo en la Habana, donde desempeñaba el cargo de gobernador, casi juntas la noticia de su nombramiento y la de la muerte de su padre.

Tomó posesión del virreinato el 17 de junio de 1785.

Era el Sr. de Gálvez joven, apuesto, caballeroso, valiente y de claro ingenio, cualidades que, unidas a un carácter sencillo, franco y llano, presto le granjearon la estimación general.

A poco de su llegada, el 27 de agosto, una helada general acabó con las sementeras, y trajo al siguiente año una escasez tal de víveres, que se llamó *año del hambre.*

En esta general necesidad se mostró caritativo y humilde, auxiliando personalmente a los necesitados y cuidando de que fueran socorridos los enfermos en la peste que sobrevino y que de costumbre acompaña a la falta de mantenimientos.

Paseaba en público sin ceremonias ni acompañamiento, manejando él mismo las riendillas de los caballos, y llegó a darse el caso de que saliese de palacio a dar semillas al pueblo no sólo sin la escolta usual, sino aun sin sombrero.

El 8 de abril de 1786, volviendo de una quinta llamada «El Pensil», tropezó con tres reos condenados a muerte y que llevaban al patíbulo: verlo el pueblo y aclamarlo pidiéndole la vida de los condenados, fué una misma cosa, y aunque temeroso y vacilante por ser prerrogativa real aquella concesión, accedió a ello.

De este hecho, como de algunas palabras que en reuniones particulares se le escaparon, y de haber mandado construir el castillo de Chapultepec, en lo que gastó 300.000 pesos, dedujeron sus émulos que tenía intención de alzarse con la tierra, hacerla independiente de la metrópoli y proclamarse soberano.

Llegó esta calumnia a la corte de España y fué despreciada, aprobando su conducta en lo tocante al indulto de los reos, y continuó en el virreinato sin novedad alguna.

Algo más de un año llevaba en el gobierno cuando súbitamente se apoderó del Sr. de Gálvez un decaimiento y tristeza profundos, que le obligaron a entregar el gobierno en manos de la Audiencia el 15 de octubre de 1786, retirándose a Tacubaya, donde murió el 30 de noviembre del mismo y fué inhumado en la iglesia de San Fernando, al lado de su padre.

Gran consternación y sentimiento causó este suceso a todas las clases sociales, que lo manifestaron de mil maneras.

En 12 de octubre de 1785 había celebrado con gran festín el hecho de haber inscrito a su pequeño hijo Miguel como soldado del regimiento de Zamora; y como después de su muerte le hubiese nacido una hija, el Ayuntamiento de México, como una muestra de especial simpatía al Sr. de Gálvez, acordó servirle de padrino, bautizándola con gran solemnidad e imponiéndole el nombre de María Guadalupe Bernarda.

La Virreina viuda regresó a España el 25 de mayo de 1787.

La Audiencia se hizo cargo del gobierno, por no haber previsto nombramiento alguno, en la persona de su regente D. Eusebio Beleña, y durante este gobierno llegó a México la ley que disponía la división de Nueva España en intendencias, designándose para establecerla a D. José de Mangino.

Hecha la división, fueron nombrados intendentes: de la de *Veracruz,* D. Pedro Corbalán; de la de *Puebla,* D. Manuel Flon; de la de *Oaxaca,* D. Antonio Mora; de la de *Valladolid de Michoacán,* D. Juan Riaño; de la de *Guanajuato,* D. Andrés Amat; de la de *Zacatecas,* D. Felipe Clere; de la de *Mérida de Yucatán,* D. Lucas de Gálvez, y de la de *Sonora* y *Sinaloa,* D. Enrique Grimarest.

Fué nombrado Virrey interino el Ilmo. Sr. D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, arzobispo de México, quien tomó posesión el 8 de mayo de 1787 y gobernó hasta el 16 de agosto del mismo año.

Cimentó el nuevo arreglo de intendencias, situó algunas cantidades en la Habana y en la Guaira y arregló el juzgado de indios.

CAPÍTULO XXI

D. Manuel Antonio Flores.—Expedición botánica.—D. Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, segundo Conde de Revillagigedo. — Asesinato de Dongo.— Jura de Carlos IV.—Progresos de la ciudad de México.—El archivo y la historia de México. —Exploración de Nutka.—Censo.—D. Manuel de la Grúa Talamanca y Branciforte.—Estatua de Carlos IV.—D. Miguel José de Azanza.—Conspiración de los machetes.—D. Félix Berenguer de Marquina.—Fin del siglo XVIII.—Carácter de su época —Adelantos de la colonia durante él.—La Inquisición.—Hombres notables.—Conspiración de Tepic.—D. José de Iturrigaray.—Colocación de la estatua de Carlos IV.—Abdicación de Carlos IV.—Sucesos de España.—Exposición del Ayuntamiento.—El Lic. Francisco Ramos Verdad.—Junta de Sevilla y Oviedo.—Deposición de Iturrigaray.—D. Gabriel Yermo.—D. Pedro Garibay.—Conspiración de Valladolid.—El Barón Alejandro de Humboldt.—D. Francisco Javier Lizana y Beaumont.—Gobierno de la Audiencia.—D. Francisco Javier Venegas.

D. MANUEL ANTONIO FLORES entró a gobernar el 17 de agosto de 1787, entendiéndose en la parte militar y administrativa solamente, pues la de hacienda estaba a cargo de un superintendente, innovación que duró poco, volviendo el Virrey a entender en todos los ramos como antes.

Uno de los más importantes acontecimientos de su gobierno fué la llegada de la *expedición botánica* a cargo de *D. Martín Sesé* y de *D. José Lacasta,* organizada por *D. Casimiro Gómez Ortega,* director del Jardín Botánico de Madrid y comisionado para ello por el gran Carlos III.

En 1788 y a 1.º de mayo abrieron los cursos de botánica en México, haciéndose con este motivo lucidas fiestas en la ciudad.

Procuró el Sr. Flores, de preferencia, organizar la milicia, y creó tres regimientos, llamados de *Nueva España,* de *México* y de *Puebla.*

Por esos tiempos murió en España el célebre visitador D. José de Gálvez, marqués de Sonora, y en 14 de diciembre de 1788 el rey CARLOS III.

La avanzada edad del Virrey y el no sentarle bien el clima le obligaron a renunciar el puesto, separándose de él a 17 de octubre de 1789.

En esa misma fecha tomó posesión del virreinato D. JUAN VICENTE DE GÜEMES PACHECO DE PADILLA, segundo conde de Revillagigedo, haciéndolo en el santuario de Guadalupe y entrando en México con inusitada pompa.

Un acontecimiento sensacional acaecido la noche del 23 de octubre, a los siete días de su ingreso al gobierno, vino a mostrar sus notables dotes como gobernante: fué el caso que el 24 del mes dicho se encontró asesinado en su casa al acaudalado comerciante D. Joaquín Dongo, hallándose también muertos a un cuñado suyo, cuatro dependientes, el cochero y cuatro criadas, es decir, todo el personal de la casa, faltando de las cajas fuertes sumas de dinero y muchas alhajas, con la notable circunstancia de que los asesinos no dejaron huella ni indicio alguno.



El Conde de Revillagigedo.

Después de activas diligencias y acuciosas investigaciones dictadas por el Virrey, se aprehendió a los criminales, que eran Felipe Aldama, Joaquín Blanco y Baltasar Quintero, los tres extranjeros, quienes confesaron su crimen, el modo con que lo prepararon y el lugar donde tenían lo robado. A los quince días de haber perpetrado tan horrendo crimen fueron ahorcados en la plaza pública.

El 12 de noviembre, y muy reciente lo referido, apareció una aurora boreal que causó gran consternación en la gente, que creía iba a llover fuego del cielo.

El 27 de diciembre tuvo efecto la jura del nuevo rey Carlos IV.

La faz de la ciudad cambió completamente bajo la administración del Sr. Revillagigedo, pues empezó por introducir la policía de seguridad y ornato, empedró calles, arregló atarjeas y estableció el alumbrado.

Arregló las intendencias, las milicias, las oficinas, el archivo general, la administración de justicia; protegió la instrucción pública; proveyó de profesores a la Academia de San Carlos; fomentó la agricultura, la minería y la industria; envió comisiones al reconocimiento de límites con la frontera del Norte; abrió nuevas vías de comunicación y mandó reparar las existentes.

No descuidó lo relativo a la historia de México, puesto que mandó recoger y copiar los manuscritos que en los conventos o en poder de particulares existían, comisionando para ello al *P. Fray Francisco García de la Rosa Figueroa,* que formó una compilación en 32 tomos, en folio, de más de mil páginas.

En su tiempo, y al nivelar la plaza el día 17 de diciembre de 1790, se encontró la célebre piedra *Tonalamatl* o *Calendario mexicano,* cuyo estudio confió al sabio D. Antonio de León y Gama.

Con el fin de establecer una colonia en Nutka mandó se practicase una exploración, y en mayo de 1791 envió otra en busca de un estrecho que comunicase las bahías de Hudson y Baffins, en las goletas *Sutil* y *Mexicana.*

Otra muy importante determinación suya fué la formación del *censo,* resultando de él que en el año 1793 había en la Nueva España 4.483.569 habitantes.

Fué sin duda este Virrey el más famoso de los gobernantes de la colonia, adelantándose a su tiempo y a las circunstancias en que siempre los virreyes vivieron colocados.

El 12 de julio de 1794 entregó el poder a su sucesor D. MIGUEL DE LA GRÚA TALAMANCA Y BRANCIFORTE, marqués de Branciforte, cuñado del Príncipe de la Paz.

El contraste no podía ser mayor; pues al lado de las grandes aptitudes de Revillagigedo, resaltaba la completa ineptitud de Branciforte.

Declarada la guerra entre España y Francia a causa de la *Revolución,* levantó regimientos provinciales, obteniendo pingües ganancias con la venta de grados militares.

Deseoso de halagar al Rey de España, pidió se le permitiese levantarle una estatua ecuestre, y habiéndosele concedido, tuvo lugar el 18 de julio de 1796 la colocación de la primera piedra del pedestal, habiéndose hecho provisionalmente una figura de madera.

Sin aviso previo alguno fué removido, y entregó en Orizaba el mando el 13 de marzo de 1798.

En esta fecha misma lo recibió D. MIGUEL JOSÉ DE AZANZA, ministro que era de la Guerra.

En asuntos de poca importancia pasó los primeros años de gobierno, y solamente en 1799 tuvo algo sensacional, que fué el haberse descubierto la conspiración llamada *de los machetes*. Consistía ésta en que todos los gachupines fuesen expulsados del país, matar al Virrey, proclamar la independencia de México y declarar la guerra a España, quedando como gobernante el jefe de ella, llamado *D. Pedro Portilla*.

Por denuncia de uno de los conjurados se supo todo, y el Virrey hizo que los comprometidos fuesen reducidos a prisión.

El 12 de mayo de 1799 murió en Madrid el sabio virrey Conde de Revillagigedo, sintiéndose su muerte mucho en México, donde se le celebraron funerales con regia pompa.

El 30 de abril de 1800 entregó Azanza el gobierno en manos de D. FÉLIX BERENGUER DE MARQUINA, gobernador de las islas Canarias.

La Inquisición en México durante el siglo XVIII hizo 20 autos de fe, tanto generales como particulares, y en la ciudad de Puebla se verificaron otros.

El edificio que ocupaba este tribunal se comenzó a reedificar el año 1732 y se concluyó en 1736, haciéndose entonces cárceles nuevas y ampliando sus dependencias.

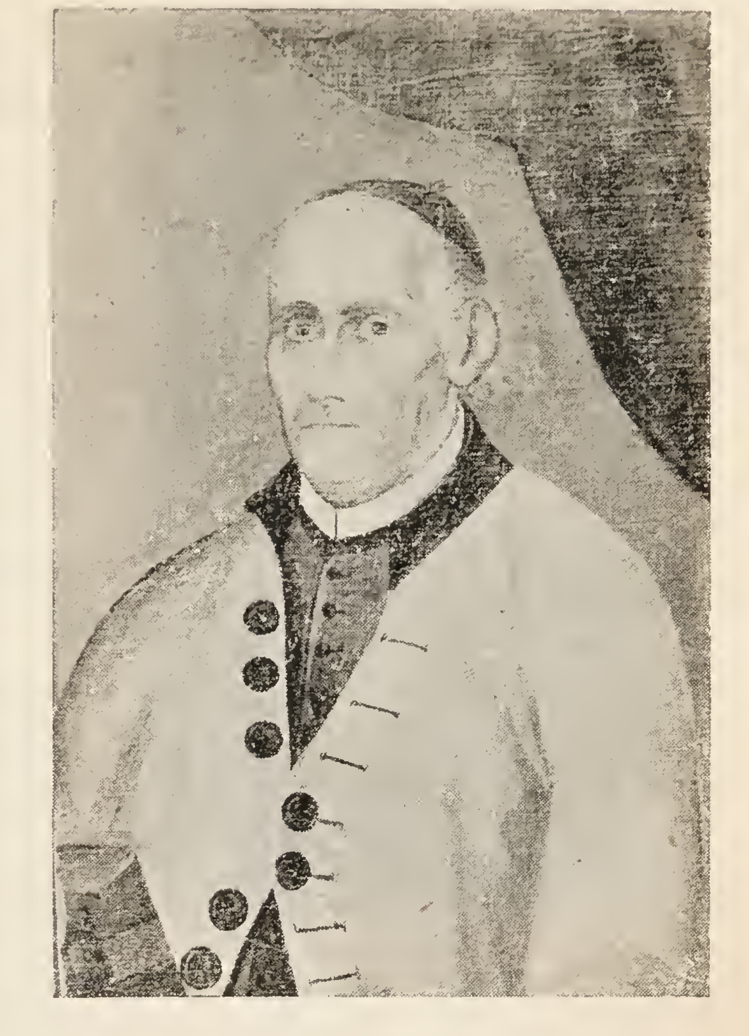
Fenecía el siglo XVIII en medio de las convulsiones suscitadas por la Revolución francesa, que entre sus horrores de guillotina y exterminio mataba las viejas preocupaciones del absolutismo y abría amplios horizontes al espíritu humano.

La transformación social efectuada en la Nueva España durante esa centuria fué de gran importancia; la autoridad asentó sus reales, llegando a ser omnipotente e imponiendo la ley en todo bajo la fórmula del *regalismo. Conquista, civilización* y *regalismo;* he aquí las tres fases que durante tres centurias recorrió la colonia llamada Nueva España.

Bajo una administración más uniforme, la agricultura, la minería y la industria realizaron algunos progresos; las guerras en que España se vió envuelta atrasaron mucho su comercio, que, no obstante sus frecuentes pérdidas, daba buen contingente pecuniario a la metrópoli.

La instrucción pública, sobre todo desde el reinado de Carlos III, fué atendida, colaborando en ello los prelados de las diversas dióce-

sis del país, que con escuelas y colegios difundían la ilustración entre las masas sociales. El establecimiento de milicias abrió nuevo horizonte a los criollos y preparó la independencia.

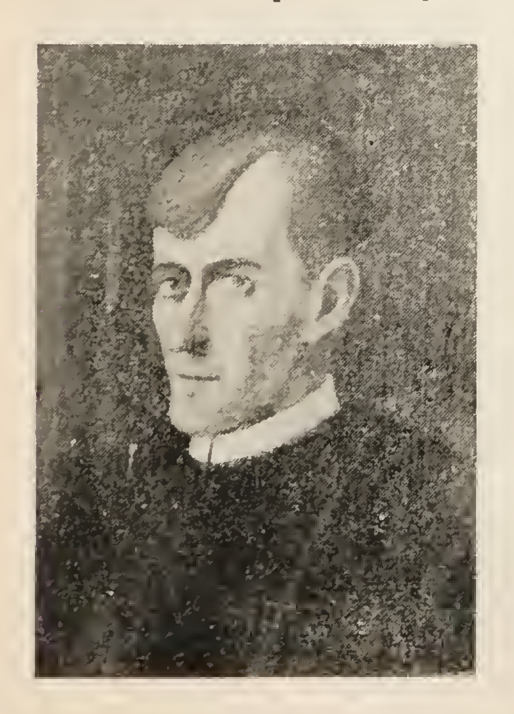


D. José Antonio Alzate y Ramírez.

Sabios distinguidos vinieron a México a impartir sus enseñanzas, descollando entre ellos el arquitecto D. Manuel Tolsa, los mineralogistas D. Andrés Manuel del Río y D. Fausto Elhuyar, y los naturalistas Sesé y Mociño.

El ilustre michoacano doctor D. Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos introduce el primero el estudio de la filosofía moderna en el colegio de su instituto de San Miguel el Grande, y el presbítero D. Antonio Alzate y Ramírez vulgariza la ciencia.

El doctor D. Ignacio Bartolache escribe para el pueblo sobre ciencias médicas, y su colega don Juan Manuel Venegas publica un libro de ella para uso del vulgo.



D. Juan José de Eiguiara y Euguren

Los trabajos de los misioneros Serra, Margil, Massanet y otros dan notable contingente a la geografía, viéndose favorecidas las antigüedades y la bibliografía con los trabajos de D. Antonio de León y Gama, padre Pichardo e Ilustrísimo Sr. D. Juan José de Eiguiara y Euguren.

Asombro de propios y extraños es el jalisciense D. Antonio López Portillo, *el Pico de la Mirándola mexicano,* que a los veinticuatro años de edad sostenía tres actos públicos literarios en la Universidad de México, por mañana y tarde, sobre todos los conocimientos humanos de su época. Los

jesuítas Clavijero, Alegre, Maneiro, Abad, Parreño y otros muchos honraban su patria en tierra extranjera, comiendo el pan del destierro.



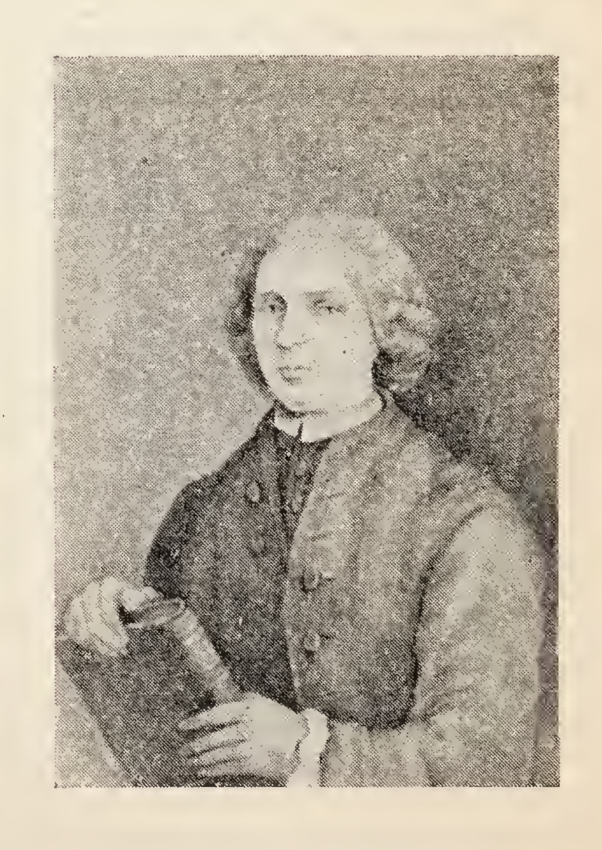
D. Antonio López Portillo.

Fray Manuel Navarrete, Francisco Ruiz de León y el presbítero Sartorio regocijaban a las musas.

Entre los pintores mexicanos ocupa el primer lugar Miguel Cabrera, indio zapoteca, y el arquitecto celayense D. Francisco Eduardo Tresguerras inmortaliza su nombre en el monumento arquitectónico que nos dejó en su tierra natal, Celaya.

D. Antonio de Urrutia Arana y Guerrero, marqués del Villar del Águila, deja inmortalizado su nombre y filantropía en el magnífico acueducto que construyó, en parte a sus expensas, y del todo dirigió para abastecer de agua a la ciudad de Querétaro.

Las órdenes religiosas producen mucho fruto literario, aunque inferior en calidad al de sus antepasados, siendo, no obstante ello, dignos de elogio los cronistas Fr. Isidro Félix Espinosa, Fr. José Arlegui, Fr. Pablo Beaumont, Fr. Domingo Aricivita, Fr. Matías de Escobar, el P. Miguel Venegas, el P. Julián Gutiérrez Dávila, Fr. Joaquín Granados y Gálvez; los filólogos Neve y Molina, Rinaldini, Miranda, González, García y otros más que sería cansado enumerar.



P. Francisco X. Alegre.

La difusión de las imprentas ayuda a ese movimiento literario, pues a más de las que en bastante número existían en la ciudad de México, las había en este siglo en Oaxaca, Puebla, Guadalajara y Veracruz.

El conocimiento de los idiomas italiano, francés e inglés se había generalizado un poco entre la clase ilustrada, que no ignoraba ni el latín ni el griego.

Los odios y animosidad mutua se habían acentuado de modo muy marcado entre *gachupines* y *criollos,* y las ideas de independencia bullían en todos los cerebros mexicanos capaces de discurrir y reflexionar.



D. Luis Maneyro.

En tal estado de cosas asume el mando de la colonia el virrey Marquina, persona honrada, pero de muy cortos alcances.

La paz con Inglaterra en 1802 vino a dar a Marquina la tranquilidad que tanto necesitaba para su gobierno, durante el cual no faltaron conspiraciones interiores, señalándose en Tepic la del indio *Mariano,* que tenía el proyecto de restablecer la Monarquía azteca y que había enviado circulares a multitud de pueblos de indios. El presidente de la Audiencia de Guadalajara, D. José Fernando de Abascal, tuvo noticia de aquella conspiración, y dando parte de ello al Virrey, mandó aprehender a todos los que creyó cómplices de Mariano, y que fueron en tan gran número que hubo necesidad de ocupar un convento para guardarlos allí, porque las cárceles no bastaban a contenerlos.



D. Diego José Abad.

Aquella conjuración tomó proporciones enormes a los ojos de los gobernantes españoles, que supusieron que Mariano estaba de acuerdo con los ingleses y que muchos navíos de esta nación debían de llegar a San Blas en auxilio de los insurrectos.

Mariano no fué aprehendido, y sólo en el pueblo de Santa Fe Iscatán llegaron a sublevarse; pero el pueblo de Tepic, que era ya de consideración, fué amagado en el mismo año de 1801 por sublevados del Nayarit que bajaban con intención de tomar la plaza. No se supo si estaban o no de acuerdo aquellos in-

surrectos con el plan de Mariano, pero los vecinos de Tepic derrotaron a los sublevados del Nayarit en un lugar llamado el Rodeo, metiendo en la ciudad algunos prisioneros.

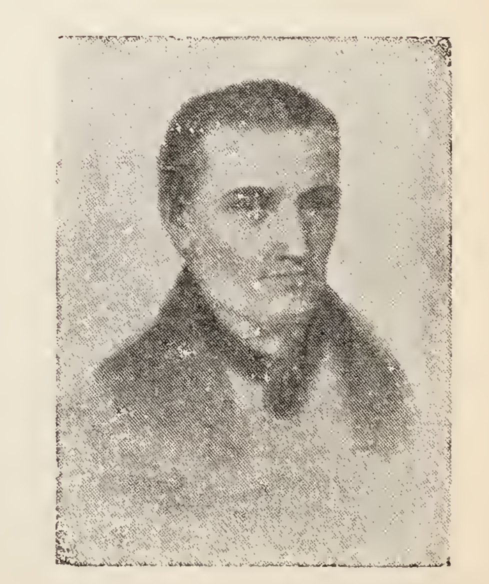
En noviembre de 1765 había ocurrido otro levantamiento en el pueblo de *Cisteil*, de Yucatán, por un indio llamado *Jacinto Canek*, que fué proclamado rey, poniéndole sobre su cabeza la corona de una imagen.


Fray Manuel Navarrete.

Todos estos acontecimientos tenían en constante alarma a los españoles e indicaban que estaba próxima ya una gran revolución, y que, sin saberse dónde, tenía que estallar necesariamente, pues la inquietud de los ánimos así lo demostraba.

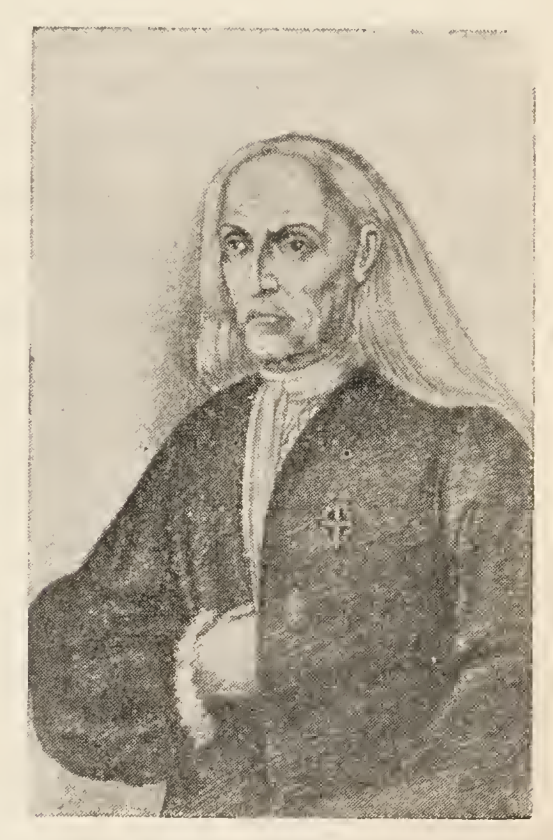
Muchas disposiciones del virrey Marquina fueron reprobadas por la Corte, y el Virrey, creyendo que había en esto un deseo preconcebido de ofenderle, renunció el gobierno y fué substituído por D. JOSÉ DE ITURRIGARAY, que llegó a México en enero de 1803, y tomó posesión de él en 4 del mismo.

El gobierno de Iturrigaray es memorable en la historia, no sólo por los desaciertos del Virrey, que chocó con la sociedad mexicana en general, sino porque los españoles residentes en la colonia le acusaron de malversación de los caudales públicos, suponiendo y tratando de probar que sólo cuidaba de enriquecerse, abusando de su elevada posición y sin pararse en los medios. Verdad es que Iturrigaray era codicioso y avariento y que acaudaló rápidamente; pero también es indudable que las exigencias que la Corte tenía de dinero y el estado de efervescencia de los ánimos hicieron más odioso su gobierno, cuando quizá los abusos de Iturrigaray apenas pudieran compararse con los de Branciforte.


Francisco Eduardo Tresguerras

Los acontecimientos de Europa, las invasiones francesas en España, las agitaciones políticas de la Metrópoli y la profunda división de partidos entre los españoles, causas fueron de que la sociedad se conmoviera profundamente y de que Iturrigaray fuera derribado del gobierno por una revolución hecha por los mismos españoles.

La época de Iturrigaray marca los primeros pasos de la evolución que convirtió en nación independiente a la colonia de Nueva España, y el año de 1808 debe considerarse como el primero de una nueva era en la historia de México: desde entonces la colonia entró en plena revolución, que fué poco a poco acentuándose, hasta presentar el 16 de septiembre de 1810 el aspecto decidido y resuelto de una guerra de independencia.



El Marqués del Villar del Águila.

A poco de haber llegado Iturrigaray a la capital hizo un viaje a Guanajuato para activar la construcción de la alhóndiga de Granaditas, y recibió de los mineros un obsequio de 1.000 onzas de oro.

El 9 de diciembre de 1803 colocó la estatua ecuestre de Carlos IV, obra del ingeniero Tolsa, en la que se emplearon 600 quintales de metal y cuyo mérito artístico es sólo inferior a la famosa de Marco Aurelio.

Se ocupó luego de mandar a España los bienes de obras pías según lo preceptuado en la cédula de 26 de diciembre de 1804, medida que ocasionó profundo disgusto. Hasta el 23 de junio de 1808 no se supo en México la invasión de España por Napoleón, la abdicación de Carlos IV y la heroica muerte de Daoiz y Velarde.

Con motivo de estos acontecimientos, el 19 de julio dirigió el Ayuntamiento al Virrey una representación en que le manifestaba que, supuesta la ausencia del Rey legítimo, debería él mantener el poder sin entregarle a ninguna nación, ni a la misma España, hasta en tanto las cosas no volvieran a su estado normal.

La Audiencia desaprobó tal disposición, por lo que, a moción del Ayuntamiento, se celebró una junta el día 9 de agosto, en la que el *licenciado D. Francisco Primo de Verdad y Ramos,* síndico de la

corporación, expresó ideas muy avanzadas, pues sostenía que en virtud de las circunstancias, la soberanía había recaído en el pueblo.

Tal idea fué impugnada por los fiscales, que la declararon sediciosa y subversiva, y el inquisidor D. Bernardo Prado y Ovejero la declaró herética y anatematizada.

Comenzaron a recibirse pliegos de las Juntas de Sevilla y de Oviedo, en que pedían ser reconocidas, lo cual dió margen a serias dificultades entre las autoridades de la colonia, las que se declararon en perfecta pugna: por un lado, las representantes del Gobierno español; por el otro, las de los intereses directos de la colonia. Las conmociones habían principiado; muy próximo debía estar ya el momento en que estallara el volcán. Todos estos movimientos eran precursores de la lucha de nuestra independencia.

Los españoles, desconfiando de la lealtad del Sr. de Iturrigaray, en vista de lo difícil de la situación, fraguaron un complot, a cuya cabeza se puso el Sr. D. Gabriel Yermo, rico hacendado, quien para el efecto hizo venir de sus haciendas un buen número de hombres bien montados. El Virrey, por otra parte, temeroso de un golpe imprevisto, mandó llamar al regimiento de Celaya, que estaba acantonado en Jalapa. Mas como la llegada de la tropa fué extemporánea, no pudo salvarse el Virrey, pues la noche del 15 de septiembre fué asaltado el palacio, y como la guardia estaba comprada, sólo el centinela, cuyos sentimientos pundonorosos le obligaron a cumplir con su deber, hizo fuego sobre los asaltantes y se batió hasta sucumbir. El palacio fué tomado y el Virrey reducido a prisión.

No conformes con esto los españoles, aprehendieron en la misma noche al abad de Guadalupe D. Francisco Beye Cisneros, al canónigo Beristain, al mercenario Fr. Melchor Talamantes, a los licenciados Verdad, Azcárate y Cristo, y otras muchas personas que les eran sospechosas. Respecto del Sr. Iturrigaray, fué trasladado a Veracruz el día 21 a la madrugada.

A las dos de la mañana se reunieron en el palacio de los Virreyes el Arzobispo, los Oidores y demás personas complicadas, y temerosos de que en el pliego de mortaja estuviese designada alguna persona inconveniente, se determinaron a no abrirlo, y confiaron el gobierno al mariscal D. Pedro Garibay, que asumió el mando el 16 de septiembre de 1808.

El Sr. Garibay desplegó una persecución terrible contra todos los

adictos a Iturrigaray, y así se mandó ahorcar secretamente al licenciado Verdad el día 4 de octubre, en su misma prisión, en el Arzobispado de México; y al Rdo. Fr. Melchor Talamantes se le condujo a Veracruz para ser deportado a España, mas como fuera necesario esperar algunos días para la salida del barco *San Francisco de Paula* que debería conducirlo, se le depositó en el castillo de San Juan de Ulúa. La fiebre amarilla reinaba entonces en la ciudad y en esa prisión y allí atacó a Talamantes haciéndole su víctima el día 3 de mayo de 1809. Se asegura que fué tal la inhumanidad de sus guardianes que ni siquiera en su agonía le quitaron los grillos que le aprisionaban.

El Sr. Iturrigaray estuvo preso en España, en donde se le siguieron dos causas: la primera de infidencia, y la segunda de residencia, habiendo sido amnistiado de la primera en 1810, y por la segunda fué condenado a pagar la suma de 415,415 pesos.

Pero si los españoles creyeron asegurar los intereses de la Corona con el golpe asestado al Virrey la noche del 15 de septiembre, sufrieron una terrible equivocación, pues ellos mismos enseñaron con su ejemplo a los hijos del país la manera de realizar la más grande de sus conquistas: su libertad. El pueblo veía con profundo respeto a los Virreyes, respeto que emanaba en gran parte de la conducta honrada que caracterizó a la mayor parte de ellos, pues se les vió dispuestos a hacer el bien a los naturales; pero cuando vieron la facilidad con que se podía derrumbar el Gobierno, perdieron aquel respeto, vieron a los Virreyes con menosprecio, y ya no pensaron más que en realizar su emancipación.

El país se sintió conmovido, y por todas partes se comenzaron a organizar juntas, cuyo objeto era emancipar a la nación. La más formal por entonces tuvo lugar en Valladolid, en la que se encontraban a la cabeza D. Mariano Michelena, D. Mariano Quevedo y el capitán D. José María Obeso, Fr. Vicente Santa María, D. Manuel Ruiz de Chaves, y algunas otras personas de representación; pero fueron denunciadas por D. Agustín de Iturbide y reducidas a prisión.

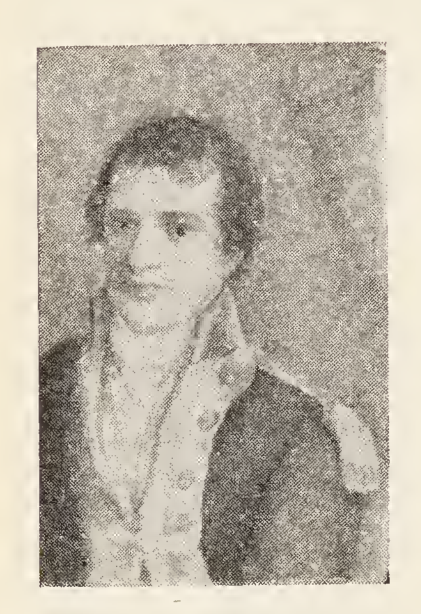
El Sr. Garibay remitió fuertes sumas a la Junta central de Sevilla para ayudarla eficazmente; pero para realizar esto, cometió toda clase de exacciones en la colonia.

En la época de Iturrigaray vino a México el sabio alemán barón Alejandro de Humbold, cuyo retrato se puso en la aula mayor del

Colegio de Minería para ejemplo y estímulo de la juventud estudiosa.

Gobernó el Sr. Garibay hasta el 19 de julio de 1809, día en que tomó posesión su sucesor.

Fué éste el Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Lizana y Beaumont, arzobispo de México, persona la menos apta para las difíciles circunstancias de la Nueva España. Los Oidores, con quienes luego se puso en pugna, llamaban *el Pontificado* a su administración. Sus principales gestiones administrativas fueron: arreglar un préstamo de tres millones, de los que dos mandó a España; organizar varios cuerpos de tropa para defender la colonia contra los franceses; crear la junta de seguridad y buen orden; desterrar al virulento escritor D. Juan López Cancelada y al Dr. Aguirre.



El barón de Humboldt.

Esto último le atrajo enemigos, que trabajaron ante la Regencia para que lo removieran, y así se ejecutó, entregando el gobierno a la Audiencia el día 8 de Mayo de 1810.

Por medio de su regente D. Pedro Catani, gobernó este cuerpo colegiado hasta el 13 de septiembre del mismo año, día en que recibió el mando D. Francisco Javier Venegas y en cuyas manos estalló, a los tres días, nuestra gloriosa revolución de independencia.



CAPÍTULO XXII

Conspiraciones de Querétaro y San Miguel el Grande.—D. Ignacio Allende.—Doña Josefa Ortiz de Domínguez.—D. Miguel Hidalgo y Costilla.—Grito de independencia.—La Virgen insurgente.—Toma de Granaditas.—El clero y la Inquisición.—Hidalgo en Valladolid.—Batalla del Monte de las Cruces.—Batalla de Aculco.—Hidalgo en Guadalajara.—D. José Antonio Torres.—Calleja en Guanajuato.—Batalla del puente de Calderón.

Las aspiraciones de un pueblo, fundadas en la naturaleza y protegidas por la razón y el derecho, jamás pueden destruirse; por eso fué que la conspiración abortada en Michoacán renació más vigorosa en Querétaro y en San Miguel el Grande.



General D. Ignacio Allende.

El jefe de ese nuevo movimiento patriótico era el esforzado capitán de dragones del regimiento de la Reina D. IGNACIO ALLENDE. Nacido en esta última ciudad el 21 de enero de 1799 era hijo de D. Narciso de Allende y de D.ª Mariana Uraga; cuando el acantonamiento de las milicias criollas en Jalapa obtuvo el grado de capitán, dándole este mismo rango facilidad de juzgar de la mala administración del país.

Estaba en relaciones con la Junta revolucionaria de Valladolid, y

así no es extraño que al fracaso de ella intentara organizar otra. Para este fin se prestó con toda ventaja una tertulia que reunía en la ciudad de Querétaro D.ª María Josefa Ortiz, esposa del corregidor de esa ciudad D. Miguel Domínguez; ambos consortes amaban y deseaban la libertad de su patria, México, aunque superándole con entusiasmo la Sra. Corregidora, que no desperdiciaba oportunidad de conquistar adeptos.

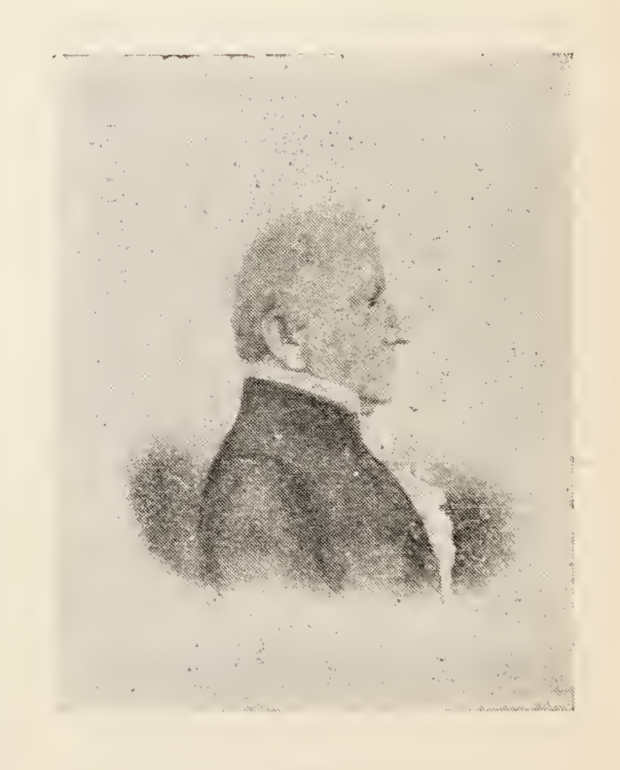


D.ª Josefa Ortíz de Domínguez. (1821.)

Su claro talento, su agradable conversación, sus finos modales, unido todo a una irresistible simpatía con que realzaba todos sus actos, fácilmente se atraía la buena voluntad de quienes la trataban.

Terreno fértil encontró el joven Allende para sembrar sus ideas en Querétaro, y colaboradora infatigable en D.ª Josefa.

Las agradables reuniones literarias fueron substituídas por un verdadero club de conspiración, formándolo los señores licenciados Parra y Altamirano, D. Francisco Araujo, D. Antonio Téllez, D. Ignacio Gutiérrez, D. Epigmenio y don Emeterio González, el regidor Villa, el Sr. Cervantes, el capitán D. Joaquín Arias, del regimiento de Celaya, el teniente D. Francisco Lanzagorta, el teniente Vaca, D. Ignacio Allende, D. Mariano Abasolo, D. Juan Aldama, el doctor Manuel Iturriaga, y otros vecinos más de la ciudad y sus contornos.



Lic. Miguel Domínguez.

Alma y cabeza de toda aquella reunión era el cura del pueblo de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, que a sus dotes personales reunía el prestigio de su carácter sacerdotal.

Era el cura Sr. Hidalgo hijo de padres criollos, D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y D.ª Ana María Gallaga Mandarte, nacido en

el rancho de San Vicente, perteneciente a la hacienda de Corralejo, jurisdicción de Pénjamo, el día 8 de mayo de 1753.

Recibió su primera educación en el seno de su familia, yendo más tarde a seguir sus estudios al colegio de San Nicolás de la entonces Valladolid, plantel en que se señaló como alumno aplicado y de talento.



General Juan Aldama.

Recibió los órdenes sagrados en 1778, y fué sucesivamente secretario, tesorero, catedrático y rector de su colegio. Pasó más tarde a la administración parroquial, sirviendo varios curatos, hasta que, por muerte de su hermano don Joaquín, se le dió el del pueblo de Dolores.

Desarrolló en él todas sus facultades de hombre útil, plantando extensos viñedos, que por orden del Gobierno fueron arrasados, estableciendo la cría de gusanos de seda, una fábrica de loza fina y otras mejoras para el progreso y bienestar de los feligreses.

No desconocía los trabajos de las Juntas de Valladolid, San Miguel y Querétaro, pues su preocupación constante fué la independencia de su patria; mas no viendo toda la solidez necesaria en ellos, se abstenía de tomar parte directa.



Dr. Manuel Iturriaga

Por el año 1808 hizo un viaje a Querétaro, y entonces fué cuando ya con franqueza se hizo miembro de aquella reunión revolucionaria, siendo entonces, como atrás se dijo, «autor y director de la revolución proyectada.»

Se había pensado hacer la revolución en la Villa de San Juan de los Lagos, aprovechando la feria famosa que en ella anualmente se celebraba el día 8 de diciembre; pero faltando a sus compromisos don Mariano Galván y D. Joaquín Arias, delataron la conjuración el día 13 de septiembre. En ese mismo día por la noche hacía igual cosa don Eustaquio Bueras, y se asegura que ya antes lo había ejecutado el doctor Iturriaga en artículo de muerte.

El corregidor Domínguez, obligado por su empleo, salió a apre-

hender a los acusados, cerrando previamente con llave la puerta de su alojamiento, queriendo evitar así que su esposa cometiera una imprudencia.

Registró la casa de los hermanos González y encontró muchos cartuchos, por lo que aprehendió a D. Emeterio y a su hermano, así como a los demás comprometidos.

Sabedora de aquello D.ª Josefa, por medio de golpes dados en el pavimento de su habitación, señal de antemano convenida, llamó al alcaide Ignacio Pérez y lo mandó inmediatamente a San Miguel con una carta para Allende, dándole noticia de lo que pasaba.

Como ante el intendente de Guanajuato D. Juan Antonio Riaño se había hecho otra denuncia de la misma conjuración, ordenó a D. Francisco Iriarte que fuese a poner preso al cura de Dolores.

Logró Hidalgo saber la delación que pesaba sobre Allende, y le mandó llamar, llegando éste a la casa del cura de Dolores a las nueve de la noche del día 14. No encontró en San Miguel a Allende el emisario de la Corregidora, y se dirigió a la casa de Aldama y le entregó el recado de ésta: al momento emprendió el camino a Dolores, adonde llegó con el enviado de Querétaro a las dos de la mañana del día 16. Dormían todos en la casa, por lo que Aldama habló primero con Allende y luego pasó a la recámara de Hidalgo, que tranquilamente descansaba: recibió éste la noticia con la sangre fría que le era característica, y sin dar la menor muestra de temor ni de sorpresa, les dijo que la situación no era para entablar conferencia prolongada, sino para ejecutar hechos decisivos, únicos capaces de salvarlos por de pronto y de asegurar más tarde el éxito de la idea. «No hay más recurso, dijo, que ir a coger *gachupines*.» Mandó llamar luego en el acto a su hermano D. Mariano, a D. José Santos Villa y a sus domésticos, presentándose después otras ocho personas; sirvieron éstos a la vez para convocar a los vecinos D. Juan Quintana, D. Francisco Moctezuma, D. Matías y D. Miguel Avilés, D. Juan, D. Tiburcio y D. Antonio Games, los trabajadores de la alfarería y sedería Pedro José e Ignacio Sotelo, Francisco Barreto, Juan Anaya e Isidoro Serna, José María Perales, Atilano Guerra, Manuel Morales, José María Pichón, Jesús Galván, Antonio Hurtado de Mendoza, Pantaleón Anaya, Brígido González y Vicente Castañón.

Al frente de este puñado de hombres mal armados se dirigió Hidalgo, acompañado por Allende y Aldama, a la cárcel pública, donde

yacían varios pobres hombres encarcelados por faltas de policía y no por crímenes atroces, como han escrito algunos; los incorporó a su pequeño ejército, marchando después al cuartel del piquete de soldados del regimiento de Allende, que inmediatamente se le incorporó.

Siguió a esto el poner presos a los españoles prominentes del pueblo y a los empleados públicos.

Empezaba la luz a esclarecer el horizonte, cuando a las cinco de la mañana del día 16 se dirigió Hidalgo al frente de su hueste al atrio de la iglesia parroquial; se llamó luego a misa por ser domingo, y con los fieles que a ella acudieron se engrosaron las filas, armándose todos con lanzas, machetes, hondas y palos.



La Virgen insurgente.

Les dirigió la palabra el anciano cura, pintándoles los males que sobre ellos pesaban, las iniquidades del Gobierno y las ventajas de la independencia: su aspecto venerable, su voz majestuosa y su atrayente palabra conquistaron al punto a sus oyentes, y de aquella compacta muchedumbre salieron robustos y vibrantes los gritos de *¡Viva la Independencia! ¡Viva América! ¡Muera el mal Gobierno!*

Al frente de 600 hombres salió Hidalgo de Dolores, a las once de la mañana de ese mismo día, rumbo a San Miguel el Grande, y al caer la tarde, a su paso por el pueblo de Atotonilco, tomó de la sacristía del venerado santuario un cuadro conteniendo a la *Virgen de Guadalupe,* y colocándolo en un asta lo entregó a un soldado para que, como estandarte lo llevase al frente de la tropa. Gran entusiasmo produjo esta medida y desde entonces el grito de guerra de los inurgentes fué: *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Muera el mal Gobierno!* Frase que se cambió por el pueblo en *¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!*

Así se transformó la *Virgen criolla* en *Virgen insurgente.*

En San Miguel engrosaron las filas insurgentes con el regimiento de la Reina, haciéndose entonces la designación de jefe en la persona del Sr. Hidalgo, saliendo el 18 con dirección a Celaya, ciudad que ocuparon sin resistencia, y en la que el populacho cometió mil excesos.

En este lugar se dieron graduaciones militares, nombrando a Hidalgo *capitán general* y a Allende *teniente general.* De Celaya siguieron para Guanajuato, y desde la hacienda de Burras intimaron rendición al intendente Riaño el 28 de septiembre, por medio de los comisionados D. Mariano Abasolo e Ignacio Camargo. El intendente Riaño se negó a ello, pues ya desde el día 19 había mandado tocar a rebato, y no pudiendo contar con el auxilio del populacho, por haberse notado en su ánimo mucho afecto por la causa de la independencia, se resolvió en junta de españoles hacerse fuertes en la alhóndiga de Granaditas para resistir allí el ataque. En tal virtud, se encerraron en este castillo los españoles con sus familias y sus caudales, que montaban a más de tres millones de pesos en oro y plata.

Al regreso de los parlamentarios con la noticia de la negativa del Intendente, se aproximaron las tropas independientes, y a la una de la tarde se rompieron los fuegos. Los españoles se habían atrincherado en las calles, dejando en el centro el castillo; pero fué la carga tan terrible, que muy pronto tuvieron que replegarse al mismo castillo.

El ataque continuaba cada vez más terrible, y el Intendente, por su parte, con un valor a toda prueba, dictaba cuantas medidas estaban a su alcance para que la defensa no fuese infructuosa. La conducta observada por el Intendente es digna de elogio; él cumplía con un deber que era consiguiente al alto puesto que desempeñaba. El consideraba la independencia como una rebelión, y por lo mismo debía sostener a la autoridad ya constituída.

La muerte del Intendente acaecida en la refriega sembró la confusión entre los defensores del castillo; pues unos pretendían rendirse, otros estaban resueltos a continuar la defensa; y de éstos todos daban disposiciones que resultaban encontradas a cada paso. Los primeros elevaron bandera blanca en signo de paz, y los últimos la arrancaron y la arrojaron al suelo.

Los insurgentes, que se apercibieron de esa confusión, cargaron con mayor fuerza el ataque y lo redujeron hasta poner cerco al castillo. Trataron de echar la puerta abajo; pero las balas de los defensores ponían fuera de combate a los que se aproximaban a ella. Entonces un muchacho apodado Pípila se colocó una losa de piedra en la espalda, y avanzando en cuatro pies, llegó hasta la puerta, a la que pudo prender fuego, sin que la descarga de las armas españolas le pudiesen hacer el menor daño.

La puerta vino abajo, y los sitiadores se precipitaron a entrar; pero en él había un piquete de tropa española, resuelta a vender cara su vida, por lo que hizo terribles descargas sobre los asaltantes, causándoles un número extraordinario de muertos; pero al fin fueron arrollados por la muchedumbre, y pasados a cuchillo ellos y todos los españoles que se encontraron en el edificio.



«Pípila» franqueando la puerta de la Alhondiga de Granaditas.

Los independientes se apoderaron de todos los tesoros que encontraron en la alhóndiga, y la plebe se dispersó por las calles en el más completo desorden, cometiendo toda clase de excesos; comenzaron a saquear las casas de los españoles y a cometer todo género de desórdenes. La más aterradora desolación reinaba en aquella ciudad; pero el Sr. Allende, cuyos principios se basaban en una educación muy bien dirigida, y su alma estaba animada de los más humanitarios sentimientos, salió él mismo a la cabeza de un piquete de dragones para restablecer el orden, habiéndose visto obligado a descargar cintarazos sobre los que no escuchaban la voz de orden que se les imponía.

El Sr. Alamán, muy respetable historiador, pinta con fatídicos colores los hechos de los independientes, declarándolos autores de todos los excesos cometidos, y oculta con malicia muchos actos en

extremo repugnantes de los jefes españoles. Los caudillos de nuestra independencia hacían lo posible por reprimir los abusos; si mucho no consiguieron, es porque la guerra lleva consigo desoladoras conse cuencias.

El Sr. Hidalgo, por su parte, mandó publicar un bando al día siguiente, en el que se imponían penas muy severas a todo el que cometiera cualquiera clase de abusos.

Adueñados de una ciudad de tanta importancia, estableció en ella el Sr. Hidalgo una fundición de cañones, y se procedió a la acuñación de dinero, empleando para esto último el mismo cuño español que hasta entonces se había adoptado en la colonia. Restableció el Ayuntamiento y procuró proveerse de armas y recursos.

Entretanto, el virrey Venegas, justamente alarmado por los triunfos de los independientes y por las creces que iba tomando aquel movimiento insurreccional, comenzó a organizar con la mayor actividad los medios de defensa y a disponer todo lo que juzgó necesario para sofocar aquella rebelión. Por violentos correos mandó órdenes al brigadier D. Félix María Calleja del Rey, jefe de la guarnición de San Luis Potosí, para que reuniera todos los elementos de guerra que estuviesen a su alcance y saliesen a la mayor brevedad a perseguir y a aniquilar a los insurgentes. Más aún: ofreció 10.000 pesos por cada una de las cabezas de Hidalgo, Allende y Aldama.

El clero y la Inquisición, por su parte, lanzaron excomunión sobre Hidalgo, Allende y Aldama, y todo aquel que se adhiriese a la causa de la independencia. Declararon proceder herético el afiliarse entre los insurgentes y un ataque muy directo a la religión católica.

El primero que procedió así fué el gobernador de la mitra de Valladolid, D. Manuel Abad y Queipo, y sancionaron su edicto el Arzobispo de México y los Obispos de Puebla y Guadalajara, lanzando este último una serie de amenazas tan originales que se puso en un verdadero ridículo. La Inquisición no se quedó atrás por medio de su edicto de 13 de octubre.

En cambio el Sr. Hidalgo, ilustrado teólogo y verdadero patriota, contestaba a las censuras eclesiásticas dando un manifiesto a sus compatriotas en el que les decía: «Abrid los ojos, americanos; no os dejéis seducir de nuestros enemigos... ¿Creéis, acaso, que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid

los ojos, vuelvo a decir...; no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.»

El pueblo escuchó las sabias palabras del ilustre cura de Dolores, y cerrando los oídos a las amenazas de los prelados españoles, abrazó la noble causa y luchó hasta conseguir su objeto. El clero y la Inquisición lanzaron sus anatemas contra las huestes independientes, sin razón y sin justicia, mientras el Sr. Hidalgo hablaba con la conciencia del que defiende la verdad, y por lo mismo sus palabras resonaban como el rayo por los ámbitos de la colonia y conmovieron el espíritu de todos los buenos hijos de la nación.

El día 10 de octubre salió Hidalgo al frente de 20.000 hombres para Valladolid, ciudad que tomó sin que se le opusiese ninguna resistencia; pues lo único que hicieron el comercio y propietarios fué enviar una comisión a Hidalgo pidiéndole garantías, las que les fueron prometidas. Ya en la ciudad exigió Hidalgo al Gobernador de la mitra que le levantase la excomunión, a lo cual accedió.

En esta ciudad se cubrió de gloria el primer caudillo D. Miguel Hidalgo, y con él la causa de la guerra que sostenía; pues allí ordenó al intendente D. José María Ansorena que publicara un bando en virtud del cual quedaban abolidas la *esclavitud* y el *tributo de los indios.*

Vistos los triunfos alcanzados por la revolución, se resolvió el Sr. Hidalgo a marchar sobre la capital, y así lo hizo después de tomar 400.000 pesos pertenecientes al cabildo. Grande fué la consternación que se apoderó de los habitantes de México a la noticia de la aproximación de los independientes. El Virrey libró orden a Calleja para que a marchas forzadas se dirigiera a auxiliar la capital; pero como éste jefe no llegaba, nombró al brigadier D. Torcuato de Trujillo para que con un ejército de 3.000 hombres de las tres armas, y muy bien disciplinado, saliese a interceptar el paso a Hidalgo.

Este llevaba una multitud de gente mal armada y sin disciplina, por lo que era muy aventurado librar batalla; pero como las tropas de Allende gozaban de esta ventaja, contrarrestaban en parte el perjuicio que podían causar los demás.

El día 30 de octubre se avistaron los dos ejércitos, y como Allende había recibido orden de dirigir la batalla, creyó juicioso eliminar de la lucha a la chusma indisciplinada; pero ésta se quejó a Hidalgo de aquella ofensa, y el cura les concedió tomar parte en la lucha.

En el monte de las Cruces, a seis leguas de México, como a las once del día, dió principio el combate. La artillería de los realistas hacía terribles estragos entre los independientes, y ya comenzaban a desbandarse cuando Allende, seguido de lo más florido de su regimiento, subió al monte para desalojar al enemigo, y allí tuvo que habérselas con don Agustín de Iturbide, que, estando a las órdenes del Sr. Trujillo, pidió permiso para acabar con el caudillo insurgente. Después de un reñido combate personal, salió victorioso el señor Allende, y con esto se trocaron los papeles: la fortuna se puso al lado de los independientes, y el jefe español se vió obligado a huir después de clavar toda su artillería, la cual quedó en poder de Allende.

D. Torcuato Trujillo entró a México en la más completa derrota, y esto aumentó el pánico de los adictos a los españoles. Pero el Sr. Hidalgo, en lugar de avanzar sobre México, cuya ciudad habría tomado después de tan completa derrota, estuvo vacilante y concluyó por retroceder, no obstante las instancias en contrario de Allende, Aldama y demás caudillos, quienes con esto se disgustaron bastante. Gran parte de los soldados se dispersaron por la misma causa.

Gran consternación reinaba en México por la derrota de las Cruces; y como no había manera de hacer una defensa seria de la ciudad, toda la gente procuraba ocultar aquello de más valía o estima que poseía, y se salía a los pueblos cercanos.

Venegas dispuso de cuantos elementos militares tenía a su alcance, y como recurso supremo hizo traer de su santuario a la Virgen de los Remedios, y el día 31, en la tarde, en medio de una gran función religiosa, depositó ante ella el bastón de mando, y ciñendo una banda a la santa imagen la declaró generala de las tropas realistas.

Parodia ridícula de lo ejecutado por Hidalgo, con que dió pábulo a la gazmoñería de las clases elevadas, e hizo que el pueblo ignorante levantase un altar contra otro altar.

Desde entonces la Virgen de los Remedios se llamó *la Virgen gachupina*. Retrocedió Hidalgo el 2 de noviembre rumbo a Querétaro, y el brigadier Calleja, que no había podido auxiliar a Riaño, ni había sido oportuno para llegar a México antes de la batalla de las Cruces, encontró a los independientes en San Jerónimo de Aculco, en donde los derrotó completamente el día 7 del mismo, quitándoles toda su artillería y municiones.

La noticia de este triunfo fué celebrada en México con repiques a todo vuelo y misas de acción de gracias en los principales templos.

Después de este descalabro, los jefes independientes tomaron distinto rumbo. Allende y Aldama se dirigieron a Guanajuato e Hidalgo a Valladolid. Pero este fracaso no significaba nada, pues ya la idea se había difundido por todo el país, y por todas partes aparecían caudillos que, con más o menos elementos, se adherían a la noble causa de nuestra independencia.

D. José Antonio Torres, hombre de campo y administrador de una hacienda importante, se había lanzado a la revolución desde los sucesos de Guanajuato. Con sus propios recursos y sin causar perjuicio a nadie, organizó un cuerpo de tropas, con el que comenzó a combatir en el Sur de Nueva Galicia. El Obispo de Guadalajara, D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas y las autoridades se alarmaron sobremanera, y más cuando tuvieron noticia de que el *Amo Torres* se acercaba a la ciudad.

Alistáronse al momento las tropas de la guarnición; mas como se vió que eran en número muy reducido para resistir el empuje de los insurgentes, se pensó reforzarlas, y no sin sorpresa de las autoridades se vieron organizar algunos batallones de jóvenes voluntarios de familias distinguidas, que se ofrecieron a salir a pelear con los insurgentes.

El presidente de la Audiencia, D. Roque Abarca, puso aquel ejército, en parte improvisado, al mando del teniente coronel D. Tomás Ignacio Villaseñor, y el domingo 4 de noviembre se dió la batalla en las playas de Zacoalco. Los realistas comenzaron la lucha con bélico entusiasmo; pero al fin, no acostumbrados a esta clase de fatigas y peligros, muy pronto se difundió el terror entre aquellos cuerpos de jóvenes, los que se pusieron en fuga. Respecto a las tropas disciplinadas, no pudieron resistir por su escaso número, y como consecuencia sufrieron una completa derrota las tropas realistas.

El Obispo y los Oidores huyeron inmediatamente que tuvieron noticia de la derrota de los suyos, y la ciudad se consternó, porque esperaban por momentos verse ultrajados y destrozados como había sucedido en Guanajuato. Pero no fué así: el Sr. Torres entró en Guadalajara con el mayor orden y dió a sus habitantes toda clase de garantías. Semejante conducta aumentó la popularidad de la causa, y las familias comenzaron a ver con mejores ojos aquella lucha.

Inmediatamente que Torres tomó a Guadalajara, escribió a Hidalgo y a Allende dándoles cuenta del resultado de su obra, e invitándoles a pasar a dicha ciudad.

Hidalgo accedió desde luego al llamamiento de Torres, mientras que Allende resolvió hacerse fuerte en Guanajuato y esperar el ataque de Calleja, que se aproximaba a ella.

Un acontecimiento en extremo desagradable vino a arrojar un borrón en la conducta del caudillo de la independencia, D. Miguel Hidalgo: antes de salir de Valladolid ordenó que fueran asesinados 41 españoles indefensos en la barranca de la Batea la noche del día 13 de noviembre; y el día 18 se cometió crimen igual con otros 18 en el cerro del Molcajete. Mucho pierde su brillo una causa cuando se cometen actos como los referidos.

El día 26 hizo Hidalgo su entrada triunfal en Guadalajara, donde fué recibido con toda pompa por el clero. Se dijo una misa de acción de gracias en la Catedral, y al caudillo se le colocó bajo un dosel.

En esta ciudad dió principio Hidalgo a organizar un gobierno formal; estableció dos Ministerios, y el 6 de diciembre mandó publicar un decreto aboliendo la esclavitud en todo el país. Envió a don Pascasio Ruiz de Letona a los Estados Unidos con el fin de agenciar elementos de guerra, y comenzó a disciplinar las tropas.

Entretanto, Allende en Guanajuato acaparaba con la mayor actividad todos los medios de defensa. Preparó algunas trincheras por el lugar por donde debía atacar Calleja; pero como este jefe realista estaba en comunicaciones secretas con el alférez D. Fernando Pérez Marañón, éste le informaba de todo, por lo que tuvo buen cuidado de tomar otro paso que no fuese el preparado con las trincheras.

El día 25 de noviembre se avistaron los realistas, y el jefe español, el Conde de la Cadena, dió un asalto a las fortificaciones, las que después de un reñido combate fueron tomadas por él. Esto obligó a Allende a salir de la ciudad, lo que efectuó en la tarde del mismo día.

La plebe, indignada, forzó las puertas de la alhóndiga y dió muerte de la manera más injusta e infame a 139 españoles, precisamente en los momentos en que los realistas hacían su entrada después de la salida de los independientes.

Calleja vió con horror aquel atentado y se indignó sobremanera; otro día se propuso tomar venganza de la manera más cruel e injusta:

mandó tocar a degüello, y a cuantos encontraba en la calle se les aplicaba la pena de muerte al filo de los machetes de los soldados. Tal proceder puso en consternación a la ciudad, y a no ser por Fray José María de Belaunzarán, que enérgicamente increpó a Calleja por aquella infame matanza, habrían sido más terribles los estragos causados por la crueldad del jefe español.

Desde aquí vamos a presenciar una serie de actos inhumanos emanados del carácter sanguinario del jefe español Calleja, actos de crueldad que le hicieron notable y por los que más tarde mereció la confianza del rey de España, Fernando VII, quien lo elevó al rango de virrey en recompensa de sus servicios.

Muchos inocentes que sólo salían a ver la entrada de las tropas sucumbieron al filo de los machetes, víctimas de aquella terrible orden, sin que con esto terminara la efusión de sangre. Calleja tenía sed de venganza y hubiera querido tener en un puño a todos los defensores de la causa insurgente para arrancarles la vida de un solo golpe.

Poco después fueron diezmados 200 hombres, y al día siguiente se repitió aquella escena de sangre con los 180 sobrantes.

A todos aquellos que de alguna manera habían tomado parte en la independencia, muchos de ellos obligados por la fuerza, fueron fusilados; entre éstos se cuentan: a D. Francisco Gómez, que fué nombrado intendente por Hidalgo; á D. Rafael Dávalos, director de la fundición de cañones; a D. José Ordóñez, a D. Mariano Ricochea y a otras personas caracterizadas.

Poco después fué fusilado D. Casimiro Chovel, notable matemático, y todos aquellos que eran acusados de haber pertenecido a los insurgentes. Tan reprobable conducta no pudo menos que hacer de Calleja la figura más repugnante entre los defensores del trono español en México, sin quedar atrás su inmediato, el Sr. Flon.

Don Rafael Iriarte, hombre de muy malos antecedentes, había abrazado la causa de la independencia, logrando apoderarse de la ciudad de Zacatecas, por lo que Allende se determinó a dirigirse a este punto; pero llamado por Hidalgo, tuvo que contramarchar, rumbo a Guadalajara, adonde llegó el 12 de diciembre.

En esta ciudad volvió a manchar sus manos el Sr. Hidalgo autorizando la degollación de unos 200 españoles que tenían presos, los cuales fueron sacados fuera de la ciudad en diversas partidas de 20 a 30. Tales actos venían a rebajar mucho el mérito del caudillo,

pues parece que de esta manera se proponía imitar al sanguinario Calleja. El torero Marroquín era el instrumento de estos horrores.

Después de haber vuelto a caer en poder del Gobierno virreinal las ciudades de Guanajuato y Valladolid, ya no pensó el Virrey en otra cosa que en aniquilar la revolución, por lo que se propuso reunir todos sus elementos para dirigir un ataque general a Guadalajara y capturar al jefe de ella. Con tal motivo ordenó a Calleja que con el ejército del Centro, a Cordero con el del Norte, y al brigadier don José de la Cruz con 2.000 hombres, reconcentraran sus fuerzas, y reunidos bajo las órdenes del primero, dirigieran sus operaciones de guerra sobre Guadalajara.

Los independientes, por su parte, reunidos en junta de guerra, deliberaban sobre la manera de realizar la defensa: Hidalgo proponía que saliesen a encontrar al enemigo al puente Grande, y Allende se oponía por temor al desconcierto de las masas indisciplinadas; pero al fin tuvo mayoría la opinión del Sr. Hidalgo, y el día 14 de enero de 1811 salieron las tropas al mediodía, habiendo hecho dos para llegar al puente de Calderón, no obstante distar solo 12 leguas al Este de la ciudad.

Calleja no esperó la incorporación de las demás tropas, como lo había ordenado el virrey Venegas, pues deseaba a todo trance ser él únicamente el héroe de aquella jornada; a Cordero se le desertaron la mayor parte de sus soldados, mientras que Cruz fué detenido cerca de Zamora por el insurgente Ruperto Mier, quien con 2.000 hombres de los que sólo 80 tenían fusiles, le interceptó el paso presentándole formal batalla. Esto hizo demorar a los jefes realistas, por lo que Calleja no quiso esperar más.

Las huestes independientes que se situaron en el puente de Calderón ascendían a 30.000 hombres, la mayor parte indisciplinados y muy mal armados, puesto que casi todos llevaban palos, hondas, lanzas y sables, y aunque disponían de 95 cañones, muchos de éstos eran de fierro y otros de madera reforzados con cinchos de metal; mientras que Calleja se presentaba con un ejército de 7.000 hombres bien disciplinados y perfectamente armados, con la ventaja también de llevar muy hábiles jefes subalternos.

El día 16 de enero atacó Calleja el puente de Calderón. Sumamente reñida fué la lucha, peleándose con extraordinario valor por ambas partes. Hidalgo había situado un respetable número de cañones en la



Don Miguel Hidalgo y Costilla

Copia del retrato que se conserva en la Ciudad de Dolores, Gto.

altura más elevada, y otro número menor en otras menos altas; de manera que por cualquier lado que atacaran los realistas tenían que ser destrozados, y por ello Calleja tuvo necesidad de combinar otro plan de ataque.

Llegada la noche, se suspendieron los fuegos y cada cual estuvo a la expectativa. El día 17 en la mañana dividió Calleja su ejército en dos columnas: una que puso al mando de Flon, su segundo, con orden de atacar al enemigo por la izquierda, mientras que él con la otra atacaba por la derecha, cayendo sobre los independientes simultáneamente.

Mientras se verificaba este asalto, un fuerte destacamento de caballería realista, al mando de Emparán, avanzaba por la margen derecha del río para atacar al enemigo por la retaguardia, y el coronel Jalón se arrojaba sobre una batería colocada algo abajo por la misma margen.

Ya se comprenderá que todas estas combinaciones eran un amago terrible para los insurgentes.

El ataque fué tenaz, y la defensa digna de los hijos de México. Flon escaló la altura, y dando un ataque a la bayoneta logró desalojar a los insurgentes de sus posiciones, obligándolos a replegarse al centro y quitándoles la artillería de los puntos perdidos. Calleja, entretanto, cargando sobre el enemigo por el otro flanco, hacía terribles estragos con su artillería, protegiendo de esta manera el ataque del Conde de la Cadena.

Este, entusiasmado con sus primeros triunfos, quiso escalar la altura principal como lo había hecho antes, para desalojar por completo a los independientes; pero tropezando con el grueso de las tropas principales, sufrió tan terrible carga, que tuvo que retroceder en completo desorden, en tanto que el jefe realista Emparán también era rechazado y retrocedía para incorporarse a los suyos, bastante herido. Con esto comenzaron a desmoralizarse los soldados de Calleja y a manifestarse el triunfo de parte de Hidalgo. Pero un rasgo de habilidad militar de aquél salvó la situación, pues ordenó violentamente a Jalón que protegiese la retirada de Flon, mientras por otra parte una compañía de granaderos auxiliaba a los rechazados realistas.

Entonces, viéndose Calleja en situación tan aflictiva, ordenó un ataque decisivo, en el que la artillería disparaba sobre los insurgentes a medio tiro de fusil, por lo que los destrozos eran incalculables;

pero los insurgentes, por su parte, hacían prodigios de valor, y contestaban con un nutrido fuego de artillería y fusilería, sin escasear las piedras que lanzaban.

El triunfo estaba indeciso, y los realistas ya vacilaban nuevamente, cuando un accidente desgraciado en el campo de los insurgentes vino a decidir de la victoria: es el caso que de una manera casual cayó una bomba del campo realista en el parque, por lo que, incendiado éste, causó un violento estrago en los insurgentes; y no fué esto todo, sino que como el pasto en esta región es muy abundante y estaba seco, y por otra parte soplaba un viento muy fuerte, se incendió, y una densa nube de humo cubrió a los insurgentes, haciendo imposible ya la defensa, pues las llamas les azotaban en la cara, y muchos perecieron asfixiados y otros quemados. Tal confusión les puso en completa derrota, la que no se debe a otra cosa más que a la desgracia, y no al valor y habilidad de los realistas; derrota que vino a prolongar por once años aquella lucha que habría terminado con el triunfo de los independientes en esta fecha memorable.

Al apercibirse los realistas del desconcierto que reinaba entre los insurgentes, cargaron sobre ellos, y el sanguinario Flon, ansioso de vengarse del descalabro que había sufrido en el ataque de la mañana, caminaba a la vanguardia en persecución de los vencidos, sembrando el campo de cadáveres. Detuviéronse los vencidos, protegidos por una columna que aun hacía fuego sobre los realistas, y descargando sobre el Conde sus armas cayó acribillado de balas, con lo que se suspendió aquella tenaz persecución. Su cadáver fué recogido al otro día, hecho pedazos.

Después del desastre de Calderón, partió el Sr. Hidalgo para Aguascalientes, en donde se le unió Iriarte: poco después fué alcanzado por Allende, Aldama y otros jefes, quienes le obligaron a renunciar el mando militar en favor de Allende, conservando sólo el político. Esto era lógico, por ser Allende un soldado práctico y hábil, toda vez que el descalabro del día 17 de enero se debió en gran parte a la impericia del Sr. Hidalgo. Allende todavía la víspera insistía en que se dividiera el numeroso ejército en varias partidas para no arriesgar el éxito en la batalla de una sola jornada.

Llegaron los jefes independientes a Zacatecas, y de allí se dirigieron al Saltillo, en donde el caudillo D. Mariano Jiménez se encontraba fuerte y había logrado rechazar a los realistas que atacaron a esta

ciudad. Así, unidas las fuerzas de ambos, podrían estar más seguros y reorganizar su ejército para continuar sus operaciones militares.

Entretanto, Calleja entraba en Guadalajara, en donde los mismos que habían recibido con pompa a Hidalgo poco antes, le tributaron toda clase de honores deshaciéndose en protestas de fidelidad al Gobierno español. El Obispo y los Oidores volvían llenos de júbilo por el triunfo del brigadier, quien declaraba muy infatuado que la revolución había sido ya aniquilada y sólo restaba castigar a los sediciosos. Mas el jefe español se equivocaba, porque en el vasto territorio del país abundaban los corazones magnánimos que estaban resueltos a sacrificarse por la libertad de su patria.

En el Saltillo recibieron los jefes insurgentes, por conducto del general Cruz, una comunicación en que se les ofrecía el indulto; contestaron ellos al Virrey de la manera más digna y patriótica, diciéndole que «el indulto era para los criminales y no para los defensores de la patria».



CAPITULO XXIII

El teniente coronel Elizondo.—Su traición.—Prisión de los jefes independientes, su proceso y muerte.—El licenciado D. Ignacio López Rayón.— Retirada de Zacatecas.— Junta de Zitácuaro.—Don José María Morelos.—Revolución y triunfos en el Sur.—Moneda de Morelos.—Toma y destrucción de Zitácuaro.—El cura Matamoros.—Morelos se retira a Cuauhtla.

En el Saltillo se les presentó el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, que se había pasado de las tropas realistas a las filas insurgentes, pretendiendo de Allende un ascenso: quería Allende introducir el orden en el ejército, y no condescendió a ello, quedando Elizondo muy contrariado y con ansia de vengarse de aquel desaire.

Pocos días después se encontró con el obispo de Linares, don Primo Feliciano Marín, que huía de los insurgentes, y confiándole su resentimiento, éste le indujo a volver a sus antiguas banderas, tramando entonces entre ambos el proyecto infame de traicionar y apoderarse de los jefes independientes.

Caminaban éstos para Monclova, teniendo que atravesar por un desierto en donde casi no se encuentra agua, razón por la cual el ejército iba fraccionado, dando lugar a que se abasteciesen todos de aquel líquido, cuando fueron atacados, cayendo los principales jefes en una emboscada que les preparó Elizondo, el 21 de marzo de 1811, en el lugar nombrado Acatita de Baján.

Allende se defendió valerosamente, pero tuvo que sucumbir ante el número; así lo hicieron también Hidalgo y los demás.

Remitió Elizondo todos los prisioneros a Monclova, y de allí se les envió a Chihuahua en machos, atados y aherrojados, custodiándoles una fuerte escolta, y en tal estrechez, que ni de noche soltaban sus cadenas.

En esta ciudad se les formó causa de infidencia, y fueron fusilados

por la espalda, como traidores, Allende, Aldama, Jiménez y Santa María, el miércoles 26 de junio de 1811.

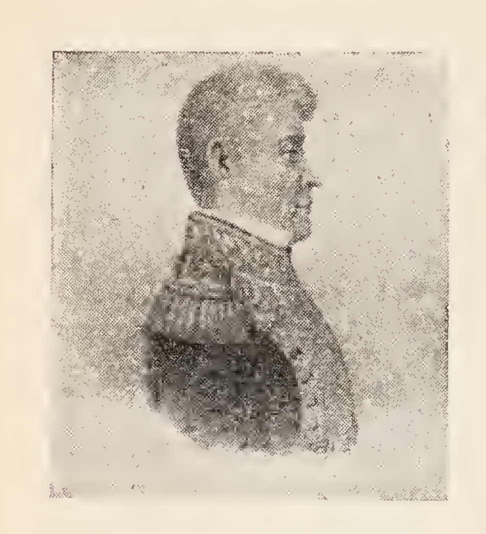
La ejecución de Hidalgo se demoró hasta el día 30 de julio, en virtud de que era indispensable, según el derecho civil y canónico, que fuese antes degradado de su carácter sacerdotal: a este efecto tuvo que venir un delegado del obispado de Durango a seguirle el proceso y practicar las ceremonias correspondientes a la degradación; para verificarla se le quitaron los grillos y se le revistió con su traje de eclesiástico; una vez ante sus jueces, se le puso de rodillas para que en esta postura recibiera la notificación en que se le hacía saber que quedaba degradado de su carácter sacerdotal. Acto continuo se le despojó de la sotana, se le volvieron a poner los grillos y se le entregó ya definitivamente al tribunal militar para que lo juzgase y sentenciase.

Después de esto volvió a su prisión, de donde pasó a un corral del mismo hospital que le servía de cárcel, y allí fué fusilado el martes 30 de julio de 1811, a las siete de la mañana. A Camargo, Lanzagorta, Santos Villa, Zapata, Chico y D. Mariano Hidalgo, con otros jefes que en conjunto pasaban de 30, se les fusiló en diferentes días.

Decapitaron los cadáveres de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y después de salar las cabezas fueron colocadas dentro de jaulas de hierro, enviadas a Guanajuato y colgadas en largas escarpias en los cuatro ángulos del castillo de Granaditas el 14 de octubre de 1811. Allí permanecieron hasta el 28 de marzo de 1821, en que el general D. Anastasio Bustamente mandó se quitaran y se enterrasen en el panteón de San Sebastián de Guanajuato. De ese lugar pasaron a la cripta del altar de los Reyes, de la catedral de México, el 17 de septiembre de 1823, y hoy se guardan en la capilla de San José de la misma catedral, sitio a que fueron trasladadas el 30 de julio de 1895.

Era el Sr. Hidalgo de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes y vivos; tenía la cabeza algo caída sobre el pecho, estaba bastante cano y calvo, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato común, pero animado cuando argumentaba a estilo de colegio; usaba capote de paño negro, sombrero redondo y bastón grande, y componía su vestido el calzón corto, chupa y chaqueta de un género que venía de la India y se llamaba rompecoche. Conservó toda su vida el sobrenombre de «Zorro» con que desde joven le apodaron sus condiscípulos y que lo caracterizaba fielmente.

Entre los primeros adictos a la independencia se cuenta al *licenciado D. Ignacio López Rayón,* nacido en Tlalpujahua (Michoacán), y en donde vivía ocupándose del beneficio de las minas cuando el ilustre Hidalgo lanzó el grito de independencia. Abandonando comodidades y bienestar, secundó el plan que ofrecía la libertad a su patria, y se presentó al Sr. Hidalgo ofreciéndole sus servicios, que fueron aceptados y utilizados en calidad de secretario del inmortal caudillo.


General Ignacio Rayón.

Al separarse de los primeros caudillos en el Saltillo y después de la catástrofe del puente de Calderón, quedó Rayón nombrado jefe de la revolución; por eso, al saber la muerte de éstos en Chihuahua, se retiró rumbo a Zacatecas con algo más de 3.000 hombres, que mandaba D. José Antonio Torres, D. Juan Pablo Anaya, D. Víctor Rosales, Ponce y Villalongín. Llegó ante él, como único escapado de Acatita de Baján, D. Rafael Iriarte, y parece que por la manera como refirió el hecho y otras circunstancias, pudo comprender Rayón que él no era extraño a la prisión de los mencionados caudillos, y por ello lo mandó fusilar.

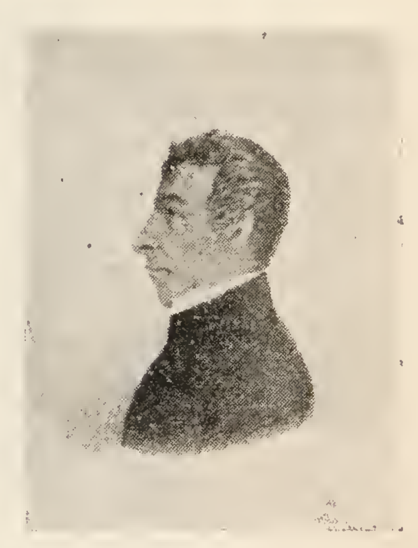
El día 1.º de abril fué atacado en los Piñones por el jefe realista Ochoa, a quien derrotó completamente, quitándole todo su equipo de guerra. Este triunfo alentó a los insurgentes, y cuando más adelante se presentó D. Juan Zambrano a interceptarles el paso corrió la misma suerte que Ochoa. Con tales triunfos, no se atrevieron los realistas a oponer resistencia a su entrada en Zacatecas.

Sabedor Calleja del triunfo de Rayón, y convencido de que la revolución estaba muy lejos de haberse sofocado, se dirigió al punto a esa ciudad con intención de recuperar la plaza. Comprendió el jefe insurgente la desigualdad de una lucha, y se resolvió a abandonar a Zacatecas, dirigiéndose con rumbo a Pátzcuaro; pero en el camino le dió alcance Emparán y le derrotó en «Maguey» el día 3 de mayo. Algo se levantó el espíritu de los independientes con los triunfos que después alcanzó el denodado Torres en «La Tinaja» y «El Zapote», y el 24 y 25 del mismo mes sobre las tropas de Linares y Robledo, aunque sin lograr nada en Valladolid, cuya plaza atacó el día 30 y fué rechazado.

Confiado Emparán en su triunfo de «El Maguey» perseguía sin

cesar a Rayón, resuelto a destruirlo; y el día 22 de junio, frente a Zitácuaro, sufrió el jefe realista una completa derrota por el jefe insurgente. En tal virtud, vistos los triunfos alcanzados por Rayón, creyó este caudillo muy conveniente organizar una junta de gobierno, lo que llevó a cabo el día 19 de agosto, estableciéndola en esa misma población. Esta junta se conoce en la historia por la *Junta de Zitácuaro* y la integraron los Sres. Rayón, Liceaga, Verduzco y Garza.

La revolución iba, pues, tomando mejor forma; porque teniendo un centro de operaciones donde converger, sus resultados debían ser más seguros. Era un paso gigantesco el que se había dado; y si a esto añadimos los triunfos alcanzados por Morelos, su porvenir se presentaba más halagador para los insurgentes y más sombrío para los realistas.


Dr. J. Sixto Verduzco.

Regresaba el Sr. Hidalgo de Valladolid, con rumbo a Toluca, cuando en el pueblo de Indaparapeo le alcanzó un eclesiástico que servía uno de los curatos más pobres de la Tierra caliente de Michoacán, y respondía al nombre de JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN. Manifestó su entusiasmo por la causa de la independencia y los vehementes deseos que tenía de ayudarla en cuanto le fuese posible, ofreciendo para ello su persona y seguirle en calidad de capellán de su tropa.

Conocía Hidalgo el temple y valor extraordinarios de aquel sacerdote, y queriendo utilizarle en toda su valía, en vez de llevarle consigo le dió el encargo de expedicionar por las costas del Sur y levantar tropas, con el encargo muy especial de apoderarse de la fortaleza de Acapulco. Esto acontecía el mes de octubre de 1810.

Con su nombramiento y las instrucciones verbales referidas se dirigió el Sr. Morelos a su curato de Carácuaro, con sólo dos criados, y por todas armas una escopeta y dos pistolas; llegado que hubo a él reunió unos 25 hombres tomando rumbo a Churumuco y de allí a Cuahuayutla, donde se le incorporó D. Rafael Valdovinos y alguna más gente. En Técpam conquistó a los hermanos *D. José* y *D. Hermenegildo Galeana,* y con el auxilio de ellos montó su ejército hasta el número de 3.000 hombres.

Su punto objetivo, como se lo había recomendado Hidalgo, era Aca-

pulco, por lo que todas sus operaciones tendían a preparar un ataque a él. Satisfecho de su Estado Mayor, por contar en él a los hermanos Galeana, en quienes tenía la mayor confianza, se dirigió al puerto.

El día 9 se apoderó del cerro del Veladero, cerca de Acapulco, y para mayor seguridad dejó a Valdovinos con 700 hombres para que conservara aquella posición. Entonces Carreño, gobernador del puerto, mandó contra él una fuerza de 400 hombres al mando de Calatayud, los que a los primeros tiros huyeron, siendo el caso muy original, porque también los insurgentes hicieron otro tanto; mas como éstos se



Monedas de Morelos. (Cobre.)

apercibieran de que, como ellos, huían sus contrarios, volvieron al ataque y los derrotaron completamente. Con esto mejoró considerablemente la situación de Morelos.

Después de algunos encuentros, en cuya mayor parte eran vencedores los independientes, estrechó Morelos el sitio de Acapulco. Un sargento de artillería ofreció entregar una posición; pero al aproximarse Morelos fué rechazado con grandes pérdidas. Siguieron después

las escaramuzas, hasta que el día 3 de mayo de 1811 levantó el sitio, dejando fortificado el cerro de Veladero. Se retiró en seguida para Chilpancingo, en donde se le unieron los Bravo, *D. Leonardo, don Víctor, D. Miguel* y *D. Nicolás.*

De Chilpancingo se dirigió a Tixtla, cuya población tomó, y en donde derrotó al jefe español D. Juan Antonio Fuentes. Después tomó a Chilapa.

Surgió entonces una revolución en el seno de los independientes, capitaneada por el capitán Tabares: en el mes de abril de 1811 había



Monedas de Morelos. (Cobre, oro y plata.)

enviado Morelos a éste y al teniente norteamericano Faro a que diesen parte al Sr. Hidalgo de los adelantamientos y triunfos alcanzados en el Sur, comisión que desempeñaron ante el general Rayón, quien los premió con el grado de Brigadier al primero y de Coronel al segundo, ascenso que el caudillo del Sur no les reconoció, y en venganza de lo cual provocaron una revolución de castas en los pueblos costeños. Al punto que a conocimiento de Morelos llegó ese desorden,

dictó las convenientes medidas para atacar mal de tanta trascendencia, y marchó sobre el capitán Mayo, que defendía aquella idea. lo venció y fusiló en unión de Faro y Tabares.

Entre las medidas políticas que Morelos dictó, encaminadas a favorecer a sus tropas con los recursos necesarios sin ser gravoso a los pueblos, fué la invención de *la moneda de cobre,* que decretó se acuñase y corriese en el comercio en *calidad de libranza,* pagadera por las arcas nacionales, en oportunidad propicia, por su bando dado en el cuartel general de Tixtla el 13 de julio de 1811.

Fué tal su aceptación y crédito, que a más de los valores de las primeras decretadas, se hicieron más tarde otras de cuatro reales y no pocas de plata y oro de diversos tamaños.

El establecimiento de la junta de Zitácuaro, así como sus trabajos de organización, inspiraron serios temores al Virrey, que dió orden a Calleja para que a todo trance ocupase aquel lugar en el cual se había estrellado Emparán.

Al efecto salió dicho jefe de Guanajuato, dirigiendo antes una proclama en la que ofrecía por Rayón, vivo o muerto, la suma de diez mil pesos, e igual cantidad por cualquiera de los miembros de la Junta.

El 1.º de enero de 1812 se encontraba el ejército realista frente a Zitácuaro, y al amanecer del siguiente dió un asalto que en pocas horas le hizo dueño de la plaza, que aunque bien situada, no supo Rayón fortificar ni aprovechar.



Reconcentradas las principales tropas virreinales para efectuar lo narrado, quiso aprovecharse de ello Morelos, dividiendo su gente en cuatro secciones que confió respectivamente, a D. Ignacio Ayala, en el Veladero, para sostener el asedio de Acapulco; a D. Miguel Bravo, con el fin de contener las fuerzas que pudiesen venir de Oaxaca; a D. Hermenegildo Galeana, que debería ayudar con la otra a Zitácuaro y ocupar a Toluca, quedándole a él la restante para amagar a México y Puebla.

Tan bien pensada combinación vino abajo, pues nunca creyó Morelos que tan pronto sucumbiese Rayón.

La conducta de Calleja en esta vez fué digna émula de las anteriores, pues a más de ejecutar sus acostumbradas carnicerías, mandó incendiar la ciudad de Zitácuaro sin respetar ni el templo.

Libre de esa atención, se dedicó a atacar a Morelos, que acababa de alcanzar estos triunfos: en Chautla de la Sal, el día 5 de diciembre de 1811, derrotó al hacendado D. Mateo Musitu, haciéndole prisionero y mandándolo luego fusilar; el 10 del mismo se apoderó de Izúcar, y ahí se le reunió el cura de Jantetelco *D. Mariano Matamoros*, una de las más grandes figuras de esa guerra y a quien Morelos, por su valor y perspicacia, llamaba *su brazo derecho;* a continuación derrotó al teniente Soto, que le había atacado.



General Mariano Matamoros.

Galeana, por su parte, se había apoderado de Tepecoacuilco e hizo capitular el 24 de diciembre en Tasco a D. Mariano García Ríos, a quien Morelos mandó fusilar con todos sus oficiales, faltando a lo convenido entre aquél y Galeana.

A estos triunfos de no escasa importancia siguió otro en 23 de enero de 1812, conseguido en Tenancingo, contra el brigadier D. Rosendo Polier, dirigiéndose después a Cuauhtla, donde resolvió fortificarse para esperar a Calleja.



CAPÍTULO XXIV

Sitio de Cuauhtla.— Hazañas de los insurgentes.— Morelos rompe el sitio.— Crueldades de Calleja.—Morelos en Huajuapan.—Rasgo heroico de D. Nicolás Bravo.— Sitio y toma de Oaxaca por Morelos. — Su retrato.— Es nombrado Calleja virrey de México.— El primer Congreso nacional o de Chilpancingo.— Morelos ataca a Valladolid.— Prisión y muerte de Matamoros.— Fernando VII sube al trono de España.—Constitución de Apatzingan.—Fuga del Congreso.—Morelos prisionero. —Su muerte.—Junta de Janjilla.—Caudillos independientes de la isla de Mexcala. —El Virrey D. Juan Ruiz de Apodaca.—Indultos de jefes independientes.—Rendición de Cóporo.

Como jefes superiores acompañaban a Morelos en Cuauhtla el Sr. Matamoros, D. Hermenegildo Galeana y los Bravo, habiéndose quedado el bizarro D. Vicente Guerrero en Izúcar, en donde rechazó al jefe español Llano, que pretendió tomar esta plaza para ayudar a Calleja.

Contaba Morelos con unos 4.000 hombres, la mayor parte de caballería, en tanto que Calleja avanzaba con una brillante división de 8.000 de las tres armas.

El día 19 de febrero de 1812, al amanecer, dieron los realistas el asalto, divididos en cuatro columnas, en el que dirigieron el ataque con mayor vigor contra las trincheras situadas en la plaza de San Diego. Al aproximarse el enemigo a los parapetos, recibió tan nutrido fuego, que tuvo que retroceder en desorden. Las otras tres columnas fueron igualmente rechazadas, no obstante haber logrado introducir la confusión entre los insurgentes, quienes bajo la energía de su general, se rehicieron y rechazaron al enemigo. El último ataque lo dirigió el mismo Calleja; mas a pesar de su buena suerte, fué rechazado con grandes pérdidas y completo desorden.

Convencido de la imposibilidad de tomar la plaza bajo aquellas condiciones, resolvió en Consejo de guerra ponerle sitio; para esto le fué preciso mandar a la capital por artillería de grueso calibre, morteros para lanzar bombas y abundantes municiones de guerra.

El día 10 de marzo comenzó el bombardeo, y por cuatro días consecutivos estuvieron lloviendo sobre Cuauhtla las balas y las bombas; mas a pesar de los destrozos que hacían, no se veía decaer el ánimo de los defensores, que contestaban con vigor al enemigo, enviándole también sus proyectiles. Las brechas que las balas enemigas abrían durante el día, eran reparadas por la noche; por lo que a la mañana siguiente se veía el ejército realista obligado a comenzar de nueva cuenta.

Los realistas cortaron el agua potable, y los insurgentes bebieron con resignación la salobre de los pozos. Calleja, al comprender que era imposible tomar la plaza por la fuerza, se resolvió a emplear la maña, convirtiendo el sitio en verdadero bloqueo. Pasaron muchas semanas, y el hambre comenzó a afligir a los sitiados, que, no obstante esto, sufrían con resignación aquellas penalidades, emprendían constantes salidas, en las que causaban grandes bajas al enemigo, y cuando regresaban a la plaza eran saludados con entusiastas vivas. Todos los que morían eran sepultados al lúgubre tañido de las campanas. Tan esforzados eran estos valientes campeones de la libertad, que les estaba prohibido hablar de rendición bajo pena de la vida.

Calleja trató de apelar a las promesas para ganar a Morelos, y le envió una embajada ofreciéndole el indulto, a la que con sardónica gracia contestó el caudillo: «Decidle que yo le ofrezco otro tanto.» Semejantes muestras de valor llenaron de admiración al jefe español, de tal manera que no pudo menos que dirigir al Virrey las siguientes palabras: «Son unos verdaderos héroes, y si su causa fuera justa, merecerían un digno recuerdo en las páginas de la Historia.»

El llamaba injusta a la más justa de las causas, y por lo mismo que era una causa muy justa, la Historia recuerda con gratitud y admiración los esfuerzos de valor hechos por los insurgentes en el memorable sitio de Cuauhtla. Muy justa, justísima era la causa, y así lo juzgan hoy las generaciones presentes.

La situación era desesperada en ambos campos: en el español morían diariamente los soldados, víctimas del mortífero clima de la costa, al que no estaban acostumbrados, y en el hospital tenían más de 800 enfermos a fines de abril. En la plaza sitiada habían llegado al extremo las condiciones aflictivas por la escasez de víveres, pues se alimentaban con lagartijas, ratas, ratones, insectos, y hasta con

cueros viejos de los arneses que remojaban, por lo que aquellos héroes parecían verdaderos espectros que vagaban por las calles. A esto se añadía que la peste también los comenzaba a invadir; mas, a pesar de todo, no se pensaba en la rendición, y Calleja no se atrevía a emprender otro asalto.

Los insurgentes esperaban con ansia las lluvias, porque entonces la peste tendría que acabar con los sitiadores. Para colmo de sus desdichas, en ese año se retardaron mucho: un día vagaban entre los dos campos unas reses, y a fin de poderlas coger tuvieron que librar una verdadera batalla.

Ya no era posible prolongar por más tiempo aquella situación, y el día 27 de abril hicieron un esfuerzo supremo por romper el sitio; pero ante la gran superioridad del número de los sitiadores, nada podían los insurgentes, por lo que se resolvió Morelos a romper el cordón enemigo y escaparse. Una oportunidad muy favorable se le presentó al mandarle Calleja una copia de la amnistía general, expedida por el Virrey, a todos los que voluntariamente depusieran las armas.

Morelos ejercía una influencia decisiva en el ánimo de sus soldados, y estaba seguro que con él irían hasta la tumba si era necesario. El día 1.º de mayo, en la noche, formó sus tropas en la plaza de San Diego y les hizo saber su resolución, advirtiéndoles cuál era el lugar en donde deberían reunírsele, dado el caso de un descalabro en su salida. A las dos de la mañana del día 2 salieron de la población con el mayor silencio dejando las luces encendidas en las fortificaciones.

La vanguardia iba compuesta de 1.000 hombres de infantería bien armados y apoyados por 250 dragones; a continuación marchaba un gran número de tropas muy mal armadas, pues llevaban machetes, lanzas, mosquetes, hondas y palos, y con ellos una muchedumbre de gente de todos sexos y edades; la retaguardia la cubrían con un batallón de infantería, que llevaba los bagajes y dos piezas de campaña en su centro.

Todo estuvo arreglado con tal habilidad, que, por más de dos horas, no supo Calleja lo que hacían los insurgentes. Tomaron éstos la dirección del río con tal sigilio, que pudieron llegar sin ser sentidos hasta las trincheras de los realistas. Sorprendieron a la guardia y la rechazaron, destruyeron las trincheras violentamente para abrirse

paso, y se dirigieron al río, el que pasaron por zarzos preparados al efecto.

Como era muy natural, el enemigo se vino encima de los fugitivos y los atacó por el flanco y por la retaguardia. Morelos se defendió con extraordinario valor, y cuando ya contaba con unas 800 bajas, observando que el enemigo venía a flanquearlo por el otro lado, juzgó que era el momento oportuno de hacerle la última burla. Dió la señal convenida, y sus tropas se dispersaron con tal rapidez, que los realistas no se apercibieron de esto, y por mucho rato se estuvieron haciendo fuego los mismos soldados de Calleja, causándose terribles estragos, hasta que descubrieron su error.

Morelos en la refriega se cayó del caballo y sufrió la fractura de dos costillas; pero así continuó la fuga por la vía de Zacatepec, en donde fué alcanzado por una avanzada realista. Su escolta peleó entonces con tal ardor, que logró salvarlo, no obstante haber sucumbido la mayor parte, y no sin haber causado el terror y escarmiento de los perseguidores.

El lugar designado para la reunión era Chautla, y allí se dirigió nuestro caudillo, en donde muy pronto pudo verse a la cabeza de un respetable ejército, con el que se preparó a emprender nuevas campañas. Setenta y tres días duró el sitio de Cuauhtla, sostenido por un puñado de valientes, contra 8.000 soldados de lo más florido del ejército realista.

Volvamos por un momento nuestras miradas hacia Cuauhtla. El sanguinario Calleja se puso frenético ante la burla que acababa de sufrir, e irritado por el chasco que habían llevado sus soldados matándose unos con otros, quiso vengarse.

En las orillas de Cuauhtla y en medio del campo había multitud de personas indefensas que de la población habían salido: sobre ellas descargó su furor, matando sin distinción alguna, al grado de quedar regado el camino en un trayecto de varias leguas con los cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Estableció el Sr. Morelos, después de su salida de Cuauhtla, su cuartel general en Chautla, y allí derrotó a Páris, recuperó luego a Chilapa y fué a auxiliar a Huajuapan, donde D. Valerio Trujano, al frente de 500 hombres, se sostuvo contra más de 2.000 que militaban bajo las órdenes de Caldelas y Régulez, desde el 16 de abril hasta el 24 de julio.

La llegada de Morelos obligó a los realistas a levantar el sitio y retirarse a Oaxaca, con grandes pérdidas de hombres y municiones.

Rumbo a Tehuacan salió Morelos, y a principios de Agosto venció a Labaqui, que venía de Veracruz, en San Agustín del Palmar; atacó a Jalapa en 11 de septiembre, sin lograr rendir al realista Hevia; a los siete días después dió sobre el coronel Aguilar, junto a San José de Chiapa, y fué rechazado. Este avance contra el caudillo del Sur creó cierta confianza entre los realistas, y merced a ella fueron sorprendidos en Orizaba el 28 de octubre, teniendo que sucumbir después de esforzada pelea.


General Leonardo Bravo.

Morelos se hizo en esta ciudad de buenos recursos, y mandó quemar gran cantidad de tabaco estancado, valuado en 14.000.000 de pesos.

Un acontecimiento de alta importancia vino a dar mayores simpatías a la causa insurgente. Fué éste que el Gobierno virreinal había aprisionado al general D. Leonardo Bravo, padre del coronel D. Nicolás, a quien ofreció Venegas su vida si se acogía a indulto. Ante aquella terrible disyuntiva Morelos dejó en completa libertad a su subordinado, que sacrificó sus sentimientos personales en aras de la causa de la patria, por lo que el ilustre Morelos le autorizó a ofrecer un canje por la vida de su padre.


General Nicolás Bravo.

No quiso aceptarlo el Virrey, y con la mayor crueldad mandó dar garrote vil a aquel patriota: en vista de ello Morelos ordenó a Bravo que en represalia fusilase a 300 prisioneros que tenían tomados en la acción de Palmar y Puente del Rey. Poseído de intenso dolor. y no menor indignación, mandó D. Nicolás Bravo sacaran a los 300 prisioneros, que llenos de temor esperaban la muerte; mas



Don José María Morelos

no fué así, porque en presencia de todo el ejército insurgente les hizo saber que no imitaría la ruin y cobarde conducta del Virrey, sino que les perdonaba la vida y los dejaba en absoluta libertad. Acto tan heroico fué designado con el nombre de *la venganza insurgente*, que aconteció en septiembre de 1812.

Permaneció Morelos en Orizaba hasta el 31 de octubre, y el 1.° de noviembre tuvo que replegarse hasta Aculcingo, rechazado por Aguila, continuando luego en reorganizar su tropa, y con aparentes movimientos sobre Puebla, se dirigió a Oaxaca al frente de 4.000 hombres con 40 cañones.

Esta importante ciudad estaba defendida por González Saravia, y cayó en poder de Morelos el día 25 de noviembre, teniendo que soportar el saqueo de sus casas y otros actos de brutalidad militar. Régulez y Saravia con otros oficiales realistas fueron fusilados.

Entre las varias órdenes que entonces dictó fué una el hacer troquelar bastante cantidad de moneda de cobre, de la misma especie de aquella que emitió en el Sur. Aprovechando su permanencia en la ciudad se hizo retratar por un indio mixteca, en traje de capitán general.

Se preparaba Venegas a recobrar la plaza de Oaxaca, cuya toma fué muy comentada, cuando le vino orden de entregar el gobierno a D. FÉLIX MARÍA CALLEJA DEL REY, y lo hizo el día 13 de febrero de 1813.

Con el fin de activar la toma de Acapulco, salió Morelos de Oaxaca el 7 de febrero, logrando su objeto, hasta el día 19 de agosto, y dando con ello tiempo a que el nuevo Virrey reorganizara sus fuerzas.

Veía con dolor Morelos que los jefes insurgentes obraban todos de por sí y en completo desacuerdo, por falta de un centro común, y a este objeto se propuso organizar un *Congreso Nacional*, para lo cual llamó a la *Junta de Sultepec;* mandó que nombraran diputados en Oaxaca y demás poblaciones libres, y él mismo nombró los diputados por las provincias que estaban aún en poder del Gobierno virreinal. Así quedó el instalado PRIMER CONGRESO NACIONAL, establecido en Chilpancingo el 14 de septiembre, y formado por los siguientes diputados: D. Ignacio L. Rayón, Dr. José Sixto Verduzco, Dr. José M. Liceaga, Ldo. D. Carlos María Bustamante, Dr. José M. Cos, Ldo. Andrés Quintana Roo, D. José María Murguía y Ldo. José Manuel de Herrera.

Morelos depuso el mando ante él, y este honorable cuerpo lo nombró jefe del Poder Ejecutivo, sin admitirle que lo renunciase.


Chilpancingo: Casa donde se juró la independencia de México.

Acto continuo procedió a levantar el Acta de la Independencia, promulgada por un decreto el día 6 de noviembre de 1813, en estos términos:

«El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo, de la América septentrional, por las provincias de ella, declara solemnemente a presencia del Señor Dios, Árbitro moderador de los imperios y autor de la Sociedad, que los da y los quita, según los designios inescrutables de su Providencia: que por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada; que en tal concepto queda rota para siempre jamás, y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y la paz, y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica y romana, y mandar embajadores y cónsules; que no profesa y reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas y conservación de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traición a todo el que se oponga directa o indirectamente a su independencia, ya protegiendo a los europeos opresores, de obra, palabra o por


Lic. Carlos M. de Bustamante.

escrito; ya negándose a contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra, hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras, reservándose el Congreso presentar a ellas, por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los Gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma.»

En diciembre se dirigió Morelos a Valladolid; mas como la plaza fué oportunamente reforzada, pudieron resistir los jefes realistas Llano e Iturbide, por lo que se retiraron los insurgentes; pero seguidos por D. Agustín de Iturbide, los alcanzó al anochecer y se trabó



Apatzingan.—Casa en que se reunió el primer Congreso Mexicano.

un terrible combate, en que Morelos sufrió la desgracia de que sus tropas, en medio de la obscuridad, se destrozaran a sí mismas, quedando completamente derrotadas.

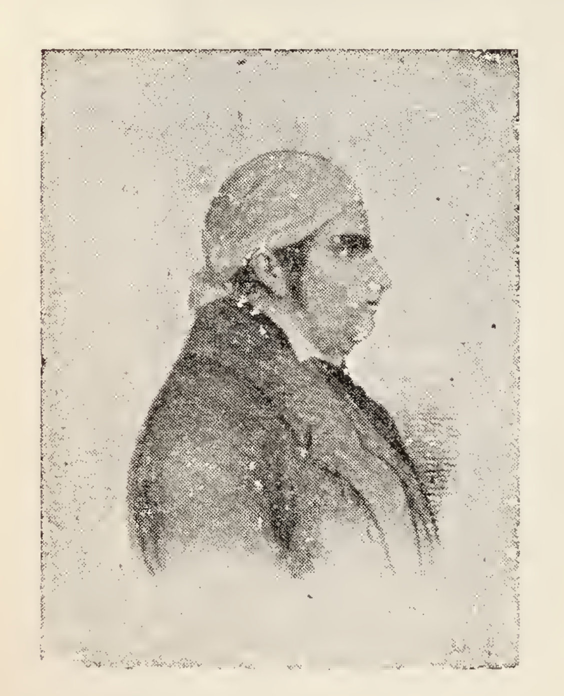
Entonces se dirigio a Chupio, donde esperó a Llano e Iturbide, los que al tomar la plaza capturaron a Matamoros en la hacienda de Puruarán y le condujeron a Valladolid y fusilaron el 3 de febrero de 1814. Golpe tan terrible desconcertó a Morelos, que, según dijo, había perdido su *brazo derecho*. Substituyó a Matamoros con el Ldo. Juan N. Rosains, y esto causó tal disgusto a Galeana, que se apartó de Morelos y partió para Acapulco, en donde mandó fusilar a muchos prisioneros en represalia de la muerte de Matamoros. La suerte comenzó a serle contraria al caudillo michoacano; una serie de

derrotas siguió a los desastres referidos; cayó Acapulco en poder de los realistas, y Oaxaca también.

En esa misma época ocupó el trono de España *Fernando VII*, que había estado preso en Francia, con lo que se alentaron los realistas, y su primera disposición fué derogar la Constitución de Cádiz.

El Congreso independiente tuvo que emigrar de un lugar a otro, viviendo en continua zozobra, aumentada con la muerte de D. Hermenegildo Galeana, que sucumbió cerca de Coyuca el 27 de junio. Después de estar algún tiempo el Congreso en Uruapan, se trasladó a Apatzingan, y allí promulgó la Constitución el 22 de octubre de 1814.

Resolvió después cambiarse a Tehuacán; y como tuviese conocimiento de esto el Virrey, mandó situar tropas en diversos lugares, por lo que el día 3 de noviembre de 1815 se vió acometido por el jefe realista Concha. El valiente y cumplido Morelos, para dar siquiera tiempo a que huyeran los diputados, le presentó batalla al enemigo en las lomas, cerca de Tesmalaca, en donde fué completamente derrotado.



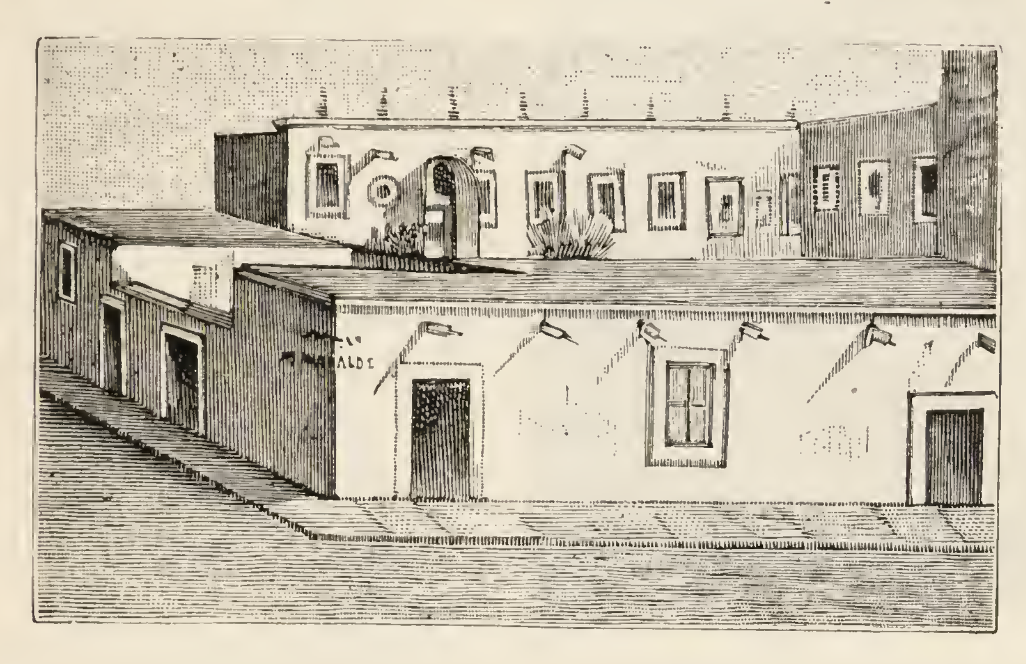
El general José María Morelos, la víspera de ser fusilado.

Al huir entre los breñales fué hecho prisionero por Matías Carranco, antiguo soldado suyo. Inmediatamente lo entregó a Concha, quien lo condujo a México. No perdió su valor, en medio de la desgracia, aquel magnánimo caudillo; y de esto dió pruebas cuando interrogado por el jefe realista Villasana, «qué hubiera hecho él con ellos si hubieran caído en su poder», contestó con entereza: «Les habría dado dos horas para que se prepararan y los habría fusilado.»

Al llegar a Tepecoacuilco fueron recibidos con repiques a todo vuelo y salvas de cohetes; por lo que, con cierta sonrisa burlesca, le dijo Morelos a Concha; «¡Qué bien se conoce que aquí vengo yo! También yo he tenido estos gustos.» Llegado a México se le formó causa por el Gobierno militar y por la Inquisición, y después de haber sido degradado por esta última, fué condenado a muerte, y a las tres de la tarde del día 22 de diciembre de 1815 fué fusilado en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

El ilustre Morelos nació en la ciudad de Valladolid de Michoacán

el 30 de septiembre de 1765, de padres humildes; hasta la edad de veinticinco años se dedicó al ejercicio de la arriería, ingresando más tarde en el Colegio de S. Nicolás, de que era rector el Sr. Hidalgo. Hizo allí su carrera, sustentando un lucido acto de toda filosofía, y logrando después recibir los sagrados órdenes. Fué cura interino de



Casa donde nació Morelos.

Churumuco y la Huacana, y después propietario por oposición del de Nocupétero y Carácuaro. En el servicio de ellos tomó parte en la independencia con el brío y lucimiento que hemos narrado.

Era el Sr. Morelos de alta estatura, lleno de carnes, el color un poco moreno, ojos obscuros y ceja muy poblada y junta. De aspecto grave, casi sañudo, impasible y sin revelar las sensaciones ni afectos de su alma, y con una mirada penetrante y profunda. Astuto, reservado, de carácter moderado y gran penetración; le caracterizaba el usar constantemente un pañuelo blanco, para evitar, según decía, los frecuentes dolores que el contacto del aire le producía.

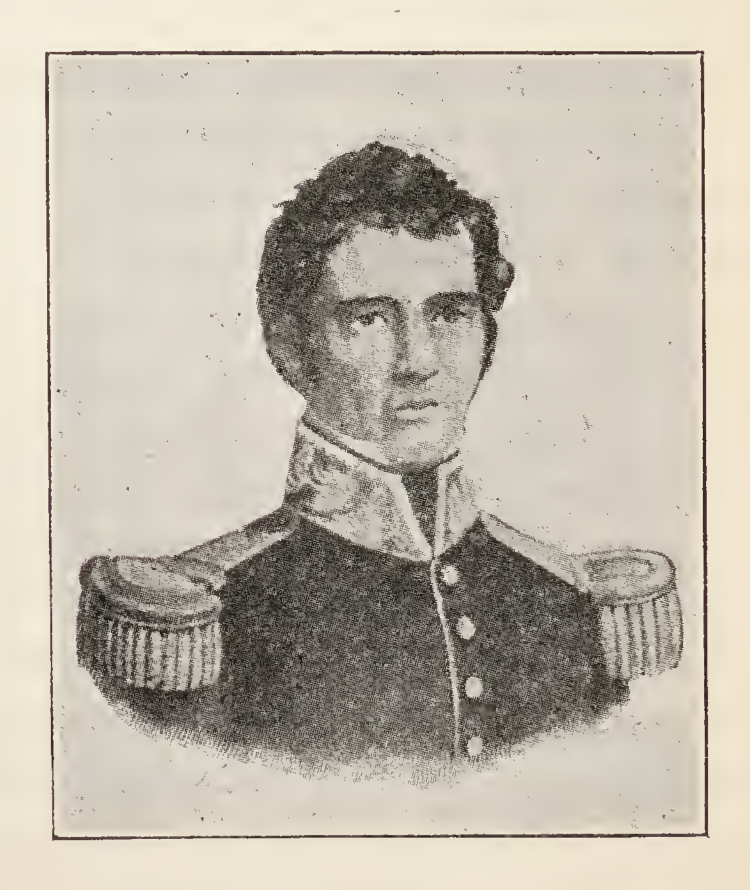
La muerte de Morelos fué un golpe terrible para la causa insurgente, apoderándose de ella la más completa anarquía. D. Manuel Mier y Terán, único jefe caracterizado que quedaba, disolvió el Congreso en Tehuacán y lo substituyó por un *Directorio ejecutivo*, al que casi nadie obedecía y que duró poco tiempo; el Congreso había dejado en Taretan una Junta que, en caso de un desastre, debía asumir el mando, y al ser disuelto aquél, entró a funcionar ésta como autoridad suprema, aunque bajo el nombre de *Junta de Jaujilla*, y la componían D. Ignacio Ayala, D. Mariano Tercero, D. José Pagola, don Mariano Sánchez Arriola, D. Pedro Villaseñor y el Dr. D. José

de San Martín. Repartidos por todo el territorio del país se encontraban al mando de varios jefes cerca de 26.000 soldados insurgentes, siendo sus jefes más notables D. Vicente Guerrero en el Sur; D. Guadalupe Victoria, en Veracruz; D. Nicolás Bravo, en Alvarado; los hermanos Rayón, en el Bajío de Michoacán y Guanajuato; D. Víctor Rosales, en Zacatecas; D. Danuel Mier y Terán, por Coatzacalcos, y Osorio, el Padre Torres, Muñoz, Vargas, Avila, López Correa, Guzmán y Salgado en segundo término.



General Vicente Guerrero.

Rosains, Serrano, Espinosa y Villagrán, abandonando la causa nacional, se acogieron a indulto; esto, unido a frecuentes derrotas, parecía iba a dar fin la causa independiente. Quedaban también en la isla de Mescala (Chapala) un puñado de valientes mandado por Castellanos, Rosas y D. José Santa Ana, que con brío se sostenían, dándose además frecuentes combates en La Laguna y sus alrededores. El 1.º de marzo de 1814 tuvo lugar uno de ellos en las Torres, y en el que don Trinidad Salgado derrotó completamente a Trejo y Cuéllar.



General Guadalupe Victoria.

El ejército realista contaba con 40.000 hombres y muchas milicias provinciales, que sumarían otro tanto, mandadas por jefes notables, y entre ellos D. José de la Cruz, D. Agustín de Iturbide, Del Llano, García Rebollo, Armijo, De la Concha, Hevia, etc.

El 19 de mayo de 1816 se verificó en México el restablecimiento de la Compañía de Jesús, ya antes decretado por el Congreso de Chilpancingo el 13 de noviembre de 1813.

El 19 de septiembre de 1816 tomó posesión del virreinato D. JUAN RUIZ DE APODACA, marchando Calleja a España, donde recibió el título de *Conde de Calderón*.

De carácter enteramente opuesto a su antecesor, fué el nuevo Virrey clemente con los independientes, y quizá debido a esto se indultaron Vargas, Guzmán, el Dr. Cos y otros menos importantes.

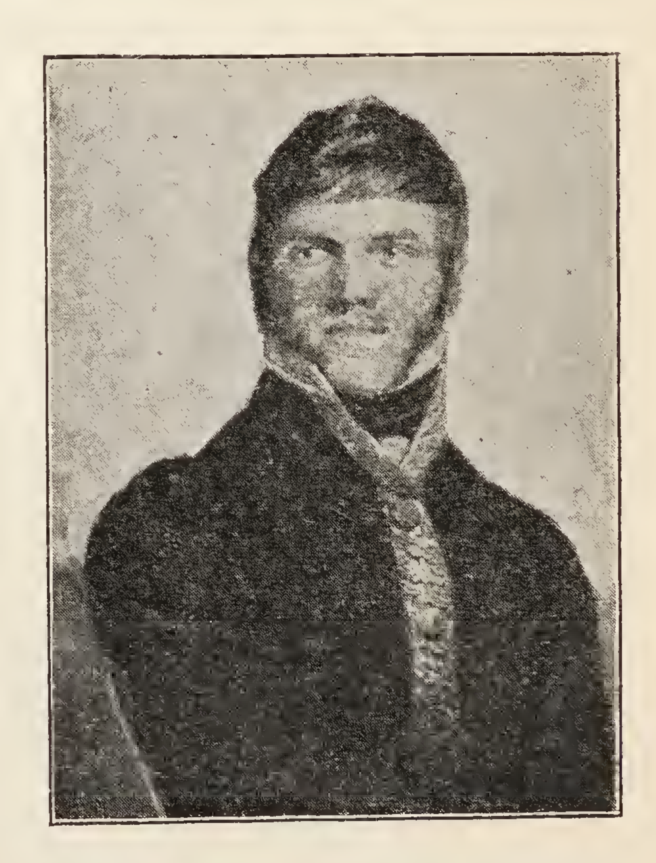
A fines de 1816 cayó en poder del teniente coronel Rincón el punto llamado Boquilla de Piedra, que defendió hasta morir el independiente Villapinto. A este triunfo siguió el conseguido en la rendición de Cóporo el 7 de enero de 1817, y también la toma del Cerro Colorado, junto a Tehuacán, por capitulación de Terán.



CAPÍTULO XXV

D. Francisco Javier Mina. — Sus hazañas y muerte. — D. Vicente Guerrero. — Fernando VII jura la Constitución del año de 1812.—Disgusto de los conservadores de México.—Sus intrigas.—El Dr. Monteagudo.—D. Agustín de Iturbide. — Se le nombra substituto de Armijo.—Reveses de Iturbide.—Pedro Ascencio.—Conferencia con Guerrero.—Inteligencia entre Guerrero e Iturbide.—Plan de Iguala.—Deposición arbitraria de Apodaca.—D. Pedro Novella.— D. Juan O'Donojú.—El ejército de las Tres Garantías.—Su entrada en México.—Junta provincial gubernativa.—Acta de independencia.—Regencia.—Bibliografía.

Parecía tocar a su fin la insurrección, cuando el 15 de abril de 1817 desembarcó en la barra del río Santander *D. Francisco Xavier Mina,* continuando luego para Soto la Marina al frente de 22 compañeros.



General Francisco Xavier Mina.

Era Mina un joven español de veintisiete años, que, abandonando la carrera literaria, tomó las armas contra los franceses que invadieron su patria. Prestó grandes servicios en ella, recibiendo en pago persecuciones, al grado de tener que huir de España, víctima de la inquina de Fernando VII. Dirigióse a Inglaterra, en donde las palabras del desterrado *P. Mier* lo entusiasmaron a abrazar la causa de la independencia mexicana, sin más objeto que prestar sus servicios a la libertad, y no traicionar a la patria, como se le ha querido inculpar por historiadores parciales.

Con un pequeño ejército recorrió el país, internándose en él,

llevando la victoria por todas partes, y así el espíritu decaído de los insurgentes se reanimó y se provocó una reacción. Con unos centenares de valientes presentaba batalla a millares de realistas, y no pocas veces salió vencedor. Esto alarmó al Virrey y le obligó a desplegar toda su energía a fin de sofocar aquel nuevo impulso que acababa de tomar la revolución de independencia.

Después de derrotar con 380 hombres a Ordóñez que le presentó batalla con cerca de 1.000, pasó por la hacienda del marqués del Jaral en donde se apoderó de 140.000 pesos. Al mismo tiempo, en el fuerte de Soto la Marina se defendió heroicamente el mayor D. Juan Sardá con sólo 60 hombres, contra Arredondo, que lo atacaba con una división de 1.625; este realista, no pudiendo tomar por la fuerza el fuerte, logró una capitulación de parte de sus defensores. Capitulación cuyos tratados fueron violados por el gobierno virreinal; pues faltando al honor y al decoro militar, se mandó fusilar al valiente Sardá, y a los oficiales de categoría se les condenó a la más inicua prisión.

Después de los acontecimientos del Jaral se dirigió Mina a León, pero fué rechazado; de allí se retiró para el fuerte del Sombrero en la sierra de Comanja, en donde estaba fortificado *D. Pedro Moreno.* El mariscal de campo D. Pascual Liñán, que había llegado de España en abril con el regimiento de Zaragoza, marchó contra el fuerte con 2.541 soldados escogidos. Dió un asalto terrible el día 4 de agosto, pero fué rechazado, no obstante que sólo defendían la fortaleza 650 hombres. Mina hizo una salida con 200 hombres, a fin de ponerse en comunicación con el P. Torres y poder introducir víveres; pero tuvo que replegarse con grandes pérdidas, aunque al otro día logró burlar al enemigo, saliendo y dejando el fuerte al mando de Young.

Muy presto arregló Mina un convoy de víveres y municiones que pretendió llevar al Sombrero; pero fué atacado por los realistas y lo perdió todo. Volvió a la obra, reunió otro convoy, y al llegar al fuerte del Sombrero fué atacado con extraordinario vigor por todas las fuerzas sitiadoras, derrotado, y perdió otra vez el segundo convoy.

Liñán redoblaba sus ataques, y el día 15 dió un asalto terrible, en el que volvió a ser rechazado, perdiendo 400 hombres; pero los defensores perdieron a su jefe el ilustre Young, pues una bala de cañón de los realistas le llevó la cabeza. Nombraron en su lugar al teniente coronel D. Juan Davis Bradburn.

La situación era muy aflictiva por la falta de víveres y escasez

de municiones, reducidos a beber sólo agua llovediza; por lo que, el día 19, resolvieron definitivamente salir del fuerte con gran cautela; pero habiendo sido sentidos, fueron atacados y completamente derrotados, y sólo 50 hombres lograron salvarse, los que se dirigieron al fuerte de los Remedios, defendido por el P. Torres. Liñán, después de demoler las fortificaciones del Sombrero, mandó fusilar más de 200 prisioneros, sin respetar a los enfermos ni a los heridos; acto continuo marchó contra el fuerte de los Remedios, en el que se habían refugiado Mina, Moreno y otros jefes insurgentes.

Mina y algunos compañeros lograron salir del fuerte de los Remedios, y unidos con Ortiz atacaron la hacienda del Bizcocho, la que tomaron a viva fuerza, y allí fusilaron en represalias a 30 prisioneros y pusieron fuego a la hacienda. Marcharon luego sobre San Luis de la Paz, que también lograron tomar, y de allí volvían para el fuerte de los Remedios; pero Liñán desprendió una fuerza de 1.000 hombres, con que los derrotó completamente. Mina huía con unos cuantos soldados de caballería, y era perseguido sin cesar por el mismo jefe Orrantía; en el rancho del Venadito se acostó nuestro caudillo a dormir, creyéndose seguro, mas sus perseguidores habían tenido noticia de su derrotero por un eclesiástico que les dió informes en Silao, y cayó sobre él y lo hizo prisionero, no sin haberse defendido heroicamente. En su defensa peleó el valiente Moreno hasta caer muerto acribillado por las balas realistas.

Mina sufrió crueles vejaciones de Orrantía, quien llegó a darle un cintarazo en la espalda tan sólo porque el caudillo contestó con dignidad a los insultos del jefe realista. Llevósele a la presencia de Liñán, quien lo fusiló frente al fuerte de los Remedios, a la vista de sus defensores, el día 11 de diciembre de 1817. Así acabó su corta vida este ilustre guerrero. ¡Que la patria le conserve un eterno recuerdo de gratitud!

A pesar de tan terribles desastres, los defensores de la Independencia no se desmoralizaron; ya venciendo, ya vencidos, mantuvieron el fuego sagrado de la libertad los caudillos D. Nicolás Bravo, don Vicente Guerrero, D. Guadalupe Victoria, Ortiz, el P. Izquierdo y otros jefes, contra un ejército de 85.000 hombres que militaban al lado del Virrey. Así pasaron las cosas hasta el año de 1820.

De los caudillos insurgentes que en ese tiempo quedaban, era el más notable D. Vicente Guerrero, que, con una indomable energía y

una constancia sin límites, sostenía el sacro fuego de la Independencia en las montañas del Sur, en las que llegó a verse a principios de 1818 con una fuerza de sólo cinco soldados. Con reducido ejército se internó en las montañas del Sur, y habiéndose unido a Montes de Oca, jefe fiel a la causa, tomó el mando y dió principio a una serie no interrumpida de triunfos que pusieron al Gobierno virreinal en terrible aprieto; pero como no falta un Judas en toda causa noble, y el Virrey no omitía medio que pudiera darle un resultado favorable, dos de sus oficiales se concertaron con el jefe español Armijo para traicionar a tan digno caudillo. Súpolo a tiempo Guerrero y castigó con la muerte a los traidores; pero, a pesar de esto, algunos jefes habían sido ya sobornados, y en el ataque que dió Armijo fué secundado por éstos, razón por lo que la acción fué muy comprometida, y el jefe insurgente perdió muchos oficiales y soldados, aunque al fin triunfó para seguir sus operaciones militares.

Alcanzó Guerrero varios triunfos sobre los realistas, y éstos le proporcionaron magníficos elementos de guerra; y si sufrió alguno que otro descalabro, supo reponerse de él con ventajas, como sucedió en la pérdida de la fortificación de Barrabás y la derrota que tuvo luego en terrenos de Michoacán, ante el jefe realista D. Pío María Ruiz.

El pronunciamiento de Riego en España proclamando el restablecimiento de la Constitución del año 1812, su triunfo, y la adopción del referido Código en toda la monarquía, produjo muy mal efecto en el partido realista de México, enemigo de toda libertad pública, y defensor ciego del absolutismo y la tiranía. A esto se unió la extinción del tribunal de la Inquisición, acabando de disgustar con ello a los antedichos.

El 10 de junio del año 1820 cerró sus puertas y dió libertad a sus víctimas este terrible tribunal, que en los pocos años de vida que tuvo en el siglo XIX celebró tan sólo cuatro autos de fe.

En todo el tiempo de su existencia en México fueron sus víctimas las siguientes: 790 reconciliados, 51 relajados en persona y 109 en estatua, lo que da un total de 950, cifra no muy crecida, pero sí inexacta, por falta de noticias completas.

El número de procesados se calcula ascendieron a más de 3.281, y su mayor parte fué en la guerra de la Independencia.

El partido servil de la capital pretendía estar informado de que

el rey Fernando VII no había tenido libertad para aprobar el plan de Riego, y que mientras la recobraba, la Nueva España quedaría en calidad de depósito e independiente de la Metrópoli, en manos del Virrey, y gobernándose por el Código de Indias.

Este plan, fraguado por el Dr. D. Matías Monteagudo, el auditor Batallar, el ex inquisidor Tirado y otros ultrafanáticos que se reunían en la Profesa, no era otro sino el que ellos mismos combatieron contra Iturrigaray. Para llevarlo a cabo necesitaban un hombre que tuviese tanta ambición como valor personal, y lo encontraron en el coronel *D. Agustín de Iturbide,* famoso por sus crueldades y saña contra los insurgentes.


General Agustín de Iturbide.

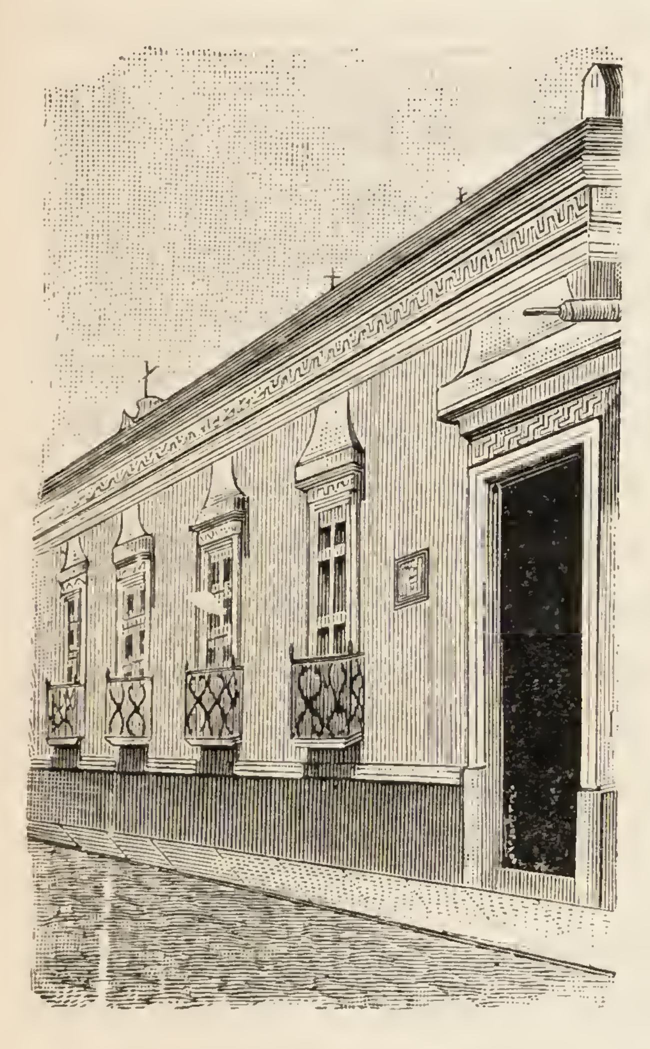
Originario de Valladolid de Michoacán, en donde nació el 27 de septiembre del año de 1783, abandonando estudios literarios, muy joven ingresó en la milicia, en la que se distinguió por su valor personal y fuerza hercúlea. Combatió la independencia de México desde sus orígenes, haciéndose notable por su encarnizamiento y crueldad, lo que le valió prontos y fáciles ascensos. Cuando estuvo a su cargo la línea del Bajío cometió tales excesos y abusos, que fué acusado por los principales personajes españoles de Guanajuato y Querétaro, y mandado procesar el año de 1816. De su proceso resultó que Iturbide monopolizaba los efectos de primera necesidad, y estafaba a los hacendados obligándoles a vender sus semillas a vil precio, que él por segunda mano compraba para sí, con otros mil detalles repugnantes en que se ve la falta completa de conciencia y perversión de sentido moral.

Pudo salir absuelto de ese proceso, y aunque se le repuso en su cargo no volvió a él. Para salir avante ante la opinión pública, pues no obstante la absolución en su proceso había quedado poco o nada estimado, hizo unos ejercicios espirituales en la Profesa, y allí se atrajo la buena voluntad de Monteagudo y se avino al plan de Independencia, del que al principio sólo fué instrumento, pero que supo después realizar por sí mismo.

Decepcionado *Armijo* por los continuos reveses sufridos en la

campaña contra el Sr. Guerrero, uniéndose a esto los reproches y exigencias del Virrey, renunció el cargo que desempeñaba. Aprovechando hábilmente esta circunstancia el Sr. Monteagudo, logró que Apodaca nombrase a Iturbide substituto de Armijo, dándole el grado de brigadier con la comandancia del Sur.

El 16 de noviembre de 1820 salió de México Iturbide a la cabeza de un brillante ejército, destinado principalmente a batir a Guerrero. Al lado de éste militaba *Pedro Ascencio,* cuyo valor y estrategia le hacían el azote de los realistas. A él tocó recibir el primer empuje del jefe realista, al que hizo sufrir terrible derrota en el cerro de San Vicente el día 28 de diciembre. Iturbide, para no aparecer inepto a los ojos del Virrey, ocultó la verdad en esta jornada. Otra sección del mismo ejército sufrió, casi al mismo tiempo, otra derrota.



Casa donde nació Iturbide.

Entretanto, Guerrero, con una actividad indescriptible, recorría aquella comarca haciendo destrozos en las filas de los realistas, y Ascencio el día 25 de enero de 1812 destrozó completamente, cerca de San Pablo, a un destacamento mandado por D. Miguel Torres.

Con tantos desastres, vió Iturbide que había sufrido un error al pretender aniquilar a los insurgentes; y, como es natural, trató de entablar luego relaciones con Guerrero; comenzó por ofrecer a éste que reconociera al Gobierno español y que se le daría el mando del ejército, y que al mismo tiempo se le haría comprender a ese mismo Gobierno la obligación en que estaba de reconocer los derechos de los americanos; pero el digno Guerrero le contestó reprochándole enérgicamente su conducta.

Iturbide continuó las negociaciones con Guerrero, y con este motivo, en una de sus contestaciones le dijo el caudillo: «Obre usted como le parezca; no me amedrentan los millares de soldados con

quienes estoy acostumbrado a batirme en la campaña; la suerte decidirá, y me será más glorioso morir en ella que rendir la cerviz al tirano. Lo demás lo disputaremos en el campo de batalla.»

Persuadido Iturbide de la rectitud de Guerrero, le hizo saber su resolución de abrazar la causa de la Independencia; y habiéndose convencido el jefe independiente de la verdad de las palabras de su contrario, se adhirió a sus proyectos, y con una abnegación y desprendimiento dignos sólo de él, le cedió el mando y se puso a sus órdenes.

El día 1.º de marzo de 1821 habló Iturbide en junta de oficiales, dando a conocer sus planes, y lo hizo con tal elocuencia, que el auditorio acabó por entusiasmarse. Esto pasaba en el pueblo de Iguala, y por eso el plan allí formulado lleva este nombre. El día 2 se proclamó dicho plan, y en seguida se procedió al acto del juramento de fidelidad.

El *plan de Iguala,* que no fué otro que el sugerido por el canónigo Monteagudo, se reducía en el fondo a proclamar la absoluta independencia del trono español, a establecer un gobierno monárquico constitucional, a proteger el absolutismo de la religión católica apostólica romana, y por último, asentar en el trono a Fernando VII, o en defecto de éste, a un príncipe de la familia reinante. De este plan mandó copia Iturbide al Virrey para su aprobación; pero éste, lejos de adherirse a él, mandó prohibir su circulación y se preparó con mucha actividad a la defensa.

Iturbide, por su parte, desplegó también una actividad asombrosa enviando emisarios a muchos jefes realistas, lo cual le valió la adhesión de varios de ellos, como Negrete, Bustamante, Cortázar y otros. Por otra parte, los señores D. Nicolás Bravo y D. Ignacio Rayón, que habían caído prisioneros, eran puestos en libertad y se presentaban al nuevo jefe de la Revolución para ofrecerle sus servicios, los cuales fueron aceptados con universal beneplácito.

Desde luego, D. Nicolás Bravo, a quien se le unió D. José Joaquín de Herrera, que se salió de Jalapa con parte de la guarnición, alcanzó en Tepeaca una brillante victoria sobre el coronel Hevia.

Hevia, queriendo vengarse, se dirigió más tarde sobre Córdoba con una gruesa división a fin de atacar a D. José Joaquín de Herrera, que se había fortificado en esta ciudad. A la sazón, Santa Ana se había pronunciado en Veracruz a favor de la Independencia, y después de atacar con 600 hombres la plaza de Alvarado, se le unió

la guarnición y marchó a proteger a Herrera. Como sucediese que el 16 de mayo, en el momento que Hevia estaba dirigiendo la puntería de su cañón, una bala de fusil le hirió en la frente y le privó instantáneamente de la vida, Santa Ana supo aprovechar aquel momento solemne, y ordenando toque de degüello se lanzó sobre el enemigo, y los realistas sitiadores fueron totalmente derrotados.

La revolución cundió como rayo por toda la comarca, y las plazas de importancia una a una iban cayendo otra vez en poder de los insurgentes, las que no por la fuerza bruta, por capitulación. Santa Ana toma después de largo combate a Jalapa; Cortázar, a Celaya; Bustamante, a Guanajuato, y su guarnición se pone a sus órdenes. Valladolid cae en poder de Iturbide, entregando la plaza a D. Luis Quintanar por capitulación. Negrete y Laris se pronuncian en Guadalajara y deponen al déspota y sanguinario general Cruz; Querétaro se rinde también por capitulación.

El Gobierno virreinal quedaba reducido sólo a las plazas de México, Puebla, Oaxaca, Veracruz y Durango. Un hecho de armas vino a sembrar el desconcierto en la capital; Filisola, cuya estrategia era terrible, derrotó completamente a Castillo, cerca de Toluca, no obstante la magnífica disciplina de sus tropas. Los españoles de la capital veían ya aniquilarse el poder de España en el país, y sembrando el descontento entre los oficiales del ejército realista consiguieron que, acaudillados por D. Francisco Buceli, depusieran del poder al virrey Apodaca, declarándole inepto, y nombraron para substituirle al general D. PEDRO NOVELLA el día 5 de julio de 1821.

Los defensores de la injusticia no hacían más que desbarrar en cada uno de sus actos, los que no semejaban otra cosa que las desesperadas conmociones de la agonía de un Gobierno injusto, impuesto tan sólo por la fuerza. Por otra parte, lo que no podían conseguir en el campo de batalla lo realizaban por medio de la infamia y de la traición. Tal pasó en Tetecala: es el caso que el jefe realista D. Cristóbal de Huber defendía la plaza sitiada por Pedro Ascencio, hombre hábil y valiente, y no pudiendo ya resistir Huber, acudió a la más negra de las acciones, propia sólo de bandidos. Citó a Ascencio a una entrevista, y al pasar éste junto a una cerca recibió una descarga de más de veinte arcabuces que le privó de su existencia. Este hecho, que debió cubrir de vergüenza al Gobierno virreinal, fué celebrado con repiques y salvas de cohetes.

El 17 de julio el general D. Nicolás Bravo obligó a capitular a la plaza de Puebla, y el 31 del mismo desembarcó en Veracruz el nuevo virrey D. Juan O' Donojú, último representante del Rey de España. Comprendió que era imposible hacer volvér a la obediencia del Rey la Colonia, y poseído de las mejores intenciones en bien de la Metrópoli y de ésta, solicitó una entrevista con Iturbide, la que tuvo lugar en Córdoba el día 24 de agosto, en la cual quedaron en perfecto acuerdo mediante ligeras modificaciones que se le hicieron al plan de Iguala.

Una batalla librada poco antes en Azcapotzalco entre las tropas de Iturbide y las de Novella, y en la que fueron derrotadas estas últimas, hizo comprender al Virrey interino el desenlace que le esperaba, y a los que depusieron a Apodaca, lo equivocados que anduvieron en tan torpe proceder. Por otra parte, las poblaciones de la provincia de Oaxaca se declaraban unas por la independencia y otras caían en poder de los independientes; y después de alguna resistencia, el general independiente D. Pedro Celestino Negrete obligó a capitular a la plaza de Durango el día 3 de septiembre.

A las victoriosas huestes de Iturbide y de Guerrero sólo faltaba, para consumar la obra, tomar la capital del virreinato, y con tal motivo se acercaron éstas mandadas por Guerrero, Bravo y Bradbun a ponerle sitio. Novella, que había reunido más de 5.000 hombres, se aprestó a la defensa; mas persuadido de que toda resistencia sería inútil, se resolvió a entrar en conferencia con Iturbide y O'Donojú, y aunque hubo serios altercados, al fin, el día 15 de septiembre se resolvió a reconocer a este último como legítimo gobernante, y el ejército dè las tres garantías hizo su entrada triunfal a la antigua capital del Imperio azteca el día 27 del mes de septiembre de 1821.

El ejército trigarante estaba formado por 7.716 infantes, 7.755 hombres de caballería y 763 artilleros con 68 cañones.

Al siguiente día se instaló la Soberana Junta Provisional Gubernativa, formada por 34 personas distinguidas, la cual, después de decretar el *Acta de Independeneia del imperio Mexicano,* nombró una regencia compuesta de las personas siguientes: Iturbide, presidente; O'Donojú, el canónigo D. Manuel de la Bárcena, D. José Isidro Yáñez y D. Manuel Velázquez de León, quedando así consumada la independencia de México del poder español, y empezando la era que debe llamarse de la Historia nacional.

Bibliografía

ALAMAN (L.).—*Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808, hasta la época presente.* México, 1849-1852. 5 vols.

— *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo* XV *y principios del* XVI, *de las islas y continentes americanos hasta la independencia.* México, 1844-49. 3 vols.

ALBUM MEXICANO. Tributo de gratitud al civismo nacional. Retratos de los personajes ilustres de la primera y segunda época de la independencia mexicana y notabilidades de la presente. México, 1843 (contiene 24 retratos, desde Hidalgo hasta Vieyra).

ALEGRE (P. F. J.).—*Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España;* publícala Carlos M. de Bustamante. México, 1841-42. 3 vols.

ARLEGUI (JOSEPH).—*Chronica de la provincia de Nuestro Seráphico Padre San Francisco de Zacatecas.* México, 1737.

ANDRADE (V. DE P.).—*Ensayo bibliográfico mexicano del siglo* XVII. México, 1899.

ARMENDÁRIZ (PEDRO).—*Muerte de los Sres. Generales, cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, D. Ignacio Allende, Aldama, Jiménez y Santamaría.* Puebla, 1822. Reimpresa por Luis González Obregón. México, 1896.

ASCENCIO (J. M.).—*Cristóbal Colón, su vida y sus viajes, sus descubrimientos.* Barcelona, 1889-91. 2 vols.

— *Martín Alonso Pinzón.* Madrid. S. A.

AVEZAC (D').—*Martín Hylacomylus Waltzemüller, ses ouvrages et ses collaborateurs. Voyage et opuscules en prose et en vers du commencement du* XVI *siècle; notes, causeries et digressions bibliographiques et autres.* París, 1867.

BASALENQUE.—*Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán.* Edición de *La Voz de México.* México, 1886. 3 tomos.

BRINTON (D. G.).—*The words «anahuac» and «nahuatl». Congr. d'Américanistes.* 10.ª sesión. Stockholmo, 1897.

BUSTAMENTE (C. M.).—*Cuadro histórico de la Revolución Mexicana,* comenzada el 15 de septiembre de 1810 por Miguel Hidalgo y Costilla. México, 1844-1846. 6 vols.

— *Campañas del general D. Félix María Calleja, comandante en jefe del ejército real de operaciones llamado del Centro.* México, 1828. Suplemento a la *Historia de las campañas de Calleja.*

— *Martirologio de alguno de los primeros insurgentes por la libertad e independencia de la América mexicana.* México, 1841.

CARRILLO Y ANCONA (CRESCENCIO).—*Historia de la fundación del Obispado de Yucatán.* Mérida, 1893.

Carrillo Ancona (Crescencio). — *Estudio filológico sobre el nombre América y el de Yucatán.* Mérida de Yucatán, 1890.

Cavo (P. Andrés).—*Los tres siglos de México;* publícala Bustamante. México, 1852.

Cervantes Salazar (F.)—México en 1554.—*Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes Salazar escribió e imprimió en México en dicho año.* Los reimprime con traducción castellana y notas J. G. Y. México, 1875.

Codex Borbonicus.—*Manuscrit mexicain de la bibliothèque du Palais Bourbon (livre divinatoire et Rituel figure), publié en fac-simile, avec commentaire explicatif...* París, 1899.

Cogolludo (Diego López).—*Los tres siglos de la dominación española en Yucatán, o sea historia de esta provincia desde la conquista hasta la independencia.* Campeche, 1842, Mérida, 1845. 2 vols.

Colección *de documentos inéditos relativos a las antiguas posesiones de Ultramar, publicada por la Real Academia de la Historia.* 1.ª serie. 42 tomos. 2.ª serie. Tomos I-XIII. Madrid.

Concilio provincial mexicano IV *celebrado en la ciudad de México el año de 1771.* Se imprime completo por primera vez. Querétaro, 1898.

Cortés (Hernán).—*Praeclara Ferdinandi Cortesii de Noua maris Oceani Hispania narratio..... Carolo.... Hyspaniarum &. Regi Anno Domini M. D. XX transmissa. In qua Continentur plurima Circa Vrbes, Incolarum mores....., per Doctore Petrum sauorgnanum in latinu versa.* Norimbergoe, Frid. Peypus, 1524.

Curtis (W. E.). *Iconografía Colombina.* Washington, 1895. En «Report Colum. His. Exp. at Madrid».

Charton (Ed.).—*Los viajeros modernos.* París, 1860.

Davila y Arrillaga (J. M.).—*Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España, del padre F. J. Alegre.* Puebla, 1888 89. 2 vols.

Davila Padilla (Fr. A.).—*Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores.* Bruselas, 1625.

Díaz del Castillo (B.)—*Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España.* En «Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra». Madrid, 1853. Tomo XXVI.

Durán (Diego).—*Historia de los indios de Nueva España y de los de la Tierra Firme.* (Escritos del siglo XVI.) La publican con unas atlas de estampas, notas e ilustraciones, José F. Ramírez y Gumersindo Mendoza. México, 1867-1880. 3 vols.

Escobar (Fr. M. de).—*Americana Thebaida. Vitas Patrum de los religiosos Hermitaños de nuestro padre San Augustín, de la provincia de San Nicolás Toletino de Michoacán.* Morelia, 1890.

Espinosa (Fr. I. F. de) y Arricivita. (Fr. D.).—*Chronica apostólica y seráfica de todos los colegios de propaganda fide de esta Nueva España, de Misioneros Franciscanos observantes, eregidos con autoridad pontificia y regia para la reformación de los fieles y conversión de los gentiles.* México, 1746-1792. 2 vols.

FRANCO (FR. ALONSO).—*Segunda parte de la historia de la provincia de Santiago de México*, año 1645. México 1900.

FREJES (FR. F.).—*Memoria histórica de los sucesos más notables de la conquista particular de Jalisco por los españoles, que ofrece al Estado Fr. F. Frejes, jalisciense deseoso de la ilustración.* Guadalajara, 1879.

FRÍAS (V. F.).—*La conquista de Querétaro.* Querétaro, 1905.

GARCÍA ICAZBALCETA (F.).—*Bibliografía mexicana del siglo* XVI. Primera parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México. México, 1886.

— *D. Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo-Arzobispo de México* (1529-1548). Estudio biográfico y bibliográfico. Con un apéndice de documentos inéditos o raros. México, 1863.

GARCÍA ICAZBALCETA (F.).—*Nueva colección de documentos para la Historia de México.* Tomo I: Cartas de religiosos de Nueva España (1538-1594). Tomo II: Códice francisca o (siglo XVI); informe de la provincia del Santo Evangelio al visitador Juan de Ovando; informe de la provincia de Guadalajara al mismo; cartas de religiosos (1533-1569). México, 1889. Tomo III: Pomar y Zurita. Pomar: Relación de Tezcoco. Zurita: Breve relación de los señores de Nueva España; varias relaciones antiguas. México, 1891. Tomos IV y V: Códice Mendieta; documentos franciscanos (siglos XVI y XVII). México, 1889-92.

— *Colección de documentos para la Historia de México.* 2 tomos con 2 láminas. México, 1858-66. Contiene documentos y relaciones del siglo XVI, no publicado anteriormente.

GAY (J. A.).—*Historia de Oaxaca.* México, 1881. 2 tomos.

GOMARA (F. L. DE).—*Historia de las conquistas de Hernando Cortés.* Escrita en español por Francisco López de Gomara, traducida al mexicano y aprobada por verdadera por D. Juan Bautista de San Antón Muñón Chimailpahin Quauhtlehuatzin, indio mexicano. Publicada para instrucción de la juventud nacional, con varias notas y adiciones, por C. M. de B. México, 1826, 2 vols.

GEMELLI CARERI (G. F.).—*Giro del mondo,* 6 parti. Napoli, 1708.

GONZÁLEZ OBREGÓN (L.).—*El capitán Bernal Díaz del Castillo.* México, 1884.

— *México viejo.* París, 1900.

GRANADOS Y GÁLVEZ (J.).—*Tardes americanas. Gobierno gentil y cathólico, breve y particular noticia de toda la Historia indiana, sucesos, cosas notables y cosas ignoradas, desde la entrada de la Gran Nación Tulteca a esta tierra de Anahuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un indio y un español.* México, 1778.

GRIJALVA (FR. J. DE).—*Crónica de la Orden de San Agustín, en la provincia de Nueva España.* México, 1624.

GUERRA (JOSÉ).—*Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac.* Londres, 1813. 2 vols.

GUTIÉRREZ DÁVILA (J.).—*Memorias históricas de la Congregación de el Oratorio de la ciudad de México.* México, 1736.

Hernández y Dávalos (J. E.).—*Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México, de 1808 a 1821.* México, 1882. 6 vols.

Herrera (A. de).—*Historia de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano.* Madrid, 1726. 5 vols.

Histoire de la Nation Mexicaine depuis le départ d'Aztlan jusqu'à l'arrivée des conquérants Espagnols (et au delà, 1607). Manuscrit figuratif accompagné du texte en langue Nahuatl ou Mexicaine, suivi d'une traduction en français, par feu M. Aubin. Reproduction du Codex de 1576, appartenant à la collection de M. Eugène Goupil, ancienne collection Aubin. París, 1893.

La Rea (Fr. Alonso de).—*Crónica de la Orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, provincia de Michuacán.* Año de 1639 (México, 1643). México, 1882.

León (Dr. N.).—*Biblioteca botánico-mexicana.* Catálogo bibliográfico, biográfico y crítico de autores y escritos, referentes a vegetales de México desde la conquista hasta el presente. México, 1895.

— *Bibliografía mexicana del siglo* XVIII, en publicación.

León y Ortiz (E.).—*Caminos posibles para descubrir América y causa de haber sido el más improbable el más rápido y fecundo.* Madrid, 1892.

Lorenzana.—*Concilios provinciales primero y segundo, celebrados en la muy noble, muy leal ciudad de México, presidiendo el Ilustrísimo Sr. Fr. Alonso de Montufar, en años de 1555 y 1565.* México, 1759-70.

Marcou (J.).—*Amerriques, Amerighe Vespuci & Amerrique. En «Comp. rendus de la 8 session du Congrès International de Américanistes.»* París, 1892.

Medina (V. Fr. Balthassar de).—*Crónica de la santa provincia de San Diego de México, de Religiosos Descalzos de Nuestro Seráphico Padre San Francisco en la Nueva España. Vida de Ilustres y Venerables Varones que la han edificado con excelentes virtudes.* México, 1682.

Medina (J. F.).—*La imprenta en México.* Santiago de Chile, 1909-911.

Mendívil (Pablo de).—*Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mexicanos,* sacado del «Cuadro histórico», de Bustamante. Londres, 1828.

Mendieta (Fr. Jerónimo de).—*Historia eclesiástica indiana,* escrita a fines del siglo XVI. Publícala por primera vez P. J. G. Icazbalceta. México, 1870.

Mora (J. M. L.).—*Ciudadanos de los Estados Unidos mexicanos, México y sus revoluciones.* París, 1836. 3 vols. Contiene: 1.° Estado actual de México.—2.° México conquistado por los españoles.—3.° México con diversas tentativas para establecer su independencia. Documentos relativos al primero y segundo período.—4.° México en lucha con España para sustraerse a su dominación.

Moreno (Juan Joseph).—*Fragmentos de la vida y virtudes del V. Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán.* Con notas críticas en que se aclaran muchos puntos históricos y

antigüedades americanas, etc. Reglas y ordenanzas para el gobierno de los hospitales de Santa Fe de México y Michoacán. México, 1766.

MOTA PADILLA (M. DE LA).—*Historia de la conquista de la provincia de Nueva Galicia,* escrita en 1742, publicada para la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, 1870.

OJEA (F. H.).—*Libro tercero de la Historia religiosa de la provincia de México de la orden de Santo Domingo.* México, 1897.

OROZCO Y BERRA (M.).—*Historia de México durante la dominación española.* Obra inédita existente en la Biblioteca Nacional y publicada en parte mínima en *El Liceo Hidalgo,* periódico de literatura, órgano de la Sociedad del mismo nombre. México, 1884. Año I, núms. 1 á 6.

— *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle (años de 1565-1568), formada en vista de nuevos documentos originales y seguida de un extracto de los mismos.* México, 1853.

ORTEGA (P. JOSÉ). *Historia del Nayarit, Sonora, Sinaloa y ambas Californias.* México, 1887.

PALOU (FR. FRANCISCO).—*Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del V. P. Fr. Junípero Serra, y nuevos establecimientos de Monterrey.* México, 1787.

PAREJA (FR. FRANCISCO).—*Crónica de la provincia de la Visitación de Nuestra Señora de la Merced de la Nueva España, año de 1688.* México, 1888.

PÉREZ DE RIVAS (P. A.).—*Crónica e historia de la Compañía de Jesús, de México, hasta el año de 1654.* México, 1896.

— *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes más bárbaras y fieras de nueva Orbe.* Madrid, 1645.

PUGA (VASCO DE).—*Provisiones, cédulas, instrucciones de Su Majestad, ordenanças de difuntos y audiencia para la buena expedición de los negocios y administración de justicia y governación de justicia de esta Nueva España.* México, 1568. Reimpresión, México, 1878. 2 vols.

RAMÍREZ (J. F.)—*Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado, ilustrado con cuatro estampas sacadas de los antiguos Códices mexicanos, y notas biográficas, críticas y arqueológicas.* Le publica J. I. Rayón. México, 1847.

RAYÓN (I. L.).—*El Archivo Mexicano. Documentos para la Historia de México.* Sumario de la residencia tomada a D. Fernando Cortés, gobernador y capitán general de la Nueva España. Paleografiado del original. México, 1852. 2 vols.

— *Real ejecutoria de Su Majestad sobre tierra y reservas de pechos y paga pertenecientes a los caciques de Axpusco, de la jurisdicción de Otumba, fecha dicha merced por D. Hernán Cortés, y a pedimentos de partes, año 1526.* En Icazbalceta. «Colección de documentos para la Historia de México» Tomo II. México, 1866.

REMESAL (FR. A. DE).—*Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala.* Madrid, 1619.

REVILLAGIGEDO (CONDE DE).—*Instrucción reservada que él dió a su sucesor en el mando, Marqués de Branciforte, sobre el gobierno de este Continente en el tiempo que fué su virrey.* México, 1831.

Rivera Cambas (M.).—*Los gobernantes de México.* México. 2. vols.

Robinson.—*Memorias de la Revolución de México y de la expedición del general D. Francisco Javier Mina, a que se han agregado algunas observaciones sobre la comunicación proyectada entre los dos Océanos, Pacífico y Atlántico.* Traducidas por E. de Mora. Londres, 1824.

Rodríguez Pinilla (Tomás).—Colón en España. Madrid, 1884.

Santoscoy (A.).—*Relación que José Santa Ana y P. N. Padilla hicieron al P. Sánchez acerca de las proezas llevadas a cabo defendiendo la causa independiente en la isla de Mexcala.* Guadalajara, 1890.

Saavedra (E.).—*Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas.* Madrid, 1892.

Seller (E.).—*Uber die Worte Anahuac and Nahuatl. Congrs. Inter. d'Américanistes,* 10.ª sesión. Stockholmo, 1897.

Seller (E.).—*Sur le mot «Anauac». Cong. d'Américanistes,* 8.ª sesión. París, 1892.

Sierragorda (El Conde de).—*Satisfacción que el licenciado don Mariano Escandón da al pueblo cristiano, como gobernador de este Obispado, sobre el hecho de haber mandado fijar rotulones en los que levantaba la excomunión puesta al cura Hidalgo y sus secuaces,* etc. Valladolid. Dic. 29 de 1810.

Solorzano Pereira (Juan de).—*Política indiana.* Madrid, 1647-48.

Tello (Fr. Francisco).—*Crónica miscelánea y conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco,* escrita en 1653. Guadalajara, 1890-91.

Valle (M. M. del).—*Precedentes del descubrimiento de América en la Edad Media:* Madrid, 1892.

Venegas (Miguel).—*Noticia de la California y de su conquista, sacada de la Historia manuscrita formada en México, año de 1739.* Madrid, 1757.

Ventancur (F. A. de).—*Theatro mexicano y chronica de la provincia del Santo Evangelio de México.* México, 1698.

Villagutiérrez Sotomayor (J. de).—*Historia de la conquista de la provincia del Itzá y Lacandón.* Madrid, 1701.

Villaseñor y Sánchez (Joseph).—*Theatro Americano, descripción general de los reynos y provincias de Nueva España.* México, 1746. 2 vol.

Wiesener (G.).—*Americ Vespuce et Christophe Colomb. La véritable origine du nom d'Amérique. Revue de quest. hist.* Tomo I, pág. 226. 1886.

Zaragoza (Justo).—*Noticias históricas de la Nueva España.* Madrid, 1878.

Zerecero (Anastasio).—*Memorias para la Historia de las revoluciones de México.* México, 1869.


CUARTA PARTE
Moderna y Contemporánea



CUARTA PARTE

MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO PRIMERO

México independiente.—Iturbidistas y borbonistas.—El sargento Pío Marcha.—Iturbide emperador.—Orden de Guadalupe.—Disolución de la Cámara.—Santa Ana y plan de Veracruz.—Plan de Casa Mata.—Abdicación de Iturbide y su destierro.—Poder Ejecutivo. — Congreso Constituyente. — La Santa Alianza. — Doctrina Monroe. — Inglaterra reconoce la independencia de México. — Conspiraciones iturbidistas.—Iturbide fuera de la ley.—Intenta volver a México.—Desembarca en la bahía de San Bernardo.—Su prisión y muerte.—Juicio respecto a este acontecimiento.—Constitución de 1824.—D. Guadalupe Victoria.—Mr. Poinsset.—Logias masónicas.—Capitulación de San Juan de Ulúa.—Conjuración del P. Arenas.—Pronunciamiento de Montaño en Otumba.

México independiente inició su vida política el 28 de septiembre de 1821, eligiendo, como queda dicho, una *Junta provisional gubernativa,* que a su vez designó una *Regencia,* y ésta proveyó a la formación del Poder legislativo, expidiendo en 17 de noviembre la convocatoria, por lo cual se reunió el 24 de febrero de 1822 el *Soberano Congreso Constituyente,* cuyo trabajo para constituir la nación comenzó desde luego.

El ex virrey O'Donojú había muerto, a consecuencia de una pleuresía, el 8 de octubre de 1821, y entró a ocupar su lugar en la regencia el obispo de Puebla *D. Joaquín Antonio Pérez;* se organizaron también cuatro ministerios, llamados de Relaciones Exteriores e Interiores, de Justicia, de Guerra y de Hacienda.

La Capitanía general de Yucatán secundó el plan de Iguala, y al

fin se adhirió a México el 2 de noviembre de 1821; en enero de 1822 siguió su ejemplo Guatemala, y ya antes lo habían hecho Chiapas, Honduras y Nicaragua.

La Corte de España desaprobó los tratados de Córdoba, y declaró traidor y fuera de la ley a O'Donojú, quedando, en consecuencia de ello, libre el país para elegir su gobernante y la forma de gobierno que le conviniese. Empezaron al punto a agitarse los partidos, definiéndose bien los llamados iturbidistas, que aspiraban a colocar a Iturbide en el trono; los republicanos y los borbonistas, que desde el Congreso hacían oposición a los primeros, al grado de destituir a los regentes Pérez, Bárcena y Velázquez de León, por iturbidistas, el día 10 de abril de 1822, substituyéndolos con *D. Nicolás Bravo, el Conde de la Casa de Heras Soto* y el *Dr. D. Miguel Valentín.*

El resultado de esa efervescencia política fué la interrupción de las labores del Congreso, pues en la noche del 18 de mayo del año de 1822 una multitud numerosa de la plebe de la ciudad de México, capitaneada por el sargento Pío Marcha y el capitán Ignacio Sánchez, recorrían las calles poblando el aire con los gritos de ¡Viva Agustín I! ¡Viva el Emperador!

Sea por temor, o sea por entusiasmo, los vecinos se apresuraron a secundar a la plebe y se asociaban a la multitud, iluminando las fachadas de las casas y haciendo entusiastas manifestaciones. A las diez de la mañana del día siguiente se reunió el Congreso, asistiendo 94 diputados que, oprimidos por una turba desenfrenada, promulgaron el decreto que elegía por emperador al caudillo de Iguala, aprobado por 77 votos contra 15 que se declararon incompetentes para aquel acto, que terminó a las cuatro de la tarde.


Doña Aña María Huarte de Iturbide.

La coronación de Iturbide y de su esposa D.ª Ana María Huarte se verificó en la iglesia catedral el 21 de julio de 1822 y se estableció la *orden de Guadalupe.* Al mes siguiente se descubrió una conspiración republicana, y por ella fueron aprehendidos varios diputados, hecho que aumentó las contrariedades y disgustos que de antes existían entre el Emperador y el Congreso.

Siguiendo en abierta pugna, acabó Iturbide por disolver la Cámara el día 31 de octubre, llevándolo a cabo el brigadier D. Luis Cortázar, sin que se levantara ni siquiera una voz o una protesta del cuerpo extinguido. Para atenuar la mala impresión de aquella medida, se creó una Junta con el nombre de *instituyente*, compuesta de dos diputados por algunas provincias y de uno por otras, nombramientos que recayeron en iturbidistas.

En el castillo de San Juan de Ulúa se había fortificado el general Dávila con los últimos tercios españoles, y con objeto de activar los preparativos para desalojarlos, salió Iturbide de México y llegó a Jalapa el 16 de noviembre.

En esa ciudad cometió el Emperador algunas imprudencias indignas de su alto puesto, las que, unidas al fracaso de la expedición contra Ulúa, la destitución del brigadier D. Antonio López de Santa Ana y la gran escasez de recursos en el tesoro imperial, hicieron que estallara la revolución, pronunciándose la guarnición de Veracruz contra el Imperio y por la República, o sea adoptando el llamado *plan de Veracruz*. El espíritu de dicho plan era que, siendo la nación soberana de sí misma y nulo el nombramiento de Iturbide, como obra de la violencia y de la falta de libertad, estaba en la más absoluta libertad para adoptar la forma de gobierno que le conviniese. Destacó Iturbide algunas fuerzas contra Santa Ana, logrando derrotarlo, aunque sin conseguir sofocar la revolución, pues Bravo y Guerrero se adhirieron a ella, trabajando en el Sur con sus antiguos amigos. Epitacio Sánchez, que marchó allá, fue derrotado en Almolonga, y los generales Echavarría y Cortázar firmaron el 1.º de febrero de 1823 *el plan de Casamata,* que convocaba un congreso y censuraba la conducta del Gobierno imperial; plan que secundó la Diputación de Puebla, y bien pronto todo el país.

Se convocó a 109 diputados del Congreso disuelto que vivían en la capital, instalándose el 7 de mayo, y yendo muchos de ellos de la prisión a la Cámara.

Ya se deja comprender el estado de su ánimo con respecto a Iturbide, por lo que éste, dando una muestra de verdadero patriotismo, abdicó la corona el 19 del mismo mes. El Congreso, lleno de pasión contra él, no quiso aceptar la abdicación, y por decreto de 8 de abril declaró «que siendo la coronación de Iturbide obra de la violencia y de la fuerza, y nula de derecho, no había lugar a discutir sobre la abdicación».

El ejército llamado libertador, al mando de Negrete, hizo su entrada en la ciudad de México el día 27 de marzo del año dicho.

Iturbide fué desterrado y salió el 30 para Tacubaya; de allí, custodiado por una escolta, prosiguió su marcha hasta embarcarse en La Antigua, a bordo de la fragata *Rowlins,* el 11 de mayo de 1832, con rumbo a Liorna.

Al Gobierno imperial substituyó uno provisional nombrado por el Congreso y denominado *Poder Ejecutivo,* formado por los señores *D. Pedro Celestino Negrete, D. Nicolás Bravo* y *D. Guadalupe Victoria*, y por estar ausentes los dos últimos entraron a substituirlos *D. Mariano Michelena* y *D. Miguel Domínguez.* El ministerio lo formaron: en Relaciones Exteriores e Interiores, D. Lucas Alamán; en Hacienda, D. Francisco Arrillaga; D. Pablo de la Llave, en Justicia y Negocios eclesiásticos; D. J. Joaquín Herrera, en Guerra y Marina. La penuria del erario había llegado a su máximum, y por ello contrataron dos empréstitos, uno con la casa Goldsmith, de 16 millones de pesos al 55 por 100 de pago con 5 por 100 de intereses; y otro con la casa Richardson y Compañía, al 80 por 100 y 6 de intereses, la mayor parte de los cuales se malgastaron en sueldos, armamentos y composturas del navío *Asia*, y fueron más tarde motivo de graves reclamaciones y perjuicios. Con la caída de Iturbide se separaron de México, el 1.° de julio de 1823, la provincia Guatemala con las demás que se constituyeron en *Provincias Unidas de Centro-América,* quedando fieles a México solamente Chiapas y Soconusco.


Fr. Servando Teresa de Mier.

Unido el partido iturbidista y federalista, obligaron al Gobierno a decretar la convocatoria para el Congreso Constituyente, que al fin se instaló el 7 de noviembre, surgiendo en él dos bandos: el *centralista*, que dirigía el célebre padre Fr. Servando Teresa de Mier y Noriega, Mangino, Jiménez, Becerra y Espinosa, y el *federativo,* que capitaneaba Ramos Arispe, Gómez Farias, Prisciliano Sánchez, Repá, D. Juan de D. Cañedo y Vélez.

Se discutía en el Congreso la forma de gobierno, cuando se pronunció, pidiendo la expulsión de los españoles y un cambio en el Poder Ejecutivo, en enero de 1824, el batallón núm. 8, en Querétaro, y a la

vez lo mismo hacían Echevarría en Puebla, y Dávalos en la capital; mas la energía del Congreso dominó esos alborotos.

La *Santa Alianza* se inclinaba a favorecer a España en la reconquista de México y sus antiguas colonias cuando, al finalizar el año 1823, el presidente de la Unión Americana del Norte, *Mr. James Monroe,* presentó en el Congreso de su país el mensaje constitucional, y en él hizo dos muy importantes declaraciones, a saber: 1.ª, que los Estados Unidos impedirían siempre a los gobiernos europeos la conquista y la colonización de nuevos territorios en el continente americano, y 2.ª, que evitarían toda intervención europea bajo cualquier forma que se presentase para modificar el régimen interior de las naciones americanas. Esto fué lo que se llamó después *doctrina de Monroe.*

Consecuencia de ella fué el reconocimiento que de la independencia de México hizo Inglaterra.

Los iturbidistas no tenían sosiego, tramando incesantemente la vuelta de su jefe, al grado de tener que enviar el Gobierno una fuerte división a Guadalajara, al mando de los generales Bravo y Negrete, para que cuidaran al gobernador D. Luis Quintanar. El Congreso, por su parte, dió un decreto el 28 de abril declarando traidor a Iturbide y poniéndole fuera de la ley. De este decreto inicuo parece no tuvo conocimiento el libertador de México, y se resolvió a salir de Londres, rumbo a México, movido, según unos, por las esperanzas que le daban los sucesos de Jalisco, y, según otros, por el deseo de servir a su patria, amenazada en su independencia por las tramas de la Santa Alianza.

Sea lo que fuere, Iturbide desembarcó en la bahía de Soto la Marina el 29 de junio, acompañado de su esposa, dos hijos pequeños, otras personas de su familia y el teniente coronel polaco Beneski. Éste pasó a tierra so pretexto de tratar un negocio de colonización, y pidió permiso al general Garza para que sus compañeros desembarcasen. Como al legendario rey D. Sebastián, la destreza en montar a caballo descubrió a Iturbide, que fué perseguido, alcanzado y hecho prisionero en el rancho de los Arroyos. Allí se le informó del bárbaro decreto que sobre él pesaba y se le condujo a Padilla, reuniéndose en seguida el Congreso de Tamaulipas, que usurpando atribuciones judiciales, y sin más formalidades legales que la indentificación de la persona, le condenó a muerte.

El salvaje decreto del Congreso se promulgó el 28 de abril, e Iturbide salió de Londres el 11 de mayo, tiempo insuficiente para que él lo conociese: esto no obstante, la sentencia se ejecutó, y el libertador de México fué fusilado en Padilla a las seis de la tarde del 19 de julio de 1824, manchándose la Nación con un atentado inexcusable y una de las más negras ingratitudes.

A Garza se le declaró benemérito, y el Ministro de la Guerra le ascendió a brigadier, en premio del servicio hecho a la Nación preservándola de una guerra civil *por un solo acto decisivo.*

Nada justifica ni atenúa un acto en que la pasión y no la justicia fué su principal causa: cierto es que los antecedentes de Iturbide, en su labor realista, son de los peores, y que sólo su ambición, y no el amor a la libertad de su patria, le hicieron adherirse a la causa insurgente; mas el glorioso acto de llevar a cabo la libertad de México borró de un golpe sus pasados errores y le hizo acreedor a la gratitud de sus compatriotas. Como medida política para matar todo un partido, su muerte fué infalible remedio, pues documentos fehacientes prueban que su regreso a México, más que amor a la patria y deseo de evitar su reconquista, fueron las constantes llamadas de sus partidarios para reponerle en el Trono.

Las labores del Congreso siguieron su marcha siempre en pro de constituir la nación, y el 4 de octubre de 1824 promulgaron *la Constitución federativa*, y, según ella, la REPÚBLICA quedó formada por los estados de CHIAPAS, CHIHUAHUA, COAHUILA y TEJAS, DURANGO, GUANAJUATO, MÉXICO, MICHOACÁN, NUEVO LEÓN, OAXACA, PUEBLA, QUERÉTARO, SAN LUIS POTOSÍ, SONORA, SINALOA, TABASCO, TAMAULIPAS, VERACRUZ, JALISCO, YUCATÁN Y ZACATECAS, con los TERRITORIOS de la ALTA Y BAJA CALIFORNIA, COLIMA, SANTA FE DE NUEVO MÉXICO Y TLAXCALA. Se dividió el poder en legislativo, judicial y ejecutivo, depositado el primero en dos Cámaras, diputados y senadores, electos popularmente, cada dos años los primeros, y cada cuatro años los segundos; el ejecutivo en el presidente y vicepresidente, en su caso, electo cada cuatro años, sin poder reelegirse; y el judicial confiado a la suprema Corte de justicia y formado por 11 Ministros y un Fiscal, con los Tribunales de circuito y Juzgados de distrito.

El Poder ejecutivo, después de hecha la elección, recayó en el general D. GUADALUPE VICTORIA, antiguo insurgente, llamado antes

Félix Fernández, en calidad de presidente, y *D. Nicolás Bravo* como vicepresidente, habiendo tomado posesión ambos el 10 de octubre.

Los Estados Unidos del Norte de América e Inglaterra fueron las primeras naciones que reconocieron la independencia de México, y la primera envió como su representante al Sr. Joel R. Poinsset, quien tomó parte muy activa en las discordias domésticas, ejerciendo pernicioso influjo en ellas por medio de la francmasonería. Esta asociación estaba dividida en dos bandos enteramente opuestos: *escocés* o moderado, entre los cuales figuraba Bravo, y *yorquinos* o exaltados, que tenían por jefe al general Guerrero, y de director a Poinsset; ambos hacían propaganda de sus ideas, respectivamente, en los periódicos *El Sol* y *El Correo de la Federación.*

El general Barragán consiguió al fin la capitulación del caudillo de San Juan de Ulúa, último reducto conservado por las tropas españolas, el día 18 de noviembre de 1825.

No faltaban espíritus exaltados y cabezas locas que a todo trance pretendían la reconquista del país por los hispanos; de este número fué un pequeño grupo, dirigido por el dieguino Fr. Joaquín Arenas, quien con gran imprudencia trató de conquistar al general Mora, y éste puso al Gobierno al tanto de todo. Se procedió a la aprehensión de los complicados, pagando con su vida el Fr. Arenas una intentona que tenía más de ridícula que de temible.

El partido yorquino se aprovechó de este incidente, y consiguió se pusieran presos a los generales Negrete y Echávarri, iniciando la persecución contra los españoles, a causa de lo cual, y por decreto de 20 de diciembre de 1827, se expulsó a la mayor parte de ellos.

El 23 del mismo mes y año se pronunció en Otumba el teniente coronel D. Manuel Montaño, alegando el cumplimiento exacto de la Constitución, la supresión de las logias y la expulsión del ministro Poinsset, y al frente de este levantamiento se pusieron los generales Bravo y Barragán, siendo derrotados por el general Guerrero en Tulancingo el 7 de enero de 1827, tomados prisioneros y desterrados a Guayaquil, no obstante pretender el partido yorquino que se les fusilase.



CAPÍTULO II

El Presidente Gómez Pedraza.—Plan de Jalapa.—Pronunciamiento de la Acordada.—D. Vicente Guerrero.—Expedición española al mando de Barradas.—Rendición de ella en Tampico.—D. José de Bocanegra.—D. Pedro Vélez.— D. Anastasio Bustamante.—Complot contra la vida de Guerrero.—Traición de Picaluga.—Muerte de Guerrero.—Revolución de Veracruz. — D. Melchor Múzquiz. —El Gallinero. — Convenios de Zavaleta. — D. Manuel Gómez Pedraza. — D. Antonio López de Santa Ana.—D. Valentín Gómez Farias. — Ley del caso. — Puros, moderados y conservadores. — Plan de Escalada. — El cólera morbo. — Pronunciamiento de Cuernavaca.

Terminaba el período presidencial de Victoria, y los partidos políticos se agitaban para que sus candidatos llegasen a la primera magistratura de la República. El partido liberal se dividió entre los generales GÓMEZ PEDRAZA y GUERRERO, logrando triunfar el primero, gracias a la protección oficial, el 1.° de septiembre de 1827.

No cejaron los vencidos y apelaron a las armas; Santa Ana se pronunció en Jalapa el 16 de septiembre proclamando al general Guerrero, y en su persecución salió el general Rincón, quien le puso un estrecho sitio en Oaxaca. A punto de capitular, acaeció en México el 30 de noviembre el pronunciamiento de la Acordada, iniciado por García, Velázquez de León, Lobato y Zavala, y poniéndose al frente de los sublevados el mismo general Guerrero. Atacaron durante tres días el Palacio Nacional, y al cabo de ellos huyó el presidente, general Pedraza, con lo que, desmoralizados sus partidarios, triunfó la asonada, que coronó su victoria saqueando el *Parián* y cometiendo otros excesos.

El Congreso declaró, por decreto de 12 de enero de 1829, insubsistente la elección de Pedraza, y nombró jefe supremo de la nación al general D. VICENTE GUERRERO, que tomó posesión el 1.° de abril, teniendo por substituto al general D. Anastasio Bustamante.

La administración de Guerrero fué rudamente combatida, y sólo

vino a tener una ligera tregua por haberse sabido que por Tampico había desembarcado una expedición española, enviada a reconquistar la antigua colonia. Guerrero, con gran actividad, procuró reunir tropas y municiones, allegando recursos, operaciones que sus opositores estorbaron cuanto más pudieron, negando el hecho del desembarco y asegurando que el Presidente se valía de ello para aumentar la fuerza armada que le sostuviese.

El 27 de julio de 1829 desembarcó en Cabo Rojo el general español D. Isidro Barradas a la cabeza de 4.000 hombres, con bastante armamento, destinado a equipar a los que suponían se adherirían a su bandera. Para combatirle fué nombrado el brigadier D. Antonio López de Santa Ana, poniendo a sus órdenes al de igual clase D. Manuel Mier y Terán, que se encontraba en Tamaulipas; obró Santa Ana con gran actividad, embarcándose en Veracruz con menos de 2.000 hombres, y exponiéndose a que el jefe español Laborde le hubiese atacado y derrotado con toda seguridad.

Llegó Barradas a Tampico, y allí se fortificó, atacando luego a Altamira, que, mal defendida por Garza, cayó en sus manos. Llegó en esos momentos Santa Ana, y aprovechándose de la ausencia de Barradas, atacó a Tampico el 20 de agosto, y habría logrado su rendición si Garza hubiese ejecutado las órdenes que él le dió, alcanzando al jefe español por retaguardia, cuando apresuradamente volvía al puerto.

Circuló la noticia de que también por Huatulco habían desembarcado tropas españolas, y con objeto de atacarlas puso el Gobierno al general Bustamante al frente de 3.000 hombres y le ordenó se situaran en Jalapa, Córdoba y Orizaba para defender oportunamente la costa de Veracruz.

Santa Ana entretanto, unido a Terán, atacó a Tampico el 10 de septiembre, y al cabo de doce horas de combate capituló Barradas, entregando las armas y comprometiéndose a evacuar el país y no volver a intentar ataque alguno contra México.

La noticia de tan glorioso triunfo llegó a México el 1.º de octubre, y con él las banderas quitadas al enemigo, que fueron colocadas como ofrenda de gratitud nacional en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, *la Virgen Criolla e Insurgente*.

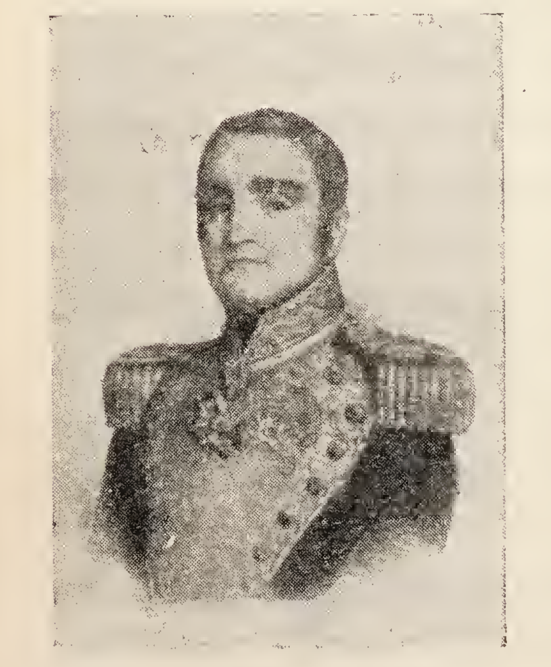
A consecuencia de esa victoria se concedió a Santa Ana y a Terán la banda de generales de división, que les fueron quitadas a Negrete

y Echavarri, y se dió amnistía a Bravo y Barragán y demás complicados en el plan de Montaño.

Se cometió la tonta y ridícula comisión de expedir patentes de corso contra España, mandando al general Basadre a la isla de Haití con ese objeto, gastándose en ello inútilmente la suma de 12.000 pesos.

No valió nada a Guerrero su noble conducta ante sus enemigos, que lograron hacer que el vicepresidente Bustamante sublevara las tropas que se le habían confiado, proclamando en 4 de diciembre el *Plan de Jalapa,* en el que se declaraba nula la elección del general Guerrero.

Encontrándose éste en situación difícil para procurar aumento en el ejército, salió en persona al frente del que tenía, dejando en su lugar a D. José María de Bocanegra, nombrado por el Congreso. En su ausencia se tramó una sublevación en la capital a favor del nuevo plan, teniendo por jefe al general Quintanar, que, ayudado por el gobernador del distrito D. Ignacio Esteva, se hicieron dueños de la situación y aprehendieron a Bocanegra en la noche del 22 de diciembre, poniendo en su lugar a D. Pedro Vélez, asociado con D. Lucas Alamán y el mismo Quintanar.


General Anastasio Bustamante.

Quiso Guerrero volver a la capital a sofocar ese levantamiento; mas se le pronunciaron los tropas y apenas pudo escapar con una pequeña escolta, refugiándose en las montañas del Sur, y así quedó la revolución triunfante.

Entró el general D. Anastasio Bustamante en la capital, investido con el carácter de presidente de la República, el 1.º de enero de 1830, pidiendo luego al Congreso decretara que la revolución había sido justa y que el presidente Guerrero *estaba imposibilitado para gobernar la nación.* Era Bustamante hombre de clara inteligencia, corazón duro, severo, honrado y de pasiones vehementísimas.

Prosperó la nación bajo su mando y aumentaron los caudales públicos, perdiendo en cambio la democracia, pues desplegó una política intolerable y perseguidora que llenó de reos políticos las cárceles. Las extremadas medidas trajeron una nueva revolución, que

se desarrolló en todos los Estados; pero el Gobierno destacó contra ella considerable número de tropas, y sin atender a los antecedentes de sus caudillos hizo fusilasen a los principales de ellos.

El Sur era la única parte que resistía la administración Bustamante, y las tropas de Guerrero y Alvarez diezmaban día a día las fuerzas del Gobierno. Para dar fin a la contienda se apeló al más infame recurso, a la más negra traición.

Combinaron Bustamante y su Ministerio el que se le entregara la suma de 50.000 pesos en oro al capitán del buque sardo *Colombo*, llamado Francisco Picaluga, quien se había comprometido a entregar a Guerrero. Ese traidor infame, abusando de la amistad que tenía con el caudillo del Sur, le invitó a comer a bordo de su buque, y una vez entretenido en la comida, levó anclas del puerto de Acapulco, y poniendo preso a su huésped y amigo, le llevó al Puerto de Huatulco, donde ya le esperaba tropa del Gobierno al mando del capitán Miguel González, a quien le entregó. De ese lugar fué conducido sin grandes miramientos el benemérito Guerrero hasta la ciudad de Oaxaca, donde se le formó un irregular y festinado proceso militar, en el que fué condenado a muerte y fusilado en el pueblo de Cuilapa el 14 de febrero de 1831. Se dijo entonces que el alma de toda esa infamia había sido el ministro D. Lucas Alamán, y que, reunido el Ministerio todo, Facio y Espinosa votaron por la pena de muerte, y Alamán y Mangino por que se le desterrase a la América del Sur, decidiendo en el empate el voto del presidente Bustamante, que se declaró por la pena de muerte.



D. Lucas Alamán.

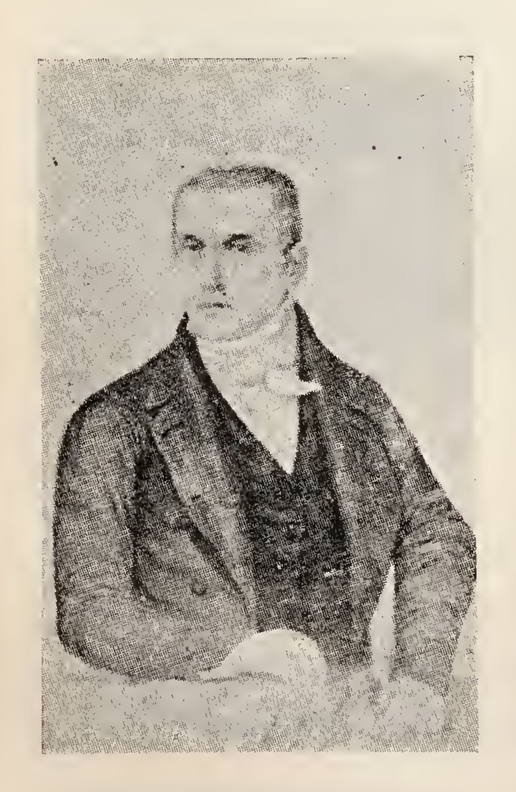
Gran indignacion provocó en Europa el hecho de Picaluga, por lo que el Almirantazgo de Génova, dando con ello una lección a México, declaró traidor y fuera de la ley a Picaluga. La reacción que provocó el Gobierno en su contra con la muerte de Guerrero pronto se hizo sentir; el 2 de enero de 1832 se pronunciaron en Veracruz Landero y Andonaegui, poniéndose al frente de ellos el general Santa Ana y

secundado el movimiento en San Luis y Tampico los generales Moctezuma y Mejía. Logró el general Calderón derrotar a Santa Ana en Tolomé, y para que la campaña marchase mejor, salió Bustamante de México, dejando el 15 de agosto al frente del Gobierno al general D. MELCHOR MUZQUIZ.

Trató luego de batir a Moctezuma, que había derrotado a Otero en el Pozo de los Carmelitas, y el 18 de septiembre se dió la sangrienta batalla del «Gallinero», en la que derrotó al revolucionario de San Luis

En compensación, Santa Ana venció a Azcárate en el Palmar, se apoderó de Puebla el 4 de octubre, y después de otros combates derrotó al mismo Bustamante en Rancho de Posadas el 6 de diciembre, obligándole a firmar el 23 del mismo *los convenios de Zavaleta,* en los que reconocía su usurpación y la nulidad de su elección y mando.

Los convenios de Zavaleta reconocían como presidente de la República al general D. MANUEL GÓMEZ PEDRAZA hasta el 1.º de abril de 1833, y en tal virtud tomó posesión del mando en la ciudad de Puebla el 27 de diciembre de 1832. En el corto tiempo de su gobierno se dió una nueva ley de expulsión contra los españoles que habían vuelto al país, y se hicieron nuevas elecciones por haberse anulado las ya efectuadas a favor del general Bravo, y que habían recaído en el general *D. Manuel Mier y Terán.* Este señor, a consecuencia de desengaños políticos, se había suicidado en Padilla sobre la tumba de Iturbide el 3 de julio de 1832.



Dr. Valentín Gómez Farias.

El resultado de las elecciones fué el nombramiento del general D. ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA; pero ocupó el puesto el vicepresidente D. VALENTÍN GÓMEZ FARIAS.

Era Gómez Farias persona de ideas avanzadas y animado de un espíritu reformista; así es que luego quiso transformar las costumbres e ideas del país. El Congreso, por su parte, decretó el destierro de 51 personas, sin expresar la causa, y autorizó al Ejecutivo para que hiciesen otro tanto con los que se hallasen en el *mismo caso;* decretó también el patronato de la Iglesia, pretendiendo proveer los obispados y beneficios ecle-

siásticos; suprimió la coacción civil para el pago de diezmos, así como para el cumplimiento de votos monásticos; por ley de 19 de octubre excluyó al clero de la enseñanza pública, y por otra del 24 del mismo extinguió la Universidad, sujetando los colegios a una dirección de Instrucción pública .

Vino entonces a marcarse una nueva división de partidos políticos: *los puros,* que aspiraban a establecer las doctrinas de los racionalistas franceses; *los conservadores,* que sostenían las ideas absolutistas españolas, y *los moderados,* que, de acuerdo con los principios liberales, creían no era tiempo aún para llevarlos a la práctica. Las disposiciones antedichas provocaron al partido conservador y ocasionaron un pronunciamiento, bajo el plan de *Religión y Fueros,* que se verificó en Morelia (Michoacán) el 26 de mayo de 1833, proclamado por el general Ignacio Escalada, y fué secundado en Chalco por el general Durán y el coronel Unda. Santa Ana salió contra los sublevados; mas habiéndose pronunciado el general Arista que iba con él, le hizo prisionero y después le dejó libre.

A toda esa serie de desórdenes vino a dar tinte lúgubre la aparición, por primera vez en el país, del terrible *cólera morbo*, que hizo innumerables víctimas.

Un nuevo pronunciamiento por *Religión y Fueros,* verificado en Cuernavaca el 30 de junio, echó por tierra al vicepresidente Gómez Farias y elevó a Santa Ana.

CAPÍTULO III

D. Antonio López de Santa Ana.—D. Miguel Barragán.—Sublevación de Austín en Texas.—Campaña de Texas y su desastroso fin.—D. José Justo Corro.—Derrota de San Jacinto y prisión de Santa Ana.—Reconoce España la independencia de México.—D. Anastasio Bustamante.—Revolución de San Luis Potosí.—Reclamación de Francia.—Toma de San Juan de Ulúa.—De Veracruz.—Guerra de los pasteles.—D. Antonio López de Santa Ana.—D. Nicolás Bravo.—Pronunciamiento de Urrea y Gómez Farias.— Folleto de Gutiérrez Estrada.— Pronunciamiento de Paredes en San Luis Potosí.—D. Javier Echevarría.—Plan de Tacubaya.—Don Antonio López de Santa Ana.—D. Nicolás Bravo.—Bases orgánicas.—Separación de Yucatán.—El ministro americano Shannon y su declaración tocante a Texas.

Por segunda vez, si no la opinión unánime de la nación, sí una parte considerable de ella, llevó al supremo mando al general DON ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA. Esta vez fué cuando mejor dió a conocer Santa Ana su falta absoluta de carácter y de opiniones, demostrando sólo su ambición; pues habiendo sido el más acérrimo defensor de la República federativa, fué el primero que la hirió de muerte, comenzando por suprimir la Cámara de Senadores y declarando competente al Congreso para constituir de nuevo la nación.



General Antonio López de Santa Ana.

Tal cambio le trajo la oposición de los federalistas, que al fin se declararon contra su Gobierno. Dejó Santa Ana el gobierno en 28 de enero de 1835, y, como de costumbre, se retiró a su hacienda de Manga de Clavo, quedando de presidente el general D. MIGUEL BARRAGÁN. De Manga de Clavo salió Santa Ana para Zacatecas con el fin de combatir las fuerzas federalistas que dirigía el Sr. D. Francisco Gar-

cía, las que derrotó cerca de Guadalupe el día 11 de mayo, y después marchó a Guadalajara, regresando de allí a la capital el 21 de julio.

En el vasto y lejano territorio de Texas se había establecido una colonia norteamericana, dirigida por Esteban Austín, disfrutando de grandes privilegios, y que, merced a la constancia y trabajo característicos en esa raza, había adquirido un considerable desarrollo. Llegó a dominar por su importancia y número el escaso núcleo de gente mexicana, y sólo sentía la acción del Gobierno cuando éste la agobiaba con gabelas o leyes restrictivas. Tomando pretexto del cambio de Gobierno iniciado por Santa Ana, se pronunciaron contra el Gobierno mexicano, proclamando su independencia y la erección de la República de Texas, de la que fué nombrado presidente Mr. Samuel Houston, y vicepresidente D. Lorenzo de Zavala, que así traicionó a su patria.

Alentados los insurrectos con los auxilios que recibían de los Estados Unidos, poco caso hicieron de las amonestaciones del Gobierno mexicano. Este procuró desde luego cortar el mal enviando fuerzas que reprimieran a los rebeldes colonos, y para allegar recursos se hicieron gravosos contratos. Se tomó, desde luego, medio millón de pesos con 45 por 100 de pago; más tarde otros 200.000 pesos con 4 por 100 de interés mensual y pagaderos en muy breve plazo; en seguida se negoció un millón de pesos con el mismo rédito, y todavía, por final, se agenciaron otros 500.000 pesos; no bastando esto, se gravó la propiedad misma con una contribución de 2 al millar.

Organizadas la fuerzas mexicanas salió Santa Ana por San Luis, y allí supo la capitulación del general Cos y la toma de San Antonio de Béjar; esto le hizo apresurar su marcha, y en principios de 1836 invadió a Texas al frente de 6.000 hombres. En esos días murió el presidente Barragán y le reemplazó D. JOSÉ JUSTO CORRO, persona apática y poco apta para llevar el timón del gobierno en tan difíciles momentos.

La campaña de Texas, en sus principios, fué un paseo triunfal para Santa Ana, quien se apoderó en breve del fuerte del Álamo, Goliat, Cóporo, Villa González, El Refugio, Guadalupe Victoria y otros puntos.

Aquellos triunfos embriagaron al General en jefe, que se negó a admitir toda capitulación, y fusiló, taló, incendió y cometió mil arbi-

trariedades con los texanos insurrectos, teniendo la ligereza de diseminar sus tropas por todo el territorio, sin concierto ni plan militar alguno.

Los colonos se refugiaron en la frontera norteamericana, y allí, recibiendo recursos de sus compatriotas, organizaron un regular ejército que, bien dirigido, sorprendió el 12 de abril al general mexicano que con 800 hombres acampaba en las riberas del río San Jacinto, junto a Harisbourg.

El golpe de mano fué tan certero, que la derrota de los mexicanos fué completa, habiendo caído prisionero el mismo Santa Ana, que estuvo a punto de ser fusilado en represalia de sus crueldades. Acobardado, dió orden para salvarse al general D. Vicente Filisola que se encontraba cerca de San Jacinto con 3.000 hombres, de que retrocediese hasta Béjar, y éste, por salvar a su jefe, obedeció sin reflexionar que ya no debía acatar al superior que estaba prisionero.

La retirada del ejército de Filisola fué hasta Matamoros, quedando todo Texas abandonado, y al cabo de algunos meses de prisión elevó Santa Ana su debilidad a traición, reconociendo la independencia de la República texana. Sin rubor ninguno regresó después a México, y como el erario se encontraba en completa ruina, nada se hizo para recobrar el territorio perdido, por más que se nombró para ello al general D. Nicolás Bravo, aunque sin proporcionarle elementos suficientes.

El año 1836, a 28 de diciembre, reconoció España la independencia de México, y el 30 del mismo se publicaron las leyes constitucionales que establecieron el *régimen republicano centralista.*

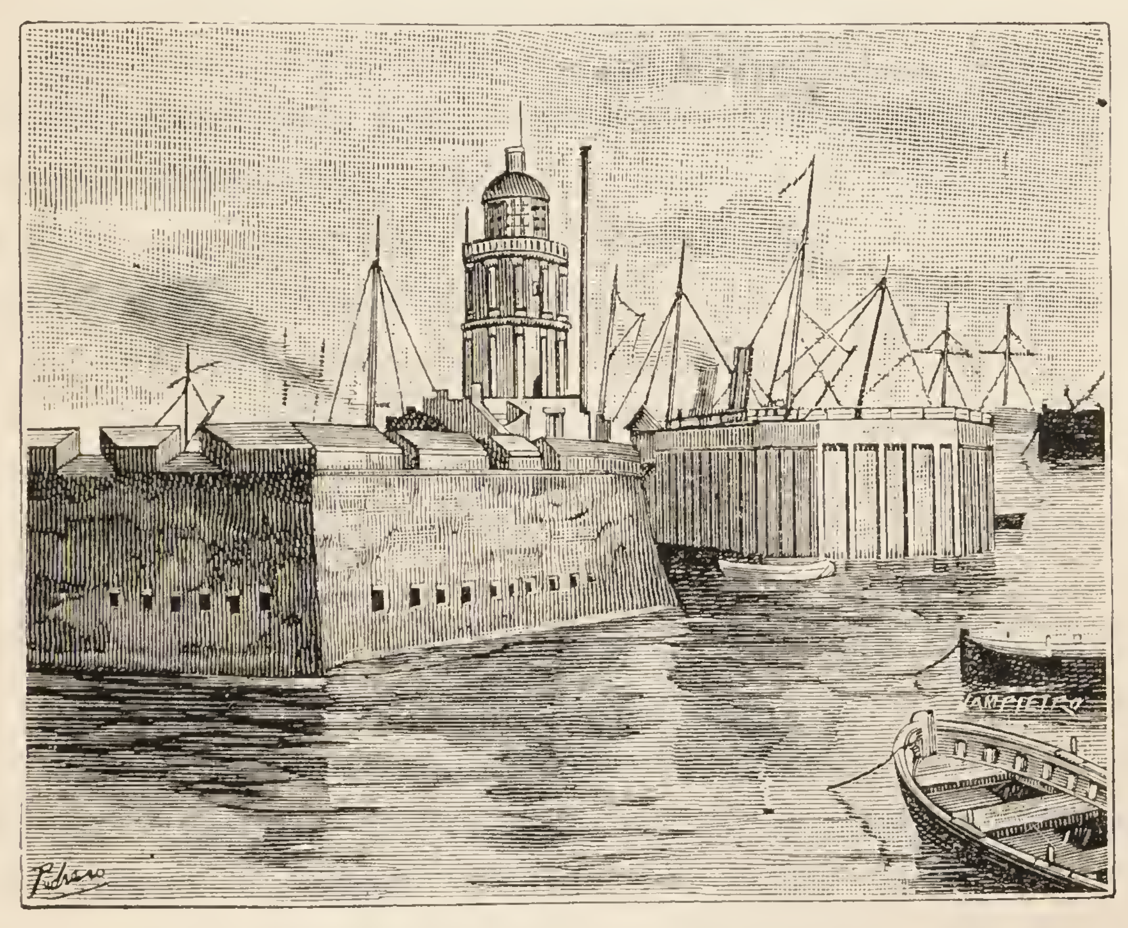
Se hicieron nuevas elecciones, y resultó favorecido con el voto público el general D. ANASTASIO BUSTAMANTE, recientemente llegado al país de su destierro, y que tomó posesión el día 12 de abril de 1837.

La nueva constitución y sistema centralista cayó mal al país, y bien pronto la revolución asomó su faz destructora, pronunciándose en San Luis Potosí el teniente coronel D. Ramón Ugarte, quien se apoderó de la casa de la moneda y fué secundado por el general Moctezuma. El Gobierno obró con actividad enviando al general Paredes y Arrillaga contra los sublevados, y éste derrotó a Moctezuma en Río Verde el 26 de mayo, y capituló luego Ugarte.

En Sonora, Nuevo México y Tampico hubo algunos movimientos a favor de la federación aunque sin resultados notables.

Ocupado el gobierno en sofocarlos y en atender a la reconquista de Texas, vino a distraerle la reclamación que presentó Francia, haciendo cargo a México de varias crecidas sumas por indemnización a los males que sus ciudadanos habían sufrido en las guerras civiles.

Francia, al hacer esas reclamaciones, más que en su justicia, confiaba en su fuerza, y no comprendiendo esto Bustamante, hizo poco caso del asunto, poniendo sólo moratorias y plazos, y en realidad nada resolvía. El 23 de marzo de 1838 el barón Desffaudis dirigió un *ultimátum* al Gobierno, contestándole el ministro de Relaciones, Cuevas, en el que se negaba a entrar en arreglos mientras la escuadra francesa navegara en aguas mexicanas. Con esta respuesta



Veracruz: Castillo de San Juan de Ulúa.

declaró el 16 de abril el almirante Bazoche que estaban terminadas las relaciones amistosas entre las dos naciones; y como a poco llegase en la fragata *Nereida* el contralmirante Mr. Baudin, nombrado por el rey Luis Felipe ministro plenipotenciario, pidió la contestación al *ultimátum* de Desffaudis, y tuvo en Jalapa con el ministro Cuevas una conferencia el día 14 de noviembre, en la cual nada se obtuvo en pro de la justicia, y se declaró la guerra.

Rompió sus fuegos la escuadra francesa contra San Juan de Ulúa el 27 de noviembre a las doce del día, y por más que el jefe de la

fortaleza mexicana, general D. Antonio Gaona, con pocos soldados y 40 cañones sostuvo el ataque por más de cuatro horas, tuvo que capitular autorizado por el general Rincón, comandante de Veracruz, tomando en ello gran parte el haberse volado el repuesto de pólvora del Caballero Alto. Como no aprobase el Gobierno la capitulación, siguieron las hostilidades, tomando la dirección de las fuerzas nacionales el general Santa Ana. Al amanecer del día 5 de diciembre, protegidos los franceses por una espesa niebla, entraron a Veracruz e hicieron prisionero al general Arista, teniendo que replegarse después a sus navíos atacados por las tropas mexicanas; acaeciendo que una pieza de artillería que disparaban los franceses desde el muelle en el momento de su embarque, hirió a Santa Ana en una pierna, que fué preciso amputarle.

Ocuparon al fin la plaza los invasores por haberla abandonado los mexicanos, y como los disturbios intestinos continuasen, fué preciso abrir negociaciones, que se firmaron el 9 de marzo por los señores D. Eduardo de Gorostiza, D. Guadalupe Victoria y Mr. C. Baudien, en virtud de las cuales México pagaría la suma de 600.000 pesos.

Continuaron los pronunciamientos contra el sistema central, por lo que Bustamante marchó a combatir a los sublevados a Tampico, dejando de interino en el Gobierno a D. ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA, curado de su herida, quien tomó posesión del mando el 18 de marzo de 1839. Mientras Bustamante avanzaba sobre Tampico, los pronunciados se dirigían hacia Puebla. De este movimiento tuvo noticia Santa Ana, y contra ellos se dirigió rápidamente, saliéndoles al encuentro en Acajete el 3 de mayo, y allí los derrotó y mandó fusilar al general D. Antonio Mejía, que entonces cayó prisionero.

El 19 de julio se retiró Santa Ana de la Presidencia, que entregó al general D. NICOLÁS BRAVO, quien sólo gobernó seis días por haber regresado Bustamante.

El 15 de julio se pronunciaron en México el general Urrea y D. Valentín Gómez Farias, haciéndose dueños del Palacio Nacional, y apresando al presidente Bustamante, que al cabo de dos días quedó libre. Durante doce días las calles de la capital fueron teatro de continuos combates entre las tropas fieles al Gobierno y los sublevados, hasta que vencidos éstos volvió el Presidente a su residencia oficial.

A causa de este escandaloso acontecimiento D. José M.ª Gutié-

rrez Estrada dirigió una carta impresa al Sr. Bustamante, con fecha 25 de agosto, en que manifestaba ser imposible la existencia de una república en México, y que era necesario el establecimiento de una monarquía con un príncipe extranjero. Grande indignación produjo ese impreso, y el que más lo reprochó con severísimas frases fué el general D. Juan N. Almonte, que más tarde se adhirió al imperio, figurando en la Regencia como uno de los *traidores* prominentes.

Del seno mismo de la oligarquía militar apoyada por los conservadores surgió su ruina; el general D. Mariano Paredes y Arrillaga se pronunció en San Luis Potosí el 8 de agosto de 1841, y fué secundado por Valencia en la ciudadela y por Santa Ana, que se apoderó de Perote. Contra él salió Bustamante el 8 de septiembre, dejando en su lugar a D. JAVIER ECHEVERRÍA, que duró hasta el 10 de octubre en el Gobierno, pues habiéndose pronunciado la tropa huyó Bustamante, y así triunfó *el plan de Tacubaya*. El 6 de octubre entró Santa Ana en la capital y nombró a los individuos de la Junta, según lo decía el plan indicado, y ésta eligió al mencionado SANTA ANA, que tomó posesión de la presidencia el día 10 de octubre y se retiró de ella el 6 de noviembre de 1842.

Dejó en su lugar al general D. NICOLÁS BRAVO, que duró hasta el 5 de mayo del siguiente año. Formó el Congreso un proyecto de constitución federal, y eso no agradó a Santa Ana, que, por medio del general Tornel, hizo que se pronunciaran las tropas de Huejotzingo, pidiendo la disolución del Cuerpo legislativo y la reunión de una Junta de notables; así lo hizo el Gobierno y extinguió el Congreso el 11 de diciembre de 1842.

La Junta de notables se instaló el 6 de enero de 1843, y el 12 de junio dió por ley el Código centralista, llamado *Bases orgánicas*, y ajustado a él se hicieron las elecciones, en que salió favorecido SANTA ANA.

El cambio de forma de gobierno, la abolición de ciertas exenciones, la contribución para la guerra de Texas, el reclutamiento militar y el estanco del tabaco produjeron gran disgusto en el Estado de Yucatán, que por medio de su legislatura declaró, en 4 de marzo de 1840, quedar separado de la Federación mientras las instituciones federales no se restableciesen.

En Campeche se opuso a ello Zayas Rivas y fué sitiado por López

de Llergo e Imán, obligándole a evacuar la plaza y quedando con ello triunfante la revolución en toda la Península. Extremó las medidas el Gobierno mexicano cerrando los puertos de Campeche y Sisal al comercio extranjero, y esto exacerbó a los yucatecos, que en 1.° de diciembre de 1841 hicieron la erección de aquel Estado en república independiente.

Comisionó Santa Ana a D. Andrés Quintana Roo para procurar un arreglo, y nada se consiguió, rompiéndose entonces las hostilidades, y en èl campo de la guerra poco o nada hicieron los generales enviados, hasta que al fin se ajustaron las paces en diciembre de 1843.

Procuraba Santa Ana cubrir sus desaciertos llamando la atención pública sobre cosas sensacionales, y entre ellas fué el anunciar la continuación de la guerra de Texas, a cuya noticia el Ministro americano en México, Mr. Shannon, con gran candidez diplomática, hizo saber al Ministro mexicano que protestaría contra toda agresión a aquel territorio, por estarse tratando de su agregación a la Unión americana.

CAPÍTULO IV

D. Valentín Canalizo.—D. José Joaquín de Herrera.—Prisión de Santa Ana y su destierro fuera de la República.—Reconocen los Estados Unidos la independencia de Texas.—Declaración de guerra entre México y los Estados Unidos.—Infame conducta de Paredes y Arrillaga.—Proyectos de monarquía.—Conducta antipatriótica de Yucatán y Campeche.—Invasión de la frontera de México por el general Taylor.—Batallas del Palo Alto y la Resaca.—Abandono de Matamoros.—Pronunciamiento de Yáñez.—D. Nicolás Bravo.—Prisión y destierro de Paredes.—Don Mariano Salas.—D. Antonio López de Santa Ana.—D. Valentín Gómez Farias.—Estados patriotas.—Batalla de la Angostura.—Los americanos atacan por mar.—Los *polkos*.—Su pronunciamiento.—Toma de Veracruz.—D. Pedro María Anaya.—Batalla de Cerro Gordo.

Don Valentín Canalizo gobernaba el país en lugar de Santa Ana desde el 4 de octubre de 1843, y duró en el poder hasta el 4 de junio de 1844, en que éste volvió de su famosa hacienda. Entró en completa riña con el Congreso, a causa de haberle negado éste la facultad de imponer nuevas contribuciones, y se ausentó de nuevo el 12 de septiembre, dejando a D. José Joaquín de Herrera en la presidencia, mientras llegaba de San Luis Potosí Canalizo, quien se encargó del mando supremo el día 24 del mismo.

La tiranía y desaciertos administrativos llegaron a su colmo, provocando el que la Junta departamental de Guadalajara solicitara ante el Congreso la revisión de los actos del presidente Santa Ana, y en este mismo sentido se pronunció en esta ciudad el 1.º de noviembre su comandante general D. Mariano Paredes y Arrillaga, agregando se separase del Gobierno a Santa Ana. Sabido que fué por éste tal suceso, dejó su residencia de Manga de Clavo y marchó a ponerse a la cabeza de sus tropas, sin cuidarse de pedir al Gobierno se lo permitiese.

Secundó Puebla el movimiento de Guadalajara el 3 de diciembre, y el 5 se puso en México el pueblo sobre las armas, entregando Canalizo el 6 el Gobierno a D. José Joaquín de Herrera, como

presidente del Consejo. Santa Ana se encontraba entonces en Silao al frente de 12.000 hombres, y sin avanzar ya sobre Guadalajara, volvió a México sin atreverse a atacarlo, marchando luego sobre Puebla. Asedió a esta plaza, que defendió con brío el general Inclán, desde el 4 de enero de 1845 hasta el 12 del mismo, en que Santa Ana tuvo que levantar el sitio, obligado por los generales Paredes y Bravo.

Tuvo aquél la audacia de hacer proposiciones al Gobierno, las que fueron rechazadas, y entonces, abandonando su tropas, huyó a Veracruz. En los alrededores de Tlahuistlán le reconoció el comandante Amado Rodríguez, quien le tomó prisionero y llevó a Perote, donde permaneció hasta 27 de mayo, en que, por decreto de la Cámara, salió desterrado fuera del país.

Difícil fué la administración del Sr. Herrera, que, a más de entenderse con los asuntos interiores, atendió a las complicaciones exteriores que trajeron la agregación de Texas a los Estados Unidos. El Gobierno de esta nación, obrando con cínica mala fe, reconoció la independencia del territorio de Texas y celebró en seguida un tratado con la nueva República, en virtud del cual quedaba formando parte de la Unión Norteamericana; nuestro ministro Gorostiza, altamente ofendido, pidió su pasaporte y abandonó los Estados Unidos. La fecha de este vergonzoso tratado es 12 de abril de 1844.

El Congreso de la nación vecina reprobó de plano el Tratado propuesto a su aprobación, mas obstinado el Gobierno, hizo que la Cámara de Diputados propusiese la agregación, y fué aprobada en sesión del 1.° de marzo de 1845 por una mayoría de 22 diputados y dos senadores.

No contenta la ambición de nuestros vecinos con sólo aquello, dieron amplitud mayor al territorio, haciéndole lindar con el Río Bravo del Norte e invadiendo el territorio nacional con sus tropas. Todo esto hizo que se declarara la guerra a mediados del año de 1846. Con proposiciones de paz y conciliación vino a México Mr. Jhon Slidell, asumiendo el carácter de ministro plenipotenciario; y como el Gobierno mexicano se negase a recibirle con tal carácter y lo tomase tan sólo con el de enviado especial y extraordinario, declaró que nuestro Gobierno no quería la paz. La penuria del erario era grandísima, y con dificultades sin número se pudieron equipar 6.000 hombres, cuyo mando se confió al general D. Mariano Pare-

des y Arrillaga, que salió con rumbo a la frontera; mas al llegar a San Luis Potosí, movido por bastardas ambiciones, y sin tener en cuenta la aflictiva situación de la patria, se pronunció allí el 14 de diciembre de 1845, retrocediendo a la capital, en donde entró triunfante el 2 de enero de 1846.

El pretexto del levantamiento contra Herrera fué el que no atendía debidamente a la guerra extranjera, y al posesionarse él del mando no se volvió a ocupar de ella. Increíble parece que este hombre desleal y menguado tratase de establecer en aquellos tan críticos momentos una monarquía en México, y que hubiese emprendido negociaciones en favor del infante D. Enrique, cuñado de la reina Isabel II. El partido conservador de España apoyó el proyecto y aun gastó más de 100.000 pesos en su intriga política.

Yucatán y Campeche siguieron el pernicioso ejemplo de Paredes, pues el primero volvió a separarse de la República, y el segundo proclamó su neutralidad en la guerra americana.

En los últimos meses del año 1845 el Gobierno americano mandó contra nuestras fronteras un ejército al mando del general Zacarías Taylor. En abril de 1846 avanzó este general hasta la margen izquierda del Río Bravo, y el día 8 de mayo se empeñó en Palo Alto un combate con una de las divisiones mexicanas que mandaba el general Arista. Después de más de tres horas de sangriento y desigual combate, sobre todo por la superioridad del armamento norteamericano, nuestras tropas se retiraron a la Resaca de Guerrero y allí volvieron a ser atacadas y derrotadas. De este lugar se replegó Arista para Matamoros con su mermada tropa, abandonando esta plaza el día 16 y ocupándola el enemigo el 18, encontrándose en ella municiones, artillería y 400 enfermos, que por falta de bagajes se abandonaron.


General Zacarías Taylor.

Procesado Arista por aquellos fracasos, entregó el mando del Ejército nacional al general D. Francisco Mejía, que de Linares se retiró a Matamoros, y allí le substituyó el general D. Pedro Ampudia.

Los planes monárquicos de Paredes fueron conocidos por la mayoría del país, y entonces se pronunció en Guadalajara el general José María Yáñez al grito de *muera el príncipe extranjero*. Salió el presidente a batirlo, dejando en su lugar al general D. NICOLÁS BRAVO, el 27 de julio; mas como el 4 de agosto se pronunciara en la ciudad el general Salas, Paredes huyó, cayendo al fin prisionero y quedando desterrado fuera de la nación.

El general D. MARIANO SALAS subió al gobierno y convocó un nuevo Congreso, que reunido nombró, en 6 de diciembre, jefe supremo de la República al general D. ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA, que había ya regresado a México. Éste no quiso ejercer sus funciones, sino que, poniéndose al frente del ejército, marchó contra el invasor yanqui, y dejó como su substituto a D. VALENTÍN GÓMEZ FARIAS, quien asumió el mando el 24 de diciembre de 1846. Concentró éste todos sus esfuerzos en allegar recursos, para lo cual decretó el 10 de enero de 1847 la nacionalización de parte de los bienes del clero, medida que cayó muy mal a las clases privilegiadas. Ampudia sucumbía entretanto en Monterrey, teniendo que capitular el 25 de septiembre, viniendo a reunirse con Santa Ana en San Luis Potosí a fines de octubre.

Se perdieron más de tres meses en San Luis Potosí y con la pésima orden que se dió a Parrodí de abandonar Tampico y replegarse a Tula, pudieron fácilmente los americanos apoderarse de aquel importante puerto y decidirse a atacar a Veracruz por mar. Ocupó el coronel Doniphan a Paso del Norte en 27 de diciembre, y a fines de febrero marchó sobre Chihuahua, que cayó en su poder el 1.º de marzo de 1847. El general Kearnay invadió a Nuevo México en agosto de 1846, a tiempo que también se internaba en California el coronel Fremont y ocupaba a San Francisco, declarándolo parte de la Unión Americana.

En el país parece no se dieron cuenta de la gravedad de las circunstancias, pues con excepción de los Estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí, Aguascalientes y el Distrito Federal, que proporcionaron hombres y dinero, los restantes casi nada hicieron.

Hasta el 28 de enero de 1847 no comenzó a salir el ejército que debía atacar a Taylor, y lo componían 18.000 hombres, mandados en jefe por Santa Ana, teniendo que perderse por la fatiga de la marcha

más de 4.000 plazas, pues llegaron frente al enemigo sólo 14.000 con 17 cañones. Avistaron al invasor en el punto llamado «La Angostura» el día 22 de febrero, encontrándolo ya bien parapetado; se trabó luego una sangrienta escaramuza al pretender ambas fuerzas tomar una loma, que al fin ganaron las tropas mexicanas, aplazándose la batalla para el subsecuente día. Al rayar el día 23 se comenzó la batalla formal, peleando con verdadero encarnizamiento ambos ejércitos, y en ella siguieron casi todo el día, interrumpiéndose apenas a causa de una ligera lluvia. Tuvo el enemigo que replegarse, y sólo pudo conservar una de las posiciones centrales y la línea de Buenavista, distante una legua de la que primero ocupaba. Las pérdidas por ambos lados fueron de consideración, tanto en hombres como en armamentos y municiones. Habría terminado la jornada con gloria y ventaja para México si el general Miñón, con su brigada de caballería, compuesta de 1.400 hombres, hubiese atacado la retaguardia del enemigo; mas no lo hizo así, pues estuvo tan sólo amagando inútilmente al Saltillo.

Taylor se retiró para esa ciudad, y Santa Ana para Agua Nueva, sin que pueda llamarse victorioso ninguno de los dos ejércitos.



General Winfield Scott.

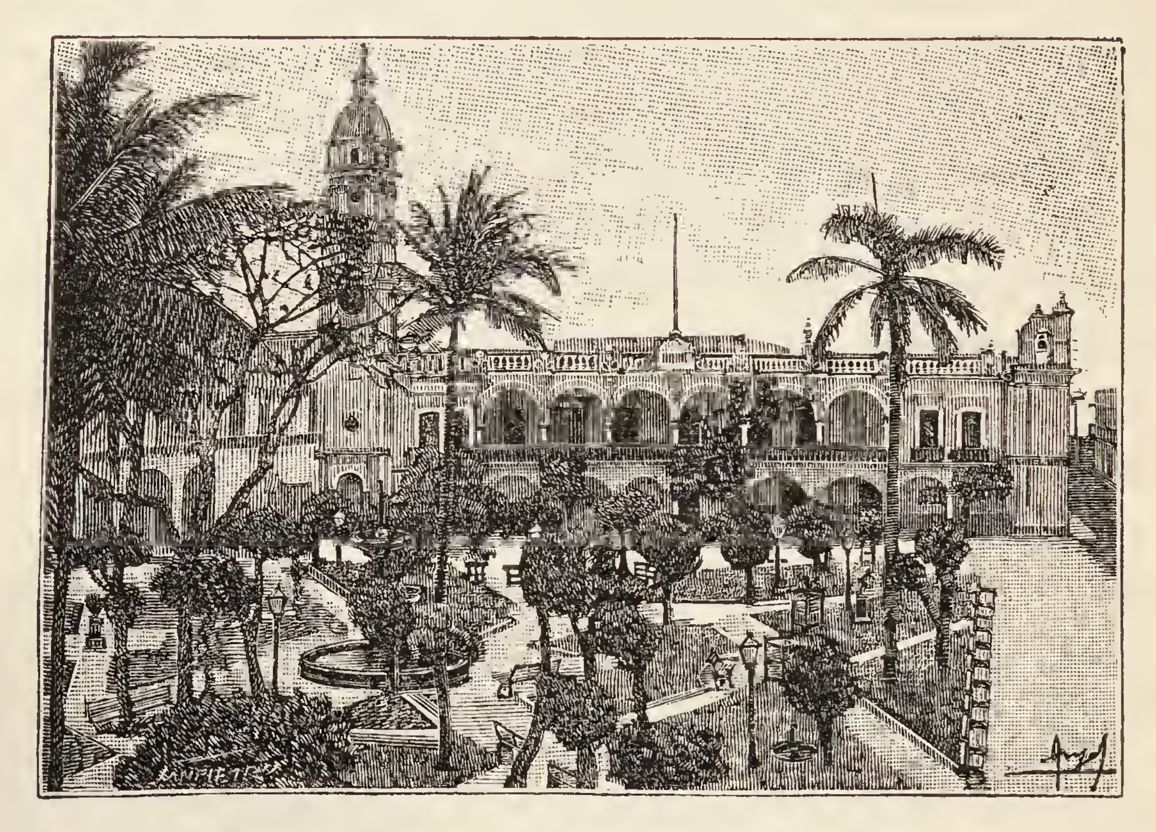
La falta de víveres obligó a Santa Ana, según éste manifestó después, a ejecutar tal movimiento, demostrando así su impericia habitual, y habiendo sacrificado buen número de patriotas.

El Gobierno americano palpó lo difícil de atacar por el Norte, y cambió el plan de campaña, poniendo al frente de un nuevo ejército al general Winfield Scott y ordenándole que atacara por Veracruz.

Sabedor el presidente Gómez Farias de lo que se intentaba, mandó que la Guardia nacional, compuesta de jóvenes de la aristocracia, artesanos y otras personas afiliadas al partido moderado, llamadas *polkos,* salieran rumbo al puerto mencionado: ya estaban dispuestos a la marcha, cuando por intrigas del partido conservador, muy disgustados por las providencias liberales del Sr. Gó-

mez Farias, en vez de ir a su destino, se pronunciaron el 27 de febrero de 1847, dando el grito de *muera Gómez Farias, mueran los puros.* Acaudillados por Peña y Barragán, en número de 3.300, atacaron al Palacio Nacional y otros edificios públicos, trabándose escaramuzas en las calles, mientras el odiado yanqui hollaba e invadía impunemente el territorio nacional. A los quince días de esto, llegó Santa Ana, quitó del poder a Gómez Farias y terminó el criminal y vergonzoso *pronunciamiento de los polkos.*

Desde fines del año 1845 bogaban en aguas de Veracruz algunos buques de guerra americanos; pero hasta el 20 de mayo de 1846 no se



Vista de la plaza Principal de Veracruz.

declaró el bloqueo de ese puerto por el comandante Fiter Kungh, atacando Connor a Alvarado y San Juan Bautista en el mes de agosto, aunque sin éxito.

El 8 de febrero de 1847 se avistaron en Veracruz varios buques que, según se supo, traían a bordo todo lo necesario para un asalto, y la ciudad nada contaba para su defensa. El 9 desembarcaron las tropas de Scott, y el 22 intimó rendición a la plaza este jefe. La defensa de Veracruz estaba confiada al general D. Juan Morales, que tenía a sus órdenes poco más de 4.000 hombres, y se negó a las exigencias del militar americano. En la tarde del mismo día comenzó el bombardeo desde las baterías del enemigo y de sus buques; por espacio de cinco días con sus noches cayó sobre Veracruz una lluvia

de proyectiles que derrumbaron las dos terceras partes de la ciudad; después de una resistencia verdaderamente heroica, capituló la guarnición el día 27, saliendo dos días más tarde con los honores de la guerra.

Sabedor de ello Santa Ana, después de reprobar aquella capitulación y aun mandando poner presos a sus pundonorosos generales Morales, Landero y Durán, salió rumbo a Jalapa con ánimo de lavar *la deshonra de Veracruz,* dejando en su lugar al general D. PEDRO MARTÍN ANAYA el 1.° de abril.

Con tropas de San Luis, México y Puebla, más varios cuerpos de Guardia nacional de Veracruz, formó un ejército de 9.000 hombres, que situó en Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa, obrando en ello contra la opinión autorizada de personas que se lo reprobaron.



CAPÍTULO V

Desastre de Cerro Gordo.—Toma de Puebla por los americanos.—Poco patriotismo de los poblanos.—Los americanos sobre México.—Derrota de Padierna.—De Churubusco.—Armisticio.—El Molino del Rey.—Asalto de Chapultepec.—Toma de la Garita de Belén y San Cosme.—Entrada de los americanos en México.—Licenciado Manuel de la Peña y Peña.—Destierro de Santa Ana.—Paz y arreglo con los Estados Unidos.—D. Pedro María Anaya.—D. José Joaquín Herrera.—El P. Jarauta.—Guerra de castas en Yucatán.—El telégrafo en México.—D. Mariano Arista.—Pronunciamiento de Blancarte.—Pronunciamiento de Bahamonde.

Cerro Gordo era el punto menos a propósito para esperar al enemigo, pues su topografía impedía usar convenientemente de la caballería y carecían de agua. El ejército americano constaba de 8.500 hombres bien equipados, y después de haber hecho un reconocimiento sobre el terreno, el general Twings atacó en masa, bajo el mando del general Scott, el día 18, causando la derrota de nuestro ejército una fuerte columna enemiga que lo flanqueó por el Cerro del Telégrafo, al que Santa Ana no auxilió ni cubrió convenientemente. Santa Ana se retiró a Orizaba con los restos de su tropa, logrando reorganizarla con auxilio de otros cuerpos procedentes de Oaxaca, y de allí marchó a Puebla, donde se reunió con las fuerzas del general Canalizo. Careciendo de los elementos necesarios, abandonó a Puebla, y entraron a ella los invasores el día 15 de mayo.

Se ha dicho por algunos escritores que el Cabildo eclesiástico y su Obispo recibieron al general Woorth bajo palio y entonaron un *Te Deum* en la catedral angelopolitana. Esto no es exacto, pues el documento inédito que se cita como autoridad, y al escribir esta obra tenemos a la vista, nada dice de ese escandaloso acontecimiento. Critica, sí, el poco patriotismo de los poblanos, que convirtieron en día de fiesta la entrada de los invasores, debiendo haber hecho más bien, con su abstención, día de luto.

No obstante la prohibición del Ayuntamiento para que se tocasen

las campanas, los canónigos de la catedral y los capellanes de varios conventos las usaron como de costumbre, y aun las repicaron a causa de algunas fiestas religiosas.

El obispo Vázquez, a quien fué a visitar el general americano, estuvo solícito en demostrarle su agradecimiento, pasando al poco tiempo a devolverle la visita en su alojamiento; como aconteciese que a la hora de la misa de coro se presentasen en la catedral algunos soldados americanos, algunos eclesiásticos salieron a recibirlos, y obligaron a los fieles que estaban ocupando algunas bancas a que las cediesen a los americanos. Obraban, en fin, los poblanos, y principalmente el clero, cual si la patria no se encontrase sumergida en la desgracia.

Volvió Santa Ana a México, y el día 20 tomó posesión de la presidencia, disponiéndose a resistir a los americanos en el Valle.

Para este fin levantó tropas e hizo venir a marchas forzadas a varios cuerpos de los Estados; estableció una maestranza y fortificó varios puntos de los alrededores de la ciudad. El ejército enemigo entró en el Valle de México siguiendo casi el mismo itinerario que Hernán Cortés, el día 9 de agosto, formando un ejército de 12.000 hombres, y diez días después atacó el Rancho de Padierna, derrotando al general Valencia, que se puso a resistirlo no obstante las órdenes que le dió Santa Ana para que se retirase, y que en momentos angustiados le negó el auxilio. El 20 de agosto una división de 6.000 hombres, al mando del general Twings, atacó el convento de Churubusco, defendido por 1.000 guardias nacionales a las órdenes de Rincón y Anaya. La defensa heroica impidió que el convento fuera ocupado hasta después de haberse agotado las municiones y sucumbido 400 de los valientes que lo defendían, entre ellos los oficiales D. Francisco Peñúñuri y D. Luis Martínez de Castro. Se refiere que al ocupar la posición el general Twings preguntó al general Anaya, que había caído herido y prisionero, *dónde estaban las municiones,* y éste le contestó: «*Si hubiera parque no estaría usted aquí.*» Después de este combate se ajustó un armisticio, que terminó el 6 de septiembre, y en él se hicieron proposiciones de paz, siempre que México cediera los Estados de Texas, Nuevo México y la Alta California, a lo que se negó el Gobierno. Dos días después atacaron los invasores el Molino del Rey y Casa Mata; en el primero mandaba el viejo jefe insurgente, general D. Antonio León,

al frente de 4.000 hombres y cuatro cañones, y con ellos sostuvo el combate por muchas horas contra 5.000 americanos, hasta que, agotada la munición, no obstante habérsele mandado una de calibre mayor, cayó el punto en poder del enemigo, sucumbiendo su denodado jefe. El 12 de septiembre tuvo lugar el asalto a Chapultepec, defendido por el general Bravo con 832 soldados y diez piezas de artillería, entre aquellos los jóvenes alumnos de la Escuela Militar, de los cuales perecieron Barrera, Márquez, Montes de Oca, Melgar, Suárez, Escutia y otros muchos, cayendo prisionero el general D. Nicolás Bravo. Todos estos valientes jóvenes eran menores de diez y ocho años, y entre los restantes vivientes que cayeron prisioneros se encontraba D. Miguel Miramón.


General Antonio León.

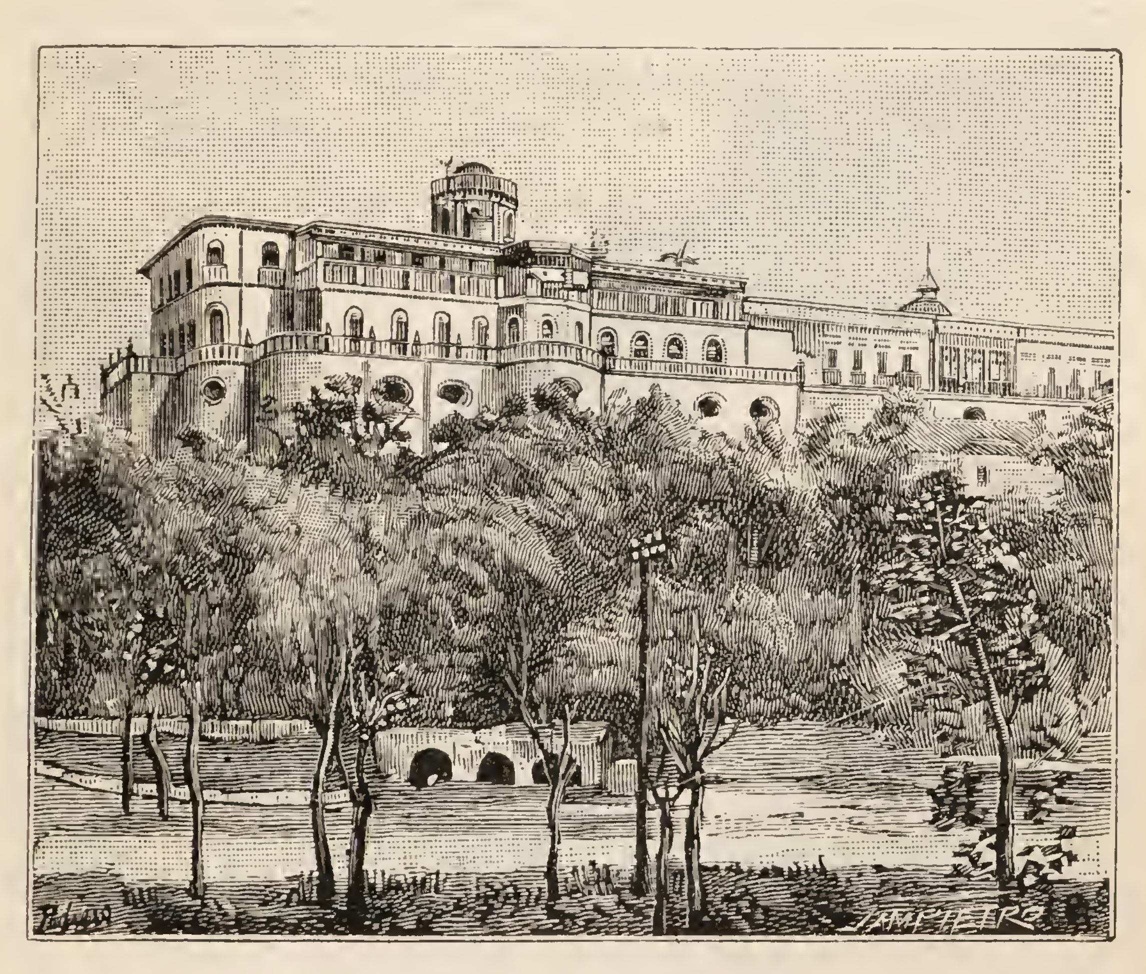
A pesar de los esfuerzos de los generales Rangel, Peña y Lombardini, que defendieron el puente de Santo Tomás, contrarrestados por la cobarde deserción del general Terrés en la garita de Belén, en la tarde del nefasto día 13 penetraron los invasores en la ciudad, logrando posesionarse de las garitas de Belén y San Cosme. Convocó luego Santa Ana una junta de guerra en la ciudadela, y en ella se decidió la salida de la capital de todo el resto del ejército, hacia Guadalupe Hidalgo. A la mañana del siguiente día entró en México el general Scott con parte de sus tropas, y no hubo calle en que no fuese hostilizado por el pueblo, no terminando estas agresiones hasta el siguiente día 15, en que entró todo el resto de la fuerza. El 16 de septiembre renunció Santa


Héroes de Chapultepec.
Muertos por la patria, en lucha con los yanquis, el 12 de Septiembre de 1847.

Ana la presidencia en Guadalupe, quedando en su lugar el presidente de la Suprema Corte de Justicia, Lic. D. Manuel de la Peña y Peña, que estableció su administración en Querétaro; siguió aquél, con el sólo carácter de general, rumbo a Puebla, a la que intentó atacar, así como a Huamantla, y fué rechazado, teniendo por fin que entregar el mando militar al general Reyes.

Partió luego para Oaxaca, y allí su gobernador D. Benito Juárez, le negó la entrada, y entonces dejó la República, marchando con rumbo a Turbaco, en la Nueva Granada.

El conspirador eterno, el iniciador de los pronunciamientos en México, el hombre inconstante y voluble que, sin carecer de valor



Castillo de Chapultepec.

personal, era inepto para servir de jefe, en este espantoso desastre, debido a su imprevisión y capricho, parecía haber concluído para siempre; veremos cómo no fué así en lo de adelante, y cómo todavía las clases elevadas y pudientes de México, que siempre tuvieron en él un maniquí, le restituyeron al país para utilizarle en sus innobles manejos.

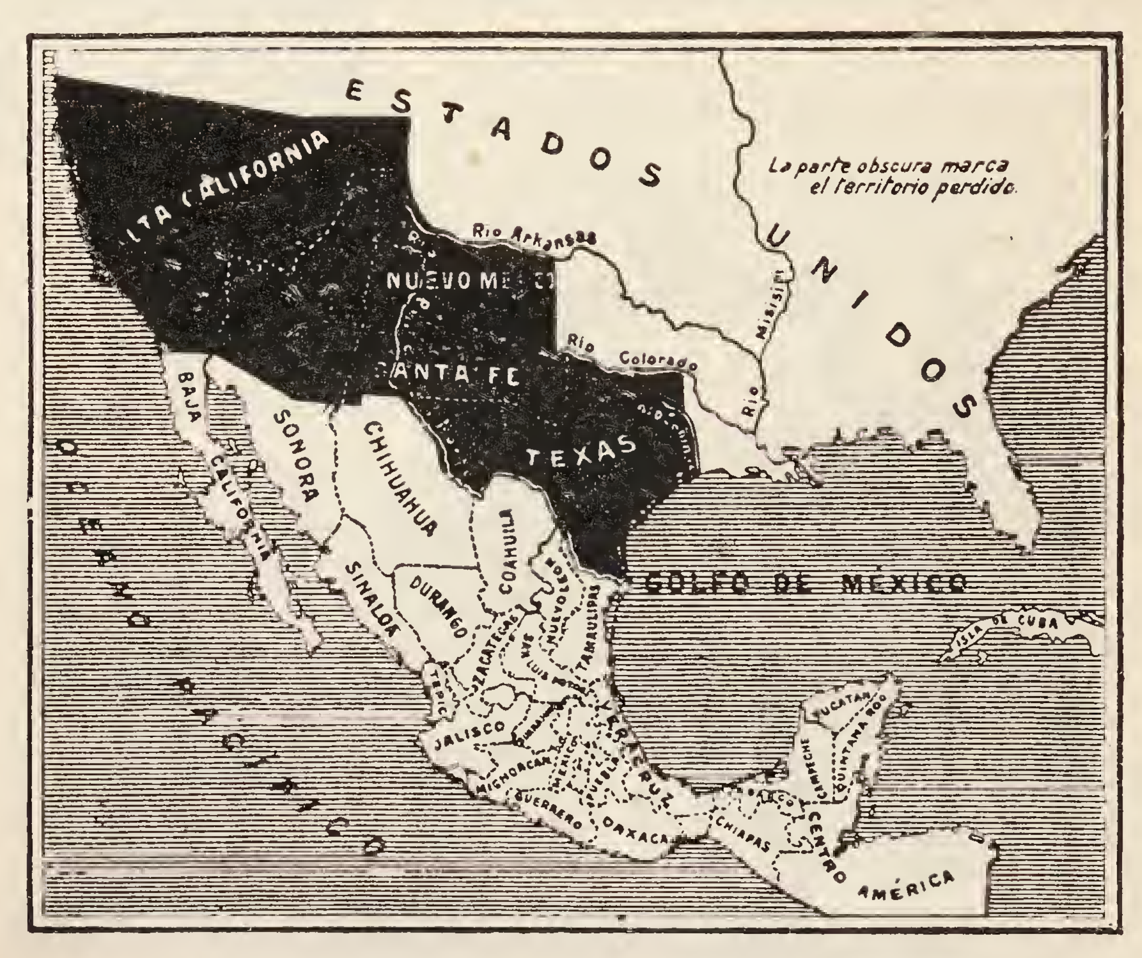
Volvieron los invasores a proponer la paz, y se acogió la idea por el gobernante de México y su gabinete, aunque sin resolver nada por su carácter de interino.

El Congreso nombró presidente interino hasta el 8 de enero de 1848 al general D. Pedro María Anaya, que tomó posesión el día 12 de noviembre de 1847.

Todo ese período se pasó sin arreglar nada definitivo, volviendo a encargarse del poder D. Manuel de la Peña y Peña.

Aunque al terminar el año 1848 tenían los americanos en el país más de 50.000 hombres, casi todo el territorio estaba fuera de su poder y eran constantemente hostilizados.

Logró Mr. Trist, plenipotenciario norteamericano, entenderse con el presidente Peña y Peña, nombrando para los arreglos repre-



Mapa que demuestra lo que era el territorio mexicano antes de la invasión americana.

sentantes de México a D. Miguel Atristain, D. J. Bernardo Couto y D. Luis G. Cuevas. Pidió el americano los territorios de Texas hasta el Bravo, Nuevo México y Alta California, con una extensión de 96.000 leguas cuadradas, dando como indemnización 15.000.000 de pesos, libres las reclamaciones pendientes, valuadas en 3.250.000 pesos, y se obligaba también a defender las fronteras contra los bárbaros.

Duras eran las exigencias; mas dadas las circunstancias de la nación en aquellos momentos, peores podían haber sido. Aunque con

no pequeña oposición, en el Congreso se aprobó lo antedicho en sesión de 13 de Mayo, y la salida del ejército invasor se efectuó en el curso del siguiente junio y parte de julio.

El eminente estadista e historiador Mr. Enrique Clay, juzgando ese atentado a nuestra nacionalidad, dice así: «Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho a ese honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala.»

Entregó en Querétaro el 3 de junio de 1848 el Sr. Peña y Peña el mando supremo al general D. JOSÉ JOAQUÍN DE HERRERA, electo constitucionalmente para el período que había de terminar el 14 de enero de 1851. Este funcionario trasladó los poderes a la capital de la República a mediados del mismo mes. En medio del consiguiente desorden, abatimiento y pobreza que dejó en el país la invasión americana, y cuando apenas el Sr. Herrera comenzaba a dictar providencias que en algo aliviaron la causa pública, el siniestro general Paredes, que furtivamente había regresado a la nación, se pronunció en Aguas Calientes, oponiéndose a los tratados de Guadalupe y llamando traidores a los que lo habían celebrado y aprobado, olvidándose de su indigna y miserable conducta al iniciarse la guerra. Logró fortificarse en Guanajuato, y allí le batió el general Miñón, cayendo también en sus manos el célebre guerrillero Padre Jarauta, que tanto que hacer dió a los americanos, y sin atención a esos servicios fué fusilado. Los indios de la Sierra de Xichú se pusieron en armas; y cuando ya casi se les había reducido, se pronunció en Sierra Gorda el comandante D. Leonardo de Márquez, proclamando a Santa Ana; mas fué pronto derrotado.

Yucatán yacía en la más espantosa guerra de castas, separado del Gobierno de la nación y sufriendo los horrores del salvajismo, sin que se le pudiera auxiliar, viéndose obligado por ello a ofrecer su anexión a cualquier nación que le ayudase; para lo cual envió comunicaciones en ese sentido a Inglaterra, España y Estados Unidos.

El Gobierno de México pudo al fin auxiliarle, volviendo aquel Estado a incorporarse a la federación el 17 de agosto de 1848.

A mediados de 1850 volvió el cólera morbo a invadir la República, aunque sin hacer los estragos que causó en el año de 1833.

No obstante todos esos males, el Sr. Herrera disciplinó al ejército y fué el primero en favorecer la implantación del telégrafo concediendo privilegio para ello al Sr. D. Juan de la Granja, quien inauguró la primera línea entre México y Puebla el mes de octubre de 1851.

La Hacienda pública prosperó también, pues ayudaban a ello sus honorables ministros D. Mariano Riva-Palacio, Otero, Jiménez y Arista, arreglando este último el ejército y ajustando un convenio con los acreedores de México en Londres el 14 de octubre de 1850.

D. Mariano Arista, electo presidente constitucional, recibió el mando de su antecesor el 15 de enero de 1851, siendo *el primer caso* de transmisión pacífica y legal de cargo de presidente que se vió en la República.

Marchó el Sr. Arista en la buena senda inaugurada por el señor Herrera, aunque desde sus principios fué atacado rudamente por los conservadores y los puros. Los pronunciamientos no se hicieron esperar: en septiembre se levantó en Ciudad Guerrero el general Canales, y en Camargo el general Sandoval; mas fueron fácilmente vencidos.

El 26 de julio del año 1852 se pronunció en la ciudad de Guadalajara el coronel de guardias nacionales D. José M.ª Blancarte que por su valor personal gozaba de mucho prestigio entre el pueblo de esa ciudad. Era a la sazón gobernador de aquel Estado el Sr. Licenciado D. Jesús López Portillo, persona de relevantes cualidades y de inquebrantable rectitud. Había tenido Blancarte con este gobernador algunos resentimientos y exigencias y fueron los que le impulsaron, en principal manera, a ejecutar este acto de rebelión.

El desorden fué de trascendencia, pues el Sr. López Portillo, falto de elementos militares, no pudo sofocarlo, teniendo que abandonar el puesto, y en el que, de consuno, liberales, puros y conservadores pusieron al licenciado D. Gregorio Dávila, exigiendo que Arista le reconociese.

Nada hizo el Presidente para sofocar o destruir ese atentado hasta que se pronunció en La Piedad el coronel Bahamonde, y entonces los rebeldes de Guadalajara formaron en 13 de septiembre un plan político en que pedían la destitución de Arista, la Constitución

federal, el desconocimiento de los poderes públicos y el llamamiento de Santa Ana.

No podían quedar unidos después de esto liberales y conservadores: por esa causa dejó Dávila el gobierno y entró el general José María Yáñez. Se adhirieron a este movimiento revolucionario Aguascalientes, Mazatlán, Zamora y otras poblaciones, y sólo entonces mandó el Gobierno al general D. José López Uraga sobre Jalisco. Este jefe, por disgustos y contrariedades, acabó por entenderse con los sublevados y abrazar su partido.

CAPÍTULO VI

Plan del Hospicio.—Plan de Guadalajara.—Monseñor Luis Clementi.—D. Juan B. Ceballos.—Plan de Arroyo-Zarco.—D. Manuel María Lombardini.—D. Antonio López de Santa Ana.—Desaciertos de este gobernante.—Orden de Guadalupe.—Alteza Serenísima.—La Mesilla.—Plan de Ayutla.—Comonfort.—Fuga de Santa Ana.—Triunfa el plan de Ayutla.—D. Martín Carrera.—D. Rómulo Díaz de la Vega.—Don Juan Alvarez.—Ocampo.—*Mis quince días de Ministro.*—D. Ignacio Comonfort.—Pronunciamiento de Zacapoaxtla.—Deslealtad del general D. Severo del Castillo.—Participación del clero en la revolución.—El obispo de Puebla Labastida.

Provocada por personajes del partido conservador, y entre ellos principalmente los canónigos de la catedral de Guadalajara, con excepción de tres de ellos, se reunió una junta el 20 de octubre y se levantó un acta, llamada plan del Hospicio, y en ella admitían el de Blancarte, añadiéndole tan sólo el que se convocase a un Congreso general extraordinario.



Monseñor Luis Clementi.

Los conservadores tomaron mayores bríos, debido a la llegada a México en 11 de noviembre de 1851 del enviado del Papa, monseñor Luis Clementi, a quien recibió oficialmente y en audiencia privada el Presidente de la República al día siguiente de su arribo a la capital de la nación.

Papel poco airoso representó este señor, que fué rudamente hostilizado por los suyos, especialmente por los frailes, con quienes le pasaron lances bochornosos.

Para cubrir la defección de Uraga se nombró al general Miñón que nada hizo de provecho.

El plan de Jalisco fué secundado en varias otras partes de la

República, siendo lo más trascendental el levantamiento de Veracruz y Ulúa, efectuado el 28 de diciembre, y capitaneado por el general D. Manuel Gamboa y el comandante Gregorio del Callejo.

Se empeñó Arista en que el Congreso le concediese facultades extraordinarias; y siendo imposible vencer la resistencia que opuso, renunció la presidencia el 5 de enero de 1853, la que desde luego fué admitida, saliendo ese mismo día para su hacienda de Nanacamilpán, donde permaneció hasta el mes de marzo, en que, desterrado por Santa Ana, salió de la República para no volver más a ella, pues falleció en Lisboa el año de 1854.

Ascendió a la Presidencia D. JUAN B. CEBALLOS, presidente de la Suprema Corte de Justicia, la noche del 5 de enero, y consiguió sin dificultad las apetecidas facultades extraordinarias; y como el Congreso siguiera oponiéndose a muchos de sus actos, mandó al general D. Tomás Marín, seguido de un batallón, que lo disolviese el 19 de enero.

Tuvieron los diputados y los senadores varias reuniones en casas particulares, acosados incesantemente por la policía, y nombraron los primeros presidente interino de la nación al gobernador de Puebla D. Juan Múgica y Osorio, que no aceptó.

Nombró Ceballos al coronel Robles Pezuela para que procurase un avenimiento con Uraga, que había tomado el mando de los revolucionaros: de la conferencia habida entre estos señores en Arroyo-Zarco resultó otro plan, en el que se proclamaba la dictadura de Santa Ana, conservando como interino a Ceballos. Poco tiempo duró éste, pues se retiró de ella el 7 de febrero de 1853 y entró el mismo día el general D. MANUEL MARÍA LOMBARDINI, nombrado por los que suscribieron el convenio de Arroyo-Zarco.

Bajo la presión de los revolucionarios triunfantes, las legislaturas de los Estados eligieron presidente de la República a D. ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA, enviando luego una comisión a Turbaco a que se lo participara.

Así volvió al país aquel hombre funesto a continuar con sus desaciertos la ruina de México.

Desembarcó Santa Ana en Veracruz el 1.° de abril, y el 20 del mismo llegó a México y se posesionó del mando, cayendo enteramente y entregándose a conciencia en brazos del partido conservador.

Narrar uno a uno los desaciertos de este hombre, sería tarea

larga y fastidiosa: baste con decir que suprimió la libertad de imprenta; entronizó el centralismo más grosero; trató de fundar un protectorado extranjero, estableciendo una monarquía bajo la protección de España; procuró enganchar una guardia suiza; persiguió a los liberales con verdadero encarnizamiento; aumentó considerablemente el ejército; subió los gravámenes públicos; proveyó los principales empleos en los militares; decretó terribles penas para los que hablasen mal de su gobierno, y para colmo de todo, hizo que se le prorrogase el poder por tiempo indefinido. El 17 de noviembre de 1853 se levantó un acta en Guadalajara en este sentido, y al momento fué secundada por las principales poblaciones, dándose a conocer el 16 de diciembre por bando nacional. A más de lo indicado se consignaban en ella facultades discrecionales al dictador; se le autorizaba para que, en caso necesario, pudiese nombrar sucesor suyo, y se le daba el tratamiento de *Alteza Serenísima.*

Para completar el cuadro de esta semimonarquía, restableció Santa Ana la orden de Guadalupe, creada por Iturbide, y se hizo Gran Maestre de la misma; y como se diese el caso de que los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, Ceballos y Castañeda, renunciaran la cruz que se les concedió, ordenó que se les destituyese.

La prórroga indefinida de las facultades de dictador la apoyó principalmente en lo necesaria que era para conservar la *integridad del territorio nacional.*

A causa de haber ocupado Mr. Lane, gobernador del Nuevo México, el punto llamado La Mesilla, pretendiendo que pertenecía a ese territorio, se suscitó una grave cuestión que terminó con un tratado de límites, celebrado en México el 13 de diciembre de 1853, en el que *vendió* Santa Ana *el territorio* por la suma de siete millones de pesos y derogó la obligación que tenían los Estados Unidos de guardar las fronteras contra los bárbaros. Este tratado fué ratificado el 3 de junio de 1854. Por esa misma época Sonora fué invadida por 400 filibusteros, acaudillados por el aventurero francés Conde Raouset de Bourbon, quien sorprendió y ocupó el puerto de Guaymas; pero en 13 del mismo mes fué atacado y derrotado por el general José María Yáñez, tomado prisionero y fusilado.

La venta de La Mesilla; los escandalosos robos que a título de contrato se hacían a diario; la insoportable tiranía y los crímenes que

bajo la sombra de las leyes del dictador se cometían, hicieron estallar al país; y aunque el dictador contaba con las fuerzas de sus bayonetas, *fué sorprendido por un enemigo que no temía,* como juiciosamente dice un estimable escritor: la *opinión pública.*

En los días en que se consumaba la atentatoria venta de La Mesilla, comenzó a manifestarse el descontento de la nación por aquella dictadura grotesca y sanguinaria. D. Florencio Villarreal proclamó en Ayutla, Estado de Guerrero, el 1.° de marzo de 1854, el plan que lleva ese nombre. En él se desconocía al dictador Santa Ana, se determinaba que una Junta nombrara un presidente interino y que éste convocara un Congreso Constituyente. D. Ignacio Comonfort se adhirió a este plan en Acapulco, el 11 del mismo mes, haciéndole algunas modificaciones, y lo secundaron D. Juan Alvarez, Gordiano Guzmán y otros.


D. Florencio Villarreal.

Al saber Santa Ana este movimiento revolucionario, dió rienda suelta a sus instintos bajo las formas de arbitrariedad, opresión y robo. Salió, como de costumbre, a combatir a los sublevados al frente de un ejército de 5.000 hombres. Llegó a Chilpancingo el día 30, y atacó el 13 de abril el fuerte del Coquillo, consiguiendo tomarlo, y de allí se dirigió a Acapulco, que defendió Comonfort. Trató de tomar el castillo de San Diego, y fué rechazado en el asalto del 28 de abril, teniendo que regresar a México, y al pasar por el cerro del Peregrino se trabó el día 30 un serio combate entre sus fuerzas y las del general Alvarez, en que tocó la peor parte a Santa Ana.

Los revolucionarios se alentaron con aquel fracaso del Presidente, y a fines de 1854 la revolución se alzaba poderosa en Guerrero y Michoacán; pues en este último Estado, Pueblita, Huerta, Degollado y Díaz Salgado le habían dado poderoso incremento. En 1855 la secundó en Tamaulipas D. Juan José de la Garza; en Nuevo León, D. Santiago Vidaurri; D. Ignacio Pesqueira en Sonora, y D. Ignacio La Llave en Veracruz.

Marchó D. Félix Zuloaga contra los sublevados del Sur; y aunque en sus principios les ganó algunas acciones de guerra, acabó

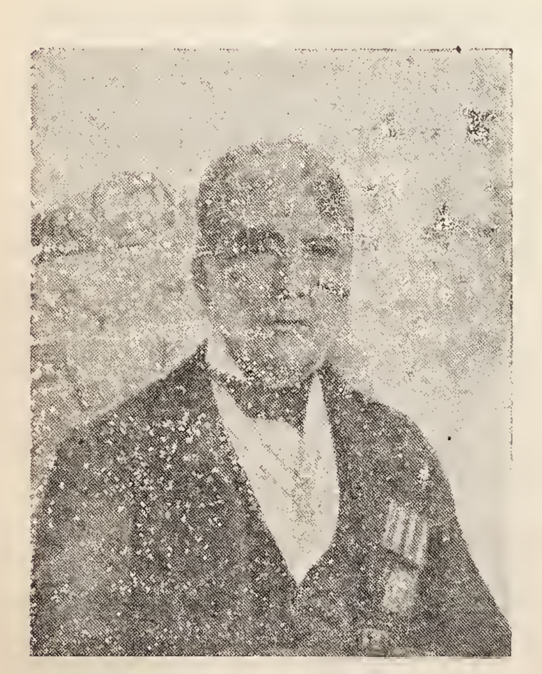
por caer prisionero en manos de ellos, pues sus tropas se adhirieron a las de Ayutla en principios de 1855.

Provisto Comonfort de armas que fué a agenciar a los Estados Unidos, pudo armar a las tropas, y en 22 de julio invadió a Zapotlán, se apoderó de Colima y marchó contra Guadalajara. Volvió Santa Ana a encabezar la campaña saliendo en la primavera de 1855 contra los caudillos de Michoacán; pero fué esta campaña tan desastrosa como la anterior, teniendo que volverse a México el 8 de junio, enteramente desalentado.

Viendo que la revolución dominaba todo el país y que las simpatías por ella eran tan claras, ya no pensó más que en salir del territorio nacional lo más pronto posible. Así lo efectuó el 9 de agosto de 1855, abandonando la capital y dirigiéndose a Veracruz escoltado por una fuerza de caballería; allí se embarcó rumbo a la Habana el 13 del mes citado.

Vulgarizada la noticia de su fuga, se dirigieron grupos enfurecidos del pueblo contra su habitación, la de sus ministros y la imprenta de «La Sociedad» destruyendo cuanto había en ellas.

La guarnición de México, que mandaba el general Díaz de la Vega, se adhirió al plan de Ayutla, y nombró presidente interino al general D. Martín Carrera, quien tomó posesión el 14 de agosto de 1855 y renunció el 12 de septiembre, volviendo a hacerse cargo del gobierno el general D. Rómulo Díaz de la Vega.


General Juan N. Álvarez. (1856.)

D. Antonio Haro y Tamariz proclamó en estos momentos un plan conservador en San Luis Potosí, y otro el general D. Manuel Doblado en Guanajuato, sin llegar a desarrollarse por convenios celebrados en Lagos con D. Ignacio Comonfort.

Se juntaron los representantes del país en Cuernavaca, y allí eligieron presidente interino al general D. Juan Alvarez, quien entró en la capital el 15 del siguiente noviembre y formó inmediatamente su Ministerio con los señores Lic. D. Benito Juárez, D. Melchor Ocampo, D. Guillermo Prieto, D. J. Miguel Arrioja y D. Ignacio Comonfort.

Este Ministerio duró completo poco tiempo, poniéndose en desacuerdo Ocampo y Comonfort, pues aquél quería se llevasen a puro y debido efecto las reformas liberales, y éste optaba por los términos medios. Ambos presentaron su dimisión, quedando aplazada la de Comonfort y aceptada la de Ocampo. Fué entonces cuando este ilustre michoacano publicó su famoso folleto *Mis quince días de Ministro.*



Melchor Ocampo.
(1861.)

Se expidió la convocatoria para la instalación del Congreso Constituyente, la ley sobre administración de justicia que suprimía los fueros y otras reformas liberales; mas como apareciesen síntomas de división en el campo liberal, puesto que Doblado se había pronunciado en Guanajuato proclamando la presidencia de Comonfort, el venerable caudillo insurgente y primer magistrado de la nación, a fin de evitar todo pretexto de desunión y con la facultad que le confería el plan de Ayutla, renunció la presidencia y se retiró al estado de Guerrero después de nombrar substituto al general D. IGNACIO COMONFORT.



General Ignacio Comonfort.

Tomó este señor posesión del mando el día 11 de diciembre de 1855, y continuó la obra comenzada por su antecesor en la reducción del ejército y supresión de fueros. El día 19 de diciembre se pronunciaron en Zacapoaxtla, acaudillados por su cura don Francisco Ortega, movido por el partido conservador, que tenía como campeón al general Haro y Tamariz, hombre ambicioso y audaz que pretendía la presidencia de la República. Mandó el gobierno contra ellos al general La Llave al frente de una brigada; mas ésta se pasó al lado de los conservadores, que ya mandaba el valiente coronel D. Luis G. Osollo, quien desde luego ocupó a Teziutlán. Volvió a mandar más

tropa Comonfort, nombrando al coronel D. Severo del Castillo jefe de ella, teniendo con él antes una conferencia en que le dijo quedaba en libertad para no aceptar el mando, si acaso sus opiniones estaban del lado de los revolucionarios. Castillo protestó de su lealtad y se pasó al enemigo, faltando indignamente a su palabra. Con este refuerzo de más de 1.200 hombres ocuparon los sublevados a Puebla.

Grande energía desplegó entonces Comonfort, quien salió contra los amotinados al frente de 16.000 hombres, y el 8 de marzo los derrotó después de sangriento combate en Ocotlán, y avanzó sobre Puebla, que capituló el 23 del mismo mes.

Por decreto de 23 de mayo se mandó que en castigo quedasen los jefes vencidos en calidad de soldados rasos en las filas del Gobierno, y al clero de la diócesis se le intervinieran los bienes para indemnizar gastos de guerra y conceder pensiones a los huérfanos y viudas.

Al Obispo de ella, D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, se le hizo salir de la República, pues se le acusaba de ser el principal promovedor de esa guerra civil, opinión que apoyaban en dos sermones calificados de sediciosos que predicó el 4 y 11 de mayo en una iglesia de Puebla.



CAPÍTULO VII

Leyes contra los jesuítas, el clero y bienes de manos muertas.—Estatuto orgánico.—Pronunciamiento de Puebla.—Pronunciamiento de San Francisco de México.—Directorio conservador contra la República.—Ferrocarril de Veracruz.—Constitución de 1857.—D. Clemente de Jesús Munguía.—D. Ignacio Comonfort.—Plan de Tacubaya.—Golpe de Estado de Comonfort.—D. Benito Juárez.—D. Félix Zuloaga.—La coalición.—Su derrota.—Prisión de Juárez y sus ministros en Guadalajara.—Peligro en que estuvieron de ser fusilados.—D. Santos Degollado.—Triunfo de los conservadores.—Degollado toma a Guadalajara.—Infamia de Rojas.—El general D. Miguel Blanco en Michoacán.—Robo de la catedral de Morelia.—Plan de Navidad.—D. Manuel Robles Pezuela.—Juárez en Veracruz.—Derrota de Degollado en Tacubaya.—Los mártires de Tacubaya.

Siguió a este destierro el decreto de 5 de junio, que extinguía la Compañía de Jesús, y el de 25 del mismo mes por el cual se ordenaba la desamortización de los bienes de manos muertas, obra del célebre ministro D. Miguel Lerdo de Tejada, uno de los más distinguidos y hábiles financieros de nuestra nación. Tales disposiciones, que tendían al bien nacional y a la moralización de las clases, disgustaron profundamente al partido conservador, que convirtió en cuestión religiosa la que era solamente económico-política.



Lic. Miguel Lerdo de Tejada.

El mismo Gobierno publicó el *Estatuto orgánico* que debería regir mientras se pusiese en vigor la nueva Constitución que discutía el Congreso.

Siguieron las conspiraciones y pronunciamientos, como fué el de Puebla el 30 de octubre de 1856, acaudillado por los Orihuela, Miramón y Osollo, y los de Querétaro y San Luis Potosí, a todos los cuales atendió el Gobierno y logró sofocarlos.

El 15 de septiembre se propaló la noticia de que se había descubierto una conspiración en el convento de San Francisco de México, y fué motivo para que, por decreto de 17 del mismo, se suspendiera esa benemérita Orden y se mandara abrir una calle, que se llamó de la Independencia, atravesando todo el convento. Así se destruyó aquel monumento de los padres de nuestra civilización, perdiendo en ello la Historia preciosos documentos. Parece que la mencionada conspiración solamente existió en la mente de los asustadizos y de los mal intencionados.

Entusiasmado más que nunca el partido conservador, pues veía en el nuevo orden de cosas su completa ruina, estableció un Directorio conservador central de la República que trabajó con empeño y logró hacer prosélitos.

La paz que por esta vez en corto tiempo disfrutó la República, sirvió para que se le concediese a D. Antonio Escandón el privilegio de construir un ferrocarril a Veracruz.

Llegó por fin el momento en que la revolución de Ayutla cumpliera una de sus más importantes promesas, la formación de una *Constitución política,* la que fué expedida el 5 de febrero de 1857.

Proclamó y reconoció la *Constitución* los derechos del hombre y la libertad en el ejercicio de la enseñanza de las profesiones e industrias, la manifestación de las ideas y la libertad de imprenta, el derecho de petición, el de asociación y el de portación de armas; suprimió los pasaportes y los fueros y prerrogativas de las corporaciones; desconoció los títulos de nobleza; prohibió la expedición de leyes privativas y retroactivas, los tribunales especiales, la prisión por deudas, la pena de muerte para los delitos políticos, las de mutilación y de infamia, el tormento, los azotes, los palos, la confiscación de bienes, la prisión arbitraria, los monopolios, los estancos; abolió las prohibiciones a título de protección a la industria, y la capacidad legal de las corporaciones para adquirir bienes raíces, y consagró la inviolabilidad del domicilio, la de la correspondencia y el derecho de defensa de los acusados.

Declaró que la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo, y adoptó la forma de gobierno republicano, representativo, democrático, popular y federal.

Dividió el ejercicio del Supremo poder de la Federación en legislativo, ejecutivo y judicial. El primero con el nombre de *Congreso*

de la Unión, quedó confiado a los diputados electos por el pueblo cada dos años. El ejecutivo se depositaría en un solo individuo, el *Presidente de los Estados Unidos Mexicanos,* nombrado popularmente cada cuatro años, y el judicial, ejercido por la *Suprema Corte de Justicia de la Nación,* cuyo presidente sería el substituto del de la República, formada por magistrados de elección popular nombrados cada seis años, y por los tribunales del circuito y juzgados de distrito.

Proclamó que los Estados serían libres y soberanos en su régimen interior, y estableció la responsabilidad de los funcionarios públicos y los requisitos para reformar o adicionar la misma Constitución.

El partido liberal recibió con grande aplauso el nuevo Código político, no obstante que en algunos puntos, como en el de la libertad religiosa, nada se expresaba en él, debido a la forzosa transacción que hubo de pactarse con el partido moderado que figuraba en el Congreso constituyente. En cambio, el clero y los miembros del antiguo y degenerado ejército se dedicaron a combatirlo sin tregua ni descanso. Al promulgarse la Constitución, los obispos fulminaron excomuniones contra los que la jurasen, produciendo así en la sociedad una agitación extraordinaria, señalándose principalmente el obispo de Michoacán D. Clemente de Jesús Munguía, que por su gran talento y alta significación política arrastró a muchos en esa vía.



Ilmo. Sr. D. Clemente de Jesús Munguía.

Promulgada la Constitución, se convocó a elecciones, resultando favorecidos con el voto público: para presidente de la República, el general D. IGNACIO COMONFORT, y para el mismo cargo en la Suprema Corte de Justicia, el licenciado *D. Benito Juárez,* tomando ambos posesión de sus elevados puestos el 1.° de diciembre de 1857.

Dominaba en Comonfort, no obstante su gran valor personal y su excelente corazón, un carácter débil y vacilante con mucho de iluso, pues abrigó siempre las ideas de reconciliar los partidos.

Pocos días tenía la Constitución de promulgada, cuando ya el 17 de diciembre el general D. Félix Zuloaga se pronunció en Tacubaya proclamando la abolición del Código político y pidiendo se reuniese un nuevo congreso constituyente, aunque conservando Comonfort el mando supremo como dictador.

Comonfort se adhirió a este plan, consumando así lo que llamó *golpe de Estado.*

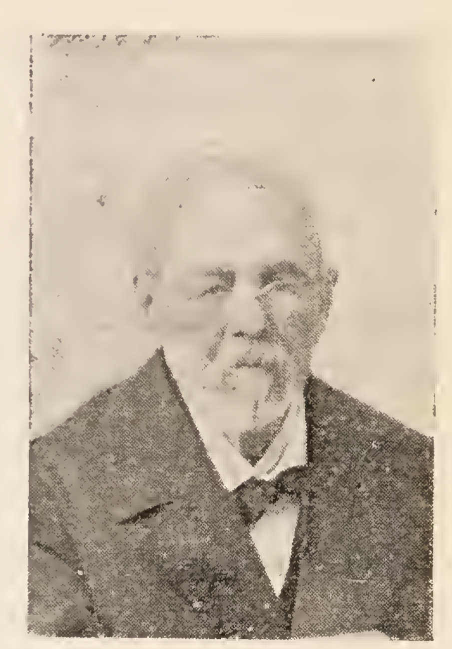
Trascendental fué el error político de Comonfort, puesto que ni los conservadores tuvieron confianza en él, ni los liberales aceptaron el plan. El Congreso fué disuelto, no sin publicar una enérgica protesta, y D. Benito Juárez fué aprisionado, así como varios diputados prominentes, por orden del mismo Comonfort. Los Estados protestaron contra la conducta del Presidente, y ninguno lo secundó. Intrigaron los conservadores, ganándose fácilmente a Zuloaga, y éste reformó el 11 de enero de 1858 el primitivo plan, desconociendo a Comonfort. Abrió entonces éste los ojos y quiso volver sobre sus pasos, comenzando por dejar libre a Juárez y combatiendo a sus aliados de ayer; defendió la capital por espacio de algunos días, acabando por salir de México el día 21, acompañado de algunos subalternos leales y una pequeña escolta de caballería, rumbo a Veracruz, y allí se embarcó para los Estados Unidos.

Por ministerio de la ley asumió el mando supremo el licenciado Sr. D. BENITO JUÁREZ desde el 11 de Enero de 1858, saliendo de México con rumbo a Guadalajara, en donde estableció el Gobierno y nombró su Ministerio, compuesto de los Sres. Ocampo, Ruiz, Guzmán y Prieto. Zuloaga, entretanto, abolió en México la Constitución, cesando en las funciones de presidente el 11 de enero de 1858.

Organizó después un suficiente número de tropa que puso a las órdenes del general Osollo y le ordenó la persecución de los constitucionalistas.

Formaron una coalición los Estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí, para contrarrestar el plan de Tacubaya, poniendo sobre las armas unos 7.000 hombres, y confiaron su mando al general D. Anastasio Parrodi. Este jefe se situó en Celaya, y allí fué acometido el 8 de marzo, teniendo que retirarse a Salamanca, en donde el día 9 se trabó un sangriento combate en que el jefe liberal fué derrotado, capitulando a pocos días en Romita el gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado.

El derrotado ejército de la coalición se retiraba a Guadalajara, cuando el coronel Landa se pronunció en esa ciudad el 13 de mayo y tomó prisionero al Sr. Juárez con su Gabinete. Las fuerzas liberales fortificadas en Santa María de Gracia hacían heroica resistencia, acaudilladas por los generales Contreras, Medellín, Cruz Aedo y Molina. Por más que se instó a Juárez a que ordenase cesara la actitud belicosa de éstos, se negó a ello, logrando tan sólo el día 14 un parlamento. Supo Cruz Aedo el estado aflictivo de los sublevados, y queriendo aprovecharlo, e ignorando el parlamento, se dirigió sobre el palacio del Gobierno y fué rechazado. Creyó el capitán D. Filomeno Bravo que ese ataque había sido una traición, y trató de fusilar a Juárez y a sus ministros, ordenando a la guardia que los custodiaba hiciese fuego; los soldados levantaron sus armas para disparar, y en ese crítico momento D. Guillermo Prieto les dirigió la palabra con frases tan ardientes, tan enérgicas y persuasivas, que aquellos rudos soldados, atónitos y conmovidos, echaron al hombro sus armas y desobedeciendo a su jefe salieron del salón.



D. Guillermo Prieto.
(Fidel.)

Tres días después salieron los amotinados de Guadalajara en virtud de un convenio firmado por Landa y Díaz, que llegó oportunamente a esa ciudad y se puso a las órdenes de Juárez.

Durante los tres días que los sublevados fueron dueños de Guadalajara cometieron mil atropellos, dieron libertad a los criminales, destruyeron los archivos y rompieron todos los muebles del palacio.

Osollo, con su ejército, marchaba apresuradamente sobre Guadalajara, razón por la cual Juárez y los suyos abandonaron esta ciudad, saliendo para Colima el día 20 y teniendo la mala suerte de tropezar con Landa en Santa Ana Acatlán. Se organizó una resistencia heroica con aquel puñado de hombres, y sosteniendo un tiroteo toda la tarde, pudieron salir los liberales, sin ser sentidos, a las once de la noche y se incorporaron al día siguiente con el coronel Rocha en Zacoalco.

Logró el Sr. Juárez llegar al puerto de Manzanillo y allí se embarcó, dejando a D. Santos Degollado con el carácter de ministro

de la Guerra y amplísimas facultades. El día 23 el general Parrodi entregó la plaza de Guadalajara pretextando serle imposible resistir, pues sus tropas se encontraban en un estado de ánimo incapaz para ello.

La ocupación de Guadalajara por las tropas conservadoras y el triunfo de Salamanca alentó en alto grado al partido reaccionario, dándole también notoria importancia entre sus adeptos. Posteriores victorias aumentaron más y más sus adictos aunque generalizándose la revuelta en toda la nación.

Zacatecas no pudo resistir a Miramón, compensando esta pérdida el triunfo que en ella obtuvo después Zuazúa, aunque manchándolo con las muertes de Manero, Landa, Gallardo, Aduna y Deschi.

Las fuerzas liberales vencedoras salieron de allí para San Juan, en donde se unieron con Degollado y atacaron a Guadalajara, aunque sin éxito.

Por la muerte de Osollo, acaecida en San Luis Potosí, se encargó del mando en jefe de las tropas conservadoras el general Miramón, que salió en auxilio de Guadalajara, continuando luego en pos de Degollado, que le esperó en las barrancas de Atenquique y fué derrotado el 6 de junio.

El 30 del mismo Zuazúa ocupó a San Luis Potosí, y Guanajuato sucumbió ante Aramberri, obligando todo esto a Miramón a marchar hacia Oriente, y entonces fué cuando desbarató en Ahualulco de Pinos, el 29 de septiembre, a las tropas de Vidaurri. Aprovechó Degollado la lejanía de las tropas de Miramón y volvió sobre Guadalajara, derrotando de paso al general Casanova en Cuevitas. Atacó la plaza con gran habilidad y denuedo y se apoderó de ella por asalto, coronando su triunfo el 29 de octubre con la capitulación del convento de San Francisco. Este hecho de armas del Sr. Degollado no ha sido estimado debidamente, pues todos los historiadores nos lo pintan como militar desafortunado y poco conocedor de la táctica. En esta vez cayeron prisioneros Blancarte, Casanova y Piélago; éste, que era el odiado asesino del ilustre Dr. D. Ignacio Herrera y Cairo, fué encontrado herido en el convento de Jesús María, de donde fué sacado, costando trabajo que el pueblo, enfurecido, no lo despedazase, y en seguida lo ahorcaron en el balcón principal del palacio del Obispo. Blancarte descansaba en la palabra y lo estipulado en los tratados con el jefe vencedor, por lo que permane-

cía tranquilo en la casa del rico comerciante D. Antonio Álvarez del Castillo; inopinadamente se presentó en ella el coronel Antonio Rojas (el *Nerón de Jalisco*) con un pelotón de sus subordinados, y penetrando en la habitación de Blancarte hizo fuego sobre él, dejándolo muerto en el acto.

Lleno de indignación Degollado por este infame asesinato, puso a Rojas fuera de la ley, aunque sin resultado, pues huyó éste y siguió cometiendo depredaciones y sus muy especiales infamias en los pueblos de Jalisco.

El general D. Miguel Blanco, disgustado con su jefe el general Vidaurri, se unió a Degollado, separándose después de él para ir a Morelia llamado por los ofrecimientos que le hizo el gobernador de Michoacán, D. Epitacio Huerta; recogió de la dicha ciudad alguna gente y municiones y marchó con rumbo a México, confiado en un ilusorio levantamiento de liberales que debería efectuarse a su aproximación a la capital. Atacó con pocos elementos y sin ningún empuje a la ciudad el 15 de octubre, y fué rechazado, no sin haber estado a punto de dar fin con los tacubayistas, que estaban enteramente desprevenidos.

A mediados de septiembre se encontraba de vuelta en Morelia y exigía a Huerta que le facilitase las sumas ofrecidas. Con este motivo impuso Huerta un fuerte préstamo, y en él tocaban al clero 90.000 pesos.

Dijo el Gobernador de la mitra ser imposible darlos, y entonces el Gobernador civil citó a los vecinos diciéndoles que aprontaran ese dinero o de lo contrario se apoderarían de la plata y alhajas de la catedral; ofrecieron, después de muchas gestiones, tan sólo 5.000 pesos, y en vista de ello procedió el Gobernador a realizar su amenaza el día 23 a las seis de la mañana, siendo ejecutor de ella el general Porfirio García de León.

Cinco días duró el despojo, que produjo 500.000 pesos, y aunque lo granado de la ciudad vió aquello con indignación, el pueblo permaneció tranquilo.

La intentona de Blanco contra México alarmó mucho a los conservadores, quienes inmediatamente llamaron a Miramón, que al punto vino.

Tranquilos con su presencia los reaccionarios, unido con Márquez marchó sobre Guadalajara, derrotando a Degollado cerca de Ponci-

tlán, teniendo éste que huir rumbo a Colima, y los vencedores tomaron la capital tapatía, saliendo luego en su persecución.

El 23 de diciembre de 1858 se pronunció el general Echegaray, secundándole Robles Pezuela, en México, proclamando un plan que se llamó *de Navidad*, y en él se desconocía a Zuloaga y proclamaban a Miramón. ROBLES PEZUELA se encargó interinamente del mando supremo de la República hasta que llegó aquél, quien no aprobó el plan y repuso en el gobierno a ZULOAGA el 24 de enero, y en 24 de febrero el mismo MIRAMÓN asumió el carácter de presidente, hasta el 24 de diciembre de 1860.

Juárez y sus ministros habían regresado al país desde el 4 de mayo de 1858 y fijado su residencia en Veracruz, plaza que el patriota gobernador de aquel Estado, D. Manuel Gutiérrez Zamora, había fortificado. Resolvió Miramón ir a batirles, avistándose ante las murallas de Veracruz el 18 de marzo de 1859. Sin los recursos bastantes para un asalto, ni buques para sitiar la plaza, acosado por el clima y temeroso de que Degollado atacase a la capital, se volvió a ella el 30 de marzo.

Derrotado Degollado en San Joaquín por Miramón, rehizo su tropa en Morelia, y animado por los liberales de México que le aseguraron podían hacer una revolución dentro de la capital, se dirigió a ella con 6.000 hombres, presentándose en Tacubaya y Chapultepec el 22 de marzo. Nada se hizo dentro de la ciudad de lo ofrecido, y el día 11 de abril se trabó un reñido combate, mandando el general Márquez a los conservadores, y quedando vencidos los liberales. A las diez de la mañana llegó Miramón al lugar de la acción, y como ésta hubiese terminado, sólo se ocupó en ascender a Márquez al grado de General de división y en dar la orden sanguinaria de que fuesen pasados por las armas todos los prisioneros, oficiales y jefes.

Al cumplir Márquez esa orden, la hizo extensiva a los médicos, los jóvenes practicantes y todos los que vivían retirados en Tacubaya y profesaban ideas liberales.

Esta bárbara matanza, que Márquez ha querido hacer pasar por orden superior de Miramón, horrorizó a todo el país, haciendo perder al partido reaccionario el poco prestigio que le quedaba.

Los 53 prisioneros así fusilados en la noche del 11 de abril, han pasado a la Historia con el nombre de *mártires de Tacubaya,* y su asesino, se le menciona en México con el apodo del *Chacal de Tacubaya.*



CAPÍTULO VIII

Leyes de Reforma.—Tratado Mon-Almonte y Mac-Lane-Ocampo.—Derrota de la Estancia de las Vacas. — Empréstito Jécker. — Campaña contra Veracruz. — Antón Lizardo.—Decreto de Zuloaga desconociendo a Miramón. —Batalla de Silao.—D. José Ignacio Pavón.—Junta de Notables.—Es electo presidente el general Miguel Miramón.—Degollado cerca de Tampico.— Toma de Guadalajara.—Miramón saquea la Legación inglesa.—Prisión de Degollado y Berriozábal.—Derrota de Miramón en Calpulalpan.—El general D. Jesús González Ortega.—Entrada del ejército liberal en México.—Ovación a Degollado y Ocampo.—Destierro de los Obispos y del Visitador apostólico.—D. Benito Juárez.—Decepción y retiro de Ocampo.—Pronunciamiento del general D. Tomás Mejía.—Reaparece Zuloaga.—Prisión alevosa de Ocampo.—Su fusilamiento.—Autor de este atentado.—Indignación del pueblo.—Degollado pide al Congreso le permita ir a vengar la muerte de Ocampo.—Sale a ello, y es derrotado, preso y fusilado.—Lugar de su nacimiento.

Convencido el Sr. Juárez de que los bienes del clero servían para fomentar las revueltas de los conservadores, se propuso despojarlos de ellos.

La política, la economía y la justicia pugnaban en este punto: ésta abogaba por el respeto a la propiedad de los tenedores de ellos, en tanto que aquéllas exigían la desamortización en pro de la riqueza pública y el despojo absoluto para debilitar al partido reaccionario. Con este fin se dictó en Veracruz el 25 de julio de 1859 la ley de la nacionalización de bienes eclesiásticos, que ascendían probablemente a más de 45.000.000 de pesos. Vinieron a continuación la ley del Registro civil, la de supresión de comunidades religiosas, tolerancia de cultos, secularización de cementerios; constituyendo todas las llamadas *Leyes de Reforma*.

El partido conservador recibió con esas disposiciones el golpe más rudo posible, y por eso se esforzó, aunque en vano, en acabar con los liberales, no excusando medio ni procedimiento.

Las altas y bien reputadas personalidades de Juárez, Ocampo, Degollado, La Llave, Lerdo de Tejada y demás prohombres liberales, que en medio del desorden revolucionario supieron conservar incó-

lumes sus nombres de humanitarios y honrados, prestigiaron mucho la causa liberal.

El afán de agenciar elementos y captarse partidarios ambos contendientes, les hizo caer en despropósitos inexcusables: tenemos así que en 1859 se firmaron dos tratados vergonzosos para la nación, uno en París el 27 de septiembre entre el ministro español D. Alejandro Mont y el mexicano D. Juan Almonte, aprobado por el Gobierno de Miramón, en virtud del cual se arreglaban las diferencias con España dándole más de lo que justamente se debía; y el otro se pactó en Veracruz entre el ministro americano Mr. MacLane y D. Melchor Ocampo, por el cual se daba permiso a los norteamericanos para atravesar el territorio nacional y garantías excepcionales a los de su nación residentes en México. Ambos tratados quedaron sin efecto, pues el primero lo declaró nulo el Sr. Juárez y el segundo lo desechó el congreso americano.

La lucha entre ambos partidos, después de los trascendentales acontecimientos referidos, continuó cruenta y tenaz, inclinándose la fortuna al lado del partido conservador, pues en 13 de noviembre de 1859 derrotó Miramón a Degollado en la Estancia de las Vacas.

El caudillo reaccionario no se daba momento de reposo, y así le vemos marchar a Guadalajara a relevar del mando a Márquez, a quien mandó preso a México por falta de subordinación, y también por haber tomado 600.000 pesos de una conducta que marchaba de México y Guanajuato a San Blas, dejando en lugar de éste al general D. Adrián Woll. Aprovechó igualmente su ida a aquellos rumbos apoderándose de Colima y derrotando a los generales Valle, Pueblita y Rocha cerca de Tonila, y regresando después a México.

Los recursos pecuniarios llegaron a faltar por completo a los reaccionarios, y entonces celebró su Gobierno un contrato con el banquero suizo Jecker, de quien recibió 618.917 pesos en dinero y 300.000 en vestuario, reconociendo por estas sumas la cantidad de 15.000.000 con interés pagaderos en bonos sobre contribuciones. Esto acaeció el 29 de octubre de 1859. En marzo de 1860 emprendió Miramón nueva campaña contra Veracruz y después de diez y seis días de asedio levantó el campo y regresó a México.

Para hacer más eficaz su acción contra la plaza dicha, había mandado a D. Tomás Marín a la Habana, donde compró dos buques, y con ellos llegó el día 6 de marzo a las aguas de Antón Lizardo;

Juárez lo supo oportunamente y contrató a Mr. Jarvis, comandante del buque de guerra *Saratoga,* quien hizo prisioneros los buques y trató como filibusteros a sus tripulantes.

Los republicanos, entretanto, se rehacían y obtenían en el interior del país alguna ventaja a sus contrarios.

El general López Uraga, el 24 de abril, triunfó en Loma Alta (San Luis Potosí) en la función de armas que sostuvo contra los generales reaccionarios Díaz de la Vega y Calvo, habiéndole valido esta victoria buenos pertrechos de guerra y numerosos prisioneros. El 24 de mayo atacó Uraga a Guadalajara, defendida por Woll, quien lo rechazó, quedando el general Uraga herido y prisionero.

Se disponía Miramón a emprender nuevas operaciones en el interior de la República para compensar a sus tropas de los descalabros sufridos, cuando el 9 de mayo de 1860 dió un decreto Zuloaga por el que cesaba Miramón en el mando y él lo asumía. Al punto que el valiente General conservador supo tal necedad, se dirigió a la casa de Zuloaga, y tomándole del brazo le llevó prisionero, haciéndole salir con sus tropas, que marchaban rumbo a Jalisco a reforzar a Woll. De Guadalajara salió en los primeros días de junio contra el ejército del Sur, que mandaban Zaragoza y Ogazón, a quienes encontró en la cuesta de Zapotlán, y no se atrevió a atacarlos ni seguir adelante, retrocediendo a su punto de partida.

Aguascalientes cayó en poder de González Ortega después de la derrota de Ramírez en Peñuelas.

En Lagos se le fugó Zuloaga a Miramón, y en 10 de agosto dió éste la batalla de Silao, en la que González Ortega y Zaragoza le derrotaron. Volvió a la capital de la República, y entregó el gobierno, en 14 de agosto, al presidente de la Suprema Corte de justicia, D. José Ignacio Pavón. Este instaló una Junta de notables, la que nombró presidente al general D. Miguel Miramón.

El infatigable Degollado logró apoderarse de una conducta que se dirigía a Tampico, y de allí tomó 680.000 pesos, pagaderos en bienes nacionalizados, y así el ejército constitucionalista tuvo recursos, de que bien necesitaba.

Unidas las divisiones de González Ortega y Ogazón, formaron un cuerpo de 20.000 hombres, con 125 piezas de artillería, y marcharon sobre Guadalajara, que defendía el general D. Severo del Castillo, quien tuvo que capitular el 2 de noviembre; y Márquez,

que iba en socorro de esa plaza, fué derrotado en Zapotlanejo el día anterior. Esta victoria y las ocupaciones de Oaxaca, Toluca, Querétaro, Zacatecas y otras plazas importantes, hicieron que Miramón concentrara sus fuerzas y apelara, para arbitrarse recursos, a medios reprobados y medidas violentas, que trajeron al país reclamaciones internacionales.

Una de ellas fué el haber mandado el 17 de noviembre al odiado policía Lagarde a que invadiera la casa de Mr. Barton, situada en la calle de Capuchinas, y extrajera de ella 630.000 pesos, pertenecientes a la Legación de Inglaterra, y que estaban destinados a los tenedores de bonos.

Salió después de México y sorprendió el 8 de diciembre en Toluca a los generales Degollado y Berriozábal, tomándolos prisioneros, y regresó con ellos a la capital el día 12, tratándoles con toda consideración.

Pocos días después se dispuso González Ortega a invadir el Valle de México al frente de 16.000 hombres, y salió Miramón a batirlos el día 20; el 22 por la mañana se avistaron los dos ejércitos, ocupando el liberal las lomas de San Miguel Calpulalpan. Miramón comenzó la batalla a las ocho de la mañana, y cuando creía haber hecho una hábil maniobra, se encontró con que parte de su gente se había pasado al enemigo, y la otra huía desordenada ante el certero y nutrido fuego de los liberales.

Retrocedió Miramón a México, acompañado de unos cuantos oficiales, habiendo perdido artillería, trenes, municiones y la mayor parte de sus tropas: el combate, que fué sangriento, duró dos horas.

Viéndose sin elementos y lo que es peor, sin el auxilio de los conservadores, que en la hora de la desgracia le abandonaron, entregó la situación al Ayuntamiento y salió de México la noche del día 24.

El general Berriozábal quedó encargado de guardar el orden, y el 25 entró el general D. Jesús González Ortega, que interinamente asumió el mando supremo.

La moderación de los vencedores fué ejemplar, y sólo se registró la muerte del mordaz periodista conservador D. Vicente Segura Argüelles, provocada por él mismo.

El triunfante ejército reformista, compuesto de 28.000 hombres, entró en la ciudad de México el 1.° de enero de 1861. Un aconteci-

miento bastante significativo tuvo lugar ese día: el Ayuntamiento de la ciudad salió al encuentro del general González Ortega y le entregó un estandarte, y con él entre las manos caminó desde la Alameda; al pasar frente al hotel Iturbide, en la calle de San Francisco, percibió el pueblo, semiocultos en un balcón de él, a los señores Degollado y Berriozábal. Comenzaron a vitorearles con entusiastas vivas, manifestando el deseo de que bajasen y se incorporaran con el General en jefe; ellos se resistieron, y entonces el Ayuntamiento, de acuerdo con González Ortega, nombró una comisión de su seno que los invitara, y al punto accedieron. En presencia de todo el ejército y del pueblo entusiasmado, abrazó González Ortega a ambos Generales, y puso en manos del Sr. Degollado el estandarte que del Ayuntamiento recibiera, más una corona de laurel con que había sido obsequiado en aquellos mismos instantes. El entusiasmo de la multitud fué indecible, y el homenaje tributado a Degollado de los más conmovedores. Más adelante se obligó a incorporárseles a Ocampo, Mata y La Llave. ¡Así premiaba el pueblo los trabajos de sus constantes defensores!

El día 11 del mismo llegó a Veracruz D. Benito Juárez, siendo recibido con grandes manifestaciones de entusiasmo.

Una de las primeras medidas dictadas por Juárez fué la expulsión del representante de España, D. J. Francisco Pacheco, la del delegado apostólico Monseñor Luis Clementi, la de los Ministros de Guatemala y Ecuador y las de los arzobispos Garza y Ballesteros y obispos Munguía, Madrid, Espinosa y Barajas.

El 21 organizó nuevo Ministerio, y Ocampo, decepcionado de no ver puestas en todo su rigor las leyes constitucionales, se retiró a su hacienda de Pomoca, en el estado de Michoacán.

Los conventos quedaron suprimidos, las monjas exclaustradas y los bienes del clero nacionalizados. Efectuadas las elecciones, se reunió el segundo Congreso constitucional, y abrió sus sesiones el 9 de mayo de 1861, declarando más tarde presidente constitucional a D. BENITO JUÁREZ, para el cuatrienio que había de terminar el 30 de noviembre de 1865.

Miramón salió del país; pero quedaron Márquez, Cobos, Negrete, Taboada, Mejía, Zuloaga y otros, a quienes movió luego el partido conservador para que mantuviesen el país en revolución constante y así procurar una intervención extranjera.

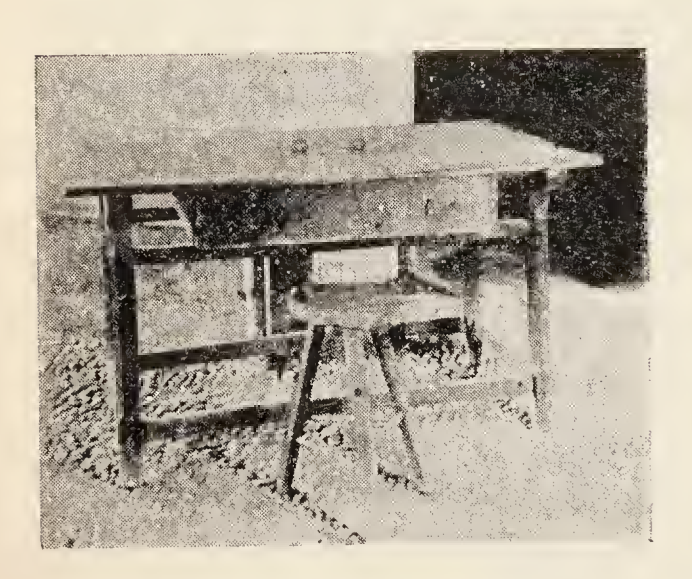
A principio del año de 1861 se pronunció en Sierra Gorda don Tomás Mejía, y luego se le unieron Márquez, Zuloaga, Taboada y otros; en el Sur se levantó el terrible Vicario, y en la Sierra de Alica el feroz cacique Manuel Lozada, quedando diseminadas en el resto del país las cuadrillas de Cobos, Acebal, Cagigas, Santa Cruz y demás guerrilleros.

El Gobierno los perseguía sin cesar, y logró en parte destruirlos, aunque Escobedo fué derrotado por ellos en Río Verde.

El 23 de mayo se les incorporó Zuloaga, pretendiendo ser el presidente de la República y continuar la defensa del añejo plan de Tacubaya.

Dijimos poco há cómo fué que Ocampo se había retirado de la política y vivía entregado a sus ocupaciones agrícolas.

A su tranquilo hogar llegó el día 1.º de junio, como a las doce de la mañana, el jefe reaccionario Lindoro Cagigas, que le hizo prisionero, llevándolo a Maravatío, y después a la Villa del Carbón, donde se encontraban Márquez y Zuloaga, y de aquí a Tepexi del Río, donde llegaron con él a las once de la mañana del siguiente día 2.



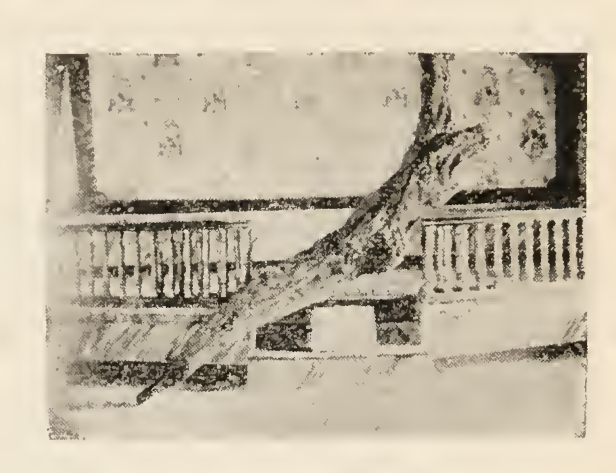
Mesa en que firmó el Sr. Ocampo el codicilo de su testamento.

Márquez pretendió desde luego fusilar al Sr. Ocampo, mas no condescendió Zuloaga a ello, diciéndole debería someterle a consejo de guerra y entonces se vería lo que convenía hacer.

Coincidió la aprehensión dicha con la ejecutada en el bandido León Ugalde, a quien desde luego dió orden de fusilar Zuloaga: valiéndose de esta coincidencia, arrancó Márquez una orden equívoca a Zuloaga, y transmitiéndola al general Taboada, le ordenó el fusilamiento de Ocampo. Este se efectuó frente a la casa de la hacienda de Caltengo, una legua al Norte de Tepexi del Río.

A las cuatro de la tarde del día 3 de junio de 1861 tuvo lugar la ejecución, y el cadáver fué suspendido de la rama gruesa de un Pirul. Los vecinos de Tepexi descolgaron el cadáver a las cinco de la tarde, y después de lavarlo y amortajarlo, lo enviaron a las ocho de la noche a Cuautitlán, a donde llegaron con él a las cinco de la mañana del siguiente día.

La impresión que tan alevoso asesinato ocasionó en la ciudad de México y en toda la República fué terrible; el pueblo, indignado, intentó asaltar las cárceles donde se encontraban los reaccionarios y vengar con ellos la muerte de Ocampo.



Rama del árbol de donde suspendieron el cadáver de D. Melchor Ocampo.

El Congreso se declaró en sesión permanente, y puso a precio las cabezas de Zuloaga, Márquez, Vicario, Mejía, Cobos, Cagigas y Lozada; Degollado que se encontraba procesado a consecuencia de sus tratos con Mr. Mathew, se presentó en la Cámara solicitando permiso para ir a pelear contra el enemigo y vengar la muerte de su inocente amigo y hermano.

Entre los principales enemigos de la reacción debe figurar Ocampo, no como batallador en la guerra, sino como apóstol y propagandista de las ideas liberales. Su intachable honradez; su inmaculada vida pública; su trato franco, sencillo y cariñoso hacían que sus mismos enemigos le estimasen; por eso, al saber su prisión, todos los hombres de valía de ambos partidos se interesaron por él, y esto mismo hizo que Márquez, diese con tanta festinación la orden de su muerte.



General Santos Degollado

La serenidad de Juárez y su prudencia hicieron que las consecuencias de este crimen no hubiesen sido de trascendencia dolorosa para los conservadores y clericales.

Salió Degollado, autorizado por el Congreso, a perseguir a los asesinos de Ocampo, y el 16 de dicho mes presentó una batalla en el monte de las Cruces, donde cayó en una celada y fué hecho prisionero y fusilado. Al lado de la figura apacible de Ocampo se yergue la enérgica y arrebatadora de Degollado; poseía éste prendas personales de alta estima y honradez acrisolada, un valor a toda prueba y un patriotismo intachable; su juicio rectísimo y su moderación de carácter,

verdaderamente ejemplar, le colocaron en primer término sobre la falange ilustre de los liberales de México.

En sus empresas militares casi siempre la fortuna le fué adversa, sin dejar por ello de tener sus glorias militares, pues la toma de Guadalajara del año 1858 le caracterizó como militar valiente y hábil capitán.

Michoacán se enorgullece de haber dado a la causa de la libertad dos caudillos tan ilustres como Ocampo y Degollado, aunque este último vió la luz primera en el pueblo de Cuerámaro, Estado de Guanajuato.



CAPÍTULO IX

Muerte de Leandro Valle.—La amnistía ante la Cámara.—El licenciado Ignacio M. Altamirano.—D. Benito Juárez.—Diferencias entre Juárez y el Congreso.—Escasez del Erario.—Suspensión de pagos.—Reclamaciones de España, Francia e Inglaterra.—Convención de Londres.—Trabajos de los conservadores.—Desembarco de las tropas españolas, francesas e inglesas.—Protesta de Juárez.—Unión del partido liberal.—Convenios de la Soledad.—Retirada de los españoles e ingleses.—Avance de los franceses.—Se les unen los conservadores.—El general D. Ignacio Zaragoza.—Batalla de Puebla el 5 de mayo.—Muerte de Zaragoza.—El general Forey.—Sitio y toma de Puebla.—Juárez abandona la ciudad de México.—Entrada de las tropas francesas en México.—Junta de gobierno, Poder Ejecutivo y Junta de Notables.—Se adopta el gobierno monárquico.—Se ofrece la corona al archiduque Fernando Maximiliano de Austria.—Este la acepta.—La Regencia.—Carácter de Maximiliano.

Ocho días después de la muerte de Degollado, otra expedición al mando del pundonoroso y simpático joven general D. Leandro Valle fué desbaratada en el monte de las Cruces, y el jefe de ella fusilado por orden de Márquez.



General L. Valle. (1861.)

El 10 de julio se puso al debate en la Cámara la proposición de amnistía, presentada por el diputado Pratz, y esto ocasionó gran sorpresa y profundo disgusto, siendo rudamente combatida en la tribuna y en la prensa.

En aquélla se dió a conocer el joven diputado D. Ignacio M. Altamirano, que con una energía, con una vehemencia que sólo puede inspirar la perfecta conciencia del deber y la intuición clara de la realidad, atacó el proyecto, luciendo con sorprendente desembarazo las galas de la elocuencia y las figuras retóricas de una imaginación lozana.

El Sr. D. Benito Juárez fué electo presidente constitucional, y

el licenciado D. Jesús González Ortega, para el mismo cargo en la Suprema Corte de Justicia.

Dejando su alto puesto, salió el general González Ortega contra los reaccionarios, y desbarató las hordas de Márquez en Jalatlaco el 13 de agosto de 1861, y el 20 de octubre los vino casi a exterminar cerca de Pachuca el general Tapia.



Lic. Ignacio M. Altamirano. (1861.)

En el Sur las tropas del Gobierno dieron terribles golpes a las vandálicas fuerzas de Vicario, y el gobierno de Jalisco logró confinar en sus madrigueras a Lozada, *el tigre de Álica.*

El Congreso empezó a oponerse a muchas determinaciones del Sr. Juárez, y aun llegó a pensar en substituirlo con González Ortega. La firmeza y rectitud del primer magistrado de la nación lograron calmar aquella tormenta, que cesó del todo apenas se anunció que algunas potencias de Europa, de acuerdo con el partido conservador, intentaban intervenir en los asuntos interiores de la nación.



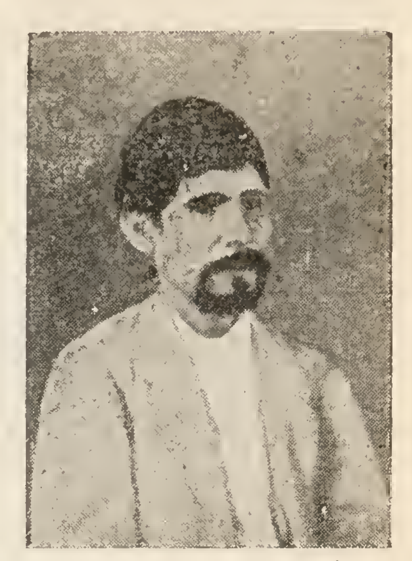
General Jesús González Ortega.

La escasez de recursos era grande y los productos principales, como los de las Aduanas marítimas, estaban afectos al pago de las deudas de Londres, España y Francia, lo que, unido a los gastos de la Administración y guarniciones militares, consumía el 91 por 100, debiendo con el resto vivir el Gobierno.

Esto, como se ve, era imposible, y en tal virtud expidió el Congreso un decreto el 17 de julio suspendiendo todos los pagos, incluso las asignaciones extranjeras.

Esto motivó el que los Gobiernos de Francia, Inglaterra y España se ligasen en una *convención* para intervenir en los negocios de México, firmándola en Londres el 31 de octubre de 1861.

Se convino en ella: 1.º En ocupar con sus tropas las plazas y fortalezas del litoral mexicano. 2.º No menoscabar el territorio mexicano y ponerlo en estado de constituirse bajo la forma de gobierno que eligiere. 3.º Nombrar un comisario que decidiese las cuestiones y distribuyera las sumas que se recaudasen. 4.º Que se invitase a los Estados Unidos del Norte de América para que se adhiriesen al tratado. Y 5.º y final, que en el término de quince días se ratificase lo propuesto.


Manuel Lozada.
(*El Tigre de Alica.*)

Se aprovecharon de esta convención los reaccionarios, trabajando ante Napoleón III, en Francia, por medio de Gutiérrez Estrada, Almonte e Hidalgo y otros mexicanos, para que ayudase a establecer una monarquía en México, aprobando y apoyando la candidatura de *Fernando Maximiliano,* archiduque de Austria.

Desarrolló Juárez toda su actividad ante aquel nuevo y formidable peligro, y decretó una ley de amnistía para todo el que se acogiese a ella, con objeto de rechazar a los invasores. Pocos de los reaccionarios lo hicieron, y sólo el general Negrete, como persona de importancia, usó de ella.


General D. Juan Prim.

Se organizó luego un pequeño ejército que se llamó *de Oriente,* y se le dió el mando al general D. José López Uraga, y para que apareciesen claras las intenciones de la triple alianza se derogó la ley de 17 de julio.

Desembarcaron las tropas españolas al mando del general D. Juan Prim, conde de Reus, el 17 de diciembre de 1861; las escuadras inglesa y francesa, a las órdenes, respectivamente, del comodoro Dunlop y del contraalmirante Jurien de la Gravière, arribaron en los primeros días de enero de 1862.

El puerto de Veracruz había quedado abandonado y lo ocupó en calidad de prenda pretoria el jefe español, sin haber mediado declaración de guerra. Protestó Juárez de ello y publicó un manifiesto

demostrando lo injusto de la agresión europea, asegurando su buena voluntad para atender a toda reclamación compatible con la justicia y honra nacional, rechazando toda intervención extranjera en la política interior de la nación, y concluía llamando a todos los mexicanos para que unidos salvasen la independencia y el decoro de la patria.

Gran resonancia tuvo en los ámbitos de la República este manifiesto, encontrando eco entusiasta en todos los liberales; en cuanto al partido reaccionario, que tenía la mira de ponerse al lado de los invasores, permaneció indiferente.

Los comisarios de las tres potencias enviaron al Gobierno mexicano una nota colectiva el día 14 de enero, en la que sin fijeza expresaban el motivo y objeto de la expedición. Eran ellos: por parte de Inglaterra, la violación del consulado de su nación y substracción de los 600.000 pesos hecha por Miramón; de parte de España, el asesinato de varios de sus súbditos acaecido en San Vicente y Chiconcuac, la expulsión del ministro Pacheco y la falta de cumplimiento y aun de conocimiento del tratado Mon Almonte; y Francia daba por motivo pretendidos ataques al ministro Dubois de Saligny y la supresión de pagos.

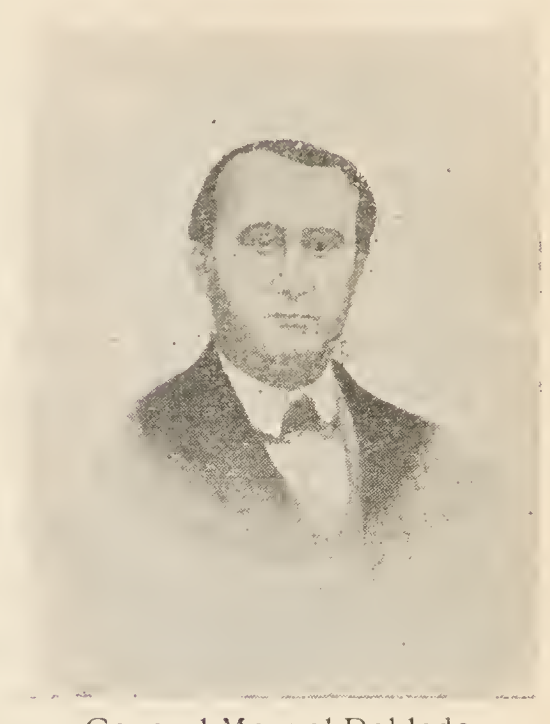
Inútil nos parece refutar estos pretextos, pues lo trivial e injusto de ellos es bien claro.

La ambición de Napoleón III, excitada por los conservadores y apoyada por su ministro Mr. de Morny, a quien se le había interesado en el asunto Jécker, era la clave de todo aquel embrollo, en que cayeron España e Inglaterra.

Contestó el Sr. Juárez que estaba dispuesto a satisfacer las reclamaciones justas, e invitó a los comisionados a celebrar conferencias para llegar a un arreglo. Para desenmascarar y tener a raya a los conservadores, promulgó un decreto el 25 de febrero de 1862, poniendo fuera de la ley a todos los que secundasen o favorecieran la intervención extranjera en México.

Accedieron los comisionados a las conferencias propuestas, y el 19 de febrero se celebró la convención de la Soledad, representando al Gobierno mexicano su ministro de Relaciones, D. Manuel Doblado. Las negociaciones se abrieron en Orizaba, y entretanto se efectuaban, se dió permiso a las fuerzas aliadas para que ocupasen las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, de donde se retirarían en caso de romperse aquéllas.

Pronto se desavinieron entre sí los comisarios extranjeros, y el 9 de abril declararon los de Inglaterra y España que se retiraban de la expedición y reembarcaban sus respectivas tropas.


General Manuel Doblado.

Había acontecido que los franceses recibieran en principio de marzo un refuerzo de tropas al mando del Conde de Laurencez; que el general conservador Taboada se presentó en Tehuacán y que el general Manuel Robles Pezuela fuese fusilado en Chalchicomula por el general D. Ignacio Zaragoza, en momentos en que aquél trataba de unirse a los franceses. En Tehuacán se presentó también Almonte, y habiéndole reclamado el Gobierno mexicano, con otros jefes reaccionarios, no quiso entregarlos Dubois de Saligny.

Quedó sola Francia en aquella campaña, y empezó por no querer Saligny retirarse de las poblaciones que, con permiso únicamente, había ocupado, diciendo que *su honor militar* lo impedía, y también el temor de que sus soldados enfermos fuesen asesinados por los mexicanos.


General Ignacio Zaragoza.

Descubiertas así las miras del Gobierno francés, dió Juárez al general D. Ignacio Zaragoza el mando de las pequeñas tropas nacionales, recomendándole la vida de los franceses residentes en el país.

Quedaron así rotas las hostilidades, y los franceses dueños de Orizaba sin ningún trabajo.

El 19 de abril el general Taboada desconoció en Córdoba la autoridad de Juárez y proclamó al general Almonte, quien formó su Ministerio con nulidades, y a la vez Zuloaga protestaba contra ello por considerarse él como legítimo Presidente de la nación.

A fines de abril salió Laurencez de Orizaba con un ejército de 6.000 hombres, y le acompañaba Almonte. El 28 del mismo tuvo un encuentro con una parte del ejército nacional, mandado por el general Arteaga, que defendió el paso de Acultzingo, y que tomó el jefe francés después de tres horas de combate, avistándose el 4 de mayo ante la ciudad de Puebla.

Al día siguiente tuvo lugar la gloriosa y memorable batalla en que el ejército francés, rico en elementos de guerra y con todas las ciencias militares, atacó el fuerte de Loreto y Guadalupe, defendido por el general D. Ignacio Zaragoza con un ejército mal armado de menos de 4.000 hombres.

Cuatro columnas, cada una de 1.000 hombres, lanzó por tres veces el General francés, y otras tantas veces fueron rechazadas, teniendo que abandonar el campo a las cuatro de la tarde, habiendo comenzado la acción a las doce de la mañana. Un fuerte aguacero impidió que Zaragoza cayera sobre ellos, y también la inferioridad numérica de sus tropas.

Este espléndido triunfo fué de grandes trascendencias para la causa nacional, y los mismos invasores tuvieron ciencia cierta del valor de los mexicanos, a la par que de su civilización y sentimientos humanitarios.

Retrocedieron los franceses a Orizaba, y para favorecer la incorporación de Márquez con ellos, mandó Laurencez el 18 de mayo al comandante Lefevre con 450 hombres, que llegó con toda oportunidad, pues ya el general Tapia estaba a punto de derrotarle.

Zaragoza atacó a Orizaba el 14 de junio, mas tuvo que retirarse falto del auxilio de González Ortega, que dejó, por imprudente descuido, que le sorprendiese y derrotase en el Cerro del Borrego el capitán Detrie con 200 soldados.

El 8 de septiembre murió el general Zaragoza, siendo su pérdida un golpe terrible para la nación y un motivo de regocijo para los extranjeros y los traidores, ante quienes se llegó a hacer temible.

Continuaron las escaramuzas y algunos combates insignificantes, hasta el 22 de septiembre en que desembarcó en Veracruz el general Elías Forey, con tropas escogidas y numerosas, las que, unidas al ejército existente en el país, formaron un total de 30.978 hombres.

Forey, desde luego, desconoció a Almonte, y empezó a dar decretos neronianos, tales como el del papel moneda y el de *desafección*.

El general González Ortega había substituído en el mando del ejército nacional al general Zaragoza, y con 12.000 hombres se había fortificado en Puebla. Marchó sobre ella el general Forey, y el 16 de marzo de 1863 empezó su sitio, que se prolongó durante sesenta y dos días, teniendo necesidad de dar varios asaltos diarios para ir tomando punto por punto la ciudad. Los generales O'Horan y Riva Palacio lograron, al frente de la caballería, romper el sitio el 13 de abril, y aunque Forey trató entonces de tomar la plaza por asalto, fué derrotado después de siete horas de combate, perdiendo ocho jefes y 160 soldados. Trató el general Comonfort de introducir víveres, y el 7 de mayo fué derrotado en San Lorenzo, quedando así cortada toda comunicación y auxilio exterior con la plaza, que, falta de víveres y municiones, se entregó al invasor el día 17 de mayo, después de clavar los cañones, inutilizar parque y armas, y sin capitular ni pedir garantías de ningún género. Entre los prisioneros se encontraban los generales Porfirio Díaz, González Ortega, Escobedo, Alatorre y otros no menos importantes, 303 oficiales superiores, 1.179 subalternos y 9.000 soldados.



General Forey,
Jefe del ejército francés.

La defensa de Puebla hecha por el ejército mexicano, pobre de elementos y muy inferior en número y táctica al francés, es uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia patria, y digno de remembranza eterna.

Lamentó el Sr. Juárez este fracaso, pero sin desanimarse en lo más mínimo, antes bien con frases consoladoras y llenas de fe en el porvenir, se dirigió a la nación, teniendo luego que abandonar a México el 31 de mayo. A raíz de este suceso el general Bruno Aguilar se pronunció a favor de la *intervención,* y las primeras tropas francesas, mandadas por Bazaine, pisaron las calles de la ciudad azteca el 7 de junio.

El 10 llegó Forey, y expidió el 16 un decreto ordenando la formación de una *Junta de gobierno* compuesta de 35 personas, las que deberían elegir tres mexicanos que desempeñaran el *Poder Ejecutivo,* con dos suplentes, debiendo nombrar también 215 ciudadanos que for-

masen la *Junta de notables*, para que ésta determinara la forma de gobierno que necesitaba la nación.

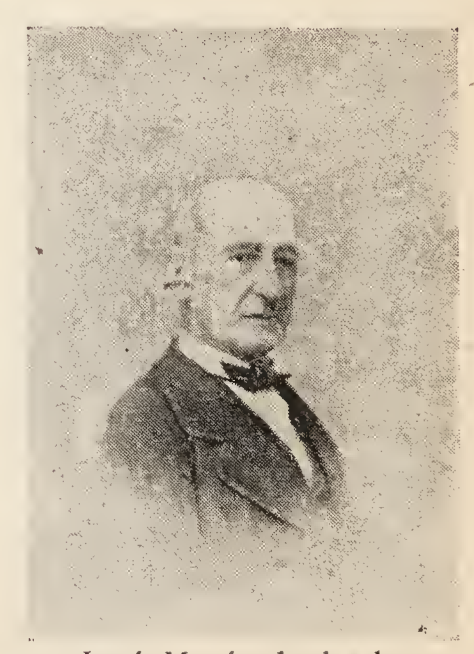
La Junta de gobierno nombró el día 21 a los Sres. JUAN N. ALMONTE, MARIANO SALAS e Ilmo. Sr. Arzobispo D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS, en cuyo lugar, por estar ausente, entró el obispo electo de Tulancingo D. JUAN B. ORMACHEA.


General Juan N. Almonte.

La *Junta de notables* se reunió el día 8 de julio, teniendo por presidente a D. Teodosio Lares y por secretarios a los señores don Alejandro Arango y Escandón y D. José María Andrade, bibliófilo notable.

Nombró ésta una comisión dictaminadora, y el día 10 del mismo presentó su dictamen, formado por el notable jurisconsulto michoacano, Lic. Ignacio Aguilar y Marocho, consultando las cuatro proposiciones siguientes:

1.ª La nación mexicana adopta por forma del gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.


José María Andrade. (1870.)

2.ª El Soberano tomará el título de Emperador de México.

3.ª La corona imperial de México se ofrece a S. A. I. y R. el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

4.ª En caso que, por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Maximiliano no llegase a tomar posesión del trono que se le ofrece, la nación mexicana se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Estas conclusiones fueron aceptadas con entusiasmo y calurosamente aplaudidas, cambiándose desde ese día la Junta de Gobierno en *Regencia*.

Bajo la protección de las bayonetas de los franceses y las gavillas de traidores, se levantaron actas de adhesión al voto de la Junta

en todo el país, con las que marcharon a Europa, y se presentaron en Miramar el 10 de abril de 1864, los comisionados D. José María Gutiérrez Estrada, el P. D. Francisco Miranda, D. Joaquín Velázquez de León, D. Ignacio Aguilar y Marocho, D. Adrián Woll, D. José Hidalgo, D. Antonio Escandón, D. José M. de Landa y D. Angel Iglesias.



Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo. (1866.)

Ofrecieron con ellas la corona de México a Fernando Maximiliano de Hapsburgo, archiduque de Austria, quien se dignó aceptarla.

Este príncipe, nacido en el palacio de Schönbrunn el 6 de julio de 1832, era hijo del archiduque Francisco Carlos y de la archiduquesa Sofía; dedicado desde muy joven a la marina, había hecho viajes por el Asia occidental y el Brasil, y durante dos años desempeñó con acierto y aplauso el gobierno militar y político del reino Lombardo-Véneto. Casó en 1857 con la princesa María Carlota Amelia, hija de Leopoldo I, rey de Bélgica, y de la princesa Luisa de Orleans.



Archiduquesa Carlota Amelia de Bélgica (1866.)

Era Maximiliano de agradable presencia, vasta ilustración y fino trato, aunque de carácter frívolo y versátil, cayendo fácilmente en la obstinación, o dejándose llevar por otros a causa de su temperamento irresoluto.

Hombre de estas condiciones no era por cierto el que podía levantarse en presencia de Juárez, que era todo *un gran carácter*.



CAPÍTULO X

Juárez en San Luis Potosí.—Muerte de Comonfort.—Trabajos de los liberales por todo el país.—Llega Maximiliano a Veracruz.—Su viaje y arribo a México.—El ejército francés.—Campaña en todo el territorio nacional.—Juárez en Paso del Norte.—Política y administración imperiales.—Monseñor Meglia.—Maximiliano disgusta al partido conservador.—Ordenes de Guadalupe, Águila y San Carlos.—Aprueba Maximiliano las leyes de Reforma.—Excursiones de Maximiliano al interior del país.—Episodios ridículos.—Dificultades entre Bazaine y Maximiliano.—Imprudencias de Carlota.—Ley de 3 de octubre.—Los generales Arteaga y Salazar.—*El tigre de Alica* y el coronel Dupin.—Viaje de Carlota a Yucatán.—Toma de Oaxaca.—Victoria de Miahuatlán y la Carbonera.—Prórroga del período presidencial del Sr. Juárez.—Antipatriótica conducta de González Ortega.—Napoleón retira sus tropas de México.—Actitud de los Estados Unidos.—Marcha Carlota a Europa. —Fracasa su misión y pierde el juicio.— Se entrega Maximiliano en brazos del partido conservador.—Junta de Orizaba.—Quiere abdicar la corona.—Carta de Carlota.—El P. Fischer.

La aceptación por Maximiliano del gobierno de México causó sensación en Europa, y desde luego se predijo el fin de aquella descabellada monarquía que sólo luto y desolación debería traer a México.

Juárez estableció su Gobierno en San Luis Potosí, organizando su ministerio con D. Sebastián Lerdo de Tejada, D. José María Iglesias y D. Ignacio Comonfort; a este último, muerto en una escaramuza ridícula acaecida entre el Molino de Soria y San Juan de la Vega (Guanajuato), le reemplazaron Negrete y Mejía.

Por la vasta extensión del país se repartieron todos los generales republicanos, resueltos a sacrificar sus vidas, disputando palmo a palmo el territorio nacional a los invasores y a los traidores; los campeones principales y el teatro de sus operaciones fueron éstos: Figueroa en Oaxaca; Álvarez, Pinzón, Leyva y Altamirano en el Sur; Regúlez, Arteaga, Salazar, Riva Palacio, Villada y Pueblita en Michoacán; Corona y Rosales en Sinaloa y Jalisco; Pesqueira, García Morales y Martínez en Sonora; Patoni en Durango; Méndez en Tamaulipas; Terrazas y Viesca en Chihuahua y Coahuila; Escobedo, Treviño, Naranjo y Martínez en Nuevo León; García de la Cadena,

Auza y González Ortega en Zacatecas; Méndez (J. N.), Bonilla y Juan Francisco Lucas en Puebla; Alatorre, García, Baranda y Pavón en Veracruz; Méndez (Gregorio) en Tabasco, y otros muchos jefes animados de igual patriotismo que el de los ya nombrados arriba, mantuvieron la guerra desde mediados de 1863 hasta el triunfo completo de la república en junio de 1867, sucumbiendo muchos de ellos en los campos de batalla o en los patíbulos alzados por los invasores.

Al aceptar Maximiliano la corona de México, firmaba el tratado de Miramar con Napoleón III, ajustado desde el mes de marzo, y es la prueba de la poca capacidad política del príncipe austriaco.

Por él reducía el Emperador de Francia su ejército de México a 25.000 hombres, retirándolos parcialmente de año en año; se reservaba el mando de las fuerzas a oficiales franceses; exigía fuertes sumas y reconocimientos de antiguas reclamaciones, por parte de México, y por secretos convenios se comprometía Maximiliano a seguir la política liberal conforme la proclamó Forey.

Entregó éste el mando al general Bazaine en 1.º de octubre de 1863, y en 18 de septiembre tomó Labastida posesión de su cargo de regente, viniendo a ser con sus exigencias la manzana de la discordia.

El 29 de mayo de 1864 desembarcaba en Veracruz Maximiliano y su esposa María Carlota Amelia, siendo recibidos con tal frialdad, que ella, alma bien templada, pagó con sus lágrimas el tributo debido a la debilidad propia de su sexo.

Los festejos de Orizaba y Puebla calmaron algo su espíritu, viniendo a borrar por completo la impresión de Veracruz la entusiasta y frenética recepción que se les hizo en la ciudad de México el 12 de junio, día en que tomaron posesión de la capital del llamado *Imperio Mexicano*.

El primer acto político de Maximiliano desagradó sobremanera al partido conservador, y fué el haber formado su ministerio con D. J. Fernando Ramírez, D. Pedro Escudero y Echanove y D. Juan de Dios Peza, cuyas ideas liberales eran bien conocidas de todos, completándolo con D. Luis Robles Pezuela y D. Joaquín Velázquez de León.

El ejército francés al mando de Bazaine se componía de 47.668 soldados con 20 cañones rayados de a 12, seis de a 12 de campaña,

24 de a cuatro de campaña, y 20 morteros, más el auxilio de todos los traidores del país.

Comenzó sus operaciones apoderándose sucesivamente de las capitales de los Estados, teniendo por esto que salir de San Luis Potosí el Sr. Juárez y su gabinete el 22 de diciembre de 1863, estableciéndose en el Saltillo. Allí logró formar un ejército de 4.000 hombres, que puso a las órdenes de Doblado y fué derrotado por Mejía, unido al francés Aymard, el 17 de mayo de 1864, cerca de Matehuala.


Mariscal Bazaine.

Aumentaron las angustias del Gobierno Nacional con las defecciones de los generales Vidaurri y Quiroga, obligándole esto y el avance de los franceses, a situarse en Chihuahua primero, y después en Paso del Norte.

El ejército republicano hacía ya solamente campaña de guerrillas el año de 1865, en tanto que el Gobierno imperial disponía de 63.000 hombres.

Maximiliano había entrado al lleno de sus aspiraciones, y sólo le mortificaba la escasez de recursos pecuniarios: para hacer frente a sus necesidades regias y a los pagos del ejército francés, negoció en Londres dos empréstitos onerosísimos, pues de otra manera no podía atender ni a sus gastos personales ni a los de su esposa, toda vez que la cantidad asignada para ellos ascendía en un año a la suma de 1.700.000 pesos.

Veamos ahora el desarrollo de la política y administración imperiales: el partido conservador, movido por los clérigos, pretendió a todo trance la nulidad de la ley de desamortización, punto que, cuando Maximiliano estuvo en Roma, quiso arreglar con Su Santidad Pío IX, y éste lo aplazó. Para excitarlo y terminar ese negocio, llegó a México, el 7 de diciembre de 1864, el Nuncio de Su Santidad Monseñor Meglia, con quien pronto rompió lanzas el Archiduque. Muchos de los jefes principales del partido conservador fueron separados del mando militar y político, y otros, además, enviados a Europa bajo pretextos ridículos.

Para dar carácter a su Gobierno, estableció Maximiliano la *orden*

de Guadalupe, erigiendo otra llamada del *Águila Mexicana,* y Carlota creó la *cruz de San Carlos* para las damas.

Sucumbiendo a las exigencias de Bazaine, declaró el 27 de diciembre de 1864 que subsistían las leyes de reforma en cuanto a nacionalización de bienes eclesiásticos, provocando con esto una protesta de parte de los obispos Labastida, Munguía, Gárate y Cobarrubias. A todos ellos contestó Maximiliano con excitar *su celo apostólico* para que, retirándose a sus respectivas diócesis, fueran a cumplir con su ministerio pastoral.


Monseñor Meglia.

La situación de Monseñor Meglia no podía ser peor, a causa de los continuos desaires que recibía de Maximiliano, ya directos o por medio de sus ministros.

Hizo el Archiduque dos excursiones: la primera al interior del país el año de 1864, saliendo de México el 10 de agosto y teniendo el cinismo de celebrar en Dolores Hidalgo el grito de nuestra independencia; la segunda se verificó rumbo al Este, y salió Maximiliano de México el día 18 de abril de 1865, llegando hasta Jalapa. En ambas nada hizo de provecho para el país y sí consiguió caer más de una vez en el ridículo, como sucedió en Morelia, donde el pueblo se hincó al verle salir a la calle, y un chusco gritó «*Párense, si no es el viático.*»


General José María Arteaga.

Las relaciones entre Bazaine y Maximiliano llegaron a hacerse bien difíciles, y hay quien atribuye al primero el haber pretendido substituir al segundo, proponiéndolo a Napoleón III.

Carlota, en su tanto, ayudaba a echar sobre el Gobierno imperial el odio de los conservadores, por los frecuentes desprecios que hacía a los obispos y las muchas irreverencias que cometía en las funciones religiosas a que se veía obligada a asistir.

No obstante los disgustos que entre Maximiliano y Bazaine existían, éste siguió las inspiraciones de aquél, expidiendo *la bárbara ley*

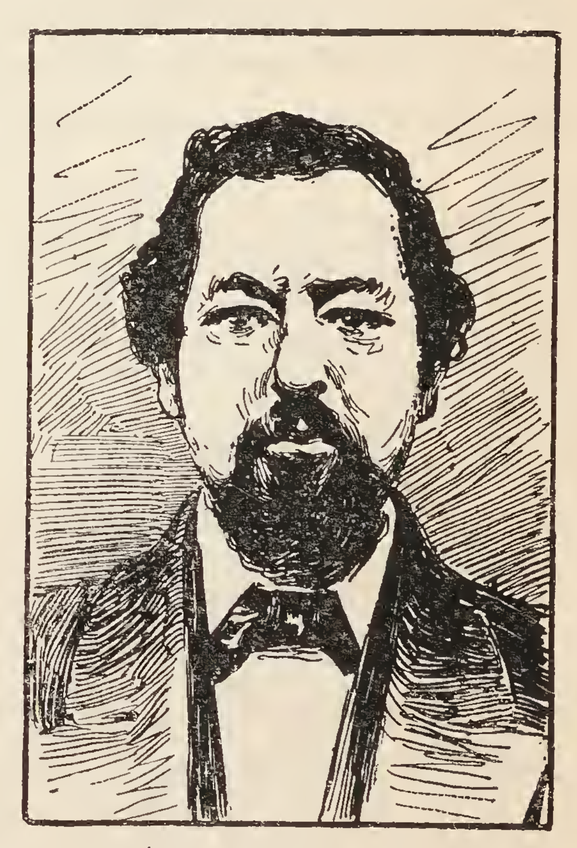
del 3 de octubre de 1865, y por la cual declaraba bandoleros a todos los republicanos, y como a tal los condenaba, sea cual fuese su grado militar: esta ley se conoció con el nombre de *la ley marcial.*



General Ramón Méndez.
(1865.)

Aun no se recibía esta inicua ley en Michoacán, cuando fueron vencidas en Santa Ana Amatlán las tropas del general republicano D. José María Arteaga por el imperialista D. Ramón Méndez, alias *el Capulín,* y aquél tomado prisionero.

Desde ese lugar se le hizo ir a pie hasta Uruapan, acompañado de los demás prisioneros, entre los que se contaban el general D. Carlos Salazar, los coroneles Trinidad Villagómez y D. Jesús Díaz, y el capitán González: a todos les aplicó la ley marcial, fusilándoles en Uruapan el 21 de octubre de 1865.



General Carlos Salazar.
(1866.)

El principal fundamento de esta ley era el que había algunas partidas de bandoleros que, a título de liberales, cometían crímenes sin nombre.

No faltaban, en verdad, quienes tales cosas hiciesen, pero estaba esto más que compensado por los que los imperialistas Lozada (*el tigre de Álica*), León, Chavez, Cuéllar y otros igualmente ejecutaban. El coronel Dupin se jactaba de «haber borrado de la carta del Imperio» villas y aldeas indefensas; y el terrible Redonay, con Marechal, Tourre y Berthelin, asesinaban y entregaban al incendio y al pillaje pueblos enteros.

En octubre de 1865 emprendió Carlota un viaje a Yucatán, y fué recibida en la península con grandes muestras de simpatía y manifestaciones de entusiasmo.

En el curso del año 1865 las fuerzas franco-traidoras lograron algunas ventajas sobre sus rivales, tales como la toma de Orizaba y Oaxaca, la prisión del general D. Porfirio Díaz, quien logró escaparse de su prisión, volver a Oaxaca, levantar nuevas fuerzas; y alcanzar, en 1866, las dos brillantes victorias de Miahuatlán y la Carbonera, que atrajeron sobre él la atención del país, formándose desde entonces un partido que logró llevarlo al supremo mando de la nación. En Sinaloa el general Rosales, y en Michoacán el general Regúlez, derrotaron a las fuerzas franco-belgas; en la Sierra de Puebla, Méndez y Bonilla hacían otro tanto.



General Porfirio Díaz.
(1865.)

Terminaba entretanto el período constitucional del Sr. Juárez el 1.° de diciembre, y el 8 del mismo dió un decreto en Paso del Norte, refrendado por sus ministros, en el que declaraba prorrogado ese lapso de tiempo, tanto para él como para el presidente de la Suprema Corte de Justicia, a causa de no poder verificarse las elecciones en aquellas circunstancias ni ser conveniente relegar el poder en manos del indicado por la ley.

El general González Ortega, que ocupaba este último puesto, protestó contra tal disposición y pretendió ser aquello un golpe de Estado. Por fortuna, ese antipatriótico acto del Presidente de la Suprema Corte de Justicia no tuvo consecuencias, y con la voluntad de la nación toda continuó el Sr. Juárez en el gobierno.

El disgusto de los conservadores y del clero a causa de la política seguida por Maximiliano; los avances y victorias de las tropas republicanas; la oposición y disgusto que mantenía en Francia la presencia del ejército francés en México, y las notas perentorias de los Estados Unidos ante Napoleón III, invocando la doctrina de Monroe, pusieron en situación bien difícil a Maximiliano a fines del año 1865.

Por toda medida salvadora determinó Napoleón la salida de sus tropas. Esta noticia produjo en el Gobierno imperial honda sensación, y decidió a Maximiliano a abdicar la corona: a punto ya de ejecutarlo, combatió Carlota tal propósito, guiada solamente por la

ambición, y propuso ir ella misma a Europa a conferenciar con Napoleón y con Pío IX para arreglar la cuestión político-religiosa, saliendo para Veracruz el 8 de julio de 1866.

El 26 de julio modificó Maximiliano su Ministerio, substituyendo los salientes con personas eminentemente retrógradas.

Malas noticias vinieron a poco tocante a la misión de Carlota, reagravadas con la de haber ella perdido el juicio.

Las tropas francesas comenzaron a evacuar el país desde el 18 de diciembre de 1866 hasta el 11 de febrero del siguiente año.

Viéndose abandonado Maximiliano, volvió sus ojos al partido conservador y se echó enteramente en sus brazos. Formaron éstos un



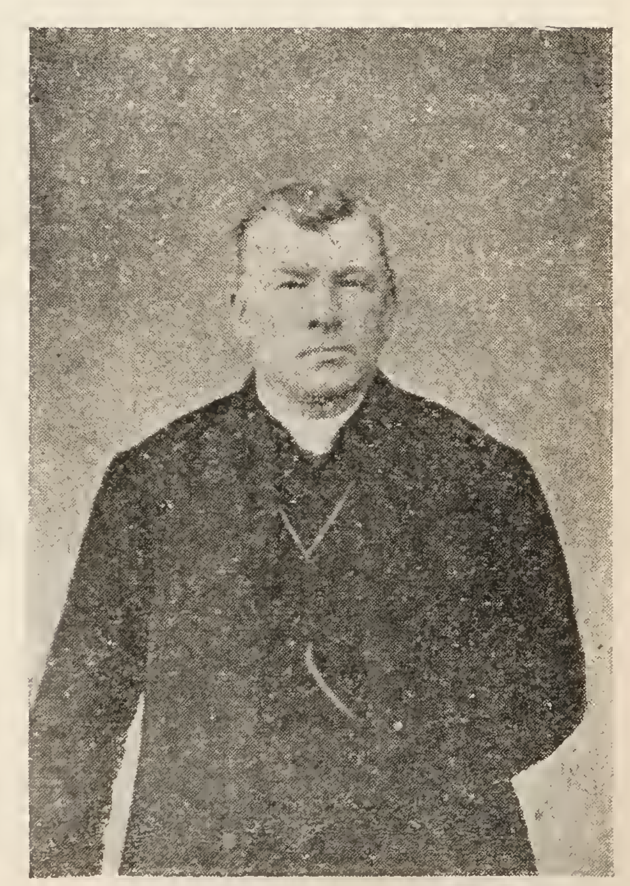
Obispos del Concordato.
(1866.)

nuevo programa de gobierno y un Consejo de Estado, sin descuidar los asuntos religiosos, para cuyo fin convocaron a los obispos existentes en la capital para que formasen un concordato, recibiendo el Lic. Antonio Morán el nombramiento de comisario especial para aquello.

Decidido el Archiduque a abdicar la corona de México, se trasladó a Orizaba el día 21 de octubre, saliendo de la capital a las dos

de la mañana y sin previo anuncio, tropezando en el pueblo de Ayotla con el general Castelnau, enviado de Napoleón, y a quien no quiso recibir, presentándose más tarde en Orizaba los generales Miramón y Márquez. Informado de la misión de Castelnau, y resuelto a dejar la corona de México, recibió una carta de Eloín y otra del Ministro de Austria en México, informándole, sobre todo este último, que su hermano Francisco José no le permitiría entrar en sus dominios, a la vez que su madre, la archiduquesa Sofía, le escribía otra en la que le decía se sepultase entre los escombros de México antes que someterse a las exigencias de Napoleón.

A mediados de noviembre llamó a Orizaba a sus ministros, varios consejeros de Estado y al general Bazaine, que no se presentó. Ante esa Junta consultó si convendría para la paz de la nación abdicar el trono, toda vez que su salud y la de Carlota se encontraban mal. Tres días estuvieron deliberando los ministros y consejeros, decidiéndose por la continuación en el poder, contra dos votos por la abdicación; esto pasaba en los días últimos de noviembre.


Presbítero Agustín Fischer.

Un punto histórico de alta importancia hay que dilucidar en esa inesperada conformidad de Maximiliano con los votos de la Junta: su resolución de abdicar estaba bien resuelta y meditada, sin que hubiesen conseguido desanimarlo ni la carta de Sofía, su madre, ni la comunicación del Ministro de Austria. Formaba parte de la familia imperial, y en calidad de limosnero, el presbítero D. Agustín Fischer, alemán de nación, luterano por herencia, y convertido al catolicismo más tarde en México. Hombre de gran sagacidad política, vasta instrucción, conocimiento del mundo y conversación amena, logró hacerse lugar en la corte imperial gracias a las recomendaciones de Suárez Navarro, captándose principalmente el afecto y confianza de Carlota.

A él se le acusó, después de la catástrofe del Cerro de las Cam-

panas, de haber sido quien decidió a Maximiliano a continuar en México, aunque sin darse nadie cuenta de la causa de su influencia funesta y decisiva.

Demasiado conocía Carlota el carácter de su esposo, y temerosa de la falta que ella le haría en momentos críticos como el de la Junta de Orizaba, al salir para Europa le escribió una larga y elocuente carta, en la que le recordaba la grandeza de su origen, lo a que por ella misma estaba obligado, citándole también los funestos resultados que en algunos personajes de la categoría de él habían dado la falta de energía y valor para aceptar y sufrir las consecuencias de los infortunios políticos, concluyendo por conjurarle a no abdicar por nada, ni ante nada, el trono de México, sino más bien perecer entre sus ruinas.

Tan importante y trascendental documento lo confió al P. Fischer, y éste, después de la decisión de la Junta, y cuando Maximiliano aun vacilaba, se lo entregó. Unas cuantas palabras de su principio dejan comprender el resto: «*Charles X* (dice) *et mon grand-père se sont perdus pour avoir abdiqué.*»

Ese notable documento existía en poder de nuestro amigo el Sr. Dr. Francisco Kaska, quien lo heredó del P. Fischer, que por toda justificación a las acusaciones lanzadas contra él, lo adicionó con una larga nota, en que se jacta de su participación en la fatal decisión de Maximiliano.

La funesta influencia de Carlota por segunda vez empujó al infeliz Maximiliano al patíbulo, haciéndole resolverse a continuar en el socavado trono de México.

CAPÍTULO XI

Resuelve Maximiliano continuar en el poder.—Su regreso a México.—Organización de un ejército nacional.—Miramón y Márquez.—Avances y triunfos del ejército liberal.—Derrota de San Jacinto.—Sale Maximiliano para Querétaro.—Se fortifica en esta ciudad.—Sitio de Querétaro.—Salida de Márquez.—Toma de Puebla por el general Díaz.—Márquez en México.—Traición de López.—Supuesta carta de Maximiliano e informes de Escobedo.—El oficial Mayer.—El Cerro de las Campanas.—Rendición de Maximiliano.—Su prisión, proceso y muerte.—Capitulación de México.—Fusilamiento de Vidaurri.—Cuánto costó a México y a Francia la intervención.

La noticia oficial del regreso de Maximiliano a México y la resolución de continuar en el trono, fué recibida con grandes demostraciones de júbilo, siendo su paso de Orizaba hasta la capital una continua ovación, y en el consejo que celebró el 14 de enero de 1867 en la capital, sufrió Bazaine una de las humillaciones más terribles que darse puedan, a causa del discurso del Sr. D. Alejandro Arango y Escandón, quien recordando el incidente del Papa Paulo IV con el Duque de Guisa, le dijo: «*Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro Soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.*»


General Leonardo Márquez.

Miramón y Márquez fueron comisionados para organizar un ejército nacional de imperialistas, dividiéndose en tres zonas el territorio del Imperio: tocó la primera a Miramón con los departamentos de California, Sonora, Chihuahua, Durango, Sinaloa, Jalisco, Nayarit, Colima y Nazas; la segunda corría a cargo de Márquez, y comprendía a Guanajuato,

Querétaro, Michoacán, Tula, Valle de México, Oaxaca, Guerrero y Tehuantepec; y la tercera, confiada a Mejía, con Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas, quedando al mando del Comisario imperial de Yucatán Campeche, Mérida, Tabasco, Laguna del Carmen y Chiapas.

Las tropas republicanas aprovechaban las circunstancias, y así nos lo demuestran los triunfos de Corona el 18 de diciembre en la Cornilla, y la ocupación de Guadalajara, Territorio de Colima, Oaxaca y Zacatecas.

En esta ciudad estableció su gobierno Juárez, y allí le atacó Miramón el 28 de enero de 1867, logrando apoderarse de la ciudad, de la que huyó el Presidente. Poco saboreó su triunfo el General imperialista, pues fué perseguido y alcanzado por Escobedo el 1.º de febrero, y en San Jacinto completamente derrotado, perdiendo a su hermano D. Joaquín, que con 190 franceses fué tomado prisionero y fusilado.

Se creyó sería más fácil y conveniente resistir a los republicanos en una ciudad como Querétaro y no esperarlos en México; así es que salió rumbo a esa ciudad el Archiduque el 13 de febrero de 1867 con 2.000 hombres de las tres armas, al mando de Márquez, a cuya ciudad llegó el día 19. Ya le esperaban allí Miramón y Mejía, y tres días después llegaba Méndez con las tropas de Michoacán. Las tropas reunidas en Querétaro ascendían a 9.000 hombres, y el plan propuesto por Márquez consistía en salir al encuentro de los republicanos y batirlos parcialmente. Para ejecutar este proyecto se encontró con dificultades insuperables, y se creyó más conveniente aplazarlo, fortificando entretanto la ciudad. Las tropas republicanas avanzaban día a día sobre Querétaro, y el 1.º de marzo se presentaron ante aquella plaza, bajo las órdenes del general D. Mariano Escobedo. En reconocimiento hecho el día 14, se vió llegaban éstas a 21.000 hombres.



General Mariano Escobedo. (1867.)

Se puso sitio inmediatamente a la ciudad, habiéndose dado el

primer asalto el día 14, el segundo el 24, siendo en ambos rechazados. El general Miramón hizo una salida atrevida el día 6 de abril, logrando quitar al enemigo bagajes y provisiones, que a su vuelta tuvo que abandonar, atacado por el coronel Doria. El día 27 tuvo lugar la célebre acción del Cimaterio, que ocupo el general Corona.

Comprendió Maximiliano los peligros de aquel sitio, que no podría romper con sus tropas, y para conseguirlo mandó el 23 de marzo al general Márquez que fuese a México a traer más fuerzas y dar una decisiva batalla campal. Llegó éste a la capital el 27, y sin ocuparse de ejecutar lo mandado, temiendo, sin duda, que cayese México en poder de los republicanos por falta de guarnición, marchó el 30 sobre Puebla en ayuda del general Noriega, que estaba sitiado por el general Díaz. Comprendió este hábil General el proyecto de Márquez, por lo que se apresuró a dar un terrible asalto a la plaza, y se apoderó de ella el 2 de abril. Sabedor de ello Márquez, se vió obligado a retroceder a México; mas en el camino le dió alcance el general Guadarrama, que con su terrible caballería lo destruyó completamente, pudiendo apenas llegar a México y fortificarse allí para resistir el empuje de las armas victoriosas en Puebla, quedando desde ese día casi perdida la causa del Imperio, y con ella el infortunado Maximiliano y sus valientes y abnegados generales.



Generales que vencieron en Querétaro.

La situación de los sitiados en Querétaro se hacía día a día insoportable más y más, careciendo de municiones y víveres: se resolvió

entonces hacer una salida y romper el sitio el 16 de mayo; pero el 15 a la madrugada, el coronel Miguel López entregó el punto de la Cruz y cayó la plaza en poder del ejército liberal, logrando salir Maximiliano con algunos de los suyos y guarecerse en el Cerro de las Campanas.

En estos últimos años se ha ventilado con bastante ardor la cuestión de si la ocupación de Querétaro fué debida a la traición del imperialista López, hecha por dinero, o a indicaciones del mismo Maximiliano, que así pensaba salir mejor librado.

En el momento mismo que se consumó la toma de Querétaro, salió la siguiente noticia del campo republicano, en cartas que el *licenciado D. Francisco W. González,* secretario del general don Nicolás Regúlez, dirigió al entonces comandante militar de Michoacán, coronel D. Justo Mendoza, y el tenor de ellas es el siguiente: «*Campo frente a Querétaro, mayo 15 de 1867.—Sr. Coronel don Justo Mendoza.—Mi querido amigo: Ahora, que son las cinco y media de la mañana, acaba de caer en nuestro poder el punto llamado* de la Cruz, *que es el más fuerte de la plaza. Fué entregado por el jefe que lo defendía, con dos batallones que se rindieron a discreción, artillería, parque, y cuantos pertrechos de guerra en él había. El Sr. Escobedo se ocupa de disponer lo conveniente..., etc., etc.*—FRANCISCO W. GONZÁLEZ.

Otra comunicación oficial, redactada casi igual a la anterior, escribió el mismo Sr. González al Sr. Mendoza, y firmó el general D. Nicolás de Regúlez: ambas forman parte de la correspondencia del Sr. Mendoza, que muchos años tuve en mi poder y para hoy día en el del Sr. D. Luis García Pimentel.

El oficial Mayer, servidor de la República y autoridad nada sospechosa, dice lo siguiente:

«1.° En abril de 1867 se estaba en lo más recio del sitio de Querétaro, en que las fuerzas republicanas, a las órdenes del general Escobedo, se habían propuesto acabar con Maximiliano, su ejército y el efímero imperio que el desgraciado había de pagar con su vida.

»La fatua ambición de su esposa y la necesidad de cancelar sus infinitas deudas de Archiduque, le habían impulsado a aceptar el presente griego que le hacían Napoleón III y los descarriados hijos de México.

»2.° Entre los jefes de brigada de la división Norte figuraba el

coronel José Rincón Gallardo..... Era Gallardo un cumplido caballero y pundonoroso militar..... Fué él quien garantizó al traidor López, coronel de Maximiliano y compadre suyo, las 2.000 onzas que le dieron para comunicar el santo y seña el día que estuviera de servicio como jefe de día, y entregara también la plaza al general Escobedo.»


Lic. Manuel Azpiroz. (1867.)

Así las cosas, al cabo de veinte años el general Escobedo, a consecuencia de una polémica suscitada sobre este punto, rindió un informe en el que transcribe una carta de Maximiliano, de la que dice fué portador López, y es a la letra:

«*Mi querido coronel López: Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedará mancillado nuestro honor.—Vuestro afectísimo,* MAXIMILIANO.»

Tal documento, juzgado por calígrafos peritos, y estudiado con sano criterio, vino a quedar en una superchería grosera, cayendo con él los razonamientos y demás sobre él erigidos.

En noviembre de 1902 se volvió a estudiar este asunto por la «Comisión de Auténticas de Trofeos de Guerra», y su opinión, salvo la de uno de sus miembros en contrario, fué igual a la de los antes citados.


General Miguel Miramón.

Un moderno escritor, no conforme con estos dictámenes, asevera «que considerando »esta cuestión bajo una faz nueva, yendo a »buscar en la conducta misma de Maximilia»no, referida por sus amigos, por sus compa»ñeros y por sus secuaces» se viene en conocimiento de que el documento en cuestión es auténtico; que López en lo que hizo esa memorable noche *cumplió órdenes de Maximiliano,* y que éste fué el verdadero traidor.

En tanto que todos los demás jefes imperialistas se encontraban rigurosamente presos, López paseaba por Querétaro, y cuatro días después obtenía de Escobedo un pasaporte para marchar a su pueblo natal a arreglar asuntos de familia.

Maximiliano, en carta fechada en Querétaro el 16 de junio de 1867, pocos días antes *de su ejecución,* y dirigida al Conde Bombelles, dice: «*Unicamente la traición me ha entregado a mis enemigos.*»



General Tomás Mejía.

Concentró el ejército republicano todos sus ataques al Cerro de las Campanas, y pronto sus defensores enarbolaron bandera blanca; por lo que se suspendieron éstos, bajando poco después Maximiliano, que entregó su espada al General republicano, pretendiendo se le permitiese marchar con una escolta a un punto de la costa para embarcarse rumbo a Europa, y protestaba, bajo su palabra de honor, no volver al país.

Nada de aquello podía conceder Escobedo, y se limitó a mandarlo prisionero al convento de la Cruz, de donde fué trasladado al de Teresitas, el día 17 de mayo, y finalmente al de Capuchinas.



Fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas.

Ordenó el Sr. Juárez que tanto a Maximiliano como a los generales Miramón y Mejía se les juzgase con arreglo a la ley de 25 de

enero de 1862; y habiéndoseles procesado, fueron condenados a muerte por sentencia de 14 de junio, en el Consejo de guerra, compuesto por el coronel Platón Sánchez, capitanes José V. Ramírez y Emilio Lojero, Ignacio Jurado, José Verástegui, Lucas Villagrán y Juan Rueda y Auza, y como fiscal el Lic. Manuel Azpiroz.

No obstante esa sentencia de muerte, Maximiliano nunca llegó a creer se ejecutaría en él, tanto más, cuanto que estaba informado de los trabajos que en este sentido se hacían en los Estados Unidos para salvarle, y la intervención en su favor de notabilidades como Garibaldi y Víctor Hugo, y por lo mismo siguió insistiendo en aquello mismo que a raíz de su prisión propuso al general Escobedo.

Cuantos trabajos se emprendieron en el sentido de que la terrible sentencia fuese revocada, se estrellaron ante la entereza de Juárez y la inquebrantable firmeza de su ministro Lerdo.

El 19 de junio, a las seis de la mañana, estaba formada al pie del Cerro de las Campanas una división de 4.000 hombres, y a las siete y



Capilla propiciatoria erigida por la familia del archiduque en el lugar en que éste fué fusilado.

cinco minutos Miramón, Maximiliano y Mejía pagaban con su vida la sangre derramada por sus ambiciones.

La noticia del trágico suceso se supo en México, y no obstante ello, siguió Márquez defendiéndose hasta que el 20 de junio desapareció de la escena por haberse ocultado, recayendo el mando de la plaza en el general Tabera, quien celebró una capitulación con el general Díaz.

Entró luego en la plaza este caudillo, y mandó fusilar al traidor general Vidaurri el 8 de julio.

En los últimos días del mismo mes ocupaban a Veracruz García y Benavides, restableciendo en Yucatán el orden constitucional el general Cepeda Peraza poco tiempo después.

El efímero reinado de Maximiliano costó a Francia 25.000 vidas de sus hijos y 90.000.000 de francos; a México 73.037 republicanos y 12.209 imperialistas, habiéndose librado, de abril de 1863 a junio de 1867, entre escaramuzas y batallas, 1.020 acciones de guerra.

El partido conservador tuvo su sepulcro en Querétaro, y los traidores una lección inolvidable.



CAPÍTULO XII

Entrada de Juárez en México.—Su prudencia con los vencidos.—Convocatoria para las elecciones.—Juaristas, lerdistas y porfiristas.—El licenciado Protasio Tagle y D. Justo Benítez.—Santa Ana.—D. Benito Juárez y D. Sebastián Lerdo de Tejada.—Inauguración del ferrocarril de México a Puebla.—Pronunciamiento en San Luis Potosí.—Nuevas elecciones.—Triunfa D. Benito Juárez.—Pronunciamiento de Tampico y la Ciudadela.—Plan de la Noria.—Batalla de Sindihui.—Muerte de Juárez.—D. Sebastián Lerdo de Tejada.—Inauguración del ferrocarril de Veracruz.—Manuel Lozada.—D. José María Iglesias.—Decepción de los conservadores.—Expulsión de los jesuítas y las hermanas de la Caridad.—Leyes de Reforma.—Marina nacional.—Guerra vandálica en Michoacán de religión y fueros.—La villa de Quiroga.—Plan de Tuxtepec.—El general D. Mariano Jiménez.—Reforma de Palo Blanco.

El presidente Juárez, en unión de sus ministros Mejía, Iglesias y Lerdo de Tejada, y de los fieles empleados que le habían seguido hasta Paso del Norte, entraron en México el 15 de julio de 1867, y ese mismo día expidió el Supremo Magistrado de la República un *Manifiesto a la nación,* en el que, a través de la modestia con que está escrito, deja ver los nobles sentimientos del gran ciudadano que supo colocar muy alto los derechos y la dignidad de México.

Ordenó el Sr. Presidente se presentasen todos los servidores del Imperio, conminándoles con severas penas en caso de no hacerlo así, y se reunieron hasta 200 personas, que fueron reducidas a prisión en varios edificios de la ciudad, y que después de cierto tiempo, con penas relativamente moderadas, fueron dados por libres.

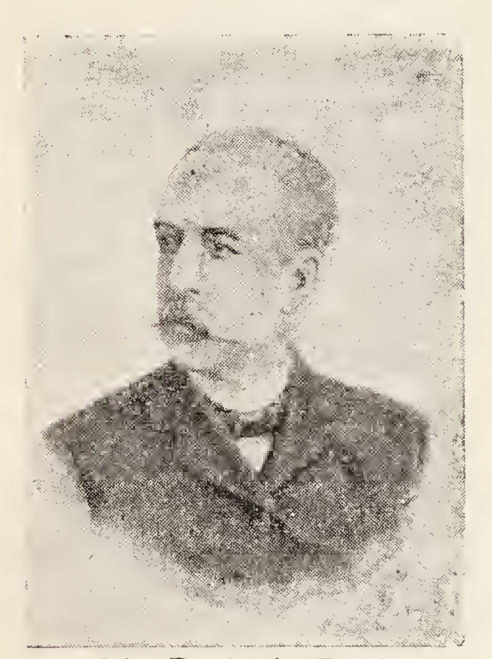
Se hizo también la reducción del ejército y con el resto se formaron cinco divisiones, quedando cada una al mando de los generales Regúlez, Díaz, Escobedo, Corona y Alvarez, retirándose a poco tiempo el segundo, que fué substituído por Alatorre.

Continuaba Lozada en la sierra de Álica manteniendo la revolución y el pillaje, y contra él quiso salir el general Corona, aprovechando las fuerzas vencedoras del Imperio, mas no accedió a ello el Ministro de la Guerra.

El 14 de agosto se expidió la convocatoria para la elección de Poderes federales y de los Estados, previniéndose en ella que en el acto de votar el pueblo expresara su opinión respecto a cinco reformas a la Constitución de 1857, que proponía el Poder ejecutivo.

Estas reformas, que salían del orden constitucional, fueron mal recibidas y duramente combatidas por el licenciado D. Manuel María de Zamacona, y se quedaron sin votar.

La convocatoria era obra del ministro Lerdo, y fué causa de una división política en el partido liberal, que dió lugar a la formación de los bandos *juarista* y *lerdista,* y se creó un tercero llamado *porfirista,* que, aunque corto en número, contaba con hombres ilustrados y de acción, tales como los licenciados *D. Protasio Tagle* y *D. Justo Benítez.*



Lic. Protasio Tagle. (1870).

El incorregible Santa Ana, después de haber ofrecido sus servicios y adhesión al Imperio, volvió con propósito de derrocar al Gobierno; mas fué aprehendido en Sisal, juzgado y sentenciado a ocho años de prisión.

Antes de reunirse el Congreso expidió Juárez varias leyes, todas beneficiosas, tales como la supresión de peajes en que tanto se abusaba, la revalidación de la Compañía La Sere para la construcción del ferrocarril de Tehuantepec, la del de México a Veracruz, y la organización de la Instrucción superior y profesional en el Distrito Federal.

El almirante Tegettoff, a nombre de la familia de Maximiliano, solicitó su cadáver, y le fué entregado, trasladándolo a Europa el 28 de noviembre en la misma fragata *Novara* en que tres años antes había llegado.

El 8 de diciembre de 1867 abrió sus sesiones el cuarto Congreso constitucional, y hecha la computación de votos, resultaron electos el Sr. Juárez para la presidencia de la República y el Sr. Lerdo de Tejada para la de la Suprema Corte de Justicia. En los Estados hubo también nombramientos de las autoridades locales; así es que, al comenzar el año 1868, la Constitución regía en toda la República.

En 8 de enero dió un Manifiesto el Congreso, notable por decla-

rar que México estaba en la mejor voluntad de reanudar relaciones diplomáticas con todos los Gobiernos que las cultivaron con el llamado Imperio, siempre que ellas se basaran en la estricta justicia, el mutuo interés y la debida reciprocidad.

Los pronunciamientos militares no se hicieron esperar; en principios de 1868 se pronunció Villafaña en Yucatán: Palacios, Toledo y Granados, en Sinaloa; en Perote, Mendoza; y todos fueron derrotados. Negrete logró apoderarse de Puebla; mas fué destrozado por el general Vélez.

El quinto Congreso abrió sus sesiones el 16 septiembre de 1869, y en esa misma fecha se inauguró el ferrocarril de México a Puebla, con asistencia del Sr. Juárez y sus ministros.

En diciembre de ese mismo año estalló un pronunciamiento en San Luis Potosí, acaudillado por Aguirre, y lo secundó en Zacatecas D. Trinidad García de la Cadena, gobernador de aquel Estado: unidos ambos, marcharon a Jalisco, donde los batió y los derrotó el general D. Sóstenes Rocha, en el punto llamado «Lo de Ovejo» el 21 de febrero de 1870.

El Congreso decretó la amnistía a los complicados en la intentona del Imperio, con excepción del arzobispo Labastida y los generales Uraga y Márquez, clausurando su período el 31 de mayo de 1871.

Se acercaba un nuevo período presidencial, y los tres partidos personalistas se aprestaron a la lucha electoral, marcándose principalmente la agitación política en los primeros meses del año de 1870. La fracción lerdista tuvo en la Cámara el apoyo de los porfiristas; los conservadores, en su mayor parte, se pusieron al lado del Sr. Lerdo.

No obstante ello, triunfó la candidatura de Juárez con no muy grande mayoría de votos, y el Congreso le declaró presidente constitucional para el cuatrienio comprendido del 1.° de diciembre de 1871 al 30 de noviembre de 1875.

No se efectuaban aún estas elecciones cuando se sublevó la guarnición de Tampico, desconociendo al gobierno de la Unión; el general Rocha sitió la plaza y la tomó, después de un sangriento asalto, el 11 de junio de 1871.

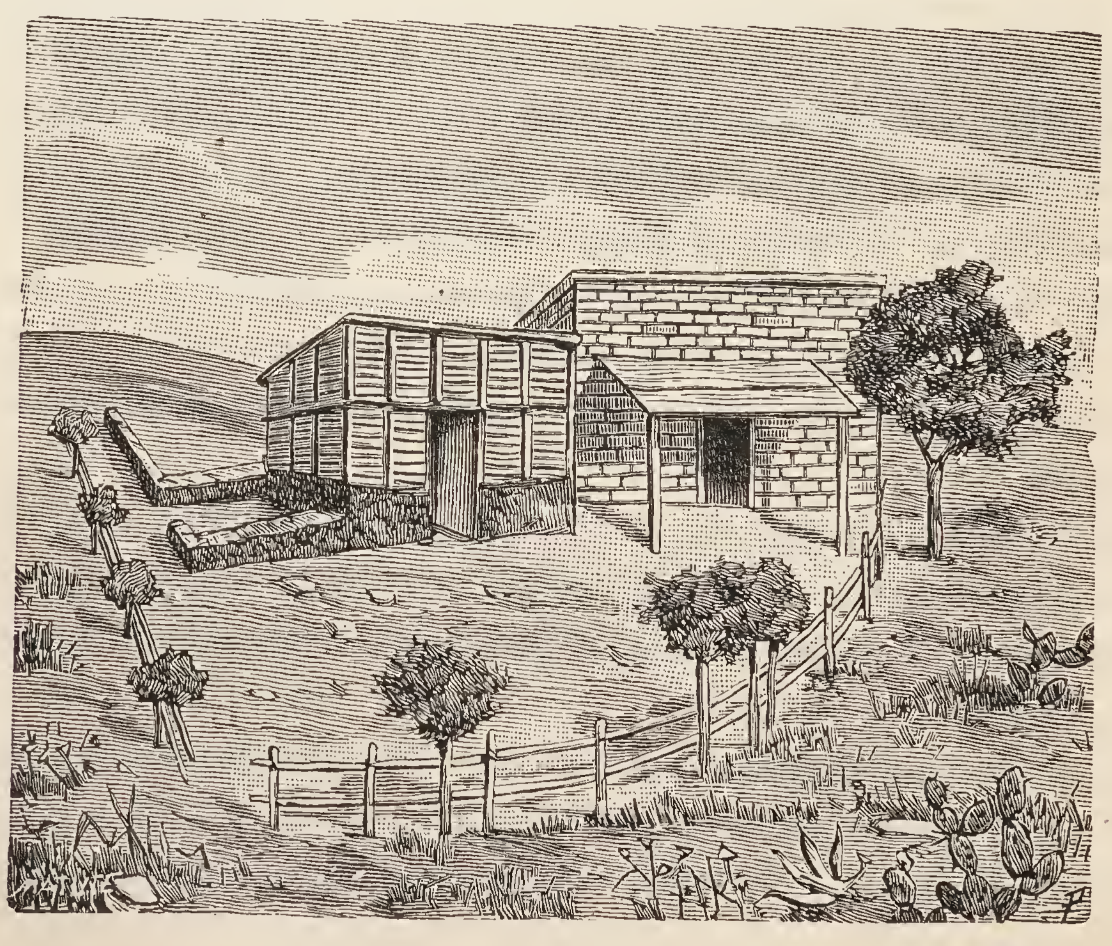
No se declaraba el resultado de las elecciones cuando el primero de octubre estalló un pronunciamiento en la Ciudadela, encabezándolo los generales Negrete, Chavarría, Rivera y Toledo.

El Ministro de la Guerra se encontraba ausente, y Juárez, con gran entereza, dió las órdenes conducentes para batir a los sublevados y defender el Palacio Nacional, caso de ataque.


Lic. Benito Juárez,
Benemérito de América. (1867.)

El general Rocha dirigió las tropas del Gobierno, que, después de un rudo y sangriento asalto, se apoderaron del edificio, a las once de la noche del mismo día.

Declarado presidente el SR. JUÁREZ, le desconocieron García de la Cadena, Gutiérrez y otros jefes, y a más el general Díaz, en Oaxaca, proclamó el *plan de la Noria* el 28 de noviembre. Marchó el general Rocha contra los pronunciados de los Estados del interior, y los derrotó completamente en la Bufa el 2 de marzo de 1872.


Casa en que nació Benito Juárez.

El plan del general Díaz, no obstante el gran prestigio de este caudillo, no prosperó, y vino a tener su fin con la derrota que a sus fuer-

zas infirió el general D. Ignacio Alatorre el 4 de enero de 1872, en la batalla de San Mateo Sindihui. La muerte de D. Félix Díaz y este suceso acabaron con la revolución.

Comenzaba la paz a producir sus benéficos efectos, cuando de un modo inesperado falleció el Sr. Juárez a las once de la noche del 18 de julio de 1872.

Perteneció Juárez a la raza india zapoteca, y había nacido en el pueblecito de San Pablo Güelatao, distrito de Ixtlán, Estado de Oaxaca, y fueron sus padres Marcelino Juárez y Brígida García.

Los primeros años de su vida los pasó sirviendo en calidad de criado, e ingresó más tarde en el Seminario de Oaxaca y después en el Instituto de Ciencias y Artes, obteniendo el título de abogado en 13 de enero de 1834.

Fué luego profesor de Física, regidor del Ayuntamiento y diputado. En 1846 gobernador del Estado de Oaxaca, diputado al Congreso de la Unión, otra vez gobernador y director del Instituto de Ciencias.

Desterrado a Jalapa por Santa Ana, fué después encerrado en los calabozos de San Juan de Ulúa y deportado a la Habana. Regresó a

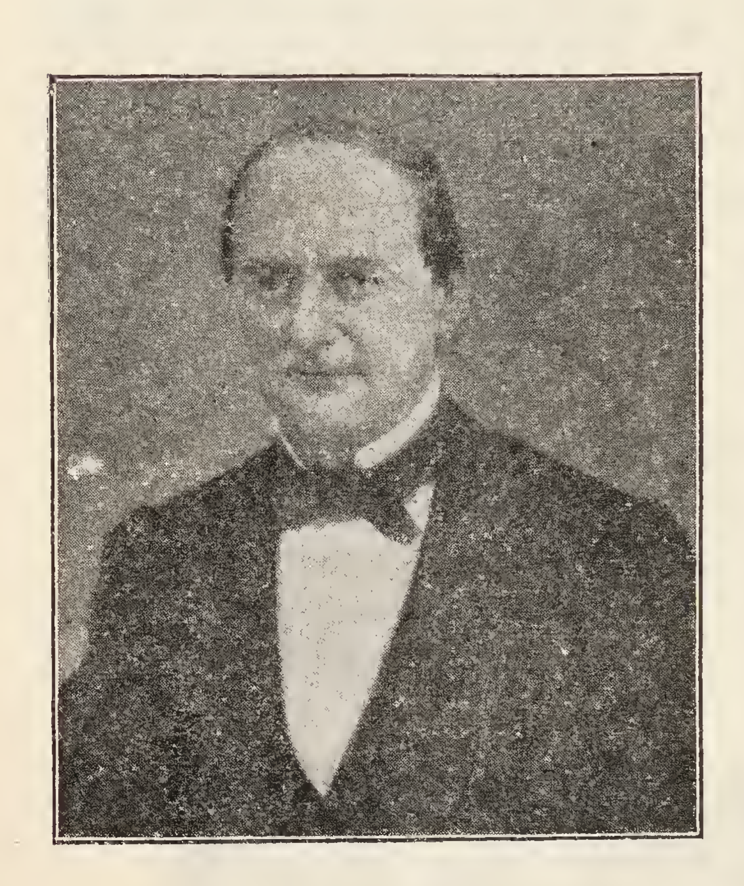


Tumba del benemérito Juárez.

Acapulco en 1855, y el Sr. Alvarez le distinguió con los nombramientos de consejero de Estado y después ministro de Justicia. Desde entonces hasta su muerte fué el más importante personaje de México, captándose por su patriotismo y energía el afecto de los suyos, el respeto de sus enemigos y la admiración de los extraños.

México le tributa ferviente culto, considerándole como el salvador de su nacionalidad.

Como Presidente de la Suprema Corte de Justicia y en calidad de interino, tomó posesión de la primera magistratura de la República el Sr. Licenciado D. SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA el 19 de julio de 1872. En nada alteró las secretarías de Estado que tenía su antecesor, tranquilizando así a los empleados que con él esperaban remociones y un nuevo orden administrativo. El 27 del mismo publicó un Manifiesto a la nación, en un sentido enteramente liberal, y en ese mismo día decretó una amplia amnistía a los sublevados que a ella se acogiesen.



Lic. Sebastián Lerdo de Tejada.

Era Lerdo persona de alta y clara inteligencia, al grado que en buena metáfora se podía admitir lo que sus partidarios decían, y era «*que tenía por cerebro un sol*»: su elocuencia era avasalladora, su carácter firmísimo, sus modales elegantes y distinguidos, poseyendo el arte de ganarse amigos. En medio de tantas y tan eximias cualidades no le faltaban sus defectos, tales como sobrado apego a sus opiniones, carácter dominante, afecto a las minuciosidades, desprecio a la opinión ajena y ningún respeto a la Constitución y a las leyes.

Con la muerte de Juárez y la ley de amnistía ya no tuvo pretexto la revolución, y ésta acabó luego, retirándose el General Díaz, que era el caudillo de más importancia, en octubre de 1872 a la vida privada.

Hechas las elecciones, resultó electo el Sr. Lerdo, casi por unanimidad, para el cuatrienio que debía terminar en 30 de noviembre de 1876.

Tomó posesión de su cargo el 1.° de diciembre de 1872 en medio de la paz más completa.

El 1.° de enero de 1873 se inauguró con su asistencia y la de sus ministros, los ministros extranjeros y personas importantes de la

nación, el ferrocarril de México a Veracruz. Persistían aún los ecos de estos festejos, cuando una guerra de barbarie vino a cambiarlos: Manuel Lozada, el tan citado *tigre de Alica,* proclamaba una guerra de castas en Tepic, desconociendo al Gobierno y marchando sobre Guadalajara en enero de 1873 al frente de 8.000 hombres, no sin mandar antes sobre Mazatlán uno de sus allegados con 1.000 hombres, y otro sobre Zacatecas.

El valiente general D. Ramón Corona, sin más recursos que 2.241 soldados, salió a su encuentro, y después de reñida batalla, le derrotó en la Mojonera el día 28 del citado mes y año.

El general Altamirano, a su vez, destruía la columna de Martínez en el Rosario.

Regresó Lozada a su madriguera en el Nayarit, y contra él salió el general Ceballos, que después de una larga y penosa campaña destrozó a los indios y logró aprehender al mismo Lozada y llevarlo a Tepic, donde fué juzgado, sentenciado a muerte y ejecutado el 19 de julio de 1873.

Desde entonces se erigió en territorio de la federación al antiguo cantón de Tepic, que pertenecía al Estado de Jalisco.

Para llenar el hueco que el Sr. Lerdo había dejado en la Suprema Corte de Justicia, se hicieron elecciones y fué favorecido el Licenciado Sr. D. José María Iglesias, el año de 1873.

Los conservadores creían encontrar en Lerdo, si no un protector, sí un solapador de sus ideas; por eso fué que con gran sorpresa suya vieran la disposición dada en mayo a la policía para que disolviese varias comunidades clandestinas de religiosas que existían en la capital de la República, y también la de los jesuítas, que fueron expulsados del país como extranjeros perniciosos.

El VII Congreso Constitucional inauguró sus tareas el 16 de septiembre de 1873, y uno de sus primeros actos fué declarar adiciones a la Constitución las *leyes de Reforma* decretadas por el Sr. Juárez desde 1859; decretó también la erección de la Cámara de Senadores, y varias concesiones para mejoras materiales de importancia, arreglando igualmente las diferencias que surgieron entre los poderes locales de algunos Estados.

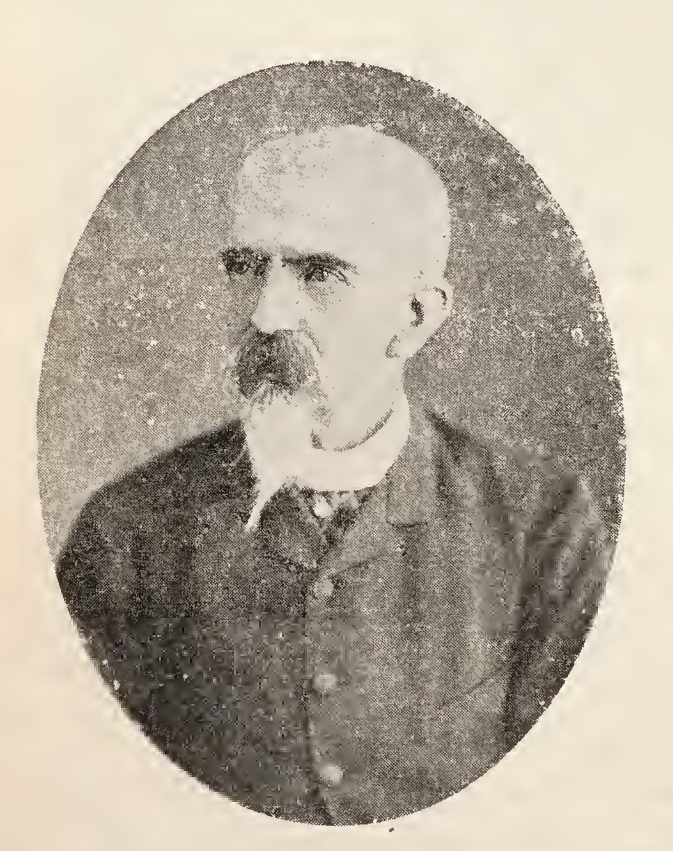
A fines de 1874 reglamentó los preceptos políticos llamados de Reforma, y fué su consecuencia la supresión de la congregación de las hermanas de la Caridad, que salieron del país a principios de 1875.

Como acontecimientos notables, ajenos a la política, señalaremos el viaje de la comisión mexicana al Japón en 1874, para observar el paso de Venus por el disco del Sol, y la participación de México en la Exposición Universal de Filadelfia el año de 1876.

En 1874 se aumentó la marina nacional con la compra de los vapores de guerra *Independencia, Libertad, México* y *Demócrata*.

Una turba de bandoleros, azuzada por una camarilla de fanáticos, alzó la bandera revolucionaria en el Estado de Michoacán, a mediados de 1874, proclamando *Religión* y *fueros*. Por fortuna el mal fué local, aunque sufriendo las poblaciones horrores sin cuento, al grado de obligar a algunas de opinión liberal muy pronunciada a defenderse. Del número de éstas fué mi pueblo natal, Quiroga, al que no mancillaron las huestes de la religión, manteniéndose en toda la revuelta, que duró hasta fines de 1876, en són de guerra.

El 15 de enero de 1876, último del período presidencial del señor Lerdo, estalló un pronunciamiento en Tuxtepec, Estado de Oaxaca, acaudillado por el general Fidencio Hernández, en el que se desconocía al Gobierno. Presentó esta revolución el raro fenómeno de tener por suyo todo un Estado desde sus comienzos, pues a pocos días de proclamada se hicieron dueños de la capital de él, y resistieron a la división que el Gobierno de la Unión mandó contra ellos, al mando del general Alatorre. Fidencio Hernández era indio zapoteca, de raza pura, y tenía gran prestigio entre los de su raza en el Estado de Oaxaca, siendo por lo demás persona inepta: el alma de esa revolución lo fué el general D. MARIANO JIMÉNEZ, entonces coronel, que a su gran valor personal unía un privilegiado talento organizador y una gran perspicacia y prudencia.



General Mariano Jiménez.

Varios Estados secundaron el *plan de Tuxtepec*, y contra ellos envió Lerdo a sus mejores generales y tropas, triunfando Alatorre en Yanhuitlán, Carbó en San Pedro y Fuero en Icamole.

No obstante esos triunfos, la revolución se propagaba en todos los ámbitos del país, pues el Gobierno no contaba con la opinión pública.

Nueva vida y poderoso impulso vino a tener la revolución con haberse puesto al frente de ella el general D. Porfirio Díaz, quien reformó el mencionado plan en el campamento de *Palo Blanco,* el 21 de marzo de ese mismo año.



CAPÍTULO XIII

Plan de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco.—Reelección de Lerdo.—Protesta de Iglesias.—Batalla de Tecoac.—Abandona Lerdo a México.—Entrada del general Díaz en México.—D. Juan N. Méndez.—Sale Iglesias del país.—D. Porfirio Díaz.—Conflicto con los Estados Unidos.—Los lerdistas de México.—Acontecimientos de Veracruz.—Horrorosa hecatombe.—Salva al país de una nueva revolución.—Se abre el país a la industria y capital extranjeros.—Candidatura de Benítez.—Elección del general D. Manuel González.

El *plan de Tuxtepec* reformado en *Palo Blanco* proclamaba como leyes supremas la Constitución y sus reformas, a excepción del Senado y el principio de la no reelección; desconocía al Presidente de la República y a todos sus funcionarios y empleados; convocaba a nuevas elecciones, depositando el Poder ejecutivo, de una manera provisional, en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, si aceptaba el *plan,* o en caso contrario en el jefe de las armas.

Terminaba el período del Sr. Lerdo, y en medio de la guerra civil se hicieron las elecciones, saliendo favorecido este señor para el cuatrienio que, comenzando el 1.° de diciembre, había de terminar el 30 de noviembre de 1880.

En el seno mismo del partido lerdista surgió entonces el descontento y la división, que, unidos a la falta de recursos y la impopularidad del Gobierno, vinieron a favorecer el triunfo de la revolución.

Como medida política, y para dar gusto a las llamadas clases ilustradas, cambió su Ministerio el Sr. Lerdo el día 31 de agosto, sin que esto modificara en nada la situación.

Ofuscado el Sr. D. José María Iglesias, presidente de la Suprema Corte de Justicia, dirigió una comunicación a ese Tribunal el 27 de septiembre de 1876, en que desconocía la declaración hecha por la Cámara de Diputados tocante a la reelección del Sr. Lerdo, añadiendo que, sin renunciar su puesto, no concurriría a la Suprema Corte hasta que no se restableciese el orden constitucional, interrumpido por la reelección del presidente.

Pocos días después de esto salió ocultamente de la capital y se refugió en el Estado de Guanajuato, donde su gobernador, el general Antillón, le acogió y sostuvo, reconociéndole más tarde como suprema autoridad legal los Estados de Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí y Jalisco.

Los porfiristas llegaron también a reconocerle, procurando entrar en arreglos con el Sr. Iglesias.

Reunió Lerdo los escasos elementos que le quedaban y ordenó al general Alatorre que atacase al grueso del ejército tuxtepecano que, acaudillado por el general Díaz, se había estacionado entre Puebla y Tlaxcala.

Así lo hizo el jefe gobiernista, no obstante habérsele pasado al enemigo gran parte de sus tropas, trabando formal batalla el 16 de noviembre de 1876, en los llanos de Tecoac, en que la suerte le fué adversa.

Marcharon incontinenti sobre Puebla los generales Porfirio Díaz y Manuel González, tomando la plaza sin resistencia, por haberse puesto a las órdenes del jefe de la revolución la guarnición federal que la defendía.

Esta serie de adversidades desanimaron por completo al Sr. Lerdo, y abandonando la ciudad de México en la noche del día 20 de noviembre de 1876, se dirigió a Toluca, de allí a Michoacán, después a Guerrero, hasta embarcarse en Acapulco, rumbo a los Estados Unidos, a fines de enero del siguiente año.

Le acompañaron en su huída sus ministros Romero Rubio, Escobedo y Mejía y el Sr. Baz.

Las negociaciones entre iglesistas y tuxtepecanos quedaron rotas, y tomó posesión del Gobierno el 26 de noviembre de 1876 el general Sr. D. PORFIRIO DÍAZ, organizando su Gabinete con los señores licenciado D. Ignacio L. Vallarte, como Secretario de Relaciones; licenciado Protasio P. Tagle, en Gobernación; licenciado Ignacio Ramírez, en Justicia e Instrucción pública; licenciado D. Justo Benítez, en Hacienda; general D. Pedro Ogazón, en Guerra, y general D. Vicente Riva Palacio, en Fomento.

Iglesias, entretanto, tomaba en Guanajuato el título de presidente interino constitucional, y organizó su ministerio. En principios de diciembre dejó el general Díaz, con el carácter de interino, a su segundo en jefe general D. JUAN N. MÉNDEZ en la presidencia, y

al frente de 12.000 hombres se dirigió contra Iglesias, quien, sin contar con gente suficiente para apoyar su causa, se retiró de Guanajuato después de la escaramuza de Unión de Adoves rumbo a Guadalajara, y de allí a Manzanillo, en donde se embarcó para San Francisco el 17 de enero de 1877.

Siguió el general Díaz hasta Guadalajara, bastando su sola presencia para tranquilizar todo el interior de la República, y el 11 de febrero volvió a encargarse del Poder ejecutivo en calidad de presidente provisional. Inició desde luego sus labores de reorganización del país y expidió la convocatoria para la elección de supremos poderes.

Verificadas las elecciones, se reunió el Congreso, que tomó el nombre de Octavo, y declaró presidente constitucional, para el período comprendido entre el 5 de mayo de 1877 al 30 de noviembre de 1881, al señor general DON PORFIRIO DÍAZ, quien otorgó la protesta el 5 de mayo de 1877.

Se estableció el Senado en 16 de septiembre de 1877, y en 5 de mayo del siguiente se reformó la Constitución en el sentido de lo proclamado, prohibiendo la reelección del Presidente y la de los Gobernadores de los Estados.

Pocos días tenía el señor general Díaz en el poder, cuando una dificultad internacional amenazó con graves conflictos al país. Los Estados Unidos se habían abstenido de reconocer al Gobierno del general Díaz, y aun presentaban ciertas resistencias a ello, cuando en 1.° de junio ordenó al general Ord que penetrase en el territorio mexicano, siempre que se tratase de perseguir a los bárbaros y a los merodeadores; el Gobierno de México, por su parte, ordenó a los jefes militares de la frontera que rechazaran a los intrusos.

Todas estas diferencias y disgustos vinieron a zanjarse poco tiempo después, al reconocer el Gobierno americano al nuestro.

Pasado el estupor y desmoralización de la huída de Iglesias y la derrota de Tecoac, los lerdistas comenzaron a organizarse y trataron de turbar la tranquilidad pública; en los últimos días del año 1877 el coronel D. Pedro Valdés proclamó en la frontera del Norte la restauración de Lerdo, y a mediados del siguiente año el general Escobedo hacía lo mismo, aunque sin resultado ninguno, pues la opinión del país era contraria al partido lerdista. El primer jefe se indultó, y el Sr. Escobedo cayó prisionero en Cuatro Ciénegas el 25 de junio

de 1878, siendo conducido a México y desterrado después al extranjero. El general Miguel Negrete publicó un manifiesto contra el Gobierno a mediados de 1879, y como nadie lo secundase se tuvo que ocultar.

Todas estas intentonas revolucionarias demostraron a los lerdistas la inutilidad de sus trabajos en la forma hasta entonces seguida por los revolucionarios en México, y sin prescindir de su idea, tramaron una vasta y bien arreglada conspiración que la actividad y energía del señor general Díaz pudo sofocar oportunamente, siendo este golpe político de gran trascendencia para el bienestar de la nación. Aconteció que el 23 de junio del año de 1879 se sublevó el vapor de guerra *Libertad*, que fondeaba en el puerto de Alvarado; y como tal acontecimiento estuviese ramificado en Veracruz y el resto del país, la noche del 24 el señor general D. Luis Mier y Terán ordenó e hizo llevar a cabo en la ciudad dicha el fusilamiento del doctor Albert y nueve personas más que en este movimiento revolucionario se dijo estaban complicadas.

Honda sensación causó este suceso en toda la República, y fué comentado de modos muy diversos, aunque hoy en la conciencia de todos está la utilidad y necesidad de aquella medida, que salvó a México de los horrores de una guerra intestina. La viuda del doctor Albert acusó al Sr. Mier y Terán ante la Cámara de Diputados de la Unión, que se erigió en gran jurado, y después de más ocho meses se declaró incompetente; inconforme con ello, la acusadora acudió a la Suprema Corte de Justicia, que le amparó en diciembre de 1880. Ello no obstante, nada se hizo, y el general Mier y Terán, persona apreciabilísima, perdió el uso de la razón poco tiempo después.

Nunca el Sr. Lerdo quiso que con capital extranjero se facilitasen por vías férreas las comunicaciones en el país, pues creía que en ello peligraba la autonomía de él. Camino contrario siguió el general Díaz, que aceptó sin temor los elementos de afuera, y en septiembre de 1880 inició la futura prosperidad nacional, otorgando concesiones a las Compañías constructoras de los ferrocarriles Central y Nacional Mexicano para que tirasen sus vías en toda la extensión del territorio mexicano.

Desde septiembre de 1879 se comenzó a preparar la elección del futuro presidente, y como la Constitución prohibiera la reelección, se formaron diversos partidos, todos del círculo liberal, y aparecieron

como candidatos los señores licenciado Justo Benítez, apoyado por los secretarios de Estado Tagle, García y Pankhurst, por la mayoría de los diputados del noveno Congreso y por algunos gobernadores de los Estados; el señor general D. Manuel González le seguía; a éste D. Trinidad García de la Cadena, viniendo después el licenciado D. Ignacio L. Vallarte y D. Manuel M. de Zamacona, que acababa de llevar a buen término su gestión política ante el Gobierno norteamericano.

La exaltación y vehemencia de que se encontraban poseídos los partidarios de estos señores y el crecido número de candidatos hacían temer se turbase la tranquilidad pública al efectuarse las elecciones.

Al principiar el año de 1880 salió del Ministerio el Sr. Benítez, y con él los otros Ministros que le apoyaban, sufriendo con esto bastante su candidatura, y robusteciéndose la del general González.

Como la sierra del Nayarit volviese a presentar conatos de nueva insurrección, atizada por los antiguos compañeros de Lozada, salió contra ellos el mencionado general González y la pacificó en el curso del año 1880.

A mediados del mismo se rebeló el general Jesús Ramírez Terrones en Sinaloa; mas atacado con inteligencia y energía por el coronel D. Bernardo Reyes en Villa Unión, fué derrotado muriendo en la batalla, y en ella fué herido Reyes, a quien por su valor se le premió con el ascenso a general.



General Manuel González.

Al terminar el general Díaz su período, sancionó la reanudación de las relaciones diplomáticas con Francia, bajo la base de la más estricta justicia y cordialidad.

Verificadas las elecciones, el décimo Congreso constitucional inauguró sus tareas legislativas el 16 de septiembre de 1880, y declaró electo presidente de la República Mexicana, el día 25 del mismo, al señor general D. MANUEL GONZÁLEZ, para el cuatrienio que, comenzando el 10 de diciembre de ese año, había de terminar el 30 de noviembre de 1884.

El mismo día que el Sr. González se posesionó de la suprema magistratura de la nación, nombró su Ministerio, constituyéndolo: en Relaciones, el señor licenciado D. Ignacio Mariscal; en Gobernación, D. Carlos Díaz Gutiérrez; en Justicia, D. Ezequiel Montes; en Fomento, D. Porfirio Díaz; en Hacienda, D. Francisco de Landero y Cos, y en Guerra, D. Jerónimo Treviño.

Esta fué la segunda vez que se vió en el país pasar el Poder supremo pacífica y legalmente de un gobernante a otro.



CAPÍTULO XIV

Desacertado gobierno del general González.—El níkel.—La Deuda inglesa.—Tratado de límites con Guatemala.—El general Díaz, presidente por segunda vez.—El ministro de Hacienda Dublán.—Empréstito alemán.—Caso Cutting.—El general D. Trinidad García de la Cadena.—El general Díaz, por tercera vez electo presidente de la República.—Congreso nacional de Instrucción pública.—Centenario del descubrimiento de América.—Junta colombina y Exposición de Madrid.—Pérdida de cosechas.—El general Díaz, cuarta vez reelecto.—El ministro Limantour.—Muerte del general D. Manuel González.

Bajo los mejores auspicios de paz y tranquilidad empezó el señor González su gobierno, logrando con su carácter franco y leal atraerse muchos de los prohombres del partido lerdista que consideraban saldados con aquél sus compromisos políticos a causa de haber terminado su período presidencial. Uno de ellos fué el general Escobedo, que regresó al país; le fué revalidado su grado militar y se le confió la presidencia de la Suprema Corte de Justicia militar.

En los dos primeros años del gobierno de González se llevaron a cabo numerosas obras materiales en la República, principalmente la inauguración de las vías férreas comenzadas en el período presidencial anterior. El Banco Nacional dió principio también a sus operaciones, lo mismo que la Dirección general de Estadística, y se inauguró la Biblioteca Nacional. Se expidieron igualmente los Códigos civil, de procedimientos, comercio, minería y postal.

El Ministerio sufrió algunas reformas y modificaciones por muerte o renuncia de algunos de sus ministros; por causa de lo primero entró a Justicia el Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, elocuente orador y hábil político; la renuncia del general Díaz, que fué a ocupar su puesto de gobernador de Oaxaca, trajo al Ministerio de Fomento al general don Carlos Pacheco, que con su claro talento y espíritu organizador dió gran impulso a los adelantos materiales; Fuentes y Muñiz y de la Peña desempeñaron sucesivamente la cartera de Hacienda, y a Treviño le substituyó en la de Guerra el general Naranjo.

En la segunda mitad de su período administrativo se entregó

el señor general González a una vida desenfrenada, dominándole una ambición de riqueza, sin respetar ni los derechos ajenos ni las arcas públicas: esto y el haber comenzado a circular la moneda de níkel, que desde su origen fué mal recibida, hizo que el 21 de diciembre de 1883 se amotinara el pueblo en las calles de México, y al pasar el Presidente en su carruaje, rumbo a palacio, fuese injuriado y amenazado.

Notado que fué esto por él, se bajó al punto de su coche; solo y sin armas se dirigió tranquilo a aquella multitud embravecida, y por sólo ese rasgo de varonil entereza logró imponerse al pueblo y aplacar los ánimos, ordenando después que se retirara de la circulación aquella moneda.

En 6 de agosto de 1884 se firmaron en la ciudad de México los preliminares para la reanudación de relaciones entre México y la Gran Bretaña, interrumpidas desde 1861, y ratificadas éstas, poco tiempo después de ello se presentó a la Cámara de Diputados un convenio con los tenedores de bonos de la deuda inglesa; como esos valores hubiesen sufrido gran demérito en el mercado, los adquirieron a ínfimo precio varios personajes de la administración González, y después, arreglados con éste, pretendieron en el convenio un reconocimiento de 85 millones de pesos en términos ruinosos para la nación.

Contra tal pretensión se desató en el Congreso, en la prensa y entre la juventud estudiosa una oposición formidable, declarándose en huelga los estudiantes desde el 15 al 19 de noviembre en que se aprobó una proposición suspensiva, no sin haber acontecido choques sangrientos entre el pueblo y la policía en las calles de la ciudad.

Se aprobó también en el período de que nos ocupamos una trascendental reforma a la Constitución, en que se le quitó al Presidente de la Suprema Corte de Justicia la facultad de substituir al de la República, declarando que, en faltas temporales o absolutas de éste, entraría a ejercer sus funciones el Presidente del Senado que en el mes anterior al en que ocurriese la vacante haya estado en ejercicio, o el presidente de la Comisión permanente en épocas de receso.

En 27 de septiembre de 1882 se firmó el tratado de límites con Guatemala, renunciando ésta a su antiquísima pretensión sobre el Estado de Chiapas, y se convino en el trazo y fijación de la línea divisoria entre ambos países.

El gobierno del general González acabó en medio del más completo desprestigio, del desorden hacendario y de la más escandalosa rapiña.

Deseado con verdadera ansia, y en medio del unánime beneplácito de la nación, subió por segunda vez a la presidencia constitucional de la República el señor general Díaz el 1.° de diciembre de 1884, y formó su Ministerio con los Sres. Mariscal, en Relaciones; Romero Rubio, en Gobernación; Dublán, en Hacienda; Pacheco, en Fomento; Baranda, en Justicia, e Hinojosa, en Guerra.

Exhausto de dinero y amenazado por el partido gonzalista, el Sr. Díaz hizo frente a ambos peligros y logró dominar éste haciendo que en la Cámara de Diputados se reprobase la cuenta del Tesoro con responsabilidad del general González y de sus ministros de Hacienda Fuente y Muñiz y Peña; la falta de aquél subsanó en lo posible en las disposiciones legales de 22 de junio de 1888, relativas a descuento reintegrable de sueldos y la consolidación de la Deuda flotante.

A los tenedores de bonos de la Deuda inglesa se les llamó a convenio, y lo celebraron en junio de 1886, reconociéndoles el Gobierno por capital y réditos 73.500.000 pesos hasta esa fecha, expidiéndoles nuevos bonos por tal suma con menor interés y sin carácter diplomático.

Contrató el ministro Dublán, autorizado por la ley de 13 de diciembre de 1887, un empréstito de 10.500.000 libras esterlinas con la casa Bleichroeder, de Berlín, el 24 de mayo de 1888, sirviendo este dinero para reducir la Deuda exterior a la mitad y tener con qué hacer mejoras imperiosas de utilidad pública.

En marzo de 1885 proclamó el general D. Rufino Barrios, presidente de Guatemala, la unión de las Repúblicas Centro-Americanas, reservándose el mando de ellas con el título de jefe supremo militar; protestaron contra ello los Gobiernos del Salvador, Nicaragüa y Costa Rica, y pidieron su apoyo a México contra el proyecto.

El general Díaz reprobó lo proclamado por Barrios, y ordenó se trasladase la legación de México al Salvador.

Los Estados Unidos no vieron con agrado que México tomase parte en aquella contienda, y cuando las cosas tomaban camino desagradable, la derrota y muerte de Barrios en la batalla de Chalchuapa, el 2 de abril de 1885, lo dejó todo en su antiguo estado.

Mr. A. K. Cutting, ciudadano americano, injurió por la prensa a un mexicano, y éste, en perfecto uso de su derecho, denunció el impreso, haciendo que su autor fuese reducido a prisión; Cutting, por manejos ilícitos y adulteración de la verdad, hizo que el ministro Mr. Bayard interviniese en el asunto, reclamando una indemnización para aquél

y pidiendo la derogación del art. 186 del Código penal de Chihuahua. Esta cuestión exaltó mucho los ánimos; mas el Gobierno de México, por medio de su inteligente ministro el Sr. Mariscal, llevó a buen punto las cosas, logrando que la Casa Blanca diese la razón a México y desistiera de sus pretensiones.

El general D. Trinidad García de la Cadena, que gozaba gran prestigio en Zacatecas y buena reputación como gobernante en el resto del país, tramó una conspiración contra el Gobierno en octubre de 1886, retirándose cautelosamente de México a Zacatecas; allí se ocupaba en acaparar y arreglar todos los elementos necesarios para una revolución, cuando fué sorprendido y preso, habiéndole dado muerte en la estación de «Cañitas», el 1.° de noviembre de ese año, el jefe político de Zacatecas D. Atenógenes Llamas, quedando así destruída la intentona revolucionaria.

Como se acercase el término presidencial del Sr. Díaz, y la nación toda viese lo necesario que era para el bienestar de ella su presencia en el poder, el Círculo porfirista inició que continuara en él.

Para ese fin, y previos los trámites legales, se reformó la Constitución en el sentido de permitirse por una sola vez la reelección en octubre de 1887.

Por tercera vez fué reelecto el señor general Díaz presidente constitucional, efectuándose la protesta de ley el 1.° de diciembre de 1888 y continuando con los mismos secretarios de Estado.

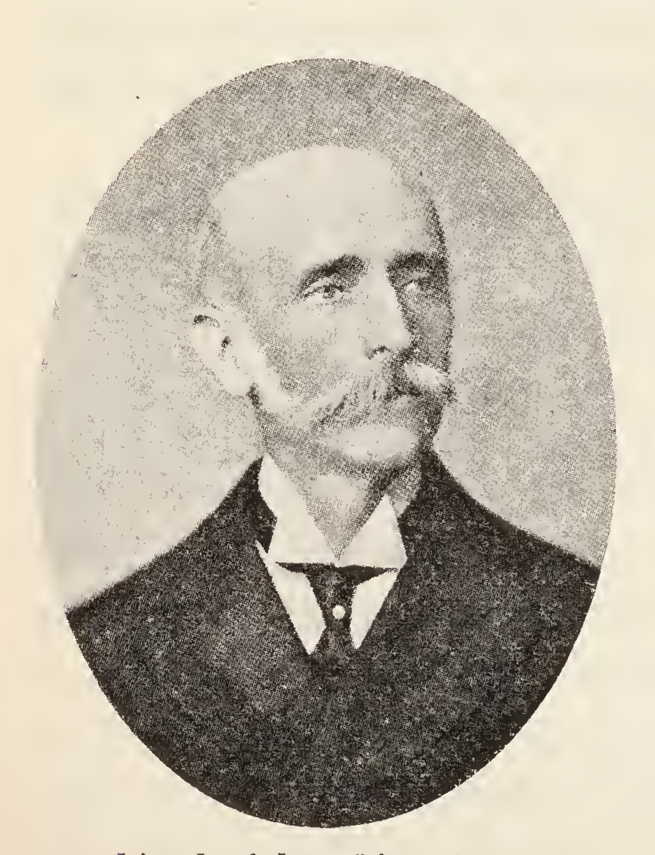
Los más importantes acontecimientos de este período fueron: la iniciativa del secretario de Justicia e Instrucción pública, licenciado D. Joaquín Baranda, para la reunión en la capital de la República del primer Congreso Nacional de Instrucción pública, formado por un representante de cada Estado y algunos profesores, siendo su objeto uniformar en todo el país los métodos de enseñanza; lo presidió el renombrado literato D. Justo Sierra, y se verificó el 1.° de diciembre de 1889. En 1.° de diciembre del siguiente año se reunió el segundo Congreso, que, aunque formuló sus ideas científicas respecto a la instrucción primaria y profesional, no pudieron llevarse a la práctica por estar saturadas de teorías inspiradas en el *positivismo.*

En 1.° de enero de 1890 empezó a regir el nuevo Código de Comercio, y en 4 de junio de 1892 la ley minera, celebrándose el 12 de octubre del mismo el 4.° centenario del descubrimiento de América, para lo cual el Gobierno mexicano contribuyó con numerosos y varia-

dos elementos en la Exposición verificada en España, e inauguró una estatua del inmortal Colón en la plazuela de Buenavista, publicando también una preciosa colección de Códices geográficos inéditos precolombinos.

La falta de lluvias oportunas hizo que en ese mismo año se perdieran las cosechas de maíz, y si no hubiese sido por las importaciones de este grano de los Estados Unidos que en grandes cantidades se trajo, se hubiera presenciado uno de los llamados años de hambre.

Michoacán fué uno de los Estados que más padecieron en esto, y sólo la habilidad política y la gran previsión de su gobernante el Sr. general D. Mariano Jiménez, que con tanto ahinco aumentó y cuidó los fondos públicos, hizo que hubiese maíz en cantidad bastante para las necesidades del Estado.



Lic. José Ives Limantour.

Nueva reforma se hizo a la Constitución, declarando subsistente en su redacción primitiva su art. 78, en el que se permite la reelección indefinida.

En tal virtud volvió a ser reelecto por cuarta vez el señor general Díaz, quien se posesionó del gobierno el 1.° de diciembre de 1892.

Las pérdidas de las cosechas de ese año y la depreciación de la plata, teniendo que pagarse en oro los intereses de la deuda, produjo una crisis económica bastante alarmante.

Por muerte del Sr. Dublán y sucesivas renuncias de los Sres. don Benito Gómez Farias y D. Matías Romero, ocupó la cartera de Hacienda D. José Ives Limantour el 9 de mayo de 1893; bajo su hábil dirección todo el malestar y desconfianza se cambiaron en bienestar y prosperidad, afirmando el crédito de México sobre bases sólidas y nivelando los presupuestos.

En esos días (8 de mayo de 1893) falleció el general D. Manuel González, quitándose el Gobierno y la tranquilidad pública un constante amago.



CAPÍTULO XV

Solución de la cuestión de Belize.—Abusos de Guatemala.—Suspensión de relaciones.—Satisfacción a México.—Muerte del Ldo. Manuel Romero Rubio.—Congreso de americanistas.—Coronación de la Virgen de Guadalupe.—Monseñor Nicolás Averardi, visitador apostólico. Quinto Concilio provincial mexicano.—Supresión de alcabalas.—Quinta reelección del general Díaz.—Atentado de Arnulfo Arroyo.—Saneamiento de la ciudad de México.—Embajada americana en México.—Conversión de la deuda.—Sublevación de los indios yaquis.—El general D. Bernardo Reyes.—Inauguración de las obras del desagüe.—Inauguración de la Penitenciaría.—Sexta reelección del general Díaz.—El héroe de la paz.

La colonia inglesa de Belize, en Yucatán, sin estar definidos sus límites con nuestro territorio, era un peligro constante para la paz, y el refugio de los bandoleros de la Península, a la vez que el arsenal de los indios mayas insurrectos: para proceder fructuosamente contra éstos y alejar todo motivo de complicación internacional, desoyendo a la patriotería, el hábil Sr. Mariscal celebró un tratado de límites con Inglaterra el 8 de junio de 1893, que, mal recibido en el Senado, permaneció mucho tiempo sin ratificarse, pero al fin se llevó a cabo.

La constante aversión con que siempre Guatemala ha visto a México, hace que no desperdicie oportunidad de molestar a los limítrofes; por ello aconteció, a fines de 1894, que unos guatemaltecos invadiesen y atacasen la propiedad de algunos mexicanos, suscitándose así entre las dos naciones una cuestión de límites e indemnizaciones, no obstante el tratado de 27 de septiembre de 1882 que Guatemala se negaba a cumplir.

Las relaciones llegaron a suspenderse, retirando el Gobierno mexicano su representante, y se dispuso a hacer respetar sus derechos.

Para el efecto se movilizaron algunas tropas, cuyo mando se confió al general D. Bonifacio Topete; mas, por fortuna, la energía del general Díaz, la intervención de la Casa Blanca y la notoria justicia de México hicieron que Guatemala entrara al camino del orden, y se

pactó un nuevo convenio el 1.° de abril de 1895, en el que se reconocían los trámites fijados de antemano, se obligaba Guatemala a pagar una indemnización por daños y perjuicios y se daba una satisfacción a México.

El 3 de octubre de 1895 falleció el Ldo. Sr. D. Manuel Romero Rubio, padre político del general Díaz y ministro de Gobernación.

En la reunión de Stockholmo del Congreso Internacional de Americanistas se designó a la ciudad de México para que esa asociación celebrase en ella su 11.ª sesión, y así se verificó el 8 de octubre y días subsecuentes del año 1895.

El 12 del mismo mes tuvo lugar la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, patrona de la nación mexicana, con asistencia de casi todos los obispos del país, un español, algunos del Norte y un Sur americano: con motivo de este acto religioso se suscitó una violenta polémica tocante al origen de la imagen y la desaparición de la corona que tenía de siglos atrás. El campeón y autor de la idea de la coronación fué el presbítero D. Antonio Plancarte y Labastida, hombre de vasto talento, gran empuje y carácter férreo.

El 3 de marzo de 1896 llegó a la ciudad de México Monseñor Nicolás Averardi, visitador apostólico, que en su gestión tuvo el mismo fatal éxito que sus dos antecesores.

El 8 de septiembre de ese mismo año se inauguró solemnemente el quinto Concilio provincial mexicano.

En la parte política dos sensacionales acontecimientos hay que relatar, y fueron: la ley de 24 de abril, que cambió el modo de substituir al Presidente de la República en sus faltas temporales y absolutas por medio del Secretario de Relaciones, y en su defecto por el de Gobernación; y el 1.° de julio la supresión de alcabalas.

Por quinta vez fué reelecto el GENERAL DÍAZ, tomando posesión del gobierno el 1.° de diciembre del año de 1896. Su Gabinete quedó formado así: Relaciones, Ldo. Mariscal; Justicia, Ldo. Baranda; Comunicaciones, general Mena; Fomento, ingeniero Fernández Leal; Gobernación, general Manuel González Cosío; Hacienda, Ldo. Limantour; y Guerra, general Berriozábal.

Continuó en este período el Sr. Díaz favoreciendo la construcción de vías ferrocarrileras, alentando la inmigración y estableciendo relaciones de amistad y comercio con todas las naciones extranjeras.

Un acontecimiento sensacional tuvo lugar el 16 de septiembre

de 1898 al verificarse las fiestas de la patria; un individuo llamado *Arnulfo Arroyo* acometió, en momentos no esperados, al Sr. general Díaz, asestándole un fuerte golpe en la cabeza que le tiró el sombrero al suelo, haciéndole bambolear. Gran excitación y escándalo ocasionó este atentado, y el atrevido estuvo a punto de ser despedazado por el pueblo, si no hubiera sido por la intervención personal del Presidente, que lo evitó.

Quedó Arroyo bajo la inmediata vigilancia del inspector general de policía, Eduardo Velázquez, el que, movido por causas hasta hoy sepultadas en el misterio, hizo que la misma policía, fingiendo un tumulto popular, lo asesinara en su prisión.

Pronto se descubrió el crimen, y tanto los cómplices como el autor de él fueron entregados a la autoridad y puestos en la cárcel. El día 24 del mismo mes fué encontrado muerto el inspector Velázquez en la celda que ocupaba en su prisión, y se hizo correr la voz de que se había suicidado dándose un tiro en la cabeza. Circularon muchas y distintas versiones sobre el particular, pero todas ellas sin fundamento alguno.

Las malas condiciones del suelo de la ciudad de México exigían imperiosamente una buena canalización para su saneamiento, punto que fué resuelto, después de apasionadas discusiones en los periódicos, el 28 de julio de 1898 con la celebración de un contrato para ello.

Apreciando el Gobierno norteamericano la importancia siempre creciente de México, resolvió elevar al rango de embajada su legación, y así también lo hizo nuestro Gobierno con su representante en Washington, que lo era el honorable Sr. Lic. Matías Romero, quien no llegó a presentar sus credenciales a causa de haber fallecido el 30 de diciembre de 1898.

Los indios yaquis del Estado de Sonora, que anteriormente estuvieron sublevados y se había conseguido reducirlos, volvieron a ponerse sobre las armas el 24 de julio de 1899, siendo necesario volver a emprender contra ellos una nueva campaña de exterminio.

En medio de gran regocijo y fiestas se hizo el 8 de diciembre la solemnísima coronación de la imagen de la Santísima Virgen de la Salud, en la ciudad de Pátzcuaro, Estado de Michoacán.

Marca sus comienzos el año 1900 con la muerte del ameritado Ministro de la Guerra, general D. Felipe Berriozábal, acaecida el día 9 de enero.

El 18 del mismo los indios yaquis son derrotados en Mazacoba, considerándose este triunfo como definitivo.

El gobernador de Nuevo León, *general D. Bernardo Reyes,* nombrado secretario de Guerra el día 24 del propio mes, toma posesión de su cargo el siguiente día, con general beneplácito del pueblo mexicano, que veía en él al sucesor del Presidente Díaz.

Las obras de desagüe del Valle de México, que durante 400 años tanto preocupara a las autoridades de México, llegaron en este año de 1900 a su fin, merced a la decidida protección y grande empeño con que las favoreció y procuró el general Díaz, tocándole la satisfacción de inaugurarlas solemnemente el 17 de marzo, así como también el 16 de septiembre el gran edificio de la Penitenciaría de la ciudad de México.

En este año debería terminar el quinto período presidencial del general Sr. Díaz, y desde fines del anterior se inició su reelección, expresando este señor sus deseos de no aceptarla. Tal noticia conmovió a todas las clases sociales, inclusas a las colonias extranjeras, que en completo acuerdo y con toda espontaneidad se apresuraron a hacerle una manifestación de simpatía y confianza, obligándole así a prescindir de su propósito.

Organizados los comicios públicos, la nación toda, por unanimidad, sufragó en su favor, y el Congreso de la nación le declaró el 24 de septiembre de 1900 presidente constitucional, en el cuatrienio comprendido del 1.º de diciembre de dicho año al 30 de noviembre de 1904.

CAPÍTULO XVI

México en el siglo XIX.—Su desarrollo científico, político, material y moral.—Sus hombres notables.—El Instituto bibliográfico nacional.—El licenciado D. Joaquín Baranda.

Sintetizar en muy corto espacio el desarrollo intelectual, moral e industrial de México durante el siglo XIX, es empresa rayana en lo imposible, por lo que me contentaré con hacer notar lo más importante.

La independencia dió libertad a la prensa y a las ideas, y aunque por de pronto se extraviaron los escritores en su misión, pronto volvieron al buen camino, merced al ejemplo y a las amonestaciones prudentes de otros.



Francisco M. Sánchez de Tagle.

El periodismo tomó un desarrollo notable, y con ello la imprenta se difundió en todas las principales ciudades de la República, y aun en pueblos de segundo orden, dedicándola casi siempre a hojas periódicas. Los poetas y novelistas lanzaron a la publicidad sus producciones, que el público recibió con aprecio; y los nombres de D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, el cantor de la independencia; de D. Anastasio María Ochoa, Rodríguez Galván, Fernando Calderón, Manuel Gorostiza, Manuel Carpio, Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, D. Manuel de la Torre Lloreda y otros, fueron bien conocidos y estimados.

El bibliógrafo D. J. Mariano de Beristain y Souza nos deja consignados en su «Biblioteca hispano-americana septentrional» un vasto caudal biobibliográfico, no igualado ni llevado a cabo por hombre alguno en América, hasta su tiempo.

Don Joaquín Fernández de Lizardi, *el Pensador mexicano,* con su *Periquillo Sarniento, La Quijotita* y demás obras, echaba las bases de la novela nacional e ilustraba al pueblo con sus publicaciones periódicas.

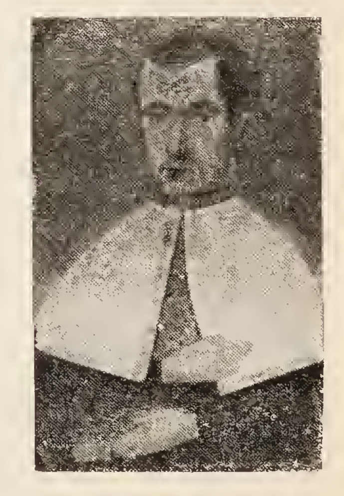


Presbítero Manuel de la Torre Lloreda.

Avanzando un poco más el tiempo, los estudios filosóficos e históricos estaban representados por el celebérrimo doctor D. José María Luis de Mora; licenciados José Bernardo Couto y José María Lacunza, D. Lucas Alamán, D. Carlos María de Bustamante, don José María Tornel, D. José Fernando Ramírez, D. Joaquín García Icazbalceta, D. José María Roa Bárcena, D. Juan N. Almonte, D. Manuel Orozco y Berra, el Conde de la Cortina, D. Francisco Zarco, con otros más.

El periodismo tomó un incremento mayor, y se comenzaron a tratar con más juicio y erudición las cuestiones económico-políticas hacia mediados de esta centuria.

Las cuestiones religiosas se discutieron en una innumerable cantidad de folletos, sin que se escribiera una obra extensa, hasta que el Ilmo. Sr. Munguía comenzó a publicar la voluminosa serie de sus obras.



Dr. José Mariano de Beristain y Souza (1778). (Colección García Marín.)

No faltaron, aunque en número bien escaso, quienes se dedicaran al estudio de las ciencias naturales y sus aplicaciones a la agricultura e industria, siendo de este número D. Juan Lejarza, D. Juan José Pastor Morales, el canónigo D. Manuel de La Llave, el Dr. Leonardo Oliva, D. Leopoldo Río de la Loza y el Dr. Pedro Escobedo, a cuyos trabajos se debió la fundación de la Escuela Nacional de Medicina, inaugurada el 5 de Diciembre de 1833.

La guerra de Reforma nos reveló jóvenes de la talla de Fernando Orozco y Berra como novelistas; a Juan Díaz Covarrubias, Pablo J. Villaseñor, Marcos Arroniz, Tirso R. Córdoba

y otros más, que con ventaja pulsaron la lira; jurisconsultos respetabilísimos fueron D. Manuel de la Peña y Peña, D. Juan Rodríguez de San Miguel, D. Teodosio Lares, el Dr. D. Justo Sierra *(senior)*, D. José María Lacunza y D. Juan Manuel de Olmos.


El Pensador Mexicano.

El gerundismo se refugió todavía algunos años en las cátedras sagradas, hasta que el Dr. D. Manuel de la Bárcena, el Dr. D. Joaquín Ladrón de Guevara y el Ilmo. Sr. Munguía vinieron a desterrarlo de aquel lugar. Las anuales festividades de la patria despertaban el entusiasmo en toda las clases sociales, y nunca faltaban oradores que en número crecido ocupaban la tribuna, siendo esto un estímulo para los estudios de las bellas letras.


Dr. José M.ª Luis de Mora.

La invasión francesa marca un período de evolución muy notable en nuestra historia social y política, pues bajo su influjo cambiaron las costumbres de antaño, tanto en la indumentaria como en los usos civiles y domésticos.

La junta de sabios y exploradores, que se llamó «Comisión científica de México», creada bajo sus auspicios, practicó importantes estudios, en que colaboraron los hombres científicos más notables de México. Se echaron entonces los cimientos de los estudios antropológicos, etnográficos y otros.


Dr. Pedro Escobedo.

Las obras del Dr. D. Guadalupe Romero y del Lic. D. José Fernández Ramírez; los estudios de Filología indígena de D. Francisco Pimentel y los del licenciado D. Faustino de Chilmapopoca y Galicia, con una enorme cantidad de folletos y libros sobre cuestiones histórico políticas, provocaron la presencia de los franceses en México.

La geografía y topografía mexicanas deben también a los ingenieros franceses interesantes noticias, que aun hoy utilizan los topógrafos nacionales.


Dr. Rafael Lucio.

El movimiento científico y literario creció considerablemente con el restablecimiento de la República, y entonces brillaron Altamirano, Ramírez *el Nigromante,* Zamacona, Otero, Montes, Mendoza, Baranda, Barreda, Vigil, Chavero, Lucio, Covarrubias, Jiménez, Ortega, Romero Gil, Barqueiro, Ancona, Martínez de la Torre, Constantino Escalante, etc., etc.

Bajo la hábil y severa administración del general D. Porfirio Díaz, la nación mexicana ha entrado en una vía de progreso y alcanzado una prosperidad que, a no dudarlo, es augurio de un porvenir halagüeño.

La población ha crecido; la riqueza pública ha aumentado; la industria en todos los ramos ha hecho progresos notabilísimos; las vías ferrocarrileras cruzan las más importantes regiones del país; los telégrafos comunican con la capital las más apartadas e inaccesibles regiones; la inmigración da vida a tierras antes incultas e inhabitadas, y el capital extranjero afluye incesantemente.


Constantino Escalante.

El Erario nacional cubre todos sus presupuestos, quedando un fondo de reserva considerable. La Instrucción pública se difunde hasta el más ínfimo pueblo, y los estudios profesionales en todos los ramos del saber humano están al alcance de todas las fortunas y clases sociales.

Al ejemplo del Gobierno federal se esfuerzan en caminar los Estados, y sólo en algunos que otros quedan gobernantes apáticos, ineptos y desprestigiados; al frente de los más adelantados marchan los Estados de Veracruz, Yucatán, México, Nuevo León, San Luis Potosí, Guadalajara y Puebla.

Al frente de la literatura contemporánea marcha el señor licen-

ciado D. Justo Sierra, al lado del cual brillan escritores como Parra, Molina Solís, López Portillo, Díaz Mirón, Delgado, Gutiérrez Nájera, Peza, Nervo, Santoscoy, Dávalos, Puga y Alcal, Agüeros, Revilla, Velázquez, D. Rafael Angel de la Peña, eximio maestro de la lengua castellana; Montes de Oca, orador eminentísimo; Pagaza, Silva, Carrillo Ancona, y el venerable y por tantos títulos estimado y querido DR. AGUSTÍN RIVERA.



Dr. Agustín Rivera
(1895).

Las dificultades sociales de los primeros tiempos de nuestra vida política hicieron se perdiesen escritos y obras de mérito indisputable, sin quedar de ellas ni noticias; para salvar estos monumentos de nuestra gloria literaria, el patriota e ilustrado secretario de Justicia e Instrucción pública, licenciado D. JOAQUÍN BARANDA, acordó la fundación de un INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO NACIONAL, que con toda regularidad funciona desde 1.° de Julio de 1899, ayudado por juntas locales en todas las capitales de los Estados de la República.



CAPÍTULO XVII

1901-1902.—Sexta reelección del general Díaz.—Brindis significativo y su comentario.—Viaje del Presidente Díaz a Puebla.—D. Ramón Corral, gobernador del Distrito Federal.—Enfermedad del general Díaz y alarmantes rumores acerca de ella.—Dimisión del Ministro Baranda.—D. Justo Sierra, subsecretario de Instrucción pública.—Capilla conmemorativa a Maximiliano en Querétaro.—Se reanudan las relaciones diplomáticas de México y Austria.—Segunda conferencia Pan-Americana.—Consejo Superior de Educación Pública.—Reelección de Gobernadores.—La peste bubónica.—La Corte de arbitraje de la Haya y el fondo piadoso de la California.—Dimisión del Ministro de la Guerra general B. Reyes.—Calamidades públicas y muerte de personas notables.—Promociones y consagraciones episcopales.—Coronación de la Virgen de la Luz, en León.—D. Jaime Nunó en México.—Academia Mexicana de la Historia.—Toma de Chan Santa Cruz.

El 24 de septiembre del año 1900, la Cámara de Diputados erigida en colegio electoral, después de cumplir con las fórmulas de la ley, nombró Presidente de la República, para el período que debería comenzar el 1.° de diciembre de este mismo año y terminar el 30 de noviembre de 1904, al señor general D. Porfirio Díaz.

Con aparente unánime aquiescencia de la Nación y sin oposición ninguna manifiesta, ocupó el poder el general Díaz, siendo ésta la sexta reelección que lo elevaba a dicho cargo.

Los amigos y partidarios del Presidente celebraron tal acontecimiento con fiestas públicas y privadas que duraron del 1.° al 3 de diciembre y en las cuales los residentes de la capital y pueblos comarcanos tomaron participación.

Las Secretarías de Estado quedaron desempeñadas por las personas siguientes: Relaciones, Licenciado D. Ignacio Mariscal; Gobernación, General D. Manuel González Cosío; Justicia e Instrucción Pública, Licenciado D. Joaquín Baranda; Fomento, Colonización, Industria y Comercio, Ingeniero D. Manuel Fernández Leal; Comunicaciones y Obras Públicas, General D. Francisco Z. Mena; Hacienda y Crédito Público, Licenciado D. José I. Limantour; Guerra y Marina, General D. Bernardo Reyes.

En el programa de las fiestas figuraba un banquete que el «Círculo

de Amigos del General Díaz», junto con sus partidarios y personas notables en el mundo de los negocios, deberían ofrecerle. El banquete efectuóse en la noche del 1.° de diciembre, y en él, al contestar el Presidente Díaz a los brindis que el Presidente del Congreso y el del «Círculo de sus amigos» le dirigieron, expuso toda su labor política pasada y la que en adelante adoptaría, con estas palabras:

«Señores:

»Al responder a mis distinguidos y buenos amigos, el señor gobernador Obregón y el señor diputado Chavero, comienzo manifestando a ellos y a sus respectivos comitentes, en cuyo nombre acaban de honrarme, mi profundo reconocimiento por las delicadas cuanto benévolas frases con que su elocuencia magnifica los servicios prestados a la patria por el personal directivo de la Administración que tengo la honra de presidir. Si algún mérito hubiera en la feliz elección de ese personal, ése sería el mío.

»El entusiasmo con que mis conciudadanos celebran el refrendo de mandato me honra tan amplia como inmerecidamente, porque, presumiendo que ese entusiasmo entrañe un voto de aprobación, puede interpretarse como ratificación de los que, para honra mía, emitieron en su oportunidad legal. Yo estimo sus amistosas manifestaciones tanto como valen, y las acepto con toda la gratitud de que soy capaz; pero en cuanto al elogio que se me prodiga al declararme autor de la paz que disfruta la República, no obstante que reviste el carácter de un delicado cumplimiento inspirado por la benevolencia de mis amigos no puedo dispensarme de hacerle con todo respeto una oportuna rectificación.

»Para devolver la paz a un pueblo cuyo sentido moral se ha nutrido por más de medio siglo en frecuentes y sangrientas luchas de la fuerza contra el derecho, no basta la acción de un hombre, cualesquiera que sean sus aptitudes y prestigio; se necesita el trabajo y muy vigilante de muchos hombres armados de poderosa, inteligente y fanática voluntad de armonizar las conveniencias e intereses de la sociedad con las conveniencias e intereses de todos y cada uno de los asociados, y que estén poseídos de tal abnegación que puedan recibir con serenidad y perdonar las más injuriosas e inverosímiles imputaciones, mientras las masas comienzan a percibir que se ocupan de prepararles tamaño beneficio.

El triunfo de uno de los partidos es ocasión propicia para iniciar

un período de paz, si a raíz de la victoria se hace sentir el estrepitoso rumor de una zapa general que dé trabajo a muchos miles de hombres, pan a otras tantas familias, y que, obedeciendo a un sistema bien meditado de mejoras reproductivas, prometa al capital seguro y próximo teatro para empresas tan lucrativas que provoquen la anhelante afluencia del capital extranjero. En caso contrario, al disiparse el estupor de los vencidos, se asocian a la creciente falange de los decepcionados para soplar los rescoldos de la revolución, inconscientemente ayudados por la prensa; sedienta, por su propio interés, de todo lo sensacional, ya sea cierto o dudoso, y hasta inverosímil.

»Nuestra última guerra en sus postrimerías nos ofrece por su orden los cuadros sucesivos de esa natural evolución.

»En los primeros días de relativa paz, atento el estado del Tesoro, no se podían emprender obras públicas de importancia; y, como era de esperar, surgió una nueva revolución que el Gobierno pudo reprimir con energía apenas suficiente para que su acción fuera eficaz. De entonces en adelante, los disidentes adoptaron una actitud tan hostil como lo permitía la tolerancia del poder, que no era poca, ocupándose de criticar despiadadamente todos los actos del Gobierno, y llevando más de una vez su entusiasmo hasta la calumnia. El desastre de aquel ensayo revolucionario prolongó el período de expectativa, y, aunque penosamente, pudo el Gobierno formalizar sus primeros contratos de obras públicas y crédito, procediendo inmediatamente a la prolongación de algunos ferrocarriles y telégrafos, y se dedicó a fondo, y aceptando todo género de responsabilidades, a la completa extinción del bandolerismo, que amenazaba adueñarse de todo el territorio nacional.

»Luego que el comercio pudo contar con seguridad en los caminos y locomoción fácil, comenzó a sentirse la actividad del capital, su correspondiente y muy merecido lucro y la valiente y crecida afluencia del capital extranjero. Tan grata perspectiva, nueva en el país, y un horizonte limpio de pronósticos revolucionarios, hicieron que los disidentes, que hasta entonces permanecieron hostiles al Gobierno, al abrigo de la barrera que él mismo les formara con su respeto al derecho ajeno, comenzaron a caer a torrentes a la seductora arena de los negocios, afiliándose desde luego y sin reserva entre los amantes de la paz y quedando sus fortunas en acción como garantía de hecho de su buena fe.

»Libre ya el Gobierno de la guardia forzosa que le impusiera el espectro de la revolución, y robustecida su confianza en el porvenir, llamó al trabajo de la Administración pública a todos aquellos de los ex-revolucionarios cuya honorabilidad, talentos y prestigio comprendió que podían servir a la patria. (Me es grato declarar aquí que todos los llamados han correspondido lealmente con su labor.)

»Una vez que el Gobierno se sintió ayudado por todos los mexicanos sin distinción de partidos, y con igual confianza en el patriotismo de todos, puso en ejecución su tantas veces soñado programa, que se condensa en estas palabras: POCA POLÍTICA, MUCHA ADMINISTRACIÓN.

»Y desde entonces extendió con rapidez la red ferrocarrilera en todas direcciones, y en todo el territorio nacional la telegráfica, con servicio nocturno, tarifas reducidas, y ligada con los cables intercontinentales; promulgó leyes fiscales y bancarias tan trascendentales como la que libertó al comercio de las alcabalas interiores; y con todas sus energías procedió a construir puertos, faros y otras grandes obras protectoras de la higiene y el comercio, que para las generaciones futuras serán otras tantas muestras de la actual civilización; perfeccionó el correo, dando comunicación barata y diaria a todas las ciudades, villas y aldeas de la República, con tarjetas, bultos y giros postales, y con representación en la Convención Postal del mundo civilizado, y normalizó el crédito fiscal con gran beneficio para el mercantil.

»He aquí en esbozo, a grandes rasgos, los verdaderos factores en concurso, no de la paz directamente, pero sí de la armonía de intereses, que, por conveniencia propia, unificó la voluntad de todos los ciudadanos en favor de la paz y creó ese grato medio ambiente, ese general bienestar en que vivimos, que induce a promover festivales como el presente, y que, en último resultado, no es otra cosa que la natural manifestación de que todas las lícitas ambiciones individuales están satisfechas unas, y otras en normal y segura vía de serlo; y he aquí también la demostración que me propuse haceros de que la verdadera paz, la paz arraigada en el corazón de todos, que es la sólida y fructuosa, no es ni puede ser obra de un hombre, ni de muchos hombres, sino de todos los miembros activos de las sociedades que tienen la dicha de disfrutarla; bastante honra es ser uno de ellos.

»Al dar las gracias una vez más a mis amigos personales y a los

señores gobernadores por lo mucho que me han obsequiado y honrado, les suplico que se unan a mí para darlas muy cordialmente al Honorable Cuerpo diplomático, por su asistencia a nuestra mesa, y para brindar con él por la paz y prosperidad de las naciones, que tan digna y tan sabiamente representa, y por la felicidad personal y larga vida de sus augustos Soberanos y dignos Jefes de Estado respectivamente, y para invitarle a que brinde con nosotros porque desde nuestra entrada al siglo, cuyas puertas estamos tocando, descuelle y presida, entre los propósitos de todos los mexicanos, el de hacer a nuestra Patria, tan grande, tan ilustrada y tan rica, como es hospitalaria y simpática.»

El país aplaudió unánimemente la labor expuesta por su mandatario y el mismo partido intransigente, representado por su más conspicuo órgano *El Tiempo,* comentó este brindis así:

«Abriéndonos paso por la obstrucción de carros procesionales, en los que la iconografía griega estuvo impunemente profanada, salvo los símbolos del descarado Mercurio, el cual nunca pierde el tiempo para exhibir sus artimañas; atravesando la nube de polvo de oro, con la que la adulación encubre las realidades, para hacer perder el juicio a los mismos aclamadores; librando nuestros ojos de la refracción del medio ambiente: contemplemos a clarísima luz las fiestas atronadoras y deslumbradoras de los últimos días, y desentrañemos su significado positivo.»

«El señor General Porfirio Díaz ha sido reelecto porque, hoy por hoy, es el único que puede conservar la paz, esa higiene de las nacionalidades convalecientes, más delicada y más frágil quizás que el estado agudo de las dolencias sociales. Él, después de un áspero período de exclusiones, abierto por nefastas leyes que para nada tuvieron en cuenta la conciencia nacional, recogió en haz poderoso todas las fuerzas en actividad de la nación, y las ha concentrado en un núcleo de donde mañana podrá nacer la verdadera prosperidad. Él comprendió que la paz impuesta primero por severa disciplina, habría de tornarse en la paz constitucional, que no es más que el funcionamiento armónico de todo el organismo social.»

«No estamos haciendo conjeturas de pura imaginación, no estamos atribuyendo fantásticamente intenciones políticas en el gobernante. El mismo, en notable brindis lo ha dicho a la Nación, pendiente de sus labios en estas solemnes circunstancias. Con verdadera satisfacción,

lo cual debe estimarse como limpiamente imparcial, vamos a reproducir algunos pasajes de ese importante brindis, en los cuales no sólo se observa un justo criterio de lo pasado, sino una intensa clarividencia del porvenir.»

«Mucho se ha dicho, y allí en el mismo banquete se lo repitieron, que el señor General Díaz es el fundador de la paz, el César Augusto Mexicano que con cien cerrojos y otras tantas barras de hierro cerró para siempre las puertas del templo de Jano. He aquí cómo el ilustre Magistrado nos explica sus procedimientos de gobierno para conseguir ese sosiego del levantisco temperamento, estimulado por un cuarto de siglo de sangrientas y continuadas luchas de la fuerza contra el derecho. «He aquí—dice el fundador y consolidador de la paz,—en esbozo y a grandes rasgos los verdaderos factores en concurso, no de la paz directamente, pero sí de la armonía de intereses, que por conveniencia propia unificó la voluntad de todos los ciudadanos en favor de la paz y creó ese grato medio ambiente, ese bienestar en que vivimos..... el cual, en último resultado, no es otra cosa que la natural manifestación de que todas las lícitas ambiciones están satisfechas unas, y otras en normal y segura vía de serlo; y he aquí también la demostración que me propuse haceros, de que LA VERDADERA PAZ, LA PAZ ARRAIGADA EN EL CORAZÓN DE TODOS, que es la sólida y fructuosa, no es ni puede ser obra de un hombre, ni de muchos hombres, sino de TODOS LOS MIEMBROS ACTIVOS de las sociedades que tienen la dicha de disfrutarla; bastante honra es ser uno de ellos.»

«Antes, el eminente anfitrión había dicho: «Una vez que el Gobierno se sintió ayudado por TODOS LOS MEXICANOS, SIN DISTINCIÓN DE PARTIDOS y con igual confianza en el patriotismo de todos, puso en ejecución su tantas veces soñado programa, que se condensa en estas palabras: POCA POLÍTICA, MUCHA ADMINISTRACIÓN.»

«Si tales conceptos han de informar en lo sucesivo la política, vale la pena presentar los escudos como pedestal al reelegido, porque él lleva en las manos los vínculos de amor que atarán todas las disidencias añejas de la familia mexicana, presentándola a las miradas extrañas tan ilustrada y tan rica como es simpática y hospitalaria.»

«Los enemigos de esa paz cordial son los dogmatizadores constitucionales, que se han quedado como rezagados en los lindes del año

57, y que todavía de cuando en cuando, vociferan la persecución a nombre de la libertad de conciencia. Estos tales protestan contra la política de conciliación, y en los conciliábulos risibles de la francmasonería, gritan aún, como en los buenos tiempos del Directorio de Sièyes y de Barrès: LA SOBERANÍA DEL PUEBLO, EL SANTUARIO DE LAS LEYES, LA INVIOLABILIDAD DE LA REPRESENTACIÓN NACIONAL, etc., etc. La obra del señor General Díaz ha tenido el singular mérito de ahuyentar todos estos fantasmas de jacobinismo antediluviano, y de conducir sin ellos la nave del Estado.»

«Quiera el cielo que el gobernante reelecto tome cada vez más sus inspiraciones diplomáticas en la prístina fuente del espíritu nacional.»

Los liberales intransigentes juzgaron pérfido. este comentario y aunque el periódico oficioso del Gobierno hizo declaraciones, no llegó a entablarse una verdadera polémica sobre el particular.

En los primeros días del año 1901, el Gobernador de Puebla, General Mucio P. Martínez, deseando dar realce a las fiestas que con motivo de las inauguraciones del Palacio de Justicia, la Escuela Normal para Profesores y el monumento francomexicano del Panteón francés se efectuaron, invitó al Presidente Díaz para que presidiera tales ceremonias, logrando su asistencia a ellas.

Pocos días antes había tomado posesión del Gobierno del Distrito Federal el Sr. D. Ramón Corral, que si bien ya había figurado en la política del Estado de Sonora, era muy poco conocido en México.

Los antecedentes del Sr. Corral como hombre público le atrajeron las simpatías de toda la sociedad sensata y bien pronto dió pruebas de ello suprimiendo los juegos de azar que tantos males acarreaban a la sociedad de la capital.

El exceso de trabajo mental y algunas contrariedades de cierta monta, según en público se dijo, hicieron que la salud del primer Magistrado de la Nación sufriera un serio trastorno, por cuya razón salió de la capital, en busca de salud, el día 26 de enero, dirigiéndose a los Estados de Morelos y Guerrero, fijando su residencia en Cuernavaca, lugar en donde permaneció casi dos meses.

Durante ese tiempo reinó cierta inquietud en la Nación, pues se temía que peligrara la vida del gobernante que por entonces era casi generalmente estimado y querido.

Aumentó la zozobra el hecho de haber presentado la dimisión de

su cargo, en el gabinete del Gobierno, la alta personalidad del señor Licenciado D. Joaquín Baranda, el día 10 de abril de 1901, siéndole admitida al siguiente día. El Sr. Baranda había desempeñado el despacho de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública desde el 15 de septiembre del año 1882 llegando a ser, durante cierta época, el hombre de más importancia entre los secretarios de Estado.

Tuvo como sucesor en ese puesto al Sr. Licenciado D. Justino Fernández, nombrado el día 18 del mismo mes y año.

Un decreto de fecha 19 de mayo dispuso que para la mejor marcha de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública hubiese dos Subsecretarios, uno para los asuntos de instrucción pública y otro para los de justicia. El cargo de Subsecretario de Instrucción Pública fué asignado al Sr. Licenciado D. Justo Sierra, literato de gran prestigio, y en este nombramiento se vió la segura división de esa Secretaría y la creación de una de Instrucción Pública para colocar en ella al Sr. Sierra.

El Dr. D. Francisco Kaska, ardiente partidario y admirador del archiduque Maximiliano de Austria, hacía tiempo que trabajaba para erigirle un monumento funerario en el lugar donde fué fusilado y lamentaba también que las relaciones de México con Austria, su patria, estuviesen rotas. Trabajaba con tesón, desde años atrás, para realizar la inteligencia diplomática de ambas naciones y como base para ello y de acuerdo con el Emperador de Austria y con anuencia del General Díaz, realizó su idea tocante el mencionado monumento funerario.

El 10 de abril de 1901 pudo inaugurarse una capilla conmemorativa construída en el mismo sitio en que fueron fusilados, el 19 de junio de 1867, tanto el Archiduque Maximiliano como sus Generales Miramón y Mejía. Ofició en la ceremonia religiosa el Ilmo. Sr. Doctor D. Rafael S. Camacho, Obispo de Quéretaro, y entre los asistentes a ella se encontraban dos nobles austriacos que exprofeso habían venido a presenciarla.

No pasó mucho tiempo después de esto sin que el Gobierno Mexicano y el Austriaco reanudaran sus relaciones, interrumpidas desde el año 1867, y en efecto, el 27 de junio de 1901 se renovaron, nombrándose, por parte de México, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario al Sr. D. José de Teresa y Miranda, y de parte de Austria al Conde Gilberto Honhenwart-Gerlachistein.

En Viena fué recibido nuestro representante el día 3 de septiembre, y el 7 del mismo mes presentó sus credenciales el de Austria, en el palacio de Chapultepec.

En nombre de su Soberano ofreció este diplomático al Presidente Díaz las insignias de la Gran Cruz de San Esteban, que le impuso él mismo, el 5 de octubre.

Durante el año 1901 enviaron sus representantes a México las naciones siguientes: Chile, España, Bolivia, Bélgica, Guatemala, República Argentina, El Salvador, Costa Rica, Perú, Brasil y Paraguay.

Se había designado la ciudad de México como lugar de reunión del 2.º Congreso Pan-Americano; para ello se preparó el local, convenientemente arreglado, en el departamento de Hacienda del Palacio Nacional, sin omitirse gasto alguno, y el día 22 de octubre tuvo lugar la solemne inauguración del mismo.

Formaron el Congreso, además de los delegados mexicanos, los de estas naciones: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos de América, República Dominicana, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela.

Sus deliberaciones duraron hasta el día 31 de enero del año 1902 y sus principales trabajos fueron:

Adhesión a la Convención de la Haya con un tratado de arbitraje obligatorio entre la Mayoría de las naciones allí representadas.

Tratados y convenciones referentes a extradición, protección contra el anarquismo, cambio de comunicaciones oficiales, científicas y literarias, ejercicio de profesiones liberales, patentes de invención, marcas de fábrica, propiedad literaria y artística; se votaron importantes declaraciones sobre derechos de extranjería, Códigos de Derecho internacional público y privado, proponiéndose la creación de una Comisión que de ello se ocupara y sometiera su labor a los respectivos Gobiernos; se recomendó el establecimiento de un Banco Pan-Americano y la creación de una Comisión internacional de Arqueología Americana a la vez que construir un ferrocarril que, utilizando los ya existentes, cruzara el Continente de Norte a Sur.

La Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas se reorganizó por completo, y finalmente se acordó que cada 5 años se reuniera el Congreso, salvo que circunstancias especiales lo impidieren y que

la Unión Internacional Americana, compuesta por representantes de todas las Repúblicas de América y con residencia en Washington, decidiera otra cosa.

Durante las sesiones de este Congreso, en el día 10 de diciembre de 1901, falleció uno de sus miembros, el Sr. D. Higino Duarte y Pereira, Ministro del Brasil. Entonces también, y con asistencia de sus delegados, se colocó la primera piedra del monumento conmemorativo de la Independencia Mexicana, en la sexta glorieta de la calzada de la Reforma, el día 2 de enero de 1902.

El decreto de 12 de octubre de ese año autoriza al Ejecutivo para que substituya la antigua Junta Directiva de Instrucción Pública, por un cuerpo científico de carácter consultivo, en el que tomó origen la labor del nuevo Subsecretario.

El 30 de agosto de 1902, una ley dió forma a esa disposición creando el «Consejo Superior de Educación Pública», siendo inaugurado el 13 de septiembre, en el Salón de Actos del Colegio de Minería.

En los Estados de la República, durante el transcurso de los años 1901 y 1902, y siguiendo en todo el ejemplo del primer gobernante de la Nación, fueron reelegidos gobernadores los siguientes señores:

Coronel D. Próspero Cahuantzi, de Tlaxcala; General D. Mucio P. Martínez, de Puebla; Coronel D. José Vicente Villada, de México; D. Pedro L. Rodríguez, de Hidalgo: Licenciado D. Joaquín Obregón González, de Guanajuato; Licenciado D. Miguel Cárdenas, de Coahuila; D. Blas Escontría, de San Luis Potosí.

Otros Estados, entre ellos Oaxaca, Guerrero, Campeche, Tamaulipas y Yucatán, cambiaron de Gobernadores.

Honda sensación causó en el país la noticia de haberse desarrollado la peste bubónica, en el puerto de Mazatlán, el 13 de noviembre de 1902.

Tanto el Gobierno general como el de Sinaloa dictaron desde luego eficaces disposiciones para localizar la plaga, y no contento con esto solo el Sr. D. Francisco Cañedo, gobernador de Sinaloa, se trasladó al puerto infectado para impulsar con su presencia los trabajos de aislamiento y prodigar auxilios y consuelo a los enfermos y desvalidos.

En abril de 1903 se declaró terminado este terrible azote en el que murieron 328 personas y se curaron 159.

La conducta del Sr. Cañedo fué debidamente apreciada y a su regreso a la capital de Sinaloa se le tributaron los merecidos honores.

Las leyes trascendentales expedidas en el bienio de 1901-1902 fueron: distribución del ejército nacional en 10 zonas, 3 comandancias militares y 9 jefaturas de armas; prohibición a los Estados de la Federación para emitir títulos de la deuda pública pagaderos en moneda extranjera o fuera del territorio nacional, y contratar préstamos con gobiernos extranjeros; ley del notariado para el Distrito Federal y Territorios, ley de organización de competencia de los tribunales militares; erección del territorio de Quintana Roo.

Ante la Corte permanente de Arbitraje de La Haya expuso nuestro Gobierno el caso de reclamación que hicieron los Estados Unidos, a nombre de los obispos de la Alta California, de ciertas cantidades del «fondo piadoso de las Californias» a las que ellos se creían con derecho.

El fallo fué adverso a México, pues se le condenó a pagar $ 1.420,682'67 por réditos vencidos desde el 2 de febrero de 1869 hasta el 1.º del mismo mes del año 1902, con más los réditos correspondientes y a perpetuidad de la cantidad de $ 43,050'99.

Toda la nación vió en este fallo una palpable injusticia, pues se esperaba algo más equitativo de ese alto tribunal. Ello no obstante, el Congreso decretó en 20 de diciembre de 1902 que el Ejecutivo tomase de las reservas del tesoro la cantidad dicha para este primer pago.

Otro acontecimiento más sensacional, por estar estrechamente ligado con la política, fué la dimisión del General Bernardo Reyes, del cargo de Secretario de Guerra y Marina, la cual le fué aceptada el 22 de diciembre de 1902, yendo después a encargarse del gobierno de Nuevo León, del que estaba separado con licencia.

Se dijo entonces que la causa de este fracaso del entonces muy prestigioso General Reyes, se debió a su manifiesta oposición al llamado partido Científico y con especialidad a su jefe el Sr. Licenciado Limantour, que figuraba como candidato para la Presidencia de la República.

El origen de esta candidatura, según dijeron entonces los prohombres de la política, se debió a la inquietud que entre ellos ocasionó la enfermedad del General Díaz a principios de 1901.

«Los grupos políticos se alarmaron (dice un escritor), y algunos,

llegando a admitir la posibilidad de que el General Díaz falleciese, se prepararon para este evento; en el extranjero bajaron los fondos públicos y en México todos entraron en expectativa; la enfermedad, sin embargo, cedió, pero como había sido una lección se adoptaron algunas medidas encaminadas a proveer a la Vicepresidencia de la República, que entonces recaía en el Gabinete, por el orden de precedencia de los Ministros que lo formaban. También se pensó en un viaje a Europa, del Presidente de la República, quien dejaría en su lugar al Ministro de Hacienda, Sr. Licenciado D. José I. Limantour, que disfrutaba ya de la confianza ilimitada de D. Porfirio y que desde entonces fué omnipotente.»

A los estragos y gran alarma que causó la peste bubónica se añadieron los temporales y la pérdida de las cosechas de maíz, los temblores de tierra que arruinaron a Chilpancingo, la explosión de las minas carboníferas de «Hondo», el incendio de Tizapan el Alto (Jalisco), el del Teatro Principal de Puebla, el de la casa empacadora de Chihuahua, la inundación de Guanajuato, etc., etc.

Tanto el Gobierno Federal, como los de los Estados y los habitantes todos de la República auxiliaron a las víctimas de esas calamidades.

Algunas personas notables pagaron su tributo a la naturaleza: el Ilmo. Sr. D. Mariano Luque y Ayerdi, Obispo de Chiapas, falleció en Simojovel el 13 de mayo de 1901; el Gobernador de Tamaulipas, Licenciado D. G. Mainero, murió el 10 de agosto del mismo año; en 21 de octubre falleció el Ilmo. Sr. D. Rómulo Betancourt, Obispo de Campeche; en 11 de enero de 1902 y en Viena, nuestro Ministro en aquella Corte, D. José de Teresa y Miranda; en 6 de abril el ilustrísimo D. Herculano López, Obispo de Sonora; en 8 de mayo del mismo año el Gobernador de Colina, D. Francisco Santa Cruz; y en 22 de mayo, el General de División D. Mariano Escobedo, célebre sobre todo por la toma de Querétaro.

En los anales eclesiásticos se enumeran la imposición del Sacro palio al Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Licenciado D. Jesús Ortiz, efectuada en la catedral de esa ciudad, por el Ilmo. Sr. Silva, Arzobispo de Michoacan, el día 6 de enero de 1902. En 17 de febrero tomó posesión del Obispado de Tulancingo el Ilmo. Sr. D. José Mora, trasladado a esa Sede de la de Tehuantepec, y en 7 de mayo fué consagrado en la catedral de Durango el 2.° Obispo de Chihuahua, don

Nicolás Pérez Gavilán, quien tomó posesión de su cargo el 27 del mismo mes. El Ilmo. Sr. D. Fray José María de Jesús Portugal, que desde el 8 de mayo de 1902 había sido nombrado primer Obispo de la nueva Diócesis de Aguascalientes, erigida en 3 de diciembre del año 1899, tomó posesión del Obispado el 29 de julio de ese año. En la Colegiata de Guadalupe fué consagrado Obispo de Chiapas el Sr. D. Francisco Orozco y Jiménez el 15 de agosto de 1902.

El Sr. D. Ignacio Valdespino, nombrado Obispo de Sonora, fué consagrado en la catedral de Durango, para dicha sede episcopal, el 19 de octubre de 1902, y en este año también, en 11 de diciembre, el antiguo Obispo de Sinaloa, Dr. D. Homobono Anaya, marchó a Chilapa, capital de la nueva Diócesis, a la cual había sido trasladado desde el 24 de agosto.

En la ciudad de León de los Aldamas se veneraba de tiempos atrás y con una devoción ferventísima, la imagen de la Santísima Virgen de la Luz; a instancias de toda la grey católica de aquel Obispado pidió su diocesano a la Santa Sede el que aquella efigie fuese canónicamente coronada, súplica que fué atendida. Verificóse esta grandiosa ceremonia en la catedral de León, el 8 de octubre de 1902, asistiendo a ella 15 Obispos mexicanos y 1 americano.

Las fiestas patrias del año 1901 tuvieron un nuevo atractivo esta vez con la presencia del Sr. D. Jaime Nunó, compositor de la música de nuestro himno nacional, siendo especialmente invitado por el Ayuntamiento de la ciudad de México. Permaneció el Sr. Nunó dos meses en la República regresando a Búfalo el 12 de noviembre y llevando consigo la cantidad de $ 2,000 que el Congreso de la Unión acordó se le suministraran.

Las mejoras materiales más notables iniciadas o terminadas en 1902 fueron: la inauguración de las obras del puerto de Veracruz, el 6 de marzo, y la colocación de la primera piedra del edificio para el Correo, en 14 de septiembre.

El 27 de noviembre del año 1901, el Sr. Licenciado D. Ignacio Mariscal inauguró en la Biblioteca Nacional de México la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real española del mismo nombre; los académicos fundadores y de número fueron los siguientes señores:

Sr. Licenciado D. Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones; Sr. Marqués de Prats, Ministro de España en México; Sr. Marqués

de Campo Alegre; Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca; Sr. Licenciado D. Justo Sierra; Sr. D. José M. Vigil; Sr. D. José M. Roa-Bárcena; Sr. D. Nicolás León; Sr. D. Enrique de Olavarría y Ferrari; Sr. Licenciado D. José Algara; Sr. D. José M. de Ágreda y Sánchez; Sr. Dr. D. Antonio Peñafiel; Sr. D. Julio Zárate; Sr. Licenciado D. Alfredo Chavero; Sr. D. Francisco Sosa; Sr. D. Francisco del Paso y Troncoso; Sr. Presbítero D. Agustín Rivera; Sr. D. Manuel G. Revilla; Sr. D. Alberto Santoscoy; Sr. Licenciado D. Luis Pérez Verdía y Sr. Canónigo D. V. de P. Andrade.

Un gran paso en la política interior fué la derrota y dispersión de los indios mayas, sublevados hacía ya 50 años, y la entrada de las tropas federales en Chan Santa Cruz, su capital, el día 4 de mayo de 1901.



CAPÍTULO XVIII

1903-1904.—Cambios en las Secretarías de Estado.—Comisión monetaria —Calamidades públicas.—Consolidación de los Ferrocarriles Mexicanos —Fundación de sucursales de Bancos.—La segunda reserva.—El General B. Reyes en Nuevo León,—El 2 de abril en Monterrey.—Sucesos religiosos.—El Delegado Apostólico Monseñor Serafini.—Congreso Católico y de agricultores.—Muertos ilustres.—La Vicepresidencia de la República —Nuevo empréstito.—El C. Limantour candidato para la Presidencia de la República.—Candidatura de D. Ramón Corral.—Séptima reelección del General Díaz.—Corral, Vicepresidente.

El año de 1903 fué poco notable por sus acontecimientos políticos, pues éstos consistieron en reelecciones de gobernadores, recepción de diplomáticos y cambios en el personal de las Secretarías de Estado.

Entre los gobernadores reelectos se enumeran; el General Abraham Bandala, de Tabasco; el Sr. D. Francisco González Cosío, de Querétaro, y el General Bernardo Reyes, de Nuevo León. Los Estados de Sonora, Campeche, Colima, Chihuahua, Aguascalientes, Jalisco y Chiapas, tienen personal nuevo en su primer magistrado.

El cambio de Secretarios de Estado, verificado el 16 de enero fué en esta forma: el General D. Francisco Z. Mena pasó a servir la Secretaría de Guerra y Marina; el Ingeniero D. Leandro Fernández, la de Comunicaciones y Obras Públicas; el General D. Manuel González Cosío, la de Fomento, y para la de Gobernación se nombró al Gobernador del Distrito Federal, Sr. D. Ramón Corral, quien fué substituído en el puesto que ocupaba por el entonces Presidente municipal, D. Guillermo de Landa y Escandón.

El nombramiento del Sr. Corral para una Secretaría de Estado obedeció a un plan tramado en el seno del llamado «Partido Científico» y sus efectos no tardaron en verse claros

No tardó en ser destituído el antiguo Subsecretario, Licenciado D. Manuel A. Mercado, substituyéndole uno de los más hábiles científicos, el Licenciado D. Miguel Macedo.

La Secretaría de Hacienda, en 19 de febrero, nombró una comi-

sión de expertos economistas para que estudiasen varios puntos relativos a la cuestión monetaria, asunto de trascendentalísima importancia para el porvenir de la riqueza nacional. Esta comisión funcionó casi un año, pues el 9 de febrero de 1904 cesó en sus trabajos que consistieron, principalmente, en resolver el problema de fijar el valor, en oro, de nuestra moneda.

Catástrofes de distintas clases afligen a los habitantes de la República, tales como los temblores de tierra de Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Colima, Guerrero, Michoacán, México y Veracruz. Las erupciones del volcán de Colima producen la consiguiente alarma, y las nevadas de principios de año, en Chihuahua y Sonora, traen no pocos males a los habitantes de aquellas regiones. Las abundantes lluvias y los ciclones y nortes en Mazatlán, Uruáchic (Chihuahua), poblaciones del Golfo de México, Yautepec, Jalisco, Sonora, Guadalajara y Sinaloa, con más los desbordes del río Nazas, producen no menores estragos.

Queda ya relatado lo referente a la peste bubónica en Mazatlán, y como si esto no fuese suficiente calamidad, a fines del mes de julio se presentó en Tampico la fiebre amarilla, que se propagó por los Estados de Coahuila, Nuevo León y San Luis Potosí, cebándose con especialidad en Monterrey y Linares.

El fuego destruye importantes negociaciones y aun casi pueblos enteros, como el de la fundición de las Delicias en México, el del Almacén de Rodríguez e hijo en el Saltillo, el de Tlalpujahua, el de Mérida y el de Veracruz, que consumió siete manzanas, dejando en la indigencia a más de mil personas,

La conversión de la deuda exterior, realizada por el Sr. Limantour el año 1899, de una manera tan hábil como ventajosa para la nación, había hecho progresar nuestro crédito en los mercados extranjeros; ello no obstante la hacienda pública no marchaba todavía sin obstáculos, pues la depreciación monetaria se agravó al extremo de cotizarse la plata en Londres a 21-5/16 y el cambio sobre el exterior pasó del tipo localmente alto de 240 por 100. Atendió el Ministro de Hacienda con su acostumbrada clarividencia ese mal y desde luego estableció una relación entre los tipos de cambio y la recaudación de las rentas de Aduanas, tal como se expone en la iniciativa que presentó al Congreso.

Otro asunto de no menor importancia fué cuidadosamente estu-

diado y calculado por el hacendista mexicano: *la consolidación de los Ferrocarriles,* la cual llevó a término con decisión, rapidez y reserva, y así el Gobierno Mexicano obtuvo el control del Ferrocarril Interoceánico, merced a la adquisición de un millón de libras esterlinas de acciones, al precio de 90.1/8 por 100. «La Compañía del Nacional Mexicano que tenía además el dominio del ferrocarril Internacional, presentó al Sr. Limantour una solicitud de un convenio, que, según los propósitos del Ministro, debía apoyarse en adquirir una fuerte representación de acciones en dichas líneas, con el menor desembolso posible.» Esto se logró después de varias combinaciones, mediante el traspaso al Nacional de las acciones del Interoceánico, a cambio de la compra de una cantidad de valores de aquella empresa, suficiente para asegurar al Gobierno la mayoría de votos.» Se le hicieron otras concesiones al Nacional y así el fin propuesto se logró del todo.

«Formulada estaba la operación en principio: había que llevarla al terreno de los hechos, y con este fin salió el Sr. Limantour de México con dirección al extranjero el 3 de abril de 1903.»

En su ausencia quedó encargado del despacho el Subsecretario Sr. Licenciado D. Roberto Núñez.

El Subsecretario Sr. Núñez, a los pocos días de la salida de su jefe, «pidió permiso a la Cámara de Diputados para hacer una emisión de obligaciones del Tesoro, con un interés de 4 1/2 por 100 anual, a un precio de venta que no bajara de 97 por 100 y a un plazo no mayor de 2 años; operación que, por el momento, venía a realizar una iniciativa propuesta en junio de 1902 y aprobada por el Congreso de la Unión. Tratábase de contratar un empréstito con destino a la terminación de grandes obras materiales emprendidas: el perfeccionamiento del ferrocarril de Tehuantepec, los trabajos en los puertos de Salina Cruz, Coatzacoalcos y Veracruz, la conducción de aguas potables a la ciudad de México, etc., etc. La escasez de dinero en los mercados exteriores había dificultado, hasta entonces, la colocación del empréstito, pero antes de salir de la República, el Sr. Limantour decidió acudir a la emisión de obligaciones, dentro de las bases expresadas, incluyendo entre las asignaciones de la operación la suma necesaria para el pago de los valores del Ferrocarril Interoceánico adquiridos por el Gobierno.

Pocos días después de la salida del Sr. Limantour se supo en

México que dicho señor había conseguido, mediante los contratos que celebró con los señores Spyer y C.ª, el aseguramiento del control ferrocarrilero y los fondos a que se ha aludido.

En resumen, los arreglos celebrados «no sólo aseguraban el control ferrocarrilero sino que además proporcionaban al Gobierno una suma de $ 12.000,000 para la realización de las obras públicas ya aludidas, mediante la emisión de obligaciones del Tesoro que, por el bajo rédito que causaban y el alto precio que alcanzaron inmediatamente, pusieron en evidencia el crédito depositado en la gestión financiera de la República.

El Sr. Limantour regresó al país el 14 de noviembre de ese mismo año.

Como consecuencia de la mejoría en las condiciones financieras de la Nación, se inauguraron algunas sucursales de los Bancos de la capital, en algunos Estados: el Banco Nacional de México inauguró en Morelia (Michoacán) una sucursal, el 2 de enero de 1903; el Banco de Morelos inicia sus operaciones el 26 de marzo; el Banco de Guadalajara inaugura en Aguascalientes, el día 15 de abril, una sucursal; en 23 de julio se instala en la ciudad de México la Compañía Bancaria Católica de México; en Zamora (Michoacán), el Banco de Guanajuato funda una sucursal el 1.º de octubre y se hacen contratos para establecimientos de Bancos en Campeche, Querétaro y Chilpancingo.

Los decretos de mayor importancia expedidos en el transcurso del año 1903 son éstos: el del 13 de enero relativo al plan de estudios de la Escuela nacional de Bellas Artes; el de 16 de marzo publicando el tratado de amistad y comercio celebrado entre México y el Imperio de Persia; el de 26 del mismo referente a la nueva organización política y municipal del Distrito Federal; el de 22 de abril relativo al tratado de arbitraje obligatorio celebrado entre las Repúblicas Argentina, Bolivia, Dominicana, el Salvador, Guatemala, México, Paraguay, Perú y Uruguay; el de 25 de agosto relativo a patentes de invención y marcas industriales de comercio; el del 12 de septiembre sobre el tratado de propiedad literaria, científica y artística, celebrado entre España y México; el de 14 de diciembre en el cual se faculta al Ejecutivo para que durante 5 años pueda celebrar contratos, otorgando franquicias y concesiones, sin perjuicio de tercero, a las empresas que garanticen la inversión de capitales en el planteamiento y desarrollo de industrias enteramente nuevas en la República.

El 25 de diciembre, con no poca sorpresa y comentarios del público, se dió a conocer un decreto por el cual se derogaban los artículos 234 al 242 inclusive, de la ley orgánica del Ejército Nacional, de 1.° de diciembre de 1900, el decreto de 1.° de marzo de 1902 y las demás disposiciones relativas a la 2.ª reserva que creó y formó el General D. Bernardo Reyes, cuando fué Ministro de Guerra.

Varios representantes de países extranjeros presentaron sus credenciales con toda solemnidad y así también lo hicieron los nuestros en naciones amigas.

Se ha dicho ya cómo y por qué el General D. Bernardo Reyes dejó la Secretaría de Guerra y Marina, volviendo al Estado de Nuevo León a terminar su período de Gobernador constitucional.

Se acercaba el fin de éste y entonces el pueblo regiomontano creyó era la oportunidad para elegir un gobernante sin imposición del Sr. General Díaz, y por la sola voluntad del pueblo.

A este fin se fundó un círculo político que propagara la candidatura del Sr. Licenciado D. Francisco E. Reyes, tanto por medio de publicaciones periódicas como por manifestaciones populares.

En marzo de 1903 se instaló un club con este objeto y se le denominó «Gran Convención Electoral Nuevoleonense».

Convencidos sus principales y más caracterizados miembros de que no podían llegar fácilmente a su objeto, desligándose del todo de la influencia del supremo mandatario de la nación, procuraron atraerse su apoyo; sin lograr conseguirlo, pues el General Díaz, como de costumbre, no atendió a la aspiración popular y apoyó la reelección del General Reyes.

Los incidentes que surgieron en la lucha de independientes y gubernamentales, dieron lugar a hechos que se comentaron con apasionamiento, por ambos contrincantes.

La «Convención Electoral», con motivo de la celebración del aniversario del 2 de abril, y después de acaloradas discusiones, determinó festejarla con una manifestación política, pretendiendo con ella, a la vez que demostrar su adhesión al Sr. General Díaz, hacer público homenaje a su candidato el Sr. Licenciado Reyes.

Los partidarios del General D. Bernardo Reyes quisieron aprovechar también aquella coyuntura para fines análogos, y arreglaron otra manifestación semejante.

Los reyistas señalaron para la misma la tarde del 2 de abril y los

independientes la mañana del propio día; parecía que ambos, perdiendo las más triviales nociones de la prudencia, querían hacer alarde de sus respectivas fuerzas.

En la de la mañana, que fué numerosísima, ocurrieron desórdenes que terminaron en escenas sangrientas y de las cuales mutuamente se hacen responsables ambos contrincantes.

No obstante la tragedia de la mañana, la manifestación de los gubernamentales se efectuó por la tarde, sin novedad alguna, y aun se dió una serenata por la noche.

Los partidarios del Licenciado Reyes acusaron al Gobernador de Nuevo León ante la representación nacional, señalándole como instigador de los lamentables sucesos del 2 de abril, y a esta acusación respondió el Congreso de la Unión con un veredicto, en el que se decía «no es culpable el Gobernador de Nuevo León, General don Bernardo Reyes, de los delitos de que se le acusa.....»

Con toda solemnidad, el Presidente de la República, coloca la primera piedra del monumento dedicado a los héroes de la Patria y que llevará el nombre de «Panteón Nacional», el día 15 de mayo. El 26 de octubre sale para Guanajuato, en donde inaugura el Palacio Legislativo, las estatuas de Hidalgo y de la Paz, la planta eléctrica del Duero y el Teatro Juárez.

Los fastos religiosos del país registran en este año 1903, los acontecimientos subsecuentes: el 11 de enero tiene lugar en la catedral de Mérida la consagración del Ilmo. Sr. D. Carlos de Jesús Mejía como 2.° Obispo de Tehuantepec; en 29 de junio el Arzobispo de Oaxaca consagra en la catedral de esa ciudad al Ilmo. Sr. D. Rafael Amador y Hernández como primer Obispo de las Mixtecas; el 16 de agosto es también consagrado 4.° Obispo de Sinaloa, el Ilmo. Sr. D. Francisco Uranga y Saenz, en la catedral de Durango; en la iglesia de la Merced, de Colima, y el día 30 del mismo agosto consagra el Arzobispo de Guadalajara al Ilmo. Sr. D. Amador Velasco, 4.° Obispo de aquella diócesis; y en 12 de diciembre recibe el sacro palio, en la catedral de Puebla, el Ilmo. Sr. D. Ramón Ibarra y González, nombrado primer Arzobispo el 9 de noviembre próximo pasado.

Pasan a mejor vida en este mismo año; en Guadalajara, el 12 de marzo, el General D. Francisco Tolentino; en México, el 2 de abril, el Sr. D. Eleazar Loaeza, Tesorero general de la nación; en Tlalpam el 29 de marzo, el General D. Luis Pérez Figueroa; el 31 de julio,

el Sr. Licenciado D. Protasio P. Tagle, y en 28 de noviembre el tristemente célebre General D. Rafael Cravioto, Gobernador que fué del Estado de Hidalgo.

En 1904 y a 9 de abril, D. Manuel Guillén asume el cargo de Gobernador en el Estado de Guerrero, y el 4 de mayo comienza su nuevo período el Gobernador reelecto de Tamaulipas, D. Pedro Argüelles.

Como Gobernador interino del Estado de México toma posesión de ese cargo el General D. Fernando González el día 18 de mayo; y de igual empleo se encarga en Chihuahua el Sr. D. Enrique C. Creel, el 18 de junio. En los Estados de Durango, Zacatecas y Michoacán, reciben el Gobierno de los mismos, respectivamente, los señores Esteban Fernández, Eduardo G. Pankurst y Aristeo Mercado; éste es reelecto por tercera vez, no obstante la oposición de los michoacanos, a los cuales desde el año 1891 rige con todo el desacierto posible.

Los Estados de Sinaloa, Morelos y Veracruz reeligen a sus Gobernadores, General D. Francisco Cañedo, Coronel D. Manuel Alarcón y Teodoro A. Dehesa, para un nuevo período de cuatro años, satisfechos de la probidad y empeño que en su gestión administrativa han demostrado.

El 11 de marzo del año 1904 llegó a México el Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Domingo Serafini, Arzobispo de Espoleto, nombrado por la Santa Sede Delegado apostólico en México.

Contrastando notablemente con su antecesor, el Sr. Averardi, pronto se captó el respeto y estimación de sus subordinados y de la generalidad de las personas que tuvieron con él negocios o amistad.

El 9 de febrero se verificó la solemne erección del Arzobispo de Puebla, a la que asistieron la mayoría de los Prelados de la Iglesia Mexicana, y en 24 de mayo el Ilmo. Sr. Arzobispo de México erige en Basílica Menor la antigua Colegiata de Guadalupe.

La coronación de la venerada imagen de Ntra. Sra. de San Juan, en Lagos (Jalisco), se efectuó en medio de grandes regocijos públicos y funciones religiosas, el día 15 de agosto de 1904; y el 8 de diciembre del mismo se celebró con gran pompa, en toda la República, el quincuagenario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María.

En Morelia, capital del Estado y también de la Archidiócesis de

Michoacán, tuvo lugar la reunión de un Congreso Católico que funcionó del 4 al 12 de octubre y en el que se trataron trascendentales cuestiones políticas, religiosas y económicas.

Deseoso el Ilmo. Sr. Dr. Mora, Obispo de Tulancingo, de mejorar y regenerar a la clase trabajadora, principalmente de los campos, reunió en dicha ciudad, el 9 de septiembre, un Congreso de Agricultores, en el cual, después de discutir ampliamente los asuntos del mismo, clausuró sus sesiones el día 12 del mismo mes.

Con asistencia del Sr. Presidente de la República y altos funcionarios se inauguraron las obras de reparación del Palacio de Justicia Civil, de la ciudad de México, el día 11 de septiembre de este año.

Los hombres notables de México que en el transcurso del año 1904 han pagado su tributo a la naturaleza, fueron éstos: Coronel don Carlos Villegas, Inspector General de Policía, el 31 de enero; General D. Aureliano Rivera, guerrillero afamado de la época de la intervención francesa, en 7 de febrero; en 23 de marzo el Sr. D. Agustín Mora, Gobernador de Guerrero; el Coronel D. Vicente Villada, Gobernador del Estado de México, el 6 de mayo; en 29 del mismo, el Sr. Licenciado D. Manuel M. de Zamacona; en París y el 25 de septiembre, el Sr. D. Manuel de Iturbe, y casi al mismo tiempo falleció en Nueva York el acreditado Dr. D. Juan N. Navarro, Cónsul general de México en los Estados Unidos.

Uno de los prohombres de la revolución de Ayutla, el General D. Epitacio Huerta, murió en Coeneo (Michoacán) el día 23 de octubre.

Temblores, huracanes, tempestades, incendios y otras calamidades afligen a varios pueblos del país: así perdió Mérida, por un incendio, el día 23 de enero, el mercado y varias casas; Chihuahua el Teatro Betancourt; Ciudad Juárez, por igual causa, queda reducido su centro comercial a menos de la mitad, lo mismo que Progreso. El huracán de San Blas, el 28 de septiembre, ocasiona perjuicios de gran cuantía.

Los decretos de mayor trascendencia que expidió en 1904 nuestro Congreso General, fueron: ley para la organización política y municipal del nuevo territorio federal «Quintana Roo», otro para invertir la suma de seis millones de pesos en las obras del Palacio del Poder Legislativo, traída de aguas potables a la ciudad de México, terminación del Hospital general y construcción y compra de edificios

para las escuelas; decreto facultando al Ejecutivo para que forme las leyes monetarias de la República y el que aprobó la convención entre México y España para asegurar en ambos países el ejercicio de profesiones liberales.

El 4 de mayo se publicó el sensacional decreto que reformaba varios artículos de la Constitución de la Nación y en él se establece la Vicepresidencia de la República, se amplía el período Presidencial dos años más, o sea, que en adelante será el mismo de seis años.

El 24 de este mes otro decreto estableció la forma que deberá seguirse en las elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República, y el de 4 de junio declaraba que el Vicepresidente disfrutaría de un sueldo de $ 20,000 anuales, a partir del 1.° del próximo mes de diciembre.

Al terminar el año 1904 el Ministro de Hacienda arregló un nuevo empréstito destinado a varias importantísimas mejoras de utilidad pública cuya necesidad se dejaba sentir imperiosamente. La operación propuesta por el Ministro a la Cámara de Diputados, no sólo debía aplicarse a la ejecución de las obras indicadas, sino que una parte se destinaba a la amortización de las obligaciones del Tesoro y de otros valores emitidos por el Gobierno, en pago de subvenciones a compañías ferroviarias. El Sr. Limantour hacía saber que la operación se encontraba en el mejor camino, puesto que varios grupos de la alta banca de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos se habían dirigido espontáneamente al Ejecutivo, haciéndole proposiciones por extremo ventajosas: únicamente faltaba, pues, la autorización de la Cámara.

Otorgada ésta, realizóse inmediatamente el empréstito en los términos fijados por la iniciativa: capital de la deuda $ 40.000,000 de dólares; tipo del interés, 4 por 100: precio de venta de los bonos, 89 por 100; plazo de amortización, 50 años; sin que el empréstito disfrutara de garantías de ninguna especie, condiciones que colocaban a México al nivel de las naciones de más prestigio.

«Esta operación financiera da la medida del alto grado que nuestro crédito había alcanzado en el extranjero y señala también la prosperidad que disfrutaba el país.

»Así era en realidad, pues los capitales extranjeros afluían y la propiedad nacional, a la par que sus industrias, progresaban de día en día.

»Los asuntos ligados con la política no preocupaban a los mexicanos y la paz parecía haberse implantado definitivamente entre ellos.

»Desde 1892 la liga política «Unión Liberal» proponía, entre otras cosas, la inamovilidad del Poder Judicial y la institución de la Vicepresidencia; en 1895, y con motivo del fallecimiento del Licenciado D. Manuel Romero Rubio, Ministro de Gobernación, por una asociación de ideas se volvió a pensar en cómo substituir al Presidente de la República en caso de fallecimiento y de ello vino la iniciativa del Ejecutivo elevada a ley el 24 de abril de 1896. Se asegura que al terminar el General Díaz su 5.° período presidencial o sea en 1899 pensó en retirarse del poder dejando en el mismo a una persona suficientemente hábil y conocida, tanto en el país como en el extranjero.

»El General Díaz pensó en el Sr. Limantour, y le sugirió que hablara con los numerosos amigos y simpatizadores que su hábil gestión financiera le había granjeado en el país y se presentara como candidato a la sucesión presidencial. El Sr. General Díaz preparó un manifiesto a la Nación, documento que conocieron el Sr. General Mena y algún amigo íntimo, en el cual renunciaba su candidatura para el 1900-1904. Formulada y fundada esta renuncia, no era dudoso que los incontables amigos del Sr. General Díaz ofrecieran sus votos al Sr. Limantour, a lo cual el Sr. Presidente cooperaría con los medios de persuasión de que legítimamente podía disponer, gracias a lo cual la elección del Sr. Limantour podría darse como segura. Más adelante llevó el Presidente su esfuerzo personal, y los que por entonces se acercaron a él, recogieron de sus labios vehementes indicaciones en pro del Ministro de Hacienda, cuya candidatura recomendaba en palabras calurosas.

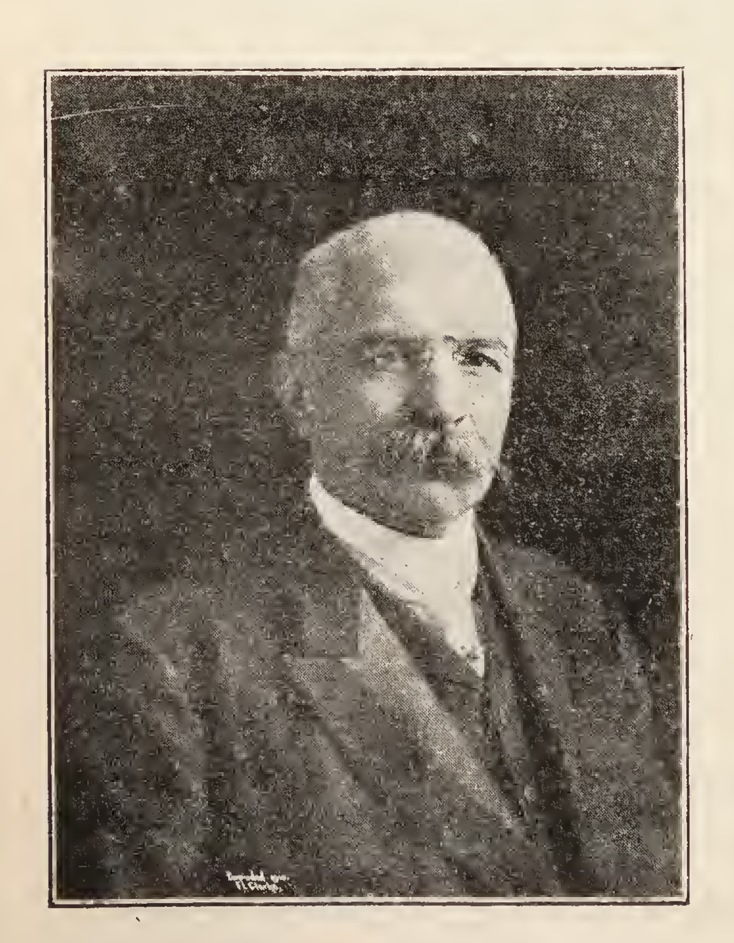
»Se resistía el Sr. Limantour a aceptar tal combinación, ya porque en realidad no lo quisiera o porque dudara de la sinceridad del General Díaz. Se cuenta que aun en 1899 y residente en Europa el señor Limantour, aun no se decidía a lo que se le proponía. Por largo tiempo lucharon la buena voluntad del General Díaz y la modesta sinceridad de Limantour, en tanto que inexorablemente avanzaba el tiempo, factor de gran importancia en la solución del problema que estaba en juego.»

»A mediados del mes de septiembre de 1899 se impuso la solución del problema político y quedó desbaratada la combinación. El 13 de

octubre, el Círculo Porfirista lanzaba un manifiesto a la Nación, proponiendo la candidatura del General Díaz para la Presidencia de la República durante el período de 1900-1904.»

Fué resultado de todo ello la 6.ª reelección del General Díaz, tal cual queda narrado en el anterior capítulo.

La reforma constitucional que creaba la Vicepresidencia de la República volvió a fijar la atención de los políticos en la persona del Sr. Limantour y aun varios periódicos de los Estados lo postularon abiertamente. Cuando el tiempo de las elecciones se acercaba, este señor, en carta dirigida a *El Imparcial* con fecha 4 de junio, decía: «Señor:—El periódico de Vd. y algunos más de esta ciudad y de otras partes del país, han venido indicando mi nombre para la Vicepresidencia de la República, y yo he guardado silencio respecto a esas insinuaciones, porque hubiera sido poco meditado apresurarme a declinar una candidatura apenas iniciada; pero ahora que han aumentado los órganos de la opinión pública que se pronuncian en el mismo sentido, y que se acerca el momento de que los ciudadanos manifiesten en las reuniones populares su preferencia por un candidato, me parece que es llegada la oportunidad de declarar, como declaro públicamente, mi firme propósito de no aceptar cargo alguno político de carácter militante.»



D. Ramón Corral.

Tal declaración causó un gran estupor, pero se le hizo la debida justicia a quien así sabía colocarse ante el público, en momentos tan solemnes como eran aquellos.

De origen gubernamental nació entonces la candidatura del Ministro de Gobernación, D. Ramón Corral, poco simpática para la generalidad, pero que contaba con el apoyo oficial y salió triunfante.

La Cámara de Diputados en 26 de septiembre de 1904 declaró al General Díaz Presidente de la República Mexicana, para el período que comprende desde 1.º de diciembre de 1904 y termina el 30 de

noviembre de 1910, y Vicepresidente de la misma al Sr. D. Ramón Corral, por igual período de tiempo.

Ambos electos tomaron posesión de sus respectivos cargos el 1.° de diciembre y a ello se siguieron entusiastas fiestas, en las que tomaron participación, no sólo los nacionales, sino también las colonias extranjeras.

Al inaugurar el General Díaz su 7.° período presidencial confió las Secretarías de Estado a las personas siguientes:

Relaciones, Licenciado D. Ignacio Mariscal; Gobernación, Sr. don Ramón Corral; Justicia e Instrucción Pública, Licenciado D. Justino Fernández; Fomento, Colonización, Industria y Comercio, General D. Manuel González Cosío; Comunicaciones y Obras Públicas, Ingeniero D. Leandro Fernández; Hacienda y Crédito Público, Licenciado D. J. Ives Limantour; Guerra y Marina, General D. Francisco Z. Mena.



CAPÍTULO XIX

1905-1906.—Los Científicos.—Supresión de la Zona libre.—Nuevo Régimen monetario.—Comisión de cambios y monedas.—La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Inundación de Guanajuato.—Sucesos religiosos.—El Delegado Apostólico Monseñor Ridolfi.—Muertos ilustres.—Congresos Científicos.—Cambio de diplomáticos.—Sucesos de Cananea.—Nuevos Obispos.—Crisis económica.

Dos años atrás, casi desde 1892 y con motivo de un «Manifiesto» de la Liga política que se denominó «Unión Liberal», surgió una nueva denominación para un grupo político, al cual se le llamó «Científico».

En este «Manifiesto», debido a la pluma de D. Justo Sierra, llamó mucho la atención, más que las iniciativas allí propuestas, «la intervención de un inesperado agente en el Gobierno de los Estados: la Ciencia».

«El fenómeno saliente (decía el «Manifiesto») en los últimos tres lustros de nuestra vida social, es el inesperado desarrollo de nuestras comunicaciones, que poniéndonos en contacto con nosotros mismos y con el mundo, han centuplicado nuestra cohesión nacional, nos han permitido alcanzar a nuestro siglo, que nos llevaba una delantera enorme, y nos han dado la importancia de un factor en la civilización humana. La nación sabe a qué circunstancias se debe tamaño bien y a qué hombres y a cuál de ellos, en primer término, debe la resolución salvadora de aprovechar esas circunstancias; pero anhela por el advenimiento de un período, ya que los grandes senderos del progreso nacional están abiertos, en que suba al mismo nivel el progreso intelectual y moral, por la difusión, ya valientemente iniciada, de la educación popular; por la apropiación continua de nuestros sistemas educativos a nuestras necesidades; por la demostración, con hechos cada día más notorios, de que se conoce el valor de esa gran fuerza mental que se transforma en inconmensurable fuerza física y que se llama la *Ciencia*.

»Los adversarios del grupo de que era portavoz el autor del «Manifiesto» tuvieron una frase irrisoria: los llamaron científicos, y ellos, convencidos o irónicos, aceptaron el calificativo Así nació el *partido científico.*»

Esta agrupacion la formaban, principalmente, los señores Licencenciados D. Pablo y Miguel Macedo, D. Roberto Núñez, D. Rosendo Pineda, D. Justo Sierra, D. Francisco Bulnes, D. Emilio Alvarez, D. Joaquín D. Casasús, D. Enrique C. Creel, D. Carlos Díez Gutiérrez y otros de menor significación.

«Pero ¿era realmente un partido? No puede designarse como tal a un grupo de personas que, si unido por afinidades educativas y el empleo de un mismo instrumento en el estudio de los fenómenos sociales, presentábase totalmente desprovisto de los procedimientos que caracterizan a los partidos políticos y los hacen militantes: hombres de distintas jerarquías y en posiciones distintas; unos, iniciados ciertamente en la vida pública, otros, alejados de ella por completo; ligados éstos por viejos afectos que databan de los primeros años; sin conocerse aquéllos, ignorándose mutuamente y sólo enlazados por el reguero de luz que había trazado en la marcha del pensamiento nacional el inolvidable introductor del método positivo en México. Que todos, desde sus diversos puestos alentaban la obra del señor Limantour y de ella se complacían, era indudable; como que la obra había sido orientada por una idea que les era familiar; como que la raíz de esa labor profundizaba en un suelo en que todos habían derramado las semillas de su intelecto. He aquí lo que no comprendían, lo que acaso nunca han querido comprender los que al acusar al Sr. Limantour han acusado también a esos hombres, de inteligencias secretas, de maquinaciones en la sombra, de maniobras ocultas, encaminadas a la realización de un fin exclusivamente político.»

Tal es la explicación que uno de los más notables *científicos* da de la *génesis*, *desarrollo* y *tendencias* del llamado *partido científico,* al cual, según unos, se debe el engrandecimiento de México, y según otros, su desmoralización y ruina.

Afiliado en este partido y obra completamente suya se creía en el público que era el nuevo Vicepresidente; esto, unido al casi completo desconocimiento de su persona y antecedentes, le granjearon mala voluntad e impopularidad. Fué también, desde entonces, el que compartió los ataques que contra el Sr. Limantour le dirigía el partido

contrario llamado *anticientífico* o *jacobino* y cuyos principales prohombres fueron el General D. Bernardo Reyes, el Gobernador de Veracruz D. Teodoro A. Dehesa y el ex ministro D. Joaquín Baranda.

En política se veían cosas poco trascendentales, fuera de cuando las elecciones de diputados, senadores o gobernadores excitaban la opinión pública o las ambiciones personales.

No así en el terreno de la administración, en el cual la gran actividad del Ministro de Hacienda estaba siempre en ejercicio.

El 1.º de julio de 1905 se abolió la zona libre que por tantos años se había autorizado, y aunque ello no pasó sin críticas, la inauguración del ferrocarril entre Matamoros y Monterrey vino a atenuarlas.

El 25 de marzo se dió la ley que establece el nuevo régimen monetario; se establece en ella que las nuevas monedas de oro representarán valores de 10 y de 5 pesos; las de plata serán de 1 peso, de 50, 20 y 10 centavos. Las monedas de 5 centavos serán de níquel, y de bronce las de 2 y 1 centavo. El anverso de la moneda de oro llevará el escudo de Armas de la Nación y en su parte superior esta leyenda: «Estados Unidos Mexicanos»; el reverso contendrá el busto de Hidalgo y el valor de la pieza.

Las monedas de plata de 50, 20 y 10 centavos serán en el anverso lo mismo que las de oro, y en el reverso presentarán solamente la cifra que indique los valores. El canto, en las monedas de 50 centavos, llevará grabada en hueco esta inscripción: «Independencia y Libertad».

Se mandó también retirar de la circulación todas las antiguas monedas de oro y las de plata de 25 y 5 centavos.

La reforma monetaria dió magníficos resultados, pues se vió que en el curso de 4 años (1904 a 1908) se retiraron de la circulación más de 86.000,000 de piezas antiguas, se acuñaron de las nuevas 128.000,000, entre ellas $83.386,500 de oro, y la comisión de Cambios elevó su antiguo fondo a $ 18.120,091'15 con utilidad para el erario de más de $ 8.000,000.

El cambio se benefició también en ello, pues los tipos se mantuvieron invariables «con sólo las pequeñas oscilaciones impuestas por los arbitrajes».

La comisión de «Cambios y Monedas» se instituyó por decreto de 3 de abril de 1905.

En 1.º de mayo se publicó el decreto relativo al tratado entre

México y las Repúblicas Argentina, de Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Dominicana, Ecuador, Salvador, Guatemala, Haiti, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú, Uruguay y Estados Unidos de América, sobre reclamaciones por daños y perjuicios pecuniarios que presenten sus respectivos ciudadanos y que no se hayan antes resuelto por la vía diplomática.

Para evitar abusos y otros inconvenientes de las instituciones de crédito y compañías de seguros se publicó un decreto el 13 del mismo mes de mayo, y el 16 se expidió otro en el que se establecía una nueva Secretaría de Estado denominada de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Entre las catástrofes y calamidades públicas de más resonancia ocurridas en la República en el transcurso del año 1905, mencionaremos éstas: el 1.º de julio la ciudad de Guanajuato sufre una inundación general que destruye numerosos edificios y causa la muerte a no pocas personas; el 28 del mismo mes, Chilpancingo es agitado por un fuerte temblor que repite varias veces, y el 29 de septiembre, en el Mineral de Oro (E. de México), un incendio ocasiona grandes pérdidas.

Son reelectos Gobernadores el Coronel D. Próspero Cahuantzi, de Tlaxcala; D. Mucio P. Martínez, de Puebla; D. Pedro L. Rodríguez, de Hidalgo; D. Joaquín Obregón González, de Guanajuato; D. Miguel Cárdenas, de Coahuila, y otros Estados como México, San Luis Potosí, Guerrero y Campeche, tienen nuevos Gobernadores.

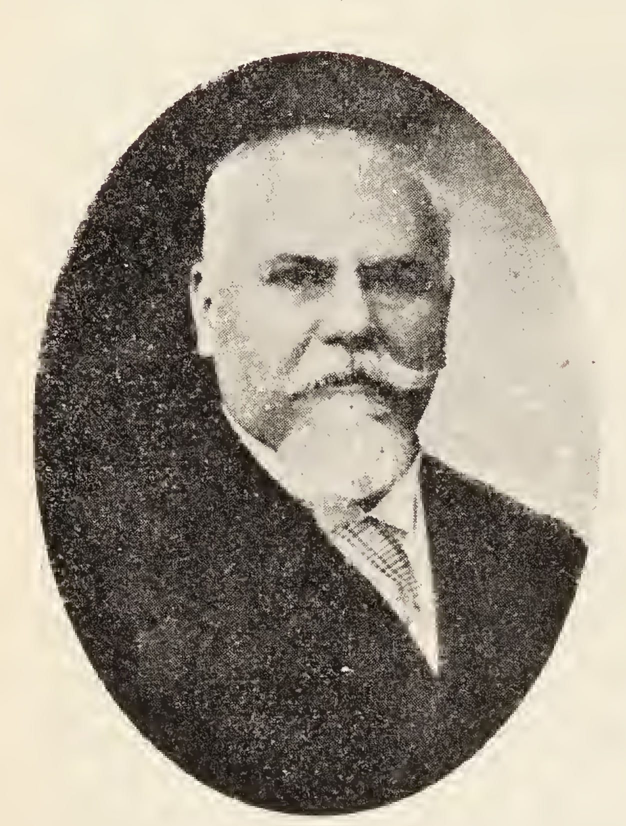
En las Secretarías de Estado hay también cambios, pues a causa de la renuncia del Ministro de Guerra, General D. Francisco Z. Mena, pasa a desempeñar esa cartera el General D. Manuel González Cosío, dejando la de Fomento, que se encomienda al Ingeniero D. Blas Escontría, Gobernador de San Luis Potosí.

Al Embajador de los Estados Unidos, Sr. Clayton, substituye el Sr. Edwin H. Conger, que presenta sus credenciales el día 15 junio, y en la misma fecha del mes de noviembre, es recibido en Washington, como embajador de México, el Sr. Licenciado D. Joaquín D. Casasús, nombrado desde el mes de junio próximo pasado.

El Presidente de la República, acompañado por distinguidas personas, sale el 19 de enero a visitar las obras del ferrocarril de Tehuantepec, Coatzacoalcos y Salina Cruz; en 5 de febrero inaugura el Hospital General y en 17 de septiembre el Hospicio de Niños Pobres.

Con toda solemnidad y en la Cámara de Diputados se impone, el 15 de diciembre, al Sr. General Díaz, el gran cordón del Mérito Militar, creado para honrarle, por la ley de 6 de diciembre de 1904.

Toma posesión el Sr. Licenciado D. Justo Sierra, el día 1.º de julio, de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, con aplausos de la mayoría de los intelectuales de México.



Lic. D. Justo Sierra.

El clima de la ciudad de México no es propicio al Excmo. Sr. Serafini, por cuyo motivo sale del país el día 17 de enero y el 29 de junio llega su sucesor el Excmo. Sr. D. José Ridolfi, Arzobispo de Todi.

Las personas notables que fallecieron el año 1905 fueron éstas: Dr. D. Ramón Fernández, en 7 de febrero; el Licenciado D. Manuel Azpíroz, en 24 de marzo; D. Luis G. García, Gobernador de Campeche, en 15 de junio; en igual fecha el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Díaz, Obispo de Tepic; el 7 de julio el Ilmo. Sr. Dr. D. Filemón Fierro, Obispo de Tamaulipas; y en 20 de octubre el Licenciado D. Jesús Zenil, Ministro de México en Austria.

La Iglesia Católica de México cuenta como nuevos obispos: al Ilmo. Sr. D. Manuel Rivera, coadjutor del de Querétaro, consagrado el 22 de enero; al Ilmo. Sr. D. Francisco Mendoza, Obispo de Campeche, consagrado en 2 de febrero; al Ilmo. Sr. D. Jesús M. Echavarría, Obispo del Saltillo, ungido el 12 de marzo.

La Emperatriz de China, por conducto del encargado *ad interim* de la Legación de ese Imperio, envía su retrato al Sr. Presidente de la República Mexicana, significativo obsequio que con toda estimación se recibe el día 22 de octubre de 1905.

El año 1906 se inició con la muerte del Ministro de Fomento don Blas Escontría, ocurrida el día 4 de enero, al que le siguieron, en 27 de agosto el General D. Sebastián Villarreal, y el 1.º de diciembre el General D. Ignacio Mejía, afamado militar y hombre público que sirvió al lado de los Presidentes Juárez y Lerdo de Tejada.

Invitado el Sr. Presidente de la República por el Estado de Yucatán a visitar aquella península, salió de México, acompañado del Vicepresidente y otras personas, el día 3 de enero, regresando el 11 del mismo.

El 6 de septiembre se inauguró en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros, el Congreso Internacional de Geología; el 19 de octubre, en la Catedral de Guadalajara, tiene lugar la apertura del Congreso Eucarístico, y el 4 de diciembre comienza sus labores la «Asociación Americana de Salubridad Pública» de la cual forman parte médicos canadienses, cubanos, norteamericanos y mexicanos.

Preocupados los científicos de la capital con el numeroso contingente que a la mortalidad proporciona el tifo, logran que la Secretaría de Instrucción Pública, por conducto de la Academia Nacional de Medicina, ofrezca un premio de $ 20,000 a quien descubra al agente patógeno de esa afección, otros $ 20,000 a quien elabore un suero para la curación del mismo y $ 10,000 más para las personas que colaboren en este asunto, con trabajos secundarios.

La mencionada Academia cumple tal encargo señalando para ello bases y tiempo, en su convocatoria del 25 de julio.

El infatigable Obispo de Tulancingo, Ilmo. Sr. Mora, continúa con todo empeño su labor benéfica para los proletarios y de ello es muestra la apertura del tercer Congreso Agrícola, que se reúne en Zamora (Michoacán) el 4 de septiembre y duraron sus sesiones cuatro días.

Varios cambios diplomáticos acaecen en este año, pues Bélgica envía un nuevo representante en S. E. el Sr. Charles Watanters; los Estados Unidos cambian también a su embajador y el día 8 de marzo es recibido por nuestro Gobierno el Sr. David E. Thompsom; la República Cubana, Inglaterra, el Salvador, Honduras, el Japón y Rusia envían también sus nuevos ministros.

El Ministro de Inglaterra, en nombre de su Soberano, entrega al Sr. Presidente de la República, el día 29 de septiembre, la condecoración de la Gran Cruz de la Muy Honorable Orden del Baño.

Por renuncia del Sr. Licenciado D. Joaquín D. Casasús, Embajador de México en los Estados Unidos, presentada en agosto de este año, es nombrado para el mismo cargo el Sr. D. Enrique C. Creel, el 14 de diciembre.

Los Gobernadores reelectos fueron el Licenciado D. Olegario Molina, de Yucatán, y Licenciado D. Emilio Pimentel, de Oaxaca;

nuevamente electos el de Chiapas, Sr. D. Ramón Rabasa, y el de San Luis Potosí, D. José María Espinosa y Cuevas.

Profunda conmoción causó en el país el acto poco meditado de que se acusó al Gobernador de Sonora, D. Rafael Izábal, quien para sofocar una huelga en Cananea permitió y aun buscó la ayuda de fuerza militar de los Estados Unidos.

El 16 de septiembre de 1906 se efectuó en la catedral de la ciudad de León la consagración del Ilmo. Sr. D. Andrés Segura como tercer Obispo de Tepic, y en los primeros días de noviembre se recibió la Bula en la cual la Santa Sede erige en Arzobispado la antigua Diócesis de Yucatán.

El 10 de abril de este mismo año salió de México, con rumbo a los Estados Unidos y Europa, el Ministro Sr. Limantour, permaneciendo fuera del país casi 7 meses, pues regresó el 4 de noviembre. Al frente de la Secretaría quedó, durante ese tiempo, el Subsecretario Licenciado R. Núñez.

Al terminar el año 1906, el Congreso dió un decreto por el cual se autorizaba al Ejecutivo para constituir una sociedad con objeto de incorporar las propiedades de los ferrocarriles Nacional de México y Central Mexicano, con facultad de construir y explotar cualesquiera otras líneas ferrocarrileras, dentro del territorio nacional.

Se basaba esta combinación «en la organización de una compañía anónima mexicana que asumía la propiedad del ferrocarril Nacional y del Central, haciéndose cargo de las obligaciones y compromisos, así como de los ingresos y provechos de ambas empresas; la compañía emitiría dos grupos de valores: títulos de obligación y títulos de acciones, dividiéndose los primeros en dos series: una de primera y otra de segunda hipoteca, y las acciones, en acciones de primera y segunda preferencia y acciones comunes. El Gobierno tendría en la nueva sociedad una representación de más de cincuenta por ciento, es decir, una mayoría real y efectiva, consistente en determinada cantidad de acciones, de las que una parte sería a cambio de las del Nacional y la otra en compensación de la garantía prestada en nombre de la nación, al capital e intereses de las obligaciones de segunda hipoteca».

Como veremos más adelante, esta operación, en su definitivo arreglo, tuvo que retardarse a causa de la crisis económica de los Estados Unidos que ya se acentuaba en octubre de 1907.



CAPÍTULO XX

1907-1908.—Prosperidad de la República.—Inauguración del ferrocarril de Tehuantepec.—Del edificio del Correo.—El Caciquismo y sus causas.—Descontento en el país.—Huelga de Río Blanco.—D. Olegario Molina en la Secretaría de Fomento.—Reelección de Gobernadores.—Sucesos religiosos.—Temblores y ciclones.—Asesinato del General guatemalteco D. Manuel Lisandro Barillas.—Dificultades con Guatemala.—Comisión del Centenario.—Visita de Mr. E. Root a México.—Bahía Magdalena.—Consolidación de los ferrocarriles.—Reunión de banqueros.—Reformas de las instituciones de crédito.—Caja de préstamos para la irrigación y agricultura.—Conferencia Creelman.—Muertos ilustres.—Incendio de «Dos Bocas».—Inauguración de vías férreas.

Al iniciarse el año 1907, la República Mexicana había alcanzado un grado de prosperidad que nunca había tenido, y su hacienda pública se encontraba en estado floreciente; el presupuesto de gastos del año fiscal, 1906-1907, asignaba para ellos la suma de $ 90.478,648'48, y veremos cómo los ingresos compensaron ampliamente a aquéllos.

Mejoras materiales de importancia se inauguran, tales como la apertura del tráfico interoceánico por el ferrocarril de Tehuantepec.

Este acto revistió la mayor solemnidad posible y para el mismo salió de México el Presidente Sr. Díaz, el 21 de enero, acompañado por los Ministros y Cónsules extranjeros, los más conspícuos representantes de la política, banca, comercio, industria, prensa y otros invitados de alta posición social o científica. En los días 23, 24 y 25 se efectuó la ceremonia de la apertura consistente en el arribo de dos grandes buques a los puertos terminales de Salina Cruz y Coatzacoalcos y la expedición de otros de carga, con rumbo a puertos americanos del Pacífico y del Atlántico. El día 23 y en el puerto de Salina Cruz el Presidente Sr. Díaz dió la señal para que el buque «Arizonian» comenzase la descarga de sus efectos, consistentes en azúcar procedente de las islas Hawai, con destino a Philadelphia. La grúa N.° 5 depositó el azúcar junto a un carro del ferrocarril, que una vez cargado y cerrado, selló personalmente el Presidente de la República. El día 25 este mismo carro, ya en Coatzacoalcos, fué abierto por el

mismo primer magistrado y su carga trasladada al vapor «Levis Luchembach» para ser transportada a su final destino.

El 17 de febrero verificóse la inauguración del Edificio de Correos de la Capital, obra suntuosa que costó $ 2.921,009'94.

Las continuadas reelecciones del General Díaz, que en los primeros tiempos de su gobierno toda la nación aceptó y aun quiso de buena voluntad, en 1907 comenzaron a ser comentadas y discutidas con algún acaloramiento, y aun a tener oposición descubierta. Causa principal de ello fué la permanencia continuada de casi todos los Gobernadores de los Estados, quienes a su vez se encontraban siempre rodeados de un mismo círculo de amigos, y entre los cuales había muchos en alto grado nocivos a los intereses del Estado que regían. Los males que ello acarreaba a la administración pública se hicieron verdaderamente insoportables en los Estados de Puebla, Michoacán, Chiapas, Tabasco, Campeche, México, Chihuahua y Sonora. Los Prefectos, Jefes políticos, los Presidentes Municipales y aun las autoridades de menos categoría eran otros tantos tiranos que ejercían sus cargos con todo género de arbitrariedades y aun infamias. La administración de justicia, la hacienda pública, estaban siempre pendientes de la orden del Jefe del Estado y se regían por los caprichos y pasiones de éste, quien a su vez tenía que complacer a sus subordinados, para tenerlos siempre a su favor.

Tal sistema de condescendencias introducía abusos y complicidades. Todas las autoridades eran en sus puestos y circunscripciones unos verdaderos CACIQUES a quienes había que obedecer ciegamente. El Presidente de la República necesitaba de la incondicional y pasiva obediencia de los Gobernadores de los Estados, y éstos a su vez la exigían de todos sus subalternos.

Los dueños de los grandes establecimientos industriales, ya por sí o sugestionados por sus administradores, ejercían no menor tiranía en sus obreros.

En las Secretarías de Estado el público veía con tedio a las mismas personas que por años y años ejercían una labor poco digna de su rango y que no a título de hábiles se mantenían en ellas, sino a merced de obedientes incondicionales. Se exceptuaban de esta degradante nota solamente al Secretario de Hacienda Sr. Limantour y al de Relaciones Exteriores Licenciado D. Ignacio Mariscal.

La representación nacional existía solamente de nombre, y lo

mismo que pasaba en el centro, sucedía en todos los Estados de la nación.

Sin embargo de ello, la mayoría del país estimaba y amaba al Presidente Díaz, aunque lamentando el error político que cometía imponiendo y sosteniendo a tan desprestigiados gobernantes en los Estados, y no separando de sí a personas odiadas por la opinión pública.

Algunos acontecimientos de gran resonancia vinieron a disminuir en mucho ese afecto, y entre los más notables de ellos fué la huelga de Río Blanco, a principios de 1907.

Sucedió que los obreros de Orizaba, por causas diversas, entre las que se contaba el aumento de jornales, se declararon en huelga, nombrando al mismo tiempo una comisión para que, haciendo ver a los industriales los abusos que con ellos se cometían, obtuviera de éstos el mejoramiento de los trabajadores. Dicha comisión, tras largas y laboriosas gestiones, sólo obtuvo el más completo fracaso; así es que el domingo 6 de enero se convocó a los obreros a una gran asamblea que tuvo lugar en el Teatro Gorostiza, de Orizaba, la que terminó de una manera por demás borrascosa, no sólo porque se manifestó a los trabajadores que nada se había obtenido, sino porque se les prometió que el General Díaz estaba dispuesto a servir como mediador entre los obreros e industriales, lo cual consideraron aquéllos como una burla sangrienta.

Sin embargo, al día siguiente los trabajadores concurrieron, como de costumbre, a los talleres. Pero en la fábrica de Río Blanco, una imprudencia del propietario de la tienda de raya, el extranjero Víctor Garcín, al recibir a los obreros con insultos y palabras soeces, dió motivo a una enérgica protesta de éstos con vías de hecho y que al fin terminó en un verdadero motín. Inmediatamente se dió aviso a Orizaba, de donde, con toda urgencia, se envió un piquete de fuerza federal y otro de rurales; asimismo se comunicó el hecho al Gobierno General, disponiéndose que en el acto se alistaran dos compañías del 24.° Batallón y a las 3'45 de la tarde del mismo día salía de la capital, con rumbo a Orizaba, un tren militar, a las órdenes del Subsecretario de Guerra General Rosalino Martínez. De Veracruz, Jalapa y Puebla salieron también algunas fuerzas, reconcentrándose en Orizaba, esa misma noche, como 2,000 hombres.

Con este formidable aparato de guerra el General Rosalino Mar-

tínez organizó una cruel y sanguinaria batida contra los infelices obreros, sin cuidarse si eran o no de los amotinados y sin respetar ni a los ancianos ni a las mujeres ni a los niños, persiguiéndolos hasta las sierras inmediatas, adonde habían huído en busca de refugio.

Los obreros, en verdad, eligieron la oportunidad menos propicia para mejorar su condición, dadas las circunstancias económicas en que los industriales se encontraban, y el General Díaz con su intervención sólo logró empeorar la condición de los trabajadores.

Como medida política para aquietar los ánimos en Yucatán fué nombrado Ministro de Fomento el Gobernador del mismo, Licenciado D. Olegario Molina, el dia 20 de marzo. Los habitantes de Yucatán no podían tolerar más a ese Gobernador y se temían las consecuencias de su desagrado. Le substituyó en el Gobierno D. Enrique Muñoz Arístegui.

En 1907 fueron reelectos los Gobernadores siguientes: el General Bandala, en Tabasco; el Coronel M. Ahumada, en Jalisco; D. Tomás Aznar Cano, en Campeche; el General B. Reyes, en Nuevo León; D. Enrique O. Lamadrid, en Colima; D. Francisco González Cosío, en Querétaro, y en Aguascalientes D. Alejando Vázquez Mercado. Nuevamente electos fueron: D. Damián Flores, de Guerrero, y don Enrique C. Creel, de Chihuahua.

Austria, Italia, Brasil, Guatemala, España, el Salvador, Nicaragua, Uruguay, Argentina, Persia y Francia, en el decurso del año 1907, cambian el personal de sus representantes en México.

En el Episcopado Mexicano hay también cambios y promociones; el Ilmo. Sr. Ruiz, Obispo de León, es trasladado a la sede de Linares el 15 de septiembre, y en igual fecha pasa del Obispado de Tehuantepec, al de León, el Ilmo. Sr. D. José Mora, siéndolo también el Ilmo. Sr. D. Francisco Campos, que de Tabasco pasa a Chilapa. El Ilmo. Sr. D. Ignacio Placencia es nombrado Obispo de Tehuantepec; y de Tulancingo, el Ilmo. Sr. D. Juan Herrera.

El 26 de abril, a las 2 y 30 minutos de la tarde murió en la ciudad de Monterrey su Ilmo. Arzobispo, el Sr. Dr. D. Santiago Garza Zambrano, persona muy estimada en todo el país.

Motivo de grandes fiestas y públicos regocijos fueron la erección del Arzobispado de Yucatán, efectuada el 14 de abril; la coronación de la Virgen de Ocotlán (Puebla), verificada el 12 de mayo, y la inauguración, en la ciudad de Puebla, de la Universidad Pontificia.

Las personas notables fallecidas en México durante el año 1907, son éstas: D. Francisco G. Cosmes, D. Carlos Olaguíbel y Arista, General D. Felipe N. Chacón, Licenciado D. Prudenciano Dorantes, D. Manuel Guillén, y General D. Rosalino Martínez.

La Naturaleza contribuyó a dar algunos negros tintes a este año 1907, y desde luego, la nevada del día 11 de enero que cubrió todo el valle de México, ocasionó algunas pérdidas de importancia entre los agricultores; el ciclón del día 15 de abril, en Gutiérrez Zamora (Veracruz), produce algunos perjuicios a los habitantes de aquella región; el temblor de la noche del 14 de abril que se sintió en la ciudad de México, aunque no ocasionó grandes desgracias, sí produjo la consiguiente alarma, pues en un lapso de tiempo, de más de 25 años, no había ocurrido alguno que le igualara en intensidad y duración. El Estado de Guerrero fué el más perjudicado, pues en Chilapa destruyó la catedral, los templos de San Francisco, San José y San Rafael, con más de 340 casas, quedando 779 habitaciones inservibles. El incendio de Progreso y la tromba de San José del Cabo (Baja California) vienen a completar ese cuadro de desastres.

Siete días antes del temblor que tanta alarma ocasionara a la ciudad de México, la sociedad de la misma se informó, con horror, de un crimen sin precedentes en sus anales: a las 7 de la noche del día 7 de abril, en pleno centro de la capital, calle del Seminario, fué vilmente asesinado el General D. Manuel Lisandro Barillas, ex Presidente de Guatemala en 1885 a 1892. Vivía el Sr. Barillas en México como refugiado político y al parecer ajeno a las cosas de su país. Sus asesinos, guatemaltecos de origen, de nombre Florencio Morales, así como su cómplice y paisano Bernardo Mora, fueron prontamente aprehendidos y en sus declaraciones confesaron ser ejecutores de órdenes recibidas del General D. José M. Lima, divisionario de Guatemala. Nuestro Gobierno, inspirándose en sentimientos de alta justicia, al saber esta sensacional declaración de los reos, ordenó al Ministro Mexicano en Guatemala pidiese al Gobierno de esa Nación el arresto preventivo del General Lima, en tanto que se mandaban los documentos para solicitar su extradición. Esta pretensión no fué del agrado del Gobierno guatemalteco y se negó a satisfacerla, cambiándose con este motivo algunas notas duras entre ambos Gobiernos, al grado de tener que trasladarse la legación de México en Guatemala a la República del Salvador, permaneciendo en Guatemala, solamente, el Cón-

sul General. El Gobierno Mexicano asumió una actitud enérgica y aun ordenó la concentración de varios cuerpos del ejército en lugares cercanos a la frontera mexicana-guatemalteca. Entretanto los asesinos fueron juzgados y condenados, el día 4 de junio, a ser pasados por las armas. Desde esta fecha hasta el 27 del mismo mes, sus defensores ejercitaron todos los recursos legales para salvar las vidas de esos criminales, sin obtenerlo. Recurrieron entonces a otros medios extremos, cuales fueron el amparo y el indulto, que también se les negaron, por lo cual la sentencia dictada se cumplió, siendo fusilados ambos culpables, en el interior de la cárcel de Belem, el día 9 del mes de septiembre.

Como se aproximase la fecha en la cual se cumplirían 100 años de la proclamación de la guerra de independencia, en México, la Secretaría de Gobernación nombró una comisión, el 1.° de abril, a cuyo cuidado corriesen la organización y programa de las fiestas que con tal motivo debieran celebrarse.

El 30 de septiembre llegó a México el Secretario de Relaciones de los Estados Unidos, Mr. Elihut Root, en compañía de su familia y los comisionados que nombró nuestro Gobierno para que fuesen a recibirle a la frontera.

Se le atendió como huésped de la nación y por ello se le dió alojamiento en el palacio de Chapultepec. Numerosas y brillantes fiestas se dieron en su honor y entre las más notables fueron éstas: el 1.° de octubre, después de la recepción en el Palacio nacional, allí mismo se le obsequió por la noche con un espléndido banquete, al que asistió todo el cuerpo diplomático, secretarios de Estado y elevados funcionarios públicos; el día 2, a las 5 de la tarde se verificó en el bosque de Chapultepec un *Garden party*, en su honor, con gran esplendidez y que resultó sumamente interesante; el día 6 se organizó una excursión a Cuernavaca; el 7 el Secretario de Relaciones le ofreció una comida en el restaurant de Chapultepec y en la noche de ese mismo día se le agasajó con un banquete en el castillo de Chapultepec, después del cual concurrió a un gran baile que el capitalista mexicano D. Manuel Buch le había preparado en su residencia de la ciudad de Tacubaya; el día 8 salió para Puebla y Orizaba, regresando el 11; el 13 salió para la hacienda de Jalpan, propiedad del Sr. D. Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito Federal, y después de una permanencia de horas en ese lugar siguió rumbo a Guadalajara, regre-

sando de allí para continuar hacia los Estados Unidos, cuyo territorio tocó la mañana del día 16.

Cuando estuvo en la ciudad de México el Sr. Root, asistió a una sesión de la Cámara de Diputados, en donde se le recibió cordialmente y le dirigió la palabra el Presidente de la misma, Sr. Licenciado D. Manuel Calero.

La visita de este personaje americano ocasionó en México no pocas inquietudes, críticas y murmuraciones, tanto más cuanto que más tarde se supo que entonces se arregló el permiso para que el Gobierno de los Estados Unidos pudiera utilizar la bahía Magdalena, ya en el ejercicio al tiro de su escuadra, ya como estación carbonífera.

Este permiso, previa autorización del Senado, lo dió el Ejecutivo el 5 de noviembre por tiempo determinado.

El 6 de julio se promulgó el decreto por el cual se consolidaban las líneas ferroviarias nacionales, pasando la vía del Central a ser propiedad de la Nación, y el 17 de diciembre otro decreto autorizó al Ejecutivo para invertir anualmente la cantidad de $ 80,000 en el fomento de las industrias agrícola y pecuaria y para instituir premios en exposiciones y concursos de productos de las mismas.

La influencia de las perturbaciones económicas del mercado de los Estados Unidos se hizo sentir marcadamente en México, a principios del año 1908, sobre todo en Yucatán, en donde hubo algunas dificultades entre los Bancos y los agricultores de esa región. Alarmado el Ministro de Hacienda por aquello, quiso remediar futuros males y para ello, con el deseo de perfeccionar los métodos y procedimientos adoptados por las instituciones nacionales de crédito, expidió, con fecha 10 de febrero, una circular, convocando a una reunión de banqueros, para las reformas que juzgaba esenciales en la marcha de esos establecimientos.

«La reunión de banqueros se celebró en la capital de la República en los primeros días de abril de aquel mismo año (1908), y de acuerdo con las conclusiones a que se llegó en esta asamblea, el Ministro de Hacienda presentó seguidamente a la Cámara de Diputados una iniciativa de reformas a la Ley de Instituciones de Crédito.

»La iniciativa del Sr. Limantour vino a introducir en la legislación de Instituciones de Crédito una serie de reformas, tendentes todas al resguardo de los intereses..., imponiendo a los bancos de emisión la garantía de inmediato reembolso del billete; prohibiéndoles las opera-

ciones a un plazo mayor de seis meses; la aceptación o libranzas en descubierto, así como la apertura de créditos no revocables a su voluntad, la aceptación en firme de emisiones de valores, incluyendo en ellos los títulos de la Deuda pública, por una cantidad mayor de la suma del capital y fondos de reserva; la explotación directa y por su cuenta de negociaciones industriales, etc., etc.»

Los bancos refaccionario e hipotecarios sufrieron también varias modificaciones, todo lo cual aprobaron las Cámaras.

«Propuso después, el mismo funcionario, un proyecto de ley por el que se facultaba al Ejecutivo para otorgar subvenciones en dinero efectivo a las empresas de obras de irrigación y proporcionar préstamos a largos plazos, y con rédito relativamente moderado, a las negociaciones agrícolas y a las que utilizan en mayor escala las materias primas y los recursos naturales de la República.

«A fines de mayo (1908) fué aprobada por el Congreso la solicitada autorización, y a mediados de junio expidió el Ejecutivo el decreto respectivo, en el que se expresaba la cuantía de la subvención que se facultaba al Gobierno para emplear en obras de regadío ($ 25.000,000) y el capital de las obligaciones garantizadas por la nación en las operaciones de crédito agrícola ($ 50.000,000).

»Con fundamento de dicha ley, el Ministro de Hacienda celebró un convenio, en los primeros días de septiembre, con los representantes de los Bancos Nacional de México, de Londres, Central y Mexicano de Comercio e Industria, para la constitución de una sociedad anónima, con el nombre de «Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de Agricultura», destinada a hacer anticipos, en las condiciones ya mencionadas, a las empresas de riego, agrícolas y ganaderas, así como también, excepcionamente, a las explotadoras de combustible mineral y metalúrgicas.»

«Los bancos concesionarios abrieron al público la suscripción de las acciones libres, y pocos días más tarde la lista estaba cubierta por completo; seguidamente empezó a funcionar la Caja de Préstamos, el mes de noviembre de 1908.»

Otras iniciativas no menos beneficiosas que las anteriores propuso el Sr. Limantour en este mismo año y fueron: una ley de impuestos sobre herencias y donaciones en la que se favorecía a los que heredasen corta hacienda; la relativa a las Cámaras de Comercio constituyéndolas en agrupaciones activas, y finalmente, una ley de seguros

sobre la vida, teniendo por base la inspección oficial como garantía del público.»

En los primeros días de marzo de este año 1908, el Presidente Díaz concedió en el palacio de Chapultepec una larga audiencia al periodista americano *Mr. James Creelman*, representante del periódico neoyorkino *Pearson's Magazine*. No se sabe todavía si tal entrevista fué espontáneamente solicitada por el mencionado escritor o intencionalmente provocada por algunos del círculo gubernamentalista.

Las declaraciones que en ella constan fueron de tal sensación y trascendencia, que muchos juzgaron aquel acto del Presidente Díaz como una prueba de su decrepitud, a la vez que otros las calificaron de «un ardid para tomar el pulso a la opinión pública y saber hasta qué punto estaba con él».

«Otros creen que el General Díaz, dando crédito a la adulación, llegó a considerarse sumamente popular y a imaginarse que al declarar su intención de dejar el poder, se levantaría en toda la nación un clamor general pidiéndole que siguiera en la Presidencia. Otros se han imaginado que el General Díaz perseguía como fin el saber quienes eran los que podían alborotarse con esas declaraciones, para anularlos oportunamente. Por último, él mismo ha dicho posteriormente que lo manifestado por él, en aquella entrevista, era solamente un deseo personal.»

Sea cual haya sido el móvil de esta conferencia, provocó una efervescencia en los ánimos de la mayoría de la nación, la cual describe un escritor contemporáneo de este modo: «A penas el General Díaz manifestó al periodista americano Creelman su deseo de presenciar en el país la organización de partidos; apenas expresó su creencia de que el pueblo se encontraba ya en condiciones de capacidad para el ejercicio de la democracia, dejóse sentir en el antes tranquilo terreno de la cosa pública un desordenado impulso que, al amparo de una supuesta bandera política, mostró desde un principio los síntomas de una visible descomposición en los grupos que tomaron a su cargo ese movimiento. Se lanzó al aire un buen puñado de ideas disolventes; se trató de agitar los apetitos y los instintos de las clases populares, cuya pasividad encubre atávicos sentimientos de rebeldía; inicióse, en suma, una campaña en la que vibró nuevamente el odio a los científicos.»

Acontecimientos políticos notables del año 1908 fueron éstos: reelección de los Gobernadores de Durango, Sinaloa, Veracruz, More-

los y Michoacán, y nueva elección de los de Guerrero, Tamaulipas y Zacatecas.

Sucesos religiosos memorables son: la erección de la Colegiata de Nuestra Señora de la Salud, en Pátzcuaro (Michoacán); coronación, en Guanajuato, de la imagen de la Purísima Concepción que en la iglesia parroquial se venera; inauguración y celebración de la semana Agrícola Católica, en la ciudad de León; y consagración de los Ilustrísimos Sres. D. Ignacio Placencia, Obispo de Tehuantepec, y don Leonardo Castellanos, Obispo de Tabasco.



Ilmo. Sr. Rafael S. Camacho.

La nación pierde en este año a distinguidos miembros suyos, como el Sr. General D. Francisco Z. Mena, el Lic. D. Carlos Rivas, el Lic. D. José Algara, el Ilmo. Sr. D. Próspero M.ª Alarcón, el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, el General D. Francisco Naranjo, el Lic. D. Eduardo Pankurst y el Coronel D. Manuel Alarcón.

En Bay Side (E. U. A.) falleció también el 18 de julio, el compositor D. Jaime Nunó, autor de la música del himno nacional mexicano.

Ocurrieron igualmente algunos cambios diplomáticos, tanto de los representantes de México como de los de naciones amigas; entre aquéllos mencionaremos especialmente el nombramiento del Sr. Licenciado D. Francisco L. de la Barra, para Embajador de México, en los Estados Unidos.

Las más terribles calamidades públicas fueron el incendio de Monterrey del 11 de enero; el de Santa Lucrecia y el del pozo petrolífero de «Dos Bocas», que tantos males produjo y que con tanto trabajo logró extinguirse.

Una mejora de importancia en algo atenuó esas catástrofes y fué la inauguración del ferrocarril de Manzanillo, efectuada el día 11 de diciembre y a la cual asistió el Sr. Presidente de la República.



CAPÍTULO XXI

1909-1910.—Efectos de la conferencia de Creelman.—El partido democrático.—El partido reyista.—Renuncia el General Reyes la candidatura para la Vicepresidencia y sale para el extranjero.—El partido antirreeleccionista y D. Francisco I. Madero. —Hábil gestión económica del Sr. Limantour.—Penuria del maíz que el Gobierno remedia.—Mejoras materiales.—Sucesos religiosos.—Reelección de Gobernadores.—Descontento en Morelos y Sinaloa.—Muertos ilustres.—Entrevista del Presidente Díaz con el Presidente Taft.—El Presidente Zelaya de Nicaragua.—Centenario de Talamantes.—Los *pesos mulas*.—El crimen de los Tepames.

La conferencia Creelman (1), que tanta sorpresa causó en todos los habitantes de la República, comenzó a discutirse en los periódicos, durante varios meses, y con motivo de ello la opinión pública llegó a exteriorizarse en esta forma: «conveniencia de que el General Díaz dejase el poder para así apreciar mejor su obra».

Ante estas tan claras y poco tranquilizadoras ideas se creyó pertinente que el Gobierno interviniera y se les hicieron advertencias e insinuaciones a algunos periódicos, para no volver a tocar ese punto; ello no obstante los ciudadanos comenzaron a reunirse y se fundó el «Partido Democrático».

Formaron ese partido, principalmente, profesionalistas y aun empleados del Gobierno, y quizá por esto apareció sin tendencias personalistas. Varios miembros de esta agrupación eran entusiastas partidarios del General D. Bernardo Reyes, que de años atrás se consideraba avocado a la Presidencia de la República, y ellos querían convertir a sus compañeros en favor de su candidato.

Convencidos de no alcanzarlo, se separaron éstos de esa agrupación en los primeros meses del 1909 y comenzaron a trabajar, ostensiblemente, por Reyes.

El partido democrático, después de esto, estuvo a punto de disol-

(1) Véase su texto íntegro, en el Apéndice, bajo el n.º 1.

verse, pero fué reforzado por nuevos adeptos, tanto de entre los particulares, como de los empleados públicos.

Entretanto el partido reyista se organizaba de una manera rápida y sorprendente en toda la República y prometía ser el único preponderante, llegando a preocupar seriamente al Gobierno; tenía clubs en incontables poblaciones, disponía de numerosa prensa y de miles de adeptos y organizaba manifestaciones silenciosas pero imponentes, por el número de manifestantes, en México y en las principales ciudades. El candidato de él, General Reyes, postulado para la Vicepresidencia de la República, no había, sin embargo, aceptado su postulación y contestaba con evasivas cada vez que se tocaba ese punto. En Guadalajara los reyistas y el pueblo provocaron un escándalo formible el día que un grupo de corralistas fué a hacer propaganda, y otro tanto sucedió en Guanajuato, viéndose obligado el elemento oficial a renunciar a esos viajes políticos.

«El Gobierno porfirista, para anular al único rival que consideraba temible, echó mano de sus antiguos y conocidos recursos: después de muchas intrigas y combinaciones, consiguió hacer renunciar al Gobernador reyista de Coahuila, Sr. Cárdenas, y envió a Monterrey (agosto de 1909), al General de división D. Jerónimo Treviño con varios batallones; D. Bernardo Reyes, con pretexto de cambiar de aires, se refugió en Galeana, punto estratégico de la sierra, donde pasó algunas semanas vacilando acerca de su conducta futura. Apremiado por sus partidarios, renunció al fin de una manera categórica su candidatura a la Vicepresidencia y el 23 de octubre entregó el Gobierno de Nuevo León al General D. Jerónimo Treviño. A los pocos días salía para Europa comisionado, según se dijo entonces, para hacer estudios militares.»

«El partido reyista, desilusionado y sin jefe, se desorganizó enteramente, siendo contadísimos los partidarios que le quedaron; la gran mayoría de él, dispersa, fué a engrosar las filas de los demás partidos o dejó de ocuparse de los asuntos públicos.»

Casi en los días que el partido demócratico sufría la escisión antedicha, surgió un tercero que en su principio quiso también llamarse democrático y que al fin adoptó el nombre de «antirreeleccionista».

Formaban a su cabeza personas acomodadas de Coahuila, entre las que se distinguió desde el principio D. Francisco I. Madero, perteneciente a una antigua y opulenta familia de aquella región y que

había hecho sus primeras batallas en las elecciones locales. Tampoco estaba bien organizado el grupo y únicamente empezó a adquirir cohesión y fuerza cuando el Sr. Madero publicó su célebre libro «La sucesión presidencial en 1910», cuya primera edición se agotó rápidamente, siendo necesario hacer otra profusa, la que circuló en abril de 1909. El autor abordaba francamente la difícil cuestión política y era el primero, después de muchos años, que tenía el suficiente valor civil para decir en letras de molde las verdades que en voz baja todos se repetían y para conjurar a la Nación a fin de que hiciese cesar el estado de cosas que regía antes de esta fecha.

Todas estas tentativas las tenía el Gobierno en poco y aun la opinión pública las veía con marcada indiferencia, mayormente después de la defección del General Reyes.

Veremos luego cómo posteriores acontecimientos vinieron a cambiar la faz de las cosas.

Comenzó la hacienda pública a resentirse de los efectos de la crisis económica de los Estados Unidos, desde los primeros meses del año 1908.

El ejercicio fiscal que terminó en junio de este año no marcó una notable disminución sobre el anterior, pues éste produjo $ 114.286,122,050, y aquél $ 111.771,867,68; el superávit de 1907-1908 pasó de $ 18.500,000.

«El presupuesto para 1909-1910 fué un presupuesto de retención, una obra destinada a hacer frente a una situación cuyo alcance no podía preverse, algo así como el casco que debía sostener un navío destinado a arrostrar los embates de un mar desconocido. El señor Limantour había logrado aligerar el total de las erogaciones en más de siete millones de pesos de la suma votada por la Cámara de Diputados para el ejercicio anterior, dejando intactos todos los servicios administrativos, manteniendo los aumentos de sueldos acordados en años anteriores, y sin introducir otras reducciones que las de aquellos gastos que tienen en la aplicación del presupuesto un carácter facultativo y los que eran susceptibles de aplazarse, y aun encontró medio de suprimir algunos impuestos: los derechos a la exportación del henequén y los de igual clase al ixtle; y redujo, además, a la mitad, el gravamen al consumo de carnes de los habitantes del Distrito Federal.

«La crisis, empero, ofrecía cada día caracteres más agudos, y cada día marcaba también más intensamente sus efectos en todos los elementos que transmiten vida a las finanzas nacionales.»

Con motivo de la iniciativa que a mediados de 1909 propuso el Secretario de Hacienda a la Cámara para que se autorizara al Ejecutivo para invertir de las reservas la suma de $ 25.000,000 en obras de utilidad pública, no faltó quien se opusiera alegando que en las actuales circunstancias ese gasto podría comprometer seriamente la situación financiera.

Se demostró entonces que aun tomando esa cantidad de las existencias del Erario restaban en él más de $ 45.000,000; y que al hacerse ese gasto se daba trabajo a las clases populares, que carecían de él en aquel momento de crisis, «y así se devolvía ese dinero al pueblo en la única forma en que el Poder público puede devolverlo».

La iniciativa se aprobó y se benefició con ello, en algo, el proletariado.

Fué en esa época, también, cuando se combatió al Ministro Limantour, aseverando que con sus combinaciones financieras había echado una pesada carga a la Nación; entonces el Ministro «quiso poner a la vista de todos, los datos relativos al aumento de la deuda, las inversiones que se le habían dado y los sobrantes obtenidos, así como los principales valores que figuraban en el Activo de la República».

Se publicaron entonces «una serie de cuadros que resumían los expresados datos, correspondientes al período transcurrido entre el 30 de junio de 1895 e igual fecha de 1908. El resumen no podía ser más instructivo: de él se desprendía que en la suma total de los empréstitos exteriores, el capital de los primitivos se había reducido en $ 11.024,758,77 y que aparecía un aumento de $ 78.431,591, procedente del empréstito de 1904 (4 por 100).

«En cuanto a la deuda interior, el aumento por las diversas emisiones de títulos 3 por 100 consolidado se cifraba en $ 50.715,710 sobre la suma de 30 de junio de 1895.—Respecto a las inversiones a que se habían aplicado estos aumentos, ya hemos dado a conocer la del empréstito exterior del 4 por 100; el aumento de la deuda interior se había destinado a subvenciones a empresas ferroviarias, a obras en los puertos, al camino de Tehuantepec y a amortizar créditos diversos. Y por lo que hacía a los demás datos que figuraban en los cuadros, es de agregarse que, según ellos, con los sobrantes obtenidos en los años fiscales transcurridos desde el 30 de junio de 1895 al 30 del mismo mes de 1908, se habría podido pagar en su totalidad el aumento de la deuda pública, quedando todavía un remanente de $ 14.650,606,85;

y que en contraposición a los $ 118.122,542,23, que representaba la cantidad líquida a que ascendía el expresado aumento, se contaban los siguientes beneficios obtenidos por la Nación: se había invertido en subvenciones ferrocarrileras, en la ejecución de obras en los puertos y en la reconstrucción del camino de hierro de Tehuantepec con recursos extraños a los presupuestos, la suma de $ 121.000,000; se habían adquirido las acciones de los Ferrocarriles Nacionales, valuadas en más de $ 33.600,000, y además el Erario Federal contaba con una existencia de $ 82.566,000; en total $ 287.366,000 contra un aumento de $ 118.122,542,23.

»Y por lo que se refería a la carga que representa el servicio de intereses y amortización de la deuda en el total del Presupuesto de gastos, el Ministro hacía observar, meses después, que el tanto por ciento de esa partida presenta, en relación con el total de las erogaciones, el siguiente decrecimiento en el quinquenio último:

1904-1905.	33,10 por 100
1905-1906.	31,78 por 100
1906-1907.	30,84 por 100
1907-1908.	28,13 por 100
1908-1909.	27,82 por 100»

En vista de las bajas de las rentas públicas por causa de la mencionada crisis económica, se pronosticó un fuerte déficit para el ejercicio fiscal de 1908-1909. «No faltó periódico que tomara como cifra de ese déficit la que arrojara la depresión de los ingresos.—El señor Limantour eliminó muy pronto esos pretextos de ataque con la presentación de la cuenta del Tesoro correspondiente al citado año económico: las rentas federales acusaban, en efecto, una reducción de 13.000,000, pero en vez de un déficit, aparecía, cual de costumbre, un superávit, cifrado en cerca de 6.000,000 de pesos.

«Una baja de 14.000,000 en los ingresos de nuestra Hacienda pública en 1892-93, estuvo a punto de precipitar el país en las simas de la bancarrota; la crisis de 1907-09, más intensa y prolongada que la de 1892-94, en nada ha afectado al equilibrio fiscal; no se ha tenido que apelar a las medidas extraordinarias a que fué necesario acudir entonces; se han mantenido, según hicimos ya ver, todos los aumentos realizados en el presupuesto de gastos; no se ha apelado a ningún expediente anormal para obtener nuevas entradas; al contrario, se han

suprimido ciertos gravámenes y se han disminuído otros; y la República, sin embargo, ha podido salir victoriosa de esta nueva lucha, que ha puesto una vez más a prueba la fortaleza de sus elementos de vida y la solidez de su gestión financiera.»

La irregularidad en las lluvias y lo prematuro de las heladas fueron causa de que las cosechas en la República ofrecieran poco rendimiento, y a causa de ello comenzó en octubre la carestía del maíz. El Gobierno acudió a remediar esta urgente necesidad pública decretando, en 8 de octubre de 1909, la exención de derechos de importación al maíz que se introduzca por las aduanas nacionales, a partir desde esa fecha hasta marzo de 1910.

Como esto no remediara en mucho la penuria pública el Congreso autorizó al Ejecutivo, por decreto del 20 del mismo octubre, para invertir la cantidad que fuese necesaria en adquirir e introducir en el país maíz y frijol extranjeros, desde esa fecha hasta marzo de 1910.

Llegado el mes de marzo de 1910 se hizo necesario prorrogar el plazo, por otro decreto de 10 de abril de este año, hasta el 30 de septiembre del mismo, para introducir maíz extranjero, libre de derechos, en la República; y en 13 de abril prorrogó la Cámara Nacional la autorización concedida al Ejecutivo para invertir hasta un millón de pesos en la compra e introducción de maíz y frijol extranjeros.

Con objeto de dar trabajo a los pobres, la representación nacional ya había autorizado, en 11 de noviembre de 1909, que de las reservas del tesoro se dispusiese la cantidad de $ 1.580,000 para las obras públicas que allí se mencionan.

Dos decretos más, uno de 30 de mayo de 1910 y otro de 31 del mismo mes y año, autorizan el gasto de $ 4.000,000 para la provisión de aguas potables de la ciudad de México y la conversión o pago de los títulos de la deuda consolidada mexicana del 5 por 100 del año 1899, emitiendo otros títulos que devenguen solamente el 4 por 100 anual. Este negocio se arregló hasta los primeros días de julio de 1910 mediante contrato y por el cual se hacía la emisión de un empréstito de 22.200,000 libras esterlinas que causarán el 4 por 100 de interés anual y serían reembolsadas en 69 semestres, o sea el 1.º de enero de 1945.

Entre las mejoras materiales de mayor importancia, llevadas a cabo en 1909-10, señalaremos éstas: el 18 de abril 1909, inauguración del ferrocarril entre Culiacán y Mazatlán; el 11 de julio coloca el Pre-

sidente de la República la primera piedra del pabellón de servicios generales, en el Manicomio que se estaba edificando en terrenos de «La Castañeda», en Mixcoac; en 1.º de mayo de 1910 inaugura el mismo primer magistrado de la Nación, el camino para automóviles arreglado en el trayecto de Iguala a Chilpancingo, y en esta ciudad coloca la primera piedra del monumento al General D. Vicente Guerrero; otras mejoras materiales, con motivo de la celebración del primer Centenario del inicio de nuestra Independencia, se proyectaron, las que en otro lugar se mencionarán.

En el orden religioso, acontecimientos importantes en esos mismos años, fueron éstos: el 18 de enero 1909 se celebró en la ciudad de Oaxaca la solemne coronación de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, habiendo concurrido a la misma el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, los Arzobispos de Michoacán, Guadalajara, Linares y Yucatán, y los Obispos de Chiapas, Huajuapan, Chihuahua, Chilapa, Sonora, Tehuantepec y titular de Tloe. Al siguiente día y en el famoso templo de Santo Domingo, de la misma ciudad, se inauguró el 4.º Congreso Católico Nacional; el 11 de febrero arribó a la ciudad de México el Ilmo. Sr. D. José M.ª Mora y del Río, que de la Diócesis de León fué trasladado a la Sede Arquiepiscopal de México, por Breve de 5 de diciembre de 1908.



Ilmo. Sr. Dr. José M.ª Mora, Arzobispo de México.

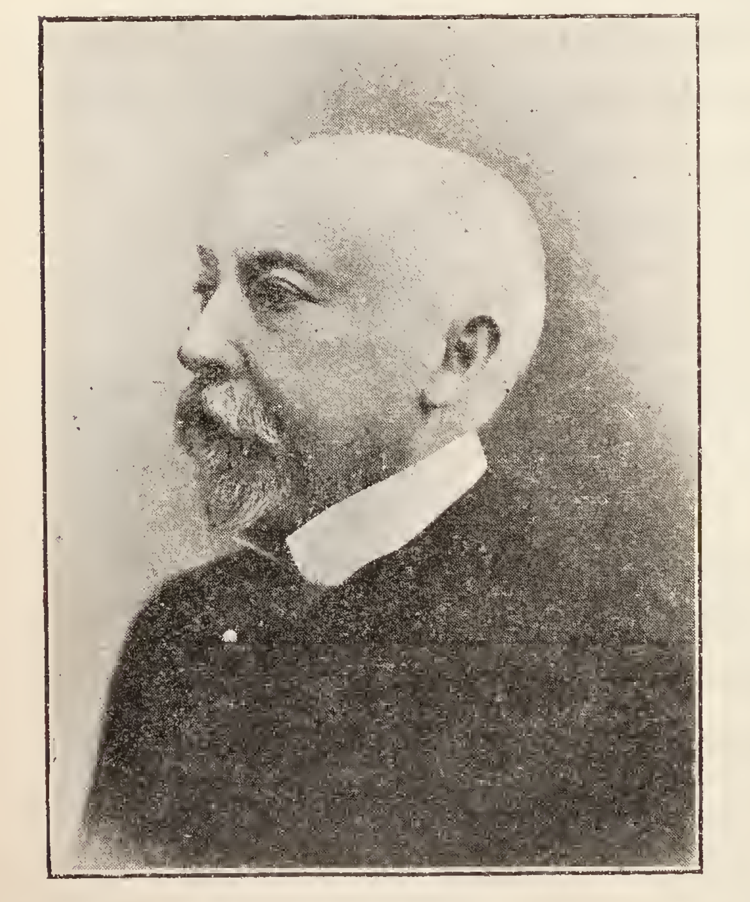
El 4 de julio es consagrado Obispo de Zamora, en la catedral de Oaxaca, el Dr. D. José Otón Núñez; en el templo de San Francisco de Celaya, el 12 de octubre, con el carácter de Delegado de la Santa Sede, corona el Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán a la imagen de la Purísima Concepción que allí se venera; el 17 del mismo mes, en la catedral de México, es consagrado Obispo de León el Ilmo. Sr. D. Emeterio Valverde Téllez; en 12 de noviembre toma posesión del Obispado de Durango el Ilmo. Sr. D. Francisco Mendoza, antiguo Obispo de Campeche; el 12 de diciembre el Arzobispo de Guadalajara consagra en su catedral al Ilmo. Sr. D. Jaime Anasagasti como Obispo de Campeche.

El 24 de febrero de 1910 recibe la consagración episcopal, en la

catedral de Durango, el Ilmo. Sr. D. José de Jesús Guzmán como Obispo de Tamaulipas.

Con motivo de la renovación de la jura del Patronato de Nuestra Señora de Guadalupe, se celebra una solemnísima función en la Basílica del Tepeyac y también en todas las Diócesis de la República, desde el 9 hasta el 12 de octubre de 1910.

Nuevas reelecciones de Gobernadores aumentan el disgusto y malestar de la Nación, que ve con marcado encono a las mismas personas que el Gran Elector sostiene e impone a todo trance. Tlaxcala sufre por otro nuevo período al Coronel D. Próspero Cahuantzi; Puebla al General D. Mucio P. Martínez; el Estado de México al General D. Fernando González; Guerrero a D. Damián Flores; Hidalgo a D. Pedro L. Rodríguez; Guanajuato al Licenciado D. Joaquín Obregón González; Chiapas al Licenciado D. Ramón Rabasa; Oaxaca al Licenciado D. Emilio Pimentel y San Luis Potosí al Sr. D. José María Espinosa y Cuevas.



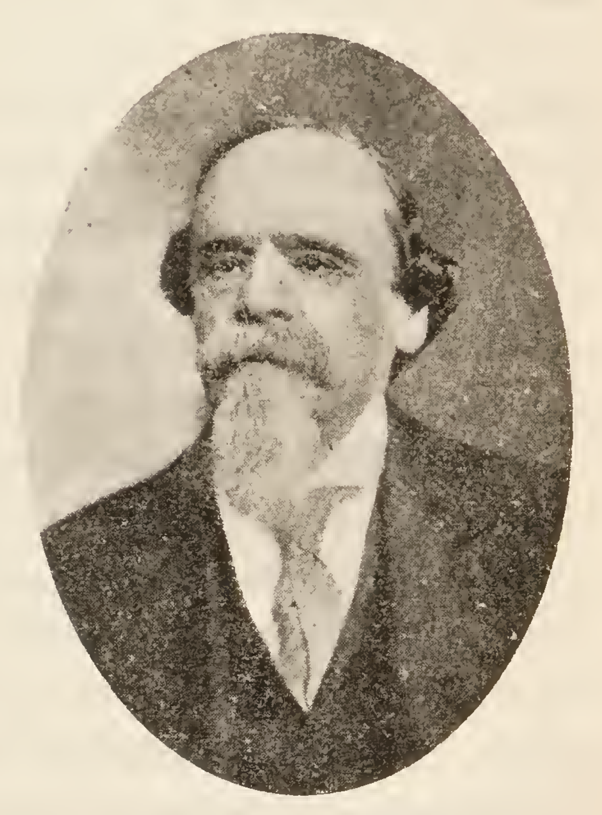
Lic. Joaquín Baranda.

Otros Estados, como Morelos, Sonora, Sinaloa, Nuevo León, Coahuila, Yucatán y Chihuahua tienen nueva persona al frente de su Gobierno, aunque siempre de imposición oficial y no por voto popular. Esta vez el pueblo, después de muchos años de silencio, significó públicamente su desagrado con manifestaciones más o menos ruidosas, siendo las más notables, en este particular, las de Sinaloa y Morelos.

Los notables fallecidos en el bienio 1909-10 son: El Ilustrísimo Sr. Dr. D. Santiago Zubiria, Arzobispo de Durango; el Sr. D. José María Vigil, Director de la Biblioteca Nacional, persona conspicua por su gran erudición y vasta ciencia; el Ilmo. Sr. Dr. D. José María Cázarez y Martínez; el Sr. Licenciado D. Joaquín Baranda; el General D. Francisco Cañedo; El Sr. D. Vicente García Torres; el Sr. Licenciado D. Igna-

cio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores y eminente hombre de Estado; el Ilmo. Sr. Obispo de Zacatecas, señor D. José Guadalupe Alva, y el Obispo de Campeche, Ilmo. Sr. D. Jaime de Anasagasti.

Substituye en el Ministerio de Relaciones, al Sr. Mariscal, el señor D. Enrique C. Creel, dejando para ello el Gobierno de Chihuahua y tomando posesión de su nuevo cargo el día 4 de mayo de 1910.


Lic. Ignacio Mariscal.

Varios cambios y aumentos en el personal de nuestros representantes en el extranjero se verificaron en los años de 1909-10, así como también entre los de igual carácter de las naciones amigas, ante nosotros. El más importante de estos cambios fué el del Embajador de los Estados Unidos, puesto que ocupó el Sr. Henry Lane Wilson, el día 5 de marzo del año 1910.

Asuntos importantes de la política internacional obligaron al Presidente Díaz a celebrar una entrevista con el Presidente Taft, de los Estados Unidos. Para ello se hicieron los arreglos preliminares convenientes y se señaló como punto para dicha entrevista la ciudad de El Paso, Texas.

Las Cámaras concedieron al General Díaz el permiso correspondiente el día 27 de septiembre del año 1909, señalando para ello la segunda quincena de octubre próximo. El día 11 de este mes, a las 6 y 35 minutos de la tarde, salió de México el Presidente de la República con rumbo a Chihuahua, Ciudad Juárez y El Paso (Texas). Arribó a Chihuahua el día 13, en donde permaneció el siguiente día; el 15 llegó a Ciudad Juárez y el 16, a las 11 y minutos de la mañana, se efectuó la entrevista de ambos Presidentes.

Terminada ésta regresó a Ciudad Juárez el General Díaz y en la noche de ese mismo día el Presidente Taft pasó a ella y se le obsequió con un suntuoso banquete, después del cual regresó a El Paso, Texas. Esa misma noche salió el Presidente Díaz para México, a donde llegó el día 19

La situación política en la República de Nicaragua, debida principalmente a las intrigas de los norteamericanos, que provocaron una revolución contra su Presidente D. Santos Zelaya, ocasionó serios trastornos a ese país. La intrusión en los asuntos del mismo, de parte de la Casa Blanca, llegó al grado de pretender apoderarse de la persona de Zelaya. El Gobierno de México logró con gran oportunidad amparar a este gobernante, en uno de sus barcos de guerra, y transportarlo a México, en donde se le dió amplia hospitalidad y garantías. De México pudo luego salir el Sr. Zelaya para Europa, burlando así la saña del Gobierno norteamericano.

El Secretario de Relaciones de los Estados Unidos, Mr. Knox, quedó muy disgustado de que así hubiese procedido el General Díaz, y parece que desde entonces se decretó su ruina.

El año 1909 fué fecundo en desastres para México, pues a más de la pérdida de las cosechas, temblores, incendios más o menos desastrosos, entre ellos el del antiguo Teatro Iturbide que servía de Cámara de Diputados, ocurrido el 23 de marzo, les superó las inundaciones de Monterrey en los días 10 y 27 de agosto, sobre todo la última, en la que perecieron más de 2,000 personas y las pérdidas materiales ascendieron a varios millones de pesos.

La Comisión creada para organizar las fiestas del Centenario, durante el mes de septiembre del año 1910, trabajaba con tesón y empeño en su cometido y pudo, como un anticipo a ellas, cumplir con un deber de alta justicia celebrando, el 9 de mayo de 1909, una solemne ceremonia, en México y Veracruz, en honor del religioso mercedario, D. Melchor de Talamantes, a fin de conmemorar el centenario de su muerte, como uno de los primeros mártires de nuestra independencia. En Veracruz inauguró un monumento en el castillo de San Juan de Ulúa, pues en esta prisión murió el benemérito religioso; en México descubrió una placa conmemorativa que mandó se fijase en la casa que él habitó durante su permanencia en esta ciudad, o sea en la «Puerta falsa de la Merced».

La comisión de Cambios y Monedas quiso contribuir también a la conmemoración del centenario y para ello proyectó la acuñación de una nueva moneda de a 1 peso, dando a conocer su dibujo el día 4 de enero de 1910.

Nada inspirado y poco feliz estuvo el artista que de ello se ocupó, al grabar el troquel, pues la moneda salió muy vulgar y tan mal eje-

cutada, que el arrogante caballo que en sus lomos lleva a la mujer que simboliza la paz, tiene todo el aspecto de una *mula* y por eso el público llamó a esas piezas *los pesos mulas*.

Un acontecimiento público, fruto del caciquismo que protegido por la administración pública en todo el país imperaba, conmovió hondamente a la sociedad del Estado de Colima y al resto de la nación que de ello tuvo conocimiento.

A mediados del mes de marzo del año 1909 fueron villanamente asesinados en su casa habitación del rancho de los Tepames (Colima), los hermanos Bartolo y Marciano Suárez, por el comandante de la policía de Colima, Darío Pizano, ayudado por un numeroso grupo de sus subordinados.

Odios personales y envidias fueron los móviles de tal crimen que mediante $ 3,000, pagados a Pizano, éste no tuvo empacho en perpetrar. Los detalles del crimen arrancaron un grito de indignación a la sociedad honrada, ésta aumentó más por la escandalosa protección que el Gobernador del Estado y el juez de la causa concedieron al asesino y a sus instigadores.

Para que la justicia acatara en algo a la opinión pública fué necesario que la prensa de Guadalajara y la de México, principalmente, excitaran a diario y por meses, al Gobernador de Colima, al cumplimiento de la ley.

Intervino en este asunto el Sr. Presidente de la República, ante quien vino la doliente madre de las víctimas a exponer sus quejas y a pedir justicia... ¡Esta aun no se ha hecho!!

CAPÍTULO XXII

1909-1910.—Estado del país. —Octava reelección del General Díaz y segunda del Vicepresidente Corral.—Gran disgusto por ambas.—Censo de la República.—Fiestas del centenario.—La revolución maderista, su desarrollo y avance.

No obstante las nubes de descontento y desconfianza que obscurecían el horizonte de la patria, la nación entera quiso deponer todos sus resentimientos y aprensiones, para la celebración del primer Centenario de la iniciación de la Independencia de México.



General Porfirio Díaz
(1910).

Las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República se efectuaron como de costumbre, y el 27 de septiembre del año 1910 fueron declarados reelectos el Sr. General D. Porfirio Díaz y el Sr. D. Ramón Corral, para un período de seis años que se contaría desde el 1.° de octubre del año 1910.

En esta fecha tomaron ambos posesión de sus respectivos puestos. Nada auguraba por entonces lo que poco más tarde los acontecimientos revelaron y, no era que la nación viese con indiferencia y apatía ese continuado abuso del poder, sino que cual si tácitamente todos los mexicanos hubiesen convenido en aplazar sus justas quejas y vengar sus agravios, se dedicaron con toda el alma a celebrar la fecha y acontecimiento memorable que hacía 100 años los había redimido.

No será una exageración creer que una gran mayoría de los

15.063,207 habitantes que, según el censo de octubre del año 1910, tenía la República, pensasen y obrasen bajo esta patriótica idea.

No hubo lugar, por insignificante y humilde que fuese, en todo el ámbito de la República que no inaugurase alguna obra benéfica o de pública utilidad, en los días 15 y 16 de septiembre del año 1910. Relación circunstanciada de todo ello requeriría un libro de otra índole que el nuestro.

Una sucinta relación de los festejos habidos en la capital de la República, será lo único que aquí reseñaremos:

Para dar realce mayor a esta conmemoración, el Gobierno mexicano invitó por conducto de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a todos los Gobiernos con los cuales mantenía relaciones amistosas.

Treinta y una naciones aceptaron la invitación y mandaron sus representantes, con excepción de Inglaterra, Santo Domingo y Nicaragua, que a última hora no pudieron hacerlo.

Italia, Japón, Estados Unidos de América, Alemania, China, España, Francia, Honduras, Bolivia, Austria Hungría, Cuba, Costa Rica, Rusia, Portugal, Holanda, Guatemala, El Salvador, Perú, Panamá, Brasil, Bélgica, Chile, Argentina, Noruega, Ecuador, Uruguay, Suiza, Venezuela, Colombia, Grecia, enviaron sus representantes especiales y otras tres nombraron delegados.

«Banquetes oficiales y de orden privado, actos solemnes, dedicación de avenidas y monumentos, visitas a establecimientos públicos, funciones teatrales y animadas fiestas y bailes pusieron a los obsequiados extranjeros en contacto con sus compatriotas residentes en México y con la sociedad mexicana; y la recepción expresiva y cordial que en todas partes se les hizo, debe haberles convencido del agrado con que se les veía y de la estimación del país entero por los Gobiernos y Naciones que los comisionaron para asistir a la conmemoración sagrada de nuestra patria.»

Algunas naciones extranjeras mandaron con sus representantes algún obsequio a México, y las colonias extranjeras hicieron otros; Italia regaló una reproducción de la estatua de San Jorge; el Japón, dos magníficos tibores de su espléndida cerámica; Alemania, una estatua marmórea del ilustre Barón Alejandro de Humboldt; la colonia china, un riquísimo ajuar de salón, cortinajes y un tapiz admirablemente bordado; España, como un muy significativo agasajo, devolvió las prendas que fueron de uso del gran Morelos; Francia, un soberbio

jarrón de Sèvres y las simbólicas llaves de la ciudad de México; Honduras, Guatemala y el Salvador, obsequiaron al Sr. Presidente de la República con un cuadro conmemorativo de la presencia de ellos durante estas fiestas; la colonia otomana donó un reloj público, que por su artística colocación es un nuevo monumento que embellece a la ciudad.

Banquetes, fiestas sociales, exposiciones, actos solemnes oficiales, inauguraciones de establecimientos públicos de instrucción o beneficencia, congresos científicos, exposiciones científicas y artísticas, concursos, conferencias, recepciones, fiestas militares, fiestas populares y patrióticas, descubrimientos de lápidas conmemorativas, excursiones, conciertos, fiestas teatrales, recepciones oficiales y un inmenso júbilo popular mantuvo siempre gratamente entretenidos a todos los que por ese tiempo residieron en la capital de la República.

Detallaremos algo de lo más notable efectuado en cada uno de los días del mes de septiembre:

El día 1.° se verificó la inauguración del Manicomio general, en la antigua Castañeda, Mixcoac; el 2 se trasladó con gran pompa y entusiasmo, de la estación del ferrocarril mexicano hasta el Museo Nacional, la pila donde fué bautizado, en la parroquia de Cuitzeo de los Naranjos, el padre de la Independencia Mexicana, Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla.

El 3 se abrió al público la exposición japonesa y por la noche la exposición de higiene.

El 4, fiestas del comercio, banca e industria con desfile de carros alegóricos por las principales calles de la ciudad; el 5, recepción en palacio por el Presidente de la República de los Embajadores especiales de los Estados Unidos, Italia, Japón, Alemania y China.

El 6, gran desfile de niños de las escuelas nacionales y particulares, en honor de la bandera de la Patria; el 7, recepción de los representantes de otras naciones amigas; el 9, colocación de la primera piedra para el monumento de Isabel la Católica, en el parque de Chapultepec; el 10 y el 11, banquetes por la noche, en el Palacio Nacional, al cuerpo diplomático y representantes especiales extranjeros; el mismo día 11 se colocaron las primeras piedras de los monumentos a Washington y a Pasteur.

El 13, inauguración de la estatua del Barón de Humboldt; el 14, gran procesión cívica en honor de los héroes de la Independencia y

colocación de ofrendas florales sobre las urnas en que yacen sus restos, en la Iglesia Catedral.

El 15, desfile histórico preparado y dirigido por el Secretario de la Comisión del Centenario, Sr. D. José Casarín. Fué este desfile uno de los espectáculos de mayor atracción popular que tuvieron las fiestas centenarias.

En el mismo «estarían representadas tres grandes épocas de la existencia nacional: la de la Conquista, la de la Dominación española y la de la Independencia; para conseguirlo, se organizaron otros tantos cuadros que deberían figurar, el primero, la salida del Emperador Motecuhzoma al encuentro de Cortés; el segundo, el paseo del Pendón en los tiempos virreinales, y el último, la entrada en México del Ejército Trigarante, al mando de Itúrbide. Además quedarían incorporados a la procesión varios carros alegóricos.

»Por lo que hace al primer cuadro, deberían formarlo un grupo mexicano compuesto por diez y nueve guerreros con estandarte fijo, un gran Capitán escoltado por ocho guerreros con divisa, cincuenta guerreros, treinta y ocho sacerdotes, los señores de los Reinos inmediatos a Tenochtitlán acompañados por veinte caballeros del Sol, quince nobles, veinte indias principales resguardadas por seis guerreros con estandarte fijo y dos caballeros Tigres, numerosos servidores con alfombras, el Emperador Motecuhzoma y su corte, varios guerreros, sacerdotes y, por último, una retaguardia militar; y el grupo español, integrado por una descubierta de escopeteros a caballo y a pie, atambores y clarines, ballesteros, Cortés con D.ª Marina (Malintzin) y sus capitanes, frailes, servidumbre de aquél, arcabuceros, guerreros tlaxcaltecas, jefes de la República de Tlaxcala y portaestandartes.

»En el segundo cuadro formarían doscientas ochenta y ocho personas con trajes adecuados, entre las que estarían el Virrey, los oidores de la Audiencia, los miembros del Ayuntamiento, los consejeros del Rey, el Alférez Real, los provinciales religiosos, los indios principales, gran número de militares y funcionarios civiles y muchas personas de inferior categoría; y en el tercero, los Generales D. Agustín de Itúrbide, D. Vicente Guerrero, D. Manuel Mier y Terán, D. Guadalupe Victoria y D. Anastasio Bustamante; algunas secciones de las que formaron el Ejército Trigarante, entre ellas las de los regimientos de Granaderos Imperiales, de la Corona, de Celaya, de Tres Villas, de

Guadalajara, de Querétaro, Ligero de Cuernavaca, Fijo de Puebla, de México y de Valladolid, de Santo Domingo, de Fernando VII, de Dragones de México, del Rey, de Santander, Fieles del Potosí y otros, así como varios carros alegóricos enviados por los Estados de la Federación». Estos eran: carro alegórico del Sitio de Cuautla, organizado por Michoacán; carro alegórico de la Independencia, ofrecido por el Estado de Hidalgo; carro alegórico de la defensa de Chapultepec, por los alumnos del Colegio Militar, organizado por el Estado de Veracruz; carros alegóricos de los Estados de Tabasco y Colima.

Esta gran cabalgata recorrió, desde la Plaza de la Reforma por toda la Avenida Juárez y Calles de Plateros, hasta frente al Palacio Nacional.

Por la noche, en ese mismo día, se efectuó una gran recepción en el Palacio Nacional y a las 11 de ella se conmemoró el grito de Independencia entonándose el himno nacional por coros de cantantes preparados al efecto.

El 16 en la mañana, después de la ceremonia oficial de costumbre, se inauguró el monumento a la Independencia erigido en el Paseo de la Reforma, hubo el desfile militar y a las 6 de la tarde inauguró sus sesiones el 25.° Congreso de la Unión. A esa misma hora el Delegado Apostólico, el Arzobispo de México y el Cabildo Metropolitano cantaban en la iglesia catedral un solemne *Te Deum*, en acción de gracias, por los 100 años de aquel heroico grito de independencia que más tarde nos hiciera libres.

La iluminación, por la noche, de todos los edificios públicos y muchos particulares, presentaba una vista indescriptible.

El 17 fué la entrega de las prendas de vestuario del General Morelos que España devolvió a México; el 18, el Embajador de Francia ponía en manos del Presidente de la República las llaves que recibió del General Forey, de parte de los conservadores, al entrar en la ciudad de México en junio de 1863; el 19, gran paseo de antorchas por la noche; el 22 en la mañana inauguración de la Universidad Nacional y por la noche fiesta en el bosque de Chapultepec; el 23, suntuoso baile en el Palacio Nacional; el 24, inauguración de la Exposición de Ganadería en la Escuela Nacional de Agricultura.

Siguieron a estas funciones otras de menor cuantía y así terminó el mes de septiembre. El 14 de diciembre de este año 1910 se presentó al Congreso la cuenta del Erario correspondiente al ejercicio

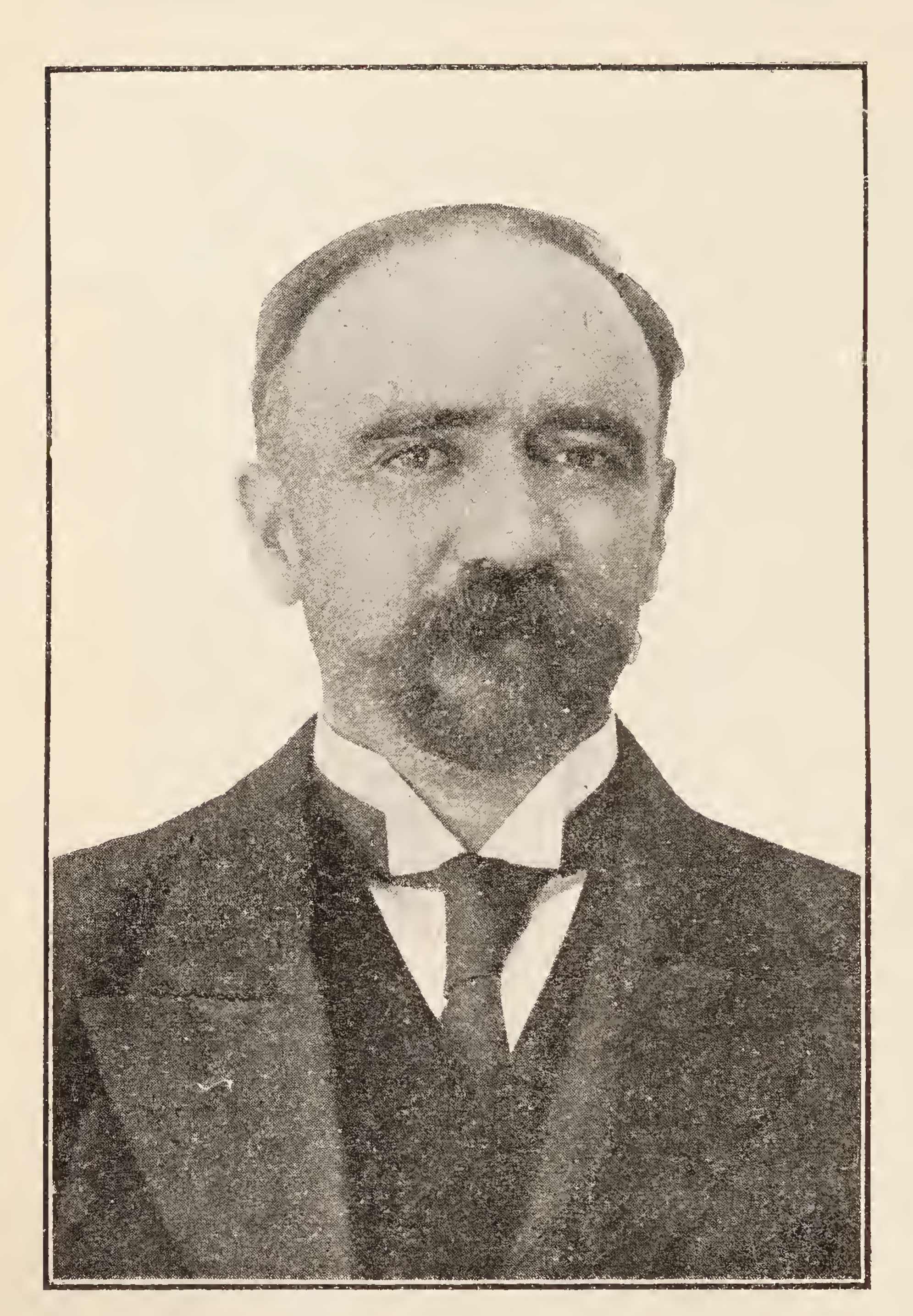
fiscal de 1909-1910 y en ella consta que los ingresos fueron de: $ 106.328,485,10 y los gastos importaron $ 95.028,650,57, quedando un superábit de $ 11.299,834,53.



México. Monumento a la Independencia.

En el capítulo anterior narramos lo referente a la formación de partidos políticos y entre ellos el llamado «antirreeleccionista», del cual llegó a ser la principal figura el *Sr. D. Francisco I. Madero.*

Con la inconsecuencia que el General Bernardo Reyes cometiera a sus adeptos, y la poca energía del «partido democrático», quedó en pie solamente el «antirreeleccionista».



D. Francisco I. Madero.

«Los antirreeleccionistas *(escribe uno de sus más bien informados cronistas)* (*) habían seguido trabajando con tesón y constancia, y el señor Madero recorría la República haciendo propaganda política: con aplausos fué recibido en Veracruz y Yucatán, en Querétaro, Sonora, Chihuahua, etc., y sufriendo algunos contratiempos estuvo en Torreón, Durango y San Luis Potosí: en todas partes, a pesar de la prevención con que era visto por las autoridades, el público lo escuchaba con interés. Organizó numerosos clubs y círculos, y ya a fines de 1909 el partido era tan poderoso que no había otro que se le pudiera comparar, y pensó en organizar una gran convención donde se designasen candidatos. Esta se reunió en la capital y en el salón principal del Tívoli del Elíseo, en

(*) Martínez & allis.—*La Revolución y sus hombres. Passim.*—Más bien que utilizar los datos contenidos en esta obra, redactando un nuevo texto, he preferido trasladar íntegra su lección para no quitarle el sello de sinceridad y entusiasmo con que están descritos los sucesos, lo que da a esa narración valor histórico.

abril de 1910, concurriendo delegaciones de todos los Estados, y después de animadas discusiones eligió como candidatos para la Presidencia de la República al mismo Sr. Madero, y para la Vicepresidencia al *Dr. D. Francisco Vázquez Gómez.*» El primero obtuvo 159 votos y el segundo 113.

Prolongó sus trabajos esta convención hasta el día 15 del citado mes, dejando arreglado todo lo conducente a candidatos para otros puestos y electo el comité ejecutivo electoral.



Dr. Francisco Vázquez Gómez.

«Tanto así había despertado la opinión pública: pocos meses antes todos estaban de acuerdo en no tocar la Presidencia, dejándola al General D. Porfirio Díaz por todo el resto de su vida, creyendo que con esta salvedad se permitiría trabajar a los partidos; pero al ver que ni aun así se conseguía la neutralidad del Poder, se llegó a donde se debía haber llegado desde un principio: a proclamar el cambio total de gobernantes. El Gobierno estaba asombrado de ese despertar de la opinión, si bien procuraba no dar a conocer ese asombro, y afectaba ver con desdén los trabajos de los partidos; pero la notable manifestación, organizada por Rafael Martínez en mayo y en la que tomaron parte veinte mil personas y aplaudieron cuarenta mil, acabó con su afectado desdén, y le hizo comprender que de no luchar denodadamente contra un partido que tan poderoso se presentaba, podía ser vencido.

»Entonces empezó la época del terror: *México Nuevo* y los demás periódicos de enérgica oposición fueron suprimidos; sus redactores encarcelados u obligados a huir; las imprentas decomisadas; los demás periódicos fueron también amenazados; las cárceles se llenaron de presos políticos; el Sr. Madero y su compañero el Licenciado don Roque Estrada fueron encerrados en la cárcel de San Luis Potosí; las elecciones generales se verificaron bajo la presión de la fuerza bruta, y tantas manifestaciones de rigor hubo, que se creyó que el partido antirreeleccionista y, en general, todos habían dejado de existir. Pero

no era así, y aunque rodeados de asechanzas y de peligros, sus principales miembros continuaban reuniéndose.

»Hemos dejado para lo último hablar del partido «corralista», tanto por corresponderle este lugar, cuanto porque, en concepto nuestro, no mereció ni el nombre de grupo político. Nació en mayo de 1904, cuando D. Ramón Corral fué designado para Vicepresidente de la República, y durante varios años no se aumentó sino con uno que otro individuo que había recibido favores especiales del Sr. Corral o debía a éste algún puesto. En 1909 tuvo algunos partidarios más que creyeron interpretar la voluntad del General Díaz, de seguir teniendo a su lado, en el próximo sexenio, a su Ministro de Gobernación; pero, al ver el cariz que tomaban los acontecimientos, muchos de esos partidarios se enfriaron, y el Sr. Corral, durante las postrimerías de 1909 y principios de 1910, se vió solo. Al reunirse la Convención gubernamentalista se notó la ninguna popularidad que disfrutaba el Vicepresidente, y en las manifestaciones públicas posteriores, aunque los amigos de él procuraban asociar su nombre al del General Díaz, nunca lo consiguieron.

Dícese que D. Ramón Corral, al que nada de esto se le escapaba, trató de no figurar en la época electoral como candidato del partido (el oficial); pero que no pudo conseguirlo por la actitud resuelta del General Díaz que exigió que continuase, como antes, en la Vicepresidencia.

»Ya que hemos hablado incidentalmente del partido oficial, le dedicaremos algunas palabras: lo formaban amigos personales del General Díaz, el cual, creyendo que siempre era popular, no estimó necesario, ni tener un partido que lo apoyase, ni organizar el partido liberal; por el contrario, procuró siempre destruir todos los partidos, como lo hizo con el llamado científico, que, si bien empezó con algunas pretensiones en 1892, comprendió después que peligraba la influencia de sus miembros, y aunque permitió que se le siguiera llamando partido y dejaba entender que su jefe era el Ministro de Hacienda, Sr. Limantour, en realidad se convirtió en una sociedad comercial que acaparó los mejores puestos públicos, se apoderó de los negocios grandes y chicos que producían buenas utilidades, y nunca se sació de solicitar concesiones, privilegios y granjerías.

»De todos los partidos a que hemos pasado revista, el único acreedor al título de tal es «el antirreeleccionista», que se formó con la

opinión, no se amilanó ante la adversidad y, al fin, se lanzó a la lucha, donde alcanzó excelente triunfo.

»Cuando, a principios del año de 1910, y en una de sus giras democráticas, D. Francisco I. Madero estuvo en Chihuahua, le dijimos: Señor, tenemos la firme creencia de que el Gobierno se impondrá sobre la voluntad popular en las próximas elecciones. ¿Nos quedaremos burlados?

Iremos a donde nos lleven, contestó el Sr. Madero.

»En mayo del mismo año, se recibieron varias cartas de Veracruz, Coahuila y otros Estados, en que se expresaba «que no se confiaría para nada en la campaña democrática; que el dictador engañaría por la milésima vez al pueblo; que se contara con tantos hombres; que no necesitaban más que armas, jefes y saber el lugar, la hora, etc., etc.»

»Por aquel entonces existían ya, en toda la República, centenares de clubs políticos, que en plena luz hacían propaganda electoral, y a ocultas propagaban la idea revolucionaria, si bien velada en cierto modo.

»Llegadas las elecciones, el pueblo luchó legalmente y, como se había previsto, fué burdamente engañado. Tanto este hecho, como el de la aprehensión de D. Francisco I. Madero en Monterrey—7 de junio de 1910—no hizo más que acrecer la excitación popular.

»El Congreso de la Unión, por ¡octava vez! declaró Presidente de la República al General D. Porfirio Díaz, y reelecto Vicepresidente a D. Ramón Corral.

»Después de esto, el Comité Ejecutivo del Centro Antirreeleccionista, al mismo tiempo que reunía actas, documentos y demás piezas para solicitar la nulidad de las elecciones generales, solicitud que era el último recurso legal, conspiraba. El Licenciado D. Federico González Garza, Presidente del Comité Ejecutivo, y otros caracterizados antirreeleccionistas, visitaban al Sr. Madero en la Penitenciaría de San Luis Potosí, o le escribían, para ponerse de acuerdo sobre el movimiento revolucionario. El Sr. Madero estaba resuelto a salir de la Penitenciaría «de grado o por fuerza»; así lo dijo en una entrevista al Licenciado Sr. González Garza.

»En 17 de septiembre, la Cámara de Diputados contestó a los memoriales en que el Comité Ejecutivo objetaba la validez de las elecciones y pedía se declarasen nulas. He aquí la respuesta: «Dígase a los signatarios de los memoriales de 1.°, 8 y 23 de este mes, que no

ha lugar a declarar la nulidad de las elecciones verificadas en los meses de junio y julio de este año para la renovación total del Poder Ejecutivo y parcial del Poder Judicial, ambos de la Federación.

»Lo que participamos a ustedes para los efectos correspondientes.»

»Perdida, pues, toda esperanza de justicia, los conspiradores ya no tuvieron más idea que ésta: la revolución.

»El Comité Ejecutivo se reunía frecuentemente en el despacho del Licenciado Sr. González Garza, en la Avenida del Cinco de Mayo. De allí salían emisarios y comisionados a distintos puntos de la República.

»Algunos decididos clubs de la capital, con el *Nacionalista Democrático*, hacían una propaganda terrible, y en sus sesiones secretas nos consta, por testigos oculares, se juraba la revolución.

»En las escuelas de la capital, principalmente en la de Medicina, se hablaba misteriosamente; en todas había agitación subterránea.

»En los campos la idea cundía prodigiosamente; muchos campesinos de la frontera del Norte viajaban con insólita frecuencia; decían que «por las fiestas patrias».

»El Gobierno Federal y los caciques de los Estados, que tan hábiles se mostraron en las persecuciones contra los antirreeleccionistas, no se daban cuenta de estos trabajos mineros; la celebración cesárea del Centenario de nuestra Independencia absorbía toda su atención: como había que atender a los extranjeros, no se podía echar una ojeada a los nacionales.

»Hemos apuntado estos hechos, aparentemente vagos y aislados, porque fueron manifestaciones externas de una idea general. Aunque hayamos expuesto tal o cual observación, la verdad es que el pueblo todo se estremecía al mismo impulso. La revolución flotaba en la atmósfera y anidaba en el cerebro de las multitudes.

»Desde principios de septiembre el Sr. Madero obtuvo su libertad caucional y la del Licenciado D. Roque Estrada, su compañero en las giras democráticas, por $ 12,000 y con la obligación de permanecer ambos en la ciudad de San Luis Potosí; fué fiador de ellos el Sr. don Rafael Cepeda.

»En colaboración con el Licenciado Sr. Estrada y el Dr. Cepeda, el Sr. Madero formuló el plan de San Luis Potosí (1), que en la misma ciudad firmó el 5 de octubre de 1910.

---

(1) Véase en el *Apéndice* bajo el n.º 2.

»Al día siguiente de firmado el plan de San Luis, el Sr. Madero se fugó de la ciudad, rumbo a los Estados Unidos del Norte, en donde penetró por Laredo, Estado de Texas. Allí publicó un saludo al pueblo norteamericano, que comenzaba con estas palabras: «Anteayer pisé vuestro suelo libre. Vengo huyendo de mi país, gobernado por un déspota, que no conoce más ley que su capricho...»

»El 12 de octubre abandonó la capital el Sr. Licenciado D. Federico González Garza, pues había convenido con el Sr. Madero en que cuando éste se fugara de San Luis, se le reuniría en San Antonio, Texas. Ya se encontraban allí algunos miembros de la familia Madero; Juan Sánchez Azcona, perseguido por el Gobierno Díaz, desde que en 9 de junio fué clausurado por cuarta vez el heroico diario *México Nuevo*;—Enrique Bordes Mangel, elocuente propagandista de las ideas libertadoras; Roque Estrada, colaborador del Sr. Madero en la lucha electoral y prófugo como él de la Penitenciaria de San Luis Potosí, y otros ardientes partidarios de la revolución agrupáronse allí, poco después; constituyóse la Junta revolucionaria de San Antonio, venciendo mil dificultades, pues la policía comenzaba a sospechar de los refugiados mexicanos.

»El Sr. D. José P. Lomelín habíase trasladado de Chihuahua a El Paso, Texas, desde el 29 de septiembre; era Teniente Coronel de Caballería en el Ejército Mexicano, retirado del servicio en 1897. De allí escribió a D. Abraham González, Presidente del Club Antirreeleccionista «Benito Juárez», de Chihuahua, quien por conducto del Profesor D. Braulio Hernández habíase puesto en comunicación con el Sr. Madero y había sido nombrado Gobernador provisional del Estado de Chihuahua. El Sr. González se trasladó también a El Paso, y algunos días después unióseles D. José de la Luz Soto, del Comité Ejecutivo Electoral.

»El éxodo de antirreeleccionistas era cada día más alarmante: Aquiles Serdán, el Dr. D. Rafael Cepeda, D. Roque González Garza, hermano de D. Federico, D. José M.ª Maytorena, D. Carlos E. Randall, tantos, en fin.. .., todos demócratas y llenos de ardor revolucionario; todos iban a tomar parte en la organización de expediciones armadas, a conocer el plan, recibir órdenes, etc., para regresar a territorio nacional y poner en práctica sus instrucciones.

»En una junta verificada en San Antonio, en 6 de noviembre, se decidió que la revolución estallase en diversos puntos del país, el

domingo 20 de noviembre, día en que simultáneamente habría sublevaciones en las ciudades de México y Puebla, donde también se conspiraba y había muchas personas comprometidas a iniciar el movimiento.

»La Junta revolucionaria de la capital tenía ramificaciones en Pachuca, Veracruz y otras ciudades. Era director de ella el Ingeniero D. Alfredo Robles Domínguez; habíase designado como jefe militar al Sr. D. Francisco Cosío Robelo, y se contaban además, entre los principales conjurados, D. Ramón Rosales, D. Abel Serratos, los Ingenieros Higareda Reed, D. Jesús Higuera Sevilla, D. Manuel Urquidi, D. Marcos González, Notario D. Rafael Silva, D. Octavio Bertrand y otros muchos, casi todos miembros de clubs antirreeleccionistas y del partido nacionalista democrático. Todos hacían una propaganda activísima, a veces imprudente, compraban armas con aparente sigilo, en armerías muy conocidas y en *bazares,* confiando excesivamente en...... la buena suerte.

»En esto ocurrió un suceso que agitó fuertemente a la opinión pública, y que no la predispuso, que predispuesta estaba desde años atrás, sino que la excitó contra el Gobierno, distrajo a éste y favoreció a la incipiente revolución. Súpose que un mexicano de apellido Rodríguez, fué *lynchado* en los Estados Unidos: se le quemó vivo en Rock Spring. La prensa de la capital en gran parte, publicó violentos editoriales, y acto seguido los estudiantes organizaron manifestaciones de protesta contra el atentado. Sin embargo, tales manifestaciones no hubieran sido de trascendencia, a no haber obrado las autoridades políticas del Distrito, tan imprudentemente como lo hicieron.

»La primera manifestación comenzó en la tarde del día 9 de noviembre; todos los manifestantes eran de las escuelas profesionales o secundarias, y al grito de ¡mueran los linchadores! ¡viva la América Latina! desfilaron frente a las oficinas de *El País, El Diario del Hogar,* y el periódico norteamericano *The Mexican Herald*, pronunciando exaltados discursos frente a ellos. Recorrieron las principales avenidas en compacto grupo de cerca de 2,000 estudiantes y algunos centenares de paisanos; hasta allí podía decirse que la manifestación no había pasado de gritos y sombrerazos y alguno que otro vidrio roto; pero al llegar a la esquina de San Francisco y las calles de San Juan de Letrán, la estruendosa protesta estudiantil se convirtió

en tragedia: la policía montada y la de a pie, a las órdenes de don Ramón Castro, oficial de gendarmería, cargó a sablazos y garrotazos contra los inermes estudiantes. Varios de éstos resultaron heridos, notablemente un joven de preparatoria, de quince años de edad, a quien condujeron moribundo al Hospital, otros arrestados, y fueron incontables los transeúntes atropellados, entre ellos señoras y señoritas.

«Al día siguiente en la mañana se repitió la manifestación, más numerosa y violenta que la anterior, y ya no sólo con el objeto de protestar contra el *linchamiento* de Rodríguez, sino con el de rescatar a los estudiantes presos, lo que no se consiguió, pues ni el Inspector General de Policía ni el Gobernador del Distrito quisieron oír a los manifestantes. No hubo incidentes notables; pero la manifestación se reanudó en la tarde y en la noche del mismo día 10. Esta última manifestación degeneró en verdadero motín: en la Avenida Juárez y en las calles anchas se efectuaron los choques; un gendarme puso la pistola en el pecho a un niño de doce años, viéronlo algunos estudiantes y se arrojaron sobre el guardián y lo desarmaron; acudieron gendarmes montados repartiendo sablazos sobre los valientes jóvenes, que no tenían más armas que los puños. No dejaron de oírse mueras al Gobierno.

»Esa misma noche, *El Imparcial* estuvo a punto de ser incendiado.

»Al día siguiente el Gobierno clausuró temporalmente las escuelas, y puso frente a ellas destacamentos de gendarmería montada.

»Aun no terminaba la agitación estudiantil en la capital, cuando sucesos semejantes hicieron eco en Guadalajara, Chihuahua, Piedras Negras y otras ciudades.

»A todo esto, los conjurados de la capital procedían con marcada falta de tino; se hablaba de la revolución en algunos sitios públicos; se hacían reuniones y viajes sin la debida reserva; total: que por descubrimiento o por denuncia, nosotros creemos lo segundo, en los días del 14 al 15, el Gobierno supo de la conspiración, y el 17 la prensa de la capital echó a volar esta noticia: «Se ha descubierto un complot para derrocar al Gobierno.» Naturalmente, cuando esto se supo públicamente, era porque los principales conjurados se hallaban ya en poder de la policía. Los arrestos fueron violentos y repetidos: Francisco Cosío Robelo y el Ingeniero Robles Domínguez, en México; Ramón Rosales y Rafael Silva, en Pachuca; Serratos, en Orizaba; Higareda Reed, Urquidi, González.....

»Los cateos se multiplicaron, y cayó en poder del Gobierno la correspondencia (al Ingeniero Robles Domínguez se le encontró toda, ¡en la carpeta de su despacho!): nombramientos, listas, armas (algunas todavía en las oficinas del Express rotuladas con cualquier nombre), todas las piezas indispensables para un magnífico proceso de rebelión. Se enviaron exhortos a los Estados, se aumentó considerablemente el servicio secreto de policía, y se abrieron de par en par las puertas del Palacio... penitenciario. En breves días fueron consignados a los Juzgados del Distrito, centenares de individuos arrestados en la capital y en los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo, Michoacán y Guerrero.»



CAPÍTULO XXIII

1910-1911.—Sublevación de Aquiles Serdán en Puebla.—Movimientos revolucionarios en la República.—Alarma del Gobierno.—Pascual Orozco y el levantamiento de San Isidro.—Varios pronunciamientos.—Primeros encuentros entre gubernamentales y maderistas.—Renuncia del Gobernador Sánchez, de Chihuahua.—Derrota de Mal Paso.—Acciones de Janos, Ojinaga, El Mulato y otras.—En Durango, Sonora, Sinaloa y Veracruz.—Salida de Madero, del país.—Nombramiento de Embajadores especiales.—Maniobras de Pascual Orozco.—Fracasos del General Navarro y desconcierto del cuartel general, en Chihuahua.—Renuncia del Gobernador Terrazas, de Chihuahua.—Combate de Bauche.—Ciudad Juárez atendida por el Gobierno.—Levantamientos en varios Estados de la República.

La opinión pública señalaba al Estado de Puebla como uno de los peor administrados, y en donde los ciudadanos sufrían las mayores vejaciones en sus personas e intereses, razón por la cual los adeptos a Madero se contaban en gran número; siendo también centro activo de conspiraciones que encabezaba y dirigía el Sr. Aquiles Serdán.



D. Aquiles Serdán.

Este sujeto había sido jefe del antirreeleccionismo en Puebla y luchó con verdadero entusiasmo contra la última reelección del General Díaz en ese Estado.

Su actividad le atrajo la mala voluntad del Gobierno imperante y se vió obligado a ocultarse de los ojos de la policía. Cuando lo creyó oportuno, amparándose bajo un disfraz perfectamente estudiado, salió de su escondite y se dirigió a Texas a donde llegó sin novedad, logrando, en octubre, hablar con el caudillo Madero, de quien recibió el nombramiento de jefe de la revolución en los Estados de Tlaxcala y Puebla, con más algunas comisiones para los conjurados de México.

El 20 del mismo mes (octubre) se encontraba ya de regreso en Puebla y desde luego procedió a comprar armas y a disponer lo conducente para iniciar un levantamiento.

Toda la familia Serdán laboraba en ese mismo sentido, siendo la más decidida y entusiasta de entre ella, la señorita Carmen, de quien se refería un viaje efectuado a Texas para solicitar auxilios pecuniarios, del Sr. Madero, para la causa revolucionaria.

Hacia mediados de noviembre todo el plan revolucionario estaba calculado y aun asignada la fecha del día 20 del mismo, para el levantamiento.

De todo ello llegó a tener conocimiento oportuno, tanto el Gobierno general como el de Puebla, dictando ambos las órdenes conducentes para anularlo.

El día 17 del mes citado tuvo noticias Serdán de que todo estaba descubierto, mas sin desalentarse se dispuso a dar desde luego la primera batalla en pro de su ideal. A este fin arregló su casa habitación para resistir en ella y combinó, con sus adeptos, lo que por otros puntos debiera ejecutarse. Once hombres y tres mujeres eran el total de los que en la casa Serdán se aprestaron para el momento crítico, contando con treinta rifles Winchester, veinte Remington, sesenta pistolas, algunas bombas de dinamita y unos millares de cartuchos.

En la noche del 17 distribuyó Serdán a toda su gente, asignándole a cada cual el papel que debiera desempeñar en la lucha.

El día 18 como a las 7 de la mañana se presentó el jefe de la policía D. Miguel Cabrera, al frente de un piquete de gendarmes, pretendiendo registrar la casa de Serdán. Al entrar en ella se encontró con Aquiles y quiso desde luego intimidarlo con su pistola, mas éste que estaba prevenido no le dió lugar a nada, pues de un certero tiro en la frente le dejó muerto. Los que le acompañaban retrocedieron y salieron prontamente de la casa, quedando preso en ella solamente el agente Miguel Fregoso, quien fué asegurado.

Un cuarto de hora después numerosas fuerzas avanzaron sobre la casa de los rebeldes y procurando cercarla en todas direcciones. Creyeron éstos que el pueblo secundaría su causa y en tal inteligencia la esposa de Serdán y su cuñada Carmen, despreciando el peligro, salieron a la calle llevando varias armas que ofrecieron a la multitud expectante, excitando su patriotismo. A tal indicación correspondie-

ron solamente seis personas y el conjunto de los alzados ascendió entonces a diez y siete hombres y tres mujeres.

Las fuerzas del Gobierno, destacadas contra ellos y al mando del Coronel D. Gaudencio de la Llave, sumaban mil hombres.

Ambos contendientes se prepararon a un serio encuentro, distribuyéndose en esta forma: Serdán quedó en el piso bajo de la casa; su hermano Máximo con otros en la azotea de la misma; la hermana de Serdán distribuía el parque y la madre y la esposa del mismo cargaban las armas; Rosendo Contreras iba y venía a lo que se ofrecía y a la vez combatía.

Los federales, a más de cercar la casa, se apoderaron de las alturas que la dominaban, entre ellas las torres de las iglesias de Santa Clara y Santa Teresa, desde donde hacían un nutrido y mortífero fuego.

Pronto los alzados disminuyeron en número y Serdán mismo tuvo que refugiarse en el piso alto de la casa y desde allí siguió combatiendo, viendo perecer a casi todos sus compañeros. Llegó un momento en que toda resistencia fué imposible y entonces Serdán, esperando poder conseguir algo mejor en lo sucesivo, resolvió suspender toda resistencia y ocultarse.

Para este fin se aprovechó un pequeño sótano que se había improvisado en el piso de una de las recámaras de la casa. Ahí cubierto y disimulado con tablas, alfombras y otros muebles, quedó resguardado el Sr. Serdán, encargando a su madre y a su esposa avisaran a los adictos a la revolución que aún vivía y les esperaba.

Casi al mediodía los soldados federales invadieron toda la casa, practicando minucioso registro de la misma, apresando a las tres señoras que de allí pasaron a la cárcel pública.

Habían perecido en la lucha diez y siete de los sublevados y ciento cincuenta de los gobernistas. La falta del jefe del levantamiento no dejó tranquilo al gobernante del Estado y no siendo posible que él se hubiese escapado durante el combate, se esperaba encontrarlo en la casa, razón por la cual ella quedó perfectamente custodiada y vigilada.

En las primeras horas del día 19 fué descubierto el escondite en donde se encontraba Serdán y allí mismo fué fusilado, exponiéndose después su cadáver a la curiosidad pública.

El fracaso de la revolución en Puebla, lo acontecido en la ciudad de México y lo que después fué descubriéndose en varias ciudades

del resto de la República, dió motivo a numerosas prisiones de comprometidos o sospechosos. No obstante esos contratiempos, la revolución se desarrollaba amenazadora en varias partes del país y no se temía ya, como antes, la mano férrea del Presidente Díaz.

Coincidiendo con los trágicos sucesos de Puebla, se dijo que Madero había logrado se distribuyese entre el ejército federal un manifiesto en que lo invitaba a secundar la revolución. Esto alarmó al Gobierno y fué causa de cambios tanto de jefes y oficiales de algunos cuerpos militares como de traslado de un lugar a otro de los mismos.

Movimientos revolucionarios parciales en varios puntos de la República indicaban la efervescencia y disposición en que se encontraban los ánimos. El Estado de Chihuahua fué el teatro donde surgió la primera chispa revolucionaria que trajo la conflagración del resto del país, pues el 19 de noviembre un grupo de veinticinco hombres proclamó el plan de San Luis, en el pueblo de San Isidro, distrito de Guerrero, teniendo por jefe a un hombre pacífico y trabajador, natural de la Hacienda de Santa Inés, y llamado *Pascual Orozco.*



Pascual Orozco (hijo).

Afiliado en el partido antirreeleccionista desde octubre de 1910 y simpatizando con las ideas de Madero, se comprometió con D. Abraham González a levantarse en armas así que se le indicase el tiempo oportuno. Queda dicho cómo y cuándo ello se verificó.

El mismo día 20 de noviembre algunos obreros de la fábrica de Río Blanco (Veracruz), se levantaron y, después de una corta escaramuza con los rurales, se dirigieron a los pueblos limítrofes de su Estado. Cándido Aguilar y Rosendo Garnica se pronunciaron, ese mismo día, en Paso del Macho. En Tlaxcala el club antirreeleccionista provocó otro movimiento subversivo que terminó en sangriento motín. En las goteras de Lerdo y Gómez Palacio los maderistas de Torreón se reunían en grupos armados, a la vez que hacían lo mismo en Hidalgo del Parral (Chihuahua), Baca, González y Ronquillo y cerca

de Temósachic, José de la Luz Blanco empuñaba el estandarte de la revolución.

La deserción de una numerosa escolta del 11.° Regimiento de Caballería, acuartelado en Tacubaya, efectuada en las afueras de la ciudad de México, la noche del 21 de noviembre, preocupó bastante al Gobierno, pues temió que el manifiesto de Madero al ejército comenzase a producir sus efectos, y por ello redobló su vigilancia, aunque no con la mesura debida, produciendo ésto no poca zozobra en todas las clases sociales.

El primer encuentro serio entre maderistas y federales tuvo lugar en Fresno, punto situado a cuatro leguas de la ciudad de Chihuahua, el 27 de noviembre. Las fuerzas del Gobierno, mandadas por el General D. Juan J. Navarro, ascendían a quinientas plazas, de las tres armas, y los revolucionarios eran como cuatrocientos. Posesionados éstos de una pequeña altura no fué cosa fácil desalojarlos sino al cabo de varias horas de lucha tenaz.

Dos días después se presentaban de nuevo ante las puertas de Chihuahua y otro grupo se posesionaba de Chuviscar, distante ocho leguas de la ciudad capital.

En Coahuila y Durango los sublevados se hacían notar por su audacia, pues el jefe Guillermo Baca atacó a Hidalgo del Parral, de donde, después de sangriento combate, fué rechazado. De allí se dirigió a Gómez Palacio, apoderándose de ella, y no obstante su proximidad a la importante ciudad de Torreón, permaneció en tal lugar por algunos días.

Todos estos acontecimientos disiparon las ilusiones del Gobierno general e ilustraron la opinión pública, dándole a la sublevación la importancia que realmente tenía, pues al principio de la misma se decía eran tumultos y motines aislados. Se vió también que el norte de la República sería el teatro principal de la revuelta y sobre todo el Estado de Chihuahua, y en tal virtud se enviaron refuerzos de tropa y demás material de guerra a esos lugares.

Ocupaba el Gobierno de Chihuahua como Gobernador interino el Sr. D. José M.ª Sánchez, pues su propietario el Sr. D. Enrique C. Creel desempeñaba la cartera de Relaciones. Creyó el Sr. Sánchez que separándose él del Gobierno podría obtenerse alguna ventaja en pro de la paz y renunció su cargo el día 5 de diciembre, entrando a substituirle el Sr. D. Alberto Terrazas. Este acontecimiento exaltó

más los ánimos de los chihuahuenses y dió muchos partidarios a la revolución.

Un incidente militar vino a darle aún mayor prestigio: aconteció que el 28 de noviembre, un grupo de ciento cincuenta federales salió de Chihuahua a perseguir a los alzados dirigiéndose a Pedernales, y al llegar a ese punto les esperaba un grupo superior de insurrectos posesionados de un camino en cañón que era casi la entrada al pueblo. Allí fueron atacados y no obstante el nutrido fuego del enemigo entraron a las calles de la población, siendo esto, principalmente, la causa de su ruina, pues que allí fueron cercados por los contrarios y casi aniquilados, pereciendo el capitán Sánchez Pazos, jefe de la columna, salvándose apenas la tercera parte de la misma. La expedición del teniente coronel Yépez, con ciento cuarenta soldados del 12.º batallón no fué menos funesta, pues tanto él como la mayor parte de ellos quedaron muertos en los desfiladeros de Mal Paso.

Estos triunfos pusieron en manos de los maderistas una buena parte del ferrocarril de Miñaca, haciéndolos dueños de la región sudoeste de Chihuahua.

Considerándose bastante fuertes, resolvieron apoderarse de Ciudad Guerrero, débilmente guarnecida con 65 soldados del tercer regimiento de la Federación mandados por el capitán D. Salvador Ormachea, el teniente Martínez y el subteniente Arizmendi, secundados por el jefe político de la misma, Sr. Urbano Zea, y varios vecinos. Tanto el ataque como la resistencia fueron tenaces, y hasta el día 4 de diciembre no se logró la rendición de la plaza, pagando con su vida los voluntarios defensores de ella.

Nuevos refuerzos enviados por el Gobierno de la Federación llegaron a Chihuahua y las operaciones militares tomaron mayor incremento.

El General Navarro que se encontraba en Chihuahua quiso ser el primero en vengar las derrotas sufridas, y para este fin envió al teniente coronel Martínez con cien soldados a recobrar a San Andrés, lo que fácilmente se consiguió, marchando él con tropas de las tres armas hacia el oeste y rumbo a Ciudad Guerrero. Entre ellos y este lugar se encontaba el fatídico cañón de Mal Paso que era indispensable atravesar. Antes de llegar al mismo, en el rancho de Trevieso, se encontró con la avanzada de los insurrectos que batió y obligó a dejar sus ventajosas posiciones hasta hacerse fuertes en Cerro Prieto.

Allí les volvió a atacar y estuvo a punto de ser derrotado, pues a más de la resistencia del primer grupo tuvo que hacer frente al ataque de un segundo grupo mandado por Pascual Orozco. Esta victoria tuvo un horroroso epílogo, pues más de treinta vecinos de Cerro Prieto fueron fusilados.

La victoria tan costosamente obtenida casi fué una derrota, al extremo de que al siguiente día el General Navarro tuvo que replegarse a Pedernales, a esperar refuerzos.

Aprovechando lo que se pudo del ferrocarril de Miñaca, salieron éstos de Chihuahua y para proteger el avance se envió al Coronel D. Fernando Trucy Aubert con 475 hombres, mas en el camino fueron derrotados. Al llegar a cierto punto de la vía, cercano al cañón de Mal Paso, el Coronel D. Lauro L. Guzmán, que mandaba el 6.° batallón y algunos escuadrones de caballería, tuvo que detenerse, pues los alzados habían quemado los puentes, siendo imposible retroceder por haberse ejecutado cosa igual con los que atrás quedaban.

Se había acordado por los federales un plan bien razonado que consistía en rodear el mencionado cañón y *embotellar* en él a los insurrectos. El Coronel Guzmán, preocupado o mal aconsejado, ordenó, según unos, que se hiciese un reconocimiento del malhadado cañón y según otros quiso tener la gloria de cruzarlo y tomarlo. Avanzó por en medio del mismo con toda su columna, mas al llegar al primer recodo, José de la Luz Blanco y José Rascón, con un grupo de excelentes tiradores que estaban hábilmente situados en las alturas, descargaron un certero y nutrido fuego sobre ellos. Ordenó entonces Guzmán a la infantería que escalara las alturas y allí fué el más espantoso desastre; más de cien soldados perecieron y quedaron mal heridos los jefes Guzmán, Vallejo y Gallegos. Esto acontecía la tarde del 18 de diciembre. Las tropas del Gobierno se retiraron en buen orden, aunque sin poder llevarse a sus heridos.

El mencionado triunfo se debió, principalmente, a las disposiciones del entonces ya temible Pascual Orozco, y con ello aumentó más y más su prestigio,

El General Navarro quedó en peor situación que antes, aislado y separado de algunos grupos de su columna. El Gobierno Federal sufrió con tal desastre un rudo golpe y procuró remediarlo enviando al teatro de los sucesos un prestigioso militar que substituyese al Coronel Guzmán, que había fallecido en Chihuahua a consecuencia de sus heridas.

El designado para ello fué el Coronel D. Samuel García Cuéllar, jefe del Estado Mayor Presidencial, quien marchó para Chihuahua el día 22 de diciembre, encontrando a los federales como sitiados, pues el General Navarro no podía avanzar ni aun siquiera reunirse con parte de sus fuerzas que estaban en Bustillos.

Varios encuentros siguieron efectuándose entre ambos contendientes y entre ellos el de Janos, en el distrito de Galeana. Práxedes Guerrero y su gente inutilizó la vía de Casas Grandes, tomó algunos pueblos y aumentó con ello sus recursos y su tropa. Logró posesionarse momentáneamente de Janos y de allí fué luego desalojado, perdiendo la vida en la lucha.

La acción de Ojinaga, lugar situado en el extremo oriental de la frontera de Chihuahua con los Estados Unidos, fué otro triunfo para la insurrección; después de repetidos encuentros que dirigían don Abraham González, nombrado por Madero Gobernador de Chihuahua, y el ex coronel del ejército D. José Perfecto Lomelí, trabaron un serio combate en el Rancho de Venegas que duró varios días, con grandes pérdidas por ambas partes, aunque sin resultado definitivo. Lomelí y González ocuparon la cordillera que va a Ojinaga y allí fueron atacados por los federales que mandaba el Coronel Alberto Dorantes, quien combinó una buena maniobra que fué mal ejecutada, pues los escuadrones de Dorantes se atacaron unos a otros y se destrozaron.

El día 22 Lomelí y José de la Luz Soto se posesionaron de unas colinas situadas al sur del Mulato y de algunas casas del pueblo. Dorantes volvió entonces sus fuerzas contra los alzados y les atacó otra vez con mala suerte, viéndose obligado a retroceder a Ojinaga, con grandes pérdidas.

El sur de Chihuahua era a la vez teatro de frecuentes encuentros entre leales y sublevados, y de allí se propagaba el movimiento revolucionario a Durango, en donde José Luis Moya era su principal mantenedor. En Sonora y Sinaloa cundía la insurrección, y en Veracruz, por San Juan de la Punta, se organizaban fuerzas que, alentando a la revolución, levantaban el espíritu de los descontentos del Estado de Puebla.

No obstante todo lo narrado, la revolución parecía no tener gran eco en el resto del país y así parecía entenderlo Madero, pues que no muy alentado, a fines del año 1910, pasó la frontera y se refugió en Texas. El Gobierno dictó orden de aprehensión contra él y tuvo que ocultarse en Nueva Orleáns.

A fines de diciembre de 1910 el Gobierno federal tenía en el norte de la República como diez mil hombres sobre las armas; y al decir de la multitud, las operaciones de guerra las dirigía el Sr. Presidente Díaz desde su gabinete, atribuyéndose a ello los descalabros de sus milicias.

El 30 de diciembre recibió el Gobierno una consoladora noticia en la que se le decía que el Coronel M. G. Gordillo Escudero había tomado el malhadado cañón de Mal Paso y que el General Gonzalo Luque reparaba un largo trayecto del ferrocarril.

Las atenciones militares no impedían que se atendiesen las cosas políticas, y a tal objeto el Supremo Gobierno de la Nación, al nombrar al Sr. Federico Gamboa Ministro de México en Bélgica y Holanda, le dió también el cargo de Embajador especial de México en España, para dar las gracias por la Embajada que la madre patria envió a las fiestas del primer centenario de la iniciación de nuestra independencia.

Para el mismo fin se expidieron nombramientos de embajadores especiales cerca de los Gobiernos de los Estados Unidos de América, Italia, Alemania, Francia, Japón, China y otras naciones, terminándose con ello el memorable año 1910.

Parecía que al comenzar el año 1911 el estado de cosas que presentaba la revolución, sobre todo por la salida de Madero del país, tomaba favorable aspecto para el Gobierno federal, pues aun los mismos insurrectos habían desaparecido de los lugares que antes frecuentaban. Esto, como se comprobó más tarde, fué un ardid de guerra, puesto que al abandonar Pascual Orozco a Ciudad Guerrero fué para cruzar la sierra, reorganizar sus huestes y reaparecer en la Mojina.

Desde allí continuó en sus hostilidades contra los federales, hasta llegar a Villa Ahumada, donde capturó dos trenes, y en los primeros días de febrero acampaba en Samalayuca, lugar distante pocas millas de Ciudad Juárez.

Mortificado el General Navarro con la triste situación en que se encontraba, y deseoso de volver por su buen nombre, que la mala suerte había ofuscado, se propuso intentar alguna operación que le devolviese su antiguo prestigio. Para este fin se puso de acuerdo con el General Hernández, jefe de las armas en Chihuahua, y decidió apoderarse de Ciudad Guerrero, ordenando que García Cuéllar se dirigiese a La Junta, Gordillo Escudero a Cusihuiriachic y Navarro,

dejando Pedernales, iría a la Estación Miñaca. De esta manera sería simultáneo el avance sobre la población dicha, y de paso se batiría a todas las partidas de rebeldes que se encontraran en el área limitada en el desarrollo de ese plan.

Tal combinación no dió el resultado apetecido, pues contra lo que se suponía y esperaba, ni en el trayecto recorrido ni en Ciudad Guerrero misma se encontró insurrecto alguno. Queda dicho cómo Pascual Orozco burló la vigilancia de los federales.

No se conforma Navarro con este resultado e indaga el sitio en que los rebeldes puedan encontrarse y se le informa que los dos, Orozco y Abraham Orós, se hallaban en Santo Tomás. Dejando entonces a Trucy Aubert guarnicionando a Ciudad Rodrigo, él se dirigió violentamente al punto indicado, al que llegó el 27 de enero, aunque sin encontrar con quien combatir. García Cuéllar, sabedor de todo lo que pasaba, y sin haber disparado un solo tiro, regresó a Chihuahua, y Gordillo Escudero permaneció en Cusihuiriachic.

El Coronel Antonio Rábago había sido enviado al Norte desde que se supo que estaba amenazada Casas Grandes, y en esa región se encontraba cuando recibió orden de volverse a Chihuahua. Al ejecutarlo casi siempre tropezó en el camino con fuerzas insurrectas y todo su itinerario fué una serie de combates con las fuerzas de Casillas, Blanco y otros, siendo entre ellos el más serio el de Galeana, que le costó muchas bajas y le obligó a replegarse otra vez a Casas Grandes, sin aprovechar el auxilio que al mando de García Cuéllar salió de Chihuahua, el 23 de enero, consistente en el 5.º batallón y una pieza de artillería.

Hubo un momento en que el desconcierto del cuartel general del Gobierno fué grande, por no saber lo que pasaba en realidad con los jefes y sus tropas. Los fracasos superaban a los buenos sucesos y el prestigio de los revolucionarios aumentaba día a día.

Para remediar en algo la situación creyó el General Porfirio Díaz que el cambio del Gobernador de Chihuahua sería buena medida política y por ello ordenó a Terrazas que renunciara. La legislatura chihuahuense admitió tal renuncia y nombró Gobernador del Estado al Coronel Miguel Ahumada, individuo que en no lejano tiempo había regido con acierto los destinos de esa entidad federativa. Esto acontecía el 31 de enero de 1911.

Como los amagos de los revolucionarios a Ciudad Juárez arrecia-

ban de día en día, se ordenó que el Coronel Rábago acudiese a reforzar la guarnición que en esa plaza había y se componía de trescientos hombres al mando del Coronel Manuel Tamborrel.

Oportunamente fué informado Orozco de este acuerdo y se propuso impedir su realización, situándose en Bauche, punto cercano a Ciudad Juárez. En la noche del 4 al 5 de febrero se encontró Rábago cercado y rudamente atacado. El combate fué sostenido con brío por ambos contendientes, estando a punto de sucumbir las fuerzas de Rábago, mas como por un corto tiempo los de Orozco aflojaron sus fuegos, pudo el jefe militar avanzar y escapar de una completa derrota. El día 5 entró en Ciudad Juárez con su diezmada columna, renaciendo con su presencia la confianza y la tranquilidad de sus habitantes, quienes creyeron varias veces ser atacados y víctimas de los maderistas.

Desde los principios de la insurrección fué Ciudad Juárez el punto objetivo de los sublevados y a posesionarse de ella tendieron siempre sus esfuerzos. Tarde lo comprendió el Gobierno federal, y al final veremos cómo pagó su imprevisión.

El caudillo Madero apreció lo útil que le sería que el Gobierno desatendiera la frontera y por eso simuló pretender que los suyos se apoderaran de Chihuahua, poblaciones de la planicie y de la sierra. Así distraía la atención de los federales y entretanto se introducían grandes contrabandos de armas y municiones, dándose el caso de que pasaran por la frontera cañones y ametralladoras sin que los guardias fiscales se apercibieran de ello ni sospecharan la complicidad de los de la vecina República, que, por conveniencia particular u órdenes privadas de sus jefes, nada veían.

Para subsanar tal imprevisión ordenó el cuartel general federal a Rábago, como queda dicho, marchase a Ciudad Juárez; a García Cuéllar, que se encontraba en Galeana, hiciese lo mismo, y que Navarro tomase igual destino. Así trasladó el centro de las operaciones de Chihuahua a Ciudad Juárez.

Igual maniobra quisieron ejecutar los maderistas, costándoles ello no pocas bajas en sus huestes.

Coincidieron con estas maniobras no pocos levantamientos parciales contra el Gobierno, en el resto de la Nación; en Veracruz se alzaron los vecinos de Minatitlán y Acayucan, cayendo en poder de los revolucionarios Sayula; en Orizaba, Rafael Tapia propagaba la revolución y atacaba a los destacamentos rurales; en Tabasco, Ignacio

Gutiérrez se batía en San Felipe con el 24.° batallón que mandaba el Coronel Sosa; en Zacatecas las sublevaciones se sucedían en sus pueblos, tales como las de Juchipila y Mezquital; en Oaxaca varios cabecillas hostigaban al General Emiliano Poucel que les perseguía y tomaban a Ojitlán; en Puebla, el Distrito de Tecamachalco abundaba en partidas de insurrectos; en Coahuila merodeaban ellos muy cerca de Piedras Negras, y en Sonora el General Lorenzo Torres se veía obligado a salir personalmente a combatir a Severiano Talamantes en tanto que el Coronel Morales se batía en la frontera con otros revolucionarios.



CAPÍTULO XXIV

1911.—Trabajos de Madero en Estados Unidos.—Su regreso al territorio nacional.—Ataque a Casas Grandes.—El General Villar, jefe de armas en Chihuahua.—Ley de suspensión de garantías.—Cambio de Ministros.—Movilización de tropas americanas a la frontera.—Informe del Presidente Díaz en las Cámaras.—Varias iniciativas en la Representación Nacional.—Negociaciones de paz del Gobierno con Madero.—Situación de insurrectos y gobiernistas en la frontera del Norte.—Estado de la plaza de Ciudad Juárez.—Armisticio.—Conferencias de paz.—Ataque a Ciudad Juárez y sus resultados.—Entrada triunfal de Madero en Ciudad Juárez y nombramiento de su gabinete provisional.—Conducta noble de Madero con el General Navarro.—Insubordinación de Orozco.—Convenios de Ciudad Juárez.—Regreso al país del General Bernardo Reyes.

Queda narrado cómo y por qué el caudillo de la revolución, don Francisco I. Madero, abandonó el país y se refugió en la vecina República del Norte, en donde permaneció todo el mes de diciembre del año 1910 y parte de enero de 1911, residiendo todo ese tiempo en Nueva Orleáns.

Desde allí, por conducto de Alfonso Madero, su hermano, y del Licenciado D. Federico González Garza, dirigía las operaciones de la Junta Revolucionaria de San Antonio (Texas). Intentó trasladarse a la península de Yucatán y convertirla en centro de su propaganda; pero dificultades de última hora lo impidieron y tuvo que permanecer expectante para aprovechar oportunidad propicia. Esta no se presentó sino hasta el 25 de enero, día en que salió para El Paso (Texas), llegando a esta ciudad casi al mismo tiempo que Pascual Orozco se avistaba en las cercanías de Ciudad Juárez.

Permaneció oculto Madero, en El Paso, como unos nueve días y como entonces se volviese a dictar por el Gobierno americano nueva orden de aprehenderlo, se vió obligado a cruzar la frontera, pasando a territorio mexicano la noche del 11 de febrero, rumbo a San Agustín. En ese difícil trance le acompañaban solamente unos quince hombres, que se unieron después con un grupo que mandaba D. Abraham González, y todos juntos marcharon hacia Guadalupe. Antes y en pos

de Madero cruzaron la frontera Abraham González, Hay, Garibaldi, R. González Garza, Morales, R. Madero, Aguilar, Gómez y García Vigil, individuos todos que formaban el Estado Mayor del caudillo revolucionario. Este movimiento se efectuó del 9 al 13 de febrero.

En Guadalupe encontró Madero al magonista Prisciliano Silva, al frente de doscientos hombres, pudiendo lograr desarmarlo y obligarlo a repasar la frontera, viniendo a aumentar esta gente el grupo de los suyos. Nuevos adeptos engrosaron las filas de su tropa, pues al llegar a San Buenaventura, el día 1.° de marzo, se le unieron doscientos noventa insurrectos.

La presencia del alto jefe revolucionario alentó mucho la revuelta, hubo más disciplina, se eligieron y nombraron mejores jefes y se dictaron órdenes moralizadoras y eficaces para garantía de los pueblos.

Fué entonces también cuando por acuerdo de la Junta Estratégica Revolucionaria se acordó atacar al Coronel Valdés que se encontraba en Casas Grandes, al frente de una columna de trescientos cincuenta hombres, de las tres armas, con dos jefes y 14 oficiales. La versión más autorizada es que Valdés y García Cuéllar estaban de acuerdo para ayudarse, pues se temía que los maderistas atacaran la población mencionada, y habían convenido en que éste flanquearía a los insurrectos, así que el combate se generalizara. Aseguran otros que esta acción de guerra se debió a la casualidad, pues Madero creía que Casas Grandes estaba abandonada, y García Cuéllar, por orden de Navarro, se dirigía a Ascensión, para desalojar al cabecilla José de la Luz Blanco. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que D. Francisco I. Madero, con las fuerzas de Blanco, se encontraba en las afueras de Casas Grandes y al llegar García Cuéllar frente a la plaza dicha, que fué el 6 de marzo, se trabó un recio combate entre ambos contendientes, el cual comenzó a las siete de la mañana y terminó a las cinco de la tarde, con pérdidas por ambas partes, pero quedando la victoria del lado de los federales. En lo más recio de la pelea el Sr. García Cuéllar fué herido gravemente en un brazo, que al fin perdió, y don Francisco I. Madero, que estuvo combatiendo con los suyos en la línea de fuego, fué herido también, aunque levemente, en una mano o en el brazo derecho. Eduardo Hay cayó prisionero, y Raúl Madero y José de la Luz Soto con sus tropas se dispersaron. Al cabo de varios días los maderistas derrotados y otros se reunieron en la

Hacienda de San Diego, y allí se procedió a su reorganización, ascendiendo el conjunto a más de mil hombres.

Contando Madero con toda esta gente y la que cada día se le iba agregando, fijó su cuartel general en la Hacienda de Bustillos, lugar situado al Noroeste de Chihuahua y a distancia como de cien kilómetros, entre Concepción y Mal Paso. La proximidad de este punto al Ferrocarril Central y a la Sierra, a la vez que a la ciudad capital del Estado, puso en alarma al Gobierno del centro.

Las fuerzas federales, en su mayor parte, estaban en Ciudad Juárez o andaban recorriendo el Estado, mas en previsión de un ataque a Chihuahua se mandó al General Lauro del Villar como jefe de la zona, y éste ordenó que los Coroneles Valdés, García Cuéllar y Gordillo Escudero, marcharan con sus fuerzas a la capital del Estado, lo que también hizo Rábago con las suyas, viniendo desde Ciudad Juárez. En esta ciudad quedó el General Navarro con lo que de su columna le restaba, la del Coronel Tamborrel y alguna gente más que se enganchó, sumando en junto como setecientos hombres.

En Bustillos logró reunir Madero casi tres mil hombres. En compensación el Gobierno federal tenía rebosante de soldados la ciudad de Chihuahua.

Dejando por ahora el campo de la guerra, veamos lo que pasaba en la ciudad de México, en el de la política. Mal aconsejado el General Díaz, pretendió imponerse por el terror y a este fin solicitó del Congreso una ley de suspensión de garantías, la cual, por un plazo de seis meses, fué aprobada en 16 de marzo. Ordenó también que el General Mucio P. Martínez renunciara al Gobierno del Estado de Puebla, creyendo con esto volver la tranquilidad a los habitantes del mismo, pues aun se nombró para desempeñar ese puesto al Licenciado D. J. Rafael Isunza, persona estimada por los poblanos. El 24 del mismo mes dió otro paso en igual sentido, haciendo que presentaran sus renuncias los Secretarios de Estado, las que, con excepción de las de los de Hacienda y Guerra, fueron admitidas. Fueron nombrados para reemplazar a los dimitentes, éstos: Relaciones, Licenciado D. Francisco L. de la Barra; Gobernación, quedó vacante; Justicia, Licenciado D. Demetrio Sodi; Instrucción Pública y Bellas Artes, Licenciado D. Jorge Vera Estañol; Fomento, Ingeniero D. Manuel Marroquín y Rivera; Comunicaciones, Ingeniero D. Norberto Domín-

guez. Todos, desde luego, tomaron posesión de sus carteras, menos el Sr. de la Barra, que no lo hizo hasta el 1.º de abril.

La atención pública que se había concentrado en los acontecimientos de que era teatro el Estado de Chihuahua, y que no paraba mientes en lo que en otros Estados acontecía, desvió por un momento sus ojos de ello y los volvió al vecino del Norte, que parecía amagarnos con una intervención militar.

Desde los primeros movimientos de los revolucionarios el Gobierno americano envió varios destacamentos a lo largo de nuestra frontera, para proteger las leyes de la neutralidad, o más bien para simularlo.

Así las cosas, se supo de la noche a la mañana que el Presidente Taft había ordenado se movilizaran veinte mil soldados hacia la frontera de Texas y que se enviaran buques de guerra a los puertos mexicanos. Grande alarma ocasionó esto en México y no poca excitación en los Estados Unidos, y entonces declaró Taft que el objeto era *hacer maniobras*. Parte de las tropas llegaron en trenes rápidos y se repartieron cerca de San Antonio.

Al conocer el Senado Americano esa orden, interpeló al Presidente de la Unión Norteamericana haciéndole ver que su determinación no era del agrado de la mayoría de la Nación, que veía con horror la guerra, y que ello podría también traer graves complicaciones con las naciones de Europa. Quiso Taft disculparse con el pretexto de las *maniobras;* mas como no se le diese crédito y se le instase a declarar la verdad, declaró que esa movilización se debía *a súplicas del Gobierno de Díaz,* que con ello creía asegurar la tan violada neutralidad. Corrieron en México entonces varias versiones, todas adversas al llamado *Círculo Científico* que oprimía al General Díaz y al que se hacía responsable de tan grave petición.

El Sr. Limantour, que desde fines del año 1910 había marchado a Europa, fué llamado violentamente, y a su paso por los Estados Unidos, después de hacer algunas declaraciones, entró en conferencias con los representantes del maderismo y al llegar a la capital provocó la crisis ministerial que hemos narrado.

Llegó en tal estado de cosas el 1.º de abril, día en que el Presidente de la República debiera leer su *Mensaje* a las Cámaras, y al efectuarlo, la nota culminante del mismo fué declarar que el Ejecutivo prestaría su apoyo a una iniciativa de ley que estableciese el principio constitucional de *no-reelección.* Tal idea lanzada en aquellos

momentos y con la cual se creía aniquilar la revolución, fué enteramente contraproducente, pues no hizo más que justificar y alentar a los sublevados y a sus adeptos.

Desde luego, en la Cámara de Diputados se perdió la antigua disciplina, haciéndose ello notabilísimo al discutirse la solicitud que el día 7 presentó el Vicepresidente D. Ramón Corral, pidiendo una licencia de ocho meses para salir del país y atender a su muy quebrantada salud. Después de una violenta y aun vergonzosa discusión, la licencia fué concedida.

Se presentó también en estos días una iniciativa para autorizar el gasto de $ 8.000,000 destinados a crear nuevos regimientos de caballería, dos de artillería y cuatro batallones, con más las atenciones a ellos y destinados todos a combatir la revolución.

El día 10 de abril abandonó el Sr. Corral la tierra mexicana y el 22 comenzó la discusión, en el Congreso de la Unión, del dictamen de las comisiones respectivas en que se consultaba la reforma de los artículos 78 y 109 de la Constitución y se establecía la prohibición de reelegir al Presidente y Vicepresidente de la República y a los Gobernadores de los Estados. Los debates duraron hasta el día 25 en que tal reforma fué aprobada, pasando al Senado para los efectos constitucionales.

Convencido el General Díaz, y muchos de sus allegados, que tanto las maniobras políticas como las disposiciones militares no daban el resultado apetecido, trataron de entrar en negociaciones de paz con D. Francisco I. Madero, de una manera oculta, valiéndose del padre de éste y de algunos miembros de su familia. A ello se negó terminantemente el caudillo revolucionario, y entonces, en la segunda quincena de abril, se tomó un camino más directo, y fué enviar extraoficialmente una comisión formada por el Sr. Oscar Braniff y Licenciado D. Toribio Esquivel Obregón.

Mas, antes de ocuparnos de este trascendental error del General Díaz, veamos en qué situación se encontraban en el Norte los insurrectos y los leales. La concentración de los federales en Chihuahua, esperando el temido ataque del caudillo Madero, dejó libres los movimientos de los contrarios que hábilmente se aprovecharon de ello. Dueños de una buena parte de la línea férrea, movilizaron sus fuerzas, no contra Chihuahua, sino hacia la frontera, llegando entre el 15 y 16 de abril a Bauche, en donde batieron a los Coroneles Pueblita

y Jiménez. Dos días después Pascual Orozco, Viljoen, Garibaldi y Villa, se posesionaban de los mejores puntos y rodeaban a Ciudad Juárez. Trató el General Navarro de atacar a Madero antes que sus fuerzas se presentasen en las puertas de la ciudad, enviando contra ellas al Coronel Angel Jiménez y después al Coronel Pueblita, siendo ambos rechazados y aun estuvieron en peligro de ser derrotados, teniendo por ello que salir en su auxilio la guarnición de la plaza. En tan críticas circunstancias pudo Navarro aumentar su tropa hasta setecientos hombres y pidió auxilio por telégrafo al General Villar, jefe de la 2.ª zona, auxilio que no le llegó y tuvo que replegarse y encerrarse en Ciudad Juárez. En el campo revolucionario todo se preparó para atacar a esa ciudad, y cuando con grande entusiasmo se iba a proceder, comenzaron las negociaciones y después se pactó el armisticio.

Los comisionados extraoficiales, Braniff y Esquivel Obregón, fueron recibidos y tuvieron su primera conferencia en 20 de abril. Se dijo entonces que Madero estuvo a punto de transar con el General Díaz; pero que, advertido y amonestado por el director intelectual de la revolución, Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, exigió como base de toda negociación que renunciaran el Presidente y Vicepresidente de la República.

Los celosos comisionados se sintieron ofendidos por tal demanda y las negociaciones se dieron por terminadas.

Ese mismo día se pidió por escrito al General Navarro la rendición de la plaza, en el término de veinticuatro horas. Al día siguiente el pundonoroso militar se negó a ello, alegando «no tener facultades para hacerlo».

Como los combates de Ojinaga y Agua Prieta, puntos situados en la línea divisoria con los Estados Unidos, hubiesen causado perjuicios a los vecinos del Norte y esto dañara tanto a los revolucionarios, no quería Madero tomar a viva fuerza a Ciudad Juárez, para evitarlos. Para ello se dirigió al Gobierno proponiendo que ambos combatientes decidieran su suerte en batalla campal y en sitio lo bastante alejado de la línea fronteriza. Coincidiendo con esta hidalga propuesta, logró el Sr. de la Barra que el caudillo Madero aceptara un armisticio para que el Presidente Díaz autorizase comisionados oficiales, y se tratara de arreglos de paz.

El día 22 llegó otra comisión de paz formada por los Sres. don

Francisco Madero (senior), D. Ernesto Madero y Licenciado D. Rafael Hernández, volviendo a estar Madero favorable a la idea de que el General Díaz continuase en el Poder y pedía solamente la renuncia de Corral, el nombramiento de cuatro Ministros que él designaría, la libertad de los reos políticos y otras cosas más relativas a modificación de leyes, Gobernadores de los Estados y pago a revolucionarios.

El mismo día 22 se pactó el armisticio por el cual se suspendían, por cinco días, las operaciones militares.

Se aprovecharon del mismo muchos expatriados políticos que estaban al otro lado de la frontera, pasando al campo maderista, y entre ellos se presentó el Dr. D. Francisco Vázquez Gómez.

El General Díaz había ofrecido nombrar comisionado oficial para los arreglos de paz, y así lo hizo en la persona del Licenciado don Francisco S. Carbajal, asesorado por los Sres. Braniff y Esquivel Obregón. Por parte de los revolucionarios, nombró Madero a su señor padre, al Dr. Vázquez Gómez y al Licenciado D. José M.ª Pino Suárez. Para que se pudiesen efectuar las conferencias se prolongó el armisticio hasta el día 6 de mayo, y en esta fecha, no habiéndose podido convenir en nada, se suspendieron las negociaciones.

Sorda agitación y aun disgusto reinaban en el campo revolucionario, que vinieron a aumentar las exigencias de Pascual Orozco y el manifiesto del General Díaz, publicado el 7 del citado mes, en que declaraba que: «Si fracasan las negociaciones de paz, el Gobierno redoblará sus esfuerzos para someter la rebelión», y que se retiraría del Poder «cuando su conciencia le indicara que al retirarse no entrega el país a la anarquía».

Todo esto, unido a la noticia que circuló en el campamento maderista de que el Gobierno había llamado de Europa al General Bernardo Reyes, y éste se había embarcado en el Havre el día 7, acabó de poner las cosas en peor condición.

En tal tensión de ánimo aconteció que el día 8 de mayo, como a las diez de la mañana, se lanzaron palabras injuriosas los soldados de dos puestos avanzados, y pasando de las palabras a los hechos se tirotearon. Cundió inmediatamente la alarma en ambos campamentos, y aquella disputa inició el ataque a Ciudad Juárez. Viendo Madero que por mal lugar había comenzado la lucha, pues se encontraba en el lado de la línea divisoria, trató de suspender el ataque, y que lo mismo hiciesen los federales, mas no pudo conseguirlo.

Los insurrectos atacaron con mucha furia logrando posesionarse de las garitas de los puentes, de los terraplenes del ferrocarril, de las casas del río y aun de algunas trincheras que el Ingeniero Tamborrel había construído. Los federales ocupaban las alturas de la ciudad y desde allí lanzaban mortífero fuego. Tal estado de cosas no podía tener aplazamiento alguno, y entonces se resolvió Madero a ordenar se generalizara el ataque a la plaza. Orozco y Garibaldi, a la cabeza de seiscientos hombres, aprovechando la brecha que los suyos habían abierto por el lado del río, comenzaron la lucha logrando posesionarse de tres manzanas de la ciudad, y a la vez, Francisco Villa por el Sur, y José de la Luz Blanco por el Oriente, atacaban también.

Las columnas de Orozco y Garibaldi lograron como a las diez de la noche llegar hasta frente del edificio que defendía el Coronel Tamborrel y aun rodearon la cárcel y la iglesia que ocupaba el General Navarro.

Toda la noche del lunes 8 se combatió sin descanso, pues los asaltantes se empeñaron en no perder las posiciones adquiridas ni retroceder un solo paso. El Parque, la Plaza de Toros, el Molino y la Aduana, después de terribles encuentros en que no escaseó la dinamita, cayeron en poder de los maderistas; muchas casas y edificios importantes ardían, confundiéndose los estallidos de las bombas, derrumbe de los muros, el constante tronar de las armas con los gritos de guerra de los combatientes y los ayes de los heridos y los moribundos. Esto pasó principalmente en parte de la noche del lunes 8 y las primeras horas del martes 9, sucumbiendo en ese día el valiente Coronel Tamborrel.

Quedaban a los federales solamente tres posiciones: el cuartel principal, la cárcel y la iglesia, comunicándose todas entre sí. Para aislarlas se incendió el Correo y así se consiguió hacer se concentraran los defensores en el cuartel principal.

En la noche del martes los jefes revolucionarios maniobraron con sus columnas y quedaron así: José de la Luz Blanco, por el Poniente y Norte rodeó la iglesia y la cárcel, por el Sur y Oriente avanzaron Orozco y Garibaldi, y Villa apoyaba tanto a Blanco como a Garibaldi.

El miércoles 10, a las primeras horas de la mañana, se trabó un encarnizado combate, en el cual, por ambas partes, lucieron el arrojo y la valentía. Como a las diez de la mañana se callaron los fuegos de los federales y se creyó que el General Navarro había huído. Cuando

Villa se preparaba a perseguirlo volvieron los leales a reanudar el fuego, que contestaron los insurrectos con nutridas descargas y bombas de dinamita.

Acababa de ordenarse un asalto que pusiera término a esa tenaz resistencia, cuando recibió Garibaldi a un emisario del General Navarro solicitando se mandase una nota al Licenciado Esquivel Obregón. A esta demanda contestó el jefe maderista que concedía un plazo de cinco minutos para la rendición de los federales. Al cabo de ellos, una bandera blanca aparece y tras ella el General Navarro, con su Estado Mayor, se declara prisionero del guerrillero Garibaldi.

El resto de la guarnición, que ascendía a 583 hombres, todos los jefes y oficiales, material de guerra, bagajes, etc., etc., quedaron en poder de los vencedores. Se dice que murieron en esa lucha como cincuenta federales y quince insurrectos, quedando heridos un centenar o más, por ambas partes. Algunas de las balas que cruzaron la frontera y cayeron en El Paso (Texas) ocasionaron la muerte de siete personas e hirieron a otras once.

D. Francisco I. Madero, a quien ya desde antes del triunfo se le llamaba Presidente provisional de la República Mexicana, hizo su entrada solemne en Ciudad Juárez a las cinco de la tarde del 10 de mayo de 1911, y estableció su residencia oficial en el edificio de la Aduana. Nombró desde luego autoridades civiles y militares, ordenando a Pascual Orozco que proclamara la ley marcial para evitar desórdenes y desmanes de la tropa y de la plebe.

Al siguiente día formó un Gabinete provisional que se constituyó así:

Relaciones: Dr. D. Francisco Vázquez Gómez,
Hacienda: D. Gustavo Madero,
Guerra: D. Venustiano Carranza,
Gobernación: Licenciado D. Federico González Garza,
Justicia: Licenciado D. José M.ª Pino Suárez,
Comunicaciones: Ingeniero D. Manuel Bonilla.

A raíz de la caída de Ciudad Juárez, el Sr. Madero tuvo algunas dificultades con sus partidarios, siendo las más serias éstas: pretendían algunos jefes y con ellos un grupo de sus soldados, que el General Navarro fuese fusilado, llegando hasta exigirlo al caudillo revolucionario. Este, sublevándose contra semejante atrocidad, se negó a ello terminantemente; y como temiese que se consumara ese crimen,

fué y sacó al prisionero de su cárcel, le hizo subir a su propio automóvil, y poniéndose a su lado, lo sacó ante los que pedían su muerte, conduciéndole a territorio americano.

Desde antes del ataque a Ciudad Juárez, el cabecilla Pascual Orozco se mostraba disgustado y exigente, y parece que el nombramiento del gabinete provisional que el caudillo de la revolución acababa de hacer, sin haber tomado a él en consideración, le causó suma contrariedad. Para expresarla buscó un pretexto, dirigiéndose a exponerlo al Sr. Madero en las primeras horas de la mañana del día 13 de mayo. Se encontraba este señor en la Comandancia cuando se presentó Orozco y se quejó de que sus tropas no tenían suficientes provisiones, pidiendo con exigencia que las proveyeran; no pudo satisfacerse su deseo y parece que entonces se desmandó de palabra, tratando mal a su jefe. Acto continuo manifestó su disconformidad por el nombramiento de Ministros, y entonces Madero respondió «que no era él quien debía decirle a quiénes debía nombrar». Perdió entonces Orozco todo freno y se asegura que en el calor de la disputa llegó a sacar su pistola poniéndola frente al pecho de Madero. A las acaloradas voces de la reyerta acudieron varias personas, logrando que con su intervención se calmaran los ánimos de ambos y se separaran reconciliados.

Las conferencias de paz volvieron a reunudarse, ofreciendo el Gobierno federal a la revolución el Gobierno de algunos Estados y la Secretaría de Instrucción Pública. Rechazó Madero tan irrisorias ofertas y declaró que, o renunciaban el Presidente y Vicepresidente o continuaría la guerra.

Ante esta disyuntiva, y en vista de los acontecimientos de Pachuca y Cuernavaca, que narraremos, se llegó a este arreglo: que el General Porfiro Díaz y el Sr. D. Ramón Corral renunciarían la Presidencia y Vicepresidencia de la República *antes que termine el mes;* que el jefe de la revolución, Sr. Francisco I. Madero, renunciara el cargo de Presidente provisional que le asignaba el Plan de San Luis; que se admitiría como Presidente interino al Secretario de Relaciones, señor Licenciado D. Francisco L. de la Barra, por ser el designado por la ley y éste convocaría a elecciones generales según la misma; que en su Gabinete se utilizarían las personas prominentes de la revolución, lo mismo que en los Gobiernos de los Estados; que el nuevo Gobierno estudiaría las condiciones de la opinión pública, en la actualidad, para

satisfacerla en cada Estado, dentro del orden constitucional, y acordaría lo conducente a las indemnizaciones de los perjuicios causados, directamente, por la revolución.

En tal virtud se convino:

«Unico.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República »las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del



D. Francisco y principales Jefes de la Revolución.

»General Díaz y las de la revolución, debiendo éstas ser licenciadas a »medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios »para restablecer la tranquilidad y el orden públicos.»

Un artículo transitorio preceptúa que desde luego se proceda a reconstruir y reparar los telégrafos y vías ferrocarrileras que se encontraran interrumpidas.

Este convenio lo firmaron, por parte del Gobierno federal, el señor Licenciado D. Francisco S. Carbajal, y en representación de la revolución, los Sres. Dr. D. Francisco Vázquez Gómez y Licenciado don José M. Pino Suárez, el día 21 de mayo de 1911.

Pocos días antes de este acontecimiento se había presentado en Ciudad Juárez el Licenciado D. Emilio Vázquez Gómez, quien desempeñó un papel de cierta importancia durante el interinato del Presidente de la Barra.

El General Bernardo Reyes, que al iniciarse las conferencias de paz había sido llamado de Europa, donde se encontraba, se supo que llegaría a la Habana el 20 de mayo. La presencia de Reyes en México, en aquellos momentos, alarmó a Madero, quien exigió se le prohibiera desembarcar en el territorio nacional, y así se hizo por el Gobierno del General Díaz, dándosele orden de que permaneciera en la Habana.



CAPÍTULO XXV

1911.—Movimientos revolucionarios en varios Estados.—Sitio y toma de Culiacán.—Fusilamiento del Coronel Morelos.—Toma de Torreón y asesinato de chinos.—Acontecimientos en Pachuca.—Desórdenes en la ciudad de México.—Renuncias del Presidente Díaz y del Vicepresidente Corral.—Juicio acerca del Gobierno de Díaz.—Nombramiento y toma de posesión del Presidente de la Barra.—Nuevo Gabinete.—Existencias en el Tesoro Nacional.—Salida del General Díaz, del país.—El zapatismo en Morelos: su origen y causas.—Emiliano y Eufemio Zapata.—Fuga del Gobernador Escandón.—Ataca Zapata a Cuautla.—Ocupación de Cuernavaca.—Convocatoria para elecciones presidenciales.—Llegada a México del General Bernardo Reyes.—Festejos a Madero en El Paso, Texas.—Salida de Madero de Ciudad Juárez para la ciudad de México.—Arribo de Madero y su entrada triunfal en la ciudad de México.

En tanto que pasaban en el Norte de la República los trascendentales acontecimientos que decidieron la suerte de la revolución, otros, no menos importantes y que también coadyuvaron a su triunfo, se desarrollaban en el resto del país.

Las actividades de los revolucionarios se acrecieron en el mes de mayo, y en los Estados aparecieron nuevas partidas y nuevos jefes. En Chiapas tomaron estos a Pichucalco; en Oaxaca se apoderaron de algunos importantes puntos de la vía férrea y la interrumpieron, teniendo el Gobernador interino, General Félix Díaz, que fué a substituir al Licenciado D. Emilio Pimentel, que dar un gran rodeo a caballo, para posesionarse del Gobierno de aquel Estado; poblaciones de importancia del Estado de Michoacán cayeron en poder de los rebeldes; J. Soto y los hermanos Figueroa dominaban casi todo el Estado de Guerrero y parte del Estado de Morelos; Isauro Beístegui y Nicolás Torres, en San Luis Potosí, sojuzgaron algunos poblados; la ciudad de Colima, en el Estado de su nombre, fué tomada por José Bueno el 19 de mayo, en tanto que Luis Moya se apoderaba de Nieves, Noria de Angeles, y Mazapil del Estado de Zacatecas. Culiacán, capital del Estado de Sinaloa, soportó desde mediados de mayo el sitio que le pusieron los sublevados en número de dos mil, y que mandaban Iturbe, Cabanillas y Banderas. El Coronel Luis G. More-

los y el General Higinio Aguilar defendían la plaza al frente de quinientos soldados. Quince días resistieron los federales y al cabo de ellos, Aguilar se rindió a Iturbe, resistiéndose a esto tanto el Gobernador Redo como el Coronel Luis G. Morelos. Tuvo éste al fin que rendirse, y aunque se le había garantizado la vida, fué fusilado el 1.° de junio. La ciudad de Durango fué también tomada en los últimos días de mayo, así como Ciudad Lerdo y Gómez Palacio. En paz, aunque no tranquilos, se encontraban solamente los Estados de Querétaro, Tamaulipas, Nuevo León y parte de Jalisco. Nada de esto ignoraba el Presidente Díaz, y por más que dispusiese de dinero, no le era posible improvisar un ejército.

Torreón estuvo amagada por los maderistas desde principios de mayo y la defendía el General Emiliano Lojero con mil doscientos hombres y suficiente artillería. El día 9 se decidieron los cabecillas Ugalde, Castro, García, Pereyra y Argumedo, al frente de tres mil insurrectos, a formalizar un asedio; comenzaron el combate en las afueras de la ciudad hasta que el día 13 fué atacada en forma, sosteniéndose encarnizada lucha por ambas partes, sin obtenerse gran ventaja. Al siguiente día se reanudó con notable ventaja para los agresores, al grado de convencerse el General Lojero que resistir sería inútil, y por lo mismo en la noche de ese día acordó abandonar Torreón, escapándose de las manos de sus contrarios. Al amanecer el día 15 ejecutó su hábil retirada, sin ser perseguido por los sitiadores. Apenas el populacho supo el abandono en que la ciudad quedaba, cuando en masas compactas se entregó al pillaje, al incendio y al asesinato. Varias horas duró este desorden en que sucumbieron numerosos vecinos pacíficos y se arruinaron ricos industriales y comerciantes; y como si aquello no bastara, coincidiendo con la entrada de los vencedores, la multitud desenfrenada se arrojó sobre las propiedades de la colonia china, que en medio de los más horribles excesos perdió más de doscientas personas, combatiendo por su hogar o vilmente asesinadas.

Ese mismo día 15 de mayo, la ciudad de Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, era teatro de iguales crímenes. Al aproximarse a ella el cabecilla Gabriel M. Hernández, pidió su rendición y como no se contara para defenderla más que con ciento cincuenta rurales, el Gobernador D. Pedro L. Rodríguez, convino en que se entregara sin lucha alguna. Al saber esto, la plebe y pueblo minero se levantó en

masa y durante toda la noche del citado día se entregó a los mayores desórdenes. La oportuna llegada de Gabriel M. Hernández restableció la calma y enfrenó el vandalismo del populacho, mediante el fusilamiento de los más feroces incitadores de la plebe. El Gobernador Rodríguez dimitió y Hernández fué nombrado por aclamación, Gobernador provisional. Correspondió desde luego a tal nombramiento, dictando medidas de orden, garantizando a los ciudadanos y haciendo renacer la tranquilidad y la confianza, en menos de 24 horas.

La proximidad de Pachuca a México hizo que la noticia de lo acontecido se divulgara, y como se llegó a decir que Zapata con sus tropas se aprestaba a venir a la ciudad de México, la alarma fué magna en ella.

En los primeros días de mayo se dijo en México que la ciudad de Mazatlán había sido capturada por los insurrectos Tirado y Conde, después de casi un mes de constante asedio y resistencia; la noticia se confirmó y ella fué un nuevo golpe para el prestigio del Gobierno.

Este conjunto de desastres, coronado por el de Ciudad Juárez, anonadó al Presidente Díaz y exaltó el ánimo de las multitudes de la ciudad de México. Conocidos en ella los convenios de paz, el público esperaba ansioso su realización y al anunciar un periódico que las prometidas renuncias de Díaz y Corral irían al Congreso el día 23, acudió en masa para enterarse de ello. Sus deseos fueron burlados y salió de la Cámara altamente disgustado.

Al siguiente día 24 los diarios de la mañana notician estar bien informados de que en la sesión de la tarde de ese mismo día se presentarían las renuncias, y el edificio del Congreso se llenó de especdores.

Desde las tres de la tarde, numerosa y escogida concurrencia ocupaba las tribunas y en el resto del edificio no quedaba lugar vacío alguno. La multitud aglomerada a las puertas de la Cámara de Dipudos vociferaba sin descanso y pugnaba por hacerse sitio e ingresar al interior. Dentro de ella las disputas de los concurrentes casi impedían la lectura del acta de la sesión anterior y a ello se agregaban los gritos de otros que pedían se diese cuenta con las ansiadas renuncias. El Presidente del Congreso logró, con grandes trabajos, y después de amenazar al público con mandar desalojar las galerías, el que éste se calmase.

Se comenzó entonces a dar cuenta de un proyecto de ley y aun se llegó a poner a votación su primer artículo, soportando la concurrencia popular eso con alguna calma, mas como ello continuase agotó su paciencia y pidió a gritos la renuncia del General Díaz.

El desorden llegó a su colmo, con los gritos de ¡Viva Madero!, y el haber ordenado la presidencia a la guardia que desalojase las galerías. Aquello no pudo obtenerse y entonces el Presidente del Congreso se separó del salón; le substituyó el Vicepresidente, sin resultado alguno. Finalmente el diputado Manuel Calero logró que se le oyese y entonces declaró que no se daba cuenta de las renuncias porque aun no las recibía la Cámara.

Aquella noticia exasperó por completo al público y ya no fué posible que nadie se entendiese; entonces los Diputados abandonaron el salón y tras ellos salió también el pueblo, presa de una extraordinaria agitación.

No menor efervescencia reinaba en los que fuera de la Cámara esperaban el resultado, y al saberlo, se convirtió aquella reunión en un verdadero tumulto. Rápidamente se convino en hacer varias manifestaciones de desagrado y principalmente una ante la casa del Presidente Díaz. Tomada esta resolución, se formaron grupos que siguieron diversas direcciones: uno de ellos, el más numeroso, tomó por las calles de Bolívar, dirigiéndose a la de la Cadena, que era donde residía el General Díaz; otros, ansiando ser de los primeros en llegar, tomaron por Plateros y San Francisco, logrando ambos arribar hasta las bocacalles de Cadena e Isabel la Católica. De ese lugar ya no pudieron pasar, pues las dos entradas de la calle dicha estaban cerradas por vallas de gendarmes a caballo y a pie en número de cien, y a lo largo de la misma había otros tantos gendarmes del ejército y doscientos soldados del cuerpo de Zapadores. Dentro de la casa del Presidente, y en la casa situada enfrente de ella, estaban apostados como cien individuos de las Guardias Presidenciales. No se atrevió la multitud a abrirse paso; pero sí dijo lo que a las mientes se le vino. Como a las 7 de la noche el desorden estaba en su máximum y se comenzó a lapidar a los edificios de algunos personajes, y entre otros al «Jockey Club», casas comerciales como «La Villa de París», la «Tampico News Co.», la «Armería Española», «La Palestina», «Aztec Land», dulcería «El Globo», el restaurant «Gambrinus»: las joyerías «La Perla» y el «Zafiro» sufrieron la furia del populacho, que no se

dedicó a robar, sino sólo a destruir. De las armerías tomó unas cuantas armas que se encontraban en los escaparates.

Tranvías eléctricos, coches de sitio, carruajes particulares, carros, automóviles y cuanto vehículo de transporte se encontraba en las calles, lo asaltaba la multitud, obligándolo a seguir la dirección que se les ocurría a los ocupantes intrusos.

A las 8 de la noche la manifestación había asumido grandes proporciones y se encontraba el mayor grupo de la misma frente al Palacio Nacional. Se dió entonces orden a la guarnición que cerrara las puertas, abocara una pieza de artillería hacia la plaza, y que una compañía de Zapadores se apostara al lado Sur del edificio, cercano al despacho de la Presidencia.

Estas disposiciones militares contuvieron a los manifestantes, cuyo número no sería menor de veinte mil. Se trató también, por otro grupo, de incendiar el edificio de *El Imparcial,* periódico oficioso del Gobierno, mas el oportuno auxilio de la policía lo impidió.

De frente a Palacio, en grupos más o menos numerosos, se fué disgregando aquella tumultuosa colectividad, mas una parte que tomó rumbo al Portal de Mercaderes tuvo altercado con un gendarme, hubo tiros y con el correspondiente desorden y alarma, algunos heridos y muertos. Ascendieron éstos a cinco y aquéllos a veintinueve, según se dijo al otro día. El dia 25 continuaron los desórdenes en varios puntos de la ciudad y la calle de Cadena apareció convertida en un campamento militar. Por el Paseo de la Reforma y frente al Ministerio de Relaciones, la policía y el pueblo tuvo algunos encuentros del que resultaron muertos y heridos.

El propietario de la librería y casa de curiosidades «Aztec Land» escribió en este día sobre los vidrios rotos de sus escaparates, con grandes letras de gis blanco, estas significativas palabras: EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ.—Juárez.

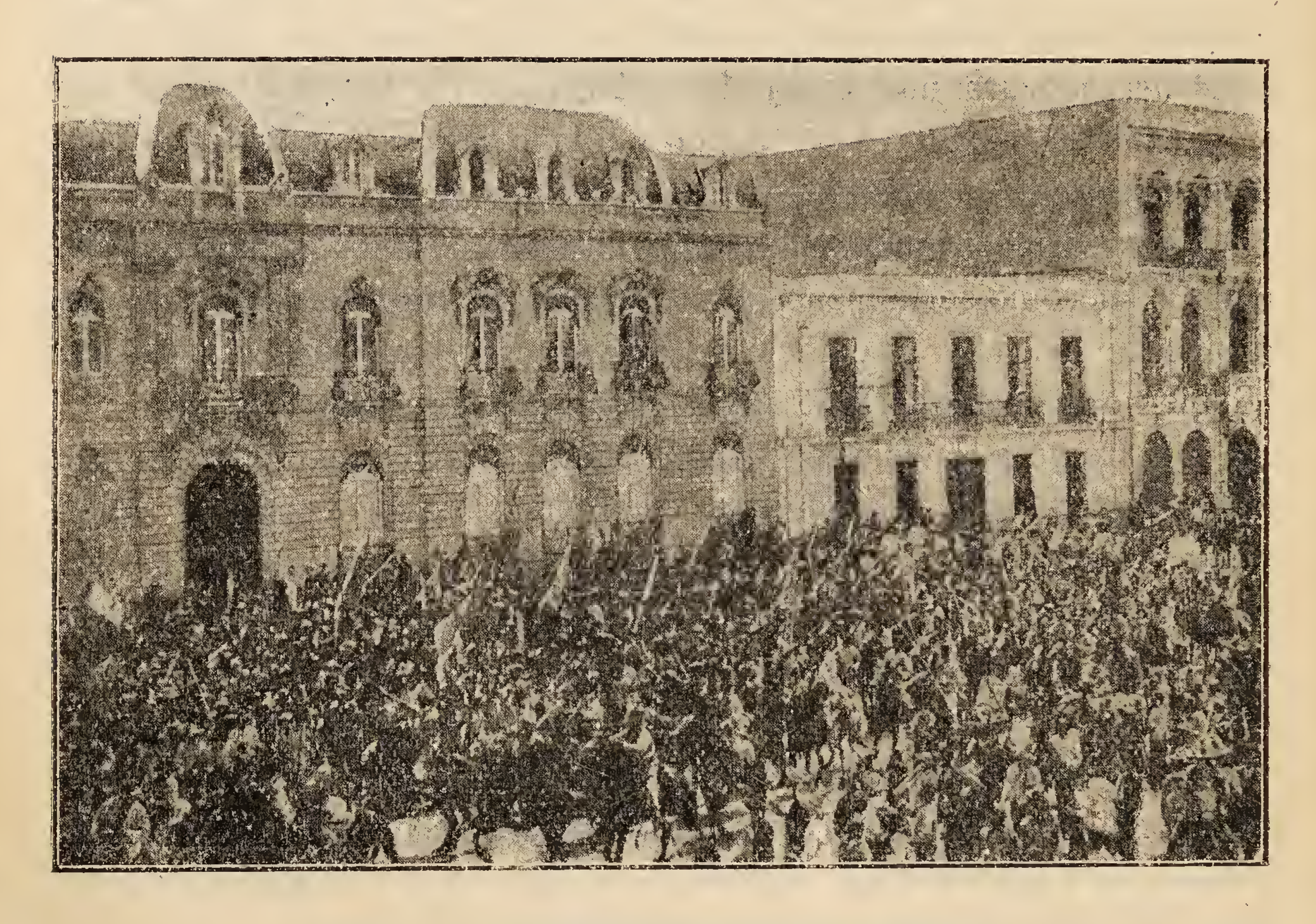
Por fin, en la tarde de ese día, las ansiadas renuncias del General Díaz y el Vicepresidente Corral, se presentaron al Congreso y fueron aprobadas por 165 votos contra 2.

En esa misma sesión se acordó citar para las 12 de la mañana del día 26 al Secretario de Relaciones, Sr. Licenciado D. Francisco L. de la Barra, para que prestara la protesta como Presidente interino de la República, por preceptuarlo así la ley.

Para efectuarlo salió el Sr. de la Barra del Palacio Nacional, y en

todo el trayecto que se recorre de ese lugar a la Cámara fué ovacionado por los transeúntes y los habitantes de las casas frente a las cuales pasaba.

En el Congreso y en medio de atronadores aplausos fué recibido por los asistentes y ante ellos prestó la protesta de ley. A su salida se repitieron las manifestaciones de regocijo, que le acompañaron hasta su regreso al Palacio Nacional. Allí recibió y contestó las felicitaciones de estilo.



Manifestación frente al Ministerio de Relaciones.

Después que el Sr. de la Barra recibió la comunicación del Congreso en la que se le participaba su elevación a la suprema magistratura de la Nación, expidió un *Manifiesto* en que abundaban los más patrióticos conceptos y los más buenos deseos por la prosperidad nacional, siendo a la vez una especie de programa al que ajustaría su conducta.

El primer acto de su Gobierno fué la creación del gabinete que se formó así:

Relaciones, Licenciado D. Bartolomé Carbajal y Rosas;

Gobernación, Licenciado D. Emilio Vázquez Gómez;

Justicia, Licenciado D. Rafael Hernández;

Instrucción Pública y Bellas Artes, Dr. D. Francisco Vázquez Gómez;

Fomento, Licenciado D. Manuel Calero;

Comunicaciones, Ingeniero D. Manuel Bonilla;

Hacienda, D. Ernesto Madero;

Guerra, General D. Eugenio Rascón.

Ese mismo día, el Sr. Licenciado D. J. I. Limantour entregó al Gobierno, después del corte de caja respectivo, la suma de pesos 62.483,119,24, según el siguiente detalle:

Existencias en diversas oficinas.	$ 22.698,127,80
Existencia en la Tesorería de la Nación . .	» 12.638,095,23
Existencias en Bancos y Casas Bancarias. .	» 27.146,896,21

El 27 de este mes se promulgó un decreto de amnistía por delitos de sedición y rebelión, y en tal virtud se pusieron en libertad a todos los presos políticos.



Lic. Francisco L. de la Barra.

El día 26, a las cuatro de la mañana, y a repetidas súplicas de su familia y amigos, salía de su residencia de la calle de Cadena, n.º 8, el Sr. General D. Porfirio Díaz en compañía de su señora, de su hijo Porfirio, de la familia de éste, de la del Sr. Licenciado don Lorenzo Elízaga y de los Generales D. Manuel González Cosío y D. Fernando González y otras personas más, dirigiéndose a la Estación del Ferrocarril Interoceánico, sita en la ex-garita de San Lázaro. Allí le esperaban algunos amigos de su confianza y el tren presidencial, al que se habían unido dos coches más que llevaban escoltas del batallón de Zapadores mandados por el teniente coronel D. Joaquín J. Chicarro y una parte del 25º batallón a las órdenes del General Victoriano Huerta. En el trayecto de México a Veracruz fué asaltado el tren por una partida de bandoleros que se llamaban pronunciados o maderistas, pero fueron rechazados fácilmente y el tren arribó sin novedad a Veracruz a las 6,20 del subsecuente día.

Durante el tiempo que el General Díaz permaneció en Veracruz, recibió numerosas manifestaciones de respeto y simpatía de parte de todas las clases sociales.

El 31 de ese mismo mes tomó pasaje, con sus acompañantes, en el vapor alemán «IPIRANGA», con destino a Europa, habiendo dirigido el día 25 un manifiesto al ejército, haciéndole la justicia que merecía.

Gobernó la República Mexicana el General Díaz, desde el 16 de noviembre de 1876, día del triunfo de la revolución de Tuxtepec, asumiendo el poder ejecutivo el 28 del mismo. En diciembre 6 del mismo año, la necesidad de atender operaciones militares en varios puntos de la República, le obligaron a dejarlo temporalmente. En 16 de febrero de 1877 volvió a posesionarse del mismo, permaneciendo hasta el 30 de noviembre de 1880.

Volvió a la presidencia de la Nación el 1.° de diciembre de 1884 y continuó en ella, por repetidas reelecciones, hasta el 25 de mayo de 1911, o sean treinta años, tres meses y diez y ocho días,

Juzgar con equidad de su labor, aun no es tiempo; reconocer sus servicios, hoy más que nunca son estimados. Ello no obstante, nos parece no carecer de razón lo que en síntesis ha expresado un viril escritor, estando aún en el poder el Presidente Díaz: «La obra de »Díaz—*dice*—ha sido la paz; los medios para conservarla han sido »buenos y malos: fueron buenos, los que coadyuvaron al desarrollo de »las fuerzas económicas latentes y a la distribución y ampliación del »trabajo, fomentando grandes obras materiales; fueron malos los que, »amordazando la opinión nacional, aterrorizando al adversario por la »venganza sangrienta y degradando el espíritu público hasta el punto »de hacerle amable la tiranía, han matado en México las más altas de »las virtudes cívicas: la dignidad, la altivez, el sentimiento de la »libertad, sin las cuales no existe, no puede existir el verdadero »patriotismo». (*Duclós Salinas.*)

A la revolución maderista acompañó otra cuyos orígenes y tendencias pudieron considerarse enteramente diversos, si bien en sus finalidades alguna vez hayan llegado a tener puntos de contacto; nos referimos a la del Estado de Morelos, hoy llamada revolución zapatista.

Del año de 1861 y como consecuencia del licenciamiento de las tropas liberales, data el desarrollo del bandidaje en el mencionado Estado, y en el cual adquirieron nombre legendario los llamados «pla-

teados». El Chintete, el Zarco y sobre todos ellos el famoso Salomé Plasencia, perdurarán en la memoria de todos los morelenses, que si bien se horrorizan de sus crímenes, le conservan afecto por valiente y arrojado. Más de una vez, oprimidos por los excesos de los poderosos, han clamado por un jefe como Plasencia, que venga a redimirlos. Las manos férreas de Pacheco, Preciado y Alarcón, lograron ir extirpando poco a poco a los más notables bandidos; pero no pudieron extinguir del todo lo que la herencia había transmitido a sus descendientes. Sin embargo, el Gobernador Alarcón consiguió durante su Gobierno sujetar todos los instintos heredados y dar completa garantía a propios y extraños, en el territorio de su mando. Desgraciadamente, a fines del año 1908, la muerte le arrebató y el puesto que dejara vacante fué el pretexto para inquietar los ánimos y que el fermento antiguo renaciera.

El pueblo morelense y con especialidad el de Cuernavaca y poblaciones adyacentes, postuló para su mandatario al General D. Francisco Leyva, que ya en épocas anteriores había gobernado el Estado. Una numerosa y popular manifestación efectuada en Cuernavaca dió a conocer claramente estos deseos y parece que bastó para que el General Díaz se preocupara en contrariarla, incitándolo a ello, según entonces se dijo, los ricos propietarios de Morelos, residentes en México.

No se sabe con certeza cuáles hayan sido los motivos que el General D. Francisco Leyva tuvo para declinar su candidatura en la persona de su hijo el Ingeniero D. Patricio Leyva, mas éste fué el arreglo final de ese asunto político. Candidato de *los hacendados* era el teniente coronel D. Pablo Escandón, quien no obstante su riqueza y antecedentes aristocráticos, servía en el Estado Mayor del Presidente de la República. Fácilmente logró, por lo mismo, obtener la aquiescencia del *gran elector* y salir nombrado Gobernador de Morelos en el simulacro de elecciones verificadas el año 1909.

Aprovechando el general descontento que esto produjo, los agentes maderistas hicieron buena propaganda entre los mestizos y clase indígena de esa región. Estos a su vez propalaban las promesas de reivindicación y reparto de tierras según el Plan de San Luis, y así lograron conquistar numerosos prosélitos. Uno de los más decididos y activos fué un rábula de Jojutla, apellidado Avendaño, quien al fin logró formar adeptos al maderismo y decidirlos a levantarse en armas.

En enero de 1911 se inició este movimiento rebelde bajo los más humildes auspicios y sin que el Gobierno local le concediese importancia alguna. Creyó que más que la expresión de una aspiración política, sería un pretexto para el latrocinio y en tal virtud se encomendó a los jefes políticos y autoridades subalternas, se les combatiera.

En el mes y año indicados Lucio Moreno y Bernabé Labastida se pronunciaron en Tepoztlán y les secundó en Mapaxtlán (Villa Ayala) Juan Sánchez. De Jojutla y Tlalquitenango, donde eran numerosos los partidarios de Leyva, comenzaron a salir adeptos a la revolución y a engrosar sus filas.

De Villa Ayala son originarios los dos hermanos Emiliano y Eufemio Zapata, que arrancando de la ínfima capa social de los mestizos han logrado la notoriedad que hoy tienen. A mediados de 1910, el jefe político de Cuautla encarceló a Emiliano y lo condujo al servicio de las armas, en el 9.º regimiento de la Federación, mandándole para ello a Cuernavaca. Ya en esta ciudad, logró que el Gobernador Escandón le diese libertad y regresó a su pueblo. De paso por Cuautla encontró a su amigo Otilio Montaño, maestro de la escuela primaria, y de él recibió las primeras noticias de los trabajos políticos de Madero. Más tarde leyeron juntos el Plan de San Luis, que en muchas de sus partes encontraron muy conformes a las tradicionales aspiraciones de su raza. Esto y el temor de ser nuevamente consignado al servicio de las armas, con más las sugestiones de su hermano Eufemio, que acababa de llegar del Estado de Veracruz, le decidió a sublevarse y proclamar el plan de la revolución maderista. El y su hermano así lo ejecutaron en la mencionada Villa Ayala el 8 de febrero de 1911.

Los numerosos enemigos del Gobernador Escandón que, a más de considerar su nombramiento como una burla a la voluntad de la mayoría del Estado, veían en él al odioso partido de los *hacendados,* puesto que él mismo era uno de ellos, hizo que pronto Zapata tuviese numerosos adeptos y compañeros.

Como a diario llegasen al Gobernador Escandón repetidas noticias de que las partidas de sublevados aumentaban en el Estado, principalmente entre Cuautla y Jojutla, se le vino a las mientes hacer una gira militar saliendo de Cuernavaca, dirigiéndose a Jojutla el 19 de marzo de 1911, al frente de sesenta rurales. Llegó sin novedad al punto terminal de su viaje, y allí permaneció algunos días observando

e informándose de la marcha de los acontecimientos. En estas circunstancias recibe exageradas noticias de que una chusma de rebeldes se dirige a atacarlo y entonces, ordena la retirada a Cuernavaca, llevándose consigo la fuerza que guarnecía la población. El 24 de marzo arribó a Cuernavaca y ese mismo día, después de solicitar del Congreso del Estado una licencia, relegó el mando en manos de su Secretario, Licenciado D. Agustín Hurtado de Mendoza, y partió para la ciudad de México, de donde no volvió más.



Emiliano Zapata.



Eufemio Zapata.

Jojutla y Jonacatepec fueron desde entonces el teatro de las hazañas de los zapatistas, que en los principios de su carrera obraban con cierta moderación para conquistarse partidarios y amigos. Atacaron después varios pequeños pueblos y haciendas, sin presentar resistencia alguna cuando eran perseguidos y sí procurando huir oportunamente.

En los principios de mayo de 1911 contaba ya Zapata con unos

cuatro mil quinientos hombres, y quiso dar con ellos su primera acción de guerra formal, eligiendo para ello la ciudad de Cuautla. Esta ciudad tenía por toda guarnición trescientos soldados federales del 5.° regimiento y cuarenta rurales del Estado. Sobre ellos descargaron su furia los cuatro mil quinientos zapatistas el día 9 de mayo, y solamente después de una tenaz resistencia de nueve días, se vieron obligados estos heroicos y abnegados defensores del orden, a romper el apretado sitio en que se les tenía, logrando llegar a Cuernavaca. Allí se encontraba el jefe de las armas, General Francisco Leyva, quien en ese trance tan apurado pudo haberles dado eficaz auxilio, pues contaba con más de mil hombres, y no lo hizo.

La ciudad de Cuautla fué teatro de crímenes indecibles, quedando casi toda ella convertida en un montón de ruinas, pues al asesinato y al saqueo siguieron el incendio y la destrucción con la dinamita.

El 21 del mismo mes las tropas federales evacuaron la plaza de Cuernavaca que incontinenti ocuparon los maderistas al mando del llamado General Manuel D. Asúnsolo. Cuatro o cinco días después llegaban a ella Zapata y su gente.

El 1.° de julio se publicó la convocatoria para elecciones extraordinarias de Presidente y Vicepresidente de la República, según la ley de 25 de mayo anterior, aprobada oportunamente. En la misma se establecía, como fecha para las primarias, el 1.° de octubre y para las secundarias el 15 del mismo mes. En la noche de ese mismo día salió para Estados Unidos, rumbo a Europa, el Licenciado D. José Ives Limantour y le acompañó el ex Gobernador del Distrito Federal, Sr. D. Guillermo de Landa y Escandón.

Al día siguiente, procedente de la Habana, desembarcó en Veracruz el General Bernardo Reyes.

Gran expectación reinaba en la ciudad de México esperando el día en que el caudillo Madero saliera de Ciudad Juárez y viniese a regocijarse con su triunfo en la *Ciudad de los Palacios,* con todos sus partidarios y amigos. Como ya en El Paso se esperaba que esto sucediese de un día a otro, el 31 de mayo preparó el «Toltec Club» un gran banquete en honor del caudillo triunfante. Más de cien cubiertos se dispusieron para los invitados, entre los cuales se encontraban el General Navarro y las notabilidades del maderismo. El menú, servicio, adorno y orquesta fueron de lo mejor, dominando en la reunión la más franca cordialidad y la más exquisita finura.

Gran expectación embargaba los ánimos esperando el momento en que Madero pronunciara el acostumbrado brindis; llegado éste, lo hizo el caudillo afortunado, en lengua inglesa, con tan poca fortuna, que la concurrencia tubo que afectar, por cortesía, un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir. Algún imprudente pretendió que el General Navarro hablase; pero el modesto militar se excusó políticamente de hacerlo, y la concurrencia encontró justo y correcto su proceder.

Correspondió el Sr. Madero a las personas de El Paso, (Texas) y de Ciudad Juárez, por los obsequios hechos a él, con un baile que se verificó en esta última.

Se asignó como fecha de la salida de Ciudad Juárez para México, el día 2 de julio, y así se efectuó en un tren especial que se tomó en El Paso (Texas). En la estación de Sanderson quisieron saludar al caudillo los mexicanos allí residentes y no lo lograron. En Spofford recibió una comisión del Club Antirreeleccionista, de Ciudad Porfirio Díaz, y se llegó a esa población a las 8 a. m. En el puente internacional, y en el lado mexicano, fué recibido el Sr. Madero por el Gobernador Venustiano Carranza y numerosos habitantes de ese lugar, que le manifestaron su entusiasmo y adhesión con toda clase de manifestaciones. Al mediodía se reanudó la marcha hasta San Pedro de las Colonias y en ésta paró el tren 2 horas, prosiguiendo su camino hasta Torreón. En la estación de Reata se encontraban la familia del afortunado caudillo, con numerosos amigos del mismo, y todos ellos vinieron a aumentar la numerosa comitiva. Más de diez mil personas ovacionaron a Madero en San Pedro de las Colonias, y en Torreón excedieron de quince mil las que, aglomeradas en la estación del ferrocarril, ansiosamente le esperaban. Los banquetes se sucedieron a diario no interrumpidos en lo sucesivo. En Zacatecas y Aguascalientes se repitieron los obsequios y aclamaciones populares. En la mañana del día 6 arribó el tren a León, y tanto a su paso por Silao, como por Celaya, el entusiasmo de los ciudadanos iba en aumento. Rayó el delirio en Querétaro y tuvo desbordantes afectos en Tula. En la estación de Teoloyucan subieron a saludarle los Ministros Dr. Vázquez Gómez, Licenciado Rafael Hernández y Ernesto Madero.

Desde que se supo en la ciudad de México el día en que llegaría a ella el jefe de la revolución triunfante, sus habitantes todos, sin distinción de clases, se apresuraron a estar presentes a su arribo.

Se sabía que el día 7 se efectuaría tal acontecimiento y todo se preparó desde la víspera. Parece que la naturaleza misma participaba de la nerviosidad de los mexicanos y daba muestra de ello en una de sus más terroríficas manifestaciones, pues a las 4,20 de la mañana del mencionado día 7, la ciudad de México fué conmovida por un intenso y prolongado sismo, superior a todos los que de años atrás se tenía noticia. Numerosas desgracias le acompañaron, y entre ellas fué la más lamentable el derrumbe de una parte del Cuartel de Artillería de San Cosme, quedando sepultados numerosos soldados en sus ruinas.

No obstante el pánico y las angustias que tal fenómeno produjo, no decayó el entusiasmo del público, que en calles y plazas se mantuvo esperando al deseado caudillo. Todas las ventanas, balcones, azoteas y aun las partes salientes arquitectónicas sostenían numerosa concurrencia; en ciertas calles difícilmente podía transitarse y en otras los clubs y asociaciones, desde las primeras horas del día, las tenían tomadas.

En la estación del Ferrocarril Nacional Mexicano y calles adyacentes, más de ciento cincuenta mil personas esperaban la llegada del tren. En el andén aguardaban la familia de Aquiles Serdán, el Gobernador del Distrito y sus altos empleados, y las comisiones y clubs de más representación en la ciudad.

Hasta las 12 y 35 minutos no se anunció la llegada del tren a la estación y en el último de los coches del convoy venía con su familia el hombre tan deseado por las multitudes.

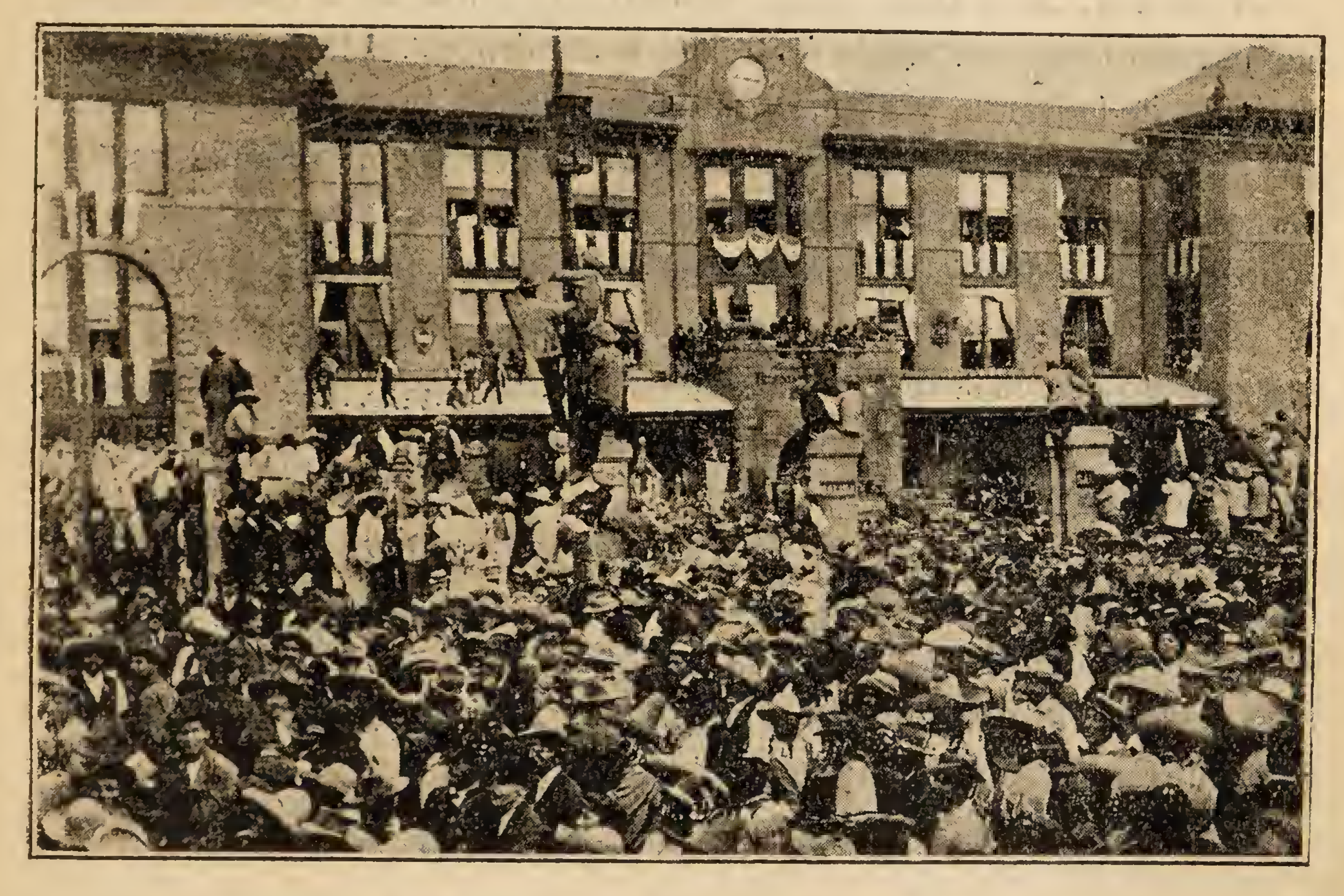
«Salió a la plataforma, *escribe un testigo de vista,* y un inmenso »grito de toda aquella gente que no había ido sino con el objeto de »lanzarlo, rompió el aire, y como aquel grito repercutiera en las afue- »ras de la estación, donde se adivinó que el caudillo había llegado, »fué repetido con inmenso entusiasmo, y la primera aclamación que »recibió el vencedor, en la capital, llenó los aires largamente, como »un saludo de victoria.

»La emoción era intensa; en muchos ojos femeninos vimos lágri- »mas; D. Francisco I. Madero, poseído de aquella misma emoción, »pues nunca, seguramente, imaginó recepción semejante, dirigió »algunas palabras a la multitud, que escucharon unos cuantos, salu- »dando al pueblo y dándole las gracias por aquel recibimiento.

»Con infinitas dificultades, a pesar de los esfuerzos de los solda-

»dos de la revolución, hizo Madero el recorrido de su carro a las »puertas de la estación, en más de media hora. Todo el mundo quería »verlo, por todas partes asomaban caras curiosas y emocionadas, y »la ovación continuaba llena, ensordecedora, y continuó así hasta las »nueve de la noche, frente a la casa del *leader*, que se encontraba »rodeada por más de dos mil personas que no se cansaban de aplau- »dirlo.

»Al salir de la estación, el tumulto que se produjo fué enorme, y »los vivas y las aclamaciones atronaron los aires. Con infinitas difi-



La estación de Colonia a la llegada de D. Francisco I. Madero.

»cultades se pudo organizar el cortejo, subiendo en los carruajes pre- »parados al efecto, los diversos miembros de la comitiva.

»En un coche tirado por cuatro caballos, enjaezados a la gran »Dumont, tomó asiento el jefe de la revolución, y a su lado su esposa, »y enfrente los señores Raúl Madero y José Garibaldi.

»Desde la estación hasta el Palacio Nacional, la marcha fué lenta, »sumamente lenta, al grado de que fueron necesarias más de dos »horas para que llegara el coche en que iban el Sr. Madero y su »esposa la señora Sara P. de Madero.

»El público había esperado más de ocho horas, recorriendo las

»calles, pues desde la mañana el tránsito por las principales avenidas »de la ciudad, y principalmente por las que tenía que recorrer la »comitiva, se hacía difícil, y a medida que adelantaba el día, nuevos »grupos de gente se acercaban a la ruta que tenía que recorrer el »caudillo triunfador.» *(Rivero).*

Numerosas asociaciones, clubs y gremios con sus estandartes se veían en la carrera de entrada ostentando sus estandartes y distintivos. En la esquina del Cinco de Mayo, frente al Teatro Nacional, se encontraba un carro alegórico y a la entrada de la calle de Plateros un arco triunfal.

A las 2,30 de la tarde llegó Madero a la Plaza de la Constitución, ingresando luego a Palacio en donde le esperaban el Presidente interino, Sr. de la Barra, y algunos altos empleados. La entrevista y saludos fueron cordiales y sencillos, conversando breve tiempo ambos personajes. El Sr. de la Barra invitó al Sr. Madero a que saliese a los balcones de Palacio y así lo hizo, recibiendo otra ruidosa ovación.

Del Palacio se dirigió a su casa y por todo el trayecto recorrido se repitieron las manifestaciones de entusiasmo, que, no obstante una molesta y pertinaz lluvia, siguieron toda la tarde y noche frente a su casa habitación, en la Colonia Juárez.

Más de cien mil personas deben haber aclamado ese día al afortunado autor del Plan de San Luis, y de una manifestación semejante no hay precedente en la Historia nacional; «ni en la entrada de Iturbide, *me decía un anciano amigo mío,* ni en la de Maximiliano, ni al triunfo de la República, se vió cosa semejante.



APÉNDICE

CONFERENCIA CREELMAN

Cómo es el Presidente Díaz

En este notable artículo, el hombre más esclarecido del Continente se dirige al mundo, utilizando para ello al periódico ilustrado *Pearson's Magazine*.

Por un feliz y previo acuerdo, el Sr. Creelman fué a México, y tuvo el honor de ser recibido en el Castillo de Chapultepec. Logró ahí la oportunidad muy poco común de hablar directamente con el Presidente Díaz, y desde luego hace notar el dramático y conmovedor contraste entre su austero y autocrático Gobierno, y el culto ferviente y entusiasta que el Mandatario profesa por las ideas democráticas. Por medio del Sr. Creelman, el Presidente da a conocer, acaso por la primera vez, su inquebrantable resolución de retirarse del Poder, y predice una era de paz y de verdadera libertad bajo libres instituciones. Podríamos llamar a este artículo, sin adulación, LA HISTORIA DE UN ARTÍFICE DE NACIONES.

Desde las alturas del Castillo de Chapultepec, el Presidente Porfirio Díaz dirigía una mirada sobre la histórica capital de su país, situada sobre vastas llanuras que tienen por límite, allá, en el lejano horizonte, una línea de no interrumpidas montañas azules, que dan a ese admirable Valle una grandiosidad que se recuerda siempre.

Yo había emprendido un viaje de cuatro mil millas desde Nueva York para entrevistar al educador y al Héroe del México moderno;

al admirable caudillo en cuyas venas está aliada la primitiva y pura sangre Mixteca, con la del invasor español: admiraba yo su esbelta y erguida figura en armoniosa consonancia con la robustez de un veterano. La cabeza netamente militar, y un aire tal de superioridad, unido a la noble expresión de la sencillez más marcada, cuanto más difícil de describir por medio de la palabra.

Frente despejada y elevada que limitan blancos cabellos. Ojos castañoobscuros que leen en el fondo del alma del interlocutor, a veces con inefables destellos de bondad, y a veces con aguda y rápida mirada. Ojos entonces de amenaza terrible que cambian después a su expresión habitual, en la que se cree adivinar la bondad, la confianza y hasta la alegría. Amplia y bien proporcionada nariz, cuyas ventanillas se dilatan con las emociones intensas; vastas y viriles mejillas limitadas por finas orejas; una ancha y firme boca sombreada por blancos bigotes; un cuello vigoroso, muscular y corto; amplias espaldas, y sobre toda esta escultural figura una notable tensión y rigidez que proporciona al cuerpo un aire sugestivo de singular poder y dignidad; tal pude yo contemplar a Porfirio Díaz a los setenta y siete años de edad en los mismos lugares en los cuales cuarenta años antes sitiaba con su ejército a la ciudad de México, sitio precursor del fusilamiento del Emperador Maximiliano en Querétaro, allá al Norte; del otro lado de las azules montañas, sellando así para siempre la interferencia de las Monarquías de Europa con las Repúblicas de América.

Hay en la contemplación de esa figura histórica, algo de magnético, de inexplicable, que parece relacionar el brillo de esos ojos sin temor, y la expresión de desafío impresa en la dilatación de esas ventanillas de esa nariz, con la majestad del grandioso panorama y se llega hasta creer algo de conexión íntima entre dos fuerzas elementales tan distintamente manifiestas.

No hay en todo el mundo una figura más romántica ni más heroica, ni que incline más a la contemplación por parte de partidarios y enemigos de la Democracia, como la del soldado-Estadista, cuyas aventuras en la juventud, harían palidecer a las más vívidas páginas de Dumas, y cuya mano de hierro ha metamorfoseado al levantisco pueblo de México, en una fuerte, sensata, pacífica, solvente y progresista Nación.

Durante veintisiete años ha gobernado a la República Méxicana

La escuela es un elemento valiosísimo para asegurar la paz

«Y qué cree usted, Sr. Presidente, de más valor para la paz: ¿el ejército o la escuela?»

La cara del veterano se coloreó ligeramente, y moviendo un tanto la espléndida cabeza de nieve, dijo:

«¿Habla usted de la época actual?»

«¡Sí, señor!»

«La escuela, no hay que pensarlo. He procurado que la educación del pueblo en toda la República, sea impartida siempre por las manos del Gobierno. Y espero antes de morir, verla en todo su desarrollo posible. Es tan importante que todos los ciudadanos de la República reciban las mismas ideas, y que sus métodos armonicen para intensificar la unidad nacional, como que cuando todos lean igual, y piensen igual, podrán ser todos iguales.»

«¿Y cree usted que la vasta población indígena de México sea capaz de un cambio radical y de adquirir cultura?»

«Lo creo: los indios son generosos y agradecidos, con excepción de los yaquis y los mayas. Conservan la tradición de su antigua y propia civilización. Tenemos muchos de ellos entre nuestros ingenieros, abogados, médicos, oficiales del ejército, y en otras profesiones.»

De la ciudad podía verse aun el humo de bastantes fábricas.

«Aquel es un humo mejor que el de los cañones», dije yo.

Hay tiempos en que el cañón no es tan mala cosa

«Sí, replicó, y, sin embargo, hay tiempos en que el cañón no es tan mala cosa. Los humildes trabajadores de mi país se levantaron en otro tiempo para apoyarme, y no podré olvidar jamás que mis compañeros de armas y sus hijos, estuvieron a mi lado, ofreciéndome generosamente lo único que tenían, su vida, en mis más azarosos tiempos.»

En aquel momento, las lágrimas humedecían los ojos del prestigioso caudillo.

«Fué mejor derramar algo de sangre, para evitar mucha sangre después; la sangre derramada era maligna; la que se trató y se consiguió salvar era la sangre de los buenos.»

De la paz dependían el porvenir y la vida de México

«La paz era de todo punto necesaria, aun cuando fuera una paz forzada. De ello dependían el porvenir y la vida de México como Nación, y se obtuvo esa paz, para que la Nación pudiera al fin regenerarse, pensar y trabajar. La educación y la industria han concluído la labor que comenzó el ejército.»

Movióse lentamente sobre la terraza, lanzando su mirada al horizonte, como si el recuerdo de los viejos días estuviera vivo delante de él; el asalto y la victoria de Puebla; la inmediata marcha sobre la capital; la visita de la desolada princesa de Salm-Salm, atravesando las líneas sitiadoras de su triunfante ejército, para pedir de rodillas por la vida del infortunado Archiduque, que se preparaba, entre tanto, para morir en Querétaro; la conmovedora entrevista con el prelado, Secretario de Maximiliano; la suplicante y pálida figura de la esposa del Secretario de Guerra del Imperio, D.ª Luciana Arrazola de Baz, que vino a proponerle la entrega de la plaza de México, a cambio de la partida de Maximiliano para el exterior; las insidiosas ofertas de traición de parte de los generales del Imperio, que ofrecían la entrega del joven Soberano, a cambio de la salvación de ellos mismos; todo esto ahí, sobre las rocas de Chapultepec, tal vez en el mismo sitio donde nosotros departíamos, y todo inútil al fin, porque las heroínas, los héroes, los soldados, los prelados y los traidores, volvieron sin esperanzas a cruzar las líneas de acero agudo, ya tintas con la sangre de invasores extranjeros y traidores nativos, reforzándose y estrechando el sitio de la histórica ciudad, y al último la bandera blanca de paz ondeando en lo alto de la gris y vieja Catedral, la muerte de aquel bastardo Imperio y la entrada de las polvorosas fuerzas republicanas, con Díaz a la cabeza, en medio de inmensas muchedumbres de enormes sombreros anchos, sarapes rojos, pies desnudos, sollozando de delirante gratitud.

bles, y no tengo ya deseos de continuar en la Presidencia, puesto que creo que la Nación está en capacidad ya para vivir en plena libertad. A la edad de setenta y siete años que tengo, estoy satisfecho con el goce de mi completa salud; esto es algo que no se obtiene por medio de la fuerza, y no cambiara esta satisfacción por todos los millones de vuestro rey del petróleo».

Su expresiva fisonomía, sus brillantes ojos y sus ligeros y elásticos pasos, cuadraban admirablemente con sus palabras. Porque uno que ha sufrido las privaciones de la guerra y las molestias de la prisión, y que en la edad que tiene se levanta a las seis de la mañana, para dedicarse al trabajo hasta la noche, en pleno poder de sus facultades físicas y morales; uno que posea las condiciones físicas del General Díaz, que es aún notable cazador, y acostumbra algunas ocasiones subir de dos en dos las escaleras de Palacio, es realmente un ser excepcional.

«Los ferrocarriles han tenido una parte muy importante en la pacificación de México, continuó. Cuando fuí electo Presidente la primera vez, solamente había dos pequeñas líneas que unían la capital de la República con Veracruz, y otra que estaba en construcción rumbo a Querétaro. Ahora contamos con diez y nueve mil millas de buenas vías. Por aquel entonces teníamos un costoso y lento servicio postal, que era conducido en las zagas de los coches, y al hacer su trayecto entre México y Puebla era detenido en él dos o tres veces con objeto de robar los salteadores a los pasajeros. En la actualidad, nuestro servicio de correos es barato, rápido y extendido a través de todo el país, contando con más de dos mil doscientas administraciones y agencias.

»Los telégrafos eran en aquel tiempo algo deficientes; ahora tenemos en activo trabajo cuarenta y cinco mil millas de hilos telegráficos.

»Comenzamos por castigar con la pena de muerte el robo en despoblado, procediendo a la ejecución del criminal a las pocas horas de su captura y de un juicio sumario.

»Fuimos duros, inflexibles; pero todo ello era indispensable, si se tenía por fin la salvación y el progreso de la patria. Si hubo energía, los fines y resultados la han justificado.»

Las ventanillas de la nariz estaban dilatadas y temblorosas; la boca era una línea casi recta.

¿Pueden florecer las libres instituciones donde no hay partidos de oposición?

«Pero usted no tiene partidos oposicionistas en la República, señor Presidente. ¿Cómo pueden florecer las libres instituciones en donde no hay oposición para mantener a la mayoría o al partido netamente del Gobierno, en sus justos límites?»

«Es cierto, aquí no hay partidos de oposición. Tengo tantos amigos en la República, que mis enemigos parecen no querer identificarse, para formar así una pequeña minoría. Aprecio, naturalmente, la bondad de mis amigos y la confianza del país, pero una tal confianza impone tal número de responsabilidades y de deberes, que fatigan más y más.

»No obstante cuales sean las razones que mis personales amigos y mis partidarios puedan aducir, me retiraré cuando mi actual período termine, y no aceptaré una nueva elección. ¡Piense usted en que pronto cumpliré ochenta años!

»Mi país ha confiado en mí, y ha sido demasiado benévolo para juzgarme. Mis amigos han ensalzado mis méritos y ocultado mis defectos; pero tal vez no tengan iguales consideraciones para mi sucesor, y yo, con entero gusto, podría darle en ese caso mis consejos y mi apoyo; así es que deseo vivir aun cuando mi sucesor asuma el Poder, para tener la oportunidad de ayudarlo.»

Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y añadió:

«*Vería con gusto la formación de un partido oposicionista en la República de México,* dijo. *Si llegara a surgir vería en él un beneficio, y no como un peligro; y si acaso esa oposición ayudara al Gobierno, no en el sentido de explotarlo, sino a sostenerlo, yo mismo estaría a su lado y la apoyaría, y la aconsejaría, en la inauguración y en el éxito del completo gobierno democrático del país.*»

México figura en el número de las naciones pacíficas y respetables

»En cuanto a mí, estoy bastante complacido de haber visto a México figurar ya en el número de las naciones pacíficas y respeta-

El futuro de México está asegurado

«Sr. General, agregué: Usted tiene una notabilísima experiencia en la historia de las Repúblicas. Durante treinta años, los destinos de esta Nación han estado en sus manos; pero los hombres mueren, en tanto que las naciones siguen viviendo. ¿Cree usted que en México subsistirá la paz y continuará en el progreso que usted ha sabido imponerle? ¿Está usted también seguro de que en el futuro prevalezcan las libres instituciones?»

¡Valió la pena de mi viaje desde Nueva York a Chapultepec, para ver en aquellos momentos la cara del héroe! Todos los más nobles sentimientos que pueden adivinarse en la fisonomía de un hombre, se manifestaron entonces francamente en aquella ideal figura: la fuerza, el patriotismo, la clarividencia parecieron brillar intensamente en sus ojos castañoobscuros.

«El futuro de México está asegurado, dijo con voz firme y clara. Los principios democráticos no han adquirido aún profundas raíces, es cierto. Pero la Nación se ha fortalecido y ama la libertad. Nuestras dificultades han sido, porque el pueblo no se preocupa mucho de los negocios públicos y de las prácticas democráticas. El mexicano, como regla general, piensa mucho en sus derechos privados, y está siempre muy atento a defenderlos, pero no hace lo mismo con los derechos colectivos. Reclama, sí, sus privilegios, pero le preocupan poco sus obligaciones. La facultad de dominarse a sí mismo es la base de la democracia, y esa propia restricción sólo es posible en aquellos que reconocen el derecho de los demás.

»Los indios, que forman la mitad de nuestra total población, están en tinieblas aún respecto a sus derechos y obligaciones políticas; están acostumbrados a delegar en sus autoridades sus destinos, en lugar de pensar por sí mismos. Esta fué una fatal tendencia que provino de los conquistadores, quienes siempre les impidieron mezclarse en los asuntos públicos, dejando a sus mandatarios que arreglasen todos sus asuntos...

»Y, sin embargo de esto, creo firmemente que los principios democráticos existen en México, y que seguirán creciendo más.»

de callejuelas del México antiguo, que pronto desaparecerá, se nos mostró la iglesia en la cual, con áurea pompa, hizo él enterrar su pierna amputada, que poco tiempo después había de ser, a su vez, exhumada por una irritada multitud, atada a una pica y paseada irrisoriamente por las calles de la ciudad.

A la clase media hace la democracia

«¿Cree usted exacta, Sr. Presidente, la aserción de que exista la verdadera democracia, ahí donde no existe la clase media?» pregunté.

El Presidente respondió con su benévola sonrisa y moviendo ligeramente su cabeza.

«La creo exacta, me dijo: México tiene hoy una clase media que nunca había tenido antes, y la clase media, es bien sabido que aquí, como en todas partes, forma los elementos activos de la sociedad.

»Los ricos están demasiado preocupados con sus riquezas y con sus dignidades, para ocuparse en algo del bienestar general; los hijos de ellos no procuran con ahinco ni mejorar su instrucción ni formar su carácter.

»Por la otra parte, los individuos de la clase del pueblo son, por desgracia, bastante ignorantes para aspirar al Poder.

»En la clase media, que viene en alguna proporción, de la clase pobre y a su vez con pocos elementos de la rica, se forman los mejores y más saneados elementos que anhelan su propia elevación y mejoramiento; es la clase entregada con ardor al trabajo más activo en todas sus fases, y de ella extrae la democracia a sus propagadores y a sus adeptos. Es la clase media la que interviene en la polílica y de la que depende el progreso en general.

»En tiempos anteriores no contábamos en México con la clase media, porque ella, lo mismo que el pueblo en general, gastaban todas sus energías en la política tumultuosa y én las sangrientas revueltas. La tiranía española y nuestro mal gobierno habían por completo desorganizado esta sociedad. Las actividades productoras de la Nación morían en las continuas luchas. Había, por consecuencia, una confusión terrible. Ni la vida, ni la propiedad estaban a salvo, y una clase media era entonces imposible.»

su bandera, no sin pasar sobre los pechos ensangrentados de heroicos cadetes, cuyo nítido monumento es regado de flores cada año, por las temblorosas manos de los veteranos mexicanos supervivientes de aquella amarga época.

Desde la alta terraza podíamos darnos cuenta de la interminable procesión de indios nativos acompañados de sus mujeres y niños, llevando monstruosos sombreros y sarapes de fuertes colores, con los pies descalzos o cubiertos con sandalias, moviéndose con el irregular paso de un inmenso hormiguero; dos días después tuve oportunidad de ver por lo menos a unos cien mil indios aborígenes, reunidos alrededor de la más famosa basílica de América, donde la inmensa peregrinación caía postrada ante la imagen de una Virgen americana, famosa en todo el Continente, que tiene una diadema de esmeraldas, rubíes, brillantes y zafiros, cuyo valor debe elevarse a muchos millares de pesos, haciendo un doloroso contraste esta espléndida manifestación de inútil lujo, con la multitud de sus adoradores, cubiertos con burdos sarapes, arrodillados con sus mujeres e hijos, teniendo cirios encendidos en las manos y ramos de flores silvestres, y en la cara de los cuales había tal impresión de ruego, de piedad y de angustia largamente condensada, que inspirarían reverencia y respeto al más recalcitrante incrédulo. Esta peregrinación era presidida por el Arzobispo de México, resplandeciente también de pedrerías, quien celebraba la misa ante el tosco sayal del piadoso indio Juan Diego, sobre cuya prenda única de abrigo surgió la imagen de la Virgen, allá por el año de 1531.

Nosotros podíamos divisar la blanquisca colina sobre la cual está colgado el venerado sayal de la Virgen de Guadalupe.

Ante las puertas de aquella Basílica, el Dictador Santa Anna, que había logrado derribar de su trono al Emperador Iturbide, cedió a las huestes americanas, por quince millones de pesos, la California, Nevada, Utah, parte del Colorado, Nuevo México y Arizona, que en conjunto con Texas, llevaron a la Unión Americana sobre ochocientas cincuenta mil millas cuadradas de territorio, y esto a los nueve días de que se había recibido la noticia del descubrimiento de las minas de oro de California.

En el mismo Santuario de Guadalupe y en un cementerio que está detrás de la iglesia, existe, como sangrienta ironía del destino, el olvidado sepulcro del funesto Dictador Santa Anna, y en el laberinto

Los grandes recuerdos históricos

Otra vez la augusta figura del egregio soldado se volvió hacia la admirable escena que presentaba el valle iluminado tenuemente por los últimos rayos de su brillante sol. Pude o creí notar que aquella varonil cara, tan sensible en determinadas circunstancias, tenía la mirada húmeda.

¡Y qué inolvidable para mí era aquella extraña visión de colores, de movimiento y de romances históricos que tendré siempre presentes!

Abajo de nosotros, los gigantescos árboles que rodean a Chapultepec, el único punto elevado en todo el Valle. Moctezuma, el azteca Emperador debe haber paseado por esas sombrías avenidas, en sus horas de descanso, antes que Cortés llegara con la Cruz de Cristo y su implacable espada, procedente de España, para inaugurar una época de trescientos años, durante los cuales el país fué gobernado por sesenta y cinco virreyes españoles y cinco gobernadores, para ser, al fin, ya emancipado de aquel yugo, presa, a su vez, de un ridículo Emperador nativo, quien destronado y ejecutado, fué reemplazado por una serie de Dictadores y Presidentes que terminaron con la invasión del Emperador Maximiliano, hasta que Díaz, el héroe vencedor de muchos combates, decidió que México dejara de pelear infructuosamente, que se dedicara al trabajo civilizador y que comenzara su regeneración pagando sus deudas.

Todos esos recuerdos acudían involuntariamente a mi mente, ahí, en la colina de Chapultepec, donde las rosas blancas y rojas florecen en diciembre, en armonioso conjunto con las blancas margaritas y perfumados jazmines que festonan las mismas rocas en donde los aztecas grabaron sus extraños mitos; en donde los azules mirtos producen una sensación de inefable bienestar, por su orgía de coloración, que hacen más polícroma la vista de violetas, amapolas, lirios y laureles.

A nuestra espalda teníamos el Molino de rocas rojas desmenuzadas, sobre el cual Winfield Scott situó su homicida artillería en 1847, y desde donde se precipitaron ágiles bayonetas americanas, a través del legendario bosque, para venir a plantear sobre el torreón del castillo

He aguardado muchos años a que el pueblo estuviera preparado para cambiar el personal de su Gobierno

«Aquí en México las condiciones son muy distintas. Yo recibí el Gobierno de las victoriosas manos de un ejército, en un tiempo en que este pueblo estaba dividido y muy poco preparado para el supremo ejercicio de las prácticas democráticas. Haber dejado sobre las masas la completa responsabilidad del Gobierno, desde un principio, hubiera sido lo mismo que crear tales condiciones que hubieran traído el descrédito de la causa para un Gobierno liberal.

»Es cierto también que una vez que se me confió el Poder supremo por el ejército, se convocó a elecciones, y refrendado su voto para mí, el Poder me fué conferido directamente esta vez, por el pueblo.

»He tratado de dejar muchas veces el Poder; pero siempre que lo he intentado se me ha hecho desistir de mi propósito, y he permanecido en su ejercicio, creyendo complacer a la Nación que confiaba en mí. El hecho de que el precio de los valores mexicanos descendieron once puntos cuando estuve enfermo en Cuernavaca, tenía tal evidencia para mí, que me persuadió, al fin, a desistir de mi personal inclinación a retirarme a la vida privada.

»He procurado con el concurso de las personas que me rodean, conservar incólume la práctica del Gobierno democrático. Hemos mantenido intactos sus principios, y al mismo tiempo hemos adoptado una política que bien pudiera llamarse patriarcal, en la actual administración de los negocios de la Nación; guiando y restringiendo a la vez las tendencias populares con plena fe en que los beneficios de la paz traerían como resultados la educación, la industria y el comercio, desarrollando al mismo tiempo, elementos de estabilidad y unión en un pueblo naturalmente inteligente, afectuoso y caballeresco.

»He aguardado durante muchos años pacientemente, a que el pueblo de la República estuviera preparado para elegir y cambiar el personal de su Gobierno, en cada período electoral, sin peligro ni temor de revolución armada y sin riesgo de deprimir el crédito nacional o perjudicar en algo el progreso de la Nación, y hoy presumo que ese tiempo ha llegado ya.»

para los mismos reyes. Y añadió, de una manera tan segura y tan franca, que revelaba desde luego ser la convicción íntima de su pensamiento. «Es cierto que, cuando un hombre llega a ocupar el Poder por un gran espacio de tiempo, llega a verlo y considerarlo como si formara parte de su personal propiedad, y siempre es conveniente que un pueblo llegue a precaverse contra las tendencias de la ambición individual.

»Además, las teorías abstractas de la democracia y su aplicación práctica, son cosas que guardan entre sí alguna diferencia; esto cuando se procura llegar al fondo más bien que a guardar la forma.

»No veo la razón por la cual el Presidente Roosevelt no pudiera ser reelecto, si una mayoría del pueblo americano así lo estimara necesario. Siempre he creído de él que ha hecho más por su país que por sí mismo. Ha ejecutado y continúa ejecutando una gran obra en los Estados Unidos, cuyo recuerdo perdurará en la historia, sea o no reelecto, y que le ha procurado ya un lugar conspicuo entre sus más grandes Presidentes. Me refiero a la preponderancia y poderío real que en los Estados Unidos han adquirido los «trusts», y a quienes el Presidente Roosevelt ha tenido el patriotismo y valor de desafiar. La humanidad admira esta actitud y confía en el futuro. Entretanto, el mundo lo contempla como a estadista victorioso, porque ha ganado realmente una victoria moral sobre esa formidable Asociación.

»En mi opinión, los trabajos emprendidos para nulificar la opresión que los «trusts» ejercen sobre los Estados Unidos, señalan uno de los más importantes y significativos períodos en la historia de la Unión Americana, y Teodoro Roosevelt se ha puesto enfrente de esa crisis, como un hombre de mérito real.

»Nadie en el mundo podrá poner en duda que Mr. Roosevelt es un enérgico, hábil y sincero gobernante, un patriota que ha comprendido bien las necesidades de su país, a quien ama con inteligencia; por eso juzgo injustificado el temor manifestado por el pueblo americano.

»No puede haber duda en la legitimidad de las aspiraciones y en la aceptación de un tercer período, si la mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política y lo necesita para la continuación de su obra.

»En esto reside la principal razón: si la mayoría del pueblo lo pide y lo necesita, debería aceptar.»

ejercicio del Poder no ha amenguado mis ideales políticos y creo, por el contrario, que la democracia trae consigo los verdaderos y únicos principios de un buen Gobierno, aunque en realidad sólo sean practicables en los pueblos que han llegado a su pleno desarrollo.»

Por un momento su erguida figura se detuvo y pareció contemplar atentamente el grandioso Valle a cuyo término se destacaba el Popocatepetl con su nevado pico, que tiene muchos miles de pies de altura.

«Puedo retirarme de la Presidencia sin el menor sentimiento de disgusto; pero no por eso dejaré de servir a mi Patria hasta el último instante de mi vida si ello fuese necesario.»

Los últimos rayos del sol poniente daban de lleno en la cara de mi ilustre interlocutor, sin que sus ojos estuviesen contraídos. El inmenso panorama, la lejana ciudad un tanto nublada, las blanquecinas nubes que se agrupaban en enormes montones sobre las azules obscuras montañas; el delgado y oxigenado ambiente que llegaba, agradable y tibio, hacia nosotros, no parecían distraerlo, y el color de sus mejillas se hizo más intenso, cuando con ademán familiar, cruzó sus manos por detrás, y levantando su cabeza venerable por efecto de un movimiento de contracción en sus espaldas, respiró con amplitud por su dilatada nariz.

«¿Sabe usted, le dije, que en los Estados Unidos hay alguna excitación con motivo de la probabilidad de un tercer período presidencial?»

Sonrió, y mirándome con gravedad, movió gentilmente su cabeza. Sería para mí muy difícil describir la mirada de concentrado interés que súbitamente apareció en su faz. «Sí, me respondió; sí, por supuesto que lo sé. Y es un sentimiento muy característico de los pueblos democráticos, desear que sus mandatarios se sucedan con frecuencia en el Poder, y yo estoy de acuerdo con ese sentimiento.»

Un gobernante puede ser reelecto cuando la mayoría del pueblo lo estima necesario

Me parecía raro escuchar frases parecidas de los labios de un soldado que ha gobernado una República continuamente por espacio de más de un cuarto de siglo, con una autoridad personal desconocida

con gran suma de poder y de aquiescencia de parte de sus conciudadanos.

Ahora mismo, en el punto más culminante de su carrera, este hombre admirable, la figura más importante en todo el Hemisferio Americano; misterioso e impenetrable enigma para los que estudian el arte de gobernar, anuncia que insistirá en su retiro de la Presidencia al fin de su actual término, de modo que pueda ver a su sucesor en quieta y pacífica posesión del Poder supremo y cooperando él mismo a este fin para demostrar al mundo que la República está preparada y dispuesta serenamente a hacer uso de sus libertades, y que alejada ya por completo de los períodos sangrientos de la ignorancia, y de las pasiones políticas intensas, puede y debe cambiar a sus Presidentes sin temores de guerra.

Hay algo procedente de los conciliábulos financieros, de los jugadores, pudiéramos decir de Wall Street, y cuyos ecos llegan en la misma semana a las rocas de Chapultepec en forma de elogios de grandezas y bondades entremezcladas con censuras para el hombre que dicen que ha transformado la República en una verdadera Autocracia, equivocando insidiosamente el valor y el carácter désplegados; y esto se atribuye al hombre que habla de la Democracia como de la esperanza y el ideal de la Humanidad.

Y esto se dice al tiempo mismo en que las robustas espaldas se flexionan en las mentes americanas, más optimistas, al solo anuncio de un tercer período.

Decía yo que el Presidente paseaba entre las callecillas de un jardín instalado en las terrazas del espléndido Castillo, en donde una fuente de bronce rociaba con diminutas gotas de agua las delicadas flores de aquel aéreo parterre; esa agua era la misma que brotaba de los manantiales, al pie de los milenarios sabinos y que bebió en otro tiempo Moctezuma, en la misma colina en la cual estábamos nosotros ahora.

La Democracia como principio de Gobierno

«Es un error creer que los sentimientos democráticos de la República se hayan debilitado por mi larga permanencia en la Presidencia, decía tranquilamente. Puedo sinceramente afirmar que el continuado

La terraza en la cual había estado de pie el gran Americano, tiene aún la fea decoración de estilo pompeyano que mandó pintar el Emperador Maximiliano, siguiendo el gusto demasiado alemán de su bella esposa la infeliz Carlota.

El patriota que deshizo las imperiales ambiciones del príncipe austriaco, y en cuya sangre se encuentran confundidas la antigua española con la de la naciente civilización americana, cuyos antiguos monumentos son aún la admiración de este Continente, no ha querido tocar los ostentosos recuerdos del Archiduque coronado contra quien combatió y a quien venció en noble lid.

Abajo de nosotros llegaba la famosa calzada que mandó construir, la en aquel tiempo joven Emperatriz Carlota; aquella desventurada y sensible esposa que se volvió loca cuando fué a implorar en vano el auxilio del Papa y el apoyo de Napoleón, para salvar a su marido, y que demente aún vaga por los corredores de un castillo de Bélgica.

En ese paseo hay un monumento erigido por orden del Sr. General Díaz, a la memoria de Cuauhtémoc, el último Emperador Azteca. Ahí también existe la escultura ecuestre de Carlos IV, el mayor monumento fundido en bronce en el mundo entero.

A lo lejos, y hacia la derecha del Castillo, está Coyoacán, donde subsiste aún el jardín de la casa de Cortés el conquistador, quien estranguló a su esposa en aquel lugar, y donde también hizo quemar los pies a Cuauhtémoc, en su vana porfía para que el Emperador azteca le revelara el lugar donde habían sido enterrados los tesoros de la monarquía.

Todavía un poco más lejos, está en pie la casa del feroz Alvarado, quien había desposeído de ella a un noble azteca; casa que en la actualidad y convenientemente modificada, sirve de residencia a Mrs. Nuttall, la encantadora dama de California que estudia el misterio de los antiguos americanos en las majestuosas ruinas de México.

A la derecha de nosotros está la calzada por la cual Cortés y sus terribles satélites se retiraron de la capital azteca, que se había levantado contra su brutal opresión. Aun vive el árbol milenario bajo el cual dice la leyenda, que lloró el conquistador, al ver deshechas sus tropas.

Y en toda la extensión del valle se mueve un poderoso sistema de tranvías eléctricos, y hasta el mismo palacio de Cortés está provisto de alumbrado eléctrico, y un elevador movido también por ese pode-

roso flúido, eleva sin cansancio a los visitantes del Castillo en la misma colina de donde solían salir escapados, huyendo de sus enemigos, los antiguos reyes Méxica.

Se resiste uno a creer que el hermoso valle de nuestros días haya sido en otros tiempos un lago, sobre el cual los antiguos aztecas construyeron sobre pilotes de madera su grán ciudad. El Presidente Díaz emprendió la construcción de un túnel que atraviesa las montañas del Este, y el Valle de México se desagua ahora hasta el mar a través de un sistema de drenaje y canalización que costó más de doce millones de pesos.

¿Podrá ser el Hemisferio Americano un grupo de naciones distintas de las demás?

«Señor Presidente, ¿cuál es la opinión de usted acerca del movimiento panamericano, cree usted que haya una idea y que ella pueda prosperar sobre procurar la unión del Hemisferio Americano, bastante para que éste pueda ser como un grupo de naciones distintas de los demás pueblos?»

«El Presidente oyó la cuestión sonriendo; sólo hacía algunas semanas que un Secretario de Estado americano había sido el huésped de la Nación, habiéndosele prodigado las atenciones que en una corte se le hubieran tributado a un Rey, alojándolo ahí mismo, en el suntuoso Castillo, y habiéndosele demostrado desde el Presidente hasta el peón, con indudable certeza y de infinitas maneras, que de todos los países que había visitado con igual objeto, en ninguno se le recibió con más cordialidad y brillo que en la antigua tierra de los Moctezumas.

«Hay, dijo, un sentimiento de simpatía para los americanos, que sigue creciendo día por día, así como sería imposible negar que también existe una mala inteligencia de parte de algunos mexicanos que temen la absorción territorial, y que es el mismo que anima a algunas Repúblicas que intentan para eso procurar una liga más íntima entre todas las de origen latino. De la misma manera que en Guatemala y en algunas otras naciones de la América Central, se ha llegado a temer la absorción por México de algunos de sus territorios, de igual manera algunos mexicanos creen posible la de los Estados Unidos respecto de nosotros. Yo no participo de este temor, pues tengo

plena confianza en las intenciones del Gobierno americano (con un repentino fulgor en los expresivos ojos); sin embargo, los sentimientos de los pueblos, lo mismo que los de los gobiernos, caminan, y nadie podría afirmar lo que el futuro traiga.

»El trabajo de la Oficina de las Repúblicas Americanas es excelente, y tiene delante un gran campo de acción; merece, pues, protección decidida. Una de las cosas más necesarias para los países latinoamericanos es llegarse a conocer mejor unos a los otros, y la Oficina de las Repúblicas Americanas está haciendo mucho en este sentido.»

Siguió hablándome de la gran utilidad que tiene para el Continente la Oficina de las Repúblicas y de la buena dirección que a sus trabajos ha sabido imprimirle su Director, Barrett.

Es beneficio para la buena inteligencia de las naciones, las visitas de sus personajes conspicuos

«Es también muy benéfico para la mejor inteligencia de las naciones de este Hemisferio, que sus personajes más conspicuos visiten los países del mismo. La visita del Secretario Root y las palabras que él pronunció aquí, comienzan ya a dar su fruto. Algunos hombres ignorantes creían que nuestros enemigos habitaban del otro lado de la frontera Norte; pero cuando han visto al distinguido estadista americano y jefe del Gabinete Mr. Root, recibido en México, y cuando han oído sus palabras de amistad y de respeto para nuestro país, ellos se han desengañado y no incurrirán de nuevo en su error. Procuremos que los hombres superiores de las Américas se vean con frecuencia unos a los otros y la idea panamericana se extenderá rápidamente, porque las Repúblicas llegarán a comprender que ellas nada tienen que temer y sí mucho que esperar de su unión.»

«¿Y la doctrina Monroe?»

La doctrina Monroe, limitada a un propósito especial, merece el apoyo de todas las naciones americanas

«Limitada a un propósito especial, la doctrina Monroe merece y recibe el apoyo de todas las Repúblicas de América; pero como una

vaga pretensión de dominio y supremacía asociada con la intervención armada en Cuba, es causa de profunda desconfianza. No hay razones por las cuales la doctrina Monroe no pudiera ser una, adoptada por todas las naciones del Continente en vez de ser una doctrina que expresa una política nacional de los Estados Unidos. Todas las naciones de América pudieran celebrar un tratado para el caso de la defensa mutua y cada nación comprometerse a proporcionar su contingente en caso de guerra. Podríase hasta fijar una pena por la falta de cumplimiento en lo pactado. Una manera así de interpretar la doctrina daría a cada nación el sentimiento de su propia seguridad y la conciencia de su fuerza y dignidad, y la soberanía de las Repúblicas americanas estaría para siempre al abrigo de cualquiera invasión o conquista de las naciones monárquicas.»

«¿Cuál es la opinión de usted, Sr. Presidente, sobre la actual tendencia del sentimiento nacional de los Estados Unidos? Usted, como mandatario de México, durante treinta años, debe habernos estudiado bien.»

¡Cuán fuerte me pareció entonces el hombre! ¡Qué franco, qué sencillo y qué sano! El, cuyas armas de niño eran demasiado débiles para servir la causa de México cuando fué despojado de la mitad o más de su territorio por las bayonetas americanas, y que desde aquellos infaustos días estuvo en infinidad de hechos de armas y que ha defendido a su patria contra toda clase de enemigos, los de afuera y los internos!

«El pueblo de los Estados Unidos se distingue muy particularmente por su espíritu público, dijo. Tienen ustedes, a no dudar, singular amor por el país. Trato yo con miles de americanos cada año y los encuentro a todos generalmente trabajadores, inteligentes y hombres de energía y de carácter; pero su característica notable es el amor al suelo patrio. Es mi opinión que si estallara la guerra, estas excelentes cualidades se traducirían y convertirían en notable espíritu militar.

»Al adueñarse de las Filipinas y otras colonias, ustedes han llevado su pabellón lejos de sus playas. Esto significa un aumento grande en vuestra marina, y no dudo, si es que el Presidente Roosevelt continúa en el Poder por otros cuatro años, que la marina americana llegará a igualar a la inglesa.»

«Pero, señor Presidente, Cuba debe ser devuelta a su pueblo, y opinión general en los Estados Unidos es que las Filipinas recibirán

también su independencia política y territorial, tan luego como se comprenda que estén aptos para gobernarse a sí mismos.»

Escuchando sobriamente, y sin expresión esta vez notable en su cara, miró hacia los nevados picos de los volcanes detrás de los cuales está el campo de acción en el que se entabló la sangrienta lucha que había de concluir para siempre con la intervención de Europa en los asuntos de México, y que había de hacer de la palabra «Imperio» una palabra vana.

Cuando Estados Unidos devuelvan su independencia a Cuba y Filipinas, desaparecerá la desconfianza de los latinoamericanos

«Cuando los Estados Unidos den su independencia a Cuba y a las Filipinas, dijo gravemente y con cierto acento profético, se habrán colocado a la cabeza de las naciones todas de la América, y todo motivo de desconfianza y de temor habrá desaparecido para siempre de las Repúblicas latinoamericanas.»

Es imposible darse una idea de la gravedad y casi diría de la solemnidad con las cuales fueron dichas estas palabras.

«Mientras vosotros mantengáis por vuestra cuenta a las Filipinas, no solamente tendréis que acrecentar vuestra marina, sino también el ejército.»

«Es que estamos tratando de substituir a nuestros soldados con maestros de escuela, me aventuré a decir, para enviarlos a Filipinas.»

«Lo creo, dijo, y estoy satisfecho de las intenciones de los Estados Unidos; pero al fin las Filipinas ganarán más que los Estados Unidos, y mientras más pronto dejaran éstos sus posesiones asiáticas, sería mejor para las dos partes. No importa la manera generosa e inteligente con la cual los Estados Unidos puedan gobernar ahí, puesto que siempre los filipinos se considerarán a sí mismos como pueblo conquistado.»

Hubo una pausa ligera; una parvada de palomas volaba alrededor del Castillo, y de la ciudad llegaba el rumor de unas campanas de iglesia.

«Los hombres, más o menos, son iguales en el mundo, continuó, y las naciones son como los hombres; deben estudiarse y tratar de comprender sus modalidades. Un Gobierno es simplemente la ambición colectiva del pueblo, expresada en forma práctica.

»Hay, pues, que empezar por estudiar al individuo, y esto es lo mismo en todas las naciones. El individuo que sufre o apoya a su Gobierno en guerra o en paz, tiene algún motivo. La ambición será buena o mala, pero en el fondo está siempre la ambición personal. El principio de todo verdadero Gobierno es el descubrimiento de ese motivo, y el estadista debe procurar, no apagar, no extinguir, sino regular esa ambición privada. He tratado de comprobar esa regla poniéndola en práctica entre mis compatriotas, que son por naturaleza gente afectuosa y caballeresca, que obedecen más a su corazón que a su cabeza; he tratado de saber lo que el individuo desea. Aun en su culto a Dios, el hombre espera una recompensa; y ¿cómo puede un Gobierno esperar encontrar más desinteresados afectos en sus gobernados?

»En mi juventud tuve una valiosa experiencia que me sirvió de mucho: estaba una vez mandando dos compañías de soldados, y transcurrió un período de seis meses durante el cual no recibí ni órdenes ni instrucciones, ni, mucho menos, dinero del Gobierno para sostenerlas; tenía yo, por consiguiente, que obrar por mi propia iniciativa, y tuve que declararme yo mismo su único Gobierno. Encontré entonces a los hombres iguales a como los he visto después. Creía entonces, como creo ahora, en los principios democráticos, aun cuando desde entonces también tuve que adoptar ciertas medidas que aseguraran la paz y el orden que traen el desenvolvimiento, y de las cuales no puede prescindir un Gobierno, por más liberal que sea. En resumen, las meras teorías políticas no crean a una nación libre.

»La experiencia me enseñó también que un Gobierno progresista debe procurar contentar, hasta donde sea posible, la ambición individual; pero teniendo a la vez un buen extinguidor que funcione bien, y que debe ser usado prudentemente cuando la ambición brille demasiado para que sea conveniente para el bien común.»

«¿Y la cuestión de los TRUSTS, señor Presidente?»

México se ha librado de la terrible garra de los Trusts

»¿Cómo es posible que un país como México, con tan vastos elementos naturales que están desarrollándose, haya podido hasta ahora librarse de la opresión de las alianzas de la riqueza y de las

combinaciones industriales, como ha sucedido en vuestro próximo país vecino?»

«Nosotros damos siempre la mano de amigo y procuramos proteger el capital y la energía, de cualquier país que procedan y que tengan la idea de radicarse aquí. Tenemos, al efecto, un campo tan amplio para las inversiones fructíferas, como tal vez no se encuentre en otra parte; pero así como somos justos y generosos en todo, cuidamos mucho que ninguna empresa trate de perjudicar a nuestro país.

»Por ejemplo, se expidió una ley que previene que ningún propietario de terrenos donde haya pozos de petróleo, tenga el derecho de venderlos, sin dar de ello conocimiento al Gobierno. No era la mente de esa ley que los pozos productores de esa substancia no pudieran ser comprados por vuestro rey del petróleo, sino que quisimos evitar que esos pozos existentes en la República fueran adquiridos primero, para evitar su explotación después y mantener así el precio del artículo fijado por el rey del petróleo.

»Hay ciertas cosas de las que un Gobierno no debería hablar, porque en cada caso parecería que se trataba de hacer resaltar los méritos del mismo: en la República Mexicana se han hecho, por ejemplo, toda clase de esfuerzos para conservar para sus nativos una buena parte de la riqueza común; hemos, a la vez, procurado también la más amplia libertad y las mejores condiciones que puedan desear los extranjeros, y creo que estas circunstancias durarán siempre.

»Nuestra invitación para los que desean hacer inversiones a todos los capitalistas del mundo, no deben traducirse en vanas promesas, sino con la misma sinceridad y buena fe con la que son hechas por nuestra parte.»

En aquel punto, me despedí con afecto y admiración sincera del Creador del México moderno, dejándolo entre flores y recuerdos en las alturas del histórico y férico Castillo. (*)

(*) *El Imparcial,* Marzo de 1908.

PLAN DE SAN LUIS POTOSÍ

1.° Se declaran nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, Magistrados a la Suprema Corte de Justicia de la Nación y Diputados y Senadores, celebradas en Junio y Julio del corriente año.

2.° Se desconoce el actual Gobierno del General Díaz, así como a todas las autoridades cuyo poder debe dimanar del voto popular, porque además de no haber sido electas por el pueblo, han perdido los pocos títulos que podían tener de legalidad, cometiendo y apoyando con los elementos que el pueblo puso a su disposición para la defensa de sus intereses, el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México.

3.° Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes a todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, a reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales, aquellas que requieran reforma, todas las leyes promulgadas por la actual administración y sus reglamentos respectivos, a excepción de aquellas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este plan. Igualmente se exceptúan las leyes, fallo de tribunales y decretos que hayan sancionado las cuentas y manejos de fondos de todos los funcionarios de la administración porfirista en todos sus ramos; pues tan pronto como la revolución triunfe se iniciará la formación de comisiones de investigación para dictaminar acerca de las responsabilidades en que hayan podido incurrir los funcionarios de la Federación, de los Estados y de los Municipios.

En todo caso serán respetados los compromisos contraídos por la

administración porfirista con gobiernos y corporaciones extranjeros antes del 20 del entrante.

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojado de sus terrenos, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en el caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

4.° Además de la Constitución y leyes vigentes, se declara ley suprema de la República el principio de NO-REELECCIÓN del Presidente y Vicepresidente de la República, Gobernadores de los Estados y Presidentes Municipales mientras se hagan las reformas constitucionales respectivas.

5.° Asumo el carácter de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, con las facultades necesarias para hacer la guerra al Gobierno usurpador del General Díaz.

Tan pronto como la capital de la República y más de la mitad de los Estados de la Federación estén en poder de las fuerzas del Pueblo, el Presidente Provisional convocará a elecciones generales extraordinarias para un mes después y entregará el Poder al Presidente que resulte electo, tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.

6.° El Presidente Provisional, antes de entregar el Poder, dará cuenta al Congreso de la Unión del uso que haya hecho de las facultades que le confiere el presente Plan.

7.° El día 20 del mes de noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del Poder a las autoridades que actualmente la gobiernan. (Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación lo harán desde la víspera.)

8.° Cuando las autoridades presenten resistencia armada, se las obligará por la fuerza de las armas a respetar la voluntad popular;

pero en este caso las leyes de la guerra serán rigurosamente observadas, llamándose especialmente la atención sobre las prohibiciones relativas a no usar balas expansivas, ni fusilar a los prisioneros. También se llama la atención respecto al deber de todo mexicano de respetar a los extranjeros en sus personas e intereses.

9.° Las autoridades que opongan resistencia a la realización de este Plan, serán reducidas a prisión para que se las juzgue por los tribunales de la República cuando la revolución haya terminado. Tan pronto como cada ciudad o pueblo recobre su libertad, se reconocerá como autoridad legítima provisional al principal Jefe de las armas, con facultad para delegar sus funciones en algún otro ciudadano caracterizado, quien será confirmado en su cargo o removido por el Gobernador Provisional.

Una de las primeras medidas del Gobierno provisional será poner en libertad a todos los presos políticos.

10.° El nombramiento de Gobernador Provisional de cada Estado que haya sido ocupado por las fuerzas de la revolución, será hecho por el Presidente Provisional. Este Gobernador tendrá la estricta obligación de convocar a elecciones para Gobernador Constitucional del Estado tan pronto como sea posible, a juicio del Presidente Provisional. Se exceptúan de esta regla los Estados que de dos años a esta parte han sostenido campañas democráticas para cambiar de Gobierno, pues en éstos se considerará como Gobernador Provisional al que fué candidato del pueblo, siempre que se adhiera activamente a este Plan.

En caso de que el Presidente Provisional no haya hecho el nombramiento de Gobernador, que este nombramiento no hubiere llegado a su destino o bien que el agraciado no aceptare por cualquiera circunstancia, entonces el Gobernador será designado por votación entre todos los Jefes de las Armas que operen en el territorio del Estado respectivo, a reserva de que su nombramiento sea ratificado por el Presidente Provisional tan pronto como sea posible.

11.° Las nuevas autoridades dispondrán de todos los fondos que se encuentren en las oficinas públicas, para los gastos ordinarios de la administración y para los gastos de la guerra, llevando las cuentas con toda escrupulosidad. En caso de que esos fondos no sean suficientes para los gastos de la guerra, contratarán empréstitos, ya sean voluntarios o forzosos. Estos últimos sólo con ciudadanos o institucio-

nes nacionales. De estos empréstitos se llevará también cuenta escrupulosa y se otorgarán recibos en debida forma a los interesados, a fin de que al triunfar la revolución se les restituya lo prestado.

TRANSITORIO. A.—Los jefes de fuerzas voluntarias tomarán el grado que corresponda al número de fuerzas a su mando. En caso de operar fuerzas militares y voluntarias unidas, tendrá el mando de ellas el jefe de mayor graduación, pero en caso de que ambos jefes tengan el mismo grado, el mando será del jefe militar.

Los jefes civiles disfrutarán de dicho grado mientras dure la guerra, y una vez terminada, esos nombramientos, a solicitud de los interesados, se revisarán por la Secretaría de Guerra que los ratificará en su grado o los rechazará, según sus méritos.

B.—Todos los jefes, tanto civiles como militares, harán guardar a sus tropas la más estricta disciplina; pues ellos serán responsables ante el Gobierno Provisional de los desmanes que cometan las fuerzas a su mando, salvo que justifiquen no haberles sido posible contener a sus soldados y haber impuesto a los culpables el castigo merecido.

Las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen alguna población o que maten a prisioneros indefensos.

C.—Si las fuerzas y las autoridades que sostienen al General Díaz fusilan a los prisioneros de guerra, no por eso y como represalias se hará lo mismo con los de ellos que caigan en poder nuestro; pero en cambio, serán fusilados dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles o militares al servicio del General Díaz, que una vez estallada la revolución, hayan ordenado, dispuesto en cualquier forma, trasmitido la orden o fusilado a alguno de nuestros soldados.

De esta pena no se exhimirán ni los más altos funcionarios; la única excepción será el General Díaz y sus ministros, a quienes en caso de ordenar dichos fusilamientos o permitirlos, se les aplicará la misma pena, pero después de haberlos juzgado por los tribunales de la República, cuando haya terminado la revolución.

En caso de que el General Díaz disponga que sean respetadas las leyes de la guerra, y que se trate con humanidad a los prisioneros que caigan en sus manos, tendrá la vida salva, pero de todos modos deberá responder ante los tribunales de cómo ha manejado los caudales de la Nación y de cómo ha cumplido con la Ley.

D.—Como es requisito indispensable en las leyes de la guerra que

las tropas beligerantes lleven algún uniforme o distintivo y como sería difícil uniformar a las numerosas fuerzas del pueblo que van a tomar parte en la contienda, se adoptará como distintivo de todas las fuerzas libertadoras, ya sean voluntarias o militares, un listón tricolor en el tocado o en el brazo.

CONCIUDADANOS:—Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al Gobierno del General Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino por salvar a la patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el Gobierno de la nefanda oligarquía científica, que sin escrúpulos y a gran prisa están absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúen en el Poder, en un plazo muy breve habrán completado su obra: habrán llevado al pueblo a la ignominia y lo habrán envilecido; le habrán chupado todas su riquezas y dejádole en la más absoluta miseria; habrán causado la bancarrota de nuestras finanzas y la deshonra de nuestra patria, que débil, empobrecida y maniatada, se encontrará inerme para defender sus fronteras, su honor y sus instituciones.

Por lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la revolución por miras personales, pues está en la conciencia nacional que hice todo lo posible por llegar a un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta renunciar mi candidatura siempre que el General Díaz hubiese permitido a la Nación designar aunque fuese al Vicepresidente de la República; pero dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la Patria y prefirió precipitarla en una revolución antes de ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir aunque fuese en las postrimerías de su vida, parte de las promesas que hizo en la Noria y Tuxtepec.

El mismo justificó la presente revolución cuando dijo: «*Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del Poder y ésta será la última revolución*.»

Si en el ánimo del General Díaz hubiesen pesado más los intereses de la Patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta revolución haciendo algunas concesiones al pueblo; pero ya que no lo hizo.., ¡tanto mejor! el cambio será más rápido

y más radical, pues el pueblo mexicano en vez de lamentarse como un cobarde, aceptará como un valiente el reto, y ya que el General Díaz pretende apoyarse en la fuerza bruta para imponerle un yugo ignominioso, el pueblo recurrirá a la misma fuerza para sacudir ese yugo, para arrojar a ese hombre funesto del Poder y para reconquistar su libertad.

Conciudadanos:—No vaciléis, pues, un momento: tomad las armas, arrojad del Poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria que no podemos mancillar. Sed como ellos fueron: invencibles en la guerra, magnánimos en la victoria.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO-REELECCIÓN

San Luis Potosí, octubre 5 de 1910.

NOTA.—El presente Plan sólo circulará entre los correligionarios de más confianza hasta el 15 de noviembre, desde cuya fecha se podrá reimprimir; se divulgará prudentemente desde el 18 y profusamente desde el 20 en adelante.

FRANCISCO I. MADERO



BIBLIOGRAFÍA

ADORNO (J. N.).—*Análisis de los males de México*. México, 1858.
ALMONTE (J. N.).—*Proyecto de leyes sobre colonización*. México, 1852.
ALTAMIRANO (I. M.).—*Revista literaria de México*. México, 1868.
ALVAREZ (M. T.).—*Reflexiones sobre los decretos episcopales que prohiben el juramento constitucional*. 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª partes. Morelia, 1857.
ANTUÑANO (E. de).—*Documentos para la historia de la Industria en México*. México, 1845.
APARICIO (M. R.).—*Los conventos suprimidos en México*. México, 1861.
ARELLANO (M. R. de).—*Apuntes de la Campaña de Oriente*. México, 1859.
—*Ultimas horas del Imperio*. México, 1869.
ARIAS (J. de D.).—*Historia de la formación y operaciones del ejército del Norte*. México, 1867.
ARRANGÓIZ (F. de D.).—*Apuntes para la historia del segundo Imperio mexicano*. Madrid, 1869.
BALBONTÍN (J. M.).—*Estadística del Estado de Querétaro*. México, 1867.
BARQUEIRO (S.).—*Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán*. Mérida, 1871-72. 3 vols.
BARCROFT (H. H.).—*Recursos y desarrollo de México*. San Francisco de California, 1893.
—*Vida de Porfirio Díaz*. San Francisco de California, 1887.
BANDA (L.).—*Estadística de Jalisco*. Guadalajara, 1873.
BANDELIER (A. F.).—*Report of an archeological tour en Mexico*. Boston, 1885.
BARBACHANO y CARBÓ.—*Memorias sobre la conveniencia y utilidad de erigir el Estado de Campeche*. México, 1861.
BASCH (S.).—*Recuerdos de México*. México, 1870.
BAZ (G.).—*Vida de Benito Juárez*. México, 1874.
BERISTAIN (F. N.).—*Biblioteca hispanoamericana septentrional*. Amecameca, 1883, 2.ª edición.—Anónimos. Santiago de Chile, 1897.—Adiciones y correcciones por J. F. Ramírez. México, 1898. 5 vols.

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA. México, 1850 a 1900. 27 vols. 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª épocas.
—*Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones exteriores*. T. XV. *Diciembre*. México, 1902.
BULNES (F.).—*Las grandes mentiras de nuestra historia*. México, 1904.
BUSTAMANTE (C. M. de).—*Cuadro histórico de la Revolución mexicana*. México, 1832-46. 6 vols.
—*Voz de la patria*. México, 1828-36. 5 vols.
—*Apuntes para la historia del Gobierno del General Santa Anna*. México, 1845.
—*El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o historia de la invasión de los angloamericanos en México*. México, 1841.
CALDERÓN DE LA BARCA (Mad.).—*Life in Mexico*. Boston, 1843. 2 vols.
CASTILLO (I. B. del).—*Biografía de D. Ramón Corral*. México, 1910.
CÓRDOBA (T. R. de).—*El sitio de Puebla*. Puebla, 1863.
DARAN (V.).—*Le General Miguel Miramón. Notes sur l'histoire du Mexique*. Rome. 1886.
DÍAZ COVARRUBIAS (J.).—*La Instrucción Pública en México*. México, 1875.
DÍAZ DUFOO (Carlos).—*Limantour*. México, 1910.
DIDAPP (J. P.).—*Responsabilidades políticas en México. La Nación y sus gobernantes ante la historia y la conciencia colectiva*. México, 1905.
DOMENECH (P. Ll.) *Empire mexicaine*. México, 1866.
—*Le Mexique tel qu'il est, la vérité sur son climat, ses habitants et son gouvernement*. París, 1867.
DUCLÓS SALINAS (Adolfo).—*Méjico pacificado. El progreso de México y los hombres que lo gobiernan. Porfirio Díaz. Bernardo Reyes*. Saint Louis Mo., 1904.
EL NACIONAL.—México, Domingo 11 de septiembre de 1887, tomo X, año X, núm. 62. Contiene facsímiles de carta autógrafa de Maximiliano y la pretendida escrita a López, más el examen de los calígrafos y dictamen de los profesores de la Academia de Bellas Artes y otros documentos tocantes a la llamada traición de López.
ESCALERA Y LLANA.—*México históricodescriptivo*. Madrid, 1862.
GARCÍA (G.).—*Crónica Oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*. México, 1911.
GLONER (P.)—*Les finances des Etats Unis Mexicains*. Berlín. 1896.
GOOCH (F. Ch.).—*Face to face with the mexicans*. New York, 1887.
GONZÁLEZ (Antonio P.) y FIGUEROA DOMENECH (J.).—*La Revolución y sus héroes. Crónica de los sucesos políticos ocurridos en México desde octubre de 1910 a mayo de 1911*. México 1911.
GONZÁLEZ OBREGÓN (Luis).—*Fray Melchor de Talamantes. Biografía y escritos póstumos*. México. 1909.

GUERRA (J.).—*Historia de la Revolución de Nueva España*. Londres, 1813. 2 vols.
GUTIÉRREZ ESTRADA (J. M.).—*Carta dirigida al Presidente de la República*. México, 1840.
HERNÁNDEZ y DÁVALOS (J. E.).—*Colección de documentos para la historia de la independencia*. México. 6 vols.
HIDALGO (D. J.).—*Apuntes para escribir la historia de los proyectos de Monarquía en México*. México, 1868.
—*Historia de la Revolución de México contra la dictadura de Santa Anna*. 1853-55. México, 1856.
HUERTA (E.).—*Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla*. México, 1868.
IGLESIAS CALDERÓN (F.).—*La traición de Maximiliano y la Capilla expiatoria*. México, 1902.
KENNETH TURNER (John).—*Barbarous Mexico*. Chicago, 1911.
LA CARTERA DEL SR. DEGOLLADO. En *El siglo XIX*, junio de 1861. Copia hecha por Francisco Schafino y certificada por el General J. M. Gálvez.
LA ENTREGA DE QUERÉTARO.—Refutación al folleto publicado por Miguel López, por los jefes del ejército imperial prisioneros en Morelia. Morelia, 1867.
LA RENAUDIERE.—*Historia de México, Texas y Guatemala*, París, 1846.
LEFEVRE (A.).—*Documentos recogidos en la secretaría privada de Maximiliano*. Bruselas, 1869. 2 vols.
LEÓN (N.).—*Ultimos momentos de Ocampo*. En *Memorias de la Sociedad Alzate*.
—*La Imprenta en México*. México, 1900.
LEERING (C.).—*Manifiesto al Presidente de los Estados Unidos en América*. El Paso-Texas, 1912.
LICEAGA (J. M. de).—*Adición y rectificaciones a la Historia de México de Alamán*. Guanajuato, 1868.
MADERO (Francisco I.).—*La sucesión presidencial en 1910*. 3.ª edición. México, 1911.
MALO (José R.)—*Apuntes sobre el destierro, vuelta al territorio mexicano y muerte del libertador D. Agustín de Iturbide*. México, 1869.
MANERO (Antonio).—*El antiguo régimen y la Revolución*. México, 1911.
MARTÍNEZ. SAMPER. LOMELÍN.—*La Revolución y sus hombres*. (Apuntes para la historia contemporánea). México, 1912.
MAYER (Edelmiro).—*Campaña y guarnición. Escenas de la vida militar*. Buenos Aires, 1892.
MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS. Barcelona. 5 vols.
MÉXICO. *Su evolución social*. Barcelona, 1900. 2 vols.
MORA (J. L.).—*México y sus revoluciones*. París, 1836. 3 vols.
MUNGUÍA (C. de J.).—*Obras*. México.
OROZCO Y BERRA (M.).—*La moneda en México. Apuntes para la histo-*



